

Alfonso Sierra Garrido

VIERNES 23 DE JULIO



Atlantis Ediciones
Narrative Books

Viernes 23 de julio

Alfonso Sierra Garrido

Primera edición abril 2019

© De los textos: Alfonso Sierra Garrido

© De la imagen de portada: Kevin Carden

Todos los derechos reservados

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

A Benelli

Capítulo 1. Prólogo

No comenzaré estas memorias contando la pena que me aguarda, eso lo dejaré para más adelante. Aprovecharé este escrito para narrar mi historia, concretamente lo que aconteció desde el Día Cero hasta el mismo momento en el que me encuentro escribiendo estas letras.

No quiero, o al menos no pretendo, que este relato tenga por objeto ser un ejemplo de nada para nadie. Sinceramente creo que la mía no ha sido una vida digna de ser modelo y mucho menos admirada. Simplemente pretendo que el lector tenga en cuenta que a cada uno le toca vivir su tiempo y, por lo tanto, no le queda otra opción que adaptarse a este como solución para encontrar su propia supervivencia.

Tampoco quiero echar la culpa de todo lo que pasó al desencadenante del Día Cero, no, sería muy fácil hacerlo. Estoy convencido de que las personas buenas y limpias de alma lo siguen siendo aunque las circunstancias que los rodeen sean adversas y miserables. De igual manera, he tenido la capacidad de observar que aquellos que son seres despiadados y carentes de alma se les agudiza la maldad aun encontrándose ante el mismo contexto que los primeros.

He meditado mucho sobre estas cuestiones y no he podido evitar pensar en los que, en principio, eran o éramos seres normales. Entiéndame bien lo que quiero decir: me refiero por normales aquellos que no eran ni buenos ni malos; simplemente gente normal, personas que se ganaban la vida con el sudor de sus frentes, si acaso con alguna pequeña e insignificante parte oscura en su haber, nada importante. Así, a lo largo de estos convulsos años, he visto torcerse con asombrosa facilidad voluntades de hierro, también convertirse en malnacidos a hombres que eran de bien cuando este mundo era normal. Tal vez yo mismo sea uno de ellos, no lo sé.

Por esta razón, no paro de preguntarme si he sido una buena persona o, por el contrario, un ser abominable y —para ser honestos— estoy convencido de que merezco el segundo apelativo.

Es posible que las adversidades se presenten ante nosotros como un tamiz

que clasifica a la gente corriente para decantarla en despreciable gentuza o en nobles justos. Al fin y al cabo, los tiempos difíciles atenúan los tonos grises dejando al descubierto solo el blanco o el negro.

El objeto de esta crónica tampoco es la de que el lector se convierta en juez de mi persona; esa labor ya ha sido realizada por otros y en su momento tendré ocasión de contarlo —siempre que sea lo suficientemente rápido tecleando la antigualla ante la que me encuentro—. No tengo demasiado tiempo.

Solo haré una reflexión antes de pasar a relatar todo lo que acaeció: La vida puede cambiar de un día para otro. Ser conscientes de eso solo nos tiene que servir para aprender del pasado, disfrutar del presente y afrontar sin temor el futuro.

Querido lector: prepárese para viajar a esa fecha maldita, a aquel infausto viernes de verano que nos cambió la vida a todos...

Capítulo 2. Despertar

En su amanecer, aquel 23 de julio de 2027 no había sido bautizado aún. Transcurrido un tiempo, la fecha pasó a conocerse de manera generalizada como el Día Cero.

Recurre a mi mente, como rasgo más característico de aquella jornada, la ingenuidad de las personas frente a una hecatombe que acababa de comenzar y que había llegado para poner nuestro mundo patas arriba.

La mañana de la citada fecha me levanté solo en casa. Los veinte días que tenía por delante prometían ser los mejores que habría de vivir hasta el momento de mi joven existencia, ya que mis padres decidieron hacer su viaje a Nueva York sin mí, dejándome solo al cargo del piso. Este que escribe contaba entonces con quince años y creo que la fatiga que les causé durante sus vacaciones, el verano anterior, decantó a mis progenitores por tal decisión. Estoy convencido de que no estaban dispuestos a soportar, otra vez más, la interminable lista de quejas que un servidor expresaba a todas horas, por no hablar de los gestos de desaprobación que lanzaba —sin ningún rubor— ante las esforzadas propuestas de mi padre para intentar hacer que mis días de aquellas vacaciones fuesen, si no agradables, al menos llevaderos. Llegó incluso a comprarme un móvil nuevo, de los carísimos, para ver si con el regalo conseguía borrar de mi cara la mueca de enfado constante, pero ni por esas. Yo solo quería quedarme en casa y así emplear los días estivales en disfrutar de la piscina con mis amigos, además de contemplar a las vecinas y a las amigas que estas invitaban a pasar la tarde en nuestra comunidad, obviamente.

Visto con la perspectiva del paso del tiempo, hoy soy consciente de que aquello que pretendía con catorce años simplemente era imposible. Solo la estupidez que imprime la adolescencia al ser humano fue la culpable de los desaires para con mis padres. Ahora mismo daría lo que fuera por pasar un día con ellos, es más, daría mis dos ojos por volver a abrazarlos, por decirles que les echo de menos desde hace ya mucho tiempo, demasiado.

Sea como fuere, me había quedado al mando del piso donde vivíamos vigilado, eso sí, por mi vecina Sonsoles, que era ama de casa como mi madre y cuya puerta quedaba frente de la nuestra.

Como he dicho anteriormente me levanté solo en casa, con la mañana ya avanzada, alertado por un murmullo de voces incesantes que provenían de la escalera. Aquel cuchicheo molesto iba subiendo de tono y, de vez en cuando, se acompañaba de alguna voz emitida a grito pelado por el conserje del bloque. Yo lo escuchaba todo desde la comodidad de mi colchón con la única esperanza de que, fuese lo que fuese lo que estuviese pasando en la zona común del piso, terminase lo antes posible y así me permitiese continuar con aquel placentero sueño del que me habían despertado.

Como los estruendos, lejos de ir remitiendo, no dejaban de ser cada vez más irritantes, decidí levantarme para desayunar algo y emplearme después en continuar con la partida del videojuego que había abandonado a altas horas de la madrugada.

En ese momento fue cuando percibí la primera señal del cambio que ese día traería a la humanidad. El móvil costosísimo que mi padre me había regalado no se encendía, así que lo puse a cargar sin prestar mayor atención a aquel pequeño contratiempo. Al enchufar el cargador del dispositivo, me di cuenta de que no había luz en casa. Concluí que esto no debía de haber sucedido hacía mucho tiempo ya que el congelador aún tenía petrificadas en su interior las pizzas que mi madre me dejó como recurso alimenticio para las cenas.

Verifiqué que los automáticos del cuadro eléctrico estaban perfectamente subidos; tal y como mi padre me enseñó una noche que nos quedamos a oscuras debido al fallo provocado por nuestra vieja lavadora. No, las palanquitas negras estaban todas hacia arriba, así que la avería debía de estar fuera. Entonces asocié el vocerío de la escalera con algún contratiempo derivado de la falta de luz en el bloque de pisos, lo que confirmó, para mi satisfacción, el diagnóstico emitido.

Hasta ese momento el problema se reducía a un fallo eléctrico, nada por lo que preocuparse más de la cuenta.

Nunca más volví a ver un teléfono móvil funcionar.

Capítulo 3. El Día Cero

Mis vecinos se estaban empleando en alguna tarea en la escalera. Luego supe que intentaban sacar del ascensor a la señora que vivía en el séptimo, pero en aquel momento preferí observar el trabajo que realizaban las personas del rellano escondido tras la mirilla de mi puerta. Pensé que poco los podía ayudar un mocoso de quince años, así que decidí seguir —instalado en el anonimato— la consecución de los trabajos que, dicho sea de paso, parecían no tener ninguna clase de éxito.

Cuando me cansé de cotillear, me fui a la cocina para desayunar algo. Me tomé una coca cola que aún se mantenía fría. Hasta entonces nunca me gustó la leche del tiempo y, ya que no era posible calentarla sin el microondas, me decanté por zanjar el asunto bebiendo un refresco; mi madre jamás lo hubiese tolerado. Me asomé por la ventana para contemplar una calle sin nada de tráfico. En aquel momento lo achaqué a un corte de vía debido a alguna obra o alguna alerta de seguridad o vaya usted a saber.

Divisaba el asfalto desierto cuando alguien golpeó con sus nudillos en la puerta.

—¡Andrés! Abre.

Reconocí de inmediato la voz de Sonsoles que, como había dicho, era la vecina a la que mi madre le había dejado el encargo de tenerme vigilado.

—¿Sí? —respondí después de abrir la puerta de mi casa.

—¿Te funciona el teléfono móvil?

La miré con cierta sorpresa ya que parecía haber adivinado el estado de mi dispositivo sin haberlo visto. En ese momento llegué a pensar que, en su celo guardián, había entrado a hurtadillas en mi habitación por la noche para comprobar si todo estaba «como Dios manda».

—No tiene batería, pero tampoco lo puedo cargar hasta que venga la luz.

Sonsoles se giró para mirar al vecino del segundo que, en ese preciso momento, se encontraba afanado en abrir la puerta del ascensor con la ayuda de una palanca de grandes dimensiones. Gabriel, que era como se llamaba el improvisado técnico de ascensores, observó a mi cuidadora realizar un gesto

negativo con la cara y acto seguido continuó reventando la puerta del elevador con la barra metálica.

—¿Estás seguro de que el teléfono no tenía nada de carga?

—La verdad es que me ha sorprendido un poco —respondí llevándome la mano a la barbilla—, anoche estaba al setenta por ciento antes de apagarlo. No entiendo por qué se ha descargado tan rápido —añadí.

—Creo que no es problema de la batería. Ningún teléfono de los vecinos funciona.

—Ya, pero es que el mío no es que no funcione, es que no se llega a encender siquiera.

—Eso exactamente es lo que les pasa a todos.

Miré a la mujer sin entender nada de lo que intentaba explicarme. Yo no quería parecer estúpido y mucho menos delante de la que yo pretendía —dentro de mi fantasía de adolescente— que en algún momento pasase a ser mi suegra, pero creo que en ese instante mi cara solo pudo reflejar estupidez. Sonsoles, viendo que estaba despertando dentro de aquel sinsentido, se dispuso a explicarme de qué iba todo aquello.

—Verás. Es que la señora Pascuala, la del séptimo, se ha quedado encerrada en el ascensor porque se ha ido la luz en el edificio.

—Ya —respondí bobaliconamente.

—Hemos intentado llamar a la empresa para que nos envíen a un técnico, pero resulta que no funciona ningún tipo de teléfono; ni los fijos, ni los móviles.

—Será que el apagón es general y que los repetidores, o lo que quiera que utilicen las compañías telefónicas para transmitir los datos, tampoco funciona, ¿no? —expuse de manera un tanto pedante intentando parecer inteligente ante la madre de mi amor platónico.

—Es posible, pero no veo por qué los dispositivos ni siquiera se llegan a encender.

En ese preciso instante, el conserje apareció subiendo por la escalera acompañado de un par de vecinos. Tras ellos venía otro señor al que yo no había visto en mi vida. El portero traía la cara desencajada y, en cierta manera, ese fue el rostro que recuerdo, hoy en día, como la cara del Día Cero. Cuando recobró el aliento comenzó a hablarnos a todos los que nos encontrábamos en el rellano.

—Esto es muy raro... ¡No funciona nada!

El vecino del segundo paró de golpear la puerta con el trozo de metal y se giró para mirar al conserje.

—¿Cómo dices?

—¡Que no funciona nada! Iba a coger el coche para ir a la dirección de la empresa de los ascensores, pero no arranca —dijo mostrando la llave de su Peugeot—. Luego he llamado al señor Servando para que me acercase hasta allí, pero su coche tampoco funciona. ¡Todo esto es muy raro señor Gabriel! —añadió el conserje mirando desconcertado al público presente.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó el vecino del segundo dirigiéndose a mí.

Quizá el hecho de que yo fuese el más joven de la improvisada junta vecinal inclinó a aquel hombre a pensar que ese sindiós lo había generado un servidor. ¡Como si un niño de quince años tuviese el poder de organizar tal desaguisado! La verdad es que no lo culpo; la situación era tan desconcertante que aquello parecía una gamberrada de mal gusto.

Hoy solo puedo decir que después de doce años la broma continúa exactamente igual que el primer día.

—¡No culpe usted al muchacho! —intervino el desconocido que acompañaba al portero—. En mi bloque tampoco funciona nada; ni los teléfonos ni los coches ni los ordenadores ni las radios... ¡Nada! He venido aquí para ver si me podían echar una mano a sacar a un vecino que se ha quedado atrapado en el ascensor, pero ya veo que tienen ustedes el mismo problema.

—Mantengamos la calma, señores. No creo que tarde en volver la luz.

Aquella frase, pronunciada por don Servando, refleja la ingenuidad a la que me refería en el capítulo anterior.

Capítulo 4. Birlibirloque

Sí señores, sí. Pensábamos que el contratiempo se solucionaría así de sencillo; que solo teníamos que esperar a que todo volviese a funcionar, que, de igual manera que todo se había ido al garete, volvería la normalidad por arte de *birlibirloque*.

Pero no, ni mucho menos. Algo pasó ese día que nos devolvió a principios del siglo pasado.

Algo ocurrió, pero nadie supo explicar qué fue exactamente. Sí, sabíamos que los aparatos que llevaban integrado algún tipo de electrónica habían dejado de realizar sus funciones y, hasta el día de hoy, no se ha sabido revertir tal contratiempo. He escuchado todo tipo de teorías: desde las más grotescas hasta las más científicas, desde las intervenciones divinas hasta las ecuaciones matemáticas más precisas, pero al final solo se trata de eso; de hipótesis y de conjeturas. Tenga en cuenta, querido lector, que desde ese aciago día los medios de comunicación simplemente no existen, por lo que no hay ningún canal de información con crédito suficiente que pueda explicar el fenómeno que nos condujo a esta catástrofe. De igual manera usted podrá empezar a entender el tipo de caos en el que en poco tiempo nos vimos inmersos.

No quiero adelantarme a los acontecimientos que fuimos descubriendo posteriormente, por lo que terminaré de relatar lo que ocurrió el dichoso 23 de julio de 2027.

Fue cuando estábamos esperando a que volviese la corriente eléctrica, con la esperanza de poder sacar a doña Pascuala del ascensor, cuando nos sorprendió un estruendo lejano y sobrecogedor. Los allí presentes nos miramos buscando una justificación de lo que acabábamos de escuchar. El sonido nos congeló la sangre y cortó en seco la cháchara del rellano; algo grave había sucedido. Subimos las escaleras corriendo para alcanzar la azotea del inmueble. Como yo era el más joven llegué el primero y descubrí entonces una columna de humo gigantesca procedente del otro lado de la ciudad. Desde lo alto del edificio podíamos ver a los vecinos de los bloques adyacentes

contemplando la atroz fumarola mientras se llevaban las manos a la cabeza. Desconocíamos qué había ocurrido, pero éramos perfectamente conscientes de que una tragedia se había desencadenado bajo la siniestra masa de hollín ascendente.

Lo que vino a continuación nos hizo entender la magnitud de lo que estaba ocurriendo y también produjo el primero de los pánicos, aunque ni por asomo el peor de los que estaban por venir.

Capítulo 5. Aviones

— ¡*M*irar! —gritó el conserje señalando con su dedo índice hacia el cielo.

Miramos donde él indicó para descubrir horrorizados que un avión estaba volando a poca altura por encima de la ciudad. Lo que vi me recordó a las imágenes de aquellos aviones que se estrellaron en Nueva York mucho tiempo atrás, a esas secuencias que había visto por la televisión y que cada año, cuando se producía el fatal aniversario del atentado, los informativos reproducían una y otra vez para explicar la debacle que produjo aquel ataque terrorista tan salvaje.

El avión iba perdiendo altura y la distancia que mantenía con los tejados y azoteas de los edificios cada vez era menor. De manera milagrosa el aparato fue sobrevolando la urbe hasta que finalmente tropezó su panza metálica en las antenas de unos edificios que quedaban lejos de nuestra posición. Después el avión desapareció entre las torres de pisos y a continuación vimos emerger una tremenda bola de fuego. El sonido de la explosión tardó varios segundos en llegar a nuestros oídos y resultó ser muy similar al estruendo que habíamos escuchado cuando estábamos en el rellano de mi casa. Y después los lamentos de las personas que habían contemplado aquel aterrador espectáculo. Sonsoles se tapaba la cara de espaldas al lugar de donde emergió el hongo de fuego, aterrada.

Los rostros palidecidos de los hombres no acertaban a decir nada, mantenían la mirada perdida tratando de entender qué demonios estaba pasando aquel maldito viernes de verano.

— ¡*M*irar!... ¡Allí!

El grito del conserje volvió a sobresaltarnos de nuevo. Cuando aún nos encontrábamos con el alma encogida por lo que acabábamos de presenciar, volvimos a prepararnos para revivir lo que, con toda seguridad, iba a repetirse.

En esta ocasión el portero señaló un avión que se encontraba mucho más elevado que el anterior. Tanto era así, que a algunos nos costó localizarlo en el firmamento. La aeronave volaba inclinada hacia su lado izquierdo

describiendo un enorme círculo que rodeaba toda la ciudad. Aunque en ese momento su elevación era muy considerable, se podía apreciar cómo iba perdiendo altitud de manera paulatina. Nos dimos cuenta porque, cuando el aparato pasaba por la zona que quedaba más cercana a nuestro edificio, podíamos verlo cada vez con mayor nitidez.

Mi vecina comenzó a gritar y a llorar desconsolada, así que el resto de personas que estaban en la azotea se la llevaron para tranquilizarla. Solo el portero y yo nos quedamos para ver el fatal desenlace que estaba por venir.

El avión —un Airbus dijo el conserje—, estuvo más de media hora trazando aquella elipse alrededor de la capital. En su última pasada frente a nuestro edificio pudimos ver que se trataba de una unidad de Air France.

Se perdió en la parte norte de la ciudad. La llamarada sobresalió por encima del perfil de las torres que recortaban el horizonte, momentos después, notificando la misma suerte que el anterior que habíamos contemplado.

Antes de abandonar la azotea, Rafa volvió a señalar a otro avión. En ese caso solo pudimos ver la estela congelada que los reactores dejan cuando se encuentran navegando a mucha altitud. La huella blanca se abrió paso por el firmamento perdiéndose a lo lejos. El portero y yo nos miramos sin decirnos absolutamente nada, sabedores de que a aquel aparato, seguramente, le esperaba el mismo final que a los dos anteriores.

En ese momento no pude evitar acordarme de mis padres. Ellos habían cogido el día anterior un vuelo hacia la Ciudad de los Rascacielos. Según mis cálculos debían de haber tomado tierra mucho antes de que todo empezase a fallar, pero albergaba un temor irrefrenable de que eso no hubiese sido así.

A día de hoy sigo sin tener noticias de ellos.

Capítulo 6. Dantesco

El resto del día lo recuerdo como una pesadilla. Las imágenes de los aviones cayendo en la ciudad golpeaban una y otra vez mi pensamiento. Creía que era lo peor que iba a ver en mi vida. ¡Qué poco sabía lo que estaba por venir!

Algunos de los vecinos que estuvieron en la azotea decidieron acercarse al lugar donde se había estrellado el aparato más cercano, el de Air France. Yo quise acompañarlos, pero Sonsoles me agarró del brazo frenando mi impulso.

—¡Ni hablar! Mientras no estén tus padres soy responsable de ti —gritó con fuerza.

Mi madre, antes de dejarme solo en casa, me repitió que aquella mujer era, a todos los efectos, como si fuese ella misma. Yo obedecí la orden que Sonsoles emitió, no sé si por no desobedecer a mi querida madre o por no contradecir a la que yo, en mi ensueño, pretendía que fuese algún día mi suegra.

Así que me quedé toda la tarde en el bloque con Sonsoles. Nos dedicamos a tranquilizar a la señora Pascuala, que seguía encerrada en el ascensor. No le dijimos ni media de lo que estaba pasando, así que la mujer permaneció relativamente sosegada. Entretanto, yo no dejaba de preguntar a mi vecina por su hija, pero tuve que desistir porque terminé haciéndola llorar. Mi madre postiza luchaba por no derrumbarse delante de mí, pero mi inoportuna insistencia terminó doblegando su voluntad y al final confesó, entre un mar de lágrimas, que la niña había ido a casa de una amiga a estudiar. Sonsoles estaba desesperada porque no sabía dónde vivía.

Con el paso de las horas se mostraba cada vez más inquieta ya que la noche no tardaría en llegar y Lucía, que era como se llamaba mi amor platónico, no daba señales de vida.

Me ofrecí varias veces para salir a la calle y buscarla, sólo por intentar vencer la impotencia de no poder hacer nada, pero me agarró del brazo con la misma fuerza que cuando me ofrecí como voluntario al grupo de auxilio.

Al final fue mejor no acudir en ayuda de los posibles supervivientes del accidente aéreo. Cuando mis vecinos regresaron al anochecer solo los acompañaba la desolación. Cómo sería lo que se encontraron, que Gabriel, el del segundo, se suicidó aquella misma noche arrojándose desde lo alto del edificio.

El final por el que optó mi vecino fue una cosa que tuve que presenciar demasiadas veces desde aquel día.

Después de conseguir liberar a la señora Pascuala entre todos, empezaron a relatar lo que vieron en el lugar del accidente. Nos contaron cómo la zona estaba inundada de cadáveres calcinados, además de un sinfín de irreconocibles restos humanos desparramados por doquier. Por lo visto eso no fue lo peor, que lo demoledor fue ver cómo la gente saltaba de los pisos para huir de las llamas que devoraban los edificios donde se había producido el brutal impacto de la aeronave. Eso por no hablar de los heridos, que gritaban en el suelo y a los que no conseguían calmar de ninguna manera. Allí no apareció ninguna ambulancia, ningún coche de bomberos y tampoco ninguna unidad de la policía.

Lo último que relató Gabriel fue cómo cargó con un niño hasta el hospital Ramón y Cajal. Cuando por fin llegó, tras haber caminado más de una hora y media con la criatura en sus brazos, descubrió que el niño había fallecido.

Nos contaron cómo corría la gente de un lado para otro sin saber qué hacer, cómo llamaban a voces a los médicos y cómo muchos otros se arrodillaban para rezar desesperados en medio de las calles.

Antes de que la noche cayese sobre la ciudad, subí nuevamente a la azotea del piso. Pude hacerlo con la conciencia tranquila porque al final ella apareció, dejando a su madre descargada de la angustia que la embargaba y devolviéndome a mí la esperanza de poder besarla algún día.

Desde lo alto del edificio conté más de veinte columnas de humo, algunas muy lejanas.

Capítulo 7. 600

La primera semana pasó entre la consternación y la esperanza de que en breve todo volviese a la normalidad. Esa estupidez, la de que se restablecería el funcionamiento natural de las cosas, la dijo la señora alcaldesa desde el balcón del ayuntamiento. Lo hizo ayudada por un gigantesco cono de goma, de esos que se utilizaban para delimitar los carriles en las carreteras. Se dignó a hablar porque un gentío, cada vez más furioso, se agolpó el tercer día de los hechos en la plaza de Cibeles tratando de que alguien diese una explicación de lo que estaba sucediendo. No solo había inquietud sobre qué fenómeno había provocado que todo aparato electrónico estuviese inservible, sino que también se quería saber qué demonios pasaba con la Policía y con todos esos cuerpos de seguridad que se suponía tenían que ayudarnos.

La señora se marcó un mitin político en toda regla, tan bueno y locuaz que al final del mismo convenció a los asistentes de que aquello en un par de semanas estaría resuelto.

Pero los días pasaban y nada se arreglaba. Las existencias de velas y candiles se agotaron en todas las ferreterías. Comprar una bombona de butano era casi misión imposible y conseguir un par de pilas o una batería de coche para encender una miserable bombilla de linterna era poco menos que un sueño.

Nosotros sabíamos que la situación era mucho peor de lo que la señora alcaldesa nos había transmitido, sin embargo, no dijimos nada a los vecinos del bloque donde vivíamos.

Román, el marido de Sonsoles y padre de mi pretendido amor, era el comisario del distrito Madrid Retiro. Como yo estaba adosado a aquella familia, participaba de todas las conversaciones que se producían en su seno. El comisario nos dijo que, debido a la situación de caos reinante, cada día se presentaban a trabajar menos policías. Decía que los agentes empezaban a temer por su seguridad, y por la de sus familiares, y que por esa razón

decidían quedarse en casa argumentando estar enfermos, en vez de patrullar a pie unas calles cada vez más peligrosas.

—Ayer fui a ver al coronel Arcos, a la calle Reina Cristina —dijo el policía llevándose a la boca un melocotón negro como el azabache.

Sonsoles lo miró con cierta sorpresa, con la cara iluminada por la vibrante luz de una vela.

—¿A un militar? ¿Para qué?

—Pues para ver si entre todos podemos poner algo de seguridad en las calles. Las órdenes no llegan desde arriba y cada uno tenemos que hacer lo que creamos oportuno para intentar que esto no explote.

—Será cuestión de esperar, no asustes a los niños —se quejó Sonsoles mirando a Lucía y a un servidor.

Aquel hombre, que era la representación viva de la compostura y la rectitud, parecía estar a punto de derrumbarse de un momento a otro. Agachó la cabeza ocultando su rostro en la sombra que proyectaba su frente. Parecía meditar lo que iba a decir y por un momento creo que sopesó permanecer callado como una sepultura, pero al final decidió responder a su esposa.

—Sonsoles, creo que esto no se va a arreglar tan rápido —susurró finalmente.

—¡Por Dios! Ya has escuchado a la alcaldesa.

—¡La alcaldesa no tiene ni puta idea!

—Pero ha dicho que...

—¡Ha dicho, ha dicho! Es una política... ¡Cojones! —gritó furioso Román.

Lucía se levantó de la mesa y desapareció en la oscuridad del pasillo. El silencio se acomodó en la cocina y nos mantuvo separados durante unos interminables segundos.

—Mira lo que has conseguido.

El hombre se puso en pie y encaminó sus pasos hacia donde había desaparecido su hija. Al rato apareció rodeando con su brazo derecho a la mujer de mis sueños. La acompañó hasta la silla y la ayudó a sentarse. Ella había llorado y a mí me pareció más adorable si cabe. Alargué mi mano para tocar la suya, tratando así de transmitirle mi apoyo, pero ella la retiró evitando mi contacto.

—Quiero que me escuchéis bien —dijo el policía mirándonos a la cara, uno por uno—. Según me ha informado el coronel, en los puertos de Valencia,

Barcelona, Bilbao y Cádiz no se mueve un barco. No entra ni sale nada y ya han saqueado todos los contenedores que esperaban en tránsito. Así que eso de que los supermercados van a recibir abastecimientos en breve; nada de nada.

—¿Cómo es posible que sepa eso? No funciona ningún teléfono.

—Se fueron a recuperar varios Jeeps a los desguaces de San Martín. De los antiguos, de los que llevan motores diésel arcaicos —añadió—. Ya habéis visto que el Seat 600 de Antolín, ese del que tanto os reíais, sigue funcionando, ¿no?

El hombre hizo una pausa para asegurarse de que nadie se perdía en la explicación. Después de que todos asintiésemos con la cara prosiguió.

—Los pusieron a punto y enviaron a varios soldados a las ciudades que os he dicho. Arcos me ha contado que, de cada grupo de veinte hombres que envió a esas capitales, solo regresaron dos o tres, algunos a pie.

Mi madre adoptiva, asustada, se llevó la mano a la cara y la vela que nos iluminaba se apagó en ese preciso instante. Me levanté para encender otra nueva, pero el brazo de Román me devolvió a mi asiento.

—Para hablar no hace falta luz —expresó en tono paternal.

—Pero... pero, ¿qué pasó con los soldados? —preguntó Lucía con la voz temblorosa.

—Algunos desertaron por el camino, otros cayeron en emboscadas en las carreteras y alguno se quitó de en medio. —La respiración profunda del jefe de Policía se escuchó en mitad del silencio de la cocina, antes de que el funcionario volviese a tomar la palabra de nuevo—. Quiero que no le digáis nada de esto a nadie y también quiero que cambiéis todo lo posible, cualquier cosa, por comida, medicamentos, ropa y cosas así, ¿entendido?

En cuanto terminó la reunión bajé a los cubos de basura para recuperar el par de pizzas que tiré porque se habían descongelado. Llevaban allí más de tres semanas.

Capítulo 8. Papelitos

Un mes y medio después del Día Cero el dinero ya no poseía ningún valor.

Al principio, las tiendas y supermercados vendían lo que tenían en sus estantes aceptando dinero en efectivo como único método de pago válido. Cuando la situación empezó a prolongarse en el tiempo, cada vez había menos billetes en circulación y entonces empezamos a ser conscientes de que los papelitos de colores no quitaban el hambre de por sí y que tampoco servían para calentar los alimentos ni vestirnos.

Ya nadie trabajaba. Los primeros días la gente seguía asistiendo a sus lugares de trabajo de manera metódica. Lo hacían caminando o en bicicleta, la gran mayoría, y los más afortunados en viejísimos coches o motos, que eran los únicos que funcionaban. Acudían a las fábricas y talleres, pero no desarrollaban ninguna actividad ya que nada se podía fabricar o modificar sin las máquinas y ordenadores que desempeñaban tales funciones. Solo continuaron trabajando los dueños de comercios que aún tenían algo que vender y los artesanos que se dedicaban a los antiguos oficios basados en manualidades.

El pago de los salarios no se podía efectuar, principalmente porque no había ningún ingreso, y —aunque el empresario así lo quisiese— tampoco era posible ya que no se podían hacer las transacciones bancarias. La gente quería recibir bienes a cambio de las labores que realizaban. Querían cambiar cosas a cambio de cosas.

Sí señores, sí: veintisiete siglos después de la invención del dinero, el trueque volvió a instaurarse como método de pago.

Capítulo 9. Latas

Hay ocasiones en las que una persona acierta de pleno con una decisión. En mi caso pocas veces he tenido la fortuna de cara, o eso al menos creo yo.

La idea de sacar aquellos cuatro mil euros, que mis padres guardaban en una caja de zapatos, y gastarlos en botes de conservas, resultó ser la mejor inversión realizada en mis quince años de existencia.

Lo hice por iniciativa propia una semana después de la fatal fecha. En aquel momento solo pensaba en cómo se lo iba a explicar a mis padres en el caso de que la normalidad hubiese vuelto al poco tiempo. Hoy en día aún me sorprendo por el arrojo que tuve en esa situación.

Acudí a diferentes supermercados y llené las bolsas solamente con latas y botes de cristal que contuviesen comida en su interior. La idea era que, en el caso de que tuviese que argumentar a mis progenitores la locura que había hecho, pudiese justificarlo como un adelanto de provisiones por el cual ya no sería necesario volver a adquirir conservas en cuestión de dos o tres años. Vamos, que tampoco era tirar el dinero.

—Esto está aquí —dijo mi padre señalando los billetes apilados en el interior de la caja de cartón—, que lo sepas. Por si alguna vez hace falta para alguna emergencia —añadió después señalando con el dedo índice hacia el techo. Luego fue mi madre la que se aseguró de que entendiésemos que estaban fuera de las necesidades que cubría aquel dinero cosas tales como videojuegos, móviles, zapatillas, hamburguesas, chucherías y demás gilipolleces que se le pudieran ocurrir a un mocoso como yo.

Ya habían pasado tres meses y se empezó a extender por la ciudad la peor de las epidemias: el hambre.

Mi idea de comprar todo aquello fue recibida por mi familia adoptiva con lágrimas en los ojos y con gran alborozo. Esperé a que fuese totalmente necesario empezar a tirar de las provisiones para guiarlos hasta mi piso y mostrarles entonces unos armarios repletos de comida.

Se abrazaron a mí, y si de algo me alegré en aquel momento fue de notar el cuerpo de Lucía frotarse contra el mío. Solo por eso mereció la pena gastar los cuatro mil euros.

—¡Esto ahora mismo es oro! —exclamó Román señalando los armarios.

Sonsoles me cubrió de besos mientras achuchaba mi escuálida cara con sus manos.

—¡Escuchad! —ordenó el comisario—. No digáis a nadie que tenemos esto. No me importaría compartirlo en caso de necesidad con alguien, pero temo que algún desaprensivo quiera robarlo.

Aquella orden la acatamos hasta su última consecuencia y créanme cuando les digo que no fue fácil hacerlo.

Capítulo 10. Animales

Y llegó el peor día. El frío se había presentado de manera implacable en la ciudad acompañado de sus noches cada vez más largas.

Quizá al planeta le vino bien nuestra inactividad, o tal vez fue una casualidad, no lo sé. Solo sé que era noviembre y nevó como jamás habían visto mis jóvenes ojos. El hambre campaba peligrosamente por todos los rincones de las casas, pero el demonio que lo acompaña permanecía aún aletargado. La gente tenía poco que comer, sin embargo parecía no haber caído hasta el momento en la desesperación absoluta. Pedían por las calles, se marchaban fuera de la ciudad para vivir en el campo, se cambiaban todo tipo de objetos con tal de satisfacer de manera miserable los estómagos; al fin y al cabo la sociedad todavía conservaba cierto civismo.

Pero la semilla estaba plantada y la tierra en la que descansaba no dejaba de regarse, así que solo era cuestión de tiempo que aquel monstruo aflorase desatando algo terrible, gigantesco. Ya nos advirtió de ello Román, por activa y por pasiva. Y el día llegó.

La gente se agolpó frente al ayuntamiento para pedir ayuda y explicaciones, pero esta vez la señora alcaldesa no salió a dar un mitin político como la última vez. En su lugar, fue el concejal de seguridad el que utilizó el cono de goma para instar a la masa enfurecida a que volviese a su casa, cosa que solo hizo empeorar la situación.

Los primeros indignados comenzaron a tirar contra el edil trozos de hielo que cogieron de la fuente de Cibeles. En pocos segundos la diosa quedó desnuda de los témpanos que la cubrían y una lluvia de furia se estampó violentamente contra la bella fachada del edificio consistorial.

El concejal respondió con insultos cuando una piedra le atizó en la sesera y a la media hora el consistorio ardía por los cuatro costados después de haber sido saqueado con una ira desmedida.

La mecha del odio se había prendido de manera irreversible. Aquella turba anárquica se acababa de bautizar en la sangre de los que hasta entonces

nos gobernaban. A las pocas horas el tumulto corrió como la pólvora llegando a las puertas de Mercamadrid.

La gente entró en tromba para saquear la mercancía que se almacenaba en su interior. Dentro de las naves había muy poco género, lo que aumentó la cólera de los que acudieron con la esperanza de volver con alimentos que dar a sus familias. De allí muchos regresaron a la urbe desprovistos de toda humanidad y se produjeron entonces asaltos a personas, a casas y a negocios con el único fin de calmar sus raquíticos estómagos.

Cuando parte de la algarada alcanzó nuestra calle, bajamos a bloquear la cancela del portal con todo lo que encontramos a mano. Blindamos la puerta de igual manera que lo hicieron los vecinos de los bloques de al lado. Pero la ola enfurecida llegó dispuesta a entrar, fuese como fuese, en los pisos.

Esto lo pudimos comprobar porque, antes de que alcanzasen nuestra torre, observamos atónitos cómo consiguieron entrar en la que quedaba al final de la calle. Los que la habitaban abandonaban despavoridos el edificio ante la violencia del asalto. Luego se quedaban desamparados en mitad de la vía y corrían hacia los portales de más abajo buscando guarecerse en el interior de cualquiera de ellos, pero nadie les abrió las puertas. Cuando caían en manos de los asaltantes eran despojados de todo lo que llevaban encima sin ningún tipo de miramiento. Contemplamos pasmados cómo acuchillaron a varias personas solo porque estas ofrecían una tímida resistencia. Les asestaban las puñaladas y continuaban con su despiadada cacería, inmunes a cualquier compasión. También vimos saltar desde las ventanas a muchos otros residentes de aquel bloque de pisos que los salvajes estaban abordando brutalmente.

Expoliadas las viviendas, los asaltantes abandonaban la calle asiendo desesperados el botín conseguido. Si el sujeto se caía y la mercancía se desparramaba por el suelo, el resto de los presentes se abalanzaban como alimañas sobre los bienes sustraídos, cosa que provocaba nuevos altercados que terminaban siempre con alguien tendido en el suelo rodeado por un charco de sangre.

Habían arrancado una farola y la estaban utilizando a modo de ariete contra la puerta de nuestro bloque. Fue entonces cuando Román sacó su pistola reglamentaria y pegó un tiro al aire desde el balcón que quedaba encima de la muchedumbre. Tal era el tumulto que se había organizado en la calle que la detonación no tuvo el efecto deseado, por lo que la cuadrilla no cesó en su empeño ni un instante.

Román disparó una segunda vez, pero en esta ocasión hizo mira en el hombre que se agarraba a la parte delantera del improvisado ariete. Aquel desgraciado cayó fulminado al suelo y el resto de la compañía soltó el trozo de metal como si este, de repente, se hubiese transformado en acero candente.

El comisario encañonó a la masa de *asalvajados* que intentaba entrar en el bloque de enfrente y efectuó otro disparo. Luego apuntó a otro grupo y volvió a apretar el gatillo y después otra vez más. Si nos pareció caótica la aparición de la turba enfurecida, la dispersión fue mucho peor. Los desgraciados corrían hacia todos lados confundidos por la procedencia de los disparos. Se tiraban debajo de los coches o saltaban altas vallas para ponerse a salvo de los proyectiles.

Fue cruel, mucho, pero aquella intervención disipó a la muchedumbre y evitó nuestra desgracia.

Para mí, aquel fue el día en el que los hombres se convirtieron en animales.

Capítulo 11. El fuerte

Estuvimos tres días completos reclusos en el interior del bloque de pisos. Nos dedicamos a reforzar las puertas y ventanas que quedaban en la parte baja del edificio y que, por lo tanto, eran más vulnerables ante otro posible asalto.

Desde que se disolvió el intento de abordaje, la calle se quedó inmersa en una calma sobrecogedora. Nadie transitaba por las aceras ni se desplazaba en bici como fue habitual hasta aquel día. Los cadáveres eran los únicos que ocupaban la vía pública dando un aspecto macabro e inhumano al vecindario. Cuerpos sin vida que se habían quedado dispersos por el paisaje urbano como notarios de la revuelta que se había vivido días atrás.

La ciudad estaba en silencio. Un mutismo que era ensordecedor y que volvía loca a la gente. Cuando la noche cubría la urbe se escuchaban en la lejanía gritos y golpes, en alguna ocasión también disparos y detonaciones.

Parecía como si la noche desatase a las bestias y les otorgase permiso para salir de caza.

Román se convirtió en el líder de la comunidad debido a lo que ocurrió «el día de los animales». Cuando concluimos los trabajos de fortificación del edificio organizamos una serie de turnos para repeler cualquier tipo de asalto que pudiese volver a producirse. El comisario trazó un plan de actuación en el caso de que el vigía diese una voz de alarma. Durante el día prácticamente no era necesario ceñirse al cuadrante de guardias, ya que nadie abandonaba el edificio y muchos deambulábamos por los pasillos y zonas comunes. Era con la llegada de la oscuridad cuando los turnos tenían que ser respetados de manera escrupulosa ya que los vigías se quedaban solos en su labor.

El servicio de guardia se componía de dos personas: una que permanecía en la parte baja —para vigilar los alrededores del edificio y contener un posible asalto que se produjese por sorpresa— y otra que se encargaba de otear desde la azotea cualquier movimiento extraño.

Contábamos con unos prismáticos que cedió para la causa Conrado, el

vecino del primero, que era aficionado a la caza. No eran de visión nocturna, así que por la noche no eran de gran ayuda, pero no teníamos nada mejor. Las únicas armas de fuego que nos podían ayudar a defendernos eran la pistola de Román y la escopeta de cartuchos del citado vecino del primero, si bien ninguno de los dos permitió que sus respectivos calibres fuesen puestos a disposición de los vecinos debido al peligro que eso entrañaba.

La guardia tenía la misión de despertar a todos los habitantes del bloque ante la sospecha de un ataque, por lo tanto, eran los propietarios de las armas los que tenían que hacer uso exclusivo de ellas y así se acordó.

Para el resto de vecinos fabricamos una cantidad importante de rudimentarios artefactos de ataque consistentes, de manera principal, en lanzas, palos, escudos y cualquier objeto contundente que pudiese arrojarse contra una masa enfurecida de personas.

Capítulo 12. Jarpo

Aquello se convirtió en la rutina habitual. Por el día se podía salir a la calle, de manera más o menos segura, pero por la noche todo el mundo volvía a sus casas y nadie habitaba las calles, a excepción de los que querían hacer alguna fechoría.

Pasábamos las jornadas ocupados en cuidar el pequeño huerto que se realizó en el césped de al lado de la piscina; en ir a la vía del tren a por balasto, traviesas y raíles; en acudir a los improvisados mercadillos que se montaban por toda la ciudad —con la esperanza de realizar un trueque beneficioso— y cosas por el estilo.

El agua había sido un problema desde el primer momento. Solo salía un pequeño chorro del preciado líquido por el grifo que había en el subterráneo del edificio; ese que en su momento hizo las veces de garaje y que hoy solo almacenaba en su interior vehículos inservibles, a excepción del de Antolín.

El finísimo hilo de agua que caía del caño no se cortaba en ningún momento y llenaba de manera lenta, aunque incesante, todo tipo de recipientes para su almacenaje.

Por otra parte, nuestra comunidad era privilegiada por contar en su finca con una piscina repleta de agua dulce. Haber invertido ingentes esfuerzos en mantener el líquido allí almacenado nos sirvió para poseer un bien muy preciado, sobre todo al verano siguiente. Como la depuradora no funcionaba, sabíamos que era cuestión de tiempo que la piscina se convirtiese en una charca de agua infecta, así que empleamos varias jornadas en resolver aquel inconveniente. Al final la solución se le ocurrió a Servando, que había sido ingeniero de una importante empresa dedicada a la fabricación de componentes para el automóvil. El perito decidió eliminar el motor eléctrico de la depuradora para sustituirlo por un eje movido mediante el pedaleo de una persona. Aquella bicicleta, acoplada a la bomba de la depuradora, nos exigía hacer sesiones de «ciclismo» de más de seis horas al día en turnos de dos horas por vecino, cosa que nos fatigaba sobremanera. El problema era reponer las fuerzas perdidas durante el ejercicio, debido a la escasez de

alimentos, pero por otra parte sabíamos que era cuestión de tiempo que se agotase el tanque de agua, así que al menos había que intentarlo y así lo hicimos.

El verano llegó y con él sus calores y su sequía. La gente agotó las provisiones de agua que habían dejado las abundantes nevadas del invierno, así que el líquido almacenado en la piscina nos sirvió para cambiarlo por huevos, harina, gasolina y alguna res. Pasamos la época estival y el principio del otoño de manera desahogada hasta que el tanque se secó.

En aquella época comimos perros, gatos, saltamontes, pajarillos, y de manera excepcional: jamón, queso y hasta un cordero que canjeamos por dos mil litros de agua a un pastor de Sonseca en la plaza de Cristo Rey.

La gente vendía sus mascotas como ganado, empujada por la necesidad y la supervivencia. Más tarde comprobé que esta práctica se hizo solo en la urbe.

Cuando unas páginas atrás les dije que no compartir las conservas que almacenábamos en mi casa no iba a ser tarea fácil, me refería concretamente al caso de la señora Vicenta, la del tercero:

Vicen, que era como la llamaba todo el mundo, era la viuda de un abogado laboralista y su obesidad parecía que le hacía más difícil soportar la hambruna, acostumbrada como estaba a atiborrarse de comida en tiempos normales. Por lo que sé, era un matrimonio que tenía bastante dinero, cosa que después de la hecatombe que sufrimos perdió cualquier valor, tal y como ya les he contado.

Sea como fuere, la mujer pasaba hambre y no le bastaba con la ración que le correspondía de los bienes pertenecientes a la comunidad de vecinos. Así fue que un día nos enteramos de que Vicen estaba dispuesta a vender a su perro para canjearlo por algo que echarse al estómago y que la saciase con plenitud. Se lo confesó en una guardia al conserje y este corrió la voz por el bloque de viviendas. La cuestión era que, como la señora Vicenta todavía mostraba sobrepeso, no despertó ninguna compasión entre unos vecinos que a aquellas alturas ya marcaban con alarmante nitidez las costillas del pecho. Solo hubo una persona que se solidarizó con la causa: Sonsoles.

En la cena familiar donde comíamos parte de lo que nos correspondía del huerto comunitario, a lo que le sumábamos alguna de mis conservas de manera

furtiva, se produjo una penosa discusión que presencié en primera persona.

—Tenemos de sobra, Román. ¡Por favor! —gritaba entre susurros mi madre adoptiva apretando los puños con fuerza.

—Son tiempos difíciles..., y ella no está desnutrida.

—Pero solo le queda el perro, sus hijos están en Londres, ¡Román, entiéndelo! Ese chucho es su única familia. ¿No has visto como habla con él como si se tratase de una persona?

El comisario se levantó de la silla donde cenaba y comenzó a deambular por la cocina con gesto pensativo.

—¡No! —sentenció severo.

—Pero Román, serán solo un par de latas..., tres como mucho —suplicó la mujer del funcionario.

—Qué no... ¡cojones ya! —gruñó Román golpeando la encimera con el puño—. Esa mujer no se saciará con lo que le demos y después querrá más, ¿no lo has pensado? Los vecinos se preguntarán de dónde han salido las conservas, ¿lo entiendes?

Sonsoles guardó silencio intentando buscar un argumento con el que contraatacar el razonamiento de su marido.

—Querrá más, no lo dudes y Vicenta se puede comer lo que todos nosotros juntos de una tacada. Tiene a su perro, me parece bien que lo quiera vender si tanta gana de comer tiene.

—Solo digo que...

—¡Se trata de sobrevivir, Sonsoles! —interrumpió el policía— ¡No estoy dispuesto a que mi familia pase hambre por saciar a una gorda!

La exclamación del hombre sonó como una campanada en mitad de la noche y nos dejó a todos perplejos. El señor comisario era excelente en las formas, así que aquella frase solo podía estar impulsada por el egoísmo ruin de la supervivencia.

—Propongo que lo votemos. Has dicho que somos una familia, pues bien: acatemos lo que salga en una votación de todos sus integrantes.

Román se sorprendió por la propuesta que acababa de lanzar su esposa. Cargado en conciencia por la lamentable frase que había pronunciado, aceptó el improvisado referéndum. Créanme que fue desagradable tener que mojarse con respecto a la decisión darle comida a la señora Vicenta o no, aunque fue mucho peor por lo que ocurrió a la postre.

—Que levanten la mano los que quieran darle un par de latas de alubias a

Vicen —dijo Sonsoles mirándonos a Lucía y a mí, segura de que tenía ganado el plebiscito.

Pero ninguno de los dos alzó la mano. La mujer fue cambiando el gesto a medida que comprobaba la inaceptable demora de sus mocosos en unirse a la propuesta. Nos miró con rabia, una lágrima amenazaba con deslizarse por su mejilla, después se marchó corriendo por el pasillo del piso entre sollozos. Los que nos quedamos allí no levantamos la mirada de la mesa envueltos por una vergüenza difícil de explicar.

La señora Vicenta canjeó su *beagle* de seis años en la plaza frente al Cuartel General del Aire por cuatro barras de pan y una tarrina de mantequilla. Se encerró en casa y engulló todo lo que acababa de adquirir de una sentada.

Cuando Conrado la fue a despertar para que se incorporase al turno de guardia que le tocaba, esa misma noche, la encontró con las venas cortadas sobre el sofá sosteniendo una foto de *Jarpo* entre sus manos.

Capítulo 13. Ezequiel

No hay día en el que no me acuerde de mis padres, es más, no hay noche en la que no lllore pensando en ellos. El momento en el que los vi subirse a un taxi para ir a Barajas se convirtió en el último recuerdo con vida que conservo de mis progenitores. Hoy ya no tengo duda de que moriré sin verlos de nuevo, sin poder abrazarlos, ni besarlos, sin poder decirles que los quería, que los he echado de menos durante este largo tiempo. Maldita sea la hora en que se separaron de mí y maldita la desgracia que vino a este mundo.

La vida se convirtió en algo muy distinto, en una existencia desprovista de todas las comodidades a las que yo estaba acostumbrado desde que nació. Fue entonces cuando entendí a esos seres humanos que veía cuando la televisión funcionaba. Me refiero a esas columnas inmensas de personas caminando para huir de las guerras de sus países o de aquellos otros que saltaban las alambradas desesperados por buscar un futuro mejor. Quizá lo que nos tocó vivir fue lo más parecido a una guerra.

Algo de verdad tendría que haber en mi reflexión, porque los ancianos no dejaban de repetir que aquella hambruna les recordaba a la posguerra de la Guerra Civil. Yo de aquella contienda apenas sabía lo que contaban dos escasas páginas que se incluían en el libro de Geografía e Historia y tampoco muy bien, ya que era una parte muy pequeña dentro del contenido que entraba para un examen trimestral.

El señor Ezequiel, que era un anciano que vivía en el bloque de enfrente, contaba historias sobre aquellos años, concretamente de la posguerra, que fue cuando él nació y aseguraba —a todo aquel que lo quisiese escuchar— que estos nuevos tiempos le recordaban a los de entonces. Lo que no lograba entender el pobre hombre era con quién habíamos entrado en conflicto y, aunque todo el mundo le explicaba pacientemente lo que había ocurrido, el viejo volvía a repetir la pregunta una y otra vez.

No entendía nada, pero nosotros tampoco le podíamos explicar con exactitud por qué habíamos llegado a esta situación.

El señor Ezequiel auguró, a la semana siguiente del Día Cero, una emigración de parte de los urbanitas hacia el campo y no se equivocó en absoluto.

Es verdad que también pronosticó no sé qué de mucho tiempo de dictadura y de represión de un General, pero en aquello no tuvo mucho tino porque en este caso los militares simplemente desaparecieron. Quizá se refería a la dictadura del hambre e hizo alusión al jefe militar en sentido figurado. Tal vez el señor Ezequiel nos estaba hablando de ciertas cosas en clave, no lo sé.

La pena fue que no pudimos explicarle por qué había ocurrido toda aquella debacle que nos tenía sumidos en el caos. No pude porque cuando yo escuché la teoría de lo que había sucedido —la hipótesis que creo más factible de todas las escuchadas—, el pobre anciano ya había fallecido.

Capítulo 14. Lucía

Sé que he estado escurriendo el bulto con respecto a un tema en particular. No ha sido intencionadamente..., o tal vez sí. He considerado que era más importante reflejar el estado en el que se encontraba la sociedad de cara a que este escrito un día pudiese utilizarse como parte de una crónica, de ahí que no haya abordado este asunto en primer lugar. Pero entender el resto de la historia sin este apartado se le haría difícil a cualquiera que fuese su lector, por lo que creo que es el momento de emprenderlo sin más demora.

Sirva por adelantado decir que para un servidor expresar los sentimientos tampoco es fácil y requiere por mi parte un ejercicio de esfuerzo considerable, más aún cuando solo nombrarla produce en mi alma un escozor descomunal.

Como ya saben yo estaba enamorado de mi vecina Lucía. Ella contaba con un año más que yo en lo cronológico, con más de dos en lo físico y con más de tres en lo intelectual.

Era bella. Escrito suena muy cursi, por supuesto a nuestros quince años nosotros decíamos que estaba muy buena. No era mi opinión la única que había emitido dicha afirmación, ni mucho menos. Entre los varones del instituto al que, tanto Lucía como yo acudíamos, había unanimidad absoluta con respecto a tal valoración y los que estábamos cursando cuarto de la E.S.O. veíamos a aquella chica como una diosa inalcanzable.

Cuando coincidía con ella en el ascensor, me ponía nervioso y no acertaba ni a dar los buenos días o las buenas tardes o el saludo que correspondiese con arreglo a la hora del encuentro.

Yo, por supuesto, no existía para ella. Tal era así, que Lucía ni siquiera levantaba la vista del teléfono móvil cuando respondía al torpe saludo que yo emitía entre una traicionera emisión de gallos.

Era normal que no me prestase la más mínima atención, al fin y al cabo, yo solo era un niño barbilampiño y flacucho, muy alejado del canon de musculitos de melena y moto con los que ella solía codearse. Pero los amores platónicos son así y si no fuesen así no tendrían tal adjetivo.

Voy a pasar por alto los deseos carnales que aquella criatura levantaba en un incipiente adolescente en el que estaba floreciendo su sexualidad, porque entiendo que el lector ya se hace cargo de tal sentimiento.

Si algo beneficioso trajo para mí el desastre en el que nos vimos inmersos fue el acercamiento a mi vecina. A la postre tampoco me alegré de ello, pero eso es una historia que relataré cuando toque.

La reclusión a la que nos veíamos obligados en el bloque de edificios me dio la oportunidad de conocer verdaderamente a aquella mujer; sí, porque era una mujer. Por otra parte, yo ya había cumplido un año más y, aunque lejos de situarme en la edad mental de ella, parecía que empezábamos a entendernos algo mejor. Después del infausto episodio de la señora Vicenta, Sonsoles estuvo más de tres semanas sin dirigirnos la palabra a ninguno de los integrantes de la pseudofamilia, cosa que incrementó mi acercamiento a Lucía. Cuando le tocaba hacer guardia, yo no me separaba de ella, sobre todo cuando tenía que subir a la azotea por las noches. Allí fumábamos a escondidas unos horribles cigarrillos, hechos con césped seco y papel de folio, que nos hacían toser como perros y que llenaban nuestros ojos de lágrimas, pero que igualmente nos producían carcajadas al vernos palidecer de aquella manera tan estúpida. Hubo complicidad y ella empezó a verme como otra persona, en principio no como a mí me hubiese gustado, pero algo era algo.

—¿Sabes? El Día Cero en realidad yo no había ido a estudiar a casa de mi amiga —dijo mirando el tosco cigarrillo—. Había quedado con Fran.

—¿Fran?

Después de pegar una calada y de emitir las toses correspondientes mantuvo un corto silencio antes de contestar.

—Fran Cúnego.

—¿El que pinchó las ruedas al coche del director?

—El mismo.

Aquel macarra, que paseaba su ruidosa moto por las calles de Madrid, volvía loca a la chica de mis sueños. Mal estudiante, peor persona y un gilipollas de padre y muy señor mío. Mi cara de asco debió de reflejar lo que pensaba sobre aquel abusón que tenía atemorizado a todo el instituto.

—Sé lo que estás pensando. Crees que era un chulo y un payaso.

—No, te equivocas —mentí.

—Conmigo era dulce y educado.

—Supongo.

—¡Era así, tienes que creerme! —gritó furiosa.

La miré con asombro. No entendía tal vehemencia para defender al que yo creía que era un *noviete* de temporada. Cuando me quise dar cuenta sus ojos estaban brillando y anunciaban un llanto a punto de brotar.

Esperé a que la rabia que había emergido de su alma regresase a su interior para evitar que toda ella se estrellase contra mí.

—Has dicho «era», ¿por qué?

Se levantó del taburete asignado al vigía de la azotea y encaminó sus pasos al otro lado del edificio simulando continuar con la guardia. Mi inoportuna pregunta había tocado su fibra sensible y Lucía luchaba por no llorar delante de un mocoso como yo. Me acerqué con cautela hasta donde estaba y posé mi mano en su hombro. Ella se giró entonces abrazándose a mí con todas sus fuerzas, sin dejar de llorar.

—Me dijeron que murió... en los altercados de Mercamadrid.

Se asía a mi cuerpo con fuerza y volví a notar la misma sensación que cuando me abrazó por primera vez, cuando mostré la comida que guardaba en mi piso. Aquel sentimiento era como un torbellino que inundaba mi escuálido cuerpo elevando su temperatura de manera desmedida, algo irrefrenable, perturbador para un chaval que no había besado a ninguna chica todavía.

—No creas todo lo que cuentan, hay mucha mentira hoy en día — argumenté tratando de consolarla.

—Pero en su piso no hay nadie. He ido tres veces ya, ¿su casa está desierta! —gimió desesperada.

—Se habrán ido al campo, como ya lo han hecho muchos otros.

Lo dije sin creerlo. Lo expresé en voz alta aun deseando de veras que el tumulto de Mercamadrid se hubiese llevado por delante a aquel chulito de barrio, anhelando que la mujer que me abrazaba no volviese, por lo tanto, a encontrarse con él.

Ya les dije al principio de este escrito que la hecatombe sacó lo peor del ser humano, aunque ahora que lo pienso es muy posible que aquello solo tuviese que ver con el caos que organiza en las almas esa palabra que se llama amor.

Capítulo 15. La bestia

—*¡Despertar!* —escuché desde lo más profundo de mi sueño—
—*¡Alerta!* —volví a oír mientras me incorporaba sobre el colchón de mi cama.

Las *vuvuzelas* de los vigías de guardia sonaron por el hueco de la escalera de manera atronadora, despertando a todos los vecinos. Salí al rellano y me topé de frente con Román que empuñaba su arma mientras se subía los pantalones del pijama con la mano que le quedaba libre. No mediamos palabra alguna y encaminé mis pasos hacia el terrado, él bajó hacia el portal. La escalera era un desfile de vecinos que se dirigían hacia sus puestos de acuerdo con el plan de emergencia que había diseñado el comisario. Llegué como una centella hasta la parte superior de la torre y allí estaba Rafa, con los prismáticos pegados a los ojos, mirando hacia la zona oeste de la calle.

—¡Allí! —gritó señalando en dirección hacia la que apuntaban las lentes.

Acto seguido me pasó los binoculares para que yo echase un vistazo. Vi entonces las luces de un vehículo en mitad de la calle y, aunque lejano, pude adivinar que se trataba de un camión. El ruido del motor llegaba con toda nitidez hasta donde nos encontrábamos y hacía más aterrador el lento avanzar de aquella masa de hierro. Le devolví los prismáticos al portero y me dirigí corriendo al hueco de la escalera. Cuando me asomé, mi padre adoptivo ya estaba abajo esperando el informe que yo tenía que transmitirle.

—¡Un camión! ¡Viene muy lento desde el cruce con Isaac Peral! —grité, mirando hacia abajo, por el hueco.

—¿Un camión?

—Afirmativo.

—¿Personas? —voceó el funcionario.

—No sé. Alrededor del camión no se ve a nadie, está muy oscuro.

—¡Atentos todos! ¡Cada uno con su arma y en su posición! —ordenó con voz firme el padre de Lucía.

Dirigí mis pasos hacia la azotea y me situé al lado del conserje, que no dejaba de mirar por los gemelos en busca de algo más de información que

pudiese ser de utilidad.

El vehículo se movía dubitativo por la calle. Se deslizaba despacio por el asfalto, de lado a lado de la vía, acercándose a los portales. Se detuvo frente a uno de ellos, pero luego continuó con su inquietante eslabon. Cuando llegó frente a nuestro bloque repitió el mismo movimiento que habíamos divisado anteriormente. Observamos entonces que se trataba de un camión rígido, no demasiado grande. La parte de la caja parecía estar cubierta por una lona y el conserje dijo, entre susurros, que le parecía un Pegaso 3045, como los que él mismo condujo cuando estuvo en el ejército. El cacharro paró frente a nuestro portal y a los pocos segundos volvió a reanudar su marcha. Respiramos aliviados pensando que, por la razón que fuese, los que estaban en el interior del camión habían decidido poner rumbo a otro edificio, estábamos de suerte. Pero nos equivocamos, fuimos conscientes de ello al contemplar la maniobra que realizó el conductor para dejar la boca de carga de aquel armatoste justo enfrente de la puerta de acceso a nuestro bloque. A continuación saltaron cuatro hombres desde la parte trasera situándose junto a la entrada del edificio.

Del lado del acompañante del conductor, se bajó otra persona más que dirigió sus pasos hasta donde ya estaban esperando sus compañeros. Gracias a la luz de los pilotos traseros del camión, pudimos ver que todos y cada uno de los que se apostaban frente al edificio portaban un fusil en sus manos.

El motor diésel se detuvo emitiendo un eructo de aire comprimido. Los vecinos que estábamos arriba mirábamos la escena asomando los ojos por encima del muro que delimitaba el terrado. La tensión en el ambiente era perceptible y se extendió rápida por la calle. El vecindario estaría observando, con seguridad, en dirección a aquel intruso metálico que había asaltado la tranquilidad de la madrugada, igual que nosotros lo hicimos cuando se presentó la turba deshumanizada el día de los animales.

El tipo que se había bajado de la cabina del camión propinó con la culata de su fusil tres golpes en la puerta reforzada de la torre. Entonces escuchamos hablar a Román:

—¿Qué queréis? —preguntó a voces el comisario.

—Dejadnos entrar y nadie resultará herido ni muerto. Somos del Ejército, necesitamos víveres.

El silencio volvió a dominar la escena. Nos miramos acongojados ante la posibilidad de lo que podía suceder.

—¡Marchaos! Somos una comunidad pacífica y no queremos problemas.

—No, no lo ha entendido, amigo. Tenemos orden de coger provisiones para el ejército de este país. No sea necio y ábranos las puertas —replicó el militar.

—Enséñeme una orden del Ministerio o del Rey y les dejaremos entrar sin ningún problema.

Las voces que se emitían desde el interior de nuestro edificio subían por el hueco de la escalera y se escuchaban sin ningún problema en el lugar donde nos encontrábamos. Sabíamos que aquello no pintaba nada bien. Abajo teníamos a Conrado con una escopeta de caza y a Román con su pistola, aparte de Julián y Juan Carlos que estaban ataviados con sendas lanzas realizadas a partir de tubos de fontanería.

—¡Vamos, amigo! ¡No sea estúpido! ¡Abra la puerta de una puta vez!

La frase del militar no obtuvo respuesta. Tensión. Silencio de los que nos encontrábamos arriba, a la espera de la señal. Entonces le hice un gesto a Rafa para que me ayudase a posar, sobre la cornisa de la azotea, un radiador de calefacción que teníamos allí como objeto arrojadizo.

—¡Todavía no! —me respondió el conserje entre susurros.

Haciéndole caso omiso empecé a levantar aquella chatarra metálica con la intención de situarla en el quicio del muro. Como lo habíamos rellenado de arena, el artilugio pesaba una barbaridad, así que el conserje —haciendo un gesto de desaprobación—, finalmente me ayudó a situarlo donde yo quería.

—¡No sea estúpido! Tenemos una MG dentro del camión. Así que o abre la puerta o se la abrimos nosotros —volvió a gritar el cabecilla del grupo.

De repente, una luz salió del interior del portal iluminando al portavoz de los intrusos. Volvimos a escuchar al comisario.

—Preséntese como es debido, se supone que es usted militar, ¿no?

—¡Habla usted con el alférez Muñoz! Del cuerpo de Infantería.

—¡Está bien, alférez! Espere a que quitemos la barricada que tenemos aquí dentro para dejarlos pasar.

Desde arriba observamos cómo el líder del grupo les mostraba, triunfante, su puño con el pulgar extendido al resto de compañeros. Rafa y yo sosteníamos el armatoste metálico mirándonos estupefactos ante la respuesta dada por Román.

Y la campanita sonó. Giré la cabeza para ver si alguno de los vecinos había tropezado con aquel timbre de manera accidental y descubrí que ninguno

de ellos se había movido de su puesto de defensa. El conserje y yo nos volvimos a dedicar una mirada inquieta ante la magnitud de la orden que encerraba el sonido inocente de aquel instrumento. Volvió a sonar, esta vez de manera algo más insistente que la primera, entonces soltamos el radiador por el abismo que quedaba frente a nosotros. Me asomé, acto seguido, para ver el desenlace que debía provocar ese cacharro al encontrarse con el suelo. Me pareció entonces que todo ocurría a un ritmo muy lento. El metal blanco se hundía en la oscuridad de la noche rodeado por un silencio malsano. Debajo del armatoste se podía adivinar la figura de uno de los hombres que se habían bajado momentos antes del camión. Aquel grupo estaba descubierto, desnudo frente a lo que pudiésemos arrojarles desde lo alto de un edificio de doce plantas.

En su momento, encima del portal, había un pequeño voladizo, pero lo demolimos con el propósito de que nadie pudiese resguardarse bajo su manto en caso de tener que repeler un ataque por nuestra parte.

La pieza metálica iba cogiendo velocidad de manera endiablada y finalmente vimos cómo el artilugio reventó de manera atroz a uno de los soldados. El tremendo golpe —mezcla de crujido de huesos y carne chafada— fue acompañado de un estruendo monumental e hizo dar un salto al resto de intrusos que se apostaban frente a nuestra vivienda. Cuando el radiador todavía se encontraba dando botes en la acera, una lluvia de piedras comenzó a caer encima del comando. Todos los vecinos se empleaban tirando las rocas de balasto hacia los soldados con una cólera desmedida. La furia con la que los guijarros descendían a por sus objetivos hacía saltar chispas sobre el asfalto cuando estos impactaban en el suelo. Entonces vimos caer a otro hombre junto al camión.

En ese preciso instante una ráfaga de ametralladora comenzó a castigar la entrada del edificio. Podíamos ver cómo la columna de fognazos salía desde el interior del camión vomitando munición sin descanso. Las astillas de nuestra barricada saltaban por los aires acompañadas de un estruendo que se colaba, aterrador, por el hueco de la escalera. Cristales rotos, trozos de metal y madera volando por los aires, humo, un mar de virutas incandescentes agolpadas frente a la entrada del edificio, mientras, las piedras bajaban rabiosas golpeando al monstruo de metal que pretendía violar el vecindario.

—¡Seguid! —grité a mis compañeros para instarles a que continuasen con la descarga de cantos. Munición había de sobra; habíamos conseguido, tras

muchos días de esfuerzo, acumular una montaña de balastro en medio de la azotea.

Oímos silbar proyectiles por encima de nosotros. Alguno de los soldados estaba disparando hacia nuestra posición, pero no conseguíamos ver dónde se situaban los tiradores. Les perdimos de vista porque, desde la primera lluvia de piedras, el grupo se disolvió como cucarachas descubiertas en la oscuridad.

—¡Antolín, los cócteles!

El hombre se afanaba, presa de los nervios, en meter los trapos por los agujeros de las botellas. Él era el encargado de prepararlos con la ayuda de Gabriela, su mujer.

La bestia no paraba de escupir fuego por su parte trasera, como un dragón enfurecido que en vez de lanzar su llama devastadora por la boca lo hiciese por el culo, destrozando todo el trabajo de cerrajería que habíamos realizado en la entrada del portal.

—¡Antolín! —volvió a gritar Rafa—. ¿Vienen esos cócteles, o qué?

El hombre se acercó andando en cuclillas con sendas botellas en las manos. Una la cogió Rafa y otra la agarré yo. El vecino sacó un mechero y prendió fuego a los trapos que salían de los cuellos de las botellas.

Nos pusimos en pie y lanzamos las bombas incendiarias contra el camión, pero ninguno de los dos acertamos en el objetivo.

—¡Más cócteles, Antolín! —gritó Rafa.

Erramos el tiro, pero la luz que emitieron las botellas al impactar contra el asfalto iluminó la calle dejando al descubierto la posición de un par de soldados. No hizo falta ordenar nada, de manera inmediata el grupo de *pedreros* al completo dirigió sus lanzamientos al lugar donde se apostaban los tiradores. Pero nuestro principal problema seguía debajo de nosotros machacando la parte baja del edificio. Aquello disparaba con tanta fuerza que hacía vibrar el esqueleto de la torre, agitando incluso el suelo de la azotea. El toldo que cubría la caja del vehículo protegía al artillero de la lluvia incesante de rocas que arrojaban mis vecinos y, de seguir así, en poco tiempo, destruiría la cancela acorazada dejándonos a merced de aquella banda de malhechores.

Entonces me acordé de las vías de tren.

Cuando nos dedicamos, mucho tiempo atrás, a traer material al edificio, aparte de cargar cantidades ingentes de balastro del tramo ferroviario del Puente de los Franceses, también nos hicimos con varios rieles y traviesas de

madera. En principio eran para reforzar la barricada en las entradas, pero después de fortificar todas las puertas y ventanas con las rígidas barras de metal nos sobró un tramo, que optamos por guardarlo en la azotea. Yo quise dejarlo en el sótano, debido a la fatiga que provocaba mover el trozo de hierro, pero al final ganó la propuesta de Conrado de almacenar el rail en el terrado. En su momento me acordé de toda la familia de mi vecino, pero entonces —con el ruido de la ametralladora sonando de fondo—, di gracias a Dios por la idea de aquel hombre.

Llamé a varios *pedreros*, entre los que se encontraba Lucía, para que me ayudasen con la pesadísima barra. Logramos situar un extremo del objeto sobre el murete de la azotea. Después, el grupo al completo fuimos a la parte posterior del trozo de vía y lo empujamos hasta arrojarlo al vacío. Cogimos tanto impulso que terminamos corriendo antes de que el metal se despegase de nuestras manos.

Cuando nos asomamos para ver el resultado del ataque, Rafa ya había logrado hacer blanco con un cóctel molotov en la cabina del monstruo de acero y las llamas rodeaban la cabeza de la bestia de manera formidable.

La inmensa viga de metal descendía como un bólido hacia el cuerpo de aquel animal herido y finalmente le entró como una daga, atravesando implacable, su vientre. Fue entonces cuando cesó el estruendo que emitía la ametralladora alojada en su interior. El silencio del arma dejó paso al eco atroz que había generado el golpe de la vía contra el camión. La mole mecánica empezó a moverse intentando zafarse así del castigo que le estábamos infligiendo. Vimos cómo el camión se desplazaba de manera torpe mientras la parte trasera del mismo daba pequeños saltos sobre sus ruedas. El trozo de hierro continuaba atravesando la caja del camión como un mondadientes que tiene pinchada a una uva.

—La viga no lo deja moverse —exclamó Antolín.

La lluvia de meteoros continuaba imparable sobre la cabina del camión. Los golpes de los riscos contra el suelo y contra las partes metálicas del cacharro sonaban con mayor amplitud debido al mutismo de las armas de fuego. El armatoste seguía empecinado en su torpe maniobra, pero terminó topando contra la fila de coches que estaban estacionados en la calle. Acto seguido intentó desplazarse marcha atrás clavando el rail contra el asfalto y levantando del suelo su eje trasero. Las ruedas giraban locas en el aire dejando huérfano de movimiento al camión que, para aquel entonces, ya emitía

un rugido quejicoso y agónico.

Rafa le lanzó otro cóctel haciendo blanco nuevamente. El fuego, que ya estaba en lo alto de la cabina, se avivó con gran violencia al encontrarse con la nueva inyección de combustible proporcionada. Fue entonces cuando la puerta del conductor se abrió y un hombre envuelto en llamas abandonó su interior entre un mar de gritos.

La tromba de granito hizo blanco, esta vez contra la antorcha humana, y el soldado terminó por derrumbarse en el suelo a los pocos metros.

—¡Alto el fuego!... ¡Alto el fuego! —gritó por el hueco de la escalera Julián, el del tercero.

Los chispazos cesaron y el silencio volvió a inundar la madrugada. La calle permanecía iluminada por el macabro fuego que devoraba la parte superior del camión y también al hombre sin vida que se situaba a pocos metros del trasto que lo condujo hasta aquel infierno.

¿Cuánto duró el ataque? No sabría responder a esa pregunta. Lo que sí les puedo decir es que fue de una violencia tremenda, inhumana. Niños, personas mayores, mujeres, todos ellos; aún puedo recordar el odio impregnado en sus caras cuando tiraban las piedras contra aquellos desgraciados.

Si perplejos nos quedamos nosotros mismos de la dureza con la que repelimos el ataque, lo que contemplamos instantes después, nos dejó estupefactos.

Capítulo 16. Solo queremos comer

Bajamos corriendo por las escaleras con el miedo metido en el cuerpo. Cuando alcanzamos el portal, vimos a Conrado saltando al interior del camión. Acto seguido salió portando la ametralladora que nos había castigado en la batalla. Entonces corrí para introducirme dentro de la caja del vehículo, sin pensarlo. El fuego estaba devorando el techo de lona, pero aún respetaba la estructura metálica de aquel mastodonte. Al entrar vi un soldado tumbado boca abajo en medio de la caja. Tenía ensartada la vía de tren que habíamos arrojado desde la azotea. El hierro le había entrado por la espalda continuando su devastador camino hasta que topó con el asfalto de la calle, dejando al artillero trinchado en mitad del remolque. Aquel pobre desgraciado todavía mantenía la posición de tiro. Eché un vistazo rápido y vi al fondo del habitáculo una caja de madera. La agarré con todas mis fuerzas y tiré de ella para intentar sacarla. Las voces de mis vecinos me gritaban que me fuese de allí. Arrojé la caja de munición fuera del camión sin percatarme de que unos trozos de lona envueltos en llamas se me estaban posando sobre los hombros.

Aquello me costó unas ampollas considerables en la espalda, pero mereció la pena.

El resto de vecinos se ocupó de quitarles las armas a los hombres que habíamos abatido, también su munición, a excepción del fusil que portaba el soldado al que le cayó el radiador encima que, al igual que el cuerpo de su dueño, estaba hecho añicos.

Entonces llegaron aquellos seres. Nos sorprendieron saqueando a las víctimas y fuimos conscientes de su presencia solo cuando Sonsoles gritó asustada.

—¡Cuidado!

Dimos un respingo, tal vez el peligro no había pasado del todo. Entonces, los que estaban armados, en un acto reflejo, apuntaron a aquellos individuos haciendo uso del botín recién conseguido. Eran seres harapientos y su olor, perceptible desde lejos, sobrepasaba con creces lo nauseabundo. Bien es cierto que ya nadie vestía con la elegancia de antes y que mis ojos se

acostumbraron a ver ropa remendada por doquier, pero hasta entonces nunca vi tal nivel de inmundicia.

—No queremos problemas, no hemos venido a luchar —susurró una mujer anciana mientras se acercaba mostrándonos la ennegrecida palma de su mano derecha.

—¡Ni un paso más! —gritó Conrado encañonando a la vieja con su escopeta de caza.

—Solo queremos comer.

—No tenemos comida. ¡Largo! —gritó el cazador moviendo el arma de manera amenazante.

Pero la mujer continuó con su lento avance, seguida de otras tres almas en pena, haciendo caso omiso a la advertencia.

—¡Ni un paso más!

La vieja agachó la cabeza y siguió caminando hasta llegar donde se encontraba uno de los soldados que quedaron inertes junto al portal. Román puso la mano delante de Conrado para que no disparase. La señora, impermeable a la amenaza de nuestras armas, agarró el cadáver de las muñecas y comenzó a tirar de él arrastrándolo por el suelo. Uno de los de la triste compañía lo asió entonces por los tobillos ayudando a cargar con el muerto a la mujer. El reguero de sangre que iba manando del cuerpo dejó su rastro hasta una alcantarilla que había a unos sesenta metros de donde nos encontrábamos. La tapa estaba abierta y cuando llegaron allí, tiraron el cadáver por el agujero ante nuestra atónita mirada. Sin perder la parsimonia de sus movimientos recogieron todos los cadáveres. El último que se llevaron fue el del desafortunado que murió aplastado por el radiador. Finalmente, el grupo se fue introduciendo, uno a uno, por la alcantarilla.

—¡Gracias! —escuchamos decir tímidamente al que cerró la tapa antes de desaparecer engullido por el subsuelo.

Esa fue la primera vez que vimos a los pobladores del nuevo inframundo.

Hasta aquel momento nunca me había parado a pensar cuál había sido la suerte de las personas sin techo, de aquellos desgraciados que vivían al margen de la sociedad cuando todo funcionaba con normalidad, de esos desdichados que subsistían gracias a la caridad de la gente cuando a estos les sobraba para dar. No podía haberse visto más perjudicada la existencia de esos seres en este mundo en el que ya todos éramos pobres, en una sociedad

donde la misericordia era una utopía y en la que sobrevivir un día más, todo un milagro.

Capítulo 17. ¿Por qué has tocado la campana?

Enterramos a Juan Carlos. Lo hicimos en el lugar del jardín donde habíamos sepultado a Gabriel y a la señora Vicenta. Llamamos al padre Inocencio, que ofició una misa a cambio de un par de berenjenas y cuatro litros de agua. Nadie lloró, a excepción de la viuda y el niño de doce años que nuestro vecino del cuarto había dejado huérfano.

No se soltó una lágrima y tienen que creerme cuando les digo que no era porque aquel hombre no lo mereciese. El entorno se había convertido en algo tan hostil que nuestras almas se estaban endureciendo a pasos agigantados. Fue una pena que Juan Carlos muriese en aquel ataque, tuvo mala suerte de verdad.

Cuando Román tocó la campana, los que estaban en el portal ya se habían puesto a cubierto en el interior de las viviendas de la planta baja, quedándose así la entrada desierta de personas en previsión del inminente ataque. Pero la descarga de la MG fue tan brutal que no dejó títere con cabeza en el recibidor del bloque de pisos. El cristal de una puerta interior, del piso donde buscó cobijo el difunto, se quebró por el impacto de una esquirla endiablada del mármol que revestía las paredes, con tan mala suerte, que le rebanó la yugular desangrándolo en pocos segundos. Debió de gritar pidiendo auxilio, pero los impactos de los proyectiles ahogaron los gritos de socorro del ya moribundo Juan Carlos.

—¿Pero por qué has tocado la campana, Román? ¡Maldito seas! — increpó la recién enviudada al comisario, apoyando la cabeza de su marido en el regazo.

—Porque solo un impostor confunde la estrella de un comandante con la de un alférez. No eran militares, Luisa. Lo siento de veras.

Descanse en paz.

Capítulo 18. Veneno

—¿Te duele? —preguntó mientras soplaba las heridas de mi espalda intentando aplacar el escozor.
—No —mentí.

Las aguas volvieron a su cauce y con el tiempo se recuperó la calma tensa de las noches anteriores al ataque del camión. Nos tiramos dos días volviendo a subir a la azotea todo el material que arrojamos para defendernos, además de trabajar en la reconstrucción de la barricada de la entrada, que había quedado hecha añicos.

Lucía me curaba las ampollas todos los días y, aunque se me saltaban las lágrimas por el dolor, he de confesar que ansiaba que llegase el momento de las curas diarias para sentir las yemas de sus dedos sobre mi piel.

—Estás mintiendo, te duele y mucho —se quejó después de agacharse para observar mi cara.

—¡Qué no, qué no!

—¡Por favor..., si se te saltan las lágrimas!

—Es de felicidad, tienes que creerme.

Cerró el bote de ungüento y se puso en pie mientras masculaba algo sobre la estupidez que acababa de escuchar. Se acercó hasta la silla donde descansaba mi camiseta y me la lanzó a la cara.

—¡Toma..., feliz! Espera a ponértela un buen rato, ¿me has escuchado?

Y abandonó la habitación dejando su aroma en el interior de la alcoba. Yo tenía su agujijón clavado en el alma, pero el veneno no se habría de inyectar hasta aquella misma noche.

Me tocaba el puesto de vigilante en la azotea. En las vigilias posteriores al ataque, reinaba una tranquilidad absoluta y solo se escuchaban —salpicados de cuando en cuando y perdidos en la lejanía de la ciudad— los disparos y detonaciones normales una vez puesto el sol. Entonces apareció. Mi reacción fue de asombro, ya que siempre era yo el que subía a acompañarla en su turno

y nunca al revés. El corazón se me salía del pecho, tampoco era muy raro porque eso era lo que me pasaba cada vez que mis ojos la veían, pero en aquel momento noté la sensación más fuerte, más intensa.

—No puedo dormir.

—¿Inquieta?

—Puede...

Nos quedamos uno frente al otro inmóviles, aguantando la mirada en medio de la oscuridad de la madrugada, como si estuviésemos intentando descifrar cuál era el pensamiento que cada uno albergaba en su interior.

—¿Me vas a invitar a un cigarrillo de césped o tengo que suplicártelo? — preguntó finalmente.

Hice el pitillo y lo encendí, después de toser se lo acerqué con la mano, pero ella no hizo ademán de cogerlo. Permaneció en silencio y al final abrió la boca levemente echando su cara hacia adelante, entonces le posé la colilla en los labios. Aspiró, y la combustión rojiza de la hierba seca iluminó su rostro mostrando una mirada penetrante, turbadora.

—¿Sabes?... El día que nos atacaron demostraste mucho valor —susurró expulsando el humo por la nariz.

—Bueno... No fue para tanto.

—Pues yo creo que sí.

Dio un paso adelante acercándose a mí. Me quedé inmóvil, acobardado por la rotura de ese escudo imaginario que, se supone, delimita el espacio que nos rodea y que solo se invade con intención de intimar; Lucía lo acababa de destrozar con su inocente pasito. Alargó el brazo y me quitó el cigarrillo de la mano. Volvió a asestarle otra calada sin apartar sus ojos de los míos. Yo permanecía congelado como un pasmarote.

—La idea de tirar el raíl fue tuya.

—Sí, pero...

—¡Chsss! —me mandó callar, sellando mi boca con su delicado dedo corazón—. Luego recuperaste la munición del interior del camión en llamas — añadió.

La cabeza me daba vueltas, intentaba digerir los estímulos que lanzaba cada poro de su piel envolviendo la situación en un vértigo indescriptible que me impedía pensar con claridad.

—Lucía... Yo... Yo...

Se acercó dando otro minúsculo paso y sus pechos hicieron tope contra mi

escuálida caja torácica, haciendo saltar por los aires cualquier viso de comunicación por parte de este que escribe.

—Estás enamorado de mí. Lo sé.

Inhaló una vez más el falso tabaco, después expulsó el humo de su interior contra mi cara. Tosí y ella me pasó el pulgar por los labios para limpiarme la comisura de los mismos. No acertaba a mover un músculo, únicamente escuchaba el latido de mi corazón machacándome los tímpanos.

—Lucía... Yo... Yo...

—¡Cállate, tonto!

Bebimos de nuestras bocas y aquel veneno me penetró en el cuerpo hasta el día de hoy.

Capítulo 19. Sol

Sí. Sin duda alguna aquellos fueron los días más felices desde el maldito Día Cero hasta este preciso instante en el que consumo las horas del día —con las de sus correspondientes noches— en aporrear sin descanso las teclas de esta vieja Olivetti.

Pero en aquel momento no podía ser más dichoso; la chica de mis sueños me había besado. Se sintió atraída por un mocoso al cual antes no dedicaba ni una sola mirada, reparó en alguien que hasta entonces no existía para ella.

Yo ya había cumplido los dieciséis y Lucía tenía unos hermosos diecisiete, aunque realmente aparentaba más edad. Un servidor, sin embargo, debido a la delgadez y a la falta de barba, en aquella época parecía más bien un infante que un adolescente. No me separaba de Lucía ni un instante y aprovechaba cualquier ocasión en la que estuviésemos solos para besarla sin descanso. Luego, en su casa, cuando nos reuníamos en torno a la raquítica mesa por las noches, escondíamos nuestra relación.

Fue en aquel entonces cuando escuché una conferencia sobre el desencadenante de lo que ocurrió el 23 de julio de 2027.

Había acudido con Servando a la Puerta del Sol para ver si cambiábamos agua y hortalizas por algo de carne, que siempre escaseaba. En la plaza, junto a la escultura del Oso y el Madroño, había una persona subida encima de una silla anunciando su producto, como todas las demás. Lo curioso de aquel tipo era que no exponía ningún bien delante de él, no había —como en el resto de puestos— una manta en el suelo para exhibir los objetos con los que se pretendía realizar el trueque. En lugar de eso se podía ver, apoyado sobre las patas de la silla, un sobrio marco de madera lacada en negro que rodeaba un título de doctor en ciencias físicas por la Universidad Complutense de Madrid. Aquel hombre había pegado su DNI con celo en la parte superior del cuadro para demostrar que el pliego le pertenecía realmente.

—¡Descubra qué ocurrió el Día Cero! —gritaba el doctor rodeando su boca con las manos para amplificar el reclamo— ¡He realizado un profundo

estudio de las causas que han llevado a la humanidad a este desastre en el que vivimos! —añadía mientras se giraba a izquierda y derecha para captar la máxima atención del público presente— ¡Todos los días, a las cinco de la tarde, en la calle Espoz y Mina número dieciocho!... ¡Escuche la tesis de un doctor que trabajó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas!

Cuando Servando se encontraba distraído, intentando cerrar un trato para conseguir una pareja de pollitos, aproveché para acercarme hasta el académico.

—¡Chsss!... ¡Oiga!

El hombre paró de vocear y me miró sin bajarse de la silla.

—¿Qué quieres, chaval?

—¿Es verdad que usted sabe lo que pasó ese día?

—Sí —respondió mirándome con arrogancia.

—¿Sabe por qué no funciona ningún aparato electrónico?

—Exacto.

—¿Dice usted que conoce la causa por la que tampoco hay electricidad, ni funcionan los teléfonos, ni nada de eso?

—¡Qué sí, cojones! —protestó con la mirada crispada— ¿Te interesa, o no?

—Sí.

—¡Pues tendrás que acudir a la calle Espoz y Mina número dieciocho a las cinco de la tarde! —dijo elevando la voz para que el resto de personas también lo escuchasen.

—¿Cuánto cuesta la entrada?... ¿Qué pide a cambio? —pregunté.

—¿Tienes algo de comida?

En ese momento me giré para ver si Servando seguía con los calabacines que habíamos traído, pero lo descubrí portando una caja de cartón agujereada, tratando de encontrarme entre la multitud que poblaba la plaza. Sin advertirlo de mi presencia, me volví de nuevo hacia el doctor.

—Calabacines.

El hombre sopesó el producto ofrecido manteniendo la mirada perdida en el infinito.

—Cuatro calabacines y podrás entrar.

—Es mucho —contesté sabiendo que yo no tenía tal cantidad de la citada hortaliza.

—Pues entonces continúa sumergido en la ignorancia —replicó el físico y,

pasando de mí, continuó voceando su anuncio.

Le tiré del pantalón para volver a reclamar su atención y el doctor, viendo que era el mismo mocoso el que de nuevo le estaba interrumpiendo, cortó en seco.

—¡Chaval, deja de tocar los cojones!... ¿Vale?

—Una lata de atún en aceite de oliva.

Los ojos del licenciado se llenaron de brillo delatando su interés en el trueque.

—Dos.

—Tres..., pero vendremos dos personas —exclamé ofreciéndole la mano para cerrar el trato.

—A las cinco os espero.

Capítulo 20. Espoz y Mina

Llegué a casa lleno de entusiasmo por el plan que había conseguido para esa misma tarde: escuchar, de un doctor en Ciencias Físicas, la explicación de lo que había desencadenado todo aquel caos. Pero a ella no le interesó lo más mínimo y no quiso acompañarme al acto, por más que le argumenté que la charla sería interesante. No hubo manera.

A mí me pareció una buena idea. Lo digo desde el punto de vista de que el plan era una excusa para pasar la tarde algo alejados de donde vivíamos. Se trataba de una especie de cita —o al menos yo traté de enfocarlo como tal—, pero debe ser que Lucía no lo entendió de esa manera y rechazó la invitación de plano. Dijo que eso iba a ser un rollo y que no le apetecía lo más mínimo escuchar la tediosa y compleja explicación de un físico sobre lo que había ocurrido. Vamos, que le daba igual.

Con cierto desánimo, decidí no desaprovechar el trato al que había llegado con el doctor —con respecto al precio de las entradas—, así que le propuse a Román que me acompañase al evento. Cierto es que, aunque realmente llegué a un acuerdo para asistir al acto animado por la idea de una cita con Lucía, el tema que tenía que contar el científico me interesaba de veras.

—¿Cómo dices?

—Sí. En la calle Espoz y Mina, a las cinco.

—Pero..., ¿quién dices que hace la exposición?

—Uno que está doctorado en Ciencias Físicas —contesté.

El comisario se mesó la barbilla pensando sobre la propuesta que acababa de escuchar. Le sorprendió bastante que le invitase a un acto así y pienso que meditó más sobre qué me había llevado a realizar tal ofrecimiento, que el hecho de asistir o no a la conferencia.

—De acuerdo. Espero que no se extienda demasiado. No quiero que a la vuelta nos pille la noche en mitad de la ciudad.

Las tres latas de atún surtieron su efecto y el científico nos dejó acceder a

lo que, en tiempos, fue un bar. La sala, donde antiguamente se tenían que servir todo tipo de bebidas, estaba abarrotada de gente y llegué a contar un total de cincuenta y dos oyentes. Cada uno de los parroquianos que asistía al acto le entregaba los bienes al ponente antes de traspasar la puerta que daba acceso al local y a más de uno se le impidió la entrada porque lo ofrecido no cumplía las expectativas del doctor. Sorprendido vi cómo un señor le entregó un queso manchego como pago de dos entradas, por lo que concluí que mi trato había sido bastante bueno, o el suyo malo, según se mire. Un fardo, posado encima de una tosca estructura dotada de cuatro ruedecitas —que hacía las veces de carrito—, se llenó de manera magnífica de todo tipo de verduras, hortalizas, frutas, ropa, calzado, trozos de carne en salazón, leche y huevos —además de mis tres latas de atún y aquel queso procedente de La Mancha. El perito consiguió llenar un saco de dimensiones considerables, cosa que me inclinó a pensar que el científico debía de ser un hombre rico.

La charla fue más interesante de lo que podía parecer en un principio. Se notaba que el doctor estaba breado en la docencia, porque la exposición fue brillante, bajo mi punto de vista. Nada que ver con las aburridas clases que recordaba del instituto de secundaria al que yo acudía antes de que este mundo se fuese a la mierda.

Tenía como ayudante a una joven a quien debía de sacar no menos de veinte años. En ningún momento dijo que aquella muchacha fuese su novia, mujer o nada parecido, pero la complicidad de las miradas los delataba y así llegué a escuchar algún que otro comentario jocoso al respecto, acompañado siempre de una risilla picarona velada por la mano del chistoso de turno. Ella aparecía en escena para cambiar el cartelón que acompañaba la explicación del profesor, esfumándose después del estrado por una puertecita adyacente.

La chica era bella, no tanto como Lucía tengo que decir, y su atuendo era tan escaso en tela que los varones seguíamos embobados los graciosos movimientos de la mujer sin perder detalle de los mismos. También vi algún que otro codazo propinado, con bastante mala leche, por más de una esposa a su marido, cuando el afectado se excedía en la contemplación de la citada ayudanta.

Aquel hombre resultó ser de lo más interesante y, durante su exposición, ya no me pareció el mismo arrogante y estúpido señor que voceaba encima de una silla en la Puerta del Sol. Creo que, de todas las explicaciones que he escuchado hasta el día de hoy sobre lo que desencadenó el Día Cero, esa fue

la que mayor credibilidad tiene de todas. Apoyó su explicación con dibujos realizados por él mismo en los cartones que su ayudanta sacaba cuando era preciso. Croquis, planos y esquemas de un realismo sorprendente, ejecutados en su mayoría a bolígrafo. Además de eso, también nos mostró fotografías que había realizado ayudado por una cámara réflex (que yo no sé qué es eso porque jamás he visto ninguna) y que había revelado en un cuarto oscuro, o algo así, con una antigua técnica anterior a la era digital.

Comprendan que trato de plasmar lo mejor que puedo aquello que el doctor nos contó en la conferencia, por si este manuscrito algún día puede servir como acta de lo que pasó en aquel entonces. Pero entiendan que tampoco soy un experto en física ni nada parecido, es más; yo suspendía sistemáticamente esa asignatura en mi época de estudiante y solo era capaz de superarla a base de *chuletas* y otras argucias en los exámenes de recuperación. Dicho lo cual, paso a transmitir lo que el doctor nos contó en el local de la calle Espoz y Mina:

El científico trabajaba en un observatorio astrofísico en las Islas Canarias. Dijo el nombre del sitio y la localidad donde se hallaba, pero no lo recuerdo; pido disculpas. La cuestión es que el doctor se ganaba la vida observando el Universo. También añadió que si se encontraba en Madrid era porque circunstancialmente vino a visitar a sus padres, que se encontraban enfermos, dos días antes del Día Cero, dejando en la isla a esposa e hijos, cosa que levantó más de una mirada chusca entre los asistentes.

Explicó que durante el 2026, un año antes de la debacle, la actividad solar fue más elevada de lo habitual. Aprovechó entonces para hacer una exposición pormenorizada acerca de la composición del Sol, así como de su desarrollo desde su creación hasta nuestros días —todo porque, según el científico, era imprescindible para entender cómo se llegó a producir el fenómeno que explicaría a continuación—. Al parecer, el problema se focalizaba en las erupciones solares que se producen en la parte externa del astro rey. Decía que el Sol contaba de manera habitual con un número de las citadas erupciones a lo largo del año, pero que últimamente habían empezado a crecer de manera alarmante. Apoyándose en los dibujos posados sobre un trípode de madera, explicó qué era una erupción solar. Dijo que se parecía a la explosión de un volcán, pero millones de veces más potente. Según argumentó el profesor, la erupción en sí no era el problema. Lo que en realidad le preocupaba a la

comunidad científica eran las proyecciones provocadas por dichos estallidos solares. Las eyecciones de masa coronal (el término se me quedó grabado en el cerebro) disparadas por las erupciones del Sol fueron lo que atacaron nuestro planeta.

El asunto es que la protección magnética que tiene la Tierra a su alrededor, desvía los efectos nocivos de esa energía hacia los polos del globo terráqueo y que debido a estos efectos se producen —de manera habitual y en ciertas estaciones del año— las famosas auroras boreales y australes. Pero dicha protección había resultado insuficiente ante la magnitud de las proyecciones que emitía últimamente el Sol y como consecuencia de ello se produjo una corriente electromagnética en la capa externa de nuestro planeta que resultó fatal para los aparatos electrónicos y también para los transformadores de alta tensión.

A esas alturas de la ponencia la totalidad de los asistentes atendía a la eminencia científica sin parpadear y solamente la gente apartaba la mirada del profesor cuando la chica volvía a aparecer sobre el altillo donde se impartía la conferencia.

Y fue en países nórdicos tales como Noruega, Finlandia, Suecia o el norte de Canadá, donde empezaron a alertar en mayo de 2027 de las consecuencias producidas por las malditas proyecciones solares. Nos dijo que un mes antes del fatídico día, un colega suyo se puso en contacto con ellos para contarles lo que había ocurrido. Era un científico belga que se encontraba investigando en Alaska. El hombre tuvo que desplazarse por las heladas carreteras del país hasta llegar a la parte norte de Canadá, donde pudo utilizar por fin un teléfono para comunicarse. El belga le dijo al doctor que la última aurora boreal iluminó el cielo de tal manera que la noche se convirtió en día. En ese mismo momento los aparatos electrónicos murieron y solo el motor diésel de un viejo Magirus Deutz —que tenían en la estación-observatorio— continuó con vida ayudándolo a salir de allí.

El belga pasó una odisea hasta llegar al primer teléfono funcional que encontró y le describió a nuestro doctor un panorama desolador de vehículos parados en mitad de las desérticas carreteras. En su camino se topó con familias que se habían quedado atrapadas en medio de los inmensos páramos a veinte grados bajo cero, sin ninguna fuente de calor ni ningún medio para comunicarse. Una trampa mortal.

Un miembro del público levantó la mano para realizar una pregunta y el profesor interrumpió entonces la ponencia para satisfacer al oyente.

—¿Por qué no avisaron de lo que había ocurrido? —preguntó el señor tras ponerse en pie.

—Sí, lo hicimos. Dimos parte al CSIC que es... era —corrigió—, nuestro canal de comunicación con el Ministerio.

—¿Por qué no se hizo nada? —volvió a preguntar el hombre pisando la respuesta del doctor.

El profesor hizo un gesto a su ayudanta y esta le acercó, acto seguido, unos folios. El ponente, levantando los papeles en alto comenzó a hablar.

—Aquí está el informe que yo mismo envié al CSIC y que recuperé de sus archivos hace un par de meses. El que quiera puede acercarse a leerlo —dijo alzando la voz—. No obstante, amigo mío —añadió dirigiéndose al que le había realizado la pregunta—, en aquel momento pensamos que lo sucedido era un hecho excepcional que difícilmente se podría volver a reproducir.

—¿Cómo es posible? —injurió.

El doctor volvió a reclamar a su asistenta y la chica apareció de nuevo con otro par de folios en las manos.

—Esto —voceó señalando el nuevo documento— es un informe de un colega ruso realizado en 1983. En él se puede leer un efecto similar, aunque mucho menos violento, que se produjo en un pueblecito al norte de Siberia. En el informe se puede leer cómo el pueblo estuvo sin luz durante más de dos meses y donde la radio también dejó de funcionar —el doctor hizo una pausa dramática y se acercó hasta la persona que había realizado las tres preguntas encadenadas—. Ahora, amigo mío, es muy fácil decir que la comunidad científica no avisó con antelación. Ahora, que ya hemos experimentado en nuestras carnes la debacle que nos trajo el Sol, es muy sencillo decir que teníamos que haberlo anunciado. Pero tiene que tener en cuenta que si las previsiones de los científicos no se cumplen es motivo más que suficiente para cortar la subvención de un proyecto de investigación, ¿lo entiende ahora?

—Sí —respondió entre dientes el *preguntador* volviendo a tomar asiento.

El físico retomó su ponencia y nos contó que después de aquello, de lo sucedido en Alaska en mayo de 2027, la actividad electromagnética volvió a su normalidad durante unos días. El valor de dicha actividad la registraban en los observatorios astrofísicos constantemente y solo la vieron aumentar de manera considerable —aunque dentro de los márgenes de seguridad, añadió el

perito— una semana antes del Día Cero.

Las eyecciones de masa coronal estaban impactando contra el campo magnético de nuestro planeta debilitándolo de manera importante y, según el científico, en los polos se vieron afectados antes que nosotros. Después, la destrucción de la protección magnética debió de ir avanzando hasta la zona del ecuador, quedando nuestro planeta a merced de las corrientes electromagnéticas procedentes del Sol. El doctor mantenía esa hipótesis porque desde los observatorios del norte de Europa los valores iban creciendo de forma preocupante, hasta tal punto, que dos semanas antes de nuestro Día Cero en la región de Kainuu (al norte de Finlandia) se vivió un episodio igual al ocurrido en Alaska dos semanas antes.

—¿Cómo es posible que no supiésemos nada de eso en aquel momento?

—preguntó con gesto reprobador una mujer.

—¿Qué?

La señora se puso en pie para tomar la palabra. A esas alturas de la charla la oscuridad reinante en el local comenzaba a dificultar la visión entre los asistentes.

—Le pregunto —dijo señalando, inquisidora, con su dedo índice al ponente—, que ¿cómo es posible que en una zona de Europa se estuviese viviendo algo así y aquí no nos enterásemos de nada?

La cuestión de la mujer fue secundada por voces de apoyo de buena parte del público. En ese momento la ayudanta del profesor empezó a colocar varios cirios y palmatorias en el espacio donde exponía el docente, después encendió las velas ayudada por una larguísima cerilla.

—Pues verá, señora mía —respondió el perito en un tono lleno de ironía—. El CSIC volvió a hacer su trabajo, como en el caso de Alaska, y aquí tiene el informe si usted tiene a bien leerlo. Lo que pasa, es que en este país era mucho más importante en ese momento el posible fichaje de un jugador del Real Madrid, además de la posible salida del Barça de su delantero estrella, eso por no hablar de la trascendencia irrefutable acerca de la fecha para jugar el maldito mundial de fútbol que iba a celebrarse dentro de tres años.

La sala se quedó muda ante la explicación que nos acababa de dar el científico sobre la falta de información de tamaño acontecimiento. En ese instante vino a mi memoria uno de los últimos telediarios que vi, a la hora de la cena, acompañado de mis padres. El tiempo que se dedicaba a las

cuestiones que acababa de decir el profesor llenaba más de la mitad de los informativos. Yo mismo recordé la discusión que mantuve con mi padre sobre la conveniencia de traer al Madrid a aquel delantero centro.

—Tiene usted que plantearse, señora mía, por qué nos interesó siempre más el mundo del fútbol que cualquier otro. Por qué siempre ganó mucho más dinero un señor que pateaba un balón, que otro que investigaba para hacer avanzar a nuestra humanidad; por qué los programas en los que se hablaba de gente carente de cualquier interés, a voces y sin educación ninguna, eran los que mayor audiencia reclutaban; por qué el pueblo se echaba a la calle porque su club de fútbol iba a descender de categoría y, sin embargo, permanecían impasibles ante la decisión de las administraciones públicas de invertir cada vez menos en investigación y desarrollo —el doctor hizo una pausa cuando llegó hasta donde estaba la señora que había realizado la pregunta, situándose a solo dos palmos de la atónita mujer—. Eso es lo que usted tiene que preguntarse, señora mía.

Capítulo 21. Se nos hizo de noche

Y se nos hizo de noche. Cuando el físico terminó su ponencia, la oscuridad reinaba en las calles. La última parte de la exposición tuvo que realizarse a la luz de las velas que había distribuidas por toda la sala y que la asistenta del científico se había encargado de encender con la ayuda de una cerilla.

En la salida del antiguo bar, Román se encontró con un compañero de trabajo que había asistido, igual que nosotros, a la conferencia del doctor. Presencié, sin mediar palabra, la conversación entre los dos adultos donde se contaron las diferentes suertes que habían tenido compañeros suyos desde el día en el que dejaron de verse en la comisaría. Ajenos al mundo exterior los policías se enfrascaron en una charla, demasiado extensa para mi gusto, y tras la cual nos quedamos solos en mitad de la calle.

—Román, está muy oscuro. ¿Dónde tenéis que ir ahora? —preguntó el antiguo compañero con cierto tono de preocupación.

—Volvemos a casa. Vivimos por la zona del Tribunal Constitucional.

El hombre dio un pequeño respingo al escuchar la dirección que había pronunciado su antiguo jefe.

—Eso está muy lejos, es muy peligroso. Es mejor que hagáis noche en mi casa. Vivo aquí al lado, en Álvarez Gato.

El padre de Lucía levantó la mano solicitando calma a su antiguo subordinado.

—Te lo agradezco, Carlos. Pero tenemos que volver.

—Román, las noches son muy peligrosas. Por aquí ya nos hemos acostumbrado a escuchar gritos y golpes cuando el sol se esconde y rara es la mañana que no aparece un cadáver por alguna calle, o los restos del muerto, que es peor.

—Lo sé y te lo agradezco. Pero tenemos que volver. Andrés es joven —dijo señalándome— y yo aún puedo correr. Además..., venimos acompañados —concluyó ahuecando la chaqueta para mostrar su arma.

—Insisto, comisario.

Pero el jefe no cedió y trató de calmar a aquel buen hombre. Finalmente se despidieron con la promesa de visitarse algún día para poder hablar con más tranquilidad.

Iniciamos la vuelta a casa engullidos en la oscuridad absoluta de las calles desiertas. Cuando se escuchaba algún ruido, de lo que entendíamos que podía ser alguien acercándose, nos deteníamos para saber dónde se encontraba la persona con la que nos íbamos a cruzar. Luego, el extraño o nosotros, nos cambiábamos de acera y nos vigilábamos desconfiados hasta que el cruce se había producido de manera sobrada. El miedo se palpaba en los pocos incautos que se aventuraban a transitar las vías, desprovistas de cualquier iluminación, en mitad de la noche. Román se detuvo a encender un cigarrillo, lo hizo con el único objetivo de delatar —con la ayuda de la minúscula brasa incandescente del pitillo— nuestra presencia y evitar así el ataque de alguien que se viese sorprendido por nuestra repentina aparición. Yo, por mi parte, iluminaba nuestros pasos con la ayuda de una linterna-dinamo que conseguí, semanas atrás, en la glorieta de Quevedo a cambio, eso sí, de una lata de mejillones. Giraba la manivela del artilugio y se obtenía una miserable luz que duraba unos pocos segundos, cosa que me obligaba a repetir la acción de manera constante.

Llevábamos no más de un cuarto de hora caminando por medio de la ciudad cuando, al girar una esquina, nos tropezamos con una escena del todo desagradable. Román, que avanzaba por delante de mí, retrocedió arrastrándome consigo para ocultarme detrás de la esquina que acabábamos de franquear. Después de quedarnos en silencio durante un espacio breve de tiempo, nos asomamos de nuevo para contemplar lo que estaba pasando en mitad de la calle. Una antorcha tirada en mitad del asfalto iluminaba tenuemente el repugnante acto que allí se estaba produciendo. Vimos el cuerpo de un hombre tumbado boca abajo en el suelo, rodeado de un inmenso charco de sangre. Junto al cadáver se encontraba un sujeto que le estaba despojando de su calzado al difunto. Al lado de este había otro tipo, con los pantalones bajados hasta las rodillas, acometiendo sacudidas de cadera, cadenciosas y lentas, mientras sujetaba las piernas de una mujer por los tobillos. Ella estaba tumbada sobre el capó de un coche y, desde donde nos encontrábamos, su cabeza quedaba oculta tras el parabrisas del automóvil. Fue entonces cuando distinguí, en un plano posterior, el rudimentario carrito que portaba el saco con bienes que vi en el local de Espoz y Mina. Volvimos a escondernos detrás

de la esquina, aterrados ante la posibilidad de que aquellos animales descubriesen nuestra presencia.

—¡Es el doctor! —grité entre susurros a Román.

—¿Cómo dices?

—¡Que creo que el muerto es el hombre que acaba de dar la conferencia!

El comisario volvió a asomarse para contemplar la escena.

—Tienes razón. Es el doctor.

Guardamos silencio durante unos instantes en los que solo se escuchaba el asqueroso jadeo del violador que teníamos a no más de veinte metros de nosotros.

—Está muerto, creo que no podemos hacer nada por él —dijo el comisario agachando la cabeza. Acto seguido comenzó a caminar por la calle en el sentido contrario al que nos había llevado hasta aquel lugar.

Yo seguí sus pasos sin decir nada. La cabeza me daba vueltas y no dejaba de aparecer en mi pensamiento la chica que había ayudado al doctor en su presentación. Aquella mujer, de graciosos movimientos y sonrisa permanente, estaba sufriendo una agresión repugnante de la cual nos estábamos alejando de manera miserable y cobarde. Apreté entonces el paso para situarme inmediatamente detrás de Román y cuando estuve a solo un metro de él decidí, presa de mi juventud, complicarle la vida.

—¿Y la mujer?

Mi vecino pareció no escuchar la pregunta y continuó avanzando por la calle.

—Piensa que podría ser..., no sé..., Lucía —argumenté de nuevo.

El hombre se detuvo de inmediato y, sin girarse, permaneció inmóvil unos segundos amasando lo que le acababa de decir. Propinó una larga calada al cigarrillo que se había encendido instantes atrás y me habló dándome la espalda.

—Sabes el riesgo que asumimos, ¿no?

Lo contemplé durante un tiempo sabedor de que mi respuesta afirmativa sería suficiente para que el comisario actuase como era debido.

—Sí.

Román arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó con determinación, se giró sacando la pistola del interior de su chaqueta y comenzó a caminar hacia el lugar en el que se estaba cometiendo el asalto. Cuando llegamos a la esquina donde habíamos estado contemplando la escena se detuvo y oteó la vía

nuevamente. Amartilló el arma y salió a la calle apoyando cada paso sigilosamente. Yo observaba desde el cruce de calles temblando como una hoja, presa del pánico.

El tipo que antes estaba quitando el calzado al difunto doctor ahora se afanaba en quitarle la camisa y se encontraba de espaldas a nuestra presencia. Mi vecino, apuntando con la pistola hacia el cielo, dirigió su felino caminar hacia el copulador, que para entonces acometía las embestidas con más furia que cuando lo vimos por última vez y, cuando estuvo a escaso medio metro de él, encañonó el cogote de aquel malnacido. Sonó la detonación y el violador cayó al suelo como un saco golpeando en su descenso, con lo que le quedaba de cara, el capó del coche sobre el que yacía la mujer.

Aún estaba desplomándose el cuerpo de aquel salvaje cuando sonó el segundo disparo, que esta vez iba dirigido contra el saqueador. El ladrón se desplomó sobre el asfalto, pero no estaba muerto ya que emitía un lastimoso quejido agónico. Acto seguido el comisario apretó el gatillo dos veces contra aquel infeliz y el aullido cesó de manera súbita. Corrí entonces hasta donde se encontraba la chica para descubrir, impotente, que la mujer estaba muerta. Me giré buscando la mirada de Román para encontrar algún sentido a todo lo que había ocurrido allí y él me devolvió una mueca de frustración.

—Salvajes... Andrés —terminó por decir mientras se encogía de hombros.

La joven que animaba los discursos del físico había sido mancillada después de muerta. Era repugnante, igual que el mundo en el que estábamos viviendo.

Me encontraba vomitando cuando, de repente, unos nuevos disparos me alertaron de que aún estábamos en peligro. Un tipo venía hacia nosotros, saltando por encima del techo de los coches aparcados en la calle, portando en su mano derecha un objeto parecido a una lanza. El salvaje se acercaba de manera peligrosa y los disparos que había efectuado Román no le habían alcanzado. Cuando estaba a pocos metros lanzó la tosca jabalina contra el comisario. Román se apartó a tiempo milagrosamente y el trozo de metal impactó contra el suelo levantando una pequeña nube de chispas en su violento encuentro con el asfalto. El tipo saltó cayendo encima del policía y los dos hombres rodaron por el suelo formando un ovillo humano. Contemplé horrorizado la lucha, paralizado por completo por el terror que me invadía, inmóvil ante tanta violencia desatada, ante la furia desmedida que el ser

humano puede llegar a mostrar para sobrevivir. La pistola estaba en el suelo y el carro retraído de la misma indicaba que en su interior no había más munición. El salvaje doblaba en peso a Román y cuando me quise dar cuenta ya estaba encima de mi vecino, sentado a horcajadas, estrangulándolo con ambas manos.

—¡Andrés! —gritó agónico el policía.

Fue entonces cuando corrí a por la lanza que había tirado aquel monstruo y tras recuperarla le atravesé el cuello sin el menor de los miramientos. Lo hice con tanta furia que la punta del tubo llegó a punzar ligeramente la cara del comisario.

Ese fue mi bautizo de sangre, mi acto de presentación definitivo en ese mundo despiadado y caótico que nos tocó vivir, mi inauguración como asesino en el cuerpo a cuerpo para ayudar a los que creía justos. Al fin y al cabo: mi aportación nauseabunda al progreso de la humanidad.

Ya les advertí al principio de estas memorias que, cuando todo dejó de ser normal aquel aciago viernes de julio, salió mucho mal del interior de las personas.

Capítulo 22. Álvarez Gato

Regresamos a casa de día, cuando los primeros rayos de sol ya iluminaban la ciudad. Por supuesto, ni mi vecino ni yo pegamos ojo en toda la noche después de lo que nos tocó vivir.

Tras liquidar a aquellos tres salvajes en plena vía, el comisario decidió que sería mejor buscar refugio en casa de su amigo que aventurarse a cruzar la ciudad sin ninguna bala en la pistola. Así que nos fuimos de allí, no sin antes agarrar el carrito de bienes que pertenecía al difunto doctor en Ciencias Físicas. Volvimos sobre nuestros pasos con la esperanza de que Carlos, el antiguo compañero de Román, nos escuchase en mitad de la madrugada. Anduvimos apresurados, nerviosos por lo vivido en esa maldita calle e inquietos por la posibilidad de que algún miembro de la banda callejera nos estuviese siguiendo.

El ruido del carrito anunciaba nuestra presencia con un estruendo decadente, mezcla de golpes metálicos y ejes oxidados, mientras, el policía caminaba con el arma en la mano encañonando sin ningún miramiento a los pocos transeúntes con los que nos cruzamos. Los iluminaba con la linterna-dinamo y los amenazaba, al mismo tiempo, con el arma mientras les advertía que, como hiciesen un movimiento en falso, no dudaría en acribillarlos allí mismo. Se quedaban petrificados y levantaban los brazos para disipar cualquier tipo de duda sobre sus intenciones. El arma descargada de Román efectuó su papel amedrentador a la perfección y de aquella manera nos abrimos paso hasta la calle Álvarez Gato. En la angosta vía mi vecino comenzó a gritar el nombre de su antiguo compañero.

—¡Carlos Moreno!... ¡Busco a Carlos Moreno! —sonó en el callejón.

Pero nadie respondía. Cuando el eco de la voz desapareció solo se escuchaban los lejanos y habituales estruendos a los que ya nos habíamos acostumbrado todas las noches.

—¡Carlos Moreno!... ¡Inspector de policía que vive en esta calle!... ¡Soy Román Hernández!... ¡Hombre de paz y compañero suyo!

El silencio fue la única respuesta que obtuvimos de nuevo y en aquel

preciso momento nos dimos cuenta de la ratonera en la que estábamos: habíamos caminado hasta allí, alejándonos de nuestra casa, y ahora nos encontrábamos en medio de la ciudad sin nada decente con que defendernos.

—¡Joder, Carlos! —masculló entre dientes el policía.

Román volvió a repetir la llamada obteniendo por respuesta la misma inquietante calma que las otras dos veces anteriores.

—¡Vecinos de la calle Álvarez Gato! —grité entonces— ¡El que llame a Carlos Moreno se ganará un queso manchego entero!... ¡¿Habéis escuchado?! ... ¡Un queso manchego..., hijos de puta! —añadí con lágrimas en los ojos, desesperado.

De repente una contraventana se abrió lentamente dejando salir de su interior la tenue luz de una vela.

—¡No parecéis hombres de paz... y menos con una pistola en la mano! — se escuchó decir a una voz femenina y desgastada por el paso del tiempo desde el interior del piso.

—¡Señora, nos hemos tenido que defender, entiéndalo! —expuso Román — ¡La noche nos ha cogido en mitad de la ciudad y no nos ha quedado más remedio que sacar el arma!... Le pido disculpas si la hemos sobresaltado en su descanso.

—¡La gente de paz no anda por ahí cuando se ha ido el sol! —replicó puntillosa la anciana— ¡No desde que Dios nuestro Señor decidió castigarnos por la vida pecaminosa de esta humanidad! —completó la vieja.

El comisario guardó la pistola en el interior de la chaqueta e iluminó, con ayuda de la linterna-dinamo, su rostro, el mío y el carrito de enseres del difunto doctor.

—¡Señora, tiene que ayudarnos! ¡Corremos peligro! ¿Sabe dónde vive Carlos Moreno? ¿Puede llamarlo y decirle que está aquí Román Hernández?

—Sí, sé dónde vive, pero no me fío de personas que merodean en mitad de la noche. ¡Puede ser una trampa! —respondió la voz.

—¡Llámelo, vieja asquerosa! —aullé— ¡Llámelo o moriremos! —imploré con rabia mientras Román trataba de taparme la boca con su mano.

Otra contraventana se abrió entonces violentamente, justo encima de la que ocupaba la vieja remisa con la que hablábamos.

—¡Román! —escuché decir a una voz familiar.

El inspector desapareció inmediatamente de nuestra vista y, en el lugar que dejó libre, apareció otro hombre que reclamó, a voces, la propiedad del

queso que yo había ofrecido con anterioridad. El portal se abrió después de escucharse el pesado deslizar de las trancas y pestillos que bloqueaban el movimiento de la puerta.

Y en aquel piso hicimos noche, resguardados de las criaturas salvajes que solo respondían al instinto deshumanizado de la supervivencia, de monstruos y caníbales de los cuales creo que no nos diferenciábamos demasiado, de seres que seguramente fueron normales antes de desatarse toda esta locura y que ahora se habían transformado en bestias arrastradas por los impulsos más primarios, de revueltas, de broncas y escaramuzas que se producían sin mediar palabra, a veces con el único objetivo de conseguir un pedazo de pan que llevarse a la boca y que en la mayoría de las ocasiones terminaban con alguien muerto en mitad del asfalto. Después ese cadáver, cerrando un nuevo y repugnante ecosistema, daba de comer a los seres que aparecían por las alcantarillas como ratas de un inframundo peor aún que el que se vivía a ras de suelo.

Capítulo 23. Teatro

Cuando llegamos al bloque de pisos, Sonsoles salió corriendo a nuestro encuentro. Venía con dos ríos de lágrimas cayéndole por las mejillas y con unas tremendas ojeras que delataban que la mujer había permanecido en vela toda la noche, igual que nosotros. Nos abrazó y nos besó mientras maldecía la hora en la que se nos ocurrió la idea de ir a la dichosa conferencia. Insultaba a Román y después lo besaba con pasión asiéndole la cabeza con fuerza.

Lucía no salió a recibirnos ya que estaba realizando su turno de vigilancia en la azotea del bloque. La escuchamos gritar nuestros nombres al tiempo que agitaba la mano para saludarnos. Subimos las escaleras corriendo y nos fundimos los cuatro en un abrazo, conformando una mole humana llena de excitación y alegría por el reencuentro.

El resto de vecinos fue saliendo de sus casas a la escalera del edificio ante la noticia de nuestra vuelta, y no dejamos de recibir abrazos y muestras de cariño de todos y cada uno de ellos.

Preguntaron qué había pasado, que por qué no habíamos regresado al atardecer de aquel acto al que habíamos ido, tal y como Sonsoles les dijo cuando, alarmada, comenzó a desesperarse.

Román dijo que simplemente se nos hizo tarde y que optamos por quedarnos en casa de un antiguo compañero suyo. Obvió todo el episodio que vivimos en mitad de la ciudad y, por supuesto, no dijo absolutamente nada acerca de que habíamos matado a tres personas. Sí señores: no contó nada, para mi sorpresa, y además le imprimió al asunto un barniz de normalidad que me resultó casi insultante. Después, creo que para desviar la atención del vecindario, explicó lo que habíamos escuchado en la interesante conferencia a la que habíamos acudido. Los vecinos atendieron con gran interés y no dudaron en efectuar preguntas cuando a cada uno le vino en gana. Les contó todo, narró las fotos y magníficos dibujos con los que el científico apoyó sus teorías, incluso describió, con todo lujo de detalles, a la bella ayudanta del doctor.

Parecía que estuviera haciendo promoción del acto y tal fue así, que

Servando y Antolín manifestaron su intención de acudir a la exposición del doctor en la calle Espoz y Mina. En ese momento intervine para decirles que la conferencia que dio el profesor el día anterior había sido la última, ya que se marchaba de la ciudad.

Aguanté aquella pantomima, mordiéndome la lengua, dejando hacer a Román su interpretación maestra y reservándome para mí la opinión de tal actuación. Entendí, que si mi padre adoptivo había decidido ocultar todo aquello, pues que tendría sus razones para hacerlo y que no sería yo el que iba a dejarlo en evidencia menguando su credibilidad delante de todo el vecindario.

Me acosté, rendido por la vigilia de la noche anterior, con el objeto de descansar para la guardia que debía comenzar a las ocho de aquella misma tarde.

Capítulo 24. Aparición mariana

Y fue en aquella azotea, en la cual el frío ya comenzaba a endurecer la labor de vigilar los alrededores del edificio, donde viví la experiencia más maravillosa de toda mi vida. Ahora, con el paso del tiempo, la recuerdo con un profundo amargor, pero en aquel momento fue el acontecimiento de mayor relevancia para mi joven persona.

Era de madrugada y este que escribe repetía el itinerario, cansino y monótono, por las cuatro caras del edificio con la finalidad de descubrir a cualquier intruso que se acercase a nuestra posición. De vez en cuando alimentaba con un tarugo de madera la hoguera realizada dentro de un oxidado bidón metálico. Esa fogata calentaba las manos y la cara del vigía ayudándole así a pasar las frías noches de un ya incipiente invierno. A veces se colgaba un pequeño puchero, utilizando los propios bordes del bidón, para calentar agua o alguna tosca sopa que templase el cuerpo del guardián.

La cuestión es que apareció Lucía. Lo hizo pillándome desprevenido por completo y con un misterio en su mirada desconocido por mí hasta aquel preciso instante. Las otras veces que subió, pocas he de decir, me daba una voz cuando alcanzaba la puerta que permitía el acceso al llano de la azotea. Pero esta vez no, esta vez se quedó al lado de la hoguera, sin decir nada, y esperó a que yo la descubriese. Cuando me giré la vi allí, inmóvil y enigmática, observándome en silencio realizar mi cometido. La noté tan distinta que me asustó. La luz oscilante y cálida de la hoguera iluminaba su cara con un tono anaranjado que dejaba vislumbrar un rostro delicadamente maquillado. Sus ojos brillaban intensos dejando escapar una intención perversa, o prohibida, desde su interior.

—¡Lucía! —exclamé petrificado ante lo que parecía una aparición mariana.

Continuaba observándome, ciñéndose contra su cuerpo un precioso abrigo blanco que nunca había visto hasta entonces. El fuego brotaba del interior de sus pupilas llegando a proporcionar el efecto de que era su mirada lo que iluminaba el interior del bidón y no al revés. Me acerqué hasta ella al ver que

no parecía querer comunicarse desde la distancia. Cuando me situé frente a Lucía, pude observar que se había pintado los labios y acicalado el pelo, además, un olor a perfume se coló en mi olfato, tan fuerte que ahora mismo puedo percibirlo en la celda en la que me encuentro. Creo que jamás lo olvidaré.

—Cuéntame qué pasó anoche —susurró sin retirar sus ojos de los míos.

Tengo que confesar que me sorprendió con la pregunta y traté, sin ningún tipo de éxito, evadirla de manera natural.

—Que pasamos la noche en casa de un antiguo compañero de tu padre... Carlos Moreno se llama.

—¡Mientes!

—Ya has oído a tu padre esta mañana —respondí tembloroso.

—Algo tuvo que suceder para que pasaseis la noche fuera de casa. ¡Dime la verdad!

Su aliento golpeó mi cara. Olía a carmín y a flores frescas y me arrancó el impulso de querer besarla, pero ella me frenó con las manos arruinando así mis ansias de amarla.

—Lucía, te lo he dicho. Fuimos a la conferencia y se nos hizo tarde. Tu padre decidió que era mejor hacer noche en casa de su amigo.

Mantuvo la mirada sobre mis pupilas. A mí me pareció que podía leer la mentira a través de mis ojos. Permaneció en silencio, me gritaba con su insoportable mutismo que era un embustero y, al mismo tiempo, yo notaba cómo comenzaba a doblarse mi voluntad. Percibía impotente cómo el férreo propósito por mi parte —de guardar silencio sobre lo que pasó la noche anterior— empezaba a ceder como una inútil viga de plastilina.

—Tienes que creerme, Lucía —esgrimí en un intento desesperado de que no indagase más en el asunto.

Acercó sus labios a los míos dejándolos solo a escasos milímetros de entrar en contacto. Respiraba profunda, casi jadeante y al final volvió a la carga con una pregunta emitida entre susurros.

—Andrés, si no me confías los secretos...

Capitulé. Y, ante la amenaza velada de que la relación terminase entre nosotros, relaté todo lo que pasó desde que salimos de aquel antiguo bar de la calle Espoz y Mina. Canté como un soldado que ha caído en manos enemigas y que trata de aferrarse a la vida con la traición a sus compañeros como única moneda de cambio, porque para mí, amar a esa mujer era lo único que me

mantenía esperanzado cada día y, de igual manera, también era lo único que mitigaba el dolor de mi alma cada noche, cuando al acostarme recordaba a mis padres.

Escuchó la historia acariciando mi cabeza mientras yo describía cada uno de los lances que sufrimos en las calles de Madrid. Al final de mi relato me besó con fuerza, como jamás lo había hecho. Su respiración entrecortada la hacía resollar dejando la boca abierta, envolviendo mi olfato con su aliento. Después se separó de mí ligeramente, abrió su abrigo y me mostró su cuerpo desnudo. No actué como una persona, obré como un animal. Me entregué por completo al impulso desmedido y feroz que salió de mi interior. Igual de irracional y visceral que cuando le clavé la lanza a aquel desalmado la noche anterior. Fue así, atropellado y confuso. Lucía avivaba el incendio de mi interior con palabras incomprensibles, dichas entre balbuceos. Sonidos que eran, a continuación, obligados a introducirse en mis oídos por su lengua lasciva y que aumentaban mi deseo de poseerla.

Y allí, en aquella azotea, olvidándome por completo de mis obligaciones como guardián, Lucía me hizo el amor por primera vez. Y aquel veneno terminó por meterse en mi interior de tal manera que a día de hoy no he conseguido expulsarlo. Y hoy ya sé que voy a morir con el alma inundada de su pócima dulce y mortal.

Capítulo 25. La primera Navidad

El invierno se presentó y con él sus largas noches y su implacable frío. También lo acompañaba su carencia de alimentos y sus habituales nevadas.

Pasábamos los días junto a la fogata de la portería o de la azotea, eso cuando no estábamos ocupados en conseguir leña, comida o empleados en llenar el hueco de la piscina con carretillas de nieve que recogíamos por todas partes.

Frío y hambre, eso era lo que siempre ha traído esa maldita estación. Eso por no hablar de la melancolía que despertaba en las almas de todos nosotros. Parecía que con la llegada de los días cortos o las noches largas —según se quiera ver—, en el ser humano se avivase el recuerdo de las épocas pasadas, de los tiempos donde vivir era sencillo, de cuando los problemas se solucionaban de manera rápida, de cuando las cosas se podían hacer de noche a la luz de una lámpara, de cuando no se pasaba frío, de cuando con la simple apertura de la puerta de la nevera se saciaba el hambre de manera inmediata, de cuando...

La estación traía, y siempre ha traído, algo demoledor, mucho peor que la carencia de alimentos y que sus gélidas madrugadas: la Navidad.

Recuerdo especialmente amarga la primera Nochebuena. Si el invierno resucita recuerdos del pasado, la celebración de esas fechas aflige el corazón de las personas de manera extraordinaria.

Fue Paquita, la del tercero, la que se empeñó en hacer una especie de celebración de Navidad con todos los vecinos. Y como no pudo ser de otra manera aquello terminó siendo un mar de lágrimas, desembocando en algo parecido a un funeral, en vez de ser la alegre fiesta pretendida. Fue entrañable; sí. Fue doloroso; más.

Recordamos a los que no estaban con nosotros, a aquellos que desaparecieron después del Día Cero, a los que no se sentaron a la mesa improvisada en el rellano del portal en la noche del 24 de diciembre de 2027. Pasadas las horas, y tras haber comido un par de pollos y algo de turrón caducado procedente de la estantería de don Servando, la reunión se fue deshaciendo de manera paulatina entre silencios y tímidos llantos, entre el

sorber de lágrimas y los cierres de las puertas de aquellos vecinos que buscaron en el interior de sus hogares el refugio para ahogar las penas.

Y no contentos con aquello decidimos celebrar, una semana después, la entrada del año nuevo, otra vez a petición de Paquita. Pasamos la Nochevieja jugando a averiguar títulos de películas de cine o personajes famosos con ayuda de la mímica que ejecutaba cada una de las parejas que conformaban los equipos. Gestos y posturas que provocaban las carcajadas de todos en ciertas ocasiones o chascarrillos y bromas en otras muchas. También se contaron chistes, se bailó al son de las canciones que entonó la señora Pascuala acompañada por la guitarra de Julián. Eran cantilenas antiguas, nunca antes escuchadas por mi joven persona, que hicieron bailar a los asistentes a la fiesta durante un buen rato. Los mayores pedían a la cantante un nuevo título en cuanto terminaba la interpretación de la última tonada. Algunas veces la mujer las interpretaba a capela, acompañada solo por las voces de los asistentes a la fiesta, y en otras, el guitarrista la arropaba con la melodía que salía de su vieja guitarra cuando conocía los acordes del tema solicitado. Recuerdo que pidieron muchas de un grupo llamado Mecano y de un tal Alejandro Sanz.

Aquellas fueron las primeras Navidades desde *el apagón del mundo* y todavía se conservaban bastantes botellas de alcohol en los muebles de los salones. La gente bebió, alguno más de la cuenta, y asistimos a alguna que otra caída que arrancó las carcajadas de los vecinos. Pero la noche fue avanzando y las penas volvieron a aflorar por unas gargantas incapaces de contener los sentimientos de sus dueños. Esas bocas, desatadas por el efecto etílico, volvieron a nombrar a los que no estaban entre nosotros. Se acordaron de Gabriel, el vecino que no soportó lo que trajo el *nuevo mundo* y que se quitó de en medio el primer día, tras haber llevado en brazos a un niño moribundo por todo Madrid. Se levantaron las copas para brindar por mis padres, Álvaro y Sofía, y entonces la fiesta se terminó para mí. Abandoné el recibidor donde se celebraba la reunión para ir a llorar a mi casa. No los culpo, no era su intención. Al fin y al cabo hui a mi alcoba para enterrar mi rostro en la almohada, como todas las noches.

A la mañana siguiente Lucía me contó que todos acabaron llorando después de que yo abandonase la fiesta y que tuvieron que acostar a varios vecinos que se habían quedado dormidos en el suelo.

El día 2 de enero de 2028, por acuerdo unánime de los vecinos del bloque de pisos, se decidió no volver a celebrar la Navidad.

Capítulo 26. El acuerdo

—¿Otra vez, Paquita? —preguntó Román mientras subía las escaleras sin dirigir su mirada a la vecina.

Se acercaban las fechas de manera peligrosa. Todos y cada uno de los vecinos evitamos nombrar aquella palabra como si se tratase del mismísimo diablo. El acuerdo del año anterior parecía seguir en pie de manera firme, pero tuvo que llegar la vecina del tercero a cuestionarlo, a plantear la conveniencia de pasar aquellos días como si se tratasen de días normales y corrientes, a sembrar la duda sobre el pacto que se hizo después de la resaca de Año Nuevo anterior.

—¿Qué nos queda entonces? —gritó ella, siguiendo insistente los pasos de mi padre adoptivo.

Román se detuvo ante el berrido desesperado de la mujer y se giró para ver la cara crispada de su vecina. Sorprendido ante una vehemencia tal, guardó silencio unos segundos antes de articular la primera palabra.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

El marido de Paquita, Julián, agarró del brazo a su mujer para hacerla desistir del planteamiento, pero ella se zafó de la mano que la asía con un movimiento no exento de cierta violencia.

—Que qué nos queda, digo. ¿Morirnos sin más? ¿Agotar nuestros días en esta mierda de mundo que nos ha tocado vivir? ¿Renunciar a nuestras costumbres solo porque nos alborotan el alma?

El silencio siguió a los bramidos que empleó la mujer para exponer aquella batería de preguntas. Las cabezas de los vecinos comenzaron a asomarse por el hueco de la escalera intentando averiguar qué estaba pasando.

—No digo eso, Paquita —contestó Román cogiendo sus temblorosas manos—. Digo que acordamos entre todos no volver a celebrar la Navidad porque los recuerdos nos hacen sufrir.

—¿Y convertirnos en animales?

—No..., no es eso. Digo que...

Paquita sacudió las manos para liberarse del gesto paternal de Román y volvió a hablar a voces.

—¡Sé de sobra el acuerdo al que llegamos, yo misma voté a favor! Pero creo que todos pensábamos, en aquel momento, que todo volvería a ser normal más bien pronto que tarde.

—Tranquila.

—¡Estoy tranquila, coño! —espetó envuelta en furia—. Solo digo que creo que es un milagro aguantar un año más en estas condiciones. Yo, como todos vosotros, lucho por sobrevivir día tras día —aulló señalando a los que se asomaban por el hueco de la escalera—. ¡Es muy probable que el año que viene alguno falte! ¡¿Me escucháis?!

—Tranquila —volvió a rogar el comisario.

—¡Que estoy tranquila, joder!

—¡No lo parece!

La mujer se dio la vuelta y apartó a su marido, que trataba de sosegarle el alma acariciándole la espalda. Bajó las escaleras entre el mutismo de todo el bloque. Descendía con la cara descompuesta, con rabia e impotencia en su mirada. Cuando alcanzó el rellano del primero sacó la cabeza por el tragaluz.

—¡Animales..., eso es en lo que nos hemos convertido!

¡Animales!..., ¿escucháis?... Ya solo estamos aquí para sobrevivir, ¡qué pena!... ¡¿Sabéis en qué se diferencia el ser humano de las bestias?! —Una vez más el silencio del edificio fue la única respuesta para aquella pregunta realizada desde lo más profundo de la frustración—. ¡En el arte... y en la creencia en la vida después de la muerte! —La frase retumbó por los pasillos de todo el bloque y nadie se atrevió a replicar a aquel espíritu herido—. ¡Creo que aquí somos todos católicos, ¿me equivoco?! —Paquita hizo una pausa para ver si alguien le contestaba—. ¡Aunque no seamos muy practicantes, los católicos celebramos la Navidad en comunidad! ¿Es así, o no? —Silencio absoluto—. ¡Creo que también honramos a nuestros muertos y nos acordamos de ellos!... ¡Decidme..., ¿qué hay de malo en ello?! —terminó por preguntar con la garganta rasgada por el llanto.

—Pues que nos hace daño... Que nos pone tristes, Paquita —se escuchó susurrar a una voz.

—¡Porque somos humanos, joder!... ¡Eso precisamente es lo que estoy intentando decir!... ¡Que nos estamos deshumanizando, coño ya!

—Tampoco creo que sea eso —replicó tímidamente la voz proveniente de un piso superior y que creo que pertenecía a Gabriela, la mujer de Antolín.

—Ah, ¿no? —exclamó mirando con furia al improvisado parlamento—.

Resulta que estamos organizados para repeler cualquier ataque a esta comunidad. Resulta que aquí delante —gruñó señalando con su dedo índice la puerta del edificio— nos cargamos a cinco personas...

—¡Cuatro! —interrumpió una voz.

—¡Me da igual!... ¡Vale, cuatro personas!..., ¿contento? —replicó Paquita con ironía—. ¡Nos cargamos a cuatro personas y no vi ni una lágrima en los ojos de nadie!... Sé que diréis que fue en nuestra defensa, que eran ellos o nosotros, y no tengo ningún reproche en cómo actuamos, que quede claro. Lo que digo es que eso no quita para que intentemos mantener la humanidad que se nos supone, para pensar que esos desgraciados a los que matamos aquí delante quizá trataban de sobrevivir, igual que lo hacemos nosotros —La mujer detuvo su exposición para lanzar una mirada inquisitiva a los vecinos—. ¿Lo habéis escuchado?... ¡Igual que nosotros!

—¡Vinieron con armas, no lo olvides!

—¡Con las mismas con las que nos hemos quedado ahora!

—Nosotros no salimos a atracar a nadie, no es lo mismo.

—¡Es que no es eso lo que intento decir! —bramó colérica—. ¡Solo digo que si alguien ha pensado en que probablemente alguna esposa, madre, hijo o hermano estará todavía, a día de hoy, esperando a que vuelva alguno de esos infelices que machacamos, ahí fuera, sin piedad!

Nos quedamos en silencio ante la reflexión que acababa de hacer la mujer de Julián. Lo hicimos con las cabezas agachadas porque creo que ninguno soportamos la vergüenza que nos invadió.

—¡¿Y me decís ahora que no soportáis el dolor que os causa recordar a vuestros seres queridos?! —Retumbó la voz de la mujer que, cargada de ira, ya abandonaba el edificio—. Si no queréis celebrar la Navidad..., si no queréis dejar de ser animales; *iros* a la mierda... ¿Me habéis oído?... ¡A la mierda!

Capítulo 27. Tiene razón... y lo sabéis

A sí que aquella Nochebuena volvió a celebrarse, como no podía ser de otra manera. Las heridas que dejó en nuestras almas la reprimenda de Paquita, nos empujaron a montar una fiesta sorpresa para ella. Lo decidimos en el preciso instante en el que la mujer abandonó el edificio, llena de furia, tras las palabras pronunciadas.

—Tiene razón... y lo sabéis —nos reprochó Sonsoles después de escuchar el portazo que puso punto final al rapapolvo de la vecina del tercero.

Ninguno se atrevía a levantar la cara para mirar a los ojos del de enfrente y decir que aquello no era justo. Todos teníamos, a aquellas alturas, algún muerto en el armario, algo de lo que arrepentirnos, aunque hubiese sido provocado por la situación desesperada en la que se había sumido nuestra rutina.

—¡Está bien! —injurió Conrado—. Propongo que organicemos una celebración de Nochebuena y que la hagamos por sorpresa para Paquita, que se ha llevado un berrinche de cojones. ¿Votos a favor? —preguntó alzando la voz.

Levantamos la mano sin dudarle, aunque también se escuchó algún que otro murmullo de cierta resignación.

Durante la semana que tuvimos para preparar el festejo, Paquita apenas salió de su piso y cuando lo hacía caminaba como un alma en pena por los pasillos, mirando constantemente al suelo, sin dirigir la palabra a nadie de los que se cruzaba. Creo que para ella simplemente no existíamos.

Se mantuvo recluida en su hogar con una profunda pena, según nos contó Julián, que a punto estuvo de contarle la noticia y arruinar así la sorpresa que le teníamos preparada a su mujer.

—Es que está muy sensible, creedme. Se echa a llorar por nada —explicaba con preocupación—. Desde el Día Cero, esto ha sido lo peor para ella.

—Tienes que tranquilizarla, Julián. Ya solo queda un día.

—No le quito el ojo de encima —añadió el hombre mirándonos a la cara—. El otro día, en la cama, me dijo que si no fuese por los críos..., que..., que... —y terminó por echarse a llorar.

—Son cosas que se dicen, no se lo tengas en cuenta, hombre.

Julián levantó la cara y miró con cierto odio a Conrado, que era el que le había intentado animar, y apretando los dientes volvió a hablar.

—Te juro que si tuviese que aguantar el secreto dos días más se lo contaba todo. ¡Esto es insoportable!

—Pero merecerá la pena, curará sus heridas. Ya verás qué contenta se pone. Nos estamos tomando muchas molestias para que la celebración esté a la altura, ya lo verás.

Julián se levantó del escalón que había utilizado como asiento y abandonó, sin mediar palabra, el pequeño grupo que se había arremolinado en torno a él.

Capítulo 28. Lozana y magra

Anduvimos ocupados aquella semana en la preparación de la Nochebuena. Nos repartimos las tareas para que la fiesta fuese un éxito, empleando para ello no poco esfuerzo.

El problema era que cada vez había menos recursos. Las despensas estaban vacías y disponíamos de pocas pertenencias para hacer trueques por los, ya no tan improvisados, mercadillos que se instalaban en las plazuelas de la ciudad. Nos marcamos el objetivo, iluso, de conseguir un cordero para la cena. ¡Nada más y nada menos!: un lechal en aquellas fechas donde era casi imposible llevarse una triste zanahoria a la boca. Pero las ganas pudieron más que la razón y pusimos todo nuestro empeño en conseguirlo.

Fuimos en busca de la res a la plaza de Jacinto Benavente porque allí era donde se solían poner los pastores, o al menos había más que en la cercana Puerta del Sol. Antolín y un servidor debíamos conseguir aquel imposible. Llevamos con nosotros más entusiasmo que bienes para intercambiar y, como no podía ser de otra manera, nos volvimos a casa con las manos vacías.

—¿Cómo dice, buen señor?

—Qué si con esto nos llega para un cordero. Para ese que tiene ahí... el blanquito —contestó Antolín señalando al animal.

El pastor se subió los pantalones de pana y ajustó la cuerda de pita que le servía de cinturón. Mirando de soslayo a mi vecino le dirigió la palabra.

—¿Con eso que me traéis?... ¡No me hagas reír, hombre!

Estuvieron hablando durante un rato de lo que estaría dispuesto a aceptar el ganadero a cambio del ansiado animal. Era demasiado, no teníamos tal cantidad de comida, ni de enseres, para efectuar un acuerdo. El pastor no cedía en el trato, aunque Antolín le llegó a contar —para mi vergüenza—, la historia que nos había llevado hasta allí. Ni los teatralizados llantos simulando a nuestra vecina, ni los insultos que esta nos brindó, ni la fiesta sorpresa, ni nada de nada: al ganadero no le conmovió nuestra causa.

—Aparte de comida, ropa, herramientas y demás..., ¿acepta usted otras

cosas? —pregunté.

El hombre se rascó la cabeza durante un rato pensando qué podía interesarle. Después de sopesarlo concienzudamente terminó por expresarse con ese particular acento que siempre se les notaba a los que venían de fuera de la capital.

—Mujeres, pero veo que venís vosotros dos solos y no me interesan los machos, para eso prefiero apañarme con una cabra —contestó el pastor con un cigarro colgando del labio inferior.

—¿Mujeres? Pero concrete un poco más. ¿Se refiere a una mujer para casarse con ella, o algo así? —pregunté ante la atónita mirada de Antolín.

El hombre emitió una carcajada sonora girándose para atender a una anciana que había mostrado cierto interés en un lechoncillo. Mi vecino y yo nos miramos sin saber muy bien si el cabrero había dado por concluida la conversación de aquella manera tan tosca.

—Si esposa ya tengo —balbució después de cerrar el trato con la clienta —, allí se ha quedado, en Belinchón. Me refiero más bien a una moza que me alivie durante una noche —añadió—. Lo que pasa es que eres un poco joven para saber de lo que hablo.

—Sí sé de lo que habla. Una puta, usted lo que quiere es una puta a cambio del cordero, ¿verdad?

Mi tono, intencionadamente elevado, incomodó al pastor y a mi acompañante a partes iguales e hizo que algunos de los transeúntes se girasen con cierta curiosidad. El ganadero dio un respingo poniéndose colorado como un tomate.

—¡Pues te equivocas, muchacho! Las furcias no me gustan. Son sucias y transmiten enfermedades. Prefiero una muchacha normal que quiera pasar una noche conmigo. Eso sí; que sea lozana y magra. Nada de espantapájaros escuchimizados —apostilló.

—¿Cuándo volverá usted de nuevo? —pregunté señalando con el índice derecho la nieve que pisábamos.

El pastor sacó una libretita del bolsillo interior de su zamarra y consultó un almanaque hecho a mano. Musitó durante un rato varios números mezclados con días de la semana y después nos miró a la cara nuevamente.

—El veintidós... el día de la Lotería. Aunque ya no hay Lotería..., ¿se acuerdan? —dijo lamentándose.

—De acuerdo. Seguramente el veintidós estemos aquí —respondí mirando

a los ojos del cabrero.

Nos dimos la vuelta para regresar a casa y, cuando estábamos a escasos diez metros del pastor, escuchamos su voz elevarse por encima del murmullo instalado en el mercado.

—¡Que sea lozana!... ¡No me traigáis un cadáver viviente que no os acepto el trato!

Antolín se giró reclamado por la advertencia de aquel hombre. Con cierta furia en sus palabras le dijo que lo que quería, en esos tiempos, era muy difícil; que había mucha hambre.

—Si no encontráis muchacha, también aceptaría sesenta gramos de oro.

Nos paramos en seco y regresamos hasta donde se encontraba el cabrero. Tras un baile de cifras y varios apretones de manos —que se deshacían cuando a alguno de los dos no le interesaba la cantidad marcada— el trato se cerró en 45 gramos de oro.

Así que pasar una noche con una joven, lozana y magra, se le fijó el precio que 45 gramos de oro y, a su vez, esto tenía igual valor que un cordero lechal.

Capítulo 29. Oro

—¿Oro? —pregunté a Antolín mientras lo seguía entre la corriente de personas que caminaban por la calle Carretas.

Mi vecino pareció no escuchar mis palabras y mantuvo invariable el eslabonamiento entre las gentes que deambulaban en busca de algún trato favorable o de alguna limosna que aplacase su hambre. Cuando nos alejamos del centro, aflojó el paso deteniéndose junto a un banco. Con paciencia, y la torpeza que le otorgaban sus manos enfundadas en unos guantes de lana, se encendió un cigarrillo. Me ofreció uno y lo acepté ante su mirada incrédula.

—¿Fumas?

—Cuando iba al instituto fumé varias veces. Desde el Día Cero he fumado cigarrillos, de césped seco eso sí, en la azotea —contesté.

El hombre me miró, creo que sopesando la posibilidad de reprender mi conducta, pero tras varios segundos en silencio se encogió de hombros y prendió mi pitillo con la ayuda de un fósforo.

—Estos los conseguí el verano pasado. Los cambié por una pequeña pulsera de oro —puntualizó señalando su muñeca izquierda—. Seguramente esté igual de seco que ese césped que fumas tú.

Tosí varias veces después de aspirar el humo tóxico del tabaco y, cuando recuperé el aliento, retomé la pregunta que realicé nada más abandonar la plaza de Jacinto Benavente.

—No sabía que se aceptase oro en los tratos, es la primera vez que lo veo.

Antolín fumaba pensativo. Parecía como si quisiese eludir la cuestión que le estaba planteando. Daba una calada y miraba al cielo, después a la calle y, solo de vez en cuando, a mí.

—¿Te gusta? —preguntó elevando el tabaco entre sus dedos.

—La verdad..., no me parece mejor que lo que yo me fumo. Pica —me quejé señalando mi garganta.

Atizó un par de chupetones al pitillo mirándome con lástima y al final decidió contestar la pregunta.

—Están empezando a aceptar oro aquellos a los que les sobra comida, ¿lo

entiendes?

Mi mirada de desconcierto debió de dejarle bastante claro que no estaba entendiendo nada de lo que me decía. ¿Para qué demonios querría alguien un trozo de metal a cambio de algo que quitase el hambre o que abrigase o que mitigase algún vicio o que curase alguna enfermedad? Un pedazo de material, frío y brillante, que no servía absolutamente para nada y que solo me recordaba a los billetes que usábamos antes de que todos los aviones se estrellasen contra el suelo. ¡Qué estupidez!

—Eso quiere decir que se está empezando a normalizar esta forma de vida, ¿lo entiendes, Andrés? —volvió a preguntar ante mi mutismo.

—No.

—Ya ha pasado un año y medio desde el Día Cero...

—Un año y cinco meses hará el día 23 de este mes de diciembre —puntalicé interrumpiendo a mi vecino.

—Exacto... Pues bien —murmuró con cierta incomodidad por mi injerencia—. Al principio, todo el sistema monetario se vino abajo. Durante un año solo han sido monedas de cambio cosas con valor tangible, ya sabes; comida, ropa, bebida, medicamentos...

—Tabaco —añadí de manera espontánea.

Antolín detuvo su locución y me lanzó una mirada reprobatoria. Apagó el cigarrillo hundiendo cuidadosamente la brasa del mismo en la nieve acumulada en la acera. Después sacó una pequeña caja metálica y volcó en su interior la picadura de tabaco que había servido como colilla.

—Lo que te quiero decir es que hay gente que se ha acomodado a esta situación: esos son ahora los nuevos ricos.

Comenzamos a caminar por la calle justo después de que yo repitiese el mismo gesto que había hecho mi vecino para apagar el cigarrillo. Cuando se guardó la caja metálica en el bolsillo, en la que también recogió las sobras del mío, me señaló la acera para que retomásemos el camino a casa.

—Pero no entiendo por qué aceptan oro, ¿no serían más ricos con cosas que realmente valiesen para algo?

—Eso tiene que ver con el propio origen del dinero, Andrés —dijo paternal—. ¿De qué te vale tener demasiada comida, más de la que puedas comer, almacenada? Al final se pudriría y perdería el valor que tiene, ¿lo entiendes? Por esa razón se empezó a aceptar el oro como objeto de cambio; porque no tiene caducidad.

—Pero, ¿por qué oro?

—Siempre ha sido así. Supongo que el hecho de que sea inoxidable ha contribuido a ello. Entiendo que las tribus más antiguas, desde los inicios de la humanidad, valoraban tal característica. Eso, unido a su escasez y belleza, ha hecho que sea un objeto preciado. Poseerlo y lucirlo en abalorios siempre fue, es y será, señal de riqueza y por lo tanto de poder.

—Creí que era solo un metal para adornos —me quejé empujado por mi incauta juventud.

—¡Claro que sí, Andrés! Su belleza es una característica que, entre otras, le da el valor que tiene.

—Ya.

—Cuando el mundo era normal utilizábamos el dinero; los billetes y monedas, ¿te acuerdas?

Asentí sin dejar de mirar la acera congelada sobre la que caminábamos.

—Tienes que darte cuenta de que al principio era el oro el que respaldaba el valor que tenían aquellos papeles. ¿Lo entiendes ahora?

—Me cuesta, Antolín.

Mi vecino se detuvo en seco, aunque el hielo bajo sus suelas le hizo deslizarse algunos centímetros hacia delante. Me agarró por los hombros y se quedó observándome durante varios segundos. Creo que pensaba cómo narices podía explicarle aquello a un mocoso como yo.

—Imaginemos: tú produces un bien que todo el mundo te quiere comprar, ¿vale?

—¿Como el cabrero? —pregunté.

—¡Eso es! Entonces tú, inicialmente, cambias lo que produces por cosas que te valen y que necesitas: por comida, pienso para los animales, ropa y demás cosas. ¿Bien? —interrogó mirándome a los ojos.

—Sí.

—Vale. Pues imagina que tienes más cosas de las que puedes consumir. En ese momento nace lo que se denomina «riqueza».

—Entendido —susurré, sin demasiada confianza, con el único objetivo de que mi vecino terminase su explicación.

—Cuando tienes más de lo que puedes consumir y además esto puede perder el valor que tiene porque caduca, te interesa hacer trueques por algo que tenga valor, que ocupe poco y que nunca se deteriore. ¿Me sigues?

—Algo como el oro.

—¡Exacto! También se comerciaba en la antigüedad con piedras preciosas

—añadió—. Si todo el mundo acepta ese material como moneda de cambio, entenderás que dicho material posee un valor. Es así, Andrés —exclamó con cierta excitación—. Aunque ese metal no te sacie el hambre ni te quite el frío, su cambio por comida o por ropa lo termina haciendo de facto. Por lo tanto, tienes que entender que el oro tiene un valor real y que solo los ricos lo poseen.

—¿Pero por qué no se aceptaba hasta ahora?

—Porque después del Día Cero todos nos convertimos en pobres. Nadie tenía abundancia de lo que era necesario en aquel momento. Los que teníamos un buen puesto de trabajo, como tu padre o como yo, solo poseíamos una cifra apuntada en la base de datos de un banco. Una cifra que desapareció de la noche a la mañana. Eso no valía de nada. Pasamos a ser pobres. Sin embargo, la gente que fabrica o produce cosas tangibles y necesarias están pasando a ser los nuevos ricos. Y por eso algunos están empezando a aceptar oro como moneda de cambio —guardó silencio durante unos segundos sopesando lo que acababa de decir—. El mundo ha cambiado, Andrés.

Reanudamos los pasos para dirigirnos hasta nuestro bloque de pisos. Caminaba pensativo dándole vueltas a lo que me acababa de contar mi vecino del segundo. Era empleado de banca, así que le di cierto crédito a todo eso que me acababa de revelar.

—Lo que no entiendo es el valor que tenían los billetes.

Antolín suspiró profundamente expulsando vaho por sus orificios nasales.

—Veo que eres un chaval curioso —dijo sonriendo—. ¿Has entendido el valor del oro?

—Sí.

—Entonces lo otro yo creo que es más fácil. Bueno, no sé.

El hombre parecía darle vueltas al asunto para ver cómo le podía explicar aquello a un listillo como yo. Tras varias calles caminando sin decir nada volvió a retomar la explicación.

—El oro se fue acuñando en monedas para que la gente las identificase con su peso de manera más sencilla. Así que, dependiendo de la zona donde estuvieses, tener una moneda con el grabado, por ejemplo, de un escudo nobiliario o de un dios, se sabía que tenía un peso determinado y por ende el valor que la gente le daba a la misma.

—¡Ajá! —exclamé.

—Eso, lo de fundir el oro para darle un tamaño estándar, lo hacían las ciudades-estado o los imperios. Después, las monedas se fueron sustituyendo

por un papel que garantizaba su valor, es decir, que en cualquier momento los títulos se podían cambiar por su equivalente en oro. Recuerda que son las características del oro lo que le dan su valor; su escasez, su durabilidad, su divisibilidad, etcétera. Así que al final la humanidad consiguió cambiar el valor de las cosas necesarias para sobrevivir por oro y más tarde por papeles. ¿Qué te parece?

—¡Alucinante! —respondí de inmediato.

—Pero ahí no termina la cosa. El respaldo del valor del dinero por medio del oro se perdió hace ya más de cincuenta años.

—¿Cómo? —pregunté deteniendo mis pasos de manera inmediata.

—Pues que ese patrón, tomado del oro, se mantuvo durante mucho tiempo, pero al final se funcionaba de otra manera. Así las monedas, que en principio eran del precioso metal, se fueron sustituyendo por metales más comunes, aunque siempre tenían su valor equivalente en oro guardado en algún almacén. Es decir; si se tenían dos kilos de oro, el que acuñaba las monedas o billetes solo fabricaba el equivalente, ni una moneda de más —exclamó levantando su dedo índice de manera severa—. Luego, el oro se guardaba a buen recaudo y lo que circulaba por los mercados eran esas monedas o papeles. ¿Lo entiendes?

—Claro. Igual que lo que yo conocí antes del Día Cero.

—No exactamente, Andrés —expuso con cierta preocupación en su mirada—. Nosotros funcionábamos con dinero fiduciario.

—¿Qué?

—Eso es lo que te intentaba contar.

Volvimos a caminar, esta vez de manera más pausada que hasta aquel momento.

—A principios de 1970, cuando yo nací, el sistema dejó de estar respaldado por el oro. Entonces nació lo que se conocía como dinero fiduciario. Se basaba en la confianza de la gente en aquel estamento que lo producía.

—¡Madre mía, qué lío!

—Así es —dijo divertido, Antolín—. El dinero lo acuñaba el banco de cada país y, en función del poder de este, tenía más o menos valor.

—Ya. Pero... ¿Quién decidía cuantos billetes se tenían que fabricar? Todo eso era muy confuso, ¿no crees?

—Se supone que se hacía en función de la riqueza que generaba la nación, pero tengo que decirte que, a ciencia cierta, no se sabía muy bien cuáles eran

esos parámetros —complementó con un atisbo de vergüenza en el rostro—. Tú eres muy joven, Andrés. Tienes que saber que en el pasado, por ese mismo motivo, sufrimos varias crisis.

—Así que el dinero tenía un valor que se basaba en la confianza, ¡alucino!

—Pero más o menos funcionaba, ¿comprendes? Luego nos sobrevino esta desgracia y todo se vino abajo.

Cuando nos dimos cuenta, estábamos embocando la calle que conducía hasta nuestro bloque de pisos. Caminaba pensativo tratando de averiguar si aquella estupidez de dar valor a un papel se terminaría repitiendo en un futuro.

—No lo pienses más —dijo Antolín cuando apenas nos quedaban doscientos metros para alcanzar el portal—, ahora hay que concentrarse en conseguir 45 gramos de oro. ¿De acuerdo?

Capítulo 30. Treinta y dos gramos

El día se nos echaba encima y no habíamos conseguido el plato principal para la celebración. La responsabilidad de conseguir un cordero para la cena de Nochebuena había recaído sobre las espaldas de Antolín —y sobre las de un servidor— y no conseguirlo daría al traste con el evento.

Los habitantes del bloque de pisos —a excepción de Paquita, claro está— habían alcanzado sus objetivos con tiempo holgado: así, mi familia adoptiva preparó algo parecido a mantecados y polvorones; Servando concluyó la fabricación de la zambomba que tenía por objeto acompañar los villancicos que debían animar la velada; Luisa, junto con su hijo Manuel, había montado un belén de lo más vistoso a base de paños impregnados en escayola; los niños decoraron el portal con dibujos de motivos navideños y figuritas hechas con restos de frutas y hortalizas; la misión de poner vino encima de la mesa se le encomendó a Conrado, que orgulloso nos mostró la garrafa de cinco litros canjeada por la misma cantidad de gasolina; hasta Rafa, el conserje, estaba logrando destilar orujo a partir de cincuenta kilos de bagazo de uva que compró en la glorieta de Cuatro Caminos.

El hombre, una vez conseguida la materia prima para obtener el alcohol, fabricó un rudimentario alambique hecho con cacerolas, trozos de chapa, embudos y tubos de fontanería que finalmente caldeó en la fogata de la azotea. El manejo del instrumento lo llevaba Milagros, la mujer de Rafa, que era de Orense y que desde bien pequeña vio fabricar el licor a sus abuelos paternos. Para mí era la primera vez que veía un proceso de destilación y Servando se encargó de explicármelo desde el punto de vista científico.

La cuestión fue que conseguimos reunir solamente 32 gramos de oro después de contar en el vecindario el trato al que habíamos llegado con el pastor de Belinchón. Creo que nadie aportó todo lo que tenía. Particularmente pienso que en el momento que descubrieron que el metal se estaba empezando a canjear por bienes recuperó de inmediato el valor perdido durante aquel año y medio. Por esa misma razón los vecinos fueron sacando los objetos dorados a cuentagotas. Parecía como si ninguno de ellos quisiese dar más cantidad que los otros. Yo, viendo cómo se desencadenaba el asunto, opté por hacer lo

mismo. Acudía al portal con unos pendientes de mi madre fingiendo haberlos rebuscado por toda la casa. Cuando veía que la cantidad aportada se había quedado corta, regresaba a mi piso para simular otra concienzuda búsqueda por los armarios y cajones de la vivienda. Así estuvimos jugando hasta que el primero de los vecinos, Luisa concretamente, dijo que no tenía nada más. El resto de los que estábamos reunidos en torno a la pequeña balanza de relojero —la cual marcaba el peso de lo recaudado— repetimos entonces lo mismo que había manifestado la viuda de Juan Carlos. Hasta ese preciso instante habíamos reunido veinte gramos del precioso metal.

En ese momento acudió a mi mente el piso vacío de la malograda señora Vicenta; la mujer que se quitó la vida después de vender su mascota por unas barras de pan y una tarrina de mantequilla. Fue vergonzoso, lo sé, pero también tengo que decir que, una vez abierta la puerta de su casa, nos empleamos sin contemplaciones en el sondeo de cualquier pieza que sospechásemos pudiera estar compuesta de oro. Al fin y al cabo, a la pobre señora Vicenta ya no le hacía falta.

Y de esta manera conseguimos reunir los 32 gramos que cité anteriormente.

Capítulo 31. *Adeste Fideles*

¡Claro que se celebró la Navidad! Ya se lo relaté unas cuantas páginas atrás. Solo puedo decir que maldita la hora en la que festejamos nuevamente la fecha. Que en muchas ocasiones las cosas ocurren sin saber qué designio las ha impulsado y que, a veces, se vuelven en contra de aquel que más fuerza hizo para que el hecho sucediese.

Maldita la hora en la que Paquita machacó nuestros tímpanos con la perorata en la que apeló a nuestra humanidad, católica se suponía, para celebrar el nacimiento de Cristo. No menos culpa tuvo Sonsoles, mi madre adoptiva y a la que adoro, por increparnos tras el rapapolvo que la pobre Paquita nos regaló y que hizo que se rompiera el pacto que tenía la comunidad de vecinos para no volver a celebrar la puta Navidad. Supongo que ahora, después de lo que pasó, ya nunca más se volvió a nombrar ni siquiera la fecha en cuestión. No lo sé.

No crean que la fiesta fue mala, no. La cosa se desarrolló conforme a lo que teníamos planeado. La sorpresa a nuestra enfadada vecina fue todo un éxito. Los niños del vecindario llamaron a la puerta de su piso disfrazados de algo parecido a angelitos. Cuando Paquita abrió, el pequeño coro empezó a entonar el *Adeste Fideles* que había estado ensayando a las órdenes de don Servando. Portaban en sus manitas unas velas que iluminaban un cartel que rezaba «Feliz Navidad, Paquita» y que las propias criaturas habían realizado empleando ceras de colores. El resto de vecinos nos fuimos uniendo al villancico ante la atónita mirada de la mujer. Cuando terminó la interpretación, dos ríos bajaban caudalosos por las mejillas de la pobre señora. Entonces nos abrazó a todos, uno por uno, sin dejar de llorar. Tengo grabada aquella escena como la viva imagen de la felicidad absoluta.

El cordero quedó exquisito. Se encargó de matarlo Milagros, que también lo cocinó. Lo hizo a la brasa como ya lo había hecho alguna que otra vez, escasa y lejana debo añadir.

Saboreé la res al igual que el resto de mis compañeros de mesa. Hundían la boca en la jugosa carne y, al retirar los pedazos del asado de sus caras,

podía verse el reflejo de las velas en la grasa impregnada en sus mejillas sonrosadas. Degusté maravillado el sabroso bocado que el lechal nos estaba ofreciendo y que teníamos olvidado desde hacía demasiado tiempo. Observaba sus rostros de felicidad al acompañar la cena con trozos de pan negro y con el vino que Conrado consiguió. Avistaba, con cierta satisfacción, los espíritus colmados de entusiasmo de las personas que, ajenas a cómo se había conseguido aquel prodigio culinario, disfrutaban de manera despreocupada del festín.

Antolín me rehuía cuando de manera accidental nuestras miradas se tropezaban. Pero yo no quería que se librara de mi juicio, así que volví a mirar a mi compañero de encargo, pero este pasaba su vista por encima de mi cara evitando mi reclamo. Eludía de manera descarada cualquier tipo de contacto visual conmigo. Tal vez, pienso ahora, la vergüenza era un buen indicativo. Quizá hubiese sido peor que, tras haber hecho lo que hicimos, él se comportase como si nada, o peor, que se viese el más mínimo resquicio de orgullo en su actitud.

Era y sigue siendo una época miserable. Un tiempo en el que hombres y mujeres luchan por sobrevivir. Prueba de ello es todo lo que aquí se está narrando y que aún queda por contar: eso siempre y cuando tenga tiempo suficiente de dejar plasmado sobre estos folios lo que viví hasta el día de hoy. Pido a Dios encontrarme al verdugo que me aguarda teniendo finalizadas estas memorias.

Sea como fuere, la cuestión es que mi huidizo vecino y yo sólo poseíamos 32 gramos de oro para comprar el animal que sació nuestros escuálidos estómagos. Sabíamos de sobra que el pastor de la plaza de Jacinto Benavente no aceptaría tal cantidad por el cordero que pretendíamos. Estábamos seguros porque el precio de salida que el ganadero puso entonces a la res fue de sesenta gramos y, solo tras el encarnizado regateo de Antolín, consiguió cerrarse en 45, por lo que obtener otra rebaja más sobre el animal únicamente conseguiría ofender al hombre.

¡Ah! Aquellas almas mojaban pan en la succulenta salsa que descansaba en el fondo de los platos ignorantes de la sustitución, aprovechada y rastrera, que llevamos a cabo de la cantidad de oro recaudada días antes en la comunidad.

Resulta que mi querido vecino sabía dónde se aceptaba la nueva moneda

de cambio. Eso, lo de que había realizado algún trueque empleando el metal, ya me lo había confesado el día que regresábamos del intento fallido de la compra del lechal. Lo que yo ignoraba era dónde había realizado dichos intercambios.

Anduve detrás de Antolín por varias calles. El hombre dirigía sus pasos con confianza, pisaba fuerte sobre los charcos helados de la acera con las manos dentro del roído abrigo que lo envolvía. En su bolsillo interior; la bolsa con la recaudación obtenida en el bloque de pisos. 32 gramos, ni uno más.

No se detenía ante mis llamadas insistentes ni ante mis reiteradas preguntas sobre el destino de nuestros pasos. Solo cuando se hartó de escucharme, creo, se detuvo para decirme que nos dirigíamos a una casa de citas. Yo no sabía a qué se refería exactamente, pero desde el primer momento me sonó a casa de putas tal y como —efectivamente— pude corroborar a los pocos minutos. Me dijo que conocía a una chica que, tal vez, por esa cantidad de oro se podría prestar a pasar la noche con el ganadero.

Captó mi reprobatoria mirada y me dijo que yo no era quién para juzgar la conducta acerca de sus usos y costumbres. Que si él frecuentaba aquellos lugares, pues que tendría sus razones para hacerlo y, por descontado, que no dijese ni mu de lo que estaba por presenciar.

Así que allí nos plantamos; en un burdel situado en una callejuela cercana a la Plaza de San Ildefonso. Nos recibieron varias señoras en paños menores, pese al frío que hacía en la calle. En el interior del piso reinaba un calor tal que hizo que nos quitásemos de inmediato el gorro y la bufanda con los que estábamos ataviados. Era algo formidable; en cada estancia —como pude comprobar después— había una estufa de la cual manaba un calor intenso y constante. En el salón, al que se accedía inmediatamente tras abrir la puerta de la escalera, había un par de hombres junto a una de aquellas salamandras. Calentaban sus cuerpos arrimando las manos al cacharro metálico guardando un silencio sepulcral. Aún llevaban puestos los abrigos, al igual que nosotros, por lo que entendí que el par de clientes acababan de llegar. A medida que la fogata iba caldeando sus cuerpos, se iban despojando de la ropa; primero el abrigo, después la chaqueta y más tarde la camisa. A continuación eran acompañados por alguna de aquellas mujeres para perderse por el interior de un pasillo en el que el sonido de una puerta ponía fin a su espera.

Todo aquello lo pude observar porque estuvimos un buen rato esperando a que nos recibiese Lluvia, que era la chica por la que preguntó Antolín nada

más entrar en el piso. Mientras aguardábamos a nuestra mujer, nos ofrecieron comprar tabaco, alcohol y marihuana.

Aquellas mujeres no estaban flacas como las que solían verse por toda la ciudad. Tenían buen color de piel y mostraban unos rostros perfectamente maquillados. Vestían delicadas ropas interiores y sus cabellos lucían con un brillo olvidado por mi memoria desde hacía ya bastante tiempo. De no ser por el sitio donde estábamos, hubiese jurado que eran señoras de alta cuna, ricas damas de la nobleza o de las más adineradas burguesías y no meretrices de ciudad.

Capítulo 32. Cumplirá

—¿Quién es este? —preguntó Lluvia escrutándome con desprecio de arriba a abajo.

La chica, rubia y alta, cruzó los brazos para ceñirse una delicada bata de color rosa. Iba maquillada como todas las demás y debajo de la tela de raso se averiguaban dos enormes senos. La habitación olía bien. Era un agradable aroma a rosas e incienso que, por un momento, me recordó a las tiendas que había en los centros comerciales en las que se despachaban todo tipo de jabones, fragancias y ropas para el hogar. Ese instante me devolvió a la vida antes de la miseria en la que nos encontrábamos, donde lujos como aquellos eran frecuentes en nuestra sociedad.

Sonreí tímido ante el saludo antipático, casi hostil, que la ramera me dedicó.

—¿Qué me has traído aquí, a tu hijo? ¿Quieres que te lo haga un hombrecito? —preguntó volviendo su cara hacia Antolín.

Mi vecino estaba apoyado en el marco de la ventana y apartaba ligeramente la cortina que la cubría para observar la calle. Se giró con calma y después dirigió sus pasos hasta la cama. Sacó del bolsillo de su pantalón la bolsita que contenía las joyas recaudadas en la comunidad y la dejó caer sobre el colchón del catre.

A ella se le iluminaron los ojos y comenzó de inmediato a separar las piezas posadas sobre las sábanas para contemplarlas por separado.

—Con esto hay más que de sobra —afirmó lanzando una mirada de complicidad con su cliente.

—¡Que no es eso, Lluvia! Venimos para encargarte un trabajo... Por cierto, él no es mi hijo —añadió después de señalarme.

Así que mi vecino le contó de qué iba aquel embrollo. Al principio no le pareció mal, a excepción del asunto del pago de la fonda donde se debía realizar el encargo. Después de aclarar que eso corría por nuestra cuenta, parecía que habíamos conseguido llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Pero la mujer no había entendido que el trato se había fijado debiendo dar,

ella por su parte, servicio durante toda una noche. Se enteró del matiz cuando estábamos bajando las escaleras con la intención de dirigirnos a la plaza de Jacinto Benavente en busca de nuestro lechal.

—¿Toda la noche? ¿Pero tú de qué vas, gilipollas?

—Son veinticinco gramos, es mucho más de lo normal —argumentó Antolín.

—¡Nos ha jodido! ¡Por eso estaba dispuesta a salir de aquí! —exclamó señalando la puerta del piso que acababa de cerrar.

Acto seguido se dio la vuelta y me apartó sacudiéndome un manotazo en la cara. Con un sonoro portazo nos dejó a los dos solos y confundidos en la escalera del edificio.

—Creo que no va a haber cordero para la cena de Navidad —dijo Antolín colocándose el gorro de lana en la cabeza.

Un ligero zumbido se me había colado en el oído derecho porque resulta que Lluvia tenía una zurda rápida y precisa. Comenzamos a bajar las escaleras con la amarga sensación del que ha saboreado el éxito del triunfo e instantes después contempla cómo todo se va al garete.

Y fue al salir del portal cuando alguien reclamó nuestra atención desde un balcón del mismo bloque de viviendas que estábamos abandonando. Miramos sorprendidos hacia arriba con la esperanza de que Lluvia hubiese reflexionado sobre el trato y ahora se mostrase partidaria de aceptarlo, pero no fue así. En su lugar vimos a una señora anciana, de tez apagada y rugosa, que nos hacía gestos con la mano para que subiésemos al piso. Mi compañero de encargo y yo nos miramos tratando de entender qué demonios podía querer de nosotros aquella vieja.

—¡*Subir!* —dijo intentando elevar la voz para que la escuchásemos.

Conté las ventanas y confirmé que la mujer estaba en el tercer piso, el mismo en el que se encontraba la casa de citas, por cierto. Retornamos al interior del portal y subimos las escaleras sin mediar palabra. Al llegar al rellano, la casa de putas tenía su puerta cerrada. El ruido que emitió la cerradura de la puerta frente al prostíbulo nos hizo entender entonces que la octogenaria nada tenía que ver con la mancebía que acabábamos de visitar.

—¡*Pasar!* No os quedéis ahí fuera.

Nos deslizamos por el hueco que dejó abierta la cancela de madera y accedimos a una estancia que distaba mucho del piso anteriormente visitado.

Hacía frío, como en nuestros hogares. Allí no había ni rastro de los lujos

que disfrutaban sus vecinas. Tampoco olía a incienso ni a rosas, por el contrario, se colaba un aroma nauseabundo a huevos podridos que impregnaba sin piedad la habitación donde nos encontrábamos.

—Señora, ¿qué quiere? —terminó por preguntar Antolín ante el mutismo de la anciana.

Pero ella nos dio la espalda y se perdió por el pasillo del apartamento dejándonos en el recibidor a los dos solos. Al poco rato volvió acompañada de una joven adolescente que caminaba, cansina y resignada, sin levantar la mirada del suelo.

—¡He escuchado lo que tratábais con esa furcia! —masculló la vieja—. Aquí tenéis a mi nieta... Ella hará el trabajo.

—Pero señora, es una niña. ¡Por Dios santo! —gritó Antolín.

Nos dimos la vuelta para salir del piso inmediatamente, pero la viuda se interpuso en nuestro camino impidiéndonos abandonar aquella bochornosa situación.

—¡Cumplirá! —dijo taxativa la abuela.

Después vinieron unos segundos en los que nadie se atrevió a decir nada. La chica seguía sin levantar la mirada del suelo como si el asunto no fuese con ella. Estaba pálida y desnutrida. Su cabello nada tenía que ver con la melena de Lluvia, ni con la de ninguna de las otras mujeres que habitaban la casa de lenocinio de aquel edificio. La averigüé... ¿catorce años?

—Señora —imploró paciente mi vecino— su nieta es una niña. No podemos aceptar esto bajo ningún concepto.

—¡Me ofrecería yo, pero soy vieja y fea!

—Señora..., yo... quiero que sepa que...

—¡Calla! —ordenó—. Mi nieta es buena moza. Un poco joven, sí, pero no tanto como pueda llegar a aparentar. Por culpa de esta maldición que Dios nos ha enviado, hace mucho tiempo que no come carne y se ha quedado un poco más menguada de la cuenta. Pero es buena moza, mujer ya... y cumplirá con el trabajo.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

Pero la niña no atendió mi cuestión y permaneció mirando las puntas de sus pies sin descanso.

—Tiene dieciséis. Nació en el dos mil..., dos mil..., dos mil...

—¿2012? —decidí acabar la cifra que había comenzado la vieja después de restar mentalmente dieciséis a 2028.

Antolín levantó la cara de la chiquilla cogiéndole suavemente de la barbilla. La luz que entraba por la ventana dejó ver unos rasgos serenos y bellos en aquella muchachilla. Verle el rostro fue peor y solo aumentó nuestro deseo de abandonar la vivienda.

Apartamos a la anciana de manera delicada y abrimos la puerta para salir definitivamente de aquel lugar. Pero de repente la joven se abalanzó sobre la cancela y esta se cerró de manera violenta, tal es así que a punto estuvo de pillarme la mano derecha contra el marco.

—¡Por favor!... ¡Hagan caso a mi abuela! —suplicó la chica liberando su dulce voz por primera vez—. No tenemos nada, ¡nada! Déjenme que me gane ese oro, ¡por favor!

—¿Y sus padres? —interrogó Antolín a la anciana.

—Murieron. Hace un año. Se fueron a vender unos perros que tenía mi yerno en una parcela..., allí en... en... en...

—Yuncos —terminó por decir la nieta.

—Eso, en Yuncos. Yo les dije que las horas de sol eran pocas y que ese maldito pueblo estaba lejos para ir y volver en el día, pero no me hicieron caso. Pues nada —continuó relatando la vieja—, no me hicieron caso, como siempre, y se fueron para allá. ¿Qué les parece? —nos interrogó con una desconcertante sonrisa en el rostro.

Nosotros no contestamos y la mujer continuó hablando.

—Entonces se hizo de noche y nunca volvieron. Pero claro, ¿por qué iban a hacer caso ellos a una vieja chiflada como yo?

Silencio absoluto.

—Pasados dos meses me enteré de que habían aparecido muertos en una cuneta, cerca de..., allí... en..., sí en...

—Illescas —volvió a apoyar la nieta denotando una paciencia infinita.

—¡Eso! En Illescas ¡Cojona! ¡Que esta cabeza mía ya no se acuerda de nada!

Nos quedamos paralizados escuchando la historia que acabábamos de oír de labios de la enjuta mujer. No había pena en sus palabras. No hubo lágrimas en sus ojos ni en los de su nieta. Seguramente el infierno que habían pasado desde que desaparecieron sus familiares les había arrebatado cualquier impulso de llorar por algo que ya no tenía solución.

—Señora, yo la entiendo —dije—, pero esto no es lo que teníamos pensado. No sé cómo decirle, no es... decente.

La octogenaria me miró con severidad congelando mi alma de inmediato.

—¡Decencia dice! ¡Este mundo ya no es decente! —me recriminó—
¿Sabes hace cuánto que no nos llevamos nada caliente al estómago?

—Señora..., yo no digo eso... Digo solo que...

—¡Más de dos meses! —gritó desesperada— ¡Niñato! ¿Me vas a decir tú lo que es decente y lo que no? Soy vieja y estoy enferma. Ya hemos cambiado todo lo que había en esta casa, incluidas las camas, por comida. No nos queda nada, ¡nada!

—Señora... Nosotros lo que decimos...

—¡Silencio! —volvió a ordenar una vez más—. Yo moriré pronto..., lo sé. También sé que el único camino que le queda a mi nieta es ganarse la vida como esas zorras de ahí enfrente.

La joven muchacha rodeó con su brazo los hombros de la señora en un tierno gesto de cariño. La abuela resollaba de manera notable por el esfuerzo que le estaba causando exponer su situación, mientras nosotros contemplábamos a las mujeres sin saber qué argumentar para evitar la aberración que pretendían.

—Está bien —dijo para mi sorpresa Antolín—. Serán veinte gramos de oro por el trabajo.

—¡Eran veinticinco! —protesté mirando beligerante a mi compañero de encargo.

—Sí. Pero habrá que apañar a la muchacha, ¿no crees? El cabrero dijo «lozana y magra», ¿recuerdas?

Aceptamos. Es repugnante, por Dios. Pero, sinceramente, desconozco si hubiese sido más asqueroso haber hecho oídos sordos a la súplica de aquella octogenaria enferma. Sea como fuere, no me gustaba lo que estábamos haciendo y así quede aquí escrito.

Picamos en el piso de enfrente por segunda vez en aquella mañana del 22 de diciembre. Nos abrió Lluvia, que cambió la sonrisa cautivadora de su rostro por una mirada reprobatoria en cuanto vio que éramos nosotros los que habíamos utilizado la aldaba de la puerta.

Después de pedir disculpas y demás, convencimos a la regenta de aquel burdel, no sin pocas súplicas por parte de mi vecino, para que adecentase a la quinceañera. Estuvimos dentro de la casa de citas esperando a que terminasen con la chiquilla. Permanecimos en el piso, cobijados por el delicioso calor

que ofrecía la estancia y a salvo del olor a podredumbre que había instalado en la vecina casa de la anciana.

A la joven se la llevaron a un baño de aquella vivienda convertida en floreciente negocio. Desde donde estábamos veíamos el trasiego de un par de chicas que no paraban de entrar y salir del excusado con ropas, cacerolas con agua caliente, cepillos, ungüentos y demás enseres para adecentar el aspecto de la joven alma en pena.

Antes de que terminasen el trabajo la gobernanta del prostíbulo le exigió a Antolín tres gramos de oro que mi vecino soltó sin ninguna contemplación.

—Le darás los dos gramos que han sobrado a la vieja, ¿no? —pregunté cuando la *madame* se había cobrado su parte.

Mi compañero de encargo me miró con desprecio y no se dignó ni a responder.

—¡Es lo justo! —insistí.

Pero Antolín parecía no querer hablar del tema. En una maniobra evasiva se acercó a la salamandra para simular calentarse las manos. Yo me aproximé hasta donde estaba, empeñado en que me asegurase que la cantidad sobrante del trato lo recibiese la viuda de enfrente.

—Esto es así, Andrés —concluyó finalmente mirándome severo.

Yo no respondí nada, absorto como estaba, con la actitud de mi vecino, que hasta ese momento lo creía bondadoso.

—No, no es así —repliqué.

El hombre echó un vistazo para comprobar que no había nadie en el salón en el que estábamos. Con calma se quedó mirando el artefacto metálico que calentaba el salón. Parecía meditar los argumentos a esgrimir para justificar aquella canallada. Después de varios segundos en completo mutismo decidió continuar hablando.

—Hemos obtenido un buen trato, deberías estar contento. Al final vamos a conseguir el cordero que nos habían encargado y —giró la cabeza nuevamente para comprobar que seguíamos solos— además nos ha sobrado oro. ¿Cuál es el problema?

—¡La miseria, ese es el problema! —contesté furioso.

—Son tiempos difíciles, Andrés. Mañana esa cantidad de oro nos puede venir muy bien, créeme. La cosa va a empeorar.

Se separó de la estufa y volvió al sofá donde habíamos estado sentados anteriormente. Mi vecino parecía querer poner fin a la discusión con el

cambio de emplazamiento.

—Está bien. Entonces devolveremos a la comunidad los nueve gramos que han sobrado del trato.

—¡Ni hablar! —espetó dando un pequeño respingo en el sillón—. Hemos optimizado los recursos. Es nuestro logro y nos lo merecemos.

—A ver si me entero —protesté malencarado—: Resulta que necesitábamos 45 gramos para el lechal. Conseguimos 32 entre toda la comunidad...

—¡Baja el tono! —me interrumpió nervioso.

—...Vale. Conseguimos esa cantidad, pero tú le quitas siete en el trato con Lluvia.

—Exacto. Quizá haya que hacerse cargo de la fonda, ¿lo has pensado?

—Muy bien. La cuestión es que le restas siete a Lluvia y ahora también le restas cinco más a esa pobre chiquilla.

—¡Había que adecentarla!

—Ya, pero han sobrado dos por el baño y ahora no se los quieres dar.

Antolín se puso en pie, molesto con las cuentas que le estaba echando. Rebuscó en el bolsillo de su abrigo la pequeña báscula de joyero y la posó con furia encima de la mesa que quedaba frente al sofá. Sacó el oro y, con la ayuda de unos diminutos alicates, fue cortando sortijas, anillos y cadenas hasta que consiguió equilibrar la balanza.

—¡Toma! —exclamó seco, soltando encima de la mesa mi parte del botín—. ¡Tus cuatro gramos y medio de oro y no des más por culo!

Capítulo 33. Tercero A

¡Qué infausto resultó el día 25 de diciembre de aquel año! ¡Qué poco sabíamos cómo iba a terminar la dichosa celebración de Nochebuena! ¡Qué bien hubiésemos hecho en no romper el pacto donde decidimos no festejar más el nacimiento del Hijo de nuestro Dios! Tal vez ahora no me encontraría escribiendo sin descanso esta obra, día y noche.

La amarga noticia llegó por la mañana, cuando todos estábamos en nuestras respectivas casas.

Yo me encontraba tumbado en el colchón, embargado por la primera resaca de mi vida y con la sensación agridulce de la noche anterior metida en el cuerpo. El sentimiento amargo —al recordar cómo conseguimos el plato principal de la cena— aumentó cuando recordé que, al final, yo tampoco doné a la anciana el oro que repartió Antolín en la casa de citas. El vino hizo aflorar el sentimiento de culpa, también brotar lágrimas de mis ojos, cuando el rostro de la muchacha que utilizamos en el trato golpeó sin piedad mi mente.

Tal vez las palabras de mi vecino, advirtiéndome de que los tiempos tenían trazas de empeorar, hicieron que el metal se quedase anclado miserablemente en el fondo de mi bolsillo. Me doy asco por lo que hice.

Pero la celebración había salido muy bien, además aquellas traicioneras lágrimas despertaron en Lucía un cariño hacia mí que se tradujeron en otro encuentro sexual, apasionado y satisfactorio, en el cuarto de los contadores. Todo después de haberle contado, con pelos y señales, lo vivido para conseguir el dichoso cordero lechal que acabábamos de cenar. Siempre fui incapaz de guardarle un secreto a esa mujer.

—¡Se ha muerto! —escuché gritar a alguien.

La voz retumbó ayudada por el eco del hueco de la escalera, que debía de estar desierta a esas horas. Oí las cerraduras y los goznes de las puertas de los pisos emitir sus característicos quejidos y, solo unos instantes más tarde, el murmullo de mis vecinos hablando entre susurros.

—¡Que se ha muerto, Román! ¡Que se ha muerto mi mujer! —volví a oír,

medio dormido.

Esta vez conseguí reconocer aquel aullido desesperado como la voz de Julián, el marido de Paquita.

Salté de la cama y salí al rellano envuelto en las mantas y edredones que le había arrancado a la cama. Cuando alcancé el tercer piso, me llegó el llanto desconsolado de los dos hijos de Paquita. Julián estaba abrazado a mi padre adoptivo y, a su vez, las dos criaturas asían desesperadas la espalda de su padre, llorando amargamente. Pasé a su lado sin decir nada y me introduje en la vivienda. Un olor repugnante invadió mi olfato nada más plantar el pie en el recibidor, después se fue intensificando cuanto más avanzaba por el pasillo del piso. Al llegar a la habitación de matrimonio, descubrí la grotesca escena que se había quedado congelada en la alcoba. Mi vecina yacía desnuda boca arriba encima del colchón, su rostro estaba cubierto por una masa seca de vómito que se había extendido hasta el nacimiento de su cabello y que, de igual manera, descendía por el cuello para terminar derramado por su pecho. El fluido, según deduje, había salido por la boca de la difunta causándole el ahogo al haberle tapado las vías respiratorias. Había sido tal la cantidad expulsada por la pobre Paquita, que solo se podía asegurar que era ella porque ocupaba la cama de matrimonio que le correspondía. Por eso y por el color moreno, con bastantes canas, de su cabellera.

Las voces de los vecinos me sacaron de mi letargo. Alguien avanzaba por el pasillo hacia la habitación donde me encontraba presenciando aquel macabro espectáculo. Me giré entonces y abandoné la habitación cerrando la puerta detrás de mí para que nadie accediese a la improvisada cámara mortuoria. En el pasillo tropecé con Sonsoles y otras mujeres que traían la intención de acceder al cuarto que acababa de abandonar.

—¡Aparta! —ordenó mi madre adoptiva.

Extendí los brazos para cubrir por completo el ancho del corredor, frenando el avance de mis vecinas.

—¡No hay nada que ver! ¡Paquita está muerta!

—¡Quita! —gritó Sonsoles intentando retirar mi brazo para acceder a la alcoba.

No cejé en mi empeño de evitar que nadie más viese a la difunta en aquellas circunstancias y comencé a empujar, de manera suave, a la pequeña expedición que pretendía alcanzar la habitación de matrimonio.

—¡No hay nada que ver! —repetí— ¡Paquita ha muerto!

—¿Tú cómo lo sabes? ¡Quizás aún se pueda hacer algo por ella!

Pero no retrocedí y terminé por expulsar a todo el mundo del Tercero A ante las quejas y gestos de desaprobación de algunas de mis vecinas, a las que se había terminado uniendo Lucía.

—¡No hay nada que ver, Paquita ha muerto!

Capítulo 34. El Sermón

Otra vez más tuvimos que recurrir al Padre Inocencio para que oficiase el entierro de nuestra vecina. Ya eran cuatro fosas las que ocupaban el emplazamiento más retirado del jardín de la comunidad. Tres de ellas estaban cubiertas por la capa de nieve que se extendía por todas partes. Delante de ellas lucían las tres cruces de madera con los nombres y las fechas del fallecimiento de los difuntos. La cuarta, la última, la cubría el montículo de tierra de color marrón y destacaba así de las más antiguas por no estar adornada por el manto blanco que uniformaba el paisaje en invierno. La cruz no estaba aún clavada en su cabecera ya que, paradójicamente, fue Julián el que se encargó de hacerlo en las tres ocasiones anteriores y ahora, desprovisto de cualquier ánimo de realizar el trabajo de marquetería, no había fabricado aún la cristiana enseña que debía señalar el sepulcro de su mujer.

—¡No! —se quejó— ¡Le haré la cruz yo mismo, cuando tenga fuerzas! Fabricaré la más bella que jamás haya hecho para mi pobre Paquita, para la madre de mis hijos, para mi amor por siempre —respondió entre llantos Julián cuando Conrado se ofreció a clavar una burda cruz realizada con dos palos de escoba unidos por un alambre.

El cura echó el agua bendita sobre el cuerpo amortajado de la fallecida y también sobre nosotros y aprovechó la reunión para invitarnos, a los presentes, a la celebración de la eucaristía que se hacía por las tardes en la cercana iglesia de San Juan Crisóstomo.

En el sermón del oficio no dudó en culpar al «pecaminoso comportamiento del ser humano» como el detonante del Día Cero. Que aquello había sido un castigo de Dios por alejarnos de la doctrina que había fijado el Creador y que ahora estábamos pagando por ello. Que esta sociedad, corrupta e individualista, había ofendido a la Santísima Trinidad. Que, de igual manera que castigó a Sodoma y Gomorra en la antigüedad, nos había castigado a nosotros, pero esta vez, al parecer, a toda la humanidad sin distinción alguna. Que la redención sería nuestra única vía de salvación y que, una vez arrepentidos todos los hombres y vueltos a la ortodoxia que mandaba la Santa

Madre Iglesia, el mundo volvería a ser el que fue. Que eran vanos los esfuerzos que hacíamos para volver a situar a la sociedad en el punto inmediatamente anterior a la debacle que llegó aquel maldito viernes de julio. Que arrepentirse y volver al redil era lo único que nos iba a salvar. Que los inventos del hombre a menudo eran poco menos que herramientas que había utilizado el Maligno para despistarnos en nuestro camino hacia la fe y por tanto hacia Dios. Que ellos, los religiosos, ya habían augurado que algo malo iba a sobrevenir al mundo debido a nuestra separación del Padre y Creador. Que cuando Él viese que habíamos vuelto a abrazar la fe, de manera auténtica y real, nos devolvería de manera inmediata los privilegios que un día tuvimos.

Ya había observado yo un incremento considerable, en lo que asistencia de fieles a las iglesias se refiere, desde que el mundo se sumió en este caos que a día de hoy aún no nos ha abandonado. De igual manera ya me había percatado, desde hacía algún tiempo, de la influencia que iban ganando los curas y religiosos en esta nueva sociedad.

Con el paso del tiempo —y hasta el mismo momento en el que me encuentro escribiendo estas líneas— solo puedo decir que ese poder ha ido aumentando tal y como me temí desde el día del sepelio de la pobre Paquita que en paz descansa.

Capítulo 35. Reflexiones ante el abismo

Después de la triste fecha del entierro de la malograda Paquita, volvimos a la cotidianidad de nuestras vidas. Durante varias semanas no hay nada reseñable digno de ser contado en este escrito. Sí que es cierto que se instaló en la comunidad un sentimiento de pena por todo lo que había sucedido y que, por ese motivo, el día que inauguramos el 2029 —así como el día de Reyes— pasó como cualquier otra jornada escarmentados como estábamos de las consecuencias que traían las celebraciones.

Conseguir comida, apilar nieve, cortar leña, dar de comer a las gallinas, cuidar el huerto, hacer guardias, encontrarme con Lucía y disimular mi relación ante los ojos de Román y Sonsoles, eran las ocupaciones que llenaban mis días y mis noches.

Poco sabía yo que aquellas serían mis últimas jornadas de sosiego, instalado como estaba en la tranquilidad de los quehaceres diarios.

La semilla estaba plantada desde hacía tiempo y a día de hoy todavía me pregunto si tuvo alguna influencia la accidental muerte de mi vecina en todo lo que tuve que vivir después. No lo sé, tal vez simplemente tenía que ocurrir y al final, como no podía ser de otra manera, ocurrió.

La cuestión era que Julián no levantaba cabeza desde la muerte de su esposa. No dejaba de culparse por ello y así se lo hacía saber a cualquier persona que le ofreciese un hombro sobre el que llorar. Terminó la cruz que le juró a su difunta y también tengo que decir que fue, con diferencia, la más bella de las cuatro que estaban clavadas en el improvisado cementerio de nuestra comunidad. Pero como quiera que el entretenimiento que ocupa las mentes de los hombres los hace inhibirse de sus pensamientos, cuando el viudo finalizó el trabajo de marquetería su ánimo empeoró.

Así estaba yo una noche cumpliendo la guardia en la azotea del edificio, como tantas otras, cuando descubrí a Julián sentado en el murete que delimitaba el puesto de vigilancia. Lo vi de espaldas, ajeno a mi presencia, con las piernas colgando hacia el vacío y las dos manos posadas en sus rodillas. Me sorprendió verlo allí ya que no me percaté de su aparición hasta

aquel preciso momento. Con cuidado me fui acercando por su retaguardia con la intención de agarrarlo por el pescuezo y ponerlo a salvo así de la fuerza de la gravedad, pero a escasos metros de alcanzarlo comenzó a hablarme sin modificar su posición.

—¿Por qué tuvo que suceder? Dime, Andrés —le escuché.

Detuve mi avance de manera inmediata y pensé que acercarme a tocar la *vuvuzela* por el hueco de la escalera sería, sin lugar a dudas, el empujoncito necesario para que mi vecino saltase al abismo que tenía enfrente.

—¡Julián, bájate de ahí! —acerté a decir.

El hombre no se inmutó y se quedó en silencio durante algunos segundos. De veras llegué a pensar que, de un momento a otro, el cuerpo de Julián desaparecería de manera súbita delante de mis narices engullido por la negrura del vacío.

—¿Por qué, Andrés?... ¿Tú lo entiendes?

Pero yo no sabía qué contestarle. No sabía qué decirle para que no acabase con su vida. Guardé silencio intentando rebuscar en mi mente algo medianamente relevante para que Julián no abandonase este mundo.

—Yo tuve la culpa, Andrés. No debí dejarla beber tanto. ¡Ella, que nunca había bebido alcohol en su vida!

—No te culpes, Julián. Ha sido una desgracia. No tienes que cargar con las consecuencias de lo que pasó.

—¡Pero debí verlo, Andrés! ¡Debí estar más atento! ¡Cuando la acosté tenía que haberla vigilado para evitar que pasara lo que terminó pasando! —gritó con furia, desesperado, abatido—. Sin embargo, me acosté tan tranquilo, borracho como estaba yo también por el vino y por el maldito orujo que destiló Milagros. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea esa mujer por preparar aquel alcohol del demonio! —añadió golpeando con su puño la parte superior del muro donde permanecía.

—¡No ha sido culpa de nadie! Fue un infortunio, una desgracia que nadie deseaba.

El hombre bajó la cabeza y escuché entonces el llanto que brotaba, amargo, de su interior. Aproveché para acercarme un par de pasos mientras contemplaba las pequeñas sacudidas que impulsaba el sollozo en el cuerpo de Julián. Me apoyé en el muro junto al suicida tratando de dar normalidad a la situación. Sin dejar de contemplar el horizonte saqué un cigarrillo de césped seco y me lo encendí. Cuando le di un par de caladas se lo ofrecí a mi vecino

del tercero que, con cierta sorpresa en su rostro, lo terminó acunando entre sus dedos.

—Quédate con lo mejor, Julián —dije después de que el viudo terminase de toser—. Quédate con el tesón que tenía Paquita, con ese que hizo que volviésemos a celebrar la Navidad —completé.

—¡Bien hubiese hecho quedándose callada! —masculló él, con tono de reproche.

—No, Julián. Hubiese muerto de pena. Tú mismo lo viste, y nos lo contaste, en los días en los que anduvimos preparando la celebración, ¿recuerdas? Todo es por esta situación, por cómo ha cambiado la vida. A menudo se hace cuesta arriba seguir luchando en estas condiciones, pero hay que hacerlo porque es lo que toca. Yo mismo llevo más de año y medio sin saber nada de mis padres, pero, ¿sabes qué? Pienso que algún día aparecerán al final de la calle, llamándome a voces, y cuando lo hagan yo estaré ahí para abrazarlos.

—No lo soporto, Andrés. He vivido con Paquita más de treinta años y no entiendo esta vida sin ella. Cuando te enamores de verdad, tal vez entonces, me podrás comprender.

En ese mismo momento el pensamiento de un mañana sin Lucía sacudió con brutalidad mi interior y me hizo sentir algo desgarrador en mi espíritu.

—Tienes que ser fuerte, Julián. Tus hijos te necesitan..., dime, ¿quién se hará cargo de ellos si faltas tú?

Fue entonces cuando giró la cabeza y me miró a los ojos por primera vez desde que habíamos iniciado la conversación. Me dedicó su mirada sin decir nada y todavía no sé si fue porque removí su conciencia o porque trataba de reprocharme que hubiese utilizado a sus hijos como elemento disuasorio —y ruin— de su inminente suicidio.

—Tal vez el Padre Inocencio tiene razón en lo que dice.

—¿Cómo?

—Quizá todo esto que nos está ocurriendo nos lo tenemos bien merecido. Por lo miserables que somos —terminó aportando Julián a su corta reflexión.

—¡No digas tonterías! Nadie se merece lo que está pasando. Pasa y punto. Hemos tenido la mala suerte de vivirlo, eso es todo. A otros los pilla la guerra, los terremotos, las epidemias... El mundo está lleno de calamidades al fin y al cabo.

El hombre apuró el pitillo y lo arrojó a la calle. Los dos contemplamos

cómo la brasa se hundía en la oscuridad ante la que estábamos para después desaparecer en una pequeña onda expansiva de pavesas incandescentes y efímeras.

—Creo que es mejor que vuelva a casa, ¿no te parece? —dijo, por fin, dando un salto al interior de la azotea.

Se restregó las palmas de las manos para limpiarlas y después me dio un largo abrazo. Se separó de mí y mirándome a los ojos volvió a hablar.

—Esa será mi misión de aquí hasta que muera; cuidar de Cosme y de Cándido, tal y como hubiese hecho Paquita.

Capítulo 36. Que se va

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada Sonsoles a su marido.
—Que se va, que abandona el piso.

Mi madre de adopción partía en cuatro el calabacín que previamente había hervido en una cazuela puesta al fuego en el barril de la azotea. Cortaba con mimo la hortaliza para que a cada uno de los componentes de la mesa nos tocase una parte de igual tamaño, mientras, trataba de procesar la información que su marido nos acababa de dar al inicio de la cena.

—Pues ya me dirás tú cómo piensa llegar hasta allí con dos criaturas a su cargo —protestó con los brazos en jarra—. ¡Es una locura!

Román levantó el plato para que Sonsoles le sirviese la ración, después lo posó nuevamente sobre la mesa y se dispuso a comer con la paciencia que lo caracterizaba.

—A veces pienso que es mayor locura permanecer aquí, en la ciudad. Cada vez se pasa más hambre —se quejó señalando la raquítica ración de comida.

Y así me enteré de que Julián había tomado la determinación de emigrar hacia el campo, tal y como lo habían hecho muchos otros con anterioridad. Según había contado, los padres de su difunta esposa eran de Casasola —un pueblecito a orillas de Ávila— y había decidido personarse en la aldea para que el anciano matrimonio lo acogiese en su hogar junto con sus dos hijos. La apuesta era arriesgada porque ni siquiera tenía la certeza de que los padres de la difunta Paquita aún siguiesen con vida. Sumidos como estábamos en la más absoluta de las comunicaciones, realizar ese viaje podía convertirse en una trampa mortal para la familia. Con los caminos y carreteras llenos de asaltantes y malhechores —según decían las gentes que alguna vez se habían aventurado a franquear las fronteras de la Capital—, aventurarse en una caminata de dos días parecía cualquier cosa menos sensata.

Así que al día siguiente todo el vecindario se personó en el piso de nuestro vecino con la intención de hacerlo desistir de su idea. Pero no hubo manera; había tomado una decisión y era con todas las consecuencias. Los

vecinos hicieron propuestas distintas para que los riesgos de la empresa fueran los mínimos posibles, tal es así que varios de ellos se ofrecieron a acompañarlo a pie hasta el pueblo de Ávila con la idea de volver después a por los críos en el caso de que se confirmase la posibilidad de establecerse en dicho lugar. Pero no cedió, no estaba dispuesto a separarse de sus hijos ni un solo minuto y tampoco parecía seducirle la idea de tener que realizar por triplicado el trayecto a pie, frías como eran las jornadas en aquellas fechas. Viendo que Julián no se apeaba de la burra, le rogaron finalmente que esperase un par de días para pensar algo entre todos, una moratoria que permitiese buscar solución razonable y así evitar la insensatez que estaba a punto de cometer.

Y así fue que finalmente Julián concedió, muy a su pesar, 48 horas para volver a tratar de nuevo el tema, aunque no prometió acatar nada de lo que en la junta vecinal se decidiese.

Estuvimos aquellas jornadas ocupados en buscar a alguien que se dedicase a hacer viajes desde Madrid a otras ciudades, pero no hallamos nada. Nadie nos indicó ningún sitio desde el que partiese alguna expedición hacia las afueras de la Capital. Nada, no había grupo alguno, mínimamente organizado, que se desplazase con destino a la ciudad de las murallas. Es más, cuando lo preguntamos por las plazas y mercados de Madrid la gente nos miraba extrañada.

Muchos fueron los que abandonaron la ciudad, sí, pero nadie volvió para contar cómo era la vida fuera de la urbe. No se sabía si no regresaban debido al hallazgo gozoso de una vida más próspera o si simplemente habían pasado a mejor vida.

Los únicos que acostumbraban a entrar y salir de la ciudad eran los ganaderos y agricultores que venían a vender sus mercancías en los mercados instalados en las plazas de la Real Villa. Pero procedían de los alrededores, de no más de una jornada a pie, y siempre lo hacían en grupo y con sus escopetas de caza colgando del hombro.

Después de mucho buscar solo nos hablaron de un pastor que venía los miércoles y regresaba de vuelta los jueves hacia Navas del Rey, que era lo que quedaba más cerca de Ávila. Se llamaba Romualdo y solía exhibir su ganado en la Plaza de España. Pero no era la solución que podía resolver el contratiempo, además tendríamos que esperar una semana completa para hablar con el ganadero, por lo que descartamos esta opción como algo que

presentar en la junta vecinal del día siguiente.

—¿Cuántos litros de combustible te quedan en el coche? —preguntó Román a Antolín, pillándolo totalmente desprevenido.

El dueño del Seat 600 salió del ensimismamiento que lo acunaba y miró al comisario tratando de entender a qué venía esa pregunta. Tomándose todo el tiempo del mundo terminó por responderle que el depósito estaba seco.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió después.

—Porque creo que es la única manera de poder evitar que este hombre cometa una estupidez.

Veníamos del centro de la ciudad y la luz del sol comenzaba a mitigarse ayudada por la altura de los edificios y la estrechez de las calles. Disponíamos de pocos minutos para llegar al bloque de pisos y ponernos así a salvo de la oscuridad, que ya conocíamos bien los peligros de deambular por la capital en mitad de la noche en la que campaban a sus anchas gentuzas desprovistas de escrúpulos.

Antolín apretó un poco más el paso y pareció que quisiera, de esa manera, desentenderse de lo que le acababa de plantear el comisario. Caminamos en silencio, esperando una respuesta que no terminaba de salir del dueño del único coche que funcionaba en todo el barrio.

—No arranca, la batería hace mucho tiempo que está mal, ya lo sabes.

Román se adelantó al dueño del viejo utilitario y lo frenó asiéndolo por el brazo.

—¿A qué viene eso? ¿No quieres prestar tu coche para llevar a Julián y a sus hijos hasta Ávila?

—Yo no he dicho eso —contestó seco Antolín.

—¿Que no arranca? —interrogó con tono de sorna mi padre adoptivo situándose frente al empleado de banca—. ¡No me jodas, hombre! ¡Sabes de sobra que con un empujón el motor se pone en marcha!

Pero Antolín se zafó de la mano que lo sujetaba y continuó caminando con la misma premura que antes del parón.

—¡Se nos va a hacer de noche! ¡Continuemos andando! —gruñó apartando al comisario con brusquedad.

Fue entonces cuando Román me miró confundido ante la actitud esquiva de nuestro vecino del segundo. Yo no me sorprendí en absoluto porque ya había tenido oportunidad de descubrir su verdadera naturaleza con el asunto

del cordero.

No se dijo nada hasta llegar al bloque y el comisario no volvió a insistir, creo que pensando en que se hablaría con tranquilidad cuando estuviésemos a salvo en nuestro hogar. Pero no sucedió así. Antolín enfiló las escaleras sin aminorar el ritmo que traía por la calle y nos dio con la puerta de su casa en las narices. Dejó claro de esa manera que no quería ni oír hablar del tema.

—¡Este muchacho es gilipollas! —gritó indignado Román cuando el portazo puso punto final al asunto.

Impotente, el padre de Lucía, me expuso el plan que se le había ocurrido para llevar a Julián a casa de sus suegros y de esa manera salvarle, casi con toda seguridad, la vida a él y a sus dos hijos.

—¿No vamos a conseguir treinta litros de gasolina entre todos los coches del garaje? —se preguntaba con rabia—. ¿Es que este hijo de puta va a ser capaz de dejar que el pobre Julián, con lo que ha pasado, se aventure a marcharse a pie?... ¿Con los críos? —gritaba y golpeaba la mesa con el puño, ante la mirada atónita de Sonsoles y de Lucía, que permanecían mudas viendo como el cabeza de familia se desesperaba en su razonamiento.

Y así nos despedimos, después de cenar, hasta el día siguiente: sin una solución para el problema del traslado de aquel pobre hombre que a punto estuvo de suicidarse delante de mí, un par de días atrás.

Capítulo 37. ¡Volverán!

Toda acción provoca una reacción. Newton ya lo describió en su Tercera Ley mucho tiempo atrás. La fuerza utilizada para impulsar el cambio de movimiento de un objeto se puede medir y analizar bajo principios físicos y cálculos matemáticos. Si les digo esto es con el único fin de reflexionar sobre la complejidad de las vicisitudes de la vida y sobre lo azaroso de la misma, en cuyo caso, predecir lo que va a suceder como consecuencia de nuestros actos resulta más enmarañado y además no se puede demostrar con métodos científicos. Todo lo que hacemos, y lo que no, tiene una repercusión sobre el tiempo futuro y eso mismo es lo que pretendo que quede plasmado aquí.

Pido disculpas por la reflexión, querido lector, no era mi intención desviarme sobre la historia que estoy narrando.

Partió una expedición hacia Casasola para llevar a Julián y a sus dos hijos a casa de los padres de la difunta Paquita. Utilizaron el Seat 600 de Antolín, que hizo de conductor de su vehículo, sumándose al viaje Conrado y Román. Nos despedimos en la calle después de presenciar el esforzado ejercicio de contorsionismo que realizaron para ocupar aquella miniatura mecánica. Cuatro adultos y dos niños en el habitáculo, compartiendo hueco con un fusil y algo de ropa. En el vano que quedaba bajo el capó delantero: unas viandas y unos pocos recuerdos del piso que abandonaba aquella familia cercenada por la desgracia acaecida en la última Nochebuena.

—¡Demasiado peso! —dijo Rafa cuando el coche se alejaba para perderse por el final de la calle.

Fue lo único que se escuchó, porque los demás no dijimos absolutamente nada debido a la congoja que nos embargaba. Todo eran incógnitas sobre lo que se encontrarían por el camino.

A mi mente acudieron los relatos que las gentes contaban sobre las tropelías cometidas por los caminos, de las salvajadas que sufrían aquellos que osaban a desplazarse por las carreteras y vías que en tiempos iban abarrotadas de vehículos y que ahora, según decían, eran lugares colmados de

asaltantes y desalmados en busca de algo que robar, violar o matar.

El tubo de escape extendía una niebla química y azulada en la calle difuminando la silueta redondeada que trasportaba a nuestros vecinos. Después de su hipnótica contemplación, el comité de despedida se disolvió pensativo.

—Si todo va bien, hoy por la tarde volverán —añadió alguien cuando la procesión silenciosa atravesaba el portal del bloque de pisos.

Pero la tarde llegó y el ruido del pequeño motor del coche no hizo acto de presencia en el barrio. La oscuridad cubrió la ciudad y la expedición no regresó. Una tensión palpable en el ambiente se hizo presente entonces entre los que habitábamos la torre de pisos. Tal fue así que esa misma noche el vigía de la azotea estuvo acompañado por varios de nosotros. En completo silencio divisábamos constantemente el horizonte con los prismáticos y nos asomábamos al exterior del edificio con la esperanza de escuchar el característico zumbido del vehículo de Antolín.

Los primeros rayos de luz rompieron la reunión improvisada que se había celebrado en la cubierta del bloque y nos hizo retornar, a cada uno de los integrantes, a nuestros respectivos pisos. Antes de volver a meterme en la cama para descansar un rato, decidí llamar a la puerta de la casa de Lucía, que me abrió introduciéndose en la vivienda sin mediar palabra. Sonsoles estaba en la cocina y movía, ayudada de una cucharilla, una infusión a base de manzanilla. Lo hacía con la mirada perdida, ausente, y creo que ni se percató de mi entrada en la estancia. No había pegado ojo, como el resto de los vecinos, y unas oscuras bolsas bajo sus párpados inferiores daban buena cuenta de ello.

—Volverán, estoy seguro..., regresarán —susurré posando la mano encima de su hombro.

Pero ella no se inmutó. Seguía describiendo un óvalo en el interior de la taza de manera repetitiva e infinita. Transcurrido un tiempo pareció tomar constancia de lo que sucedía a su alrededor, soltó la cucharilla y subió su mano hasta posarla encima de la mía, giró la cabeza para mirarme y me dedicó entonces una sonrisa cargada de angustia, rompió a llorar y su hija acudió a abrazarla para darle consuelo.

—¡Volverán! ¡Créeme! —enfaticé, cargado de convencimiento.

Capítulo 38. La furia del averno

—No sé, Andrés. Está claro que Román es un hombre que se sabe defender —dijo Servando cabizbajo—, pero sabe Dios lo que se pueden haber encontrado por el camino.

—Tenemos que hacer algo, ¿no crees? —pregunté al ingeniero retirado.

El hombre me miró tratando de averiguar qué clase de locura estaba intentando plantear. Permaneció callado, reflexionando sobre lo que quería contestarme y finalmente terminó por expresarse.

—Andrés..., no podemos hacer nada. No podemos salir a buscarlos a pie y dejar el bloque cada vez con menos gente, ¿lo entiendes? Sería un suicidio colectivo —terminó por argumentar.

Apreté los puños, impotente, hastiado por la espera que ya se prolongaba durante tres insoportables días. Volví a mirar a mi vecino solicitando algún compromiso suyo que nos empujase a hacer algo distinto a esperar y esperar sin descanso. Pero Servando no se pronunció.

Estábamos en su casa y la luz del día, al igual que nuestras esperanzas, se empezaba a agotar.

—Con esta serán ya cuatro noches las que llevan fuera de casa —dijo señalando el horizonte que mostraba la ventana—. Tal vez haya que empezar a pensar que puede que jamás regresen.

—¡Ni hablar! —grité furioso.

—¡Andrés, tienes que hacerte cargo! Es mucho tiempo, incluso para hacer el trayecto a pie —gruñó.

Pero yo no di la conversación por concluida. No quería enfrentarme a la cruda realidad que se había asomado, implacable, desde la primera madrugada en la que la expedición no había vuelto a Madrid. Pensé, discurrí, me estrujé el cerebro tratando de buscar alguna propuesta que no fuese rechazada por el hombre que tenía enfrente y que, sentado, me miraba de manera paternal.

—Ya ves que resignarse es la única opción que nos queda —susurró el jubilado al cabo de unos segundos viendo que yo no encontraba ningún planteamiento digno de ser compartido.

Y en ese preciso instante un sonido nos sobresaltó y la esperanza inundó mi cuerpo de manera súbita. Era, sin lugar a dudas, el sonido quejicoso y metálico de aquel cacharro que parieron en Barcelona en los años sesenta, según me había contado el propio Antolín. Salté de la silla y salí disparado a la calle para encontrarme con el grupo de hombres que se había embarcado en aquel viaje a la ciudad de las murallas. En la escalera coincidí con varios de mis vecinos que, al igual que yo, habían sido alertados por esa cacofonía, como si se tratase de las trompetas que anuncian la llegada del Mesías. Alcancé antes que ninguno la acera de la calle y vi, para mi sorpresa, cómo el utilitario venía desde Isaac Peral exprimiendo su motor al máximo. Esquivó de manera precipitada a los pocos viandantes que pisaban el asfalto a aquellas horas, e inmediatamente detrás de ellos apareció otro vehículo que venía, de igual manera, exigiéndole todo a su antigua mecánica. Sorprendidos por ver a dos coches funcionando en la misma calle —derrochando energía por doquier— intuitivamente nos percatamos que algo no iba bien, así que reculamos para alejarnos del carril por el que se acercaban aquel par de piezas de museo.

El Seat pasó raudo delante de nosotros sin hacer ademán de parar. Román nos gritó algo por la ventanilla, pero el ruido desmesurado de la máquina ahogó sus palabras. El segundo coche pasó, a pocos segundos, tras la estela del utilitario de Antolín. Iban dos tipos dentro y creí ver —de manera fugaz— que el acompañante portaba una escopeta de caza en sus manos.

Me di la vuelta, apartando al grupo de vecinos que se había quedado detrás de mí, me introduje en el edificio y ascendí por las escaleras a todo lo que daban mis piernas. Al llegar al terrado me dirigí al flanco que quedaba más cercano al lugar por donde habían desaparecido los vehículos. Cuando el zumbido de mis oídos —intenso, debido a la carrera que me había pegado— me dejó escuchar, percibí el rugido rabioso de los motores mezclado con los alaridos de los neumáticos en su desliz desesperado por el asfalto. El sonido se fue amplificando, anunciando un acercamiento de la batalla hasta nuestro bloque de pisos y, aunque no lograba atisbarlos, sabía que en breve pasarían de nuevo frente a nuestro portal.

—¿Qué ocurre?!... ¿Qué pasa?! —escuché decir a mi espalda.

Me giré y vi a Rafa con la cara desencajada intentando recuperar el aliento. Apoyaba sus manos en las rodillas mientras me miraba tratando de entender por qué yo había subido hasta la azotea como alma que lleva el diablo.

—¡Que se metan todos dentro! ¡Coged las armas y cerrad la puerta!

El conserje se quedó desconcertado pero encaminó, sin demora, sus pasos a las escaleras que le habían llevado hasta allí arriba.

—¡Que alguien vaya a la puerta del garaje para que la abra cuando se lo digamos! —voceé mirando hacia abajo, apenas el portero había iniciado el descenso, con la esperanza de que alguien acatase la orden.

El bufido de los vehículos evidenció que ya pisaban nuestra calle. Pasaron de nuevo justo en el momento en el que yo destapaba la MG que teníamos anclada en un soporte sobre la cornisa. Esta vez los bólidos dirigían su frenética carrera en el sentido contrario en el que aparecieron por primera vez.

El vehículo que perseguía a nuestros vecinos apoyaba su paragolpes contra la parte trasera del 600, intentando sacarlo de la vía. En una de esas embestidas, el Seat hizo un trompo y se quedó mirando de nuevo hacia nuestra posición. Los perseguidores realizaron idéntica maniobra para seguir con el hostigamiento a su víctima. El arranque de la reliquia de Antolín fue lento y renqueante, tanto, que la berlina que los perseguía recuperó la distancia perdida con el inesperado giro de manera inmediata. Lo empujó por detrás sin miramientos. El golpe produjo entonces una aceleración descontrolada en el cochecillo y el movimiento oscilante de la carrocería, leve al principio, se transformó después en un zigzagueo que anunciaba una colisión inminente, cosa que terminó sucediendo contra la acera, a pocos metros de la portería de nuestro edificio.

Apreté en ese momento el gatillo porque ya tenía el cañón de la ametralladora mirando hacia el vehículo depredador. El estruendo que produjo el arma me asustó y corté la ráfaga por el acto reflejo. De nuevo hundí el índice en el interruptor del infierno y el arma volvió a vomitar fuego con toda su rabia. Fui moviendo la ametralladora guiado por las columnas de polvo que se levantaban en el asfalto cuando los proyectiles impactaban contra el suelo. Y le hice blanco. Y, una vez inmóvil la presa, fijé la mira en aquel bulto que se empezaba a despedazar por el castigo que estaba recibiendo. Vi chispas, humo, trozos de metal saltar por los aires, desvanecerse la luna delantera como un castillo de naipes, una llamarada y la artillería se detuvo en seco aunque mi dedo continuaba exigiendo incansable la furia del averno. Levanté la mejilla que tenía apoyada contra la culata del arma para ver qué había sucedido y descubrí que la cinta de los cartuchos se había agotado. Me

dispuse a alimentar la ametralladora con una carga nueva. Lo hice aturullado por la inexperiencia, nervioso ante la urgencia del momento. No acertaba a encajar de manera apropiada la primera bala en el ánima de la MG cuando noté unos golpecitos en el hombro.

—¡Para!... ¡Para! —escuché.

Entonces levanté la vista y vi el coche que acababa de acribillar envuelto en llamas. Ardía por los cuatro costados y, de vez en cuando, se producían pequeñas explosiones procedentes de su interior. Se consumía en medio de la extraña calma que se había apoderado de la calle, solo. Nadie abandonó el habitáculo como si fuese una antorcha humana ni se escucharon gritos procedentes de aquella fiera abatida, nada. Nadie salió a auxiliarlos, tampoco acudió ningún vecino a intentar apagar el incendio.

El sol se fue y el vehículo permaneció ardiendo todavía unas horas, como una vela a punto de extinguirse.

Capítulo 39. Una idea fantástica

Escuchamos la historia de la expedición que acababa de regresar en torno a la luz del quinqué de la portería. Los abrazos ansiosos y las lágrimas de emoción del primer momento dejaron paso después a la calma necesaria para que los hombres nos contasen qué había sucedido durante los tres días que permanecieron fuera de Madrid.

El viaje hasta Ávila no sufrió mayor incidente, aparte de tener que abandonar la carretera en varias ocasiones para poder continuar la marcha por sendas y caminos cuando temían sufrir alguna emboscada. Al igual que pasó en la ciudad, los coches se quedaron varados en el lugar donde dejaron de funcionar de manera repentina. El problema era cuando dos de ellos coincidían en el mismo punto de la vía —casual o intencionadamente— formando una barricada que los obligaba a extremar las precauciones. También vieron cadáveres en diferentes estados de descomposición en alguna que otra cuneta. Cuerpos desnudos, desprovistos de toda pertenencia, que probablemente habían sido asaltados en mitad de la noche o ante la impunidad de un paraje desierto.

Los padres de la difunta Paquita seguían con vida y recibieron la inesperada visita con inmensa alegría. Al parecer los ancianos albergaban pocas esperanzas sobre el destino de su hija y de sus nietos. En aquel pueblo se escuchaban historias terribles sobre lo que había sucedido, y estaba sucediendo, en Madrid. Se hablaba de asesinatos de manera constante e indiscriminada por las calles de la Capital, de revueltas multitudinarias que habían acabado con la vida de miles de personas, de canibalismo, de suicidios, de hambre y de traiciones repugnantes a cambio de un trozo de pan que llevarse a la boca.

Pensé entonces que buena parte de lo que se contaba en aquellos lugares bien se ceñía a la realidad de lo que se estaba viviendo en la gran urbe.

Conrado dijo que el matrimonio lloró la muerte de su hija, pero que trataron de disimularlo delante de sus nietos para no hacerles revivir el duelo por su madre.

La expedición se alojó en la casa de pueblo hasta que se pudo arreglar el

coche de Antolín. Llegaron con una rueda pinchada y, al final del trayecto, el pequeño motor del utilitario se había parado de manera inesperada en más de cuatro ocasiones. Así que el tiempo que estuvieron fuera lo emplearon principalmente en buscar a un mecánico que les pudiese arreglar el coche, cosa que nos narraron como una auténtica odisea. Cuando al fin dieron con uno, que vivía en un pueblo a quince kilómetros de allí, tuvieron que convencerlo para que se desplazase hasta Casasola y, por lo contado, esto fue aún más difícil que el hecho de hallarlo.

Del vehículo que los persiguió, ese que en aquel mismo momento se estaba calcinando a pocos metros de donde nos reuníamos, no nos pudieron contar demasiado. Solo dijeron que se les acercó cuando estaban entrando a Madrid, que el acompañante les hizo señas para que parasen, cosa que ignoraron por completo, y que luego aquel tipo les mostró la escopeta de caza para obligarlos así a detenerse. Conrado sacó el fusil y disparó al aire para ahuyentarlos pero solo consiguió que se separasen unos metros. Lejos de achantarse, volvieron a la carga y nuestro vecino no dudó en hacer uso, una vez más, de su fusil, pero este se quedó encasquillado. Los perseguidores se animaron entonces a detenerlos con más ahínco y Román, que ocupaba el asiento trasero del utilitario, disparó entonces con su pistola en varias ocasiones. Ellos también abrieron fuego, pero por suerte no les hicieron blanco. La escaramuza se encarnizó llegando al Parque del Oeste y, gracias al cobijo de las calles de la ciudad, pudieron salvarse de las embestidas de sus perseguidores hasta alcanzar el bloque de viviendas donde —pensaron— nosotros podríamos defenderlos, tal y como al final sucedió. El resto de la historia ya la conocíamos.

Y así tuve que ver cómo todo el vecindario encumbró a Antolín como un héroe por su pericia al volante, por esa habilidad por la cual había conseguido que el Seat se hubiese escurrido como un pez resbaladizo entre las garras de un oso hambriento.

—¡Bravo, Antolín! —decían.

Y le daban sonoras palmadas en la espalda.

—¡Muy grande lo que has hecho, Antolín!

Y las mujeres del bloque le plantaban dos besos en las mejillas asiéndole la cara con ambas manos.

—¡Muy generoso poniendo su coche a disposición para llevar al pobre Julián y a sus hijos hasta Ávila! —escuché en boca de varios de los presentes

en la reunión.

—¡Estamos muy orgullosos de ti, Antolín! —se arrancaban a elogiar sin ningún tipo de pudor—. Bueno, y de vosotros también —añadían luego cuando se percataban del ninguneo que les estaban haciendo a los otros dos que también se habían jugado el pellejo en aquella empresa.

—Fíjate, el pobre coche se ha quedado destrozado pero a él no le importa.

Y más abrazos y más besos y más halagos y Antolín para arriba y Antolín para abajo. Y otra vez paseó su mirada evitando la mía, igual que hizo en la cena de Nochebuena.

Me subí a encerrarme en mi piso para evitar ver aquella escena que me estaba revolviendo el estómago. Me fui de allí porque un calor indescriptible se estaba acumulando dentro de mi cuerpo y amenazaba con salir expulsado en forma de relato sobre la verdad que escondía la bondad de mi vecino.

Me enclaustré en casa y golpeé con furia la almohada de mi cama. «Antolín, Antolín. ¡Qué hijo de puta estás hecho!», sonaba en mi mente mientras descargaba la ira contenida contra el cojín.

Nunca nadie supo que, la noche antes de que la expedición partiese hacia Ávila, bajé al segundo y toqué la puerta del ahora nuevo héroe del vecindario. Era de madrugada y golpeé la madera con recato para no despertar al resto de vecinos. Al final conseguí que el dueño del 600 apareciese en el rellano. Llevaba una palmatoria en la mano y, tras ver que era yo el que había llamado a su puerta, sopló la vela para matar la luz que desprendía.

—¿Qué coño quieres, Andrés? —me preguntó molesto, porque sabía de sobra a qué se debía mi visita.

—Creo que lo que te ha propuesto Román esta tarde es justo.

—¿De qué estás hablando?

Oscuro como estaba el lugar donde nos encontrábamos, solo era posible saber de la presencia del otro al escuchar el sonido de la respiración cuando guardábamos silencio. Así me quedé durante unos segundos; bloqueado por la indecisión de golpearle con mis palabras al hombre que poseía el único salvoconducto para la familia de Julián.

—Sabes de sobra de lo que estoy hablando —susurré finalmente.

Entonces escuché el movimiento de su cuerpo al que después le prosiguió el característico rechinar que emiten las bisagras de las puertas carentes de engrase. A ciegas avancé mi pie para impedir que la puerta de la entrada al

piso le permitiese a mi vecino escurrir el bulto de nuevo.

—¡Déjame en paz! —oí decir después de notar el contacto de la madera en la punta de la zapatilla.

—¡Presta el coche, hijo de perra!... ¡Presta el coche o le contare a tu mujer tus andanzas por la casa de putas que frecuentas!

El hombre salió de nuevo del piso y me agarró del cuello golpeándome contra la pared. Su respiración reflejaba la ira que le habían provocado mis palabras y su voz denotó furia en la amenaza.

—¡Hazlo y te mato! —dijo pegando sus labios a mi oído.

Pero no me amilané. No retrocedí ni un paso y me lo jugué todo a una carta.

—No dudes que lo haré. Yo mismo la llevaré de la mano para que conozca a Lluvia. Además, les contaré a todos los vecinos cómo les estafaste parte del oro que recaudamos para el cordero... y lo de la muchachilla que utilizamos para conseguirlo, también.

Sentí crecer la presión de su mano en mi garganta y por un momento pensé que iba a acabar conmigo allí mismo. Con un hilo de voz añadí algo para intentar doblegar a aquel cabrón.

—Lucía está al corriente. Si acabas conmigo, ella tiene una carta escrita por mí que no dudará en entregar a su padre.

En ese preciso momento escuchamos unos pasos que procedían del interior de la vivienda de Antolín. Vi entonces la cara de Gabriela iluminada por una vela al fondo del pasillo del piso y mi vecino me soltó de inmediato.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis aquí? —preguntó extrañada la esposa de Antolín al tiempo que alargaba la mano que portaba la llama.

—Andrés, que ha tenido una idea fantástica.

Capítulo 40. Fuera

Bien he sabido de los secretos de las personas. No me refiero al hecho de conocer intimidades inconfesables de muchas de ellas, no. Hago referencia más bien al modo en el que las personas se callan ciertos acontecimientos o detalles que revelan algo que no interesa que se sepa, por lo menos a la vista del que lo oculta, para utilizarlos después en su favor cuando sea oportuno. Esta ha sido una tónica general, al menos para mí, desde que tuve que madurar de un día para otro obligado por las circunstancias.

Es cierto que todos estos secretos ya no lo serán en cuanto este escrito vea la luz, aunque creo que su revelación no tendrá ninguna consecuencia estando como estamos en este mundo en el que la justicia simplemente ya no existe. Tampoco sé si los dueños de tales tapujos se encuentran en la actualidad sobre la faz de la tierra, así que, sea como fuere, aquí quedarán reflejados y, por mi parte, que surtan el efecto que tengan que surtir.

La reunión de bienvenida que recibió a la expedición que regresó de Ávila se disolvió de manera un tanto precipitada. Fue Conrado el que comenzó a decirles a todos que se volviesen a sus casas o a los puestos de guardia. «No hay mucho más que contar», fueron las palabras que utilizó mientras señalaba el camino de las escaleras a los que estaban reunidos, según me contó Lucía. Luego añadió algún que otro «venimos muy cansados» para justificar de una manera más elegante la disolución de la pseudo-rueda de prensa en la que se convirtió la junta.

Aquella misma noche, durante la cena, Román nos confesó el secreto que había traído adherido el viaje a casa de los padres de la difunta Paquita. En este caso no se trataba de nada escabroso, ni nada de lo que cualquiera de los tres integrantes de la expedición se tuviesen que avergonzar. El antiguo comisario confesó lo que habían vivido en aquel pueblo y especialmente relató lo experimentado desde el punto de vista gastronómico. Nos contó, tal vez demasiado explícito, los manjares que en el pueblo degustaron. Lo hizo, como he dicho, sin ningún recato, más teniendo en cuenta que solo un par de palomas esmirriadas esperaban a ser devoradas encima de nuestra mesa.

Nos habló de chorizo, de jamón y de caña de lomo embuchado. De pan tierno, de vino, de leche, de huevos y hasta de presas de caza. De verduras usadas como acompañamiento en los platos —cuando nosotros las comíamos, en el mejor de los casos, como plato único y principal—. De frutas y dulces, de chimeneas que caldeaban con holgura los salones de las casitas de aquella pedanía y hasta de leche condensada. Llegó a jurar que había visto a un gordo andando por el pueblo, aunque luego matizó que, aunque el tipo era orondo y hermoso, no alcanzaba la talla de aquellos obesos que abundaban antes del 2027. A cada descripción nuestros estómagos se retorcieron lastimeros y emitían gritos desesperados implorando cualquiera de las delicias que nuestro vecino describía. La narración llegó a convertirse en tortuosa, hasta tal punto, que Sonsoles mandó callar a su marido.

Pero él no se detuvo. Cuando terminó de relatar lo que habían encontrado en el mundo rural, anunció con gran alegría los regalos con los que habían regresado.

—¡Un chorizo y un lomo! —exclamó emocionado—. ¡Ah, y un queso de oveja! —añadió mirándonos, uno por uno, a los integrantes de la mesa.

Mi vecina se levantó de la silla interrogando con la mirada a su marido. Lo miró como si el policía hubiese perdido el juicio por completo y al final el semblante de la mujer se tornó en una mueca casi de reproche.

—¿Qué estás diciendo, Román?

—Que nos dieron un chorizo, un lomo y un queso a Antolín a Conrado y a mí por haber acompañado a su yerno hasta el pueblo.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no lo tienes aquí? —preguntó vehemente.

El comisario le hizo un gesto a su mujer para que se tranquilizase. Alargó la mano hasta la silla que había abandonado Sonsoles y la invitó a sentarse de nuevo. La luz temblorosa de la vela iluminó los ojos de la mujer que, impaciente, esperaba una explicación coherente de lo que acababa de escuchar.

—Está todo dentro del coche —argumentó Román.

—¿Cómo?

—Que está todo dentro del 600 de Antolín. Mañana bajaré a por ello.

Pero a ella no le convenció la respuesta. Indignada hizo ademán de abandonar la mesa, pero el padre de Lucía la agarró del brazo para impedirlo, después, bajando la cabeza solicitó calma a su mujer para que escuchase los motivos de tal decisión.

—Eso precisamente es lo que os he dicho cuando he comenzado a

contaros todo esto.

—¿Qué?... Me he perdido, papá —intervino Lucía, que hasta el momento había permanecido muda como yo.

—Os he dicho que esto es un secreto, ¿lo entendéis?

—No —respondió seca.

El hombre se quedó en silencio durante unos segundos, creo que reprimiendo el impulso de reprocharle a su hija la falta de atención, y después volvió a hablar.

—Bueno, pues esto es un secreto: por si alguien no se había enterado —puntualizó con cierto retintín—. No se puede contar nada de lo que acabáis de escuchar, ¿estamos?

Pero ni Sonsoles ni Lucía ni un servidor dijimos nada, así que Román tuvo que repetir la pregunta hasta que todos dimos fe de que no diríamos ni mu de lo escuchado.

—Tenéis que ser conscientes de la importancia de no revelar lo que hemos vivido.

—Lo dices por no compartir nada de lo que habéis traído, ¿verdad? —preguntó mi amor.

El comisario agachó la cabeza dejando ver cierta vergüenza y con tal gesto respondió a su hija. Se tomó su tiempo y volvió a hablar.

—¡Pero no solo es por eso! —exclamó levantando de nuevo la mirada—. Los que hemos vuelto de allí hemos hecho un pacto para guardar silencio con respecto a cómo se vive en el pueblo.

—Pero..., ¿por qué?... No lo entiendo, papá.

—¿Qué crees que pasaría si llegásemos contando que fuera de Madrid se vive mucho mejor? ¿Qué piensas que haría la gente que está pasando miserias aquí?

El ruido del viento colándose por debajo de la puerta fue el único que respondió al cabeza de familia. En ese momento creo que entendí la importancia de mantener a salvo la confesión del comisario.

—Es verdad que aquellos que tenían un pueblo al que ir, cerca de Madrid, abandonaron la ciudad hace ya mucho tiempo. Pero nadie ha vuelto para contar cómo se vive en el campo. Ahora nosotros hemos experimentado lo que pasa fuera de esta maldita ciudad y no queremos dar falsas esperanzas a la gente. El hambre es mala consejera, ya sabéis.

—Temes que la gente se marche —intervino Sonsoles.

—¡Exacto!

—Pero Román, los que quedamos o no tenemos pueblos a los que ir o están muy lejos —dijo la madre de Lucía—. A ver, ¿piensas que, por ejemplo, Milagros pueda marcharse a Orense? ¡Es una locura! ¡Todos hemos visto el peligro que representa embarcarse en un viaje así! —exclamó señalando la calle donde debía de estar el vehículo que yo había acribillado a tiros.

Román se puso en pie de inmediato y comenzó a elevar el tono de su voz.

—¡Sí, exactamente! ¡Eso es lo que me temo! —refutó dando golpes con su dedo índice sobre la mesa—. No quiero que la gente se haga una idea equivocada de que llegar hasta allí sea relativamente fácil. No quiero que los vecinos se piensen que todo fuera de esta ciudad es abundancia, porque no lo sabemos. ¡Y no quiero que este bloque se quede desierto de personas! —añadió con un grito ahogado en un susurro.

Miramos al hombre algo sorprendidos por las razones que acababa de esgrimir. Se había excitado ligeramente y resollaba de manera ruidosa. Su esposa lo miró con ternura y lo ayudó a tomar asiento de nuevo.

—¿Lo veis?... ¿Lo entendéis? —volvió a preguntar cuando recuperó el aliento—. Si la gente se queda con esa idea no tardará en huir del barrio, presos como estamos del hambre, y con ello nos complicará la existencia a los que nos quedemos, ¿lo comprendéis? Se producirá un efecto dominó porque la vida será cada vez más difícil para los que se queden: tendríamos que trabajar más y hacer más guardias. Al final simplemente será imposible permanecer a salvo en nuestras viviendas —finalizó, con el rostro cargado de cierta congoja.

De esta manera le juramos, uno por uno, que no diríamos nada de aquello y mi padre adoptivo se tranquilizó al fin.

Capítulo 41. ¿Tú eras policía?

Pero el día siguiente llegó y encima de la mesa no apareció el lomo ni el chorizo ni, por descontado, el queso. Nuestros estómagos se quejaron amargamente y ese día nos supo peor que nunca el puré de patata que comimos por vigésima vez aquella semana. Román, visiblemente abochornado, explicaba las razones por las cuales los manjares no habían hecho acto de presencia a la hora de la comida.

—¿Cómo que han desaparecido? —preguntó, a punto de desquiciarse, la madre de Lucía.

El hombre se pasaba la mano por la frente mientras contemplaba el plato de puré que tenía enfrente. Se le notaba demasiado que ni él mismo se había creído la historia que el dueño del Seat le había contado.

—Sí, que dice que cuando bajó esta noche a por ello ya había desaparecido. Que, probablemente, alguien lo vio cuando nos ayudaron a empujar el coche dentro del garaje.

—¡Ja! ¡Una mierda! —protestó fuera de sí.

Tengo que reconocer que la propia respuesta de mi vecina me sorprendió porque era la primera vez que la escuché decir una palabra malsonante.

—¡Sonsoles, tranquilízate!

—Pero vamos a ver, Román. ¿Dónde traíais todo eso?

—En el maletero, envuelto en trapos.

—¿Se veía desde fuera?

—No.

La mujer se puso roja de ira y abandonó la habitación donde estábamos. El padre de Lucía nos miró y, avergonzado, continuó comiendo la masa templada de tubérculo que tenía sobre su plato. Al cabo de unos minutos apareció mi pretendida suegra con los ojos hinchados de haber llorado amargamente y se sentó a la mesa sin mediar palabra. Durante el resto de la comida no se dijo nada y solo se escucharon los ruidos de las cucharas rebañando los miserables platos de comida. Llegado un momento, Román alargó su mano para ponerla encima de la de su esposa, pero esta la retiró de manera brusca.

—Sonsoles, por favor —suplicó el comisario.

—¿Tú eras policía? —preguntó con ironía—. Deben habérsese escapado bastantes ladrones.

Él soltó la cuchara encima del plato y negó, contrariado, con la cabeza.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que lo mate?

Pero ella no abrió la boca. No dijo ni sí ni no y, sinceramente, creo que lo que respondió mentalmente fue la primera de las opciones. No la culpa, era mucha hambre la que estábamos pasando; no se lo reprocho, tal era el hastío que sufríamos comiendo siempre lo mismo; no la puedo juzgar, eran tan míseras las raciones de los platos.

—¡Menudo espabilado es este Antolín! ¡Vaya, vaya, vaya! —vomitó tras morderse la lengua durante unos amargos minutos, después de aguantar en su interior la barbaridad que, estoy seguro, hubiese dicho si su hija no hubiera estado presente.

Capítulo 42. Mateo Lerner

Se presentó en nuestro bloque de viviendas un tipo llamado Mateo con un asunto entre manos. Y bien habría de cambiar mi suerte a raíz de la aparición de aquel hombre, aunque lógicamente yo no me podía hacer idea de tal cosa en aquel momento. Un acontecimiento desencadena otro y este, a su vez, dispara un suceso que tendrá que desembocar en la consecución de uno más y así se conforma el destino, tal y como estarán comprobando y comprobarán si terminan de leer estas memorias.

Ese hombre vino acompañado de un par de criados, personándose en la puerta de nuestro bloque a bordo de un flamante Mercedes descapotable. Era un vehículo antiguo, como el Seat de mi queridísimo vecino, pero que derrochaba mucho más empaque y prestancia que el utilitario español. Estaba impoluto y los cromados brillaban de manera extraordinaria. Por tal motivo deduje que aquella máquina había estado bien resguardada de las inclemencias del tiempo durante toda su larga vida. Los sirvientes del tal Mateo empuñaban sendas escopetas y se acercaron hasta el portal sin tratar de disimularlas en ningún momento. Servando, que estaba en la portería haciendo el turno de día, los recibió en tono hostil, alarmado por la presencia de las armas que portaban los acompañantes de aquel tipo. Mateo Lerner se llamaba y supongo que seguirá llamándose. Pidió hablar con la persona que estuviese al mando de la comunidad de vecinos y después de una conversación —mantenida a voces debido a la distancia de los interlocutores— se le dejó entrar al edificio sin sus dos gorilas. Bajaron Román y Conrado, que junto con Servando, Rafa y un servidor, conformamos el improvisado comité interlocutor para con nuestro visitante.

El hombre dijo ser un residente del barrio del Viso que tenía la intención de trasladarse a nuestro bloque de viviendas. Su planteamiento fue directo y conciso y no dudó en argumentar tal franqueza como descendiente de alemanes que era.

—Aquella zona está imposible, señores. Temo por mi vida y por la de mi familia.

Nos contó que había repelido dos asaltos en su casa, pero que las bandas

de delincuentes estaban merodeando por el barrio últimamente con mayor frecuencia y que sus intenciones se habían tornado cada vez más violentas.

—La semana pasada entraron en el chalet de al lado y mataron a la esposa del señor Cortina —expresó preocupado.

El reciente valor que había retomado el oro parecía que estaba empujando a los malhechores a zonas donde, hasta entonces, no había nada interesante que robar. Aquel hombre, rubio y corpulento, dijo que antes del Día Cero era una persona muy adinerada, pero que después de tal fecha había pasado miserias y estrecheces como todo el mundo. Los negocios bursátiles habían desaparecido y —con cierta sorna en sus palabras— se lamentó de no haberse dedicado a la ganadería cuando tuvo ocasión. Sea como fuere, su planteamiento era claro: quería venirse a vivir a nuestra comunidad. Le daba lo mismo prescindir de su lujoso chalet a cambio de garantizar unas condiciones de mayor seguridad para él y su familia.

—¿Por qué cree usted que este bloque es seguro? —interrogó Servando.

El hispano-alemán, ciñéndose una zamarra carísima, comenzó a deambular por la portería. Observó las paredes y, ajustándose los guantes de cuero que cubrían sus manos, se acercó hasta el hueco de la escalera para dedicar una mirada hacia la parte superior de la misma.

—Verán ustedes. He mandado a preguntar por la ciudad a mis muchachos —pronunció señalando el lugar donde debían de estar esperando los guardaespaldas—. Me contaron que aquí se reprimió una algarada el día del asalto al Mercamadrid, hace ya mucho tiempo. También me he enterado de que se defendieron como gato panza arriba contra el asalto de un camión del ejército que vino con más de cuatro hombres en su interior. ¿Me equivoco?

El tipo caminaba por la estancia mirando las cicatrices que quedaron en las paredes de la batalla a la que, precisamente, se estaba refiriendo. El millonario dominaba el arte de la comunicación y captó la atención de los que estábamos en la portería.

—Se dice que están ustedes organizados como si fuese esto un cuartel. También se cuenta que después del asalto del camión militar se hicieron con más armas y... ¡oh! cuál es mi sorpresa cuando hoy por la mañana me entero de que ayer acribillaron un coche que intentaba asaltar a un vecino de aquí —Mateo se detuvo enfrente de nosotros para dedicarnos una amplia sonrisa—. Y he comprobado que es verdad —añadió señalando al lugar donde debían estar los restos calcinados de la berlina—. Señores míos, he venido a proponerles un trato que puede ser beneficioso para ambas partes. Mi intención es

instalarme en esta comunidad con mi familia y también con mi personal de servicio. Sé que tienen ciertos pisos sin ocupar y...

—Los pisos no son nuestros, no podemos disponer de ellos para vendérselos a usted —argumentó Conrado interrumpiendo la exposición del millonario.

—Me hago cargo. No pretendo hacerme con la propiedad de las viviendas, eso es... simplemente imposible —expuso señalando con su dedo índice hacia el techo—. Lo que quiero es el derecho a habitarlas. Si sus propietarios regresasen para disponer de ellas, las abandonaría sin ningún problema. Aunque creo que eso es altamente improbable —apostilló.

Nos miramos confundidos y creo que un poco aturridos ante el planteamiento del alemán. Detrás de aquella propuesta había un montón de preguntas que formular, pero nadie parecía arrancarse a realizarlas embobados como estábamos por la exposición un tanto teatrera del antiguo bróker.

—Aportaré a la comunidad tres estufas de leña, además de un termo de agua caliente que funciona gracias a una placa solar. Aparte de eso, queridos míos, daré cien gramos de oro a cada propietario de la comunidad. ¿Qué les parece?

—¿Cuántos son ustedes? —intervino Rafa.

—¡Ah! Perdón. ¡Cómo he podido ser tan descuidado! —se lamentó echándose mano al interior de su zamarra. Después de hurgar en ella terminó mostrando una foto familiar—. Esta es mi esposa Sonia. Este es mi hijo mayor Enrique, bueno todo el mundo lo llama Quique, y esta es mi hija pequeña Claudia, una belleza, ¿verdad?

El hombre guardó la instantánea en el hueco que ocupaba en la cartera y después retornó la billetera al bolsillo del que había salido.

—Necesitamos un piso para nosotros cuatro y otro para las seis personas de nuestro servicio.

—Muy bien señor Lernier...

—Lerner —corrigió el inesperado invitado.

—¡Perdón!... Muy bien señor Lerner. Ya hemos escuchado su propuesta. Ahora necesitamos reunirnos todos los vecinos para valorarla y adoptar una decisión. Que sepa usted que funcionamos mediante un sistema democrático —dijo solemne, Román—. Y..., sí, estamos organizados como un pequeño ejército dentro de este bloque.

—Como les he dicho, estoy al corriente de tal particular.

—Le he escuchado. Lo que le quiero decir es que aquí todo el mundo hace

guardias menos los niños, obviamente, y con esto quiero que sepa que, tanto usted como su familia, además de sus criados, tendrían que incorporarse a las obligaciones que en esta comunidad hemos acordado.

Mateo meditó profundamente lo expuesto por mi padre adoptivo y al final terminó por pronunciarse.

—Lo veo bien, señores. Pero ya me dirán ustedes cómo les puede ayudar en tales desempeños alguien que no ha empuñado un arma en su vida.

Conrado descabalgó del taburete en el que se acomodaba y lentamente se dirigió a la puerta de entrada del bloque. Mirando por la rendija que había entre la plancha de madera y el marco de la cancela, habló sin dirigirnos la mirada.

—Ha visto usted ese coche achicharrado en mitad de la calle, ¿verdad?

—Sí, ya se lo he dicho antes —contestó el hispano-alemán.

—Ese muchacho que tiene usted en frente es el responsable de tal destrucción —dijo Conrado refiriéndose a mí—. Aquí todos, lejos de tener una posición tan acomodada como la suya, éramos personas desahogadas económicamente y gente de paz. A excepción de Román, que es..., era comisario de policía y yo, que era cazador, nadie había empuñado jamás un arma. Pero todos y cada uno de los integrantes de esta comunidad nos hemos adaptado a estos tiempos salvajes con los que nos ha tocado lidiar. Tal vez eso nos ha hecho sobrevivir y por ese motivo, quizá, veo que hemos ganado algo de fama en la zona.

—Lo entiendo.

—Sí, pero quiero que le quede claro que, en el caso de que aceptemos su propuesta, señor Lenier...

—Lerner —volvió a corregir, paciente, Mateo.

—... Señor Lerner, quiero que le quede claro que no habrá privilegios para su familia ni para sus sirvientes. Ustedes deben contribuir al funcionamiento de esta comunidad como uno de tantos.

El millonario comenzó a dar vueltas por la portería sopesando lo que acababa de escuchar. Lo contemplamos desplazarse de un lado a otro mientras se dirimía entre convertirse en pueblo llano o no.

—Me parece justo, si nos aceptan le doy mi palabra de que así será.

Y aquella respuesta fue el comienzo de la peor de mis pesadillas.

Capítulo 43. En mi alcoba

Yo era feliz, así de sencillo. Dentro de la miseria en la que vivía me consideraba dichoso por estar al lado de la mujer a la que amaba. Solo ella mitigó el dolor de no ver a mis padres durante todo aquel tiempo. Aun así, cada noche, cuando me quedaba en la soledad de mi alcoba, no podía evitar que brotase el llanto al pensar en el destino incierto de mis progenitores.

Sí, Lucía alegraba mi existencia y yo cada día me veía con más fuerza para sacar nuestra relación de la clandestinidad.

—Contémoselo a tus padres, creo que ya es hora.

—No.

—¿No?... ¿Por qué? —pregunté, ingenuo.

—Porque no. Es mejor así.

Y luego se daba la vuelta ofreciendo a mi vista su espalda desnuda. Se levantaba y deambulaba por la habitación buscando algún cigarrillo de césped y algo con qué encenderlo. El frío hacía más bello su cuerpo provocándome una excitación que me invitaba a poseerla de nuevo, aunque acabásemos de haber hecho el amor escasos minutos antes. ¿Qué dirían mis compañeros de instituto si supiesen que Lucía Hernández, la de cuarto, estaba en mi cama acostada? Habría levantado envidias en buena parte de los alumnos, aunque ciertamente es más posible que nadie me hubiera creído.

—¿Quién ha sido?

—¿Quién ha sido, qué? —pregunté.

Ella terminaba de componer el pitillo acariciando con sus dedos el papel de fumar que envolvía la hierba seca. Callada, dejaba que me inquietase su silencio y esperaba a que yo solito me tendiese así la trampa. ¡Cómo supo manejarme siempre!

—Lo del queso, el lomo y el chorizo. Lo que ha desaparecido misteriosamente.

—¡Yo qué sé! —contesté con cierto nerviosismo.

Lucía dio un respingo sobre el colchón y se incorporó poniéndose de rodillas sobre la cama. Se agitaba, divertida, sabiendo que yo trataba de

ocultarle algo. Creo que los botecitos para terminar de acomodarse sobre sus tibias los hacia adrede con el único propósito de mostrarme su exuberancia de manera espléndida.

—¡Tú sabes algo! —exclamó con una sonrisa pícaro en la cara.

—¿Yo?... ¿Yo? —balbucí señalándome con el pulgar y poniendo cara de bobo— ¡No sé de qué me hablas!

—¡Sabes algo!

Y se acercaba a mi rostro ofreciendo su boca entreabierta para luego apartarla cuando me acercaba a beber de ella. Volvía a repetir su afirmación y yo también repetía estúpidamente mi respuesta en un juego en el que ella se sabía ganadora.

—He visto a Rafa comiendo un trozo de chorizo, pero no digas nada.

—¡Ajá!... Así que Rafa, el portero, ha robado lo que trajeron de Ávila, ¿eh?

—No —contesté de inmediato.

—¿Entonces?

Contrariado por haber perdido, una vez más, otra batalla contra mi integridad moral, me tomé unos instantes para contarle lo que en principio pretendía ser un secreto. Digo que pretendía porque desde que me enteré hasta que se lo confesé a Lucía solo habían transcurrido unas pocas horas.

—Después de comer he subido a la azotea y allí he sorprendido a Rafa zampándose un trozo de chorizo a cara de perro. Sabiendo lo que había ocurrido, no he dudado en preguntarle por su procedencia.

—¿Y?

Le quité el cigarrillo, que estaba sin prender en sus labios, y lo encendí arrojándolo a la llama de la vela posada sobre la mesita de noche.

—Pues que me ha intentado engañar, pero al final lo he presionado y ha terminado cantando.

Aticé un par de caladas que, como siempre, me hicieron toser *envidriando* mis ojos.

—¿Y? —volvió a preguntar, impaciente.

Cuando me sequé las lágrimas de la cara y terminé de expectorar, continué con el relato. He de decir que me encantaba hacerla impacientarse cuando le contaba un secreto. Esa era la moneda, la pequeña venganza, que con gusto me cobraba por haberme obligado a romper mi discreción.

—Me dijo que, de madrugada, sorprendió a Antolín subiendo por las escaleras cargando con un saco. Como Rafa estaba de guardia se alertó por el

ruido que provenía del sótano y fue allí donde se encontró con ese cabrón.

—Ya.

—Me dijo que se quedó helado, sin saber qué decir, y que a cambio de su silencio le dio medio chorizo. Luego se excusó añadiendo que en realidad no había nada que esconder, porque todo aquello lo había comprado en Ávila, pero que prefería que los vecinos no lo supiesen para evitar envidias.

—Otra vez nuestro querido Antolín —gruñó Lucía tumbándose de nuevo sobre el colchón.

Me quitó el cigarrillo y le propinó un par de caladas lentamente, después me lo devolvió. Miró al techo sopesando qué hacer con la nueva información.

—No podemos decírselo a tu padre.

—¿Por qué no?

—Porque ya lo sabe, ¿no te has dado cuenta en la comida? —argumenté poniéndome de lado para mirarle a la cara—. Román sabe de sobra que ha sido él. Creo sinceramente que se encuentra más cómodo sin tener la certeza de que Antolín le ha robado. Si se lo confirmamos, ¿qué puede hacer? ¿Dime?

—Matarlo.

La palabra sonó brusca porque lo dijo en serio y debo confesar que me heló la sangre de inmediato.

—¿Matarlo? —balbucí incorporándome nervioso sobre el colchón.

—Quizá ha llegado el momento de que alguien le dé su merecido a ese cabrón.

—¿Por unos embutidos y un queso? ¡Estás loca, muchacha!

—No es solo por eso... y tú lo sabes bien.

Me quedé mudo ante el cariz que estaba tomando la conversación y también por la gravedad de lo que en ella se estaba tratando.

—Lucía, te pido por favor que no digas nada a tu padre. Tal y como están las cosas no me extrañaría que terminase arrancándole la cabeza a nuestro vecinito.

—¡Es que no es justo! —chilló como si tuviese delante al mismo ladrón de las viandas.

—Lo sé, Lucía. Pero también sé que no es justo quitarle la vida a una persona solo por hacer eso.

Se volvió a tumbar boca arriba y me arrancó el pitillo de los dedos por segunda vez. En silencio consumía aquel simulacro de tabaco mientras se peleaba contra su ira. Y así se tiró varios minutos; creo que contrariada por no contar con mi apoyo en la disparatada propuesta que acababa de plantear;

rabiosa por ver cómo se tenía que callar —otra vez más— un secreto de nuestro vecino del segundo; furiosa por no poder degustar los manjares que habían ilusionado su estómago la noche anterior.

—¡Es que estoy muy harta ya de todo esto! —terminó por farfullar apagando la colilla en el cenicero empleando más fuerza de la necesaria.

—Todos lo estamos, Lucía.

Soltó aire por la boca haciendo vibrar sonoramente sus labios. Ensimismada en su pensamiento, con la mirada perdida en la luz oscilante que la vela proyectaba en el techo, viajaba lejos de aquella habitación. Lo sé por lo que dijo acto seguido.

—Desde que escuché a mi padre la otra noche, no he dejado de pensar en abandonar esta ciudad.

Aquella frase me produjo un vértigo considerable, casi lo podría calificar como pavor. Fue así porque a mí me había pasado lo mismo, pero después de darle muchas vueltas al asunto de largarme de Madrid, me deshice de la idea porque eso significaría alejarme de la mujer a la que amaba.

Pero ahora ella había mencionado precisamente eso: dejarlo todo en esta urbe decadente y tóxica que no mostraba piedad por los seres que la habitaban. Yo era consciente del influjo que Lucía tenía sobre mí y por eso mismo esa frase —pronunciada a la ligera seguramente— podría significar el inicio de un viaje descabellado.

—¡Pero qué estás diciendo, Lucía! ¿Dónde piensas ir? ¿Estás loca? —interrogué con la voz envuelta en un ridículo temblor.

Sin inmutarse, perdida en su mundo interior, se tomó su tiempo para contestar a mis cuestiones.

—Ese es el problema: que no tengo dónde ir. No tengo pueblo, como todos los demás.

—Yo tampoco.

Salió de su letargo entonces y se tumbó de lado para mirarme a la cara.

—No, en serio. Mis padres son hijos únicos y mis abuelos eran de Madrid de toda la vida. No tengo pueblo al que ir en vacaciones, como casi todos mis compañeros de instituto.

—Ya.

—¿Y tú, tienes un pueblo al que ir?

Y aquella pregunta, inocente a simple vista, llevaba veneno en sus palabras. Y otra vez quise mentir para salvarme del planteamiento irracional

que vendría a continuación. Y otra vez mi boca pronunció palabras sin el permiso de mi cerebro.

—Sí —me escuché decir.

Capítulo 44. Referéndum

Estaba claro que íbamos a aceptar a la familia Lerner. El bloque cada vez tenía menos habitantes y las labores eran más pesadas para los que continuábamos viviendo en el edificio. Aparte de eso, la idea de contar con un termo de agua caliente cayó muy bien en la comunidad y dedicamos buen tiempo de la reunión a decidir dónde instalar el artefacto y en cómo organizarnos para que, por lo menos una vez a la semana, nos pudiésemos dar una ducha como era debido. Tanto se extendió la discusión sobre el asunto del calentador que Román tuvo que cortarla exponiendo que todavía no sabíamos si el cacharro funcionaría. «Señores, no vendamos la piel del oso antes de cazarla». Recondujo la reunión para que tratásemos el tema realmente importante que era, ni más ni menos, admitir a aquella familia entre nosotros. El termo tuvo su peso, también las estufas que el millonario dijo iba a aportar y los cien gramos de oro para cada uno de los propietarios terminaron por inclinar la balanza a favor de la admisión de la familia hispano-alemana.

Rafa y su mujer, Milagros, hicieron un inciso con respecto a la cuestión de la donación del preciado metal.

—Es que nosotros no somos propietarios. Como sabéis —dijo el portero mirando a la junta—, vivimos en el bajo, al lado de la portería. Pero el piso es de la propiedad de la comunidad de vecinos —puntualizó.

—Eso ya lo sabemos. ¿Qué quieres decir?

Milagros se puso en pie eclipsando a su marido y contestó en su nombre.

—Pues que el hombre ese ha dicho que daría cien gramos a cada propietario de una vivienda, así que nosotros nos quedamos fuera del trato.

Aquello abrió un nuevo debate sobre la conveniencia de forzar a Mateo Lerner a dar los dichosos cien gramos al portero de la comunidad. Hubo opiniones de todo tipo y al final se votó a mano alzada, como siempre.

Se hicieron dos consultas diferenciadas, de las cuales, el resultado de acoger a la nueva familia y a sus criados fue aprobada por el cien por cien de los votantes. Sin embargo, la propuesta de que el portero recibiese la citada

cantidad de oro no salió adelante, no fuese a ser que por pagar al conserje el alemán se echase atrás; tiene cojones la cosa. Entre los que votaron en contra estuvo nuestro querido vecino del segundo, para sorpresa del pobre Rafa que en aquel momento guardaba el secreto del botín que el dueño del 600 trajo de Ávila.

Mateo Lerner vino al día siguiente para conocer si era aceptado o no en nuestra comunidad y se le dio luz verde para que comenzase la mudanza en cuanto él estimase oportuno. Se le indicó que ocuparía los dos pisos de la tercera planta, ya que uno era de la difunta señora Vicenta y el otro de los que acababan de marcharse a la ciudad de las murallas. El antiguo bróker recibió la noticia con alegría y no dudó en abrazar a mi padre adoptivo, que fue el que le comunicó lo acordado por la junta.

Aquella misma tarde apareció con su familia, convocando a los vecinos en la portería. Después de presentar a sus acompañantes, dio un pequeño discurso de agradecimiento por haber sido acogido en la comunidad y acto seguido empezó a repartir el oro. Creo que con aquel gesto quiso dejar claro que era un hombre de palabra y que, como tal, estaba dispuesto a cumplir lo prometido. Los propietarios se fueron poniendo delante del millonario y, tras darles un apretón de manos a ellos y dos besos a ellas, les acercaba con la mano un pequeño saquito que contenía el pago acordado. Cuando me tocó el turno a mí, el hombre se mostró un tanto confundido ya que dio por sentado que un servidor pertenecía a alguna de las familias de la comunidad y que, por consiguiente, no me correspondía un saquito de aquellos. Después de que Servando le explicase mi situación, Mateo me dio el oro como a todos los demás.

Rafa y Milagros se pusieron a la cola y, tras presentarse ante el señor Lerner como los porteros del bloque, este les hizo entrega del oro sin hacer ninguna objeción. Y yo bien que me alegré por ellos.

Capítulo 45. Historias de brókeres

Quique era un muchacho alto y rubio. Un chico de aquellos a los que se les notaba su paso por el colegio privado — bilingüe por supuesto— y que ya habían pisado la universidad, igualmente exclusiva y carísima. La llegada del Día Cero había truncado sus estudios en económicas, así como un futuro prometedor en la agencia que regentaba su padre. Sus genes germánicos habían trabajado la fisonomía de su rostro regalándole además unos ojos azules como el cielo. Fuerte y atlético, se le notaba que, aunque había pasado calamidades y hambrunas en aquellos tiempos, estas debían haber sido menos severas que las que nosotros sufrimos.

Se convirtió en mi amigo. En circunstancias normales eso hubiese sido bastante improbable debido a la diferencia de edad y de posición social.

Me contaba historias que me resultaban fascinantes: fiestas universitarias plagadas de chicas guapas y música a todo trapo, discotecas a las afueras de la ciudad donde acudía en el deportivo que le regalaron sus padres cuando cumplió los dieciocho, motos de gran cilindrada conducidas a toda velocidad por aquí y por allá y demás divertimentos que para este pobre diablo eran simplemente ciencia ficción. Lo que más me seducía era conocer el mundo universitario así como los detalles de la carrera que había iniciado y que, aseguraba, ansiaba retomar en cuanto todo volviese a la normalidad. Incluso lo acompañé en su primera guardia en la azotea, entusiasmado como estaba con las historias de mi nuevo compadre y con la ansiedad del que espera escuchar algo nuevo que oxigene la monotonía en la que estábamos instalados. Attendía a sus explicaciones deslumbrado por el mundo laboral en el que, aseguraba, ya había tenido ocasión de incorporarse de manera ocasional.

—Es un mundo extraño, Andrés —me dijo.

—¿Extraño?

—El mundo de los brókeres..., ya sabes, como mi padre.

Fabulaba sobre lo que vio en la agencia aquel verano que estuvo echando una mano en el negocio familiar. Contaba la vida, desordenada y caótica, de la

gente que se dedicaba al mercadeo en las diferentes bolsas del mundo.

—No tienen horarios definidos, ¿sabes? Se rigen por la apertura y el cierre de las bolsas internacionales.

Narró la vida de varios de los empleados de la agencia, casi todos separados de esposas o maridos hartos de las ausencias —insoportables y continuas— en sus hogares. También de las muchas adicciones a las drogas para soportar el ritmo que imponía la profesión.

—¿Y tú quieres ser eso? ¿Quieres vivir así? —pregunté tratando de entender por qué aquella vida le resultaba tan atractiva.

Pero Quique era ambicioso. Añoraba el tiempo en el que el mundo era normal y solo repetía que, en cuanto esto volviese a ser como antes, regresaría a la universidad para terminar sus estudios y así convertirse en el mejor empleado de su padre. Incluso me habló de abrir una agencia en China, que era el país donde podían hacerse negocios importantes de verdad.

La cuestión era que desde que la familia Lerner se instaló en nuestro bloque de viviendas no me despegué de Quique. Para mí era como un hermano mayor que debía advertirme sobre lo que yo estaba en ciernes de descubrir. Mi pensamiento era una estupidez —ahora lo veo mucho más claro—, pero en aquel momento he de admitir que su verborrea me hipnotizó e incluso me llegó a contagiar la esperanza de que pronto todo volvería a la normalidad. Digo que era una idiotez porque el mundo que él descubrió a mi edad nada tenía que ver con el que yo estaba viviendo: no había escuela y tampoco universidad, no había sitios donde trabajar y tampoco donde divertirse, todas las profesiones se habían ido al garete desde el mismo momento en el que desapareció la electricidad de nuestras vidas, a excepción de las profesiones tradicionales que no necesitaban de tecnología para su desarrollo. Por tales razones, pensar que lo que ese muchacho me fuese a anticipar sobre mis experiencias venideras era agarrarse a un clavo ardiendo, sí, y por ese motivo, por las ganas de escuchar algo nuevo y esperanzador, me hizo despegarme de la realidad que hasta aquel momento no se había separado jamás de mí.

Así pasamos varias semanas donde íbamos de un lado a otro siempre juntos.

Tanta afinidad desencadenó en un problema con Lucía, que se quejaba constantemente de que ya no la atendía. Y algo de razón no le faltaba, aunque esto no era del todo cierto: seguía acompañándola en sus guardias y continuábamos teniendo nuestros encuentros en mi alcoba, pero a mi vecina parecía no satisfacerla por completo. Renegó de la nueva familia que

habíamos acogido y no dudó en tachar a cada uno de sus miembros de engreídos y estirados.

—Ese es un chulito de los que se cree mejor que los demás —dijo refiriéndose a Quique—. Un payaso y un niño de papá —añadió, terminando de manifestar su desprecio hacia mi nuevo amigo.

—No lo juzgues, no lo conoces.

—Con verlo me sobra. A él y a toda su familia.

La verdad es que no terminaba de entender aquella animadversión hacia Quique. En otra época me hubiese jugado mi mano derecha a que ese guapito con moto era el prototipo de hombre que le gustaba a Lucía, sin embargo, a ella parecía producirle náuseas la simple presencia de nuestro nuevo vecino.

En su momento ya me percaté de que, desde que Mateo Lerner se presentó con su *troupe* en el portal, Lucía miró recelosa al hijo varón del matrimonio.

Capítulo 46. El más amargo

Tal vez este sea uno de los capítulos más amargos de la historia que pretendo contar. Quiera Dios que tenga suficiente tiempo para terminar estas memorias antes de ver a mi verdugo en el cadalso.

Yo estaba a punto de cumplir diecisiete años y tenía cierta ilusión por celebrarlo. Dentro de la miseria que estábamos viviendo, un servidor se consideraba relativamente afortunado. Bien es cierto que añoraba, y añoro, a mis padres, pero al menos Román y Sonsoles me cuidaban como si yo fuese su propio hijo. Esa es la verdad y quede aquí reflejada para todo aquel que lo lea. Aparte de unos progenitores adoptivos, también contaba con un amor al que entregarme y un nuevo amigo con el que compartir cosas de chicos.

La rutina continuó siendo tediosa y monótona, como lo fue siempre. Con la llegada del termo que trajo la familia Lerner tuvimos que asumir la nueva tarea de subir agua hasta la azotea todos los días. También es verdad que aquel maravilloso artilugio calentaba el agua y que nuestro aseo mejoró de manera considerable. Agradecemos la aportación que hizo el millonario a la comunidad, así como el esfuerzo de nuestros vecinos —en especial a Servando—, que realizó la instalación del cacharro en lo alto del edificio. Se aprovechó el inútil cuarto de máquinas del ascensor para instalar en él la ducha comunitaria que nutría el calentador de placas solares.

Aparte de eso, las estufas que también se incorporaron con los nuevos inquilinos, mejoraron la estancia en las zonas comunes, por lo que puedo concluir que la llegada de los hispano-alemanes mejoró nuestras vidas.

Habían transcurrido pocos meses desde que Mateo, Sonia, Quique y Claudia Lerner se acomodaron en el bloque de pisos y yo me encontraba relativamente conforme con mi vida actual. Poco sabía lo que estaba a punto de descubrir y también todo lo que posteriormente se debería desencadenar como consecuencia de tal hallazgo.

Espero que el recuerdo no me nuble la razón y que así pueda quedar plasmado de manera diligente lo que en aquel entonces aconteció.

Estaba cumpliendo con mi turno de vigía, como tantas otras veces. La primavera se asomaba incipiente, así que las noches empezaban a ser mucho más suaves y también más cortas. Oteaba el horizonte despreocupado con mi porvenir y únicamente empleaba algo de mi tiempo en pensar cómo podía contar a Román y a Sonsoles que tenía una relación seria con su hija. La verdad es que esa era la única cuestión que me inquietaba en cierta manera, aunque algo me decía que la noticia no pillaría por sorpresa al matrimonio. Pensaba comunicarlo en la celebración de mi cumpleaños, siempre que convenciese primero a Lucía de ello, claro está.

Y en eso gastaba mis horas mientras miraba con los prismáticos aquí y allá en la profundidad de la ciudad. Los gritos y golpes que se escuchaban de madrugada ya no nos alteraban a ninguno de nosotros. Los estruendos eran parte de la banda sonora de las noches de Madrid, una sinfonía cruel que por repetitiva no se le prestaba ya mayor atención.

Esa fiesta de cumpleaños, en la que daría anuncio de mi relación con Lucía, debía ser perfecta. Incluso tenía pensado inaugurar el saquito de oro que me dio Mateo Lerner para comprar algo de carne y vino con la finalidad de animar la celebración. Diecisiete años, tal vez en breve pudiese llamar al Padre Inocencio para que oficiase un casamiento.

Tomé la infusión del puchero que se acomodaba en la fogata de la azotea y creo que eso fue lo que me soltó el estómago. Estando la noche tranquila como estaba, decidí bajar a mi casa para sentarme en la taza del váter, en vez de hacer uso del orinal que teníamos en el puesto de guardia. Sabía que estaba prohibido, ya que no se podía abandonar el lugar de vigilancia, y de ser así — solo por motivo de fuerza mayor— había que hacer sonar la *vuvuzela* para que el vigía fuese sustituido. Las normas eran claras y fue el mismo Román el que, en su momento, las escribió para después pegarlas por las paredes de las zonas comunes.

Pero aquella noche decidí saltarme la norma y bien que me pesará toda la vida.

Era muy joven y sabía que la «operación» no me llevaría más de un par de minutos así que, ni corto ni perezoso, bajé las escaleras que conducían a mi casa.

Y fue allí, en la misma cama donde mis padres dormían cuando vivieron en aquel piso, en el mismo colchón donde compartí mi amor con Lucía, precisamente allí, donde la encontré cabalgando encima de mi nuevo amigo. Y en esa misma alcoba, en la que había desnudado mis secretos más íntimos y

mis anhelos más profundos, donde mi corazón se partió en mil pedazos y mi mundo se vino abajo. Y en mi habitación contemplé atónito cómo Lucía y Quique se vestían precipitadamente para desaparecer de mi vista de inmediato. Los oídos se me taponaron y sus labios se movían nerviosos, pero yo no escuchaba nada. Y sentí el calor del interior de mi cuerpo derramarse por mis piernas hasta los tobillos. Y mi vida se convirtió en una mierda desde ese preciso instante, por lo que también, en aquel justo momento, fui consciente de lo importante que era cumplir las normas, que para algo estaban escritas.

Nunca debí abandonar el puesto de guardia. Nunca debí enamorarme de ella. Nunca debí ofrecerle mi amistad a él. Tal vez nunca debieron caerse los aviones del cielo.

Capítulo 47. Enfermo

Aquella noche terminé mi turno de guardia y nadie se enteró de lo que había ocurrido en el interior de mi piso. Pero al día siguiente un mal se introdujo en mi organismo y me postró en la cama durante un par de largos meses. Supongo que las puñaladas en el alma las sufre el cuerpo de igual manera que este se beneficia de los placeres del amor.

Me dolía todo mi ser y de manera continua sufría jaquecas muy intensas. Vomitaba lo poco que comía y mi cuerpo, flaco y esmirriado como ya era, se tornó en un lamentable saco de huesos.

Hoy tengo que decir que le debo la vida a mi madre adoptiva. La pobre Sonsoles me cuidó sin descanso durante toda aquella temporada y también se ocupó de conseguir un médico que me curase. El doctor me visitó en varias ocasiones, aunque nunca llegó a entender qué era lo que me pasaba para presentar semejante cuadro clínico. Al principio sospechó de una gripe un tanto virulenta para más tarde cambiar su diagnóstico por el de una intoxicación. Me analizaron sangre, orina y heces, si bien no consiguió saber cuál era realmente el mal que me afligía. Más tarde empezó a sopesar la probable invasión de un parásito ya que perdí todo el pelo, así que el facultativo volvió a recoger muestras para analizarlas. El médico argumentó que, debido a los medios con los que se contaban en la actualidad, la analítica no profundizaba «ni de lejos» como lo hacía antes de la debacle del Día Cero. Analizó y estudió al completo mi organismo y me mandó varios tratamientos ante la corazonada de que tenía «esto o aquello».

La vergüenza se apoderó de mí y me sentía incapaz de contar a nadie lo que había presenciado la noche de mi última guardia. Mis vecinos —lo sé porque oía sus comentarios detrás de la puerta de mi alcoba— se preguntaban qué me sucedía y sus murmullos apagados parecían hablar de un difunto en vez de un vivo.

La gente del bloque se pasaba a visitarme deseándome una pronta recuperación, ajenos a mi intención de dejarme morir. Tuve que soportar, incluso, la visita de la familia Lerner, Quique incluido. Expresaron el mejor de sus deseos y me consta que el padre del clan hispano-alemán costeó parte de

mi tratamiento. Guardé silencio aguantando impasible las palabras de aliento que me dedicó mi antiguo amigo. No me costó demasiado, porque ya estaba acostumbrado a disimular cuando venía a visitarme Lucía acompañando a su madre.

Estuve muy malo, créanme, tal es así que puedo asegurar que golpeé con mis nudillos las puertas del infierno. Lo notaba porque mi cuerpo cada vez se hundía menos en el colchón sobre el que reposaba. En aquel momento tenía mis dudas sobre la gravedad de mi estado, tal y como el obstinado médico trataba de hacer comprender a la pobre Sonsoles, aunque fue la visita del Padre Inocencio la que me abrió los ojos acerca de la gravedad de mi enfermedad.

Me desperté del sopor en el que me encontraba inmerso de manera constante y vi al párroco sentado junto a la cabecera de la cama, entre sus manos sostenía un par de estampas. Su imagen, con el hábito negro y el alzacuellos blanco, me sobresaltó. Se apresuró a tranquilizarme diciéndome que la suya era una visita como la de cualquier otro amigo y que no había venido en calidad de sacerdote. Me habló del mundo y de las penurias que estaba pasando la sociedad, de Dios y de su hijo Jesucristo, de la vida después de la muerte y de todas esas cosas de las que siempre hablan los curas. De una forma muy elegante me invitó a confesarme y entonces le conté lo del camión militar y lo de aquel desalmado al que le atravesé el cuello con un trozo de hierro. También le conté lo de la muchachilla que incluimos en el trato del cordero y lo de la sisa de oro que les hicimos a los vecinos. Le relaté el chantaje que le hice a Antolín y lo de mis relaciones sexuales con Lucía. También le dije que mi intención era haberlo visitado para pedirle que me casase con ella y a él le pareció buena idea. La cara del párroco se iba poniendo pálida por momentos, sorprendido como estaba, ante tanta miseria relatada por un chico que acababa de cumplir los diecisiete años, pero fue él el que me pidió que le contase mis pecados y así lo hice. Realizó delante de mí la señal de la cruz con su mano derecha y también me ungió la frente con un unguento extraño musitando palabras en latín. Cuando el cura estaba a punto de salir por la puerta lo reclamé de nuevo y el hombre volvió a ocupar la silla al lado de mi cama: se me había olvidado meter, en mi cuenta de barbaridades cometidas, el ametrallamiento con el que castigué al vehículo que acosó a mis vecinos unos cuantos meses atrás y, ya de paso, aproveché para desahogar aquella canallada de no levantar la mano cuando votamos si le dábamos un par de botes de alubias a la señora Vicenta y que, *a posteriori*, desencadenó su

suicidio. El religioso se persignó una vez más y volvió a repetir el protocolo de las cruces, los ungüentos y las aguas benditas. Y así me quedé aliviado pensando que en cuanto falleciese tal vez podría encontrarme con un mundo algo mejor que aquel que estaba a punto de abandonar.

Días después empeoré y comencé a sufrir alucinaciones. Escuchaba la voz de mi madre entre sueños y en más de una ocasión llegué a ver a mis progenitores sentados a los pies de la cama. Aquello me asustaba sobremanera porque nunca supe si fue producto de mi imaginación o si mi cercanía con la muerte me había otorgado la facultad de ver a los que no pertenecían al reino de los vivos. También vi a la señora Vicenta en dos ocasiones, aunque ella no decía nada en sus visitas y solo se dedicaba a sentarse a mi lado con un rosario entre las manos. Mis padres eran más pesados que la difunta vecina y recuerdo a mi madre repitiéndome machaconamente que comiese sin rechistar lo que me traía Sonsoles.

Hablaba con ellos y les preguntaba sobre su viaje a Nueva York, además de la suerte que habían corrido, pero parecían ignorar mis palabras. Después me despertaba sobresaltado, envuelto en sudores, para descubrir que en la habitación solo me acompañaba la madre de Lucía.

Sé que rezó mucho por mí y también notaba que con mi declive la mujer se marchitaba. Mi enfermedad la estaba afectando y prueba de ello eran las dos bolsas púrpura que emergieron bajo sus ojos.

Una de otras tantas noches, mientras me acariciaba la frente sin descanso para consolarme, mi vecina rompió a llorar impotente.

—¡Por Dios, Andrés! ¡Dime qué te pasa! —imploró con vehemencia.

Yo no decía nada porque me veía incapaz de asestarle, con mi confesión, semejante golpe a esa mujer que se desvivía por mí. Pero era la madre de Lucía y, de igual manera que su hija siempre me manipuló para que le contase todos mis secretos, Sonsoles empezó a indagar con preguntas sobre el origen de mi mal.

—Tu madre no me perdonará si te dejo morir. Me encargó que te cuidase y..., ¡mírate!

Y la esposa de Román sollozaba sin consuelo mientras yo aguantaba el secreto que sabía debía llevarme a la tumba.

Insistió e insistió un día detrás de otro y llegó un momento en el que pensé que aquella santa mujer no tenía ninguna culpa sobre lo que había pasado, así

que decidí desahogarme contándole todo.

Obviamente omití en mi testimonio la escena con la que me topé la madrugada de mi desengaño y simplemente dije que me enteré de la aventura de su hija con el nuevo inquilino, omitiendo más detalles.

Sonsoles enmudeció y durante varios días se mostró menos habladora que de costumbre. Nunca llegué a saber si le incomodó enterarse de mi relación con Lucía o si sentía algún tipo de vergüenza sobre lo que había ocurrido. Jamás me lo confesó, pero de lo que estoy seguro es que gracias a su esfuerzo pude salir adelante.

El desahogo pareció sentarme bien. A partir de aquel momento, y después de superar varios días en los que Sonsoles se mostró menos comunicativa, la madre de Lucía empezó a realizar conmigo un trabajo más enfocado a mi maltrecha psicología. Yo sabía que ella había cursado estudios en esa ciencia, aunque creo que nunca llegó a licenciarse. Sea como fuere, la mujer mantenía larguísimas charlas conmigo y, de vez en cuando, se añadía a la terapia una antigua compañera suya que sí consiguió colgar el diploma en la pared de su despacho.

Desde ese momento, Lucía no volvió a asomarse por la habitación, al igual que mi querido vecino Quique, que ya no se sumaba a las visitas que su familia me hacía de cuando en cuando. Sonsoles trazó un cerco protector a mi alrededor en el que alejó las evocaciones al choque emocional que sufrí, o eso al menos fue lo que me explicó cuando le pregunté por la ausencia de su hija en mi casa.

Poco a poco fui ganando algo de peso e incluso conseguí dar varios pasos sin la ayuda de nadie. Paulatinamente fui recuperándome y aquellas charlas me ayudaron a afrontar el futuro con una nueva esperanza. Tal fue así que llegó un momento en el que logré apartar de mi mente a esa mujer que me había hecho tanto daño, o al menos eso creía yo.

Los días pasaban y sorprendentemente el saco de huesos iba ganando fuerzas e ilusión por vivir. El trabajo de las psicólogas fue dando resultados y bien se reflejaba en mi ser y en mi espíritu. Recobré energía suficiente hasta que llegó el día en el que crucé la puerta de mi casa para subir al antiguo cuarto de máquinas a darme una ducha.

Habían pasado varios meses desde que sufrí el desengaño y mi recuperación ya era un hecho constatable. Tal era así que la pobre Sonsoles ya

no permanecía en el sillón para velar mis noches. Débil aún, comencé a ejercitar las piernas y los brazos con las rutinas que me mandaron, pero lo más importante, lo que con más fuerza me estaba impulsando a salir de aquel agujero, se había comenzado a engendrar en mi sesera desde el día en el que decidí aferrarme de nuevo a este mundo.

Y aquella idea, a día de hoy y haciendo balance de todo lo que ocurrió, creo que no fue buena.

Capítulo 48. Leonardo

Lancé la moneda, la suerte estaba echada. Aquella pieza de metal, carente de valor desde que todo se vino abajo, decidiría mi futuro. Así de sencillo.

Era un euro italiano y durante mucho tiempo lo conservé como amuleto después de que me mostrase el destino que había planeado para mí.

Nada me apegaba a la comunidad en la que vivía. No podía soportar, ni tampoco quería luchar, contra el amargo sentimiento que me inundaba cada vez que la veía. No tenía sentido. Era hurgar en la herida que a punto estuvo de acabar conmigo. Pero si malo era encontrarme con Lucía, peor era cruzarme por las escaleras con Quique. Cada vez que esto sucedía, un calor me ascendía desde el estómago hasta la cabeza, engendrando en mi mollera los peores deseos que puede tener un ser humano. Luché porque no me afectase, pero no pude controlarlo. Lo curioso es que cuando estuve encamado podía disimular mi indiferencia hacia ellos y, aunque nunca fue una sensación agradable, el sentimiento nada tenía que ver con la furia que experimenté cuando ya me había recuperado. Lo que más me preocupaba era que, lejos de amainar, mi odio iba aumentando día tras día. Temí cometer una locura y, por este motivo, aceleré la puesta en marcha del plan que comencé a trazar cuando, aún enfermo, opté por continuar sobre la faz de este mundo.

Todo aquello que nos contó Román sobre la vida fuera de la ciudad tuvo mucho que ver en esa nueva etapa que estaba a punto de afrontar. ¡Bien sabía el padre de Lucía el peligro que conllevaba revelar lo que se habían encontrado en el pueblo de los suegros de Julián! Y por eso mismo, por no provocar un éxodo de los vecinos del bloque, el comisario nos hizo mantener el mismo silencio que habían jurado los componentes de la expedición que fue a Ávila. Si no emprendí mi camino entonces solo fue porque no quería separarme de mi amada.

Ahora que mi amor se había muerto; ¿qué me ataba a aquel lugar? Si ya había postulado para entrar en el más allá; ¿qué podía perder por intentarlo? Si mis padres ya no volverían al piso que habitaba; ¿a quién esperaba entonces? Si solo podía cometer un atentado contra alguien; ¿por qué

torturarme todos los días luchando por evitarlo?

A diferencia de Lucía yo sí tenía pueblo, sí tenía familiares que vivían fuera de Madrid y por lo tanto un lugar al que emigrar.

Mi abuelo, Lorenzo Caviedes, tuvo tres hijos: mi padre y mis tíos Ignacio y Joaquín.

El yayo era natural de Cantabria y, según me contó mi padre, fue un hombre que se hizo a sí mismo. Comerció con leche desde bien pequeño y, a base de talento, esfuerzo y sacrificio, consiguió un puesto importante en una empresa láctea con sede en Santander. Al tiempo lo destinaron a Madrid y allí conoció a mi abuela. En aquella época, el padre de mi padre, llegó a ganar un buen sueldo que, sumado a las comisiones por las ventas, hacía vivir a su familia de manera desahogada. Por desgracia nunca lo conocí ya que falleció antes de mi alumbramiento y, según mantuvo siempre mi padre, murió de pena ya que jamás superó la pérdida de su mujer.

Sea como fuere, el abuelo Lorenzo pudo pagar estudios universitarios a sus hijos, así que mi padre finalizó una ingeniería aeronáutica y mi tío Ignacio otra en navales, sin embargo, Joaquín decidió no estudiar absolutamente nada. Mi padre encontró trabajo antes de terminar la carrera y tuvo un buen puesto en una empresa al sur de Madrid. Mi tío Ignacio, el más inteligente de los hermanos —decía siempre mi madre—, se marchó conforme terminó sus estudios a Alicante, reclamado por un astillero. Nacho, que era como todos lo llamábamos, era una persona correcta y amable a partes iguales. Cuando fuimos a visitarlo, algún que otro verano, siempre nos quedábamos en su casa, que era grande y miraba hacia el mar. Era un chalet instalado en Torrevieja. Contaba con una gran parcela y también con piscina, porque él siempre decía que prefería bañarse en agua dulce. Le gustaban las motos y los coches y nunca perdía la oportunidad de darnos una vuelta en el precioso descapotable que guardaba con mimo en el garaje.

Mi tío Joaquín, el más pequeño de los tres hermanos, no destacó por su currículum estudiantil. Los libros nunca se le dieron bien y mis abuelos lo apabullaron comparando sus lamentables resultados académicos con los de sus dos hermanos mayores. «Los abuelos lo agobiaron demasiado», decía mi progenitor cuando salía el tema a relucir y después añadía que, si no se le hubiese presionado tanto, al menos podría haber logrado algún tipo de título, «alguna profesión». Así que el benjamín de la familia terminó a duras penas los estudios básicos y después estuvo dando bandazos de aquí para allá. Un

verano, cuando tenía solo dieciocho años, se fue a pasar el mes de agosto a casa de sus abuelos, en Cantabria, y allí se enamoró de la que al poco tiempo se convertiría en su mujer.

Mi padre contaba aquella historia como una auténtica revolución que sacudió, de manera extraordinaria, la tranquila, cabal y ordenada vida de su familia. «¡El chico, que dice que no vuelve a Madrid!», recitaba mi padre simulando la quejicosa voz de la abuela. Efectivamente; Joaquín comunicó su decisión de establecerse en Cantabria por teléfono, con dos cojones. Dijo que no quería separarse de la muchacha que había conocido aquel verano y, como no podía ser de otra manera, la noticia fue una bomba en el seno de la familia Caviedes. El abuelo prometió a su mujer que él mismo lo traería de la oreja de vuelta a Madrid y que también lo haría olvidarse de aquel amor de verano. Pero cuando regresó del norte, a los dos días, el asiento del acompañante del coche de Lorenzo no tenía encima las posaderas del desertor. Joaquín había encontrado en su abuela a un aliado inexpugnable ante las pretensiones del comerciante de lácteos, así que no les quedó más remedio que aceptar a regañadientes la decisión de mi tío.

Joaquín era un hombre sencillo, agradable y mucho más bromista que sus dos hermanos. Era cariñoso y familiar, y le encantaba celebrar todo con una botella de buen vino encima de la mesa. Contaba historias jocosas, un tanto picantes, y alrededor suyo parecía no existir el aburrimiento. Su casa miraba a la playa, si bien es cierto que ese mar era muy distinto al que se divisaba desde el chalet de mi tío Ignacio.

Cuando fuimos a visitarlo a Comillas también nos alojamos en su vivienda, aunque esta distaba mucho del tamaño de la de Nacho. Trabajaba como empleado en un barco pesquero que tenía el puerto de atraque en la misma localidad costera. La última vez que lo vimos nos enseñó una pequeña barca de recreo que se había comprado y un día por la mañana nos llevó de pesca a bordo de su nueva adquisición. Esa jornada la recuerdo más por las preciosas vistas que por las capturas, que creo recordar fueron más bien escasas. Era la primera vez que un servidor veía la costa desde el interior del mar y ese día, soleado y ausente de nubes, contemplé el pequeño pueblo desde donde partimos arropado por un manto de montañas verdes. En un plano más alejado una cordillera rocosa se levantaba imponente por encima de los prados y le confería a la estampa una belleza sin igual.

La moneda giraba en el aire, suspendida, burlándose de la fuerza de la

gravedad durante unos segundos y elevando mi pulso ante la decisión que el trozo de metal tenía que tomar acerca de mi destino.

Busqué en las librerías de mi casa algún tomo que me pudiese indicar la distancia desde Madrid a las respectivas viviendas de mis tíos. Finalmente encontré una vieja guía de carreteras entre tomos dedicados a distintas ciudades del mundo. Hubiese sido mucho más fácil haber consultado ese dato con la ayuda de las antiguas aplicaciones de nuestros teléfonos móviles, esas en las que solo había que poner el sitio de origen y el de destino para conocer la respuesta en un par de segundos. Pero ya no había nada de aquello y no quise plantear la cuestión a ninguno de mis vecinos, celoso como estaba con el secreto sobre mi abandono de la comunidad. En ese momento fui consciente del valor que tenían los documentos impresos en papel, en la importancia del conocimiento plasmado sobre hojas y no en los soportes digitales que se desvanecieron como un castillo de naipes de un día para otro.

La guía de carreteras tenía en sus páginas iniciales un curioso cuadro de distancias entre las capitales de España. Arcaico como era, el tomo solo facilitaba los kilometrajes entre esas ciudades y no entre todos los pueblos que conforman el Estado. Debo decir que mi idea era ir al destino que menos distara desde Madrid, ya que no tenía especial predilección por ninguno de mis tíos. Pero al final lo tuvo que decidir la dichosa moneda porque a Santander indicaba 422 kilómetros y a Alicante solo un kilómetro menos.

Miré asombrado, varias veces he de confesar, el cuadrante en el que se fundamentaba la guía para reflejar las distancias, incrédulo como quedé ante la coincidencia con la separación de mis dos posibles destinos. Sí, aquel libro patrocinado por una compañía petrolera no tenía la más mínima intención de decidir mis pasos. Miré el mapa tratando de escudriñar cómo de lejos estaban las capitales de esas provincias de los pueblos donde vivían mis tíos, pero después de varias horas de cálculos absurdos e hipótesis trasnochadas me di por vencido. Entonces cogí de un cajón la moneda.

El metal acuñado me mostró al Hombre de Vitrubio, de Leonardo da Vinci. Tal vez fue casualidad, tal vez fue el destino, pero aquel dibujo lo vi una vez en una exposición que se celebró en el pueblo cántabro de mi tío Joaquín. Ese lienzo, amarillento y envejecido, fue el que se estampó en la cartelería del evento y se pudo ver durante varios días por todas las calles de la localidad.

La moneda impactó contra el suelo y seguidamente rodó por las baldosas

mostrándose esquiva a revelarme su veredicto. El mapa de Europa debía guiar mis pasos hacia el sur; el cuerpo de proporciones perfectas plasmadas por el genio italiano me enviaría camino del mar cantábrico. El rodar de la pieza se extinguió coincidiendo con el golpe seco contra el rodapié del salón e inmediatamente el ruido cambió al temblequeo —lento al principio y nervioso al final— que emitió la moneda al asentarse sobre una de sus caras.

Acerqué mis pasos hasta donde se había quedado inerte el euro y cogiendo aire profundamente miré al suelo para ver su decisión final. Y las ocho extremidades del hombre desnudo me empujaron hacia el norte de la península.

Capítulo 49. Román

Salí del edificio sin mirar hacia atrás, ignorando el reclamo del vigilante que sorprendido me había contemplado atravesar el portal.

—¡Andrés! ¿Qué haces?..., ¿dónde vas? —preguntó el pobre Servando al verme aparecer con mi bicicleta en su puesto de guardia.

Pero no le contesté. Ajeno a su requerimiento me afané en retirar la tranca que bloqueaba la puerta para escapar de allí.

—¡Andrés! ¿Me has escuchado?..., ¿dónde vas?..., ¿qué te pasa?..., ¿te has vuelto loco?

Y el ingeniero obtuvo mi silencio por respuesta. Nunca tuve nada contra él. Lejos de pretender faltarle al respeto, mi negativa a comunicarme con el hombre solo estaba motivada por la urgencia de la escapada. Nada más que puedo tener buenas palabras para mi antiguo vecino del primero, pero no me veía con fuerzas de explicarle que pretendía marcharme para no volver jamás.

Aproveché los primeros rayos de luz para emprender mi huida y así evitar que todo el bloque de pisos se enterase de ello. Prefería que la noticia se conociese cuando ya hubiesen pasado unas cuantas horas desde mi ausencia, más cuando había dejado una cuenta pendiente en el sitio que abandoné.

Sí, debe quedar aquí escrito: robé el oro que guardaba Antolín en su casa. Lo hice cuando ya tenía todo preparado para largarme camino del norte y, debo añadir, que mi descaro en hacerlo fue tan grande que aún me alegro de que mi vecino no me sorprendiese dentro de su vivienda. Entré forzando la cerradura con un destornillador. Metí la punta de la herramienta entre el marco y la puerta, después apalanqué en diferentes direcciones para liberar el resbalón. Afortunadamente Antolín no había asegurado el bloqueo girando la llave desde el interior de la vivienda y la puerta se abrió con facilidad.

Fue una suerte que no me pillase husmeando en su casa. Para ser honestos entré dispuesto a clavarle el destornillador en el caso de que me sorprendiese allí dentro, tanto odiaba a ese cabrón. Pero no fue así y me alegro por ello.

La cuestión era que yo había planificado mi marcha a tierras cántabras tal y como había decidido el euro italiano. Calculé que llegar a casa de mi tío no me llevaría más de diez jornadas estando yo poco acostumbrado a montar en

bici como estaba. En mis cábalas llegué a la conclusión de que los cien gramos de oro, que todavía conservaba intactos desde que me los diera Mateo Lerner, no serían suficientes para sufragar mi viaje. Por ese motivo decidí que robarle a un ladrón no sería tan mala cosa si ello conseguía lograr mi propósito.

Envolví concienzudamente en bolsitas de plástico todo el oro que conseguí para huir de Madrid y, después de embadurnarlas con jabón, me las introduje por el recto, una a una, para burlar así a los asaltantes que pudiera encontrarme por el camino. También guardé una pequeña cantidad en mi bolsillo con el único objetivo de satisfacer al maleante con el que pudiese topar.

Me subí en la bici y comencé a pedalear en medio de la calle desierta. La ciudad se despertaba y el habitual sonido de gritos y detonaciones que se escuchaban de madrugada ya se había acallado. Le daba vueltas a la cabeza pensando en lo que dejaba atrás y mi conciencia me recriminaba la traición que estaba cometiendo contra mis padres adoptivos. El corazón se me ennegrecía sabedor del dolor que mi huida iba a producir en ellos. Bien sabía todo aquello y muy consciente era de ese particular porque Román habló conmigo dos días antes de abandonar Madrid.

—Andrés —dijo el comisario, cabizbajo—. No sé exactamente qué es lo que te pasa. Sonsoles no quiere contarme nada..., Lucía tampoco.

El hombre me sorprendió cuando subía del trastero donde yo estaba preparando las cosas para mi expedición. No supe qué decirle e intenté esquivarle para encerrarme en mi casa pero él, paternal, me sujetó del hombro.

—Dime, ¿qué te pasa?

—Nada —contesté.

Me miró preocupado con la misma gravedad en sus ojos con la que solicitaba respuestas desde que caí enfermo. Guardó silencio durante unos segundos, creo que sopesando cómo convencerme para que le confesase mi pesar.

—Andrés, no sé qué te pasa, pero creo que tiene que ver con mi hija, ¿me equivoco?

Yo mantenía avergonzado mi mirada clavada en el suelo. Incapaz de articular palabra respondí con mi silencio.

—¡Lo sabía!... ¡Lo sabía! —protestó con furia.

Levanté la cara para mirar a mi vecino y descubrí sus ojos amenazantes de lágrimas. La imagen de aquel hombre, implacable y seguro de sí mismo como era, a punto de llorar me conmovió.

—No pasa nada, Román. No tienes nada de qué preocuparte —y me zafé sutilmente de su mano para continuar con mi ascenso por las escaleras.

Cuando llegué al rellano me percaté de que el padre de Lucía no había dado por concluida la conversación, por eso siguió mis pasos, y cuando abrí la puerta se introdujo en el piso conmigo.

—Andrés..., no conozco exactamente qué es lo que ha ocurrido entre mi hija y tú. Supongo que..., erais novios o algo así..., ¿verdad?

Lo contemplé en su desesperación por entender todo aquello, pero no contesté a su pregunta.

—Mira..., yo ya había notado que había algo entre vosotros, pero déjame que...

—Ya no importa, Román —interrumpí.

—¡Sí importa! —protestó.

—Ya no importa..., da igual. ¡Ya es pasado!

—¡Déjame que te hable! ¡Déjame que te explique algo! —gritó zarandeándome de los hombros.

Inmediatamente se dio cuenta de la vehemencia de su gesto y noté cómo le embargó la vergüenza. Agachó la cabeza y continuó con su exposición.

—... Andrés, eres muy joven y tal vez este ha sido tu primer desengaño. Lo siento de veras. Y siento que haya tenido que ser precisamente con mi hija, pero déjame que te diga que no es el fin del mundo, aunque ahora lo parezca.

Las palabras sonaron sinceras y removieron mi interior. Un nudo atenazó mi garganta y lo apretó tan fuerte que las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Él se acercó y me abrazó.

—No sé lo que estarás tramando, Andrés. No quiero que hagas ninguna tontería —dijo acariciando mi cabeza—. No soportaría que te pasase algo..., para mí..., y para Sonsoles..., eres como nuestro hijo —añadió.

Y mi llanto brotó con más fuerza al oír aquellas palabras.

—No tienes de qué preocuparte, Román. No tramo nada —susurré cuando me vi con fuerzas para hablar.

Pero el padre de ella era comisario de policía y sabía detectar las mentiras. Lejos de darse por vencido, continuó indagando para ver si en algún descuido yo le confesaba mi plan secreto.

—Andrés, tienes que prometerme que no vas a hacer ninguna tontería...

—Prometido —mentí levantando la mano derecha para hacer más creíble el embuste.

—No, Andrés —replicó irritado—. No se trata de pronunciar una palabra vacía. Se trata de un juramento que te compromete conmigo y con tu madre..., con Sonsoles quiero decir.

Al ver que Román no me iba a dejar tranquilo hasta que articulase algo que le diese cierta garantía, me giré y lo miré a los ojos. Volví a repetir el gesto con mi mano, pero esa vez la levanté hasta que se situó a la altura de mi cabeza. Guardé silencio antes de hablar y esto le otorgó a la escena la solemnidad necesaria para que Román confiase en mi calumnia.

—Román; juro por mi honor y por el de mis padres, donde quiera que estén, que no voy a cometer ninguna locura y que únicamente me dedicaré a recuperarme para poder realizar las tareas y obligaciones de esta comunidad de manera satisfactoria.

El policía me abrazó después del juramento y volvió a repetirme aquello de que no soportaría que me sucediese nada. Y mi alma se ensució un poco más aquel día.

Mis piernas pedaleaban alejándome de ese recuerdo, abandonando cobardemente al matrimonio que tanto me había cuidado durante esos años. Me distanciaba, imaginando a Sonsoles leer la nota que metí por debajo de su puerta en la cual agradecía todo lo que habían hecho por mí. Cada metro que me separaba del bloque minaba mi moral al pensar en cómo soportarían la lectura de mi manuscrito, ese en el que también había confesado el robo en la casa de Antolín. La vergüenza era el único motor que me ayudaba a salir de la ciudad y mi temeridad de adolescente hacía que viese posible alcanzar mi destino.

«No pares..., no mires atrás. Jamás volverás a tu casa», sonaba en mi cerebro. «Huye..., huye de aquí, no pares», y las dos ruedas cogían velocidad abriéndose paso por las calles de Madrid alejándome de mi anterior vida. «¡Corre... corre! ¡Este ya no es tu sitio!»

Y cuando ya había doblado varias esquinas y mi corazón parecía volver a recuperar la serenidad, fue en ese momento cuando escuché una voz que heló mi sangre y sacudió mi espíritu de arriba a abajo.

Capítulo 50. Gas

No quise mirar atrás. Ese escalofrío que sentí al oír su voz me impidió hacerlo. Opté por desentenderme del reclamo y continuar con el camino que había emprendido, pero mi nombre sonaba en la calle una y otra vez, atormentándome.

—¡Andrés!... ¡Andrés!

Era imposible, ¿sería producto de mi imaginación?

—¡Andrés, por favor!

Aceleré con la esperanza de dejar de escuchar aquella tortura, pero no lo conseguí, mi determinación se dobló. Giré la cabeza y la vi encima de una bicicleta avanzando detrás de mí. Siempre hizo conmigo lo que quiso y aquella vez no iba a ser una excepción. Mi corazón volvió a dar un vuelco, igual o muy similar al que experimentó la primera vez que me encontré con ella en el rellano de las escaleras, siendo ambos unos niños. Ahora su rostro estaba congestionado por el esfuerzo realizado para darme alcance, sin embargo, estaba preciosa.

—¡Andrés! —repitió una vez más cuando se situó a mi rueda—. No te puedes marchar dejándome aquí, sola —añadió tras recuperar el aliento.

Yo, todavía sorprendido ante la presencia de Lucía, intentaba armarme de valor para rechazarla, para alejarla de mí de una vez por todas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté furioso— ¡Déjame en paz! —y comencé a moverme para alejarme del amor de mi vida, de ese mismo que a punto había estado de enterrarme, meses atrás.

Lucía maniobró rápida y se interpuso en mi camino, chocamos y los dos nos caímos de manera patética al asfalto.

—¡Llévame contigo!... ¡Por favor!

—¡No!

—Andrés, lo de Quique no significó nada. ¡Te pido perdón, tienes que creerme! —imploró cogiéndome de los hombros.

La imagen de ellos dos encima de mi cama asaltó mi pensamiento y me atravesó el alma como un estilete afilado. Al mismo tiempo, de manera confusa, mi cabeza luchaba por entender cómo diablos había averiguado que

yo iba a huir de Madrid precisamente ese día y a esa hora.

—¡Déjame en paz! —aullé.

Hice el ademán de recoger la bici para continuar el camino, pero ella agarró el manillar evitando mi propósito.

—Tienes que creerme, Andrés.

Yo, sin dejar de mirar al suelo, continuaba con mi intento de subirme a lomos del cacharro. Quería hacerlo evitando que mis ojos entrasen en contacto con los suyos o estaría perdido. Pero Lucía era terca y sabía de su influjo sobre mí, así que, aprovechando el forcejeo, logró colocar su cara delante de la mía.

—Andrés... yo... yo te quiero.

Me derrumbé. La frase entró como una barrena en mi corazón y me dejó paralizado. Solté la bici y dejé de luchar por el trozo de metal que tenía que llevarme hacia el mar del norte. La miré con la derrota, estoy seguro, en mi rostro, con la bandera blanca izada en una trinchera en la que todavía hay ilusos que creen que pueden ganar la guerra en la que luchan.

—¡Estás loca! —conseguí articular.

—Loca por ti.

Y cerró su frase con un beso. Y sus labios fueron como un lanzallamas que achicharra a los soldados atrapados en esas zanjas que debían ofrecerles protección. Y yo me lo creí, aunque traté de no hacérselo saber.

—¡Mientes! ¿Por qué lo haces?

—¡No miento, nunca lo he hecho!

—¿Tantas ganas tienes de salir de aquí?

Pero ella no dijo nada. Desarmada como estaba volvió a besarme y yo no hice nada por evitarlo, estúpido de mí.

—¿Tanto deseas marcharte que no dudas en abandonar a tus padres?

Y me cruzó la cara de un bofetón. Por primera vez en mi vida había conseguido asestarle una contra en aquel combate que yo siempre tenía perdido de antemano. Me miró con odio y herida ante la puñalada que acababa de encajar, se quedó en silencio fijando sus ojos en los míos; porque siempre supo que ahí era invencible.

—¿Tan hija de puta eres que te da igual lo que les pase?

Intentó repetir el golpe, aunque en esa ocasión pude agarrarla del brazo y su mano no llegó a tocar mi rostro.

—¡Eres un cabrón! —gritó llena de ira.

Y en un movimiento maestro acercó su cuerpo y lo pegó al mío para

frotarse contra él, así que no volví a ofrecer resistencia ante el beso que nuevamente me dio. Yo hacía trabajar mi cerebro a toda velocidad con el objetivo de devolverle el mandoble que ella le estaba atizando a mi voluntad. Me tomé mi tiempo y cuando tuve la frase montada volví a separarme de su lengua.

—¡Vete con tu niñato rico! Seguro que él puede sacarte de aquí, si tanto lo deseas.

Me escupió a la cara porque yo la tenía cogida de las muñecas. Su saliva, que llevaba parte de la mía, me supo a triunfo y creí que tal vez le había propinado el golpe definitivo.

—¡Eres un gilipollas! Que sepas que Quique es un payaso y no me interesa en absoluto.

—Tal vez no te diste cuenta de ello hasta que te lo follaste, ¿verdad? —repliqué con toda la maldad que pude.

Y me mordió el carrillo derecho y después bajó su boca y la juntó con la mía, ansiosa, violenta.

—¡Iremos juntos! ¡No te arrepentirás, Andrés! ¡Comenzaremos una nueva vida! —mascullaba mientras me besaba.

En ese momento noté un objeto punzante hundiéndose ligeramente en mi cuello. Sorprendido porque los brazos de Lucía continuaban bajo mi poder opté por separarme de ella.

—¡Ni te muevas! —escuché decir a alguien situado detrás de mí.

Entonces me di cuenta de que nos estaban atracando. La lucha que habíamos mantenido en mitad de la calle nos había inhibido de lo que pasaba a nuestro alrededor. Habíamos caído de manera estúpida en una encerrona en la que los únicos responsables habíamos sido nosotros mismos. Eran tres y dos de ellos amenazaban nuestras tráqueas con sendos cuchillos.

—¡Quietos *hijoputas!*

El ratero que quedaba libre puso en pie las bicicletas mientras sus compinches nos retenían. Miró los ciclos y después se detuvo a observarnos con una sonrisa burlona en el rostro.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó en actitud chulesca—. El par de *enamoraos*. ¿Sabéis?... os montáis un rollo de lo más raro. Yo no lo entiendo, pero esto debe ser amor, ¿no? —interrogó el jefe de la banda dirigiéndonos su mirada de manera alternativa—. ¿Ha surgido una discusión de pareja en mitad de la excursión? —añadió.

—¡Déjanos marchar! —escuché decir a Lucía.

—¡Shhh! ¡Tranquila, chata! Antes vamos a ver qué llevan encima estos pollos pera.

Hizo un gesto al compinche que me tenía cogido e inmediatamente noté su mano palpándome los bolsillos. Unos segundos después el quinquí les mostró a sus compañeros el pequeño botín que había conseguido.

—¡Guau, fíjate! ¡No está nada mal! —expresó con sorna el cabecilla. El tipo cogió lo que su adlátere le ofreció, tiro al suelo mi euro italiano y el resto se lo guardó en el abrigo.

Sabía que estábamos en peligro. A mi mente acudió el recuerdo de la noche en la que tropezamos con aquellos tipos que asesinaron al doctor y a su bella ayudanta. En un sitio donde la ley no existe solo se puede confiar en la defensa que uno pueda hacer de su propia persona, sin embargo, nosotros —gracias a nuestra falta de cautela— habíamos quedado a merced de aquella banda de indeseables. Asaltó mi pensamiento la imagen de la violación que aquella mala bestia hizo contra la joven que se ganaba la vida echando una mano al físico. Aquel animal, al que luego Román le descerrajó un tiro en la nuca, mancilló a la mujer siendo esta ya cadáver.

—¡Llevaos las bicis y también eso que has cogido, pero dejadnos en paz!

El tipo dejó caer las bicicletas entonces y se acercó hasta que sus ojos quedaron a unos pocos centímetros de los míos. El olor nauseabundo del atracador inundó mi olfato y me produjo un asco tremendo. Desafiante y sabedor de su posición aventajada, comenzó a reírse acercándome cada vez más su rostro, hasta que nuestras frentes entraron en contacto.

—¡No tengas tanta prisa, niño pijo! Vamos a ver qué lleva tu novia encima, ¿no te parece? —bramó finalmente.

El jefe de la banda se separó de mí y se dirigió hasta donde estaba Lucía. Dedicándole una sonrisa comenzó a sobarle todo el cuerpo.

—¡No está nada mal!... ¡No señor!

Intenté revolverme, pero la hoja de metal me recordó, hundiéndose un poco más en mi gaznate, que continuaba en el mismo sitio, amenazado. El muy cabrón desabrochó la cazadora de ella y retiró su ropa hasta que los pechos de mi vecina quedaron al desnudo, lo que excitó más a aquel malnacido.

—¡Venga, Nico! Pilla lo que lleve y nos damos el piro, ¿vale? —dijo nervioso el que me sujetaba.

Pero el tipo no cesaba y se mostró ajeno tanto a la propuesta de su compadre como a los chillidos de la pobre Lucía.

—¡Joder, Nico! ¡Que ya es de día, coño! ¡Vámonos! —repitió esta vez

elevando más el tono.

Y el tal Nico no hizo ni caso a su compañero. Cogió a Lucía del pelo y la arrastró por el asfalto hasta dejarla tirada entre dos coches. Estaba a punto de ver cómo violaban al amor de mi vida y no podía hacer nada por evitarlo. Intenté zafarme, pero solo conseguí que el cuchillo se abriese paso entre la carne de mi cuello.

—¡No te muevas! —me ordenó mi captor.

Vi al violador bajándose los pantalones a la vez que se agachaba para acomodarse entre las piernas de ella.

De repente un objeto cayó con gran violencia, justo al lado de donde se estaba cometiendo aquella salvajada, haciendo dar un respingo a la alimaña.

—¡Hijos de puta! ¡Dejad a los muchachos! —gritó alguien desde arriba.

La lluvia de objetos comenzó a incrementar. A nuestro lado saltaban los trozos que se desprendían de lo que impactaba contra el suelo. Botellas, palos, ceniceros, piedras, marcos de fotos y demás enseres llovían desde lo alto del edificio que quedaba a nuestra espalda. Así fue que el jefe de la banda se puso en pie y corrió a ponerse a salvo de la mortífera tromba. Intentaba avanzar mientras se subía los pantalones para poner tierra de por medio cuando una bombona de butano le acertó de pleno en la cabeza. El diluvio de bártulos cesó de inmediato y para entonces los dos compañeros del tal Nico ya se habían esfumado encima de nuestras bicis.

Corrí hasta Lucía, que se había refugiado en los bajos de uno de los coches donde fue arrastrada, y la ayudé a salir de allí. Se abrazó a mí temblando como una hoja y llorando como una niña, después se separó de mi cuerpo y dirigió sus pasos hasta el tipo que a punto había estado de mancillarla.

Aquel indeseable no estaba muerto y yacía tumbado boca arriba junto a un automóvil. Tenía una profunda brecha en la cabeza y su rostro estaba cubierto de sangre. Balbuceaba algo inaudible y levantaba los brazos hacia el cielo en un gesto que, entendí, reclamaba auxilio. Lucía se acercó hasta él y le escupió en la cara. El ruido metálico de la bombona que derribó a Nico se hizo presente porque continuaba rodando, moribunda, por la calle. Llamó la atención de la hija de Román, que con decisión se acercó para recoger el contenedor de gas. Arrastró el objeto con furia hasta donde se encontraba el malhechor, asió la botella con las dos manos y la levantó hasta dejarla suspendida sobre su cabeza. En ese momento, Nico imploró piedad con una especie de alarido, pero ella estampó, con toda su rabia, la botella naranja en

la cabeza del violador. Un estruendo horrible se escuchó en toda la calle poniendo punto final a la vida de aquel desgraciado.

Cogí de la mano a Lucía, que aún seguía observando el cuerpo inerte de su víctima, y tirando de ella continuamos el camino sin retorno que habíamos iniciado aquella mañana.

Cuando alcanzamos el final de la calle, el inconfundible sonido metálico de la bombona de butano nos alarmó de nuevo. Nos giramos y vimos arrastrar, a un par de aquellos seres que vivían bajo tierra, el cuerpo de Nico hasta el interior de una alcantarilla.

Así se despidió Madrid de nosotros.

Capítulo 51. Lozoyuela

Caminamos todo el día. Hablamos poco de lo sucedido y terminamos la jornada entrando en la localidad de Lozoyuela. Los rayos del sol se disipaban en el horizonte, cuando divisamos la aldea desde lo lejos. Apretamos entonces el paso para alcanzar la población y evitar así pasar la noche en medio del campo.

Nunca imaginé que mi aventura fuese a empezar tan mal. Sabía que, probablemente, no terminaría el camino a lomos de aquella bici que me regaló mi padre tres años atrás, pero debo confesar que tenía la esperanza de que, al menos, me acompañase en buena parte del trayecto. Pero eso no era lo que más me inquietaba. Que Lucía se hubiese sumado a mi plan fue un contratiempo con el que nunca conté, más cuando el primer motivo que me empujó a tal empresa fue, precisamente, separarme de ella. No, nunca lo quise así y por más que le insistí en que regresase a casa —antes de abandonar las calles de Madrid— no me hizo el menor caso. Así era ella y bien me pesa no haberla llevado de la oreja ante sus padres, viendo cómo terminó todo. Pero de este modo se desencadenaron los acontecimientos y aquí queda escrito para el que lo leyese. Para ser justos, se debe saber que yo jamás incité a Lucía a seguir mis pasos.

Anduvimos por caminos y carreteras secundarias. Evitamos desplazarnos por la antigua autovía por miedo a encontrarnos con asaltantes, ya que era en esas vías donde con mayor frecuencia se producían atracos y demás tropelías, tal y como decían las gentes de la ciudad. Seguimos la ruta marcada con boli en la guía de carreteras que encontré en casa de mis padres, esa que me sirvió para conocer que había la misma distancia desde Madrid a Alicante que a Santander.

Empleé bastante tiempo en señalar el trayecto a seguir para alcanzar el pueblo cántabro. También supuso un esfuerzo importante planificar las jornadas para que estas fuesen lo más provechosas, con el fin de llegar a casa de mi tío en el menor tiempo posible. Qué idiota fui, qué estúpido he sido y soy. Jamás aprenderé que en esta vida nada sale como uno planea: quería

escapar de Lucía y terminé emprendiendo mi huida con ella; no deseaba causar ningún daño a mis padres adoptivos y terminé separándolos de su hija; quería encontrar sosiego y solo hallé desconsuelo en mi aventura, tanto que ahora espero la fecha de mi muerte.

Llamamos a varias casas buscando un techo bajo el que pasar la noche. Los vecinos contestaban sin abrir las puertas, desde el interior de sus hogares. Las indicaciones para encontrar un lugar donde pernoctar eran vagas y se hacían difíciles de entender sin sus gestos.

—Subiendo la calle, al lado de la antigua peluquería. *Preguntar* por allí —nos dijeron—.

Nadie nos daba cobijo, ni tampoco nos sabían indicar un sitio donde acomodarnos porque la pensión que un día existió la prendieron fuego, según supimos después. Así que decidimos acostarnos bajo los soportales del ayuntamiento. Extendí en el suelo un saco de dormir que llevaba en mi mochila y ayudé a Lucía a realizar algo parecido a un camastro con las mantas que ella traía en la suya.

—Yo no tengo uno de esos, nunca he ido de acampada —se justificó.

Este tonto, que todavía no sabía cómo demonios había averiguado su plan de huida, no le dijo nada. A punto estuve de preguntarle sobre tal particular, pero cansado como estaba, decidí dejarlo para otro momento. Y fue entonces cuando descubrí en el interior de su bolsa la pistola de Román.

—¿Qué es esto? —pregunté con el arma en la mano.

Ella me miró de reojo y sin inmutarse me contestó.

—¿Tú qué crees?

Volví a dejar el hierro dentro de la bolsa y se la acerqué para que la utilizase como almohada.

—Pues no te ha servido de mucho esta mañana —repliqué tras acomodarme dentro de mi saco.

—No seas estúpido, Andrés. Nos han pillado desprevenidos, todo por tu culpa.

—¿Por mi culpa, dices?

—Sí.

—¿Por mi culpa?

—Sí —repitió dándome la espalda.

Contrariado profundamente por sus palabras, me di la vuelta mordiéndome la lengua para no explotar. No quería llamar la atención en

medio de la tranquilidad que inundaba la plaza en la que estábamos. No me parecía buena idea despertar la curiosidad de los vecinos acerca de dos jóvenes que se habían aventurado a pasar la noche bajo el único cobijo de unos soportales. Pero rabiaba por dentro. Por su culpa me habían robado la bici y su compañía solo complicaría mi viaje hasta las tierras cántabras. Además de aquello, su presencia solo acrecentaba mi sentimiento de culpabilidad para con Román y Sonsoles.

Intentaba conciliar el sueño tratando de apaciguar mi furia interior cuando escuché un ruido detrás de mí. De un solo movimiento me puse en pie y le hice cara al lugar de donde provino el sonido que me alertó.

—¡Tranquilo! —escuché decir a una voz.

La pequeña candela que portaba aquella persona iluminó su rostro descubriéndome unas facciones arrugadas por el paso del tiempo. Sobresaltado por el susto me quedé sin decir nada.

—¡No temas, muchacho! —dijo acercándose hasta donde nos habíamos aposentado—. Podéis pasar la noche en mi casa..., si queréis.

Se trataba de una anciana que vestía ropas oscuras de arriba abajo y por tal razón me costó tanto distinguirla en medio de la oscuridad. Solo se podía ver la llama de la vela y un rostro flotando encima de esta, ya que la mujer además cubría su cabellera con un pañuelo negro.

—*Venir.*

Levantamos el campamento de inmediato y seguimos los pasos de la señora. Callejamos por el pueblo hasta que alcanzamos una de las puertas que reconocí haber tocado, momentos antes, solicitando pernocta. Su hogar nos acogió con un agradable calor y también con el humo que suele inundar las viviendas que disfrutan de chimenea. Nos calentó leche y nos dio un par de pastas para acompañarla. Lo hizo sin que Lucía ni un servidor le pidiésemos nada en absoluto, pero las devoramos con ansia, hambrientos como estábamos.

—*Descansar* —susurró la vieja antes de dejarnos solos en el salón de su vivienda.

Creo que no tardamos más de medio minuto en caer rendidos en los brazos de Morfeo.

Capítulo 52. Julia

— ¡Ay, hijos míos! ¡Me recordáis tanto a mis nietos! Lo que pasa es que hace ya mucho tiempo que no los veo. La última vez que estuvieron aquí fue... —la anciana interrumpió la frase para realizar un conteo ayudada por los dedos de su mano derecha— ...pues ya va para cuatro años. No sé nada de ellos..., bueno... y de mi hijo tampoco. Se fue a trabajar a Barcelona cuando terminó de estudiar, ¿sabéis? Y allí, pues claro, se terminó casando con una muchacha, con Montse. Muy buena chica, ¡la quiero tanto!

La mujer detuvo su locución para acertar a volcar la leche en los dos vasos de cristal que esperaban encima de la mesa del salón. Su pulso, tembloroso y errático, la traicionó desvergonzadamente y parte del líquido se derramó por la cara exterior de los recipientes. Desapareció después por una puerta que daba acceso a la cocina y Lucía y yo nos miramos sorprendidos ante la amabilidad de nuestra anfitriona. Estábamos aún tumbados en el suelo de la estancia y en la chimenea solo quedaban los rescoldos de la lumbre que nos había arropado durante la noche. La condensación en los cristales de las ventanas constataba el frío que había envuelto la madrugada y los primeros rayos del sol teñían de naranja las gotas de agua que resbalaban lentas hasta el alféizar de las mismas.

— ¡Desayunar, vamos!

Abandonamos los improvisados camastros y acudimos a la mesa donde se acomodaba la mujer. Sin mediar palabra comenzamos a comer las mismas pastas que nos había ofrecido la noche anterior. La anciana nos observaba, con los ojos cargados de ternura, llenar nuestros estómagos. Nosotros, afanados en nuestra tarea, permanecíamos mudos, creo que también por pura vergüenza.

— ¿Cómo os llamáis? —preguntó la señora de la casa viendo que los dos jóvenes a los que había acogido no daban muestra de comunicarse.

— Yo me llamo Lucía y este, Andrés.

— ¿Sois hermanos?

— No, señora —respondí.

La mujer comenzó a acariciar la cabellera de mi compañera de viaje,

después le pasó el torso de la mano por la mejilla.

—Eres tan guapa, niña. Me recuerdas a mi Carlita, ¿sabes?

—Su nieta, ¿verdad?

La anfitriona no contestó y solo afirmó haciendo un leve gesto con la cabeza. Después, pensativa, se quedó mirando fijamente al mantel que cubría la mesa recordando, seguramente, la última vez que vio a sus descendientes. Se levantó de la silla y desapareció de la estancia en la que nos encontrábamos para aparecer al rato portando entre sus manos una foto enmarcada.

—Estos son, ¿veis? —dijo señalando a los retratados en la instantánea—. Este es mi hijo, esta mi nuera y estos dos son Carla y Samuel, mis nietos. Esta foto es de la última vez que estuvieron aquí —añadió.

En la estampa pude distinguir a la señora que teníamos enfrente de nosotros y a la que, sin duda, el paso de aquellos tiempos convulsos le habían hecho envejecer de manera acelerada. Al lado de ella, se podía ver a un hombre —enjuto y sonriente— que pasaba su brazo por la cintura de la mujer, por lo que deduje que sería su marido.

—No entiendo nada de lo que pasó aquel día —afirmó de repente, para nuestra sorpresa.

—¿Qué día? ¿Se refiere al Día Cero? —pregunté.

—El día en el que todo dejó de funcionar. ¿Por qué pasó? ¿Por qué no funciona ya el teléfono? —se quejó señalando un antiguo terminal fijo que descansaba sobre el tapete de ganchillo de una mesita auxiliar—. Ya no puedo llamar a mi hijo, ya no puedo hablar con ellos —terminó por decir con lágrimas en los ojos mientras señalaba el único recuerdo que le quedaba de su familia.

Lucía y yo nos miramos sin atrevernos a contestar a las preguntas que había lanzado, desesperada, la pobre mujer. No contestamos porque nada sabíamos, a ciencia cierta, de lo que había ocurrido y creo que tampoco era el momento de relatarle la tesis que escuché en la calle Espoz y Mina. Ella, ajena a nuestra presencia, apretó contra su pecho el recuerdo que mantenía viva la presencia de sus seres queridos.

—Ha sido un castigo de Dios, como bien dice el Padre Faustino. ¡No puede ser otra cosa!

—Señora...

—Que le dimos la espalda durante mucho tiempo, ¡y eso no podía ser!

Que nadie rezaba ni iba ya a misa, como antes. Que nos creíamos dioses con nuestros inventos y con los cacharros *eletrónicos* que no eran otra cosa que un invento del diablo.

—Mujer... —trató de intervenir Lucía para sosegarla.

—¿Y qué paso cuando todo eso dejó de funcionar?... ¡Que nos volvimos todos locos! ¡Eso fue lo que pasó! —gritó dando golpes con su puño encima de la mesa.

—Yo no creo que...

—¡Nos volvimos locos! —interrumpió furiosa—. En cuanto la Guardia Civil desapareció de este pueblo, nos empezamos a matar los unos a los otros. Prendieron fuego a la pensión de *la Juanita*, ¿sabéis por qué? Porque decían que tenían mucha comida y que no la querían compartir con nadie. Y eso fue lo que hizo la gente: quemaron el edificio con ellos dentro.

—Tranquilícese —exclamé tratando de calmar a la anciana.

—¡Salió lo peor de nosotros! Todo porque nada funcionaba como antes, ¡ya ves tú!

—Señora...

—¡Ay, hijos míos! Esto se ha convertido en un país de malditos. Nadie está a salvo en ningún sitio de la cantidad de maleantes que campan por todos lados. ¡No se puede!

Lucía se levantó de su silla y abrazó a aquella alma que gritaba agónica encerrada en un cuerpo marchitado presa de la pena y de la melancolía. Y abrazadas permanecieron varios minutos hasta que la mujer halló algo de paz.

—No son tiempos para que dos muchachos tan jóvenes anden solos por ahí. ¿Sois novios?

—Sí.

—No —aclaré.

La anciana nos miró sorprendida y levantó los hombros en señal de disculpa por el malentendido.

—Vale, no sois novios... o sí, no lo sé, pero de cualquiera de las maneras no son tiempos para andar por caminos y carreteras. Habéis elegido una época muy mala para ir a ver al Santo.

—¿Al Santo? —pregunté sorprendido.

—¿No vais a Santiago de Compostela?

—No.

—¡Ah, menos mal! Creí que ibais allí. Pensé que debíais de estar locos —añadió señalando su sesera—. Antes, en tiempos normales, por este pueblo

pasaba algún que otro peregrino con la mochila a la espalda, como vosotros.

—Ya.

—Anoche di por sentado que vosotros ibais de peregrinaje, como antaño. ¿Dónde os dirigís entonces?

—A Cantabria.

—¿A Cantabria? —preguntó recuperando la inquietud que parecía haberle abandonado al conocer que no íbamos en pos de la Compostela—. ¡Estáis locos, definitivamente! —exclamó negando con la cabeza—. Supongo que sois de Madrid, ¿verdad?

—Sí.

—Aquí vino mucha gente de la capital. Allí se pasa más hambre, por lo que cuentan.

—Es cierto.

—Pero era gente que tenía familia en el pueblo.

—Por eso nosotros vamos a Cantabria, señora.

—¿No tenéis familia en Madrid?

Tanto Lucía como yo no contestamos a la mujer. Creo que la vergüenza de tener que explicar los motivos que nos habían impulsado a realizar la expedición, a todas luces temeraria, eran tan complejas que decidimos dar el silencio por respuesta. Ella, viendo que algo doloroso ocultaba nuestra empresa, no insistió y rompió la incomodidad del momento ocupándose en retirar el menaje que habíamos utilizado para desayunar.

Después estuvimos charlando de tiempos pasados. La anfitriona nos enseñó varios álbumes de fotos y nos contó también que a su marido lo mataron, meses atrás, para robarle unas ovejas. No quiso aceptar los cinco gramos de oro que le ofrecí por darnos cobijo y pitanza, así que, después de haber hecho el esfuerzo por sacar el precioso metal del interior de mi cuerpo, tuve que devolverlo por el mismo camino que había salido, aunque en esa ocasión ayudé la faena con un poco de gel que había en el servicio de la casa.

La mañana avanzaba y no nos veíamos con fuerzas para concluir nuestra visita. La mujer, entusiasmada en sus historias y en sus recuerdos, no paraba de sacar todo tipo de objetos que, al momento, tenían que ver con alguno de sus relatos. Así nos mostró el vestido de novia con el que contrajo nupcias, la vajilla que le regaló su difunta suegra, los libros con los que cursó la carrera su hijo, los vestiditos de bebé que ella misma hizo con ayuda de unas agujas de tricotar, las llaves del coche de su extinto marido e incluso los teléfonos móviles que su nuera le regaló alguna lejana navidad.

El día corrió y Julia, que era como se llamaba la mujer, nos recomendó no iniciar el viaje con tan pocas horas de sol por delante. Así, accedimos a acomodarnos una noche más en aquel pueblo y salir al día siguiente con los primeros rayos de sol.

Capítulo 53. Lourdes

Noté unos golpecitos en mi costado. Se repitieron varias veces y entonces entendí que aquello no era parte del sueño en el que me encontraba sumergido.

Abrí los ojos y vi, entre penumbras, el rostro agrietado de la mujer que nos acogió. El dedo índice cruzaba sus labios invitándome a mantener silencio, después me hizo un gesto para que la acompañase fuera de la estancia en la que Lucía y yo dormíamos. Pasé por encima de mi amor acomodando el aterrizaje de mis pies de manera lenta para no despertarla. Julia caminaba delante de mí en medio de la oscuridad porque no llevaba consigo la palmatoria con la que nos fue a buscar al portal del ayuntamiento la noche anterior. Con el vaivén característico que tienen las personas de cierta edad al caminar, se adentró por el pasillo hasta que abrió la puerta de su habitación. Pasé detrás de ella y cerró la puerta con sigilo. Un regimiento de velas iluminaba el aposento de la viuda y, de un vistazo fugaz, pude reconocer gran cantidad de los objetos que nos había enseñado aquella misma tarde. Un pequeño altar presidía la alcoba y era el poseedor de la mayoría de las candelas que alumbraban el cuarto. Julia se persignó delante de la virgen que ocupaba una pequeña hornacina y yo repetí el gesto por no parecer descortés.

—¡Ay, hijo mío! Lo he vuelto a notar —susurró mirándome con gravedad.

La observé sin saber qué contestar ante tal afirmación. Confundido y alertado por lo que pretendía anunciarme, intuí que era mejor dejarla expresarse.

—¡Lo he vuelto a sentir, lo he vuelto a sentir! —repitió, esta vez cogiéndome las manos y acercando su rostro al mío.

—Julia, no entiendo qué me quiere decir.

Me soltó y dio unos pasos atrás. El resplandor del altar me mostró dos ríos manando de sus ojos y entonces mi pulso se aceleró.

—Es difícil de contar, hijo mío. Lo he vuelto a sentir y no pasan cosas buenas cuando esto ocurre.

En ese preciso instante asaltó a mi memoria la imagen de aquellas personas que decían averiguar el futuro. Esas que alguna vez vi en la televisión, en canales de poca monta, aprovechando que mis padres volvían

tarde de algún acto social, de cuando en cuando. Los recordaba, con sus estrafalarios atuendos, sentados delante de una mesa echando las cartas y solicitando insistentemente a los espectadores que se animasen a llamar al número de teléfono que aparecía en pantalla. Rememoré —de manera estúpida e incoherente— el exótico escenario en el que aquellos brujos realizaban su «arte», ese plató en el cual nunca faltaban velas, santos, astros y demás parafernalia quiromántica.

—¿Me está intentando decir, que ha tenido una especie de premonición?

—Sí.

Julia estaba fuera de sí. Caminaba mirando al suelo con las manos juntas y los dedos entrelazados. Mascullaba oraciones en las que yo solo entendía, de vez en cuando, el nombre de algún santo. Su caminar describía un bucle, cansino y repetitivo, que la llevaba desde la puerta de la alcoba hasta el improvisado altar presidido por la Virgen.

—Es difícil de entender, lo sé. Pero desde pequeña he tenido ese don —terminó por declarar—. Siempre he percibido cosas que el resto de la gente no puede notar y, de la misma manera, siempre lo mantuve en secreto porque no es plato de buen gusto que a una la tachen de bruja.

—¿Qué ha visto? ¿Qué ha notado?

La anciana retomó la marcha que pausó para escucharme y, nerviosa, volvió a mascullar el rosario de apóstoles, ruegos y peticiones. De vez en cuando se paraba para intentar decirme algo, pero luego continuaba con su rutina desquiciante.

—Verás, hijo. No funciona así, no sé *exatamente* cuándo va a pasar, pero ya te digo que no es nada bueno.

—Entiendo que tiene que ver conmigo, ¿no?

La mujer se detuvo en seco y me miró de frente, su mirada ausente invitaba a pensar que no había escuchado mi pregunta.

—Cuando era una niña, un día noté un dolor aquí —dijo señalándose el pecho—. Mi madre llamó al médico para que averiguase qué me pasaba y me recetase algo. Era un dolor agudo y profundo que dificultaba mi respiración y que, a medida que iban pasando los días, cada vez lo notaba con más fuerza.

—¿Qué era?

—Nadie lo supo jamás. El médico no consiguió dar con un diagnóstico definitivo y al tercer día de aquello mi padre falleció en un accidente de tráfico. Justo en ese momento el dolor desapareció de manera repentina.

El vello de mi piel se erizó al escuchar aquellas palabras y los dos nos

quedamos en silencio. Creo que cada uno esperaba que el otro dijese algo.

—Al principio pensamos que fue una casualidad. Creímos que el sufrimiento que experimenté por la pérdida de mi padre barrió el pinchazo que me oprimía el pecho desde días atrás. Pero al año siguiente volví a notar esa sensación y mi madre llamó de nuevo al doctor.

—¿Qué ocurrió? —interrogué impaciente.

—La señora Concha, nuestra vecina de al lado, murió al día siguiente.

Otra vez no supe qué decir porque, a todas luces, la mujer me estaba anunciando que me quedaban pocos días de vida. Noqueado por el golpe, me acerqué hasta la hornacina que ocupaba la pequeña talla de la Virgen. Miré su rostro iluminado por la temblorosa luz que emitían las velas tratando de encajar lo que nuestra anfitriona me estaba comunicando. Esa faz, serena y compungida, me transmitió sosiego y también la ilusión de que después de la muerte tal vez me esperaba una vida mejor. Entonces recordé, otra vez de manera desacertada en lo que al momento se refería, cómo me burlaba de aquellos mamarrachos que predecían el futuro de personas a las que ni siquiera conocían. Cómo me partía de risa cuando las cartas no le profetizaban nada bueno al incauto que había marcado el número de teléfono para dejarse engañar por el santón de turno.

Y allí estaba yo, con un temblor en las piernas que hacía peligrar mi verticalidad, rogando a la Virgen que Julia hubiese errado su vaticinio.

—Mi madre dijo que *lo mío* debía quedar en silencio ya que alguien podía interpretar ese don como algo propio de herejes —exclamó Julia alzando el índice hacia el techo—. Por esa razón, cuando notaba el dolor ya no llamábamos al médico y al cabo de unos días alguien cercano a mí terminaba perdiendo la vida. Para la vieja que te habla, más que una gracia, esto de predecir funerales, siempre fue un suplicio, como comprenderás.

—Pero Julia, tal vez no sea yo el que vaya a morir, puede ser algún vecino o alguien del pueblo —intervine—. ¿Nunca ha fallado un pronóstico?

Ella, viendo que sus palabras me habían alterado, me mostró las palmas de las manos para tranquilizarme. Después me cogió de los brazos y me invitó a sentarme en el colchón de su cama.

—Con el paso del tiempo, en la intimidad de mi habitación, para que mi madre no se enterase, comencé a intentar canalizar esa facultad con la que Dios, nuestro Señor, me bendijo. Al final di con la tecla para saber exactamente quién era el que se encontraba cercano a la muerte cuando comenzaban mis dolores. Probé muchas maneras, te diré, pero al final

descubrí que cuando quemaba una pertenencia, de la persona en cuestión, delante de la Virgen de Lourdes —dijo señalando la talla de la hornacina—, el dolor se intensificaba hasta tal punto que me provocaba el desmayo.

—¡Yo no creo en esas cosas! —me quejé, intentando negar la realidad a la que me enfrentaba.

—Yo tampoco, hijo mío. Pero te juro que lo que te cuenta esta vieja es tan cierto como que mañana saldrá el Sol.

Guardé silencio. ¿Qué demonios podía hacer con aquella información? Es más, estaba contrariado ya que, por lo que me estaba diciendo Julia, no se podía hacer nada para evitarlo.

—Está bien, ya veo que mi suerte está echada.

—La tuya no, la de Lucía.

Capítulo 54. Caravaca

Salimos del pueblo. El sol comenzaba a iluminar el campo y también las cumbres de las montañas que debíamos atravesar aquella jornada. Julia nos despidió con un mar de lágrimas en sus ojos, dándonos abrazos que parecían no tener fin. Me miró, solícita, una vez más antes de retomar el camino que debía llevarme a casa de mi tío Joaquín. Lo hizo como intentando, a la desesperada, que conviniese en un último intento a Lucía para que se quedase con ella. Pero todo estaba ya hablado.

—¡No olvidéis lo que os he dicho! —escuchamos a la anciana, justo antes de perdernos por el final de la calle.

Y jamás lo olvidaré; ni lo que me reveló en secreto aquella madrugada ni la advertencia que nos hizo durante el desayuno.

Había tanto de qué hablar y tanto que confesar que no abrí la boca. Yo me moría de ganas de contarle la premonición que se cernía sobre ella, pero me mantuve recto en mi determinación de no decir ni pío. Pensé que estaría más segura si no tenía conocimiento del vaticinio, que las cosas a veces pasan por el mero hecho de pensar en ellas y que tentar a la suerte, nombrándola siquiera, no era una buena idea.

Pero al cabo de la primera hora no tuve más remedio que atender las cuestiones que comenzó a lanzarme Lucía y que yo, confundido y acongojado como estaba después de la revelación de la bruja, no deseaba contestar.

—¡Es que no entiendo tanto interés en que me quedase con Julia!

—Era una idea —respondí flemático.

—¿Qué pasa, no quieres que vaya contigo?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso te llamé para que abandonases Madrid a mi lado?

Lucía me regaló una mirada de desprecio.

—¡Eres un gilipollas! —gruñó después.

—Lo sé. Lo que no sé es por qué te has empeñado en acompañarme —argumenté en un último intento de que ella diese media vuelta para volver a la casa de la que habíamos partido. Pero no dijo nada, no hubo manera.

En mi cabeza no dejaba de dar vueltas todo lo que había pasado desde que Julia me despertó en mitad de mi sueño. Después de que la anciana me contase su terrible premonición, me intentó convencer para que Lucía no continuase el viaje. La pobre señora argumentó que en una ocasión había estado a punto de salvar del fatal desenlace —en el que siempre terminaba su vaticinio— a una prima suya, o eso al menos creía ella.

Me contó que después de quemar delante de la talla de la Virgen de Lourdes un cabello sustraído a la hija de su tía, el dolor se intensificó hasta el punto del desmayo, lo que le confirmó que Clara moriría en unos días. Julia entonces quiso saber si, además de con el poder de la clarividencia, también había sido bendecida con la facultad de la protección. Tal fue su empeño que logró, no con pocos esfuerzos, que su prima se quedase viviendo con ellos durante el periodo estival. En aquellos tres meses nuestra bruja realizó un ritual, todos los días, que consistía en rezar el rosario manteniendo una medalla perteneciente a Clara entre sus manos. El colgante de oro se lo regalaron nada más llegar al pueblo y solo tenía como fin ser el depositario de las plegarias de la hechicera. Cada noche, cuando las chiquillas se iban a dormir, ella se aseguraba de que su prima dejase posada sobre la mesilla el cordón de oro. Así, en cuanto Clara caía rendida, nuestra anfitriona comenzaba con su rutina salvadora. La mujer me aseguró que de esa manera mantuvo con vida durante el verano a su prima. Por supuesto, en ese periodo Julia soportó el agudo dolor de su pecho con resignación y todo aquel asunto se llevó en secreto porque nadie debía saber de sus premoniciones.

Pero el final de las vacaciones llegó y la prima Clara tuvo que volver a la capital para continuar con sus estudios. Julia, que en aquel entonces era una adolescente, no logró impedir que su prima regresase a Madrid, así que a los dos días de su separación recibieron la trágica noticia por vía telefónica. La bruja, invadida por la tristeza del recuerdo, me aseguró que supo del fallecimiento de Clara porque dejó de sentir el dolor horas antes de que sonase el teléfono en su casa.

Así pues, la vieja me suplicó que Lucía se quedase con ella, que volvería a repetir la rutina de rosarios, y me dijo que lo haría de buen gusto si con ello podía salvar a mi compañera de viaje. Después añadió que estaría encantada de tenerla en casa, ya que desde hacía mucho tiempo carecía de compañía.

Tal vez interpreté aquella fantástica historia como una argucia que solo tenía por objeto aplacar la soledad de la viuda, pero de igual manera —conmovido por la tristeza de la señora— accedí a intentar convencer a mi

vecina para que se quedase en su casa y abandonase el viaje a Cantabria. Al fin y al cabo, mi huida era una empresa plagada de riesgos, un plan suicida —nacido de la desesperación y del despecho— al que ella nunca estuvo invitada. A ese acuerdo llegué con la bruja, siempre y cuando mantuviésemos en secreto su premonición, y de la misma manera debíamos velar porque Lucía jamás supiese nada del augurio. También le dije que debía aceptar la posible negativa de mi compañera, en el caso de que no lograse convencerla, y con aquel arreglo desperté a Lucía de su sueño.

No, no vale de nada retraerse a ese momento y pensar que debí abandonarla en casa de Julia, aunque fuese atada. Sé que es vana la reflexión de que todo lo que ocurrió fue por mi culpa, pero no puedo dejar de sentirme responsable de ello. Tal vez no puse suficiente empeño en que Lucía no continuase el viaje a mi lado. Y en parte fue así porque este pobre diablo aún conservaba la esperanza de que, una vez acomodados en Cantabria, ella se casaría conmigo. ¡Tanto la amaba!

Un paso precedía al siguiente y este al que venía a continuación y así avanzábamos con la Sierra de Madrid a nuestra derecha. Las montañas debían estar situadas a nuestra izquierda, pero decidí seguir el consejo que Julia nos dio antes de abandonar su hogar.

Según nos contó, por la zona se escuchaban historias sobre asaltos en los que a las víctimas se las robaba, violaba o incluso mataba. Alguien aparecía con un coche ofreciendo llevar al caminante hasta algún punto que coincidía con el destino del privilegiado conductor, luego, el que se subía al automóvil era conducido a algún lugar desierto donde lo desvalijaban con la ayuda de unos compinches, eso en el mejor de los casos. «Nada de subirse en el coche ni en el caballo de nadie, por mucha cara de buena persona que tenga», nos advirtió Julia.

También nos desaconsejó cruzar a Castilla por el Puerto de Somosierra, que era lo que yo tenía planeado por ser este el camino más directo y natural hacia donde nos dirigíamos. Su difunto marido no utilizaba ese paso cuando movía a los rebaños, porque decía que estaba plagado de asaltantes a la espera de viajeros que iban o venían a la capital. No era un paso seguro y las gentes de la zona lo sabían. Desde que el mundo se convirtió en un lugar sin ley, los que ya habían sufrido algún que otro atraco —con robo de ganado incluido— pasaron a utilizar el Puerto de Navafría para salvar el accidente geográfico que separa Madrid de Castilla. El esposo de Julia burló durante

varios trayectos a los bandoleros que poblaban Somosierra optando por ese *nuevo* puerto. Luego añadió que, después de un tiempo, ese paso también se fue convirtiendo en morada de malhechores. «Es que el Puerto de Navafría está asfaltado y por eso la gente sigue animándose a cruzar por él. Aunque los casos en los que se han producido tropelías en ese alto no han llegado a ser tan numerosos como los que suceden en Somosierra, a *mi* Paco en paz descanse, ya tampoco le gustaba cruzar por allí con el rebaño», nos dijo Julia durante el último desayuno que tomamos en su casa. De esta manera, la anciana nos recomendó salvar el macizo montañoso por el Puerto del Reventón, tal y como lo hacía su marido. Aseguró que, al ser un alto al que solo se accedía por caminos y sendas, había gente que ni siquiera sabía de su existencia y que *su* Paco contribuyó al desconocimiento de tal sitio ya que jamás compartió con nadie la ruta para cruzar a Segovia con el ganado, no fuera a ser que terminara por convertirse en un puerto plagado de gentuza, como los otros dos.

Estábamos cerca de Rascafría y escuchamos a lo lejos el inconfundible sonido del motor de un coche. Un rugido — metálico y exagerado, de vehículo antiguo — que nada tenía que ver con el de aquellos que dejaron de funcionar el famoso 23 de julio, cuando todo era normal. O tal vez esto sea lo normal, porque desde que el hombre es hombre ha vivido más tiempo sin la electrónica que con ella. La cuestión es que el sonido de un motor se acercaba por nuestra retaguardia e inmediatamente nos giramos para observar el avance del automóvil.

Palpé la empuñadura de la pistola que llevaba acomodada en el interior de mi abrigo. Decidimos que sería mejor tenerla dispuesta a mano en el caso de encontrarnos con algún desaprensivo. Como Lucía jamás había disparado un arma, me cedió el artilugio que había pertenecido a su padre y que seguro el comisario había echado en falta desde el mismo momento en que desaparecimos del barrio.

El vehículo se fue aproximando y nosotros, que ya nos habíamos ocultado detrás de unos matorrales, lo vimos pasar con la cadencia en el vaivén que le imponían los baches del camino. El brazo del copiloto colgaba de la ventana y pude observar que en el dorso de su mano había tatuada una extraña marca. Al tiempo supe que se trataba de la cruz de Caravaca. No quedaría reseñado este insignificante detalle si no hubiese cobrado más adelante una importancia crucial para el devenir de mi vida, pero eso lo contaré en su oportuno momento.

Pasamos por el pueblo de Rascafría y decidimos continuar hasta el

monasterio de El Paular, ya que a los pies de sus muros comenzaba la senda que nos llevaría al puerto, tal y como me marcó en el mapa la bruja Julia. La idea era haber cruzado la Sierra esa misma jornada, pero el avance se vio ralentizado por las primeras ampollas en las plantas de nuestros pies.

Tocamos una campanita que había en la cancela metálica del monasterio y, al cabo de unos minutos, salió a recibirnos un monje enfundado en un hábito de color negro.

—Ave María Purísima —dijo el religioso.

Yo, que en aquella época no sabía que la frase era un saludo que debía obtener una respuesta *concertada*, contesté con un simple «buenas noches» ya que llegamos acompañados de la sombra que pone fin al día.

El monje nos dijo que el edificio estaba habitado por una orden benedictina que cumplía, entre otros, el voto del silencio. También nos señaló que no acostumbraban a hospedar a nadie que se presentase una vez el sol ya se hubiese escondido, pero que viendo nuestra candidez y juventud harían una excepción. Pregunté cuál era el precio por darnos cama, a lo que el hermano nos respondió «lo que nuestra buena voluntad cristiana tuviese a bien, no siendo esta nunca menor de cinco gramos de oro».

Capítulo 55. Reventón

Abandonamos el monasterio algo más tarde de lo previsto. Las sábanas se nos pegaron porque la jornada anterior caminamos sin descanso y nuestras piernas no estaban acostumbradas a esos esfuerzos. Los cinco gramos de oro por persona daban derecho a un desayuno del que dimos buena cuenta antes de iniciar el viaje. Zumo de pera, leche con achicoria y pan con mantequilla — que hacían los propios hermanos benedictinos gracias a la leche de unas hermosas vacas que pastaban en la finca anexa al edificio—. El almuerzo repuso nuestras fuerzas y nos animó a comenzar la subida del puerto que debía guiarnos a la provincia de Segovia.

El hermano Gabriel se dio cuenta de que teníamos ampollas en los pies porque caminábamos como pingüinos por los fríos pasillos del monasterio.

—Malos tiempos habéis elegido para peregrinar, hermanos.

Nosotros no le contestamos nada porque el tiempo apremiaba y no era cuestión de relatarle el motivo de nuestro viaje, así que decidimos dejar que creyese que nos dirigíamos a Santiago.

—Yo he hecho el Camino en más de veinte ocasiones y sé tratar el mal de vuestros pies —añadió a continuación.

Nos guio hasta un botiquín donde nos hizo descalzar. Sacó una aguja en la que enhebró un hilo de algodón y después lo sumergió en un ungüento a base de aloe vera, ajo y vinagre de manzana. Atravesó las burbujas de piel con determinación y dejó el hilo empapado del linimento sumergido en las protuberancias.

—Deberéis repetir esto que os acabo de hacer cada día, ¿de acuerdo? —recomendó el religioso, después nos obsequió con un tarrito lleno de su mejunje, un par de agujas y un carrete de hilo.

La rigidez muscular de nuestras piernas fue desapareciendo a medida que comenzamos a caminar. El camino, agradable y con poco desnivel al principio, se fue empinando conforme ganábamos altura. Nos acompañaron en el ascenso rebollos, abetos y pinos que desprendían a nuestro paso un aroma delicioso y reconfortante. El paraje era sosegado y solo se escuchaba el

graznido de algún ave sobrevolando las cumbres a las que se dirigían nuestros pasos. Avanzamos lentos y despreocupados, contagiados por la serenidad del entorno. Hablamos de los tiempos antiguos, esos en los que íbamos a la escuela y al cine, a los centros comerciales y a las tiendas de móviles, esos en los que desplazarse por cualquier lugar no entrañaba mayor problema que el de subirse a un automóvil, de los profesores del instituto, de las odiosas matemáticas y también de la física, de mis padres y no así de los suyos — porque la herida de su separación era reciente y levantaba pensamientos turbios—. Hablamos del pasado y también del futuro. Al fin le conté la vida de mi tío Joaquín, al que íbamos a dar la sorpresa de su vida cuando nos viese aparecer en su casa. Fantaseamos sobre lo que nos encontraríamos en aquel pueblo marineramente al que nos dirigíamos, de sus gentes y costumbres, de sus montes y sus playas. Le conté lo que mis compañeros de instituto pensaban sobre ella, de cómo la venerábamos en secreto como a una diosa inalcanzable y Lucía se rio sonrojando sus mejillas. Finalmente me pidió perdón y con eso me quedo.

Tan despreocupados anduvimos que en un recodo del camino sufrimos un asalto repentino y cobarde. Ocultos tras unos árboles aparecieron por sorpresa dos tipos encapuchados portando sendos cuchillos en las manos. Nos abordaron por detrás y enseguida noté el frío metal clavarse ligeramente en mi gaxate. Nos separaron. A mi vecina la obligaron a tumbarse sobre los matorrales que arrojaban las raíces de los árboles y a mí me inmovilizaron en el margen contrario del camino.

Le vaciaron los bolsillos y después, aquel malnacido, la desnudó tirando violentamente de sus ropas. Yo contemplaba horrorizado la escena y todo me parecía que pasaba a cámara lenta, ajeno a mí, irreal. Pensé que, casi en la cumbre de un puerto del que jamás había oído hablar hasta dos días antes, hallaría mi muerte. Supe que así sería porque estaba dispuesto a realizar una maniobra totalmente suicida. La mano que agarraba el cuchillo, amenazándome de muerte ante cualquier movimiento extraño, tenía en su dorso la extraña cruz que vi el día anterior, esa cruz con dos travesaños de distinta longitud y un par de ángeles en su parte inferior de la que yo no conocía nada por aquel entonces. El desalmado debió de intuir mi intención, entonces, detrás de mi oído escuché una voz, desagradable y de tono severo, que me advirtió de las consecuencias de un movimiento en falso. El aliento putrefacto embargó mi olfato y se unió a las náuseas que estaba provocando la repugnante imagen del compinche forzando a mi amor. Una arcada expulsó fuera de mí el zumo de

pera, el pan, la mantequilla y la leche con achicoria e hizo que el hijo de puta de la cruz de Caravaca retirase el pincho que amenazaba mi garganta. Aproveché la oportunidad y agarré el metal que cobijaba en mi pecho y que desde el inicio del ataque me estaba llamando para imponer su justicia. Saqué la pistola y me olvidé de mí; solo deseaba quitarle de encima a Lucía aquella mala bestia, aquel monstruo que la estaba violando y con ello también a mí. Crucé el camino esperando una estocada en mi espalda que detuviese mi avance y, con la vista nublada por la ira, apreté el gatillo varias veces.

El bulto, que hasta las detonaciones se movía con la cadencia asquerosa de su acto, se detuvo de inmediato. Me giré sorprendido: jamás sentí la punzada prometida. Pensé que la adrenalina había camuflado el dolor que debía estar invadiendo mi espalda, pero detrás de mí no había nadie y solo pude distinguir una silueta, corriendo camino abajo, como alma que lleva el diablo. La nube acomodada en mi vista desde la expulsión de la bilis se fue haciendo mayor, hasta el punto que me dejó prácticamente ciego. Las piernas me flojearon y sucumbieron ante el peso de mi escuchimizado cuerpo. No escuché nada, no percibí a nadie vivo a mi lado y eso me aterró. Arrastrándome hasta donde había disparado, conseguí alcanzar el bulto inerte que mis ojos adivinaban. El olor a pólvora se mezcló con el sudor inmundo del bandolero que sin duda había abatido. Lo aparté, impaciente porque no escuchaba a Lucía. Ni quejas ni llantos, ni gritos ni lamentos. El borrón de mi vista no me impidió ver que una gran mancha de color rojo tapaba su cara. Metí mi mano por debajo de su nuca para ayudarla a incorporarse, entonces noté una masa espesa y caliente que manaba de su interior.

Estoy seguro que la bruja Julia dejó de sentir la punzada en su pecho, tanto como que ese día yo morí en vida.

Capítulo 56. Desalmado

De pura rabia me deshice del cadáver perteneciente al indeseable que mancilló a Lucía. Lo arrastré hasta el borde del camino, una zona en la que la ladera de la montaña caía violenta para morir en una garganta, y por allí lo arrojé; mal infierno le espere al muy cabrón. Y volví hasta donde yacía el cuerpo sin vida de mi amada. Sostuve su cabeza en mi regazo durante el resto del día y confesé todo lo que jamás le dije en vida. La perdoné y no me perdoné no haberla tratado mejor desde que abandonamos nuestro hogar. Lloré, lo hice sin descanso hasta que el sol se ocultó detrás de las cumbres que me rodeaban. No sentía nada: ni el frío ni las ampollas de mis pies ni el tajo que adornaba mi pescuezo, nada. Un inmenso vacío se apoderó de mi interior despojándome el alma de cuajo, haciendo de mí un ser carente de vida, de ilusión y de esperanza. Todo me da igual desde entonces y aunque ese sentimiento se ha ido mitigando, con el paso del tiempo, nunca ha llegado a abandonarme.

Hace unos días me comunicaron mi sentencia, mas no derramé ni una lágrima, aunque sé que la soga me espera implacable. Cuando la trampilla del cadalso se abra y el peso de mi cuerpo me rompa la tráquea y estire mis cervicales arrebatándome la vida, en ese instante, solo se me despojará de la energía que me movía, porque morir... morir lo hice aquel día en el Puerto del Reventón.

Entrada la noche escarbé una fosa al lado del camino donde Lucía Hernández había perdido la vida. Utilicé mis manos para cavar el hueco y perdí las uñas de varios dedos anestesiado como estaba por el dolor. Recé lo que sabía, aunque nunca me educaron en un entorno demasiado religioso, y sepulté el bello cuerpo de esa diosa dando descanso eterno a su alma, no sin antes darle un último beso en los labios. Con los primeros rayos de luz busqué entre las ramas de los árboles que habían presenciado aquella salvajada dos tarugos de madera que hiciesen las veces de cruz. Até una rama con otra de menor tamaño utilizando los cordones del calzado que le quité a la difunta y a

mi mente vino la imagen de los preciosos crucifijos que fabricó Julián a los vecinos fallecidos en Madrid.

Un montículo. Una pequeña elevación de tierra coronada por una tosca cruz sobre la superficie en un paraje desierto. A ese hito tan miserable e insignificante se redujo la presencia de Lucía en este mundo y allí quedaría para la eternidad, sin siquiera el responso de un sacerdote que la ayudase a entrar en el paraíso que anuncian para los justos.

Abandoné el infausto lugar donde también mi alma me abandonó a mí. Caminé y coroné el maldito puerto en el que se confirmó el presagio que Julia me anunció. Mis pies me llevaban por la senda marcada sin otro rumbo que el de alejarme de la tumba de Lucía. Las lágrimas caían por mis mejillas y el llanto no me dejaba respirar. A ratos paraba para recuperar el aliento y a mi memoria solo le llegaban las imágenes, confusas y borrosas, del momento del desenlace. El pensamiento me machacaba sin descanso y me hacía moverme ausente de lo que me rodeaba. Así atravesé el primer pueblo, en el que solo pude sentir las miradas de algunos de los vecinos con los que me iba cruzando.

Caminé sin descanso, sin parar a comer ni a beber y la noche me alcanzó en medio del campo sin importarme en absoluto. Me daba igual porque no sentía nada. Caí rendido junto a un pequeño edificio que se acomodaba a la vera del camino que seguía. La macabra secuencia no me dio tregua y el sonido de los disparos que acabaron con su vida me perforaba los tímpanos una y otra vez, incansables. Después me acordé de Román y de Sonsoles. Me vi explicando lo sucedido y el sentimiento empeoró. Intenté conciliar el sueño apoyado contra el muro exterior de la construcción, pero fue imposible. Con los primeros rayos del nuevo día continué caminando y solo paré para sacar el mapa de carreteras de vez en cuando. Atravesé localidades sin reparar en su nombre ni en sus gentes. Me crucé con personas por caminos a los que no presté la más mínima atención y, a la menor sospecha por mi parte de las intenciones de aquellos con los que me encontraba, los encañonaba con el arma hasta que una distancia prudencial nos separaba. Movían sus bocas, pero no los escuchaba porque en mis oídos permanecían instalados los malditos ecos del asalto.

De esta manera la noche tapó al día volviéndome a sorprender en medio del páramo desierto. Me tumbé al raso deseando no volver a despertar al día siguiente, pero el alba me devolvió a mi pesadilla. Al tercer día volví a repetir la rutina impulsado solo por la esperanza de que la vida me

abandonase de alguna manera, pero parecía que Dios me quisiera castigar manteniéndome sobre la faz de este mundo. Llegué a ver a mis padres caminando por el campo que tenía por delante, incluso me pareció distinguir a lo lejos el cuerpo de Lucía. Corría y los seres queridos se desvanecían entonces, incrementando la tortura que estaba sufriendo, sumiéndome en una locura insoportable. Agotado me detuve en un pequeño pinar que quedaba entre dos localidades. Acomodé mi espalda contra el tronco de un árbol y me fui dejando caer, restregando la espalda contra la corteza del pino, hasta que mis posaderas tocaron el suelo. Saqué el arma y me introduje el cañón en la boca dispuesto a sesgar mi tormento para siempre. El sabor de la pólvora inundó mi paladar recordándome que por esa cavidad habían salido los proyectiles que mataron al amor de mi vida. El dedo índice presionó el gatillo lentamente desplazándolo contra la culata y solo esperaba que el estruendo acabase con todo de una vez por todas, pero eso nunca ocurrió. No tuve valor para oprimir con más fuerza la palanca y al final me di por vencido pensando que al día siguiente tal vez me armaría de coraje y el gatillo alcanzaría el final de su recorrido.

La lluvia me sorprendió de repente y me hizo levantarme de nuevo. Me cubrí con el plástico que llevaba en la mochila y continué con mi camino durante otra jornada más. Comí las viandas que nos regaló Julia y bebí de los abrevaderos que me iba encontrando en mi caminar. El agua me golpeaba la cara y después descendía por el poncho sintético que me cubría. Las sendas se embarraron convirtiendo mis pies en dos bloques marrones y torpes que se hundían en la tierra a cada paso, cuando la vía no estaba asfaltada.

En medio de aquella tormenta vi a un par de tipos que se aproximaban hacia a mí. Cuando se percataron de mi presencia observé cómo echaron mano de un par de navajas que llevaban consigo. Saqué la pistola y los disparé sin mediar palabra, así que se esfumaron corriendo como pollos sin cabeza, cada uno con un rumbo distinto.

Era de noche cuando entré en una pequeña pedanía. El agua de los tejados saltaba a la calle como si fuese una cascada, tal era el diluvio que estaba cayendo. De repente, la puerta de una vivienda se abrió a mi paso y el hombre que apareció tras ella me voceó requiriendo mi atención. Había recuperado el oído.

Capítulo 57. Zael

—¡Necesito ayuda! —gritó el hombre bajo el umbral de la puerta.

Rodeado por la intensa lluvia, me quedé parado sin saber qué hacer. La cara del tipo reflejaba la más absoluta de las desesperaciones y, al ver que yo no reaccionaba, volvió a vocear suplicando mi colaboración. Me acerqué hasta donde estaba y el desconocido, poniéndome la mano en el hombro, me hizo pasar a su vivienda. Al acercarme a la entrada escuché unos gritos procedentes del interior de la casa, por lo que supuse que tal vez se habría producido un accidente en su seno. Tumbada sobre un sofá vi entonces a una mujer. Tenía las piernas abiertas mostrando, sin ningún pudor, su feminidad. Se incorporó para ver quién demonios acababa de entrar en su morada. Pude ver entonces su cara congestionada por el dolor, de sus ojos brotaban cascadas similares a las que caían de los tejados en esos momentos.

—¡Está de parto, tienes que ayudarme! —exclamó el hombre situándose frente a la oquedad por donde debía llegar al mundo la nueva vida.

—¿Yo?

—Sí, tú —me ordenó.

Me quité el poncho de plástico y dejé caer la mochila en el suelo. Bajo mis pies se formó un pequeño charco de agua que corrió a unirse al que momentos antes, supuse, anunció el parto. Desperté de mi letargo y me hice cargo de la situación. Me refiero a que, por primera vez en cuatro días, tomé consciencia de lo que me rodeaba. Los turbios recuerdos de la muerte de Lucía abandonaron mis pensamientos devolviéndome a aquella estancia fría y lúgubre donde una mujer estaba a punto de dar a luz.

—¿Qué quieres que haga?

—Ponte ahí, aprieta en la boca del estómago para ayudar a que salga el niño —dijo el hombre señalando la zona que debía presionar.

Me situé al lado de la futura madre, posé mis manos en la parte superior de la barriga y comencé a hundirlas en su carne trémula y sudorosa.

—¡Más fuerte!

Los gritos de ella casi no me dejaban escuchar las órdenes que recibía y, lejos de animarme a hacer más fuerza, interrumpían la función que me habían

encomendado. Las uñas de la parturienta se me clavaban en las posaderas y en los riñones con idéntica fuerza a la que yo realizaba en su regazo. Así, cuando mis manos liberaban la presión ejercida sobre su vientre, de igual manera dejaba de sentir las cinco agujas en mi costado. Mi anfitrión y yo nos intercambiamos las posiciones en varias ocasiones para ver si teníamos más éxito, pero la criatura no terminaba de salir provocando un sufrimiento inhumano en la futura madre.

—¡Necesitamos un médico! —le dije al hombre.

—Empuja.

—¡Necesitamos un médico! —repetí.

—Nadie nos ayudará. ¡Así que empuja, por Dios!

Viendo que se mancornaba obcecado en su idea y que a mí me parecía que estábamos más cerca de la muerte de su mujer que del nacimiento de la criatura, decidí dejar de presionar el vientre para alejar al hombre del sofá donde debía producirse el alumbramiento y así poder apartarnos de los aullidos desgarrados de la hembra.

Aquella pareja no tenía dinero ni nada que ofrecer para traer al pueblo a una matrona que ayudase en el parto. También me dijo que su pobreza era debida al enfrentamiento que habían tenido, meses atrás, con el terrateniente del lugar y que por ese motivo nadie les prestaba ayuda, temerosos de que el cacique los incluyese en la lista de nuevos enemigos.

—¿Dónde está la matrona? —pregunté.

—En este pueblo no hay. La que viene aquí es de Lerma. Está a unos quince kilómetros —añadió intuyendo mi desconocimiento sobre la ubicación de la localidad.

—¿Alguien tiene coche aquí?

—¿Cómo?

Los chillidos de la mujer nos reclamaban de manera desesperada y producían en nosotros un estado de nervios que impedía una conversación medianamente serena.

—Que si alguien en este pueblo tiene un coche que funcione.

—El tío Luis. Pero no lo mueve así le maten.

Me indicó la vivienda del dueño del automóvil y acudí corriendo hasta ella después de sacar de mi interior, no sin poco esfuerzo, la bolsa con oro. Dividí la cantidad en dos partes y una de esas mitades convenció a aquel cascarrabias para que me llevase a casa de la matrona de Lerma. Tuve que persuadir al vecino con la puerta de por medio, remisó como estaba a abrir al

desconocido que se presentó en mitad de la noche para turbar su tranquilidad. Me costó bastante que el vecino viese el botín que le ofrecía por un desplazamiento de treinta kilómetros, e incluso me vi obligado a pasarle alguna pieza de oro por debajo de la puerta para que comprobase que la oferta iba en serio. Al final me abrió la cancela, encañonándome con una escopeta de caza, cogió la bolsa y cerró de nuevo dejándome bajo la intensa lluvia que caía en la pedanía. Al cabo de unos minutos un portón adyacente a donde me encontraba se abrió mostrando el par de luces amarillentas del vehículo del tío Luis.

La otra mitad del tesoro con el que abandoné Madrid sacó rauda de su casa a la comadrona. Se subió al cacharro con un maletín lleno de trastos para realizar el trabajo y, en su urgencia, olvidó cerrar la puerta de casa.

El viaje se me hizo una eternidad y la verdad es que tenía pocas esperanzas de que, para cuando llegásemos a la humilde vivienda de los futuros padres, la mujer aún conservase la vida. Cuando nos apeamos del viejo Renault no escuché los gritos manando del interior de la casa, tal como me recibieron por primera vez, y eso me hizo temer que quizá la matrona no iba a tener trabajo alguno que realizar. Pero no fue así. Accedimos a la estancia y vimos cómo el padre acariciaba la frente de su mujer asiéndole la mano con ternura. Ella estaba exhausta, respiraba profundamente tratando de recuperar un ápice de fuerza para expulsar de sus entrañas a la criatura. La cabecita del niño ya se averiguaba entre los pliegues de la carne por donde debía salir, pero la madre había agotado sus energías y era incapaz de finalizar el parto. La matrona sacó ropa, trapos y se enfundó unos guantes de látex después de lavarse las manos con el agua de un barreño. Los dos hombres nos pusimos a sus órdenes y ejecutamos sus mandatos sin rechistar. A los cinco minutos la nueva vida estaba en brazos de la madre, que de tanto llorar había secado los lagrimales de sus ojos, así que al sentirlo en su regazo solo pudo sonreír. Cuando el calor de su pecho apaciguó el llanto del neonato lo levantó para mirar qué traía entre las piernas.

—Es una niña —le comunicó al padre. Entonces la mujer me dedicó una mirada y me preguntó cuál era mi nombre—. Le pondremos Andrea —concluyó después de escucharme.

—Si lo hace por agradecerme la ayuda prestada, le pediría que no la llamase así. Póngale Lucía.

—Lucía se llamará.

Capítulo 58. Empleado

Mi viaje se detuvo en aquel pueblo durante más tiempo del que jamás deseé. Mi intención era continuar camino a la casa de mi tío Joaquín, tal y como había decidido el euro italiano, pero una vez más el destino engulló mis propósitos sin contemplación y me sacudió un golpe en el alma con un nuevo avatar.

Me desperté con el agudo llanto del recién nacido y, en silencio, comencé a doblar el poncho de plástico que me resguardó de la lluvia la noche anterior. No quería quedarme allí; aquello había sido un episodio un tanto extraño pero ajeno a mi persona. Sí, presencié cómo nace un ser humano. Debo decir que me emocionó y me produjo asco a partes iguales, pero yo solo fui el que pasó enfrente de la puerta de aquella vivienda en el momento exacto, nadie importante o relevante en la vida de aquella familia al fin y al cabo.

Los pantalones, que por los bajos continuaban mojados, me esperaban colgados al lado de la hoguera extinguida de la chimenea y me recibieron con un abrazo gélido y ahumado. Metí mis cosas en la mochila y me calcé las zapatillas, que aún conservaban el barro y la humedad que me regalaron las sendas y calzadas del paraje castellano que me condujeron hasta aquel pueblo. Enfilé la puerta para salir de la vivienda y entonces vi a la madre tumbada en el sofá intentando dar de mamar a su criatura.

—No tengo leche —dijo derrotada después de ver cómo el bebé se desesperaba por sacar alimento de la ubre.

La miré y también a la pequeña, que contaba solo con unas horas de vida. No dije nada. El oro que debía garantizar mi desplazamiento hasta donde la tierra se junta con el mar lo gasté para ayudar en el parto, por lo que no podía ayudar a los nuevos padres. El hombre, sentado en el suelo al lado de ella, hundía el rostro en sus manos, avergonzado. No levantó la cara durante el efímero momento en el que me quedé paralizado buscando al menos unas palabras que aliviase el hambre de mis anfitriones, aunque aquella idea fuese una estupidez. Agarré el pomo de la puerta y abandoné el hogar, frío, sin decir nada, sin pronunciar una frase de esperanza para sosegar el ansia que

devoraba sus estómagos. ¿Qué habrían hecho aquel par de diablos para que nadie en el pueblo les quisiese prestar la más mínima ayuda? Trataba de buscar una respuesta que me hiciese comprender esa situación tan injusta, algo que arrojase siquiera un atisbo de luz a mi alma que, por otra parte, ya tenía bastante castigada.

Caminando llegué a un cruce de calles que confluían en una plazuela presidida por un pozo. Un pequeño grupo de hombres mantenía una charla junto al brocal de piedra portando bolsas de tela y mochilas consigo. Uno de ellos parecía moderar la conversación y daba órdenes con el aplomo del que está acostumbrado a hacerlo. De su hombro derecho colgaba una escopeta de caza y utilizaba la canana a modo de cinturón por fuera de la zamarra. Pasé alejándome de ellos aún inmerso en el amargor de la escena que acababa de abandonar en el hogar que pernocté. Pero noté cómo las miradas del grupo se clavaron en mí al mismo tiempo que el tono de sus voces se atenuaba poco a poco.

—¡Eh! ¡Chico!

Las palabras no detuvieron mi avance. Ni siquiera hicieron que girase la cabeza para mirar al que reclamaba mi atención.

—¿Quieres trabajar en la hacienda de don Mauro? —interrogó el mandón—. Estamos pagando un kilo de harina y otro de garbanzos por día y el almuerzo está incluido —añadió a voces.

Me detuve en seco y pensé que, tal vez, despedirme de los nuevos padres con dos kilos de alimentos me haría sentir algo mejor. Di media vuelta y avancé hasta el grupo de hombres que para entonces ya me miraban con extrañeza. Uno de ellos le dijo al capataz que le parecía muy flaco y escuchimizado, pero este le respondió que no eran tiempos de gordos y que al menos era joven, cosa que al parecer no abundaba por la zona. En la cuadrilla estaba el llamado tío Luis, del que más adelante me enteré que no era tío de nadie porque era hijo único pero que, por algún extraño motivo, el falso título se había adosado a su nombre desde bien niño. Giró su rostro en un gesto en el que entendí que el dueño del viejo Renault no tenía ninguna gana de saludarme, ni tampoco de que el resto de los presentes supiesen que la noche anterior nos habíamos conocido con un trato de por medio.

—¿Quién es ese don Mauro? —pregunté.

El jefe de la cuadrilla lanzó una sonrisa dejando escapar cierta maldad. Miró al resto de subalternos y, abriendo los brazos en un gesto un tanto exagerado, me contestó.

—El dueño de todas las tierras que hay por aquí. Si trabajas bien no te faltará el pan.

Me quedé en silencio intentando valorar si había sido buena idea hacer caso al reclamo del capataz porque, como tal, yo nunca había tenido un empleo.

—No le interesa. Debe estar de peregrinaje, ¿no ves su mochila? —dijo uno de los integrantes del grupo ante mi mutismo.

—¿Es eso cierto? ¿Estás de peregrinaje?

—No.

—¿De dónde eres entonces?

—De Madrid.

Los jornaleros se miraron con cierta sorpresa y murmuraron frases acerca de la credibilidad de mi respuesta.

—¿De Madrid? —preguntó el capataz—. Muy lejos está eso para que un mocoso venga desde allí caminando solo —clavó su oscura mirada en mis ojos haciendo una pausa dramática—. Si no estás de peregrinaje, ¿adónde te diriges?

—No me dirijo a ningún sitio, solo busco sobrevivir —mentí.

—Ya, pero...

—El muchacho ha hecho noche en el corral de la difunta Natividad, lo vi meterse allí. Mira a ver si le interesa el trabajo y vámonos, Prudencio. Se nos hace tarde —intervino para mi sorpresa el tío Luis.

—Está bien, ¿te interesa el trabajo?

—Sí.

Caminamos todos juntos por la carretera. El grupo, al que se le fueron sumando los integrantes que esperaban nuestra llegada para incorporarse a la marcha, alcanzó un total de doce personas y avanzaba estirándose y dividiéndose en parejas, tríos y cuartetos donde se mantenían conversaciones en voz baja. Las ampollas de los pies me estaban matando y tenía que dar pequeñas carreras, de cuando en cuando, para mantener la distancia con el pelotón de trabajadores. El tío Luis se fue descolgando de manera disimulada hasta que se puso a mi lado. Aflojó el paso para aumentar la distancia con respecto a los que nos precedían y, cuando estimó que nuestra conversación no sería escuchada, comenzó a hablar.

—Ni se te ocurra decir que has ayudado a esos dos, ¿me escuchas?

—Sí, pero...

—¡Ni pero, ni pera! Ni se te ocurra decir lo de anoche porque diré que mientes y yo mismo te ahogaré con estas manos, ¿entendido? —dijo sin apenas mover la boca mirando hacia delante para ver si alguno se percataba de la conversación—. Olvida lo que quiera que haya pasado en esa casa, gánate el pan de hoy y continúa tu viaje adondequiera que vayas, ¿estamos?

Sin esperar una respuesta por mi parte, el hombre volvió a la cabecera del grupo uniéndose a la conversación que mantenía el tal Prudencio con otros dos más.

Al cabo de una hora alcanzamos el pueblo de al lado y, tras atravesarlo, llegamos a una enorme hacienda en la que un muro de ladrillo se perdía por el horizonte. Otros grupos como el nuestro entraban bajo el arco que daba acceso al interior de la finca, cruzándose con los que salían cargados con aperos o guiando a caballos y borricos que tiraban de carros. La actividad en torno a la propiedad era frenética coincidiendo con el inicio de la jornada de trabajo y, desde que todo dejó de funcionar, era la primera vez que veía a gente empleándose de manera organizada en algo que parecía estar mandado solamente por una persona. Así, cuando franqueamos la puerta de entrada, en el tejado que delimitaba esta por su parte superior, pude ver las iniciales M.J.

Capítulo 59. El molino

Don Mauro Juez era el dueño y señor de aquella magnífica propiedad cercana a Burgos. De la finca y de una infinidad de tierras, animales, molinos, huertas, naves y casas, aparte de una colección de lujosos coches antiguos; porque el susodicho era tan poderoso que podía comprar combustible para ellos.

En mitad de la extensa parcela se levantaba una construcción con planta en forma de u donde vivía el terrateniente. Allí, apoyado contra la pared del ala derecha del edificio, vi a un hombre coronado con un sombrero de paja organizando la jornada de trabajo. Al principio creí que aquel tipo era don Mauro, pero luego me enteré de que realmente era el capataz de capataces. Los encargados de los grupos se dirigían hacia donde él estaba, recibían directrices sobre lo que se debía hacer y después regresaban para distribuir las tareas a cada uno de los integrantes de las expediciones. Prudencio estuvo hablando con él un rato y después volvió hasta donde aguardaba pacientemente el grupo. Mandó a cada uno su quehacer y acto seguido, poniéndome la mano sobre la espalda, me llevó ante el encargado.

Ernesto era alto y moreno. Sus brazos, tostados por el sol, reflejaban una vida a la intemperie y sus manos, grandes y callosas, dejaban claro que además de haber pasado larguísimas jornadas al aire libre también había trabajado de lo lindo. Unos pequeños ojos oscuros se hundían en zanjitas rodeadas de arrugas y le otorgaban una mueca de hombre desconfiado y sagaz. Tenía la mirada cargada de sospecha y creo que eso le valía para que nadie osase a mentirle. Sobresalían de su labio superior los paletos, cada uno girado ligeramente hacia un lado, cosa que, lejos de darle un tono cómico, acrecentaba el temor que infundía al conjunto. La lengua se le tropezaba con aquellos magníficos dientes al hablar así que en sus discursos esparcía gotas de saliva de manera constante y en todas direcciones.

Mostró un gesto de algo parecido a la cordialidad por tener delante a alguien joven, aunque fuese flaco y esmirriado, tal y como dijo nada más verme. La mueca se fue tornando a la de habitual sospecha conforme Prudencio fue narrando dónde me había encontrado y mi procedencia.

—¿De Madrid? —volví a escuchar.

—El muchacho se está buscando la vida, Ernesto.

El capataz de capataces me perforó los ojos con su mirada y así se mantuvo durante unos segundos. Después dirigió la atención a Prudencio y volvió a interrogarlo.

—¿Y dónde duerme?

—El tío Luis dice que lo vio meterse en casa de la difunta Natividad, ya sabes, la que está abandonada.

El hombre se quedó en silencio, creo que sopesando si yo era digno de unirme a su plantilla de trabajo, y después de varios minutos, en los que unos jornaleros lo interrumpieron para obtener indicaciones sobre las faenas a ejecutar, se dio media vuelta perdiéndose en el interior de la vivienda. Pasado un rato hizo acto de presencia y habló dirigiéndose en todo momento a Prudencio.

—Está bien. Don Mauro dice que se puede quedar. También da su permiso para que se acomode en la casa de la difunta Natividad hasta que se asiente y que se le descontará parte del jornal en concepto de alquiler.

—No sabía que esa casa era propiedad de don Mauro —injirió Prudencio.

—Desde que murió la vieja, sí —respondió el capataz con cierta mala leche—. Llévelo al molino para que le eche una mano *al* Canarro, le va a venir muy bien; hogaño la cosecha es abundante y hay faena de sobra. También le será útil para colarse por el agujero. ¡Ah, y ponle al día con el asunto de Zael!

Se dio media vuelta, cogió una escopeta que esperaba apoyada sobre la pared y, subido a lomos de un caballo, se despidió de nosotros elevando la barbilla.

Prudencio me guio hasta un arroyo que quedaba a veinte minutos de la hacienda de don Mauro. Aprovechó el camino para explicarme las normas de trabajo, en lo referente al pago del jornal, al almuerzo y también a las horas de finalización e inicio de la misma, porque de la labor a realizar en el molino ya me pondría al día Agustín el Canarro. De camino nos cruzamos con varios carros tirados por mulas o por asnos, que cargaban sacos de distinto tamaño y color. Los conductores de los carruajes nos saludaban a nuestro paso y Prudencio devolvía el saludo llamando por su nombre a cada uno de ellos.

Cambió el tono del discurso para contarme el asunto de Zael y más aún

para remarcarme las consecuencias de no seguir los consejos que me estaba dando, que al fin y al cabo eran las órdenes de don Mauro. Así me dijo que en ese pueblo había una pareja hospedada «porque don Mauro así lo quiere y consiente» a la que no se debía tratar, prestar ayuda e incluso era mejor ni dirigir la palabra. Que no era asunto mío por qué aquello tenía que ser así y que solo tenía que atender a lo que se me estaba diciendo. Que bastante complicada era ya la vida como para ponerse en contra de lo que el patrón mandaba. Me dio la descripción del dúo, para que no tuviera duda en reconocerlos, y me señaló que ella debía de estar avanzada en su embarazo, si es que no había dado ya a luz. Con aquellas indicaciones —que más bien fueron órdenes— llegamos caminando río abajo hasta una zona donde el agua se acumulaba formando un pequeño pantano. Lo rodeamos hasta llegar a la empalizada que retenía el agua del arroyo. En la parte inferior de la barrera, compuesta por troncos de árboles apilados que dejaban escapar entre sus juntas un flujo constante y tímido de líquido, se asentaba una construcción de la que manaba un chorro de caudal importante.

—Aquí es —dijo Prudencio señalando el chamizo.

En la entrada de la construcción se asentaban una gran cantidad de sacos idénticos a los apilados sobre los carros con los que nos cruzamos por el camino. En la planicie, frente a la construcción, un barrizal formaba un relieve compuesto por un caos de huellas de automóvil y pezuñas de animal que dejaba registro de las maniobras hechas por las bestias para situar los remolques en las cargas y descargas. El ruido del salto de agua cubría, que no ocultaba, otro sonido procedente desde el interior del pequeño edificio. Se trataba de un rumor constante y grave adornado por un tintineo algo más agudo e igual de cargante.

Salió a recibirnos Agustín el Canarro. Iba envuelto en un mono de color azul plagado de remiendos y por calzado gastaba unas curiosas alpargatas en las que la suela era un pedazo de neumático viejo.

—Aquí te traigo un ayudante.

—¡Por fin! —exclamó alegre el molinero.

El capataz le puso al día sobre mi condición de novato, también le añadió lo mismo que le contó a Ernesto en la finca del patrón y después nos dejó solos.

Mi compañero de trabajo resultó ser un tipo muy agradable al que noté, desde el primer instante, no llevarse bien con la soledad porque no paraba de

hablar. Primero me explicó cómo se hizo la presa que debía alimentar el molino, construcción en la que él estuvo desde el primer día y que se comenzó meses después de aquel fatídico viernes de julio. No ahorró detalles para describir el tipo de árboles utilizados, en las cuerdas y cinchas que usaron para amarrarlos, en la tubería que pusieron para canalizar el agua hasta el molino, en todos los inconvenientes con los que se encontraron, así como en el sacrificio que realizaron hombres y bestias para llevar a cabo la presa. Después me explicó el funcionamiento del molino ya que, al ser un servidor de Madrid, dio por sentado que desconocería, y no se equivocaba. Señalaba cada uno de los elementos y decía, a continuación, su nombre, composición, función y demás pormenores, por no hablar de cada una de las anécdotas que en la suerte de fabricación, búsqueda o colocación, se había producido. Así estuvo más de dos horas en las que solo interrumpió su perorata para alimentar la tolva con grano. En la parte inferior de la construcción se encontraba el motor de aquella máquina, que no era más que una rudimentaria turbina compuesta por cucharones de madera.

—La piedra voladera, la solera, y la turbina la recuperamos de un viejo molino que estaba abandonado a un día caminando de aquí —dijo satisfecho—. El saetín, el eje y la tolva la fabricamos nosotros mismos —añadió después con igual orgullo.

Todo me lo explicaba con pasión y entusiasmo, sin embargo, yo solo pensaba en concluir con la jornada y en no volver a aparecer por el molino en mi vida. Aun así, aparenté interés en lo que me contaba por no parecer descortés o maleducado. Y después comenzamos con la faena.

Capítulo 60. La historia de la pareja

Regresé al pueblo con la luz del día casi agotada, el cuerpo dolorido y los pies reventados. La carga extra de la mochila castigó mi maltrecha espalda e hizo de los últimos metros de la caminata un auténtico suplicio. Pero en todo aquel sacrificio había una satisfacción que me hacía continuar, ilusionado, con mis pasos.

Me dieron de almorzar, tal y como prometió Prudencio en la plaza del pueblo cuando me contrató. Un chusco de pan acompañado de un magnífico chorizo que devoré sin piedad, además de un buen trago de vino que nos trajeron en una botellita de plástico. Después de comer, Canarro se hizo un cigarrillo de hierba que, como estaba verde y húmeda, prendía mal y cuando lo hacía desprendía unas fumarolas exageradas.

Y sentado al lado del molino, con los pies dentro del arroyo que fluía ya liberado de la presa, aquel pitillo me transportó a la azotea del piso de Madrid. El humo, que después de recorrer la garganta me hacía toser, me devolvió al recuerdo de mi espalda apoyada contra la pared y el cielo estrellado por encima de mi cabeza y a mi lado Lucía. Las lágrimas me brotaron sin querer y el molinero paró su discurso acerca de la fauna local extrañado por mi reacción. Quiso saber qué me pasaba y el porqué de mi llanto, pero no le conté nada y eché un telón por encima regresando de inmediato a la faena.

Pero la jornada ya se había terminado y tenía un kilo de harina y otro de garbanzos que nos dieron en la finca antes de regresar a nuestras casas. Registraban a todos los que salían por la puerta de la hacienda y Canarro me advirtió muy serio sobre las consecuencias para aquel al que pillasen sisando.

El tío Luis me acompañó hasta la casa de la difunta Natividad simulando echarme una mano con el peso de mi bolsa, pero realmente lo que quería era no destapar su embuste. Así me llevó a una humilde casa de muros de adobe en la que entramos bajando el picaporte de la puerta porque la cerradura no estaba echada.

—Haz noche aquí y desaparece al amanecer, ¿me has escuchado?

—¿Qué hicieron esos dos a los que ni siquiera se nombra? —pregunté.

El hombre me miró fijamente y torció el gesto. Se quedó callado y levantó su dedo índice en un gesto amenazante. Cuando estaba a punto de decir algo se frenó y bajó la mano.

—Ya has conseguido tu jornal, no seas imbécil y desaparece de aquí, ¿me escuchas?

El tío Luis se esfumó abandonándome en la sala de aquella casa. Las ventanas eran pequeñas y entraba muy poca luz por ellas. Abrí los cajones en busca de algún fósforo o mechero que iluminase la estancia, pero alguien ya se había encargado de limpiar cualquier cosa de valor que hubiese dejado en vida la difunta. Solo había marcos de fotos, crucifijos y alguna que otra estampa de la Virgen. En pocos minutos la oscuridad inundó el hogar y no pude completar el registro de la vivienda. Esperé dentro del salón tumbado sobre mi saco de dormir. Pasado un rato salí a la calle en busca de los recién estrenados padres. Me deslicé por las calles solitarias y fantasmagóricas como un ente, sin hacer ruido. A los pocos minutos me encontraba frente a la puerta de la casa en la que el llanto de la pequeña Lucía se escuchaba desde fuera. Toqué la puerta con suavidad y poco después me recibió el padre de la criatura.

—Andrés, eres... ¿tú? —balbuceó confundido.

Me introduje dentro del hogar y solté, encima de la mesa, el pago de mi día de trabajo. La mujer se abalanzó sobre los alimentos, vertió todo dentro de una cazuela con agua y después la colgó sobre la raquítica llama de la chimenea.

—¡Gracias! —dijo abrazándome.

El padre se adosó a nosotros, derrotado, y así estuvimos varios minutos: entre un mar de lágrimas de las que me contagié porque era imposible no hacerlo.

Les pregunté sus nombres ya que la noche anterior no tuve tiempo de presentaciones debido al estrés del parto, tampoco quise saberlos por la mañana pensando como estaba en no volver a verlos jamás.

—¿Cómo has conseguido esto? —preguntó Carlos.

—Trabajando en un molino, en el pueblo de al lado.

La pareja se miró con preocupación y el hombre volvió su cara hacia mí con el gesto serio.

—¿Con Agustín, al que le llaman el Canarro?

—Sí.

—¡Fíjate, ahora trabaja para tu padre! ¿Qué te parece? —exclamó Carlos

dirigiéndose a la mujer.

—¿Eres la hija del capataz? —pregunté sorprendido.

—No, soy Silvia Juez, la hija de don Mauro.

La miré perplejo ante lo que acababa de escuchar porque nadie me contó el pequeño detalle de que era la hija del patrón a la que no se le podía prestar ningún tipo de ayuda, que era sangre de su sangre la persona más odiada por Mauro Juez, hasta tal punto que no le importaba que esta muriese de inanición.

Mientras la cazuela con el guiso gorgoriteaba encima de la lumbre, la pareja relató cómo habían llegado a esa situación. Debo decir que no fue una historia corta y que no escatimaron en detalles y fechas, hasta el punto que en algunos momentos perdí el hilo de la misma.

A fin de cuentas, habían terminado malviviendo en aquel cuchitril por el orgullo desmedido del terrateniente. Silvia me confesó que siempre había sido una niña un tanto rebelde a la par que consentida. Hija única de una familia acomodada que —además, desde el maldito Día Cero— no había hecho otra cosa que aumentar su fortuna. La cuestión era que el padre pretendía ennoviarla con el hijo de otro terrateniente de la zona norte de la provincia porque decía que, en este nuevo orden que se había establecido, era importante buscar alianzas tal y como se hacía en la Edad Media. Don Mauro tenía delirios de grandeza y, desde que la Guardia Civil desapareció de la zona y él comenzó a ganar poder, creyó firmemente que aquella situación anárquica solo se podría detener imponiendo algo parecido a un régimen feudal. Lo pensó y lo aplicó, porque a aquellos que osaban a contradecirle les aplicaba su cruel justicia con total impunidad, según contó Carlos.

Silvia no tenía ninguna intención de complacer a su padre —en lo que se refiere a casarse con un muchacho que ni conocía— y ello había ocasionado fuertes discusiones en el seno de su familia. A ella le gustaba vivir la vida y no pensar en futuros de ningún tipo, cosa que sacaba de quicio a su progenitor que no dudaba en tacharla de zorra continuamente.

La cuestión fue que Carlos y la hija de don Mauro comenzaron una relación en secreto de la cual el terrateniente sospechó desde el primer momento. Tal era así, que el patrón preguntaba a todas horas a su hija por esta cuestión. También interrogó a Carlos en varias ocasiones ante aquella corazonada que no le dejaba conciliar el sueño. La situación era complicada porque el muchacho trabajaba en los establos de la hacienda de don Mauro cuidando, entre otros, el espléndido purasangre del nuevo cacique. Así pues, la pareja mantuvo sus encuentros en privado, lejos de los miles de ojos que

espiaban para el dueño de las mejores tierras de la comarca. Pero el tiempo hace costumbre y relaja las precauciones de manera fatal, como fue su caso.

Tuvo don Mauro la idea de celebrar su sesenta aniversario con una fiesta por todo lo alto. Un acontecimiento al que invitó a un agasajo en la hacienda a sus empleados, familias incluidas, donde no faltó comida, vino, músicos, bailarines y payasos. La colección de coches antiguos se puso a disposición de los asistentes para pasear por la propiedad a niños y adultos. Subirse de nuevo en un vehículo motorizado se convirtió en un gran reclamo para los invitados e incluso hubo que guardar turno para disfrutar de aquellas maravillas que burlaron la debacle tecnológica del 2027. Llegaron a tirarse cuatro cohetes por los que don Mauro, según se comentó ampliamente, pagó una fortuna a un pirotécnico valenciano al que el Día Cero le había dejado atrapado en Burgos. La celebración fue la puesta en escena típica del dictador que solo tiene por objeto mostrar el poder y grandeza de su persona, según puntualizó Carlos.

A aquel dispendio también fue convidado el terrateniente del norte de la provincia, el cual acudió con toda su familia, hijo casadero incluido.

Tomaron vino, bailaron, comieron y todos rieron las ocurrencias rancias del tirano. Silvia y Carlos —animados por el dios Baco y camuflados en la muchedumbre— se perdieron hasta las caballerizas donde terminaron por entregarse con pasión al amor encima de un carro cargado con forraje. El ardor del momento se alió con el alcohol ingerido impidiéndoles percatarse de que una yegua estaba aún amarrada al improvisado nido de amor. Una vez la pareja terminó, y acunados por el dulce calor de la alfalfa, se quedaron dormidos tal y como Dios los trajo al mundo. Por alguna razón, seguramente coincidiendo con el lanzamiento de los cohetes que pudieron asustar al animal, la bestia abandonó la nave con su trote sosegado y se plantó frente a la hacienda, tal y como hacía cada mañana para cargar a los empleados que trabajaban en la era. La música paró, las conversaciones se cortaron de cuajo y el relinchar del animal los despertó en medio de un mar de miradas.

Me contaron que don Mauro enloqueció y que si aún seguían con vida fue gracias a la madre de Silvia, que se interpuso entre los amantes y su marido para que no les atizase más latigazos.

La fiesta se tornó en un juicio improvisado, con castigo incluido, donde el ofendido padre aprovechó para desheredar a su hija, maldecir a la pareja y amenazar seriamente a todo aquel que se atreviese a prestarles cualquier ayuda.

Capítulo 61. La tiranía de don Mauro

Repetí la misma rutina durante un par de meses, aunque más me hubiese valido salir de aquel pueblo para continuar con mi camino hacia la tierra de las montañas y del mar. Pero algo, no sé qué, me hizo acomodarme de manera absurda a la nueva situación. Tal vez fue el bálsamo que la responsabilidad y el trabajo esparce sobre las almas heridas, o, a lo mejor, el pensamiento descabellado de que la criatura recién nacida era la misma reencarnación de la mujer que tanto amé. No lo sé; no debí quedarme allí, pero lo hice.

Acudí todos los días, menos los domingos, al molino donde fui trabando cada vez más confianza con Agustín el Canarro. El trabajo, no exento de fatiga y pesadez, no me disgustaba y es justo decir que terminé disfrutando de él. Cargaba sacos, alimentaba la tolva con grano y vaciaba el harnal cuando este se colmaba. Me acostumbré al ruido cansino que emiten las piedras rozándose entre sí para convertir la cosecha en harina. Aprendí a manejar con destreza la palanca de alivio para obtener la calidad de molienda deseada, tal y como me enseñó mi maestro molinero. Cuando era menester me deslizaba por el pequeño agujero que daba acceso desde la sala de molienda a la turbina con el objeto de quitar las ramas y piedras que, atascadas entre sus cucharas, bloqueaban el invento impidiendo continuar con la faena. Esta labor, la de desatancar la turbina, era por la que el Canarro más se alegraba del nuevo ayudante que le habían asignado, ya que cuando le tocaba hacerlo a él terminaba calado hasta los huesos. No es que Agustín fuese un hombre grueso, no, es que un servidor siempre ha sido de silueta triste y con las hambres y las miserias mi cuerpo no hizo sino empeorar. El molinero simplemente no entraba por el agujero y se veía obligado a acceder a la turbina por el torrente que evacuaba el molino aguas abajo.

—¡Me calaba hasta arriba! —decía colocando la mano derecha sobre su cabeza—. Como ya te he contado, no es buena idea meter prendas con agua dentro del molino, así que terminaba la jornada trabajando en pelotas —añadía finalizando la frase con una sonora carcajada.

Comíamos sentados a la orilla del arroyo, con los pies inmersos en el

frescor de sus aguas y, acariciando nuestros oídos, el agradable sonido del viento sobre las ramas de los árboles. Curé las ampollas de los pies con el ungüento que me dio el hermano Gabriel en El Paular. Lo hice ayudado por mi compañero de trabajo que tenía una maña especial utilizando aguja e hilo. Charlábamos de cosas intrascendentes y también de otras importantes, como no podía ser de otra manera, estando un montón de horas pegados el uno al otro. Así me contó, en varias ocasiones, la celebración de su boda y el viaje de novios que hicieron a Méjico. Relataba excitado las maravillas que en el país azteca visitaron y también la belleza de sus playas. Me contó toda su vida: que había sido mal estudiante, pero que tal cosa no le impidió terminar siendo encargado en la fábrica de neumáticos; que el Día Cero fue a trabajar pero que no pudieron hacer nada, como los otros quince siguientes en los que continuó personándose puntualmente hasta que la planta se cerró de manera definitiva; las revueltas que se desataron cuando desapareció la Guardia Civil; etcétera.

Agustín era hombre más de hablar que de escuchar, así que yo aprovechaba los pocos silencios del molinero para meter baza solo por descansar durante unos instantes de su voz. De todo lo que le relaté, lo que más le fascinó fue el descubrimiento de los hombres que vivían bajo las alcantarillas de Madrid. Yo le decía que tampoco tenía mucho más que contar, aparte de haberlos visto en contadas ocasiones emerger a la superficie para después regresar al inframundo acompañados del cuerpo inerte de algún desgraciado, pero al Canarro le encantaba escuchar aquella historia una y otra vez. Decía que esos seres tenían que ser zombis y, aunque yo se lo negaba con rotundidad, él seguía en sus trece convencido de que tales criaturas no podían ser de condición humana como la nuestra.

—¡Qué no, Andrés! ¡No hay persona que pueda vivir así, te lo digo yo!

Fumábamos cigarrillos de hierba verde que arrancábamos de la orilla del riachuelo y un día, el Canarro, trajo picadura de tabaco americano que consiguió en Lerma. Con el paso de los días las conversaciones se iban haciendo más intensas y, de esta manera, un día me contó cómo don Mauro hizo engordar su fortuna aprovechándose de las miserias de sus vecinos. Cuando hablaba del patrón lo hacía siempre después de cerciorarse de que nadie se aproximaba al molino y, bajaba tanto el tono, que costaba entender lo que decía porque el rumiar constante de las piedras tapaban su voz.

La suerte nunca ha sonreído a todos por igual, y prueba de ello es que al patrón la cosa se le puso de cara el mismo día que a los demás se nos puso de culo:

Resulta que el Día Cero, don Mauro, tenía un gran excedente de grano — almacenado en silos, fruto de las cosechas de los años anteriores— a la espera de que cotizasen mejor en el mercado de valores. Y vaya si lo hicieron. De esta manera, los depósitos que antaño contenían un bien sin demasiado valor se convirtieron, de la noche a la mañana, en cajas de caudales gigantescas. Así, cuando el hambre ya era un incómodo huésped en la gran mayoría de las casas de la provincia, don Mauro tenía alimentos para dar de comer a media España, y fue en ese preciso momento cuando el tirano comenzó a canjear su excedente por todo tipo de bienes y propiedades convirtiéndolo en el cabrón más poderoso de la comarca. Sobra decir que se aprovechó de la necesidad de sus semejantes y que pagó miserablemente a los que hicieron trato con él.

El mismo Canarro le vendió una pequeña huerta que tenía abandonada por dos sacos de trigo, un cordero, diez litros de leche y la promesa del trabajo que ahora desempeñaba.

—¡No tenía que habérselo vendido, Andrés! Ahora podría cultivar el huerto y obtendría más alimentos para mi familia —se lamentaba.

Luego argumentaba el razonamiento de su decisión, aunque yo no le pregunté ni quise nunca indagar sobre la venta de su propiedad viendo que ese tema le escocía.

—Hasta que la tierra da frutos solo le hace a uno invertir dinero y trabajar en ella. Todos pensábamos que la luz volvería a nuestras casas, que todo volvería a la normalidad no tardando mucho tiempo, pero ya ves —se lamentó entre susurros—. El trato era bueno porque la parcelita que le vendí estaba llena de malas hierbas y abandonada desde mucho tiempo atrás. La tenía de una herencia, nunca la quise y nosotros necesitábamos comer, Andrés. ¡Teníamos hambre!

Cerró su discurso golpeando con furia uno de los sacos de trigo y después abandonó el molino avergonzado. Al cabo de un rato se recompuso y volvió a la tarea sin mediar palabra.

Yo regresaba por las noches a casa de la difunta Natividad con el jornal a cuestas. Pago, dicho sea de paso, menguado por el cobro del alquiler que estableció don Mauro. Abría la vieja puerta de madera y me introducía en la

vivienda solo por aparentar que pernoctaba allí. Cuando la noche era bien entrada, repetía el sigiloso caminar hasta la casa de los repudiados para compartir con ellos mis alimentos. Me gustaba su compañía y me agradaba contemplar a la pequeña Lucía dormir dentro de la caja de cartón que le apañaron como cuna. Las noches en Castilla siempre fueron frías, así que acercaban la improvisada camita al calor de la chimenea para que la criatura no se quedase helada. Cenábamos una extraña masa de harina en la que los garbanzos, con frecuencia bastante duros, deambulaban de manera sospechosa por la olla. Aunque el plato no era agradable al paladar sí le sentaba bien al cuerpo y le daba fuerzas de manera notable. Silvia no sabía cocinar y su pasado burgués no le estaba ayudando a solventar la nueva situación en la que se encontraba. Bien es cierto que tampoco tenían oportunidad de canjear la harina o los garbanzos por algún otro alimento ya que nadie quería trato alguno con la pareja. Carlos dedicaba las jornadas a buscar leña y tenía que conformarse con las ramas secas que encontraba por las orillas de los caminos porque ni siquiera tenía un hacha para cortar un tarugo como Dios manda. Me preguntaban mucho sobre la vida en Madrid. Se les notó decepcionados al enterarse de las atrocidades que en la capital se cometían. La pareja albergaba la esperanza de ir a la ciudad para comenzar una nueva vida, pero creo que les hice desistir de tal idea con mis historias de muertes, hambres, salvajismos y demás penurias.

—Si mala es la vida en este pueblo, en Madrid es peor —les advertí—. Aquí no se pasa tanta hambre, hacedme caso —añadí para reforzar mi argumentación.

El hombre miraba al suelo, abatido, desesperado ante mis palabras. Daba vueltas a su penosa situación y trataba de buscar una salida para su familia. Se quedaba callado, levantaba después la cabeza pareciendo querer decir algo y acto seguido volvía a enfrentar su rostro a la mesa donde cenábamos. Su mujer le pasaba la mano por el cogote y el gesto amoroso entonces le hacía arrancarse a llorar.

—No os preocupéis. Con lo que gano en el molino podemos comer los cuatro.

—Te lo agradecemos de veras, Andrés —dijo Silvia mirándome a los ojos—. Pero no puedes estar en esta situación durante mucho tiempo, es peligroso. Mi padre es una persona cruel, tienes que seguir con tu camino y desaparecer de este maldito pueblo antes de que te descubran.

—Lo haré, estad tranquilos por eso. Marcharé cuando la pequeña Lucía

pueda soportar el viaje que vosotros también debéis emprender, lejos de los tentáculos de don Mauro.

El hombre se levantó de la silla envuelto en furia y con la cara congestionada dio varios golpes sobre la mesa.

—¡No es justo, no es justo! —aulló.

Silvia se levantó para consolarlo, pero él rechazó el abrazo. Carlos estaba consumido por la desesperación y necesitaba desahogarse con alguien que no fuese su mujer. Mirándome a la cara, ante la tenue luz de la candela instalada en la chimenea, comenzó a quejarse amargamente de su situación.

—Yo era cerrajero, Andrés. De los mejores de toda la provincia de Burgos. Me ganaba bien la vida hasta que aquel viernes de verano se jodió todo. Después no me quedó más remedio que trabajar para ese malnacido como cuidador de caballos porque también sé herrar a las bestias.

—Tranquilo, Carlos —imploró Silvia viendo la excitación del padre de la criatura.

—Hice vallas, puertas, ventanas, cancelas en toda la comarca y la gente tenía que esperar durante meses para sus encargos. En más de una, qué digo una... ¡mil ocasiones! tuve que desplazarme a casas porque sus dueños habían olvidado quitar la llave por dentro y no podían entrar a pasar la noche. ¿Y quién iba allí, muchas veces sin cobrarles nada, a solucionarles el problema, aunque me llamasen de madrugada? —se preguntó— ¡Este gilipollas que tienes delante! —gritó señalándose con el pulgar.

—El Día Cero fue duro para todos, Carlos —argumenté de manera estúpida porque simplemente no sabía qué decirle.

El padre, recuperando parte de la calma que le había abandonado, recogió la silla que tiró al ponerse en pie, se mesó el cabello y bebió un poco de agua.

—Es cierto lo que dices, Andrés. Lo que más me duele de esta situación es ver cómo mucha de esa gente a la que ayudé ahora me vuelve la espalda, me tratan como a un perro.

El crepitar de la fogata cubrió el silencio de la estancia. Durante varios minutos ninguno de los presentes nos atrevimos a decir nada.

—No los culpes, Carlos. El miedo a mi padre les hace comportarse así.

Capítulo 62. El cartel

Me resulta muy curioso que sea el zorro el que deba cuidar del gallinero, pero desde que lo descubrí en Zael lo he visto repetirse en distintos lugares. Supongo que siempre fue así, al menos hasta que la democracia se instauró en la sociedad y fue, solo entonces, cuando elegimos a quién queríamos como guardián del corral.

Agustín me contó cómo el patrón también tenía montada otra línea de negocio en su zona de influencia, aumentando de aquella manera no solo su riqueza sino también su poder.

Don Mauro era listo, de eso no había duda, así que el terrateniente aprovechó todas las oportunidades que le brindó la desgracia que acaeció sobre este mundo en cuanto tuvo ocasión. Con el vacío de poder, y con la ausencia de las fuerzas del orden que hiciesen cumplir la ley, el tirano organizó un pequeño ejército para garantizar el orden en sus dominios. Aceptó armas a cambio de alimentos y así se hizo con un considerable arsenal de escopetas de caza una vez sus dueños gastaron la munición que las hacían útiles. A él sí le sirvieron ya que pudo comprar cartuchos poniendo una cantidad importante de bienes encima de la mesa de un armero de Burgos.

Todo esto me lo reveló el Canarro la primera vez que aparecieron por el molino un par de tipos a caballo. Agustín los saludó desde la puerta y los jinetes devolvieron el saludo levantando la mano desde lo lejos. Cruzadas sobre sus espaldas llevaban sendas escopetas que saltaban al compás del trote de los animales.

—Son los de la guardia —dijo cuando el ruido del molino engulló el sonido de los cascos de los caballos.

—¿La guardia? ¿Qué guardia?

Muchos de ellos habían sido cazadores que, paradójicamente, empuñaron de nuevo sus armas tras habérselas vendido tiempo atrás al patrón. Gentes que se encargaban de vigilar que nadie merodease por la zona de manera sospechosa, que imponían la ley del plomo si pillaban a algún desgraciado metiendo la mano en la propiedad del señor.

Así, con el paso del tiempo, don Mauro llegó a creerse valedor de su propio apellido pensando que si había sido bendecido con él pues que por algo sería. En su delirio, el patrón acostumbraba a celebrar juicios en la hacienda cuando surgía alguna disputa entre los vecinos que vivían bajo su yugo. Llegado el momento, el todopoderoso señor de las tierras, hacía montar una tarima enfrente de su casa en la cual se celebraba algo parecido a un contencioso. Los encausados exponían sus razonamientos y presentaban las pruebas para respaldar los argumentos que debían darles la razón ante el cacique. Después de escuchar a las partes, don Mauro se retiraba al interior del edificio del cual regresaba al cabo de unos minutos con el veredicto escrito en un folio. Los juicios se celebraban a puerta abierta y un gran número de personas asistían a verlos. Cuando don Mauro Juez leía con voz engolada la sentencia, no le faltaban aduladores que aplaudiesen frenéticos la sabia decisión. En algunos casos hubo penas muy duras para los perdedores y ello desencadenó más de una venganza cobrada posteriormente con sangre.

Los hechos más graves a menudo no llegaban al *tribunal*, de tal manera que si la guardia pillaba con las manos en la masa a algún ladrón, violador, asesino o asaltante de caminos, un plomazo ejecutaba de inmediato la sentencia. Luego llevaban el cuerpo inerte del malhechor ante el patrón y, después de que el señor Juez lo encontrase culpable de los delitos que se le imputaban, lo tiraban a una fosa en mitad del campo.

El poder de don Mauro fue creciendo con el tiempo y nadie en la zona parecía poner freno a sus ínfulas de grandeza. Pagaba bien a la guardia y también a aquellos que delataban a los vecinos que pretendían burlarle de alguna manera. Así, el nuevo caudillo se franqueó un reino —lleno de chivatos y de estómagos agradecidos— en el cual nada se movía sin que él diese su visto bueno.

Todo propietario de casa o tierra de la zona tenía que pagar un tributo mensual al cacique por la protección ofrecida, pago del que quedaban exentos aquellos que trabajaban para él. De esta manera, los que no cedieron a la venta impostada de sus tierras, tenían que pagar con parte de lo que estas rendían a don Mauro.

—¡Un veinte por ciento de lo que saquen, Andrés!

—¿Un veinte?

—¡Y pobre del que le intente sisar! —dijo el molinero sacudiendo la mano derecha.

Todo esto que escuché de labios del molinero debía haberme animado a abandonar los dominios de semejante cabrón, pero en aquel momento no vi la magnitud del peligro que se cernía sobre mí.

«La confianza mata», rezaba un cartel colgado en la pared de la sala de molienda. Lo puso ahí Agustín el mismo día que se inauguró el molino para recordarle los peligros de actuar excesivamente confiado en el trabajo. Fue lo único que se llevó de la fábrica de neumáticos el día que les dijeron que la actividad cesaba hasta que todo volviese a la normalidad. Debajo de la frase se podía ver a operarios realizando prácticas temerarias y debajo de estas los consejos para evitar tales conductas.

—Es peligroso acercar demasiado las manos a la piedra voladera cuando se está moviendo, ¿sabes? —me advirtió—. El cartel me recuerda que el trabajo es peligroso —apostilló señalando al póster.

Realmente creo que Agustín el Canarro colgó aquel aviso añorando los tiempos pasados donde él velaba por la seguridad de sus compañeros.

Hoy me he vuelto a mirar la espalda ayudado con un par de espejos que tengo en esta celda. No lo hago casi nunca, la imagen es terrible. Las cicatrices que me cruzan de lado a lado aún me duelen cuando el tiempo está de cambio y también me recuerdan que lo que decía aquel cartel era una gran verdad.

Capítulo 63. Iudicium

Abrí los ojos y vi el rostro anciano de una monja. La espalda y los glúteos me ardían haciéndome sentir un dolor indescriptible. No sabía dónde estaba ni qué hacía allí. La mujer, asistida por otra más joven vestida con el mismo atuendo, limpiaba mi cuerpo desnudo ayudada de una esponja. Sentí vergüenza porque mi sexo estaba al descubierto y la monja lo apartó sin remilgo para limpiarlo. Quise hablar, intenté articular algo coherente pero no pude. La religiosa más joven se dio cuenta de que me había despertado y entonces le hizo un gesto con la cara a su compañera.

—¡Chsss! Tranquilo, joven —dijo la vieja cruzando sus labios con el índice.

Sin inmutarse continuaron con el aseo y pasaron con metódica paciencia la esponja por mi cara. Después la secaron y comenzaron a deslizarme un peine de púas muy finas y alargadas por el cabello.

—Tiene piojos —exclamó la joven después de observar el artilugio a la luz de la ventana.

—Llama a sor Carmela y que le rape el pelo.

La mujer obedeció la orden y desapareció tras una puerta. Notaba en la espalda cada latido de mi corazón. Con cada embolada de sangre el escozor aumentaba y hacía más insostenible continuar boca arriba en aquella cama.

—Sí, sé que te duele. En cuanto suban te damos la vuelta — susurró señalando la puerta por donde abandonó la estancia su compañera.

Escuché los pasos de varias personas abordando unas escaleras hasta que un total de cuatro monjas se personaron en la habitación en la que estábamos. Pensé que no podía encontrarme en una situación más embarazosa, con mi esquelético cuerpo desnudo delante de aquellas mujeres, aunque los dolores que sufrí instantes después esfumaron de mi cerebro cualquier vestigio de pudor.

Me pusieron boca abajo y al hacerlo noté cómo las sábanas se querían quedar adosadas a mi piel. Tiraron de ellas para despegármelas y justo en ese momento comenzó el calvario de la cura. Descubrí que, lo que creía ser una cama, en realidad era una arcaica camilla de quirófano porque era estrecha y

estaba más alta que cualquier lecho que se utilizase para dormir. Cuando mi espalda vio la luz escuché entre susurros la invocación de varios Cristos y distintas Vírgenes, por lo que imaginé que el panorama contemplado por aquellas benditas señoras debía de ser desolador.

Me colocaron de tal manera que mi cara quedó sobresaliendo por la parte delantera de la plataforma y debajo pusieron un cubo de plástico. Mientras la tal hermana Carmela me despojaba de mi cabello sucio y contaminado de parásitos, las otras tres me limpiaban la parte trasera del cuerpo. Yo chillaba y rabiaba soportando el martirio. Las lágrimas se mezclaban con la saliva de mi boca para terminar precipitándose encima de los mechones de pelo posados en el fondo del cubo. De reojo vi cómo alguna de las monjas abandonó la sala con la mano en la boca para, instantes después, regresar con esa rojez que imprime el llanto en el rostro. Me agarré a las patas de la camilla intentando entender qué demonios había pasado, notando cómo la humedad del agua que limpiaba mis llagas se convertía en puro aceite hirviendo al entrar en contacto con la piel. No lo soporté y terminé por desmayarme.

γ γ γ γ γ γ

—¡Ancha es Castilla... y estrechas las castellanas! —dijo Agustín el Canarro finalizando la frase con una risotada de las suyas.

Era un tipo que se hacía querer y que no tenía pelos en la lengua. El dicho, que según el molinero era popular por aquellas tierras, lo soltaba de vez en cuando —muchas veces sin venir a cuento— y por lo que se ve, por ese mismo motivo, Agustín y sus amigos elegían pasar sus vacaciones en cualquier playa que se asomase al Mediterráneo. En sus tiempos jóvenes, cuando un tal Julio el Cabra se sacó el carné de conducir y se compró una tartana que los llevaba de un lado a otro, pasaron varios veranos en pueblos donde los chiringuitos, los cubatas y las mujeres fáciles abundaban por doquier. Narraba emocionado las conquistas que llegó a hacer en una sola noche y jocoso apostillaba después que eso en Burgos era simplemente imposible.

Yo le conté mi historia de amor con Lucía y hasta llegué a enseñarle la foto que siempre llevaba conmigo. El Canarro le dio el visto bueno y con golpecitos de complicidad me felicitó por mi conquista. No había secretos entre los dos y durante aquel par de meses nos contamos nuestra vida el uno al otro.

Así un día, Agustín me relató el episodio de la fiesta del sesenta cumpleaños de don Mauro. Entre carcajadas secuestradas para que nadie le escuchase mofarse del patrón, el molinero me explicó el lío que se montó a mitad del festejo. Se meaba de la risa recordando cómo apareció la yegua, abriéndose paso entre los invitados, tirando del remolque con los dos amantes durmiendo encima de la alfalfa. Se regodeaba y me aseguró que muchos de los que asistieron a la fiesta recibieron la humillación del terrateniente con el gusto del que se venga a través de un tercero.

—Pobre muchacho, si no llega a ser por doña Josefina allí mismo lo mata —dijo secándose las lágrimas que habían hecho brotar las carcajadas—. Si siento lo que ocurrió es solo por la pobre mujer, ¡qué bochorno debió de pasar viendo a su hija así!

—Pobres chavales, tampoco fue para tanto, ¿no crees?

El hombre me miró sorprendido y se quedó delante de mí sin saber qué decir.

—Yo no sé lo que será normal en Madrid, pero aquí esto fue un escándalo del que al día siguiente todo el mundo hablaba. Creo que don Mauro pasó dos días con fiebre del disgusto y que, cuando se enteró de que la pareja se había refugiado en una casa en Zael, cogió una escopeta y se subió a un caballo para matar a Carlos, que es como se llama el mozo —aclaró.

—¿Por qué no lo hizo?

—¡Otra vez doña Josefina! —exclamó—. La mujer arrancó el Santana y llegando al pueblo alcanzó a su marido, cruzó el coche en el camino y le quitó el arma. Allí mismo le ordenó que los dejase en paz, que no los persiguiese y que se olvidase de ellos —explicó con vehemencia el Canarro—. Por esa razón el patrón consiente que vivan allí.

—Vaya, vaya.

—Sí. Las madres... ¡si no fuese por ellas! Doña Josefina es buena mujer, no es como su marido. Las gentes dicen que, a escondidas de don Mauro, les lleva alimentos y ropa todas las semanas.

—¡Eso es mentira! —exclamé.

El Canarro se sobresaltó con mi respuesta y se quedó callado durante unos instantes.

—¿Cómo sabes que eso no es cierto?

Entonces le descubrí la única parte de mi vida que no había narrado durante aquel par de meses. Le dije cómo había venido al mundo la nieta de

don Mauro, cómo sobrevivían en aquel cuchitril y cómo se tiraron a por los garbanzos cuando aparecí con ellos tras cobrar mi primer jornal. Le transmití la ternura que me despertaba esa criatura recién nacida acostada en la cajita de cartón frente a la hoguera. Le transmití la desesperación de los padres y la frustración desmedida de Carlos, que veía impotente que no podía sacar adelante a su familia. Le confesé que tenía debilidad por los tres y que las noches eran menos duras en su compañía. Que todos los días cenábamos la misma pasta de harina con garbanzos porque no había manera de cambiarlos por nada. De la falta de solidaridad de la gente, que obedecía más bien a su miedo al patrón. De los trasnochados planes de emigrar a Madrid con un recién nacido por esos caminos de Dios. Le confesé todo.

γ γ γ γ γ γ

Volví a despertarme y la misma mirada piadosa me recibió de nuevo. Sujetaba una toalla húmeda en mi frente y, a través del tejido, pude percibir el temblor descontrolado que a menudo tienen los ancianos en las extremidades. Sus ojos, claros y profundos, me miraban con ternura y el gesto lo acompañaba una sonrisa bondadosa. En la otra mano sujetaba un rosario de madera en el que las cuentas se colaban entre el índice y el pulgar con sorprendente rapidez.

—¡Chsss! Calma, calma —dijo serena la monja.

—¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy?

—¡Chsss! Calma, calma —repitió.

Un sopor me envolvía de manera traicionera nublándome la vista con cierta frecuencia. Decía cosas pero ni yo mismo las entendía. Abría la boca para dejar que el hilo de aire de mis pulmones pudiese articular alguna sílaba, pero no había manera. Donde antes sentí fuego ahora tenía instalada una sensación desagradable, tanto que me hizo creer que me habían cambiado el espinazo por una tabla de madera.

—Duerme, hijo mío. Duerme porque estás a salvo.

γ γ γ γ γ γ

Me afanaba en cerrar el último saco de harina. No se me daba bien coser, pero con el tiempo, cuando se me hizo callo en el dedo que empujaba la aguja, llegué a hacer un pliegue aceptable, según manifestó el molinero. La jornada estaba a punto de concluir y solo teníamos que esperar a cargar el carro que debía llevarse la harina producida en el día.

Agustín estuvo más callado de lo normal. Apenas un par de bromas y dos

chascarrillos de los suyos. Tampoco compartimos el momento del almuerzo porque dijo no tener hambre. Entonces escuchamos los cascos de unos caballos que, de inmediato, supimos que no eran de las mulas de tiro porque venían al trote. Acto seguido vi a la guardia acercándose por el camino, miré extrañado al Canarro y este, rehuyendo la mirada, se metió dentro de la sala de molienda.

—Tú eres Andrés Caviedes, ¿verdad? —preguntó uno de los jinetes.

—Sí.

—Sube, el patrón quiere hablar contigo.

Me metí dentro del molino para decirle a mi compañero que me iba y él, afanado en la limpieza del harnal, afirmó con la cabeza sin volverse hacia mí. Me encaramé a lomos del corcel y me agarré a la cintura del caballero. En pocos minutos entramos por el pórtico de la hacienda donde los jornaleros entraban a espuestas para soltar los aperos de labranza y recoger la ansiada paga. Al llegar al imponente edificio solariego, vi que frente a su fachada habían montado un tablado que se elevaba del suelo aproximadamente un metro. En ese mismo momento sufrí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Mis extremidades se agarrotaron y tuve dificultades para desmontar. Me condujeron hasta una sala en el interior de la casa y allí permanecí, acompañado de la guardia, viendo cómo se efectuaba el pago a los asalariados. Sin embargo, esta vez, los hombres y mujeres no abandonaban la finca camino de sus casas y en lugar de ello fueron colocándose frente al escenario.

—Por favor, ¿pueden decirme por qué estoy aquí? —pregunté a los tipos que me custodiaban.

—Reza lo que sepas —respondió entre dientes uno de ellos.

Me mee encima y dos lagrimones brotaron de repente de mis ojos. Plantado en medio de la sala formé un pequeño charquito junto a mis pies, sin embargo, ninguno de los hombres se mofó de mí.

De pronto unos aplausos se escucharon fuera y vi en ese instante a un señor que saludaba a la muchedumbre elevando las manos de manera magnánima. Aparecieron otros dos hombres cargando una pesada mesa de escritorio que subieron encima del estrado. Un tercer empleado situó tras el ostentoso mueble una silla provista de un respaldo infinito colmado de preciosas filigranas de madera. Estaba tapizada en terciopelo rojo y las patas, en su encuentro con el suelo, simulaban las garras de un león. Una modesta silla de rafia se abrió paso por encima del público, que la llevó en volandas

hasta el tribunal. La gente dejó de aplaudir cuando el señor Juez tomó asiento en su trono. Los dos caballeros, cogiéndome de los brazos, me llevaron al estrado para sentarme en el humilde banquillo.

Entonces lo vi, por primera y última vez. Delante de mí tenía al dueño y señor de aquella maldita comarca. Era un hombre calvo, de gesto preocupado y mirada inquisidora, que se ocultaba detrás de unas pequeñas gafas que parecían estar a punto de arrojarse al vacío desde la punta de su nariz. El poco pelo que le quedaba le flanqueaba la nuca cubriendo tímidamente la parte superior de sus orejas. Ni siquiera me miró y se ciñó a leer lo que traía escrito en un papel.

—¿Es usted don Andrés Caviedes, natural de Madrid?

—Sí, señor —respondí acongojado.

—¿Trabaja usted en el molino nuevo con don Agustín Palomares, al que todos conocen por el Canarro?

—Sí, señor.

El tirano levantó un instante la vista por encima de los anteojos mirando a ambos lados del estrado. Pidió a alguien que le trajese un poco de agua y bebió después, prolongando la expectación que había generado.

—Se le acusa de haber prestado ayuda a doña Silvia Juez y a don Carlos Gutiérrez, vecinos de Zael y repudiados por este tribunal. ¿Es cierta esta acusación?

Entonces conté cómo llegué hasta ese pueblo. Confesé cómo ayudé en el parto de la mujer. No dije nada acerca de que fue el tío Luis el que me llevó hasta Lerma para buscar a la matrona. Argumenté que cuando pisé esas tierras no era conocedor del veto que existía sobre la pareja.

El impostado juez se mesó la barbilla y cogió otro folio que estaba encima de la mesa, lo leyó en silencio y volvió a pegar un trago al vaso de agua.

—Muy bien, usted no sabía del veto que existía —dijo con retintín—. Ahora bien, señor Caviedes, ¿no es cierto que al día siguiente de lo que nos ha expuesto, usted fue contratado por esta hacienda?

—Sí, señor.

—¿Y no es más cierto que ese mismo día el capataz le hizo saber el veto que pesaba sobre la pareja en cuestión?

No contesté porque mi garganta se había convertido en una soga que me asfixiaba impidiéndome hablar.

—¡Conteste! —gritó don Mauro.

—Sí.

—¿Y no es cierto que desde entonces comparte su jornal con la pareja y duerme en su casa todas las noches como afirma el mismo Agustín Palomares, alias el Canarro?

—Sí.

—Visto para sentencia.

Capítulo 64. Castigo

Me desperté con fiebre. Las sienas me estallaban a cada latido de mi corazón. Por un momento temí haberme quedado ciego. En un primer instante, la oscuridad y el silencio a mi alrededor me aterrorizaron haciéndome pensar que había sido despojado de la vista, después me dio por pensar que tal vez me habían enterrado vivo. Siempre temí eso: que no diagnosticasen de manera correcta mi fallecimiento y me diesen sepultura conservando yo todavía un aliento de vida al que aferrarme. Quise entonces tocar la tapa del ataúd que tenía que estar encima de mí para confirmar así la terrible sospecha, pero desprovisto como estaba de fuerzas no pude elevar los brazos para notar el contacto de la madera. Grité desesperado intentando que alguien me escuchase. No sé, tal vez el sepulturero estuviese cerca del nicho o de la fosa en la que me encontraba y pudiese ayudarme, eso si no salía espantado del camposanto asustado por haber escuchado voces del más allá. Entonces sentí unos pasos subiendo escaleras, los mismos que oí cuando me curaron las monjas, me resultaron familiares. Se abrió la puerta y, para mi alegría, la titilante luz de un quinqué iluminó tímida el fondo de la estancia donde me encontraba.

—¡Calma, calma! Estás a salvo.

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? —pregunté confundido.

—Estás en el convento de Santa Dorotea, en Burgos. Hoy es el día de san Pantaleón del año 2029 de Dios nuestro Señor. Esta es sor Mercedes y yo sor Virtudes, la madre superiora —contestó la religiosa.

Levantándome ligeramente la cabeza, me ayudaron a tomar un brebaje que sabía a rayos. Escuché el sonido que hacen las gotas de agua al caer sobre el suelo y después noté el frescor del líquido de una toalla empapada sobre mi frente.

—¿Cuál es tu nombre, joven? —preguntó la anciana que ya había visto anteriormente.

—Andrés.

—Como al santo, a ti también te han torturado —escuché decir a la monja

de menos edad, que sostenía la candela con la mano. La voz se difuminó en la oscuridad y los ojos se me cerraron de nuevo.

γ γ γ γ γ γ

Le abrieron la puerta desde dentro de la casa y salió caminando con porte faraónico hasta la mesa del tribunal. La barbilla levantada y el movimiento acompasado de su caminar, forzadamente ralentizado, intentaba convertir aquella farsa en un acto solemne. La actuación me pareció ridícula, al igual que el aplauso que acompañó la aparición del cacique ante sus lacayos. De no haber sido yo el que acomodaba las posaderas en el banquillo de los acusados me hubiese partido de la risa. Llevaba enrollado en la mano derecha un papel que portaba mi sentencia. Ocupó su trono de autoimpuesto rey de las Castillas y, con la misma serenidad que una vez le vi al Papa de Roma, apaciguó a las frenéticas masas que no paraban de batir sus palmas con entusiasmo. Entonces desenrolló el pliego, flemático, pausado, prolongando la atención del público reunido y desesperándome en la angustia por conocer qué pena me había impuesto el dictador.

—Este tribunal encuentra demostrada la traición que el acusado aquí presente, don Andrés Caviedes Gómez natural de Madrid y actualmente vecino de Zael, ha llevado a cabo contra don Mauro Juez Chinarro, dueño de las tierras de buena parte del sur de Burgos y apaciguador de las mismas, hombre de bien y protector de los suyos. Encuentra probado con el testimonio de don Agustín Palomares, conocido por todos como el Canarro, que el acusado prestó ayuda de manera reiterada a dos personas repudiadas por esta corte, siendo el reo concedor de tal sanción. Y por ello debo condenar y condeno a don Andrés Caviedes Gómez a morir en el potro bajo el castigo del látigo, pena que se cumplirá tan pronto como este magistrado termine de leer la sentencia. La pena se ejecutará ante la presencia de los vecinos de la comarca de modo ejemplarizante, para que así nadie ose a violar la ley que garantiza la seguridad y la paz de esta bendita comunidad.

Yo, don Mauro Juez Chinarro. En Lerma a 25 de julio de 2029.

Las gentes explotaron en un aplauso espontáneo en el que tampoco faltaron vivas y hurras al caudillo. Vi sus caras llenas de odio reírse de mi suerte mientras me conducían hasta el tarugo donde me amarraron como a una bestia.

Me insultaban y me escupían, aquellos mismos junto con los que caminé todos los días para ganarme el jornal. De entre todas las caras que se mofaban de mí, solo me topé con una que no lo hizo y en la que la sangre parecía haber dejado de dar color a su tez: el tío Luis. Fue una imagen fugaz, pero lo distinguí entre la multitud con toda claridad mirándome con los ojos a punto de abandonar sus cuencas. Creo que fue la única mirada en la que encontré algo de piedad.

De la congoja que me invadió nada más escuchar la sentencia, no pude articular palabra y en mi garganta se instaló un nudo que a duras penas me permitía tragar saliva. Los mismos que me llevaron a caballo desde el molino hasta la hacienda fueron los que me despojaron de mis ropajes dejándome el torso al desnudo. Como un cordero, no opuse resistencia cuando me ataron las muñecas al madero sobre el que debía recibir mi castigo. En ese momento entendí algo que siempre me había llamado la atención cuando alguna vez vi imágenes de ejecuciones: la docilidad de los que iban a morir. ¿Por qué no se revolvían contra sus verdugos si iban a morir igualmente? ¿Por qué no hacer una intentona desesperada en la que había mucho que ganar y poco que perder? ¿Por qué no gritaban siquiera la injusticia que estaban cometiendo o al menos insultaban a sus asesinos para desahogarse?

Cabreado conmigo por ver que reaccionaba igual que aquellos ajusticiados que vi en los terribles videos que circulaban sin control por internet, entonces lo entendí. En mis propias carnes experimenté el terror paralizante del que sabe que va a ser ejecutado, el veneno implacable y demoledor que inhabilita los músculos y paraliza la lengua haciendo del reo poco menos que un saco de paja inerte. Solo esperaba que el final llegase rápido. Me preguntaba si sería yo tan malvado como para merecer peor muerte que aquellos a los que pillaban robando en las tierras del patrón y a los que les descerrajaban un piadoso tiro en la cabeza.

El látigo rasgó el aire anunciando el golpe que estaba por venir. Entonces lo noté, lo sentí de lado a lado en mi espalda y me sorprendió produciéndome una descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Jamás pensé que un dolor pudiese ser tan intenso y en ese preciso instante me maldije por no haber apretado el gatillo cuando tuve el cañón de la pistola en mi boca. Aún estaba invadido por el intenso sufrimiento cuando escuché el atroz silbido del siguiente latigazo. Este fue peor que el primero porque impactó en los glúteos terminando su brutal recorrido en mis testículos. Me maldije por no desmayarme y también por no haber continuado caminando bajo la lluvia

cuando Carlos me imploró ayuda desde la puerta de su casa. Llegó el tercero y fue también devastador, igual que los otros dos anteriores. Mi alma se precipitó al tablado colándose por una de sus rendijas, no ya por el dolor indescriptible, sino por los aplausos, los gritos y las risas que secundaban a cada uno de los mandobles. A partir del séptimo creí firmemente que era merecedor del castigo porque por mi culpa había fallecido Lucía. Sí, desaparecí de mi casa arrastrando a mi vecina y seguro que la pobre Sonsoles, y su marido Román, a los que yo tanto quería, estarían sufriendo por no saber el paradero de su hija. El cuero impactó una vez más contra mi torso y noté como la escasa carne que se ceñía a mis costillas hacía por separarse de ellas. Los oídos me pitaban y un mar de lágrimas recorría mi rostro para caer junto al tarugo al que me amarraron.

Entonces me alegré estúpidamente. A mi mente vino la tierna imagen de la pequeña Lucía acostada en su cajita frente a la lumbre. Me alegré de haber asistido al nacimiento de una vida, aunque en su momento me produjese algo de asco. Me sentí tontamente afortunado de haber bautizado a la nieta de mi verdugo —qué ironía— con el nombre que yo quise; que se joda el puto don Mauro. Y me reí. Una carcajada envuelta en llanto abandonó mi garganta, satisfecho con haber hecho lo que hice. También me alegré imaginando a los repudiados hurgando en mi mochila cuando pasasen varios días desde mi desaparición. Descubrirían la pistola, que aún llevaba algunas balas en el cargador, de la que seguro podrían obtener un buen trueque con el que llenar sus panzas, o al menos les serviría de protección en el viaje que debían emprender por esos caminos de Dios, si es que decidían quedarse con ella.

Otro golpe, un paso menos para encontrar la muerte. Otro bufido emitido por la impía cuerda que debía cumplir la sentencia con el que un servidor estaba pagando la humillación sufrida por el viejo en la fiesta de su sesenta cumpleaños. Pronto me encontraría con mis padres, que salieron un día camino de Nueva York y a los que jamás volví a ver. Si no me encontraba con ellos sería mejor, indicaría que no habían muerto. Tal vez en la Ciudad de los Rascacielos habían encontrado la manera de sobrevivir al salvajismo que llegó después del Día Cero. Seguro que sí, mi padre era un hombre de recursos y mi madre siempre fue una mujer valiente. Otro golpe, otra algarada enfervorecida alzando su voz para respaldar la sentencia de su señor. Otro, otro, otro, otro y de repente cesaron.

Escuché los gritos de una mujer, y pude escucharla porque de manera súbita el silencio se instaló en el cadalso. Oí la voz crispada de una señora

que insultó a los que me estaban latigueando y que luego ordenó me desatasen. Uno de ellos dijo que solo estaban cumpliendo la sentencia que su marido acababa de dictar y que era este el que debía mandarlos, en todo caso, detener el castigo.

—¡Pues muy bien! Ahora saldrá mi marido a conmutar la pena, así que de momento no le aticéis ni uno más, ¿entendido?

Y ya no escuché nada.

Capítulo 65. El convento

Las monjas me cuidaron bien. Nunca podré agradecerérselo lo suficiente, aunque viviese tres vidas.

Curaron mis heridas y me alimentaron con sopas de ajo y deliciosas pastas de hojaldre que ellas mismas elaboraban. La Orden acogía a huérfanos y desvalidos en su convento y recibía limosna de la gente de la ciudad que quería contribuir en la misión.

No entendían qué demonios hacía un mocoso vagando por esos mundos de Dios, tan lejos de su casa. Los desgraciados a los que ellas daban cobijo pertenecían a la urbe donde se asentaba el convento, convirtiéndome a mí —por aquel entonces— en su único inquilino foráneo. Protegían dentro de los antiguos muros de la construcción principalmente a niños que se habían quedado sin padres y a personas que lo perdieron todo —en muchos casos también el juicio— cuando este mundo se desmoronó de un día para otro.

—Te dejaron frente a la puerta de la iglesia. Cuando salimos solo pudimos ver un carro alejándose por el final de la calle —dijo sor Virtudes.

No quise explicar lo que pasó y ellas, viendo que el recuerdo de lo vivido me hacía sentir mal, jamás volvieron a preguntar por lo sucedido.

—¡Pobre diablo! ¡Qué habrás hecho para que te den una paliza así! —se lamentaba la anciana. Después pasaba su mano por mi barbilla con ternura y cerraba la caricia besándome en la frente.

A punto estuve, más de una vez, de narrarles el episodio que viví en la finca de don Mauro, pero preferí en el último instante guardar silencio. Días después bien me alegré de haber mantenido mis labios sellados cuando sor Mercedes, la encargada de cocina, me contó las bondades de su mayor benefactor.

—¡Ay, hijo mío! Si no fuese por la infinita caridad de doña Josefina y de su marido don Mauro, un matrimonio de posibles que vive cerca de Lerma, que nutren esta orden con sacos de alimentos para los desvalidos... no sé qué sería de nosotras y de estos pobres desgraciados. ¡Que Dios los proteja de todo mal!

Y así entendí que la abuela de la pequeña Lucía debió de ser la que

intercedió por mí, de igual manera que lo hizo por los repudiados de Zael cuando el déspota de su esposo quiso matarlos. Seguro que fue ella la que intervino antes de que aquellos dos salvajes acabasen conmigo a latigazos. Después, probablemente, envió mi maltrecho cuerpo al mismo convento que recibía sus generosos donativos.

En cierta manera me sentí aliviado; mientras aquella mujer siguiese sobre la faz de la tierra aún quedaba esperanza para Silvia, Carlos y la pequeña Lucía.

Pasadas unas semanas desde mi llegada, cuando pude ponerme en pie, comencé a ayudar a las religiosas en sus quehaceres diarios. A menudo las acompañaba por la ciudad cuando salían a asistir a los viejos que vivían solos en sus casas. En más de una ocasión cargué, ayudado por una carretilla, a algún indigente que, debido a su lamentable estado de salud, era incapaz de caminar hasta el convento para recibir atenciones y comida.

Burgos era distinto a Madrid. No me refiero a su tamaño, pues cualquiera que lea este escrito ya sabrá de la diferencia de las dimensiones —tanto en extensión como demográficas— de las dos ciudades. Sus gentes parecían diferentes y la ausencia de barricadas en los portales de los bloques de pisos me hizo pensar que allí no se había desatado la locura que reinaba en la capital del país. Por las noches no solían escucharse de manera tan frecuente los golpes, gritos y disparos a los que me acostumbré cuando vivía en Madrid. No quiero decir con esto que no sucediesen atracos y demás villanías en sus calles, no, pero a todas luces —y desde el primer momento— tuve la impresión de que caminar por la pequeña capital castellana era mucho más seguro que hacerlo en la ciudad de los Gatos y que el grado de deshumanización no había alcanzado cotas tan altas.

El padre Fermín oficiaba misa diariamente en la pequeña capilla separada de la iglesia principal por una celosía de rejas metálicas. Lo hacía en ese lugar porque a las monjas les gustaba más, acostumbradas como estaban a los espacios recogidos a los que exige la clausura. El párroco confesaba a las religiosas y a todos los acogidos que quisiesen recibir el santo sacramento. También lo vi dar la extremaunción en varias ocasiones, cuando el estado de salud de alguno de los mendigos hacía temer por su vida a las Hermanas. Creo que nunca fui santo de su devoción porque cuestioné los razonamientos que con vehemencia esgrimía el sacerdote en las homilias de los oficios.

—¿Cómo que una proyección procedente del Sol? —preguntaba

desquiciado el párroco— ¿Qué clase de blasfemia es esa?

Enseguida fui consciente de que discutir con aquel hombre no me traería nada bueno, así que decidí no seguir utilizando los argumentos que escuché, tiempo atrás, en la calle Espoz y Mina. Me disculpé por mi impertinencia y simulé aceptar la teoría del castigo divino que con tanto fervor defendía el cura, pero de todas maneras me percaté de que, desde ese preciso momento, yo no le había caído en gracia.

Durante mi estancia en el convento, he de confesar, que expliqué varias veces la teoría de la proyección maldita que vino del Sol. Lo hice en todo momento bajo la petición —perfectamente disimulada de un vago interés por parte de la religiosa— y siempre después de que la interesada se hubiese cerciorado de que su pregunta quedaría en un cómplice secreto entre ambos.

—Pero esa hipótesis no entra en conflicto con lo que dice el padre Fermín, ¿no crees?

Yo respondía elevando los hombros de manera indiferente, entonces la hermana de turno volvía a los quehaceres que la ocupaban con gesto pensativo, dándole vueltas a lo que acababa de escuchar.

—Solo digo que Dios pudo utilizar el Sol para llevar a cabo su castigo, Él todo lo puede —volvía a contraatacar, cuando la parte racional de la mujer comenzaba a ganar la batalla a su mitad espiritual.

—Claro que sí, hermana.

Las heridas se fueron cerrando y el dolor desapareció poco a poco. A día de hoy mi espalda me avisa cuando va a cambiar el tiempo y me recuerda los peligros que van asociados a la confianza excesiva en las personas.

Mañana lloverá.

Capítulo 66. ¿Qué hay de tu camino?

Los días pasaban veloces inmerso en la rutina del trabajo. Por las mañanas solía echar una mano en la huerta, que tenía unas dimensiones considerables y requería de un cuidado constante y escrupuloso. También me hacía cargo de los pollos, conejos, cerdos, vacas y ovejas que campaban por la parcela de la propiedad. A mediodía pasaba a la cocina y ayudaba a realizar el almuerzo de las dos. Por la tarde era más común salir a atender a alguien a su casa o a recoger a algún alma en pena de la que hubiesen dado aviso a la madre superiora.

Detrás del convento había un gran centro de salud que actualmente estaba abandonado. Su mitad lucía chamuscada víctima de un incendio provocado por los vecinos del barrio, hartos de los ocupas que lo habitaban. Sor Mercedes me contó cómo se vivió en el convento el Día Cero, del cual solo se percataron por la falta de corriente eléctrica. Ellas se referían a ese día como «cuando se fue la luz». Desde entonces su vida tampoco había cambiado demasiado, en lo que a sacrificios respecto a comodidad se refiere, puesto que de la vida moderna solo se habían beneficiado del invento de la electricidad.

—¡Claro que cambiaron cosas, no te vayas a creer! Antes no nos dedicábamos a cuidar gente, pero desde que el mundo se volvió loco no nos queda más remedio que ayudar a estas criaturas —decía sin dejar de aplicarse en la recogida de patatas.

Así la hermana me explicó que, desde que se fue la luz, habían recibido mayor cantidad de novicias que en los cuarenta años anteriores. Algunas con más ganas de ayudar que otras y, de igual manera, unas para garantizarse el alimento más que para servir al prójimo, según relataba la mujer con cierta sorna.

—Son tiempos difíciles, Andrés. La gente ha vuelto a abrazar la religión. Muchos de ellos se dieron cuenta de que esta vida de pecado y negación no nos trajo nada bueno —argumentaba atizándole al suelo con una azada.

Yo escuchaba sin contradecirla y, de cuando en cuando, volcaba el canasto con los frutos arrancados de la tierra a un saco de mayores proporciones para

llevarlos a la cocina.

Asomado al muro de piedra que da a la parte trasera de la propiedad, observé el moderno edificio que un día atendió las necesidades de salud de los vecinos y que ahora solo mostraba destrucción y decadencia.

—Cuando habían pasado un par de semanas, más o menos, de lo de la luz, un día se vivió un jaleo ahí de muy Padre y Señor nuestro —exclamó sor Mercedes señalando la ruina que había captado mi atención—. Nosotras lo vimos desde aquí dentro y fue terrible. La gente se volvió loca y asaltaron el centro de salud en busca de medicamentos. Saquearon el edificio y mataron a varios médicos, ¡Dios los tenga en su seno! —añadió persignándose—. Algún alma caritativa, viendo que iban a arrasar con todo, sacó varias cajas con medicinas y las tiró por encima de ese muro para que nosotras las usáramos.

—¡Vaya!

—Sí, fue un milagro. Algunos de los médicos que trabajaban ahí en frente vienen de vez en cuando a echarnos una mano, como contigo.

Miré a la monja sorprendido. No recordaba haber visto a ningún licenciado atendiéndome y de seguido me aclaró que lo hizo cuando estaba inconsciente. Días después pude conocer al doctor en cuestión cuando acudió a auxiliar a una anciana moribunda y ya de paso aprovechó para echarme un vistazo a la espalda.

Mucho trabajo al fin y al cabo, querido lector: recoger leña, llenar el aljibe cada semana en el Arlanzón —que no quedaba lejos—, limpiar a los viejos, remendar ropas, vaciar los urinarios y descargar los sacos de limosna que venían de la hacienda de don Mauro cada semana. Por cierto, que el carretero que traía el remolque con los alimentos disimulaba miserablemente no conocerme, pero estoy seguro de que sabía muy bien quién era un servidor.

Así transcurrieron muchas jornadas y el invierno llegó de nuevo. El padre Fermín siempre que me veía no perdía la oportunidad de preguntarme sobre mi camino. Al principio pensé que se refería al sentido espiritual de la palabra y creo que él así lo planteaba delante de las monjas, pero con el tiempo fui entendiendo el mensaje soterrado que el párroco lanzaba en su pregunta.

—¿Qué hay de tu camino, Andrés?

Y yo respondía siempre con evasivas en el plano religioso acerca de la fe y todas esas cosas que a los siervos de Dios siempre les han gustado escuchar. El cura me miraba con los ojos llenos de odio mientras atendía mis

estupideces acerca de si yo era o no un buen cristiano. La sonrisa de medio lado y los ojillos detrás de sus gruesas gafas no podían esconder el escozor que le producía mi picaresca para desentenderme de lo que realmente planteaba el sacerdote.

—Yo lo intento, padre, pero es que mis progenitores eran ateos y he sido siempre un alma descarriada, no estoy bautizado siquiera —esgrimía sin ningún rubor.

Nunca faltó una frase de alguna de las religiosas en las que se alegraban de que estuviese entre esos muros porque así podrían rescatar mi pecaminosa alma, a lo que el padre Fermín asentía sin otro remedio. Un día el sacerdote se hartó y organizó un bautizo, creo que por no escuchar más la coletilla que ponía final a mi paupérrima argumentación.

Así, en aquel convento de Burgos, entre la alegría de las Canónigas Agustinas, recibí por segunda vez el bautismo frente a la preciosa tumba de un antiguo obispo.

Capítulo 67. Uno cien, ya sabes

El párroco, como de costumbre, apareció por la puertezuela de madera que daba acceso a la iglesia grande, esta vez con una alegría inusitada en su rostro, eso sí. Celebró la misa y dio de comulgar a todos los que asistimos incluido yo, que desde que me rebautizaron no podía negarme ya que no se hubiese visto con buenos ojos por nadie. Confesó una vez finalizado el oficio. Aquel día don Fermín llegó con la hora pegada al culo y no tuvo tiempo de hacerlo antes, tal y como mandaba la Santa Madre Iglesia. Después se reunió con la superiora y tras varios minutos abandonó el despacho de sor Virtudes con la misma alegría con la que se había presentado aquel día.

—La madre superiora tiene que decirte algo —masculló el cura cuando se cruzó conmigo, justo antes de abandonar el recinto.

Entré en la austera cámara de la directora y tomé asiento en una silla frente a su escritorio. Ella aguardaba con el gesto serio y parecía sopesar lo que me iba a decir.

—Andrés. Tenemos buenas noticias para ti.

La miré con calma antes de abrir la boca. Estaba sorprendido porque no esperaba noticia que me tuviese que afectar de manera alguna.

—Si son buenas noticias, ¿a qué viene esa cara, madre?

Forzó una mueca y los extremos de sus labios se elevaron intentando mostrar una sonrisa.

—Verás, Andrés. Lo que es bueno para ti no tiene por qué serlo para esta orden. Eso ahora no importa.

—Ya.

—El padre Fermín te ha conseguido un hogar en el que están dispuestos a acogerte. Un hogar cristiano, por supuesto —apostilló.

—¿Un hogar? Este es mi hogar.

—Faltaría más, Andrés. Siempre lo será, pero ahora ha llegado el momento de que abandones el convento —dijo la monja con la rapidez del que desea soltar una noticia embarazosa—. Verás, esta orden está muy justa de recursos, como habrás comprobado. Lo deseable es que cualquier auxiliado por la congregación pueda ser acogido posteriormente por una familia que se

haga cargo de su manutención, ¿lo entiendes?

—Sí —respondí tajante.

—No te voy a negar que las hermanas, yo incluida, te hemos cogido un cariño especial y que caeríamos en el pecado de la avaricia si quisiésemos conservarte aquí solo por nuestro gozo personal. Dios nos pone a prueba cada día. Tienes que entender que tu hueco lo llenará algún necesitado y que eso es lo más importante, Andrés.

Habló con el gesto muy serio pero dos lagrimones traicioneros, que descendieron por sus mejillas y que trató de secar de manera disimulada con la manga de su chaqueta, dejaron al descubierto el estado de su alma.

Quedaba claro que Sor Virtudes estaba sufriendo y uno no tenía ganas de ponerle las cosas más difíciles a esa mujer que me trató con el cariño de una madre, que se desvivió por mí cuando a punto estuve de morir y que me enseñó tantas cosas sobre lo divino y sobre lo humano.

—Claro que sí, madre. El padre Fermín ha hecho un trabajo excelente —respondí con forzada alegría.

Nos fundimos en un abrazo y la anciana monja rompió a llorar como una chiquilla de párvulos, después, cuando nos separamos, entre una carcajada ahogada aún por el final de su llanto me advirtió que no le dijese nada sobre la debilidad manifestada a ninguna de sus subordinadas, bajo la pena del fuego eterno. Le prometí que volvería cuando me fuese posible a visitarlas y también a echarles una mano, que buena falta hacía. Cuando se calmó le conté por qué un mocosito como yo había llegado hasta allí y también le dije que mi viaje debía reanudarse algún día hasta la casa de mi tío Joaquín, en Comillas. Le confesé que si no lo había hecho antes era porque nada poseía que pudiese garantizar mínimamente mi desplazamiento y que mis ganas de emprender la ruta se habían apaciguado viendo que mi labor dentro de la orden tenía un buen fin, tanto que ello me hacía dormir bien por las noches. Obvié todas las atrocidades que me había encontrado por el camino y tampoco le confesé quién me reventó la espalda a latigazos, que ya había sufrido bastante la pobre mujer. Entre susurros le conté que el día que me bautizaron en la iglesia grande era la segunda vez que un sacerdote me había echado agua bendita por encima de la cabeza y Sor Virtudes se partió de risa aguantando la carcajada para que no resonase por los serenos pasillos del edificio. Me besó en las mejillas de manera sonora y me acarició el mentón antes de abandonar el despacho.

A la mañana siguiente el padre Fermín ya me esperaba en la puerta para

acompañarme hasta mi nuevo hogar. En mi mente solo había hueco para pensar cómo reanudar el viaje que un día decidió el euro italiano. No tenía ganas de ser un niño de acogida, pues ya me había ocupado de mí mismo en circunstancias más difíciles, pero retomar la expedición con las manos en los bolsillos me pareció del todo inapropiado.

En la caminata hasta la vivienda, el párroco me fue poniendo al día de la familia que se había comprometido a asegurar mi manutención. Cargado de entusiasmo me remarcó varias veces que había tenido mucha suerte y, que con poco que supiese ganármelos, podría vivir con ellos holgadamente de manera indefinida.

—¡Una gran familia, Andrés! Cristiana y decente. Trabajadores y caritativos también—dijo el sacerdote hinchando el pecho.

Cruzamos la ciudad y al fin llegamos a una gran avenida que en tiempos fue la carretera que unía Burgos con Santander.

—Hace mucho tiempo pasaban todos los coches por aquí, después hicieron la circunvalación—explicó señalando con su mano en lontananza— y esto lo convirtieron en avenida. Ahora no pasan coches ni por aquí ni por allí—añadió jocosamente el cura.

Haciendo esquina con un paseo que discurría junto a un río, se situaba un local que por su aspecto parecía haber sido una oficina bancaria. Ahora, por delante de sus inmensas cristaleras, lucían unos grotescos barrotes que habían liquidado cualquier vestigio de su antiguo glamour en favor de la seguridad del nuevo negocio. *Zapatería Rojas*, leí en el cartel que colgaba encima de la puerta de entrada. En los escaparates se apilaban alpargatas de suela de estopa junto con finos zapatos de cuero, de esos de los que hacía mucho tiempo no se veía vestir a la gente como antaño, cuando se podía pasear tranquilo por las calles de la ciudad. En otra parte del expositor colgaba del techo todo tipo de calzado realizado a partir de neumáticos de coche. Conformadas de este material había zapatillas como las que vi por primera vez en los pies del Canarro, en los que las desgastadas suelas originales de unas deportivas se habían sustituido por las cubiertas que algún día impulsaron a un automóvil. También vi botas, hechas las cañas de estas con cámaras de ruedas y otorgándole así la flexibilidad precisa para adaptarse a la pierna del propietario.

—Aquí es —anunció Fermín mientras yo contemplaba ensimismado la variedad de modelos expuestos, todos de color negro.

Cruzamos la puerta y un bofetón de olor a pegamento nos recibió a los dos. Un mostrador fabricado en perfiles de aluminio y vidrios ajados separaba la estancia en dos partes. Apoyada en dicho mueble esperaba pacientemente una mujer. Los mismos modelos que había expuestos en el escaparate se exhibían colgados en la pared, tras el mostrador. Una puerta cubierta con la tela de un saco ocultaba la trastienda donde el artesano debía de tener el taller de calzado. En la zona destinada a los clientes había sillas por distintas partes, cada una de su padre y de su madre, que podían servir para aliviar la espera de los compradores o bien para ayudarles a probar el género que allí se vendía.

La tela del saco se movió apareciendo tras ella un hombre menudo de gesto serio y frente arrugada. Una franja de pelo blanco unía sus orejas pasando por la nuca, siendo esta la única cabellera que lucía el señor. En su nariz se posaban unas minúsculas gafas en las que la suciedad de sus lentes hacía difícil que por ellas pudiese verse cosa alguna.

—No puede ser, doña Rosa —dijo el dueño de la tienda a la mujer que lo esperaba—. Por un par de kilos de alubias serían unas como estas —completó señalando unas zapatillas bajas de color negro conformadas con el material estrella del negocio.

—Pero forradas, ¿no, Carmelo?

El hombre negó resignado con la cabeza y la mujer pareció desesperarse con la oferta recibida.

—Es imposible, Rosa. Te estoy haciendo un favor —terminó por musitar el zapatero.

—Pero si antes del verano te encargué unas y te di un par de litros de aceite, ¿qué ha cambiado ahora?

—Nada, doña Rosa. Dos litros de aceite valen más que dos kilos de alubias. Tráigame dos litros de aceite y se las hago forradas de borrego.

—¡No tengo dos litros de aceite, tal vez dentro de un mes! —respondió cabreada la señora.

El hombre levantó con calma las manos para apaciguar a la clienta. En silencio, se quedó mirando el mostrador sopesando un planteamiento con el que cerrar el acuerdo.

—Mira, Rosa. Si quieres te las hago forradas y el mes que viene me pagas con un kilo más de alguna legumbre, ¿te parece? Sabes que no fío, pero has tenido suerte porque ha venido a verme el padre Fermín —dijo desviando en

ese preciso momento su mirada hacia el cura.

El artesano me sorprendió con el gesto, porque hasta ese justo instante parecía que el párroco y un servidor éramos invisibles en aquel lugar. La mujer aceptó el trato, sacó de su mochila la bolsa de garbanzos y los depositó sobre la barra. El zapatero los pesó en una báscula de aguja que se acomodaba en la estantería detrás de él y en la que yo no había reparado hasta entonces.

—A duras penas llega a uno novecientos, Rosa —dijo meneando la cabeza el remendón—. El mes que viene uno cien, ya sabes.

La mujer asintió y desapareció del local sin despedirse.

—Buenos días, Carmelo. Te presento a Andrés, el chico del que te hablé antes de ayer.

Capítulo 68. La fecha

El sábado 26 de noviembre de 2039, a las doce de la mañana. Hoy me han comunicado la fecha en la que se va a llevar a cabo mi ejecución.

Ha venido mi amiga Eulalia Castro a decírmelo en persona y bien que se lo agradezco. Se ha presentado con sus ayudantes y ha pedido que nos dejaran solos en la celda para poder hablar con más intimidad. Pobre mujer, cualquiera que hubiese visto la escena desde fuera hubiera jurado que el condenado a muerte era ella en vez de un servidor.

Me ha preguntado por mi estado de salud y se ha interesado en saber si me estaban facilitando folios y todo lo necesario para continuar con mis memorias. También ha querido saber acerca del trato recibido por parte del carcelero.

No entiendo que renuncie a defenderme, que no insista en buscar alguna coartada o motivo por el que me puedan conmutar la pena. Pero yo no tengo ganas, ya nada me importa.

Desde el ventanuco de mi celda veo la sierra donde descansa mi amor y eso me reconforta. Cuando la vista se me nubla, de tanto fijarme en la hoja sobre la que atizan incesantes los tipos de la máquina de escribir, levanto los ojos y mi imaginación me lleva hasta la parte posterior de las montañas que quedan en el horizonte. Entonces recuerdo cuando comenzamos a subir el puerto, los dos juntos. Cuando la ilusión llenaba mi espíritu porque parecía posible que ambos llegásemos a casa de mi tío Joaquín para iniciar una nueva vida. Pero poco dura la ensoñación porque a continuación una nube negra cubre el recuerdo volviéndolo amargo; Lucía murió víctima de una infame emboscada.

En ese momento vuelvo a aporrear las teclas de la Olivetti, tal vez algún día alguien lea esto y pueda así entender por qué Andrés Caviedes fue ejecutado en esta bendita ciudad.

Capítulo 69. Zapatos negros

Entre leznas, tijeras, martillos de galgo, agujas y colas de resina pasé una larga temporada. Carmelo Rojas era zapatero de toda la vida.

Cuando el mundo funcionaba con las comodidades que trajo la revolución industrial, la familia del artesano llegó a tener cuatro locales en la ciudad de Burgos. Siempre decía que su profesión fue realmente rentable antes de que el calzado chino invadiese nuestro mercado, años antes de que yo naciera. Su abuelo y su padre vivieron tiempos incluso mejores que los suyos, pero aun y así los ingresos de su negocio le permitieron vivir de manera desahogada.

La nueva era le había brindado una oportunidad excepcional al pequeño empresario burgalés ya que, al no existir industria de ningún tipo y —por contra— permanecer inalterable la necesidad de calzarse, su profesión había sufrido un repunte considerable.

—Vestirse es más fácil, Andrés —argumentaba alegre—. ¡El calzado es otra cosa! —añadía para cerrar su discurso levantando el dedo índice al techo.

Cada vez era más habitual ver a las gentes asomar de manera descarada los dedos de los pies por las punteras de lo que, en tiempos, fueron preciosos zapatos o deportivas carísimas. A falta de materiales, al zapatero se le había ocurrido que utilizar neumáticos podría ser una buena idea para confeccionar calzado. Yo le dije que tiempo atrás vi, por primera vez, a un tipo con unos zapatos de esos, cerca de Lerma, a lo que el orgulloso artesano aseguró que sin duda aquel hombre se las habría agenciado en Zapatería Rojas.

Materia prima no faltaba, pues a pocos kilómetros había un descampado en el que se acumulaban inmensas montañas de las gomas desgastadas que en su día dieron servicio a los automóviles.

—Al principio se podían coger sin más, luego unos espabilados se apropiaron del vertedero y ahora tengo que pagar por ellas. Aun así es bastante rentable.

Era el producto más demandado. Casi todo el mundo quería que la suela de sus zapatillas estuviese realizada con aquel material ya que, si el artesano había hecho el trabajo como era debido, resultaba más resistente y económico

que el tradicional cuero y mucho mejor que las soluciones realizadas en plástico, que también las había.

Luego, en función de lo que el cliente deseara o se pudiese gastar, podían forrarse con piel de borrego o en tela. Era posible producir zapatos, botas de media caña o caña alta e incluso se podían poner remaches a las suelas para caminar con mayor seguridad sobre las aceras heladas del largo invierno de Castilla.

Trabajarlo no era fácil y de ahí que la gente siguiese confiando en la habilidad de un zapatero para tener algo decente con lo que protegerse los pies. El material era duro y exigía de un gran esfuerzo físico al trabajador para darle forma. Había que cortarlo con unas tijeras o cizallas y, cuando la fatiga de las manos nos impedía utilizarlas, había veces que recurríamos a la mala práctica de martillar un formón para cortar el duro armazón que ocultan las entrañas de los neumáticos.

Desde que el padre Fermín me dejó en el negocio de Carmelo Rojas no hice otra cosa que fabricar toscos zapatos negros. Cuando surgía algún pedido en cuero, era el maestro zapatero el que se encargaba personalmente de realizarlo y tal fue así que nunca me llegó a enseñar el oficio.

—Cuando tengas un rato libre te enseñaré —decía Carmelo sin levantar la vista de la horma sobre la que trabajaba.

Pero nunca hubo momento baldío y cuando lo hubo siempre se me mandaba limpiar por aquí y por allá o lavar esto o aquello o hacer un recado en tal calle o en la otra.

La familia Rojas vivía en el piso inmediatamente superior a la zapatería. Fue en contadas ocasiones las veces que entré en aquella casa, si no era con motivo de hacer algún encargo o mandado, tal y como ya he relatado antes. Yo dormía, comía, me aseaba y, en definitiva, vivía en la trastienda del negocio. En dicha estancia Carmelo había practicado un agujero en el forjado del techo, así que utilizando una escalera podía accederse a la vivienda sin necesidad de salir a la calle, razón por la cual el empresario me aseguraba que donde yo vivía también era parte de su hogar.

Por las noches dormía junto a una escopeta de caza, por si algún desaprensivo intentaba asaltar el negocio. Todas las tardes, cuando el sol desaparecía y dificultaba la tarea de coser suelas y forros, tapábamos los escaparates —previamente vaciados— con unas tablas de madera que pretendían dificultar la entrada a cualquier malhechor que deambulase al

amparo de la madrugada.

—Si ves aparecer a alguien por la puerta, tú le disparas, ¿entendido? — repetía todos los días el zapatero antes de subir por la escalera a su casa.

El arma estaba cargada con unos cartuchos de sal que, por lo que se ve, hacen daño pero no matan a nadie. El hombrecillo me contó innumerables veces un episodio en el que le atizó un *cartuchazo* a uno que vino a robar. Narraba aquello como una hazaña épica en la que tuvo que reunir fuerzas y valentía para apretar el gatillo contra el pobre desgraciado al que se le ocurrió la genial idea de atracar su negocio.

—No creas que es fácil disparar a una persona, Andrés. Espero que si un día hay que hacerlo no te tiemble el pulso y cumplas con tu obligación.

Yo me dedicaba a asentir y nada le dije de mi triste experiencia con armas de fuego, que era una historia tremenda y, pensé, nada más podía infundir miedo en mi nuevo tutor y por ende cultivar una semilla de desconfianza que terminase dando con mis huesos en la calle.

Si la seguridad estaba garantizada por el cabrón de don Mauro en la zona de Lerma, en la capital de la provincia se había establecido una organización un tanto extraña pero efectiva y que, en mi opinión, era más razonable que la dictadura del terrateniente sexagenario.

Así pues, los acontecimientos en aquella ciudad se habían desencadenado de manera distinta a como ocurrieron en la capital de España. La Guardia Civil no se esfumó cuando la anarquía comenzó a campar por las calles. Los militares, a falta de órdenes que viniesen del ministerio, siguieron conservando la organización jerárquica del puesto de comandancia y se volcaron en patrullar a pie por la ciudad para controlar el caos que amenazaba con instaurarse. Ayudó bastante —según contaba Carmelo— que los guardias viviesen en la casa cuartel, ya que la labor de mantener el orden en la urbe también aseguraba su propia seguridad y la de sus familias.

—Hubo revueltas, no creas que no. Cuando la cosa se puso seria empezaron a usar las armas porque la gente no conocía medida alguna y mataban a cualquiera por un trozo de pan.

Cada semana una pareja de la benemérita pasaba por el establecimiento para cobrar el tributo de seguridad y en más de una ocasión el impuesto se satisfizo con la reparación del calzado de varios de los integrantes del cuartel o con la realización de unas botas negras forradas de borrego cuando era

menester.

—Todos pagan —dijo el burgalés—. Y el que no puede pagar hace algún trabajo para ellos y en paz.

—¿Qué pasa si alguien no paga?

Pero el zapatero nunca contestó a mi pregunta.

Capítulo 70. Tiroslargos

Trabajaba de lunes a sábado y el domingo lo empleaba en el convento de Santa Dorotea. Entre los antiguos muros de la congregación mi alma hallaba paz y las sonrisas bondadosas de las monjas me hacían sentir más libre.

Solía echar una mano en el huerto y con frecuencia las hermanas aprovechaban mi visita para salir a cargar a algún moribundo o para que las acompañase en sus visitas a las casas de esos ancianos que no se valían por sí mismos pero que preferían vivir en sus hogares. Merendaba las deliciosas pastas de hojaldre y sor Mercedes siempre me despedía en la puerta de la calle de San Agustín con media docena de los dulces entregados de manera furtiva en una bolsa de plástico. Yo no los rechazaba porque, aunque nunca me faltó alimento en casa de los Rojas, es justo decir que sus raciones fueron siempre escasas así que por las noches mi estómago seguía quejándose y mis carnes no engordaron ni un solo gramo durante aquella época.

Me encargaba de repararles el calzado e incluso fabriqué varios pares de zapatos negros a algunas de ellas, siempre a espaldas de Carmelo, que era de naturaleza roñosa y no veía con buenos ojos los regalos ni propinas para con nadie, excepto si el beneficiario de las mismas era él.

Un día rescatamos a un indigente que estaba tirado junto a al muro norte de la catedral, en plena calle. Era invierno y la nieve cubría la ciudad al igual que los campos que la rodeaban. El hombre ni sentía ni padecía, víctima de la ingesta de anticongelante de motor. Esa práctica, la de beber el líquido que protege los motores de los coches, se había hecho popular entre los que pasaban las noches al raso y por ese motivo quedaban pocos automóviles en las calles de Burgos que conservasen el preciado fluido en su interior.

Dobrogost era el nombre de aquel harapo humano que llevé desde el precioso templo gótico hasta el convento de las Canónigas Agustinas. Era un indigente más de otros tantos a los que asistimos y no lo mencionaría en estas memorias si no fuese por la historia que me contó meses después, cuando

recuperó el sosiego que había perdido víctima de su adicción.

Dobro, que era como prefería que lo llamasen, era un polaco grande de ojos azules y pelo rubio. No contaba con más de cincuenta años, pero los profundos surcos de su cara y la expresión marchita de la misma le hacían parecer casi un anciano. El hombre vino a España a trabajar veinte años atrás como minero, concretamente a una explotación en León. El sector estaba en aquellas fechas ya en declive y llegó el día en el que tuvieron que abandonar el pozo porque la empresa dejó de ser rentable como consecuencia de las restricciones que la Unión Europea aplicó sobre el carbón. Se ganó la vida entonces repartiendo butano, arreglando cañerías, desatascando pozos, cuidando jardines, limpiando canalones y con todo lo que se le puso por medio para sacar adelante a su familia. El Día Cero detuvo en seco la vida cotidiana en la región —al igual que en todos los sitios— y, según nos contó, no llegaron a pasar tanta necesidad como en las ciudades porque el entorno rural y la caza fueron benévolo con ellos. El final de aquel verano llegó, pero la normalidad no regresó, tal y como les prometió el alcalde del pueblo. El gas se había acabado y los depósitos de gasoil de las casas estaban vacíos a la espera de recargarse de cara al invierno, pero el combustible era para entonces un recurso inexistente.

Empujados por la carencia de energía para calentar los hogares, los antiguos trabajadores del pozo se reunieron en la aldea donde estaba la explotación minera con la intención de reanudar la extracción de carbón. La idea era formar una cooperativa para comercializar un recurso que, de la noche a la mañana, había vuelto a recuperar el valor que antaño tuvo. Hubo acuerdo, así que sustituyeron las máquinas eléctricas que movían los elevadores por animales de tiro, rescataron las antiguas lámparas de carburo para iluminar las galerías y descendieron armados con picos para arrancar el oro negro de las entrañas de la tierra, tal y como lo hicieron los antiguos.

Por lo que me contó el indigente, la idea de montar la cooperativa funcionó bastante bien e hizo que en cada casa de la comarca no faltase un buen cordero que comer, delicioso vino que beber, ni Marlboro que fumar. El trabajo se endureció con respecto a las condiciones anteriores ya que carecían de barrenos y de maquinaria moderna para horadar la beta, pero eso no mermó la determinación de los trabajadores que veían ilusionados cómo el mineral había recuperado el valor que desde hacía años había perdido.

Con el tiempo se fue sumando más gente a la cooperativa ya que el carbón se cambiaba sin problema por alimentos y la totalidad de lo extraído se vendía rápidamente por toda la provincia. Con la llegada de nuevos trabajadores se fueron ocupando galerías más profundas y fue en uno de esos túneles donde encontraron un viejo reproductor de *compact disc* que dejó olvidado allí, años atrás, Jesús el llamado Tiroslargos.

El trabajador lo dejó como todas las jornadas, pensando regresar al tajo al día siguiente, sin embargo, por la mañana se encontraron con el cerrojazo por parte de la empresa y con el consecuente abandono de todo el material que había bajo tierra. La galería donde estaba el aparato de Jesús era profunda, tanto que Dobro aseguraba que se situaba a más de cuatrocientos metros bajo la superficie.

Uno de los compañeros del polaco pulsó la tecla *play* del cacharro y, para sorpresa de los allí presentes, por sus altavoces sonó una canción de un tal Melendi. La música se detuvo a los pocos segundos, por lo que los mineros entendieron que las pilas que tenía el aparato se habrían agotado. Pero el hecho era esperanzador y la anécdota se convirtió en la noticia más importante en la comarca desde que todo había dejado de funcionar. Los trabajadores se encargaron de comprar unas pilas y, según el polaco, la empresa no fue nada fácil, llegando a tener que cambiarlas por cincuenta kilos de carbón a un paisano de la provincia de Zamora.

Mantuvieron el aparato en la galería en la que lo encontraron a petición de un ingeniero que tuvo, desde el primer momento, la corazonada de que el caos del Día Cero tenía algo que ver con lo que sucedía en la atmósfera. Al final pusieron las codiciadas baterías, volvieron a pulsar la tecla del reproductor y la maravilla se volvió a repetir. La música sonó por toda la mina transformando la jornada de trabajo en una fiesta improvisada en la que los trabajadores bailaron y cantaron arrastrados por la alegría de volver a escuchar música enlatada.

En los días siguientes el aparato se ponía en funcionamiento en cada pausa, cuando el sonido de los picos, las palas y los carros se detenía, animando así los almuerzos de los mineros. Cada día los trabajadores acudían a la faena con viejos *CD's* rescatados de sus casas. El repertorio de antiguos artistas que sonaron bajo tierra llegó a ser tan variopinto que se pasaba, sin criterio, del flamenco al rock, de las coplas al pop y de la música clásica al rap.

La cuestión fue que Jesús el Tiroslargos no formó parte de la cooperativa porque, desde que la empresa cerró, se había dedicado a la ganadería y con su nueva profesión le iba mejor que antes. Vivía en un pueblo algo alejado del pozo donde sonaba sin descanso su reproductor de compactos, pero eso no impidió que el ganadero terminase enterándose del prodigio que había sucedido a cuatrocientos metros bajo tierra. Así que Tiroslargos se presentó un día en la explotación para reclamar el único aparato electrónico que funcionaba en el nuevo mundo conocido.

—Es mío y me lo tenéis que devolver —reclamó Jesús.

Aquello se convirtió en un cisma importante en el seno de la cooperativa ya que algunos no reconocían el derecho que reclamaba su antiguo compañero y otros sí. El ingeniero se opuso frontalmente a la idea de sacar a la superficie el cacharro. Ante la sospecha de que, en cuanto el aparato viese la luz del día dejaría de funcionar de manera irreversible, el licenciado indicó a Tiroslargos que si quería disfrutar de la música que bajase al pozo a la hora del desayuno, del almuerzo, de la merienda o a la hora que gustase.

Tiroslargos no quería volver a bajar a la mina bajo ningún concepto. Desde ese día no dejó de reclamar el reproductor sin descanso, día tras día, sabedor del valor que tenía el aparato si este funcionaba fuera del yacimiento. Jesús puso todo su empeño en recuperar lo que un día fue suyo y no dudó en acudir a casa de sus antiguos compañeros para ponerlos de su parte ofreciendo contrapartidas de diversa índole. Como consecuencia de las presiones que ejerció el obstinado propietario del reproductor de compactos, el polaco me aseguró que llegó un momento en el que el ambiente se enrareció entre los cooperativistas y no faltaron broncas y discusiones entre los partidarios de devolverle el dichoso aparato a Tiroslargos y los que no.

Al final no les quedó más remedio que montar un referéndum para zanjar el asunto del maldito Philips y que con ello retornase la paz a la mina de una vez por todas, porque, con las continuas disputas, la extracción del mineral se había visto mermada. Hasta el planteamiento de las votaciones estuvo envuelto en la polémica ya que la casualidad quiso que en ese mismo momento se acabara de conseguir un juego de pilas nuevas para el reproductor.

La urna dijo que el aparato tenía que devolverse a su original dueño y los mineros lo subieron coincidiendo con el final de la jornada de trabajo. A las puertas del elevador estaba Jesús el Tiroslargos esperando con ansia la entrega de su preciado tesoro. El ingeniero se lo entregó y el ganadero pulsó la

tecla que debía hacer sonar la música, sin embargo allí no se escuchó nada. Miró a sus antiguos camaradas pensando que le estaban gastando una broma pesada y reclamó las pilas con furia.

—Acaba de sonar abajo —respondió el perito.

Tirolargos pulsó el botón una, dos, tres veces y colocó las pilas otras tantas en diferentes posiciones, pero el cacharro había muerto.

—¡Ahí tienes tu aparato, gilipollas!

Si he creído interesante dejar en estas hojas escrito lo que me contó el polaco Dobrogost es por la importancia que, considero, tiene tal testimonio. Quizá se pueda recuperar algún otro aparato electrónico que esté abandonado en el subsuelo y tal vez, protegiéndolo de manera correcta contra las proyecciones solares, pueda hacerse funcionar en la superficie. Espero que esto sirva como punto de apoyo para retornar nuestra civilización al nivel tecnológico que perdimos hace ya doce años.

Capítulo 71. Una familia rara

La hija de Carmelo era una persona extraña e inquietante. Cuando aparecía por el negocio apenas me dirigía la palabra y, si no fuese por lo que pasó tiempo después, hubiera jurado que la muchacha ni siquiera se había percatado de mi presencia desde que llegué.

Poco agraciada como era, a mí no me atraía en absoluto y por ese mismo motivo su desdén nunca me hizo daño. Si acaso eché en falta algo, fue un trato más amistoso que hiciese nuestros escasos encuentros menos embarazosos, pero ella era de natural seca y pensé, desde el principio, que la actitud de la chica pretendía mantener así la distancia con el nuevo esclavo de la familia. Más tarde adopté la idea de que mi corte de pelo al cero no me favorecía y que esto debía de ser el motivo de tanta indiferencia hacia mi persona.

Como les he comentado antes, a mí me daba igual. Es más, llegado el momento me convencí de que era más conveniente tener el desaire de Susana por norma que a una pretendiente no correspondida y, por consiguiente, loca por hacerme la vida imposible.

Bajaba a dejarme la comida cuando no lo hacía su padre, que era rara vez, y, sin dignarse a decir ni media palabra, desaparecía por la escalera engullida por el agujero que los Rojas hicieron en el techo de la zapatería. Carmelo me lanzaba miradas cómplices cuando su heredera aparecía, creo que para averiguar si yo le prestaba atención, y acto seguido comenzaba con la conversación sobre noviazgos y matrimonios que no despertaba en mí ningún interés, así que un servidor se escurría de la charla volcándose en la faena.

—Algún día tendrás que echarte novia, ¿no?

Pero yo no le contestaba.

Creo que era una familia extraña, algo chapada a la antigua y con multitud de conflictos internos por resolver. Hablaban poco entre ellos. Lo sé porque en alguna ocasión —animado por la curiosidad— subí a hurtadillas la escalera para asomarme al pasillo de la vivienda y siempre que lo hice solo percibí un triste sonido de cubiertos mezclado con tímidos monosílabos como única señal de comunicación entre los aplicados comensales.

A la mujer del zapatero no la escuché hablar jamás y, si poco aparecía la hija por el negocio, menos aún lo hacía Victoriana, que era como se llamaba la esposa del jefe.

Por ese mismo motivo creo que nunca voy a llegar a entender lo que pasó entre las paredes de aquel local donde trabajé haciendo calzado con neumáticos usados.

Una noche de otras tantas me desperté sobresaltado al escuchar un ruido en el interior de la trastienda. Me incorporé y a gatas tanteé el suelo para coger la escopeta que descansaba a mi lado. De repente un fósforo se encendió en mitad de la oscuridad descubriéndome el rostro de la hija del zapatero. Asustado me puse en pie inmediatamente porque, si ya era fea de día, la tenue luz de la cerilla no hizo sino empeorar su aspecto. Cruzó el índice sobre sus labios mandándome callar, apagó la llama de un soplido y se abalanzó sobre mi raquítica figura tapándome la boca. Caímos sobre el camastro y me besó sin contemplaciones, dejando al descubierto mucha ansia y poca destreza. Intenté apartarla, pero se había sentado sobre mi cuerpo a horcajadas. Susana pesaba más que yo —que nunca fui de muchas carnes— y no le costó demasiado hacerse conmigo.

Preferí no gritar, no llamar la atención por miedo a quedarme en la calle en mitad del invierno de Burgos, que es muy duro. Arrancó mis harapos con furia y me dejó amar. Tampoco puedo decir que fuese una violación, porque de haberlo querido la habría encañonado con el arma para espantarla. Una vez estuve desnudo sentí el calor de su cuerpo contra el mío y a mi mente vino el agridulce recuerdo de Lucía. Ciego por la oscuridad le hice el amor sin contemplaciones.

Porque sí; era fea, pero abrigaba.

Capítulo 72. Los Secos

Lo vi estacionar frente al escaparate del negocio y una ilusión absurda me hizo pensar que todo había vuelto a la normalidad. Ahora me río de aquel momento en el que creí que los tubos fluorescentes que colgaban encima de mí emitirían el sonido característico que hacen justo antes de desplegar su luz parpadeante y fría. Estaba a dos segundos de que la penumbra constante de la trastienda desapareciese y con ella los odiosos pinchazos que me atizaba con la aguja de zurcir cuando la vista me flojeaba. El recuerdo de cuando la vida era más fácil me jugó una mala pasada envolviéndome en la ensoñación de que la luz volvería a nuestras vidas esa misma mañana, justo en aquel preciso instante, y esa estúpida ilusión me hizo olvidar que —aunque esto sucediese— habría que volver a reponer el tendido eléctrico de nuevo, ya que los gruesos cables que conformaban la red de distribución habían sido víctimas del saqueo para utilizarlos como cuerdas de tiro o para conformar recios cercados.

Y todo porque un coche como el de mi padre había estacionado frente a la zapatería de los Rojas. Un vehículo moderno funcionando era motivo más que suficiente para recuperar la esperanza perdida. Y no era yo el único iluso que así lo creyó, ya que un pequeño tumulto de curiosos se había arremolinado alrededor de aquel milagro mecánico mientras realizaba las maniobras de estacionamiento. Las puertas se abrieron y bajaron tres personas de su interior. Vestían bien, nada de telas mugrientas llenas de remiendos ni bastos zapatos de color negro. El conductor llevaba consigo una escopeta de cañones recortados y, tan pronto compuso sus ropajes, la acomodó en su hombro derecho dejando la misma apuntando hacia el cielo. Se abrieron paso entre la gente y entraron en el negocio de Carmelo.

—Buenos días —dijo uno de los dos tipos que se apearon de las plazas traseras del todoterreno.

El zapatero los estaba esperando detrás del mostrador con una sonrisa complaciente y un tanto exagerada. Yo, por supuesto, también salí a ver a los clientes.

De los tres entraron dos y el de la escopeta se quedó en la puerta del local

mirando hacia el vehículo, vigilando que los curiosos que contemplaban el coche no se viesen tentados de algo más.

Pidieron dos pares de zapatos para cada uno de ellos, de los buenos, de los de cuero. También unas botas de caña alta para montar a caballo. Carmelo les midió los pies y dibujó el contorno de sus plantas utilizando un lápiz y una hoja de papel. Con la cinta de sastre apuntó los contornos de los gemelos para que las botas se ajustasen como un guante.

Los tipos eran parcos en palabras y respondían a las preguntas del artesano con frases de longitud tacaña o con silencios irrespetuosos que le hacían parecer al dueño del negocio un completo estúpido.

Discutieron el precio del encargo y cerraron el acuerdo en 75 gramos de oro, una auténtica fortuna. Posaron encima del platillo de la balanza la mitad del metal y Carmelo les extendió una hoja en la que se detallaba el pedido realizado, así como la cantidad que restaba por pagar. El mayor de los dos se abrió el abrigo y guardó la nota en el bolsillo interior sin demasiado interés por su parte. Se dieron media vuelta con un «buenas tardes» dicho entre dientes dispuestos a abandonar el taller de calzado.

—¡Por favor, señores! —exclamé desde el mostrador para sorpresa del zapatero—. ¡Una pregunta!

Los tipos se giraron lentamente ante mi impertinente llamada, se miraron extrañados y después me dedicaron el mismo rostro inexpresivo que les acompañaba en todo momento.

—Qué.

—¿Cómo es posible que ese coche funcione?

—Con dinero todo es posible —respondió el más joven.

Abandonaron el local y se esfumaron abriéndose hueco entre la gente que aguardaba curiosa a ver cómo se desplazaba el automóvil.

—¿Por qué has tenido que preguntar nada? ¿No ves que son gente de pocas palabras?

—¿Es que a ti no te llama la atención? —pregunté para defenderme.

—¡Claro que sí! —gruñó Carmelo alterado—. Pero tienes que darte cuenta de las cosas, Andrés. ¡Ya no eres un niño!

—Pues no veo el problema.

El hombrecillo soltó los apuntes encima de la mesa con furia, se acercó hasta donde yo estaba y elevó la voz para recriminar mi falta de tacto.

—Tienes que ser consciente de lo importante que es el trato con el cliente, ¿entiendes? Hay que ser capaz de tomarle el pulso a cada uno de los que atraviesa esa puerta —gritó señalando la entrada del local.

El dueño vio mi cara de absoluto desconcierto y me hizo pasar a la trastienda. Se calmó entonces y tomó asiento en el taburete de trabajo antes de volver a dirigirme la palabra.

—No conozco a esos dos que acaban de marcharse de mi local, pero está claro que tienen dinero. También hemos visto que son gente reservada, ¿me sigues?

—Sí.

—No son clientes todavía, o así lo considero yo. Cuando prueben sus zapatos y queden encantados con ellos, volverán de nuevo. Entonces ya podré decir que son clientes, ¿lo entiendes ahora?

—Más o menos.

El zapatero se puso en pie y se acercó hasta el ventanal para ver si la calle había retornado a su habitual tranquilidad. Se volvió para coger un pliego de cuero curtido y, pensativo, volvió a dejarlo en la percha sobre la que se acomodaba.

—Cuando un cliente es habitual, y solo entonces —exclamó elevando el dedo para remarcar el matiz—, cabe la posibilidad de establecer con él un clima de confianza que permita cierta familiaridad, pero hasta entonces no. Por ese motivo no es conveniente incomodar al comprador con preguntas de ningún tipo. ¿Queda claro?

—Entendido. La próxima vez no abriré la boca.

—La próxima vez no saldrás a la tienda —replicó el artesano.

Capítulo 73. El vehículo moderno

No duró demasiado el misterio de los coches modernos. Cuando los Secos vinieron a recoger el encargo observé con detenimiento su automóvil.

Desde que aquellos tipos aparecieron a bordo del flamante todoterreno, no pasé una noche sin dormir —aparte de las que Susana bajaba para que yo la copulase— en la que no hubiese exprimido mi cerebro buscando una explicación que justificase el funcionamiento del BMW. Si lo que me contó el vagabundo polaco era cierto, no había posibilidad de que su motor hubiese arrancado así, sin más.

—Hay gente que arregla cualquier cosa —decía el zapatero cuando mi curiosidad sacaba el tema durante la jornada de trabajo que compartíamos en la trastienda.

Yo se lo rebatía, pero creo que malgasté mis esfuerzos tratando de convencer a Carmelo de que el fenómeno que estaba afectando a nuestro planeta freía implacable cualquier cacharro electrónico. El hombre levantaba la cabeza, me miraba, y después volvía a repetir que había gente capaz de reparar cualquier invento, por muy complejo que este fuese.

Por fin llegó el día en el que los Secos se presentaron en el negocio y el zapatero salió a atenderlos con la mejor de sus sonrisas, como siempre. Yo me quedé en el taller siguiendo la orden que Carmelo me dio después de la incómoda impertinencia mostrada por mi parte. Me situé detrás de la cortina que separaba las estancias para escuchar la perorata acerca de las características de los materiales utilizados, las técnicas de cosido usadas, los betunes y tintes empleados y todo el rollo que el artesano relató a los mudos compradores para hacer subir el valor de su magnífica adquisición.

Se calzaron los zapatos, también las botas de montar, y anduvieron por la tienda retorciendo los tobillos para verificar si el pedido se adaptaba a sus pies de manera perfecta, tal y como les vendía el remendón. Nulos en elogios y cortos en palabras, depositaron en la balanza la mitad del pago que había

quedado a cuenta y tiraron encima del mostrador el papel que rezaba la deuda pendiente.

El gentío alrededor del todoterreno, esta vez menos nutrido que en su primera aparición, observaba el vehículo desde todos los ángulos. Cuando alguno de los curiosos intentaba acercarse demasiado a la máquina era reprendido por el tipo de la escopeta de cañones recortados que acompañaba a los Secos y que parecía de igual naturaleza taciturna que ellos. En ese momento decidí abandonar el taller e hice acto de presencia en la tienda mascullando un escueto «buenas tardes» al que no respondió nadie. Salí entonces a la calle y me acerqué al vehículo con la única intención de observarlo con detenimiento cuando este tomase vida para llevarse a los clientes.

Minutos después, los Secos salieron de la tienda con el calzado de cuero dentro de unas bolsas de plástico que metieron en el maletero del BMW. El guardaespaldas se subió al puesto del conductor y los otros dos ocuparon las plazas traseras, el motor arrancó y el vehículo comenzó a moverse lentamente abriéndose paso entre el numeroso grupo niños que lo circundaban.

Fue poco tiempo el que tuve para escrutar los detalles que dejó al descubierto el fugaz funcionamiento del coche, pero suficiente como para percibir que el motor sonaba mucho peor que el que latía en las entrañas del de mi padre. Era un ruido más metálico y rudo que al que acostumbraban los motores de antes y —aunque yo no era un experto en máquinas— la diferencia era fácilmente perceptible por cualquiera que hubiese vivido los tiempos anteriores al Día Cero. Tampoco aprecié la verbena de luces que acompañaba la simple apertura de las puertas, ni en el habitáculo ni en los faros y pilotos exteriores, por lo que entendí que la historia de Dobrogost era cierta y la electrónica del todoterreno, igual que la del resto del mundo, estaba inservible.

Pasadas unas semanas un cliente nos confirmó que había un mecánico en San Medel que se dedicaba a adaptar motores antiguos en coches modernos. Al poco tiempo se puso de moda, entre los bolsillos más poderosos de Burgos, pasear por las calles de la ciudad a bordo de los flamantes vehículos que se quedaron parados aquel maldito viernes de julio.

Tiempo después bien supe acerca de estos pormenores de la mecánica y la

técnica, pero esto lo relataré a su debido tiempo, querido lector.

Capítulo 74. El gigante

Cumplí los dieciocho y doce meses después los diecinueve. En ninguno de los aniversarios le dije nada a Carmelo y pasé las jornadas zurciendo gomas de cámaras y cortando neumáticos como cualquier otro día. Nunca me preguntó por la fecha de mi cumpleaños.

Mi vida se convirtió en una rutina de trabajo, en la que únicamente mi visita de los domingos al convento de las monjas Agustinas se inmiscuía discretamente para romper la monotonía.

Trabajaba por el día al lado del zapatero, que seguía sin tener tiempo de enseñarme a tratar el cuero, y que religiosamente me daba desayuno, comida, cena y colchón. Muchas noches bajaba Susana para que le hiciese lo de siempre y continuó con aquella fea costumbre incluso cuando se ennovió con un muchacho del barrio de San Julián. Tampoco ella me preguntó nunca sobre mi cumpleaños, ni sobre nada, para ser honesto.

Cuando descansaba mi cabeza sobre la almohada, mi mente se enredaba en su particular bucle de recuerdos y deseos: mis padres, Lucía, Sonsoles y Román, la pequeña Lucía, los padres de la pequeña Lucía y por último la idea —cada vez más abandonada e inalcanzable— de llegar algún día a casa de mi tío Joaquín.

Todas las mañanas, cuando amanecía acunado entre el olor a goma y disolventes, la ilusión de abandonar el negocio de los Rojas me invadía con fuerza. Varias veces fueron las que me lancé a la calle con la determinación de retomar el camino —ya demasiado tiempo dejado en el olvido—, después, cuando el miedo de abordar la travesía sin nada en los bolsillos y con una escopeta que no era capaz de matar a nadie me devolvía a la realidad, retornaba cabizbajo a la confortable estabilidad que me ofrecía el taller de calzado en el que pasé aquella larga temporada.

Un día paró delante del establecimiento un tipo rudo que se acababa de apearse de un remolque tirado por cuatro caballos percherones. Agachó la cabeza para pasar por el marco de la puerta, girando levemente su cuerpo al

mismo tiempo, porque su grosor no le permitía hacerlo de frente, tal era el tamaño de aquel señor. Una voz grave y profunda abandonó la garganta del mastodonte para pedir a Carmelo un par de botas impermeables, fuertes y calentitas, por lo que mi jefe no dudó en ofrecerle el producto estrella de su empresa.

—Tengo aquí unas, pero no creo que le valgan a usted.

El zapatero sacó las calzas mostrándoselas al gigante. Las palpó por dentro y por fuera, las retorció, las olió e incluso se atrevió a rascarlas con la uña para ver la calidad del material. Las dejó en el suelo y se descalzó con la intención de probárselas, pero al posar el pie desnudo al lado de la bota, y comprobar que todos los dedos quedaban por delante de la puntera del calzado, desistió de hacerlo.

—¡Vaya!

—No se preocupe, en un par de días se las tendré preparadas.

—Ya.

—Si lo desea le podemos poner la suela con clavos, ya sabe, para la nieve y el hielo.

—No. Yo ando poco. Siempre voy encima del remolque —dijo señalando la calle.

Fuera esperaban otros dos hombres que se ocupaban de dar de comer a los caballos, aparte de revisar el estado de los correajes, las ruedas del carromato y todos los cachivaches amontonados encima de la cisterna de la que tiraban los rocines. Amarrados en la parte posterior de la caravana esperaban pacientes un par de chotos y un borrico al que habían cargado con un pesado bulto encima del lomo.

Tipos rudos y fuertes, armados hasta los dientes, que se pegaban voces aunque estaban a no más de un par de metros el uno del otro.

—Lo que pasa es que hasta dentro de un mes no vuelvo por aquí —habló el cliente.

—Se las tendremos preparadas entonces, para cuando vuelva.

El hombre volvió a calzarse la desgastada bota que traía mientras parecía darle vueltas a alguna idea en su mollera.

—¿Cuánto pide usted por el par de botas? —preguntó finalmente.

—Diez gramos de oro.

—¡Rediós!

—¿Le parece caro? Le aseguro a usted que le durarán una buena

temporada. Si las quiere un poco más económicas se las podemos hacer con forro de tela en vez de borrego... o sin él.

El carretero se rascaba la barbilla sopesando la oferta que había escuchado de Carmelo. Se incorporó y comenzó a caminar dentro de la tienda de manera pausada, mirando los azulejos agrietados del suelo sobre los que posaba sus enormes pies. El pulgar de su diestra tocaba alternativamente el resto de compañeros de mano al mismo tiempo que de su boca parecían salir números sin ton ni son. Después de varias vueltas abandonó la tienda, reclamó la atención de sus dos compañeros de faena y mantuvieron una conversación algo exagerada tanto en el tono como en las gesticulaciones. El griterío se terminó y el grandullón volvió a entrar en la zapatería repitiendo la flexión necesaria para pasar sus carnes por el umbral de la puerta.

—Si me *haría* precio le encargo tres pares.

—Por supuesto. Veintiocho por los tres.

—¡Joder! ¡Es usted peor que los pasiegos, coño!

—Le he rebajado dos gramos, no es poca cosa.

—Veintisiete —dijo el hombre ofreciéndole la mano al zapatero.

Carmelo dudó durante unos instantes y al final juntó la palma con la del nuevo cliente. No puedo decir que fuese un apretón de manos como Dios manda, porque los dedos de la manita del artesano quedaron ridiculizados dentro de la enorme extremidad del carretero.

El gigante llamó a sus compañeros, que resultaron ser sus hermanos, y Carmelo les tomó las medidas utilizando la cinta de sastre para medir el contorno de los gemelos y el papel con el lápiz para dibujar la huella de los pies, como siempre. Justo antes de que el hombre atravesase la puerta para continuar con su camino se dio la vuelta dirigiéndose de nuevo al dueño del negocio.

—Escuche, si prefiere puedo pagarle con combustible.

—¿Cómo?

—Que en vez de oro podemos cerrar el trato con litros de gasoil, ¿le parece?

—...

—Le puedo dar noventa litros de gasoil. Lo estamos vendiendo a gramo cada tres litros, ¿qué opina?

—¿Quién compra gasoil hoy en día? —preguntó sin ninguna fe Carmelo—
¿Y a ese precio?

—Los ricos de la zona. ¿No ha visto por las calles de Burgos coches de los de antes?

—Sí.

—Pues gente como ellos son los que lo compran. También vendemos gasolina, pero tiene menos salida, no le voy a engañar a usted, porque es más cara y el paisano ese que adapta los motores a los coches modernos solo lo hace con máquinas diésel, ¿me entiende?

—Más o menos.

El grandullón le dijo a Carmelo que no hacía falta que le contestase en ese mismo instante, que se lo pensase y que, si le parecía bien, liquidarían el resto del encargo con el pago en combustible.

Capítulo 75. La envidia de Santander

Carmelo le dio vueltas al asunto del cobro a los hermanos de la cisterna. Cuando paraba para descansar cogía un papel y lo llenaba de números. Hacía cábalas y me preguntaba sobre la conveniencia del acuerdo. A ratos parecía decidido a no aceptar el trato, para después cambiar radicalmente de opinión cuando yo dejaba escapar algún comentario inocente que no buscaba otra cosa que hacerle zozobrar en su determinación. Debo confesar que la situación me divertía.

Abandonó la tienda varias tardes para preguntar, por aquí y por allá, quiénes eran los que compraban combustible y a qué precio lo pagaban, consiguiendo únicamente respuestas contradictorias que solo aportaron más confusión al zapatero.

—Pues vete a hablar con el mecánico ese de San Medel —le dije en una ocasión, pensando que no se atrevería a salir de la ciudad.

Por su puesto, me equivoqué. Le pareció una idea acertada y se fue en busca del hombre que insuflaba vida a los coches modernos. Volvió con las ideas claras y convencido de que cobrar el trato en gasoil era mucho más ventajoso para su empresa que hacerlo en oro. A los pocos días —como habíamos recuperado el tedioso silencio monacal de las jornadas de trabajo— le pregunté cómo pensaba vender el bien adquirido, ya que en la puerta de su negocio ponía «Zapatería Rojas» y sin embargo no decía nada acerca de venta de combustibles, lo que hizo zambullirse a Carmelo en el mar de dudas sobre el que flotó desde que el gigante le hizo aquella novedosa propuesta de pago.

Y así se pasó cinco semanas. 34 días en los que no tuvo inconveniente en dejarme atender a los clientes cuando abandonaba el local para realizar sus perturbadas averiguaciones. No desaproveché la ocasión para recordarle que un servidor no tenía tacto con la clientela y que, por consiguiente, era aconsejable que bajase su mujer a atender al público, a lo que el hombrecillo me respondía con un «Andrés... no me toques los cojones» envuelto en una incómoda sonrisa.

Y así llegó el día en el que el carretero apareció por la puerta del negocio

de los Rojas. Desató los lazos que tenía anudados en ambos pies, realizados a base de retales de tela vaquera, y que había utilizado como solución improvisada para unir unos lamentables chanclos a los restos, no menos vergonzosos, de los zapatos que le servían como calzado. Cogió las botas y se las enfundó raudamente, se levantó, anduvo, flexionó los tobillos a petición de Carmelo, y una sonrisa elevó los mofletes sonrosados del nuevo cliente.

—¡Cojonudas! Voy a ser la envidia de Santander —afirmó satisfecho mirando el reflejo de la nueva adquisición en el espejo acomodado a ras de suelo.

Después de él pasó uno de sus hermanos y por último el que parecía más joven de los tres. Todos realizaron los mismos movimientos para comprobar que el pedido se había finalizado de manera aceptable y que ninguna costura les apretaba los dedos de los pies. Cuando dieron el visto bueno a la compra, regresaron a la calle para vigilar la caravana dejando solo al grandullón dentro de la tienda.

—Bueno, liquidemos la cuenta. ¿Has pensado cómo quieres que te pague? —preguntó al zapatero.

—Con gasoil.

—Buena elección.

Salimos a la calle y el carretero se encaramó a lo alto de la cisterna con una agilidad insospechada, abrió una trampilla y uno de los hermanos le acercó un artilugio provisto de una manivela del cual salían un par de mangueras por ambos lados. Introdujo uno de los tubos dentro de la cuba y el otro lo descolgó hasta que su ayudante pudo agarrarlo. El gigante movió con energía la palanca de la bomba y al momento el líquido amarillento comenzó a llenar un cubo segmentado con medidas de a litro que descansaba sobre el asfalto.

Carmelo tenía las garrafas preparadas para almacenar el combustible desde la semana anterior. Se había ocupado de llenarlas con agua para cubicarlas de manera precisa y también les realizó unas marcas para cerciorarse de que no le despistasen ni un cuarto de litro en el trasiego.

Así se satisfizo el pago por los tres pares de botas y, tanto los gasolineros como el zapatero, quedaron contentos con el trato. Se despidieron con un apretón de manos y los mejores deseos. Los cuatro percherones comenzaron a moverse después del berrido que emitió el más joven de los hombres, que fue el que se encargó de las riendas cuando todos se hubieron acomodado encima

del remolque.

Me quedé ensimismado, mirando el lento avanzar de la caravana que reanudó su marcha por la avenida norte de Burgos, seguramente camino de Cantabria. Dudé en salir corriendo detrás de los hermanos para preguntarles si harían el favor de llevarme con ellos, pero Carmelo solicitó mi ayuda para cargar con las garrafas de gasoil y, para cuando regresé a la calle, el carronato se había esfumado por ese mismo horizonte que yo ansiaba alcanzar.

Pero lo realmente importante era que aquel tipo había dicho que iba a ser la envidia de Santander. Y eso fue más que suficiente para recuperar la ilusión por continuar con mi viaje y llegar, por fin, a casa de mi tío Joaquín. Tal vez no estaba ya tan lejos de cambiar mi estatus de nuevo esclavo por el de sobrino que disfruta de ciertos privilegios. A lo mejor, con un poco de suerte, podría abandonar el negocio de los Rojas y olvidarme de las incómodas visitas nocturnas de Susana.

De esta manera determiné que la próxima vez que los hermanos pasasen delante de la tienda, camino del norte, yo saldría del taller para pedir que me dejaran acompañarlos en su travesía. Y con ese pensamiento me mantuve ilusionado, ansiando ver aparecer de nuevo la caravana por la avenida en la que se situaba la zapatería.

Durante las primeras semanas no presté atención a quién transitaba por la calle, pero cuando se fue acercando la fecha —en la que debían hacer acto de presencia los gasolineros—, me asomaba raudo al escaparate en cuanto el sonido de unos cascos de caballo se colaba en mis oídos. Carmelo me miraba sorprendido cuando dejaba lo que tenía entre manos para correr al ventanal, después, al retornar al taburete de trabajo, me interrogaba acerca de ese nuevo y desconcertante interés por mi parte en observar lo que pasaba en la calle. Di todo tipo de respuestas peregrinas y no dudé en mentir para justificar mi extraña conducta, no teniendo ninguna objeción en utilizar para ello trolas de lo más variopintas.

Me inquietaba la posibilidad de que los hermanos no aceptasen llevarme con ellos y que mi intención traicionera quedase entonces al descubierto a ojos del artesano cuando este me viese salir del local para formular mi petición. La idea me atormentaba, era posible que Carmelo —al verse despreciado por mi acto— me echase de su casa y un servidor diese, de buenas a primeras, con

sus huesos en la calle.

Dicho esto, es posible que el lector crea que soy de pensamientos exagerados y algo tremendistas. Por dicha razón puede usted caer en la falsa idea de que siempre me quedaba la opción de retornar al convento de las Canónigas Agustinas; pues no.

En una de mis visitas dominicales, sor Virtudes ya me advirtió sobre este particular: el padre Fermín había vetado mi regreso dentro de los muros de la congregación. La Superiora, aun así, consiguió que el párroco no pusiese objeciones en que acudiese los Días del Señor, esgrimiendo que mi ayuda era bien recibida y, aunque la idea no agradó al sacerdote, se vio obligado a aceptarla gracias a la habilidad de sor Virtudes, que planteó la opción de que fuese el propio cura el que les echase una mano los domingos si debían prescindir de mí.

Capítulo 76. *Chavaluco*

El carromato apareció por el fondo de la avenida. Venía con su paso lento, envuelto en el ruido que hacen las pisadas de los caballos sobre el asfalto.

Tuve suerte de que la caravana se presentase justo a la hora en la que Carmelo se había ausentado para comer en su casa, así que salí de la tienda sin dudarlo. No cogí nada porque no tenía más posesiones que la ropa que vestía y pensé que tal vez nunca volvería a trabajar en el calzado destrozándome las manos, que a lo mejor perdería también mi título de esclavo, que con un poco de suerte en menos de una semana vería de nuevo al hermano de mi padre. Estaba a un minúsculo paso de mis anhelos, de recuperar el sueño de una vida mejor, todo únicamente porque en aquel momento los hermanos aceptasen llevarme con ellos.

Corrí calle arriba para alejarme de la tienda y evitar así que mi jefe me sorprendiese hablando con sus clientes, lo que habría descubierto la traición a la que tanto temía. Los esperé frente a los restos de un centro comercial, que debió de vivir épocas de esplendor cuando las cosas funcionaban como antes, situado en la salida norte de la ciudad.

El corazón me latía desbocado ante la posibilidad de emprender el viaje en ese mismo momento, también por la carrera que me di hasta llegar a la cuesta en la que decidí esperarlos. Se me hizo eterno el rato que transcurrió hasta que la caravana pasó delante de mí. Creí que me reconocerían nada más verme, pero los tres carreteros no mostraron el más mínimo interés por aquel muchacho que permanecía sentado en la mediana de la carretera mirándolos solícito.

¡Eh! —grité poniéndome en pie.

El más joven de la familia me miró extrañado durante unos segundos y pareció reconocerme finalmente. Dio un silbido y los dos que compartían banco en la parte delantera del remolque —lugar donde se gestionaban las riendas de la diligencia— miraron entonces hacia atrás.

—¡Eh! —repetí poniéndome a la altura de los conductores para que me viesen.

—Es el ayudante del zapatero, ¿no? —escuché que preguntaba el grandullón a su acompañante.

Los caballos continuaban con su pausado avanzar, ahora más penoso debido a la pendiente en la que estábamos y que les hacía soltar, del esfuerzo, una espuma blancuzca por la boca.

—¿Qué quieres?

—¡Quiero ir con vosotros!

—¿Qué? —gritó el que ocupaba la zaga de la cisterna llevándose la mano detrás de la oreja para mejorar la escucha.

—¡Que me llevéis con vosotros!

Los hombres se miraron extrañados sin entender muy bien la solicitud que les acababa de hacer.

—¿Quieres venirte con nosotros? ¿Vas a abandonar a tu padre?

—¡No es mi padre!

Volvieron a mirarse, pero esta vez ninguno de ellos quiso darme una respuesta. Pretendían simular no escucharme para evitar tener que cargar conmigo, aun así continué caminando al lado de la caravana esperando una réplica a la que no pensaba renunciar.

—No nos dedicamos a llevar gente. El viaje es peligroso —exclamó finalmente el hermano menor levantando el fusil que portaba para hacerme entender que, en alguna ocasión, había hecho uso de él.

—¡Por favor! —supliqué—. Quiero llegar a Comillas, mi tío vive allí.

El gigantón se giró y me escrutó pensativo, después volvió la vista hacia la carretera abandonando la idea, fugaz, de acogerme en el grupo.

—¡Por favor! —insistí.

Los ocupantes del banco comenzaron a hablar entre ellos, pero el ruido de los cascos de los animales me impedía escucharlos. El mediano se volvió para hablarme.

—Es peligroso, no llevamos gente, no nos dedicamos a transportar a personas —repitió.

—Solo será una vez. Continuaré mi camino en solitario llegado el momento. Vosotros vais a Santander, ¿verdad?

—A Astillero.

—Pero eso es Santander, ¿no?

—Más o menos —respondió el benjamín de la familia.

—¡Por favor!

Pero el carronato no paró. Desesperado por no dejar escapar mi única oportunidad, adelanté a la caravana y me puse delante de los percherones para detener su avance.

—¡La madre que te parió! —gritó el gigante bajándose apresurado del remolque.

En un par de zancadas me alcanzó, pero para entonces, este que escribe, ya tenía clavadas las rodillas en el asfalto.

—Por favor, tenéis que dejar que vaya con vosotros. No tengo otra manera de salir de aquí —supliqué.

Levanté la cara y vi que los otros dos hombres también se habían apeado de la cisterna para calmar al mayor de los hermanos.

—¡Vamos, Nicolás!... ¡Es solo un *chavaluco*!

—¡Ni *chavaluco* ni hostias! ¡Ha parado a los caballos! —gritó furioso— ¡Encima en plena cuesta, el muy mongólico!

Lo agarraron por los brazos para apartarlo de donde yo estaba. Discutieron en voz baja durante un rato y al final se acercaron hasta mí, que continuaba con mi postura penitente.

—Está bien —dijo Nicolás—. Podemos llevarte hasta Torrelavega, allí seguirás el camino por tu cuenta.

¡Ah! Aquellas palabras me sonaron a música celestial. Por fin perdería de vista a Carmelo y a su intrigante familia. Así que emocionado me puse en pie acercándome a la caravana para encaramarme —sin más dilación— al remolque de los hermanos cántabros, pero el gigante levantó el brazo mostrándome la palma de su mano derecha, frustrando así mi ilusa intención.

—¡Quieto! Te costará cuarenta gramos de oro.

—¿Cuarenta?

—¡Cuarenta, sí! —bramó tajante.

—Pero no tengo nada. Trabajo solo a cambio de cama y comida. El zapatero no me paga.

Nicolás se dio la vuelta y ocupó el puesto de conductor que había abandonado, cogió las riendas y tiró con determinación de ellas. Me aparté para que la caravana continuase su camino.

—Cuando traigas los cuarenta gramos podrás venir con nosotros, pero no vuelvas a ponerte delante de los caballos en tu vida.

Capítulo 77. El billete

En el inicio de este escrito les advertí sobre la degradación moral que sufren las personas cuando se enfrentan a sus contratiempos. El instinto de supervivencia despierta las peores intenciones en el alma humana y como habrán comprobado yo no he sido una excepción.

Desde que los gasolineros pusieron precio a mi huida de Burgos, no hice otra cosa que pensar en recolectar los dichosos cuarenta gramos de oro.

Cuando estaba en el trabajo me estrujaba la mollera de manera constante y tortuosa para conseguir elpreciado metal y, después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que sisarle a Carmelo era la única vía para comprar mi billete, al menos de momento. El plan pasaba por realizar un pequeño robo cada dos semanas de tal forma que el zapatero no se percatase del hurto. Si me comportaba con naturalidad y me mostraba hábil en el arte del escamoteo podría conseguir, en menos de un año, la cantidad solicitada por los comerciantes de combustible y así perder de vista a aquella familia de locos.

Pero la empresa no fue nada fácil y estuvo plagada de momentos miserables como podrá comprobar si sigue leyendo estas memorias.

Así, me adentré en la vivienda de los Rojas una noche después de cumplir mi rutina con Susana, que no había semana en la que no visitase mi colchón. Elegí justamente el momento en el que regresó por la escalera a su casa ya que en la misma noche nunca bajó dos veces y, por lo tanto, podía ausentarme del camastro sin que fuese detectado por la hija del zapatero. Aguardé un rato a que la muchacha se quedase dormida y accedí al piso por el agujero practicado en el techo. Reptando por la casa llegué hasta la cocina y rebusqué a ciegas por todos los rincones. Cuando encontraba algo que a mi parecer podría contener elpreciado metal, encendía un fósforo para comprobar mi suerte. Aquella noche encendí más de veinte cerillas sin obtener éxito en mi búsqueda pese a haber hurgado incluso dentro de los tarros que guardaban las legumbres.

Repetí las incursiones hasta registrar cuatro habitaciones más, logrando idéntico resultado en cada una de ellas. Así las semanas fueron corriendo y un

día vi pasar frente a la tienda a los gasolineros encima del remolque, para mi desesperación. Miraron a la zapatería curiosos, tal vez esperando que aquel niño impertinente saliese a su encuentro de nuevo, pero, tras comprobar que la puerta del negocio no se movía, continuaron con su camino como si tal cosa.

Había pasado un mes y no conseguí reunir ni un solo gramo de oro. El piso estaba registrado al completo, a excepción del par de habitaciones donde dormían Susana y sus progenitores, las cuales nunca profané.

Durante el segundo mes únicamente pude birlarle al zapatero una pequeña cantidad perteneciente al pago de un par de zapatos de cuero. Aproveché el inusual descuido de Carmelo que dejó olvidada, cuando subió a comer, la bolsita que contenía el oro junto a la máquina de coser, momento en el que sustraje un minúsculo anillo. A los pocos minutos, y todavía masticando, el dueño del negocio apareció aturullado por la escalera para recuperar lo que era suyo, desapareciendo de nuevo por el agujero del techo sin mediar palabra. Me fui a la tienda y posé encima de la báscula la cantidad afanada para ver, con decepción, que apenas alcanzaba el gramo y medio de peso.

Los meses iban pasando y el escondite donde guardaba el pago de mi huida no se llenaba. La maldita casualidad hizo que cada vez que Nicolás y sus hermanos aparecían por delante de la tienda, camino del norte, yo los viese. Así de cochina se mostraba mi suerte.

No dejé escapar ninguna de las oportunidades que se me pusieron por delante con tal de pagar el billete hacia casa de mi tío Joaquín. De esta manera, llegué a posar miserablemente el pie encima de un pendiente que se le desprendió de la oreja a una anciana clienta en la tienda. La mujer miraba al suelo tocándose el lóbulo derecho, buscando desesperada la pareja del último regalo que le hizo su difunto marido, pero ni siquiera eso me hizo levantar la zapatilla del suelo. Me agaché simulando un rastreo pormenorizado por los azulejos del piso con la falsa intención de ayudar a la pobre señora, momento que aproveché para coger la pieza de oro y esconderla en el bolsillo.

En otra ocasión, encontrándome yo debajo de Susana —que cabalgaba con su habitual falta de tacto— noté un péndulo metálico golpeándome la cara con la misma cadencia que sus embestidas. Pensé que debía de ser una medalla y no dudé en arrebatarla forzando un cambio de postura que, dicho sea de paso, fue muy bien recibido por la muchacha. Con los primeros rayos de luz, contemplé la nueva adquisición embargado de una vergonzosa excitación y para mi alegría aquello resultó ser una medallita de la virgen de Covadonga,

con su correspondiente cadena, todo ello de oro. A media mañana Susana bajó al taller para mirar disimuladamente al suelo mientras contestaba con evasivas a las preguntas del zapatero, que no lograba entender qué demonios hacía su hija allí. Jamás me preguntó por la joya perdida y siguió bajando por la escalera las noches que le vino en gana.

También realicé varios encargos a espaldas del dueño del negocio. Lo hice por primera vez cuando, en mi visita de los domingos al convento de Santa Dorotea, me encontré por la ciudad con un señor que no había conseguido cerrar un trato con Carmelo. El hombre se presentó en la zapatería con un saquito de harina y un par de calabazas para adquirir unos zapatos negros, pero el artesano no aceptó el trueque. Le dijo que se las podía hacer por cuatro gramos de oro. El señor, después de sopesar contrariado el precio que acababa de escuchar, rascó del fondo de su bolsillo una vieja moneda que movió la aguja de la báscula solo hasta el número dos. No hubo acuerdo y el cliente abandonó la tienda con los bienes que trajo dentro de un saco de pienso. Nos cruzamos por la calle y lo llamé. Al ver que aún calzaba sus mugrientas zapatillas de deporte, ofrecí hacerle el calzado a cambio de la pieza dorada que había sacado en la tienda. Aceptó y realicé el encargo en una semana. Me costó varios cortes y un par de pinchazos de la aguja de zurcir, pero tal era la pericia que había desarrollado durante mis años de trabajo que, aun haciéndolas a tientas, me quedaron perfectas.

A raíz de ese trabajo conseguí media docena de encargos más, que me hicieron perder horas de sueño, ganar destreza en las manualidades a ciegas y aumentar el botín que debía comprar mi libertad.

Pero una noche se complicó todo.

Me encontraba cortando un neumático con las cizallas. Para no hacer ruido ponía encima de las tijeras un grueso trozo de fieltro de tal manera que las fibras del tejido amortiguasen el sonido que emite el armazón metálico al ser seccionado. De repente, escuché el crujido de la escalera y dejé mi tarea de inmediato regresando al camastro sobre el que dormía todas las noches. Susana se puso encima de mí después de quitarme los pantalones de un tirón. Me besó en la boca y en el cuello, también me acarició la cabeza con una ternura nunca antes mostrada. Fue la primera vez que no tuve que hacer un esfuerzo para animar mi virilidad y nuestros cuerpos encajaron sin necesidad de ejecutar las violentas maniobras a las que me acostumbré con la hija del jefe. En un primer momento creí que su novio del barrio de San Julián le había

enseñado a hacer el amor con delicadeza, luego me dio por pensar que tal vez la muchacha se había enamorado de mí de tanto utilizarme, pero fue al palpar sus senos cuando me di cuenta de que tenía encima a la madre y no a la hija.

Sus jadeos confirmaron lo que mis manos sintieron y tal era el grado de vileza que había alcanzado que, al cogerla de la muñeca, aproveché el momento para manganarla una pulsera.

Al día siguiente, la mujer de Carmelo también bajó al taller a mirar al suelo, pero al contrario que Susana ni siquiera se molestó en responder a las preguntas de su marido.

Capítulo 78. Trigo limpio

Asustado. Acongojado por la situación que buceaba peligrosamente en el seno de la familia Rojas y que amenazaba con estallarme en la cara en cualquier momento. Tenía claro que, en el supuesto de que se descubriese el pastel, el único que iba a salir perdiendo era yo —que para eso era el esclavo de la familia—, así que decidí precipitar mi salida de Burgos.

Según la frecuencia de los viajes a la que acostumbraban los hermanos del combustible, en una semana tendría que pasar por la avenida, camino de Santander, la cisterna tirada por caballos que me alejaría de aquella jaula de grillos. Desde que me arrodillé delante del gigante implorando su ayuda habían pasado once meses, sin embargo, entre los hurtos, los trabajos por cuenta propia y los cobros sin permiso a las mujeres de la casa, únicamente logré reunir algo más de veinte gramos del precioso metal.

Era domingo, me levanté temprano y me fui al convento a desayunar las pastas de hojaldre de sor Mercedes. Caminando por las calles me crucé con el habitual ir y venir de gente enredada en la rutina que trajo esta nueva era y que salpicaba cada rincón de la ciudad. Trascurridos casi cinco años desde el Día Cero, la sociedad ya se había adaptado a esta lamentable existencia. Vivir sin tele, sin aquello que se llamaba internet, sin teléfono, sin agua al abrir un grifo, sin aviones, sin noticias del mundo, sin dinero, sin música moderna, sin apenas vehículos, sin aire acondicionado, sin ruido en las calles, sin orden ni ley. Nadie se quejaba ya de la maldición que nos cayó el viernes de julio porque el paso del tiempo empezaba a diluir los recuerdos del pasado. Creo que a día de hoy no sabría manejar el ordenador con el que hacía las tareas escolares y, sin embargo, he mejorado mucho en los cálculos matemáticos mentales y en la lectura. Tal vez las máquinas nos hacían más brutos.

Engullí las pastas empapadas en leche caliente que me sirvieron en la cocina del convento. Después me tocó cargar con el cadáver de Dobrogost, que había fallecido esa misma noche entre unas terribles fiebres. Lo llevé en el carro de cargar personas al campo que quedaba entre la parte sur de la ciudad y el abandonado polígono industrial, y allí lo enterré. No hubo

responso ni unas palabras de despedida porque, según me dijo sor Virtudes, el padre Fermín le dio la extremaunción dos días antes y le echó el agua bendita esa misma madrugada, una vez muerto. Mientras cavaba la fosa en la que el polaco debía recibir descanso eterno, recordé la historia de la mina leonesa en la que trabajó y fantaseé sobre cómo sonaría el antiguo reproductor de *cd's* dentro de la galería situada a más de cuatrocientos metros bajo tierra.

Regresé al convento convencido de que tenía que poner fin a mi etapa en Burgos, también desesperado porque el peso del botín recaudado a lo largo de un año no resultaba suficiente para comprar mi plaza en la diligencia de los cántabros. Saqué el euro italiano que decidió mi camino en Madrid y lo observé maldiciendo el impávido rostro del hombre encerrado en el círculo. Juro que llegué a ver cómo la expresión de su cara cambió para ofrecerme una mueca burlona que se reía de mí y de mi suerte. A punto estuve de lanzarlo tan fuerte como pude.

Pasé la tarde ayudando a las hermanas en sus tareas habituales. Más tarde compartí mesa con ellas y con los indigentes que vivían bajo su tutela.

—¿Qué te pasa, Andrés? —me preguntó sor Virtudes.

Creo que mi comportamiento aquel día fue como el de todos los domingos, pero algo vio la monja en mí que le hizo lanzarme la pregunta hasta en tres ocasiones. Yo, por su puesto, dije que no me ocurría nada, que era solamente agotamiento generado por el trabajo, pero ella no me creyó.

La cuestión es que —desde que me levanté aquella mañana de domingo— se había colado en mi mente la idea de robar el cáliz que se guardaba dentro del sagrario de la iglesia grande. Pensé en hacerlo a última hora, justo antes de regresar a la zapatería. Confiaba así en que no lo echasen en falta hasta el siguiente domingo, que era cuando se celebraba misa en la iglesia mayor, lo cual me otorgaría el plazo suficiente para poner tierra de por medio. A medida que avanzaba el día, me fui poniendo más nervioso mostrándome extrañamente torpe en cada una de mis acciones. Echo un manojo de nervios, se me escurrieron de las manos varios objetos y tropecé con el escalón de entrada a la cocina, aun habiéndolo salvado más de mil veces con anterioridad.

La noche amenazaba con caer sobre la ciudad y mis pulsaciones se disparaban por momentos. Me despedí de las religiosas —como todos los domingos— y después pasé por el despacho de sor Virtudes, que a esas horas hacía los apuntes semanales en el cuaderno de registros de la congregación. Le dije adiós y antes de cerrar la puerta me volvió a preguntar sobre mi estado; y tuve que volver a mentir. Me dirigí entonces a la iglesia a través del laberinto

de pasillos del convento. La puerta de madera me dio acceso a la iglesia grande y, una vez en su interior, fui directo a la hornacina donde se acomodaba la imagen de Santa Dorotea. Detrás de la talla se escondía la llave del sagrario que guardaba el pequeño cáliz de oro, regalo de un obispo, y que compraría mi billete para salir de la encerrona en la que me hallaba. Desde la sala posterior a la nave principal, que está separada de esta por medio de unas rejas, vi esconder la llave al Padre Fermín tras la homilía de los domingos.

«Yo soy la vida», rezaba el grabado del sagrario. En ese mismo momento pensé que el mensaje era un reclamo para robar el tesoro que albergaba en su interior. Sin dudarlo introduje la llavecita en la cerradura y la giré. El reflejo dorado de sus entrañas iluminó mi cara y me mostró la joya que fui a robar. Solo había que cogerla, cerrar de nuevo la puertezuela y salir pitando de allí, no sin antes dejar la llave detrás de la peana para ocultar el delito durante una semana. Metí mi temblorosa mano dentro del sacro contenedor y agarré el cáliz. Me sorprendió su peso y le calculé más de 250 gramos, aunque también sabía que probablemente algunas partes serían de plomo o hierro. Las formas irregulares del contorno, así como los grabados realizados a mano, reflejaban la maravillosa antigüedad de una pieza fabricada en la Edad Media, según me había contado tiempo atrás la Superiora.

Era una canallada. Ni en los peores momentos de la congregación vendieron la joya del convento y ahora un ratero, al que habían salvado la vida, se la iba a arrebatar de la manera más rastrera. Los remordimientos no me impidieron cerrar la puerta dejando el sagrario huérfano de su antiquísimo ocupante para largarme del templo como una centella. Pero al girarme se me heló la sangre: el padre Fermín estaba en el pasillo de la iglesia mirándome en silencio. Me quedé paralizado sin saber qué hacer ni decir. Ni una frase medianamente creíble acudió en mi ayuda para salvarme del entuerto en el que estaba. Entonces escuché la voz del párroco retumbar en mis oídos.

—¡Lo sabía! —gritó señalándome con el dedo índice— ¡Sabía que no eras trigo limpio!

—Padre Fermín, ¡qué sorpresa! —disimulé con la voz temblorosa.

El párroco subió con furia los escalones que conducían al altar arrancándome de las manos el tesoro del convento. Me agarró del brazo y tiró de mí para alejarme del retablo que tenía a mi espalda. Caí al suelo.

—¡Ahora vas a venir conmigo! ¡El teniente Ramírez sabrá muy bien qué hacer con un indeseable como tú!

—Espere, padre. Yo...

El hombre, cogiéndome del tobillo, me arrastró con fuerza por el suelo de mármol rosa sin demasiado esfuerzo ya que me triplicaba en peso. En el pasillo de madera me agarré a un banco llevándomelo conmigo, produciéndose entonces un estruendo amplificado por la acústica del templo.

—¡Aparte de un hereje, resulta que eres un ratero! —recriminaba a voces — ¡A saber lo que has hecho en casa de los Rojas!

—¡Suélteme! —supliqué.

El cura comenzó a darme patadas en los brazos para que soltase la improvisada ancla a la que me aferraba con todas mis fuerzas.

—¡Cabrón!... ¡Robarles a unas pobres monjas! ¡Debería darte vergüenza!

Y yo me moría de vergüenza, de rabia y de impotencia, pero no solté la pata del mueble que me mantenía alejado del guardia civil ese que supuestamente debía darme mi merecido.

—¡Suéltelo! —escuché decir.

Se había montado un follón tal, conformado por quejidos de muebles y gritos del sacerdote, que me pareció escuchar a la Superiora.

—¡Suéltelo, padre Fermín!

Los golpes cesaron sobre mis extremidades y los dos nos giramos hacia el lugar de donde vino la orden.

Sor Virtudes estaba en el umbral de la puerta de madera con las manos cruzadas bajo su regazo. Miraba inquisidora al párroco. Después se acercó a él con el dedo índice señalando a la bóveda de piedra que nos cubría.

—¿No le da vergüenza, padre? ¿Pegar a un muchacho?

—¡Estaba robando el cáliz, lo he pillado con las manos en la masa! — rebatió el clérigo.

—¡Lo he enviado yo a por él! ¿Qué se ha pensado usted?

—¿Cómo? —preguntó confundido, Fermín.

La monja cogió del brazo al religioso separándolo de mí.

—¡Que he sido yo la que lo ha mandado a por el cáliz! —dijo elevando la voz—. Vamos a limpiarlo en la cocina.

El cura recompuso sus ropajes y recogió el misal que se le cayó en la refriega. Después fue hasta el retablo tomando la copa de oro que había posado sobre el altar nada más arrancármela de las manos. Bajó las escaleras despacio, mirando el objeto sagrado de la disputa y se situó frente a la jefa de la congregación.

—Hace usted mal en proteger a los enemigos de Dios, madre Virtudes.

Le entregó el cáliz a la monja y se marchó con la cabeza agachada, no sin

antes dirigirme una mirada cargada de odio que nunca olvidaré.

Capítulo 79. El rosario

Llegué al local de los Rojas con la noche bien entrada. Tuve que golpear la puerta varias veces. Tanto alboroto monté que terminó por personarse la pareja de la guardia civil que se encontraba haciendo la ronda por el barrio. Me encañonaron desde lejos y me obligaron a tirarme al suelo con las manos en la nuca bajo la amenaza de dispararme si no obedecía sus órdenes. Encendieron una lámpara de aceite y se acercaron hasta donde estaba sin dejar de apuntarme con sus armas. Me reconocieron como el ayudante de Carmelo. El más joven de los guardias me había visto salir de la trastienda, en alguna ocasión, cuando se había personado a cobrar el tributo de seguridad.

Al final, el artesano se asomó por la ventana de su casa y bajó, tras varios minutos, a abrirme la puerta del local. Los guardias permanecieron conmigo hasta que accedí dentro del edificio y la espera estuvo amenizada por los consejos de no andar de noche por la ciudad, a la que añadieron una pesadísima enumeración de los peligros que acechaban a los que osaban a hacerlo.

—¿De dónde vienes a estas horas?

—Me entretuve en el convento —respondí tumbándome sobre el camastro. El silencio volvió a la estancia y mi corazón se sosegó al rato.

Había atravesado Burgos con el alma en vilo. Lo hice a base de carreras, como alma que lleva el diablo, de esquina en esquina de las calles. Me paraba, recuperaba el aliento y miraba el siguiente tramo a cubrir en busca de algún merodeador que pudiese atacarme, después emprendía la galopada rezando por no meter el pie en algún agujero traidor o lo que era peor, con tropezarme con alguien de intenciones malsanas.

Temeroso camina el que tiene algo que perder, porque el que nada tiene que proteger por nada tiene que morir. Así, en mi bolsillo, un rosario —de unos 150 gramos de oro— me hacía el hombre más rico que pudiese estar pisando la ciudad a aquellas horas de la noche. Y por esa misma razón temía que alguien me lo intentase arrebatarme. De haber sido así, juro que el atracador habría tenido que matarme para conseguir semejante botín.

Una vez más, la madre Virtudes me salvó la vida. No solo intervino ante el padre Fermín en la iglesia, convirtiendo un robo en un recado, sino que además me entregó el rosario que su familia le regaló cuando vistió los hábitos por primera vez. Lo hizo después de escuchar mi historia en su despacho.

Cuando el párroco abandonó contrariado la iglesia, la monja me mandó devolver el cáliz al sagrario de donde lo cogí. Cerré la puertezuela y le entregué la llavecita a sor Virtudes. Estaba tan avergonzado que no me atreví a mirarla a la cara, pero ella me abrazó. Lloré desconsolado por la canallada que a punto estuve de cometer y también porque había perdido la oportunidad de huir de la ciudad esa misma semana. Después la monja me hizo acompañarla a su despacho y allí me invitó a contarle los motivos por los que quise robar el tesoro que les regaló un obispo dos siglos atrás.

A grandes rasgos le conté lo mismo que usted, lector, ha leído hasta este preciso momento y debo decir que la monja se persignó en más de veinte ocasiones. Así finalmente, sor Virtudes descubrió por qué aparecí frente a su convento con la espalda reventada a latigazos y también supo de la naturaleza real de don Mauro, su principal benefactor. Después relaté el lenocinio que existía en mi hogar de acogida y la pobre mujer no dio abasto a santiguarse.

La pobre anciana entendió la necesidad que tenía de continuar con mi viaje y también la delicada situación que vivía en la casa de los Rojas. Se retiró a su alcoba y me dejó solo en el despacho, al cabo de un rato apareció con el impresionante rosario dentro de una cajita de nácar. Me confesó su origen burgués, las tierras que su familia poseía en Palencia y la casa señorial en la que creció. Me dijo que sus padres murieron mucho tiempo atrás, al poco de ingresar ella en la orden, y que en la ciudad castellana tenía un hermano y varios sobrinos a los que no veía desde el Día Cero. Me puso el rosario en las manos asegurando que ella nunca lo había utilizado para rezar.

—Prefiero el que tengo con cuentas de madera, es más cristiano.

Me gustaría decir que al menos hice el amago de rechazarlo; que intenté no recibir el único recuerdo que la monja tenía de sus progenitores; que recuperé algo del decoro que me había abandonado al meter la mano dentro del sagrario; pero no lo hice. Lo cogí con ansia, como el que se aferra a un salvavidas que le han lanzado desde un barco. No se le puede exigir educación ni modales al que trata de salvar una situación desesperada, pero no puedo evitar abochornarme al escribir estas palabras.

Virtudes me besó en la frente, cogió de su biblia una estampa de San Cristóbal que usaba como marcapáginas y me la dio antes de despedirse para siempre de mí.

—Rezaré por ti, Andrés.

Apenas me había recostado en el camastro, escuché el crujido metálico de la escalera que comunicaba el taller con la vivienda de los dueños. Creí que Carmelo había olvidado algo en la tienda cuando bajó a abrirme, pero al rato me sorprendí al notar el calor de una de las mujeres de la casa sobre mi escuálido cuerpo. Le toqué los pechos sin contemplación y la escasez de los mismos me dijo que era doña Victoriana la que se sentaba a horcajadas sobre un servidor. Intenté rechazarla pero creo que solo logré excitarla más, lo noté porque me agarró con fuerza de las muñecas atizándome un bocado en el cuello. Como por arte de magia, y antes de que me diese cuenta, la señora de la casa me estaba poseyendo entre gemidos y respiraciones entrecortadas. Yo solo pensaba en largarme de allí, en alejarme lo más rápido posible de esa casa de trastornados, en poner tierra de por medio de esos seres que se aprovechaban del esclavo que la miseria de los nuevos tiempos les había regalado. Individuos despreciables que por el día no me dirigían la palabra — porque no era digno de ellas—, pero que por las noches no dudaban en probarme una y otra vez. Entes ruines, pobres de espíritu, que no se hablaban ni entre ellos.

Entonces escuché el ruido de la escalera de nuevo y quise advertir de ello a la señora de la casa, pero no hubo manera, entregada a la faena como estaba. Yo me preparé para lo peor. Agarré entonces la escopeta para evitar que alguno de ellos se sintiese tentado a pegarme un cartuchazo de sal una vez descubierto el lío, porque, aunque si bien la munición es de naturaleza estéril, me advirtieron que si se dispara a bocajarro puede llegar a ser mortal.

Entonces noté cómo alguien golpeó en la cara a doña Victoriana quitándomela de encima, circunstancia que aproveché para ponerme la ropa y calzarme. Para mi sorpresa descubrí que no había sido Carmelo el que sorprendió a su mujer. Susana le estaba propinando una paliza a su madre. Las mujeres empezaron a chillar y se las adivinaba pelear por el suelo. El estruendo del altercado fue creciendo animado por los aullidos de las hembras, por los insultos y finalmente porque tiraron el cajón de las herramientas que estaba situado en el banco de trabajo.

Por el agujero que daba acceso a la vivienda, vi el resplandor de una

llama y escuché a Carmelo llamarme a voces. Encendí un fósforo para localizar el escondite que custodiaba el oro recaudado a lo largo del año y lo junté con el rosario de la madre Virtudes. Abrí la puerta de la tienda y corrí todo lo que pude para alejarme de allí.

Capítulo 80. Los hermanos

Pasé cuatro interminables días esperando a los hermanos de Astillero. Desde que salí por piernas de la casa de locos en la que se convirtió el hogar del zapatero, me oculté en el centro comercial abandonado que había en la salida norte de la ciudad. El edificio, solo poblado por desarrapados como yo, se situaba frente a la cuesta en la que abordé a la caravana aquel día que fijaron el precio de mi billete de huida. Por esa razón decidí esperarlos en el mismo lugar.

Por la noche dormía dentro de uno de los coches que se habían quedado abandonados en el parking del inmueble y por el día subía a la cubierta con el fin de otear la avenida por la que debían aparecer los cuatro caballos tirando de la cisterna. Oculté el botín en mi interior, igual que cuando salí de Madrid, y bien me alegré de hacerlo, pues en aquellas tediosas jornadas de espera mis compañeros indigentes me registraron en varias ocasiones. Yo simulaba no poseer nada y ni un triste chusco de pan duro me llevé a la boca en esos días por no hacer de vientre, cosa que hubiese puesto en riesgo el tesoro que tanto me costó conseguir.

Me escondía de la pareja de la Guardia Civil cuando pasaba delante del complejo. Temía que Carmelo o el Padre Fermín —vaya usted a saber— me hubiesen denunciado por lo que pasó bien en la iglesia o bien en el interior de la zapatería. Pensé mucho sobre esta cuestión, especialmente sobre lo que debió de suceder cuando el zapatero se encontrase con su hija y su esposa moliéndose a palos. Tal vez las mujeres camuflarían la disputa con cualquier nimiedad que tapase la miseria de sus actos, pero mucho me temía que Carmelo sospecharía sobre el origen sucio de la trifulca y que, para mantener algo de dignidad en su familia, decidiese que este que escribe tuviese que pagar los platos rotos.

Por fin escuché los dieciséis cascos golpeando el asfalto. No era muy habitual ver tirando a cuatro rocines de un remolque, aunque más adelante pude comprobar que, si en un principio tanto animal me pareció un exceso, otros dos caballos hubiesen sido de buena ayuda para mover la pesada

cisterna que gobernaban los hermanos cántabros.

Salí disparado del parking del centro comercial y me acerqué a la caravana. El menor de los carreteros se alarmó y me apuntó con su fusil. Cuando me reconocieron, se asombraron de volverme a ver. Creyeron que el elevado precio del billete me había hecho desistir de la idea, que por otra parte es lo que realmente querían. De todas maneras me exigieron lo acordado, aunque tuvieron a bien darme crédito —gracias a la intercesión del benjamín de la familia— hasta hacer aguas mayores para realizar el pago. También se descojonaron de mí al ver mi cara, roja como un tomate, del esfuerzo que tuve que hacer para expulsar las bolsitas de plástico donde protegí el oro.

Era gente ruda, nobles y de modales embrutecidos. Así no era raro ver zanjar alguna discusión a base de pescozones en los que el más pequeño de la familia siempre se llevaba la peor parte.

Sumidos en la calma tensa que otorga el silencio, pasamos —al poco de abandonar Burgos— por desfiladeros en los que se divisaban águilas y buitres. Más adelante atravesamos páramos inmensos en los que no se averiguaba vestigio mínimo de vida y, aunque el camino estuviese despoblado, ninguno de los carreteros distraía su obligación de vigilar los alrededores por donde circulábamos.

—Te asaltan donde menos te lo esperas —repetían sin cesar.

Por ser el más joven, trabé algo de complicidad con Bernabé, el menor de los hermanos, que se acomodaba siempre en la parte posterior de la cisterna y que se ocupaba de dar de comer a los caballos cuando hacían un alto en el camino. Me contó la vida que llevaban desde el Día Cero y todo lo relativo a cómo se vivía ahora en la capital de Cantabria, que por otra parte no difería mucho de la vida en Burgos. Bernabé me explicó cómo comenzaron con el nuevo negocio familiar.

Su familia sufrió la llegada de esta nueva era y pasó hambre como todas. El padre tenía una pequeña empresa de transportes en la que los tres hermanos trabajaban, además de unos cuantos empleados que se fueron incorporando al negocio a lo largo de los años.

—Tuvimos suerte, Andrés. Aquel viernes todos los de la familia estábamos en las cocheras. Yo acababa de regresar de Francia y mis dos hermanos de Cádiz. Rara vez coincidíamos en Santander —explicó melancólico—. Ya sabes, el negocio del transporte era así.

—Ya.

—A seis de nuestros conductores los pilló fuera. Nunca hemos vuelto a saber de ellos.

Sin dejar de mirar a ambos lados del camino, el pequeño de la familia narró la desgracia que vino después; cuando el hambre entró arrasando cualquier resto de civismo, igual que sucedió en Madrid. Así, un malogrado día, los empleados —acompañados de sus familiares— se plantaron delante de las cocheras de la empresa exigiendo compensaciones y reclamando, de manera absurda, responsabilidades a su padre por las penurias que estaban padeciendo.

—¡Fíjate, Andrés! —decía excitado—. Nos culpaban de que fulano o mengano no había vuelto a casa. Querían comida o que atendiésemos a problemas que ni mi padre ni nadie podía solucionar.

El patriarca de la familia Acebal, al igual que mi abuelo, fue un hombre que se hizo a sí mismo. Montó la empresa hipotecando a sus padres y a base de mucho sacrificio pudo pagar sus deudas, además de dar trabajo a sus hijos y a los conocidos de la zona. Era un hombre sencillo, según relataba Bernabé, y jamás tuvo un enfrentamiento con nadie. Los gritos de la muchedumbre agolpada frente al negocio se clavaron como lanzas envenenadas en el alma del empresario y el hombre accedió a llevarlos a casa para compartir los pocos víveres que aún poseía.

—¡Ese fue el error! —bramó cabreado Bernabé—. Si nos *habría* esperado a nosotros, que fuimos a Obregón a hacer un trueque para conseguir un choto... —se lamentó—, pero no lo hizo y mi padre les abrió las puertas de su casa.

Para cuando los hermanos llegaron con el ternero al domicilio de sus padres, el chalé estaba envuelto en llamas y en aquel altercado perdieron la vida el empresario, su esposa y un par de mujeres de las que habían ido a reclamar comida al amo del negocio.

—Nos lo contaron los vecinos —exclamó con los ojos vidriosos.

El de enfrente les dijo que escucharon golpes y que vieron salir a la gente con cosas en las manos. Algunos se tropezaban y, al derramar lo robado por el suelo, el resto se abalanzaba encima aprovechando vilmente la oportunidad ofrecida. Se pisaron, se arrastraron de los pelos por conseguir una caja de membrillo o un brik de zumo. Revolvieron toda la casa, tiraron por las ventanas lo que les estorbaba para continuar con su expolio y al final le

prendieron fuego a la vivienda por puro *hijoputismo*.

Desde aquel día los hermanos decidieron vivir en las oficinas de las cocheras. Los camiones tenían combustible y sabían que era un bien que en breve incrementaría su valor. Aparte de esto, en las dependencias de la empresa se había quedado varado un camión cargado con maíz y otro con vino que decidieron defender con uñas y dientes. Ese cargamento les solucionó la vida durante unos cuantos meses y también les proporcionó la primera compra de armas. Después, cuando el grano y el caldo se fueron agotando, el mayor de los hermanos decidió aventurarse a comerciar con combustible.

Para aquella época el gasoil ya escaseaba, porque la gente lo seguía utilizando en las calderas y también para moverse en antiguos vehículos desprovistos de electrónica. Una vez secos los depósitos de las gasolineras, desplazarse en coche quedó reservado solo para bolsillos holgados y por eso, paulatinamente, se veía con mayor frecuencia a más gente andando por las carreteras, o en bici, y a más animales trabajando en los prados.

Pasado un año desde que se fue la luz ya se escuchaban por la zona historias sobre la refinería de Bilbao. Se decía que los empleados de la planta vizcaína se organizaron movidos por los sindicatos y —tras una revuelta que duró varios días y en la que hubo bastantes muertos— los obreros se hicieron con el control de los depósitos del preciado recurso. Se contaban terribles relatos sobre la suerte de los incautos que se aventuraban a hacer negocios con los nuevos dueños de la planta. Leyendas en las que se aseguraba que no salía con vida aquel que no cerraba un acuerdo con ellos de manera satisfactoria. Tal era el temor fundado sobre los regentes de la refinería, que alguno aseguró que pertenecían a una secta satánica porque, de otra manera, no se podía entender cómo arrebataron el control de las instalaciones a la policía de la boina roja, que tenían valía contrastada en el desempeño de sus obligaciones.

—¡Nicolás le echó un par de huevos! ¿Sabes? —espetó orgulloso.

El primogénito de la familia cambió un tráiler por una pequeña cisterna de tres metros cúbicos, de esas que utilizaban los agricultores para esparcir el abono. La prepararon para que los caballos pudiesen tirar de ella y después la limpiaron a conciencia con la idea de almacenar combustible en su interior. Cuando tuvieron el aljibe a punto, se aventuraron a hacer negocios con los hijos de Satán.

Por lo que me dijo Bernabé, los dueños de la refinería eran toscos en las formas y parcos en palabras, pero no se comían a nadie. El trato se hacía a

voces desde el exterior de las instalaciones y cuando se llegaba a un acuerdo entonces dejaban entrar al comprador. Al principio aceptaban alimentos como forma de pago, así que a las puertas de la empresa era habitual ver largas filas de gente portando toda clase de bienes, incluidos animales vivos, a la espera de llegar a un trato con aquellos diablos. Más tarde, cuando el oro se fue convirtiendo en moneda de cambio, las personas de las colas pasaron a esperar, recelosas, con las manos en los bolsillos. En la actualidad, relató el hermano pequeño, los apoderados de la refinería simplemente ponían un cartel con el precio por litro y así se ahorran las voces en la verja.

—Si te interesa el precio, pides paso; si no, pues te marchas.

El proceso de refinado se cortó desde el mismo momento en el que todo dejó de funcionar, así que únicamente comerciaban con lo almacenado en los depósitos. Los trabajadores sabían que, aunque las reservas eran gigantescas, algún día se agotarían y por ese motivo cada vez pedían más por litro servido.

—¡Solo bajaron el precio una vez, los muy cabrones! —apuntó Bernabé indignado—

Un barco a la deriva, sin tripulación a bordo, apareció después de una noche de tormenta encallado en unos riscos de la costa cántabra. Los vecinos de los pueblos colindantes abordaron la embarcación y se encontraron con un depósito de gasoil de dimensiones considerables. Al igual que los trabajadores de Bilbao, la gente de la zona se organizó y montaron un surtidor de combustible, lo que mermó las ventas de la refinería de los Hijos de Satán. Aquello duró apenas seis meses, cuando otra tormenta arrancó al carguero de las garras de la costa para hundirlo una milla mar adentro.

A pesar de los contratiempos sufridos, los hermanos Acebal aprendieron a vivir de la venta del gasoil a base de arrojo, valor y tesón. De esta manera, y con el paso del tiempo, establecieron una ruta regular para abastecer a los clientes. Comenzaban llenando —total o parcialmente— la cuba en la capital de Vizcaya, después bajaban hasta Logroño pasando por Vitoria, continuaban por Burgos para regresar finalmente a Santander.

—Este es nuestro trabajo, zapatero.

—No soy zapatero —me quejé.

Bernabé me dedicó una mirada compasiva antes de volver a otear el horizonte.

—Tampoco nosotros somos gasolineros.

Capítulo 81. Escudo

Bernabé y yo nos contábamos historias, al principio obviando en ellas las vidas que sesgamos y más adelante —cuando fuimos fraguando una cierta confianza— haciéndolo sin ningún pudor. Hablábamos sin dirigirnos la mirada porque en todo momento había que mantener la función de vigía y también porque así era más fácil confesar las miserias del alma.

El pequeño de los Acebal había matado a tres personas. Sandro, el mediano, a otras cuatro y el gigante Nicolás a más de doce, una de ellas con sus propias manos en una pendencia empapada de alcohol, mucho tiempo atrás, en una posada de Vizcaya.

—¡Lo lanzó contra una pared reventándolo allí mismo! —exclamó Bernabé sin inmutarse.

Me confesó que desde que empezaron a transportar combustible la peor época fue la primera, así, de las muertes que tenían a sus espaldas, más de la mitad de ellas se produjeron en las tres primeras expediciones. Aseguraba que la cosa se había calmado bastante y que eso solo podía ser señal de que la gente estaba acostumbrándose a esta nueva forma de vida.

—Siempre va a haber ricos y pobres —decía con tono de filósofo—. Nosotros somos los pobres que malvivimos para que a los ricos no les falte de nada, ¿quién sino iba a comprarnos el gasoil?

La faena de los carreteros era de lo más rutinaria. Los hermanos hacían sus tareas con total automatismo sin que hiciese falta mediar palabra entre ellos para realizar el trabajo a desempeñar en cada momento. Hasta los caballos abandonaban la carretera, sin haber recibido orden de ningún tipo, para meterse por los caminos que conducían a las fincas de los clientes habituales.

En aquel viaje solo surgió un comprador espontáneo el cual se acercó hasta nosotros a bordo de un tractor para que le llenásemos el depósito. Se trataba de un hombre rico, obligado por una extraña epidemia que le había dejado huérfano de animales de tiro, al que no le quedó más remedio que utilizar un cacharro, abandonado antaño y recuperado ahora, para tirar del

arado que debía labrar tardíamente sus tierras.

La primera noche dormimos al raso. La segunda en una posada desde la que se divisaban las montañas cubiertas de nubes que nos aguardaban pacientes. La tercera —¡ah la tercera noche! —, simplemente sobrevivimos a una terrible nevada que nos sorprendió antes de coronar el Puerto del Escudo. No sirvieron de nada las maldiciones del gigante, que no paraba de hacer bajar santos del cielo, al ver que estaba sin aire una de las ruedas del remolque. Cuando nos percatamos del contratiempo ya habíamos comenzado el ascenso del citado puerto. Los hermanos discutieron sobre la conveniencia de atravesar el alto en esas condiciones o bien en optar por dar media vuelta e intentarlo al día siguiente.

Se impuso el criterio de Nicolás, que aseguró que estaríamos al otro lado de la montaña para cuando la noche se nos echase encima. Inflamos la rueda con una bomba para bicicletas. Nos turnamos varias veces porque el aire que insuflaba el invento apenas llenaba las entrañas del neumático y agotaba rápido al que se ponía a bombear. La cuestión era que la rueda perdía presión con bastante rapidez y, una vez deshinchado, convertía al remolque en un lastre de dimensiones épicas para la fuerza de los caballos, así que teníamos que parar a inflarla cada cuarto de hora.

De sobra sé que el mayor de los hermanos contó, en su cálculo de tiempo para atravesar el paso, con la alianza de los días largos de mediados del mes de mayo, pero creo que no valoró correctamente la magnitud de la avería, ni la fatiga de los percherones. A todo eso se alió traicioneramente una densa niebla y una nevada que nos sorprendió llegando al alto de la montaña. De repente nos vimos envueltos en una encerrona en la que llegué a pensar que saldríamos mal parados, pero los carreteros conocían bien el camino y sabían de la existencia cercana de una extraña pirámide de hormigón que bien nos podría valer como refugio.

Para cuando abandonamos la carretera, una cuarta de nieve cubría el asfalto y el viento soplaba tan fuerte que las órdenes entre los componentes de la expedición se hacían inaudibles. Un camino en pendiente nos condujo hasta una explanada donde se acomodaba lo que en tiempos fue, según me dijeron, el panteón de unos italianos. Yo no entendí —y sigo sin entenderlo— qué demonios pintaba un osario de ciudadanos transalpinos allí arriba y estoy convencido que fue una invención de Sandro, que era muy aficionado a la tomadura de pelo y a las historias intrigantes.

Nos metimos en su interior, que ha sido de lejos el lugar más tétrico en los que jamás dormí, y Nicolás se empeñó en meter también a los caballos para resguardarlos de la tormenta. Desistió al tercer intento, justo cuando uno de los rocines le atizó una coz en el pecho.

—¡Cago en *sos*! ¡No seas zote, Nicolás, joder! —le gritó Sandro viendo la imposibilidad de que las carnes del caballo pasasen por la puertecita del mausoleo.

Pero el gigante hizo oídos sordos, empeñado como estaba en conseguirlo, y siguió empujando al animal por los cuartos traseros. Fue en ese momento cuando la bestia le propinó el golpe que, de haberlo recibido un servidor hubiese fallecido en el acto. Solo entonces Nicolás se convenció de que los caballos no podían pasar la noche con nosotros como había planeado. Sí, querido lector, porque la idea del muy cabezón era meter en aquel lugar, angosto y funesto, a los cuatro animales ya que nosotros podríamos dormir en una cripta existente bajo el osario. Finalmente no hizo falta y nos acomodamos en la pequeña estancia, rodeados de las hornacinas vacías que debieron contener restos humanos mucho tiempo atrás.

La peor noche de mi vida.

El viento golpeaba la construcción colándose por el tragaluz situado en el vértice de la pirámide emitiendo ruidos espantosos que parecían venir de ultratumba. Se escuchaban los relinches de los caballos en medio de aquella locura y juro por Dios que llegué a oír voces de almas en pena que parecían acompañarnos en nuestra improvisada morada, tal vez molestos por agitar su descanso eterno.

A la mañana siguiente comenté lo de las voces del más allá con los hermanos, pero solo obtuve risas y burlas que, de manera recurrente y discontinua, no cesaron hasta que nos separamos en Torrelavega.

Una nevada de magnitudes considerables nos recibió al salir del panteón y frente a este nos encontramos con el cuerpo inerte de uno de los caballos de tiro.

—¡No me jodas! ¡Se nos ha muerto Ciriaco! —fue lo más que escuché decir a Nicolás.

Tuvimos que ir apartando la nieve para abrir paso a la caravana, también echar tierra en las zonas donde se habían formado placas de hielo para evitar que la cisterna se deslizase sin control por las fuertes pendientes de la carretera, todo eso sin olvidarnos de hinchar la rueda cada dos por tres. Tan fatigoso fue el trabajo que al final de la jornada únicamente conseguimos bajar

el dichoso puerto. En la falda del Escudo al fin encontramos un pueblecito donde repararon el neumático.

En una posada junto a la carretera pasé la última noche con los hermanos Acebal.

Capítulo 82. El mar

Las inclemencias con las que me recibió mi tierra prometida no me dejaron disfrutar del paisaje, de sus montes, de su verde, de sus ríos y casas, del olor a naturaleza exuberante que se amontona infinita por todos sus rincones. Solo cuando desperté en aquel pueblecito mis sentidos se inundaron de la patria de mis antepasados y mi alma se llenó de esperanza porque en breve me encontraría en casa de mi tío Joaquín.

—Cuando nos separemos, ni se te ocurra meterte en Torrelavega, ¿me has escuchado?

La advertencia de Bernabé fue en serio y, aunque mi camino solo debía bordear aquella ciudad, no pude por menos que preguntar acerca de la naturaleza de tal aviso.

Me relató entonces la tragedia que sucedió en aquella zona, pasadas tres jornadas del Día Cero, donde la explosión de una planta química cercana había arrasado con toda la población al sur de la misma. No fue la magnitud de la onda expansiva lo que resultó ser letal, no, realmente la desgracia la desató el escape del gas tóxico que siguió a la deflagración. Una densa nube ácida y venenosa se alió con la madrugada para sembrar un resultado devastador. El panorama con el que se despertó la ciudad fue dantesco y así, en la alborada del 26 de julio de 2027, la urbe se convirtió trágicamente en el cementerio más grande jamás conocido. Por supuesto, resultaba imposible vivir rodeado de tanta muerte y se produjo, aquella misma mañana, el éxodo de los pocos supervivientes a los que milagrosamente la mortífera nube no había afectado.

Desde ese mismo día en la comarca se fraguó el miedo a acercarse a la ciudad, en buena parte debido a los rumores que corrían sobre la conveniencia de adentrarse en su atmósfera letal. Tal fue así, que ni siquiera retiraron los cuerpos inertes de las víctimas, los cuales, en su gran mayoría, quedaron tumbados en los lechos donde se acostaron por última vez.

Después de aquello, las leyendas sobre seres mutados que vagaban sin rumbo por sus calles desiertas, sumadas a apariciones fantasmales de todo

tipo —que describieron los que decían haberse adentrado en la población—, no hicieron otra cosa que aumentar el mal fario que tristemente se había ganado la antigua metrópoli industrial.

—Tuvimos suerte de que aquella noche no soprase viento sudoeste —dijo en esta ocasión Nicolás—. De haber sido así, la desgracia habría ocurrido en Santander —añadió.

Con la advertencia en mi mente, y un puñal a la cintura que me regaló Bernabé, encaminé mis pasos hacia el pueblo de mi tío. Seguí las indicaciones de los hermanos gasolineros para dirigirme a Comillas y pasé, al poco de comenzar mi camino en solitario, por delante de la fábrica que provocó aquel desastre. Desde fuera no se observaba deterioro alguno y solo pude ver unas instalaciones industriales abandonadas, como todas con las que me encontré desde que salí de Madrid. No me avergüenzo al decir que apreté el paso para alejarme de allí lo más pronto posible, no fuera a tropezarme con un ser mutado o con el fantasma atormentado de algún antiguo empleado. De esta manera entenderán que hoy solo recuerde de aquel siniestro lugar la altísima chimenea que presidía la planta química.

Solo pensaba en alcanzar el municipio de mi tío y con esa esperanza caminé ligero como el viento. No cargaba nada a la espalda y mi única posesión la albergaba en mis entrañas. Mis últimas pertenencias se quedaron en la casa de los padres de la pequeña Lucía, en Zael. Dentro de la mochila con la que salí de Madrid, y que me sirvió para llegar hasta los dominios del indeseable don Mauro, se quedó el mapa de carreteras, que en aquel momento bien lo eché de menos. También me acordé de la pistola, esa con la que estúpidamente arrebaté la vida a mi amada Lucía, y que me hubiese dado más tranquilidad para transitar por aquella carretera paralela a la costa Cantábrica.

La luz del día se fue atenuando, animada por la aparición de unos nubarrones impresionantes que amenazaban tormenta. Aún me quedaba bastante para llegar al hogar de Joaquín Caviedes.

Al fin vi el mar y mi espíritu experimentó una alegría indescriptible, irracional. El mar..., la mar. El Cantábrico quedaba lejos de Madrid y sufrí mucho para encontrarme con él, verlo hizo brotar lágrimas de mis ojos y removió las cicatrices de mi espalda.

Me detuve para sacar del bolsillo la moneda que eligió mi destino y contemplé una vez más al Hombre de Vitrubio; él me llevó hasta allí. Recordé en ese mismo momento el trozo de metal rodando por el suelo de mi casa antes

de mostrarme su veredicto. Escuché el sonido lejano de la pieza acomodándose sobre una de sus caras y miré absorto al hombre de proporciones perfectas que decidió llevarme a las tierras del norte; habíamos recorrido algo más de cuatrocientos kilómetros y yo era tres años y un mes más viejo.

El mar..., la mar. Jamás lo volveré a ver.

Capítulo 83. La casa del Duque

Llovía, mucho. La amenaza de las nubes se materializó en un jarreo constante y exagerado que me acompañó en los últimos kilómetros de viaje. Se hizo de noche y debería haber buscado refugio, por muy cerca que estuviese del hogar que debía acogerme, pero no lo hice. Con la estúpida esperanza de acordarme de la puerta a la que tenía que llamar, anduve en medio de las tinieblas. Los relámpagos me sirvieron como luceros efímeros y con la ayuda de la línea desdibujada del arcén por donde caminaba llegué, por fin, a Comillas.

El mar parecía querer salirse de su espacio y luchaba por robarle el terreno a los acantilados, tal era así, que temí que el puente que daba entrada al pueblo se derrumbase bajo mis pies justo en el momento en el que lo atravesaba.

Entonces seguí el rumbo que mi intuición me dictó en busca de la casa del hermano de mi padre. Toqué una puerta, luego otra y al fondo de la calle otra más, pero solo obtuve el silencio por respuesta. Dudaba de si aquella era siquiera la calle donde vivía mi tío, esa en la que estuve cuando contaba con solo diez años. Había llovido mucho, más que en aquel preciso momento.

—¡No te muevas! —escuché.

A diez metros de mí, un hombre me apuntaba con una escopeta de caza. Había en el suelo, junto a él, un candil de queroseno en cuyo interior su tenue llama luchaba por no apagarse en medio del vendaval que nos rodeaba. Levanté las manos de inmediato. No era buena cosa merodear en mitad de la noche y no era la primera vez que algún incauto se había llevado un disparo por tal imprudencia.

—¡Soy Andrés Caviedes! —voceé— ¡El sobrino de Joaquín Caviedes, que vive aquí y que es pescador! —añadí nervioso.

El hombre cogió el farol y, sin dejar de apuntarme, se acercó hasta donde estaba, posó la lámpara en el suelo y a continuación se alejó unos pasos caminando hacia atrás.

—Coge el candil y súbetelo hasta la cara. Quiero verte —ordenó tajante.

Obedecí sin mediar palabra. Temblaba como una hoja, empapado por la lluvia levanté la luz hasta mi rostro y así estuve hasta que la desagradable voz del escopetero me lo mandó. Tuve que repetirle tres veces el nombre de mi tío y otras tantas el mío propio. Me obligó a entregarle el puñal que me regaló Bernabé y solo entonces dejó de encañonarme.

—No me suena el nombre del que dices que es tu tío. Si *tendrías* una foto o algo de él, tal vez te pudiese ayudar.

—No tengo nada.

—Pues tendrás que preguntar a los vecinos mañana por la mañana. No son horas de ir llamando a las puertas —advirtió severo.

Más adelante tuve oportunidad de conocer bien al hombre que me había desarmado en mitad de la noche, pero desde el primer momento percibí que debía de ser alguien encargado de la seguridad del pueblo. Su tono déspota, sus modales poco cuidados y la actitud chulesca me indicaron que podía encontrarme ante otro caso del zorro que cuida del gallinero, como muy bien pude comprobar con el tiempo, pero eso lo contaré a su debido momento.

—En la pensión de Finuco está todo ocupado. Tendrás que acercarte a Cabezón o a San Vicente.

—Pero... ¡¿cómo voy a ponerme en camino ahora?! —rechisté—. Vengo de muy lejos..., en algún lugar podré pasar la noche, ¿no?

El tipo me miró con desaprobación y, molesto, me indicó que lo siguiera. Entonces, ascendiendo por las calles, nos adentramos en la población. El agua bajaba por el asfalto con bravura y al encontrarse con nuestros pies se levantaba alegre para salpicarnos las rodillas, tal era la tromba que descargaba sobre la villa. Al llegar a la parte superior del pueblo caminamos con un muro de piedra a nuestra izquierda hasta que alcanzamos la verja que daba entrada a una finca. El hombre empujó la puerta y se introdujo en el prado de la propiedad.

—Puedes pasar la noche aquí, pero no te lo recomiendo. Está abandonada —dijo. Me devolvió el puñal y dando media vuelta regresó a la calle.

—¿Por qué no me lo recomienda? —le grité.

El hombre se giró y volvió hasta donde yo estaba.

—Esto, o nada. No quiero que llames a ninguna puerta más, ¿entendido? Te dejo que pases la noche aquí, si quieres, y si no, pues abandonas el pueblo y mañana vienes a buscar a tu tío, ¿estamos?

—Sí —respondí.

El guardián hurgó en su bolsillo y sacó un mechero que me lanzó. Noté su contacto y cayó al suelo, me agaché para recogerlo mientras pensaba qué demonios quería ese tipo que hiciese con aquello. Busqué algún argumento para rebatirle, para convencerlo de que me buscara un alojamiento mejor, pero cuando me di cuenta el tipo se había escurrido en la oscuridad. El candil se contoneaba como flotando en el aire, desapareciendo a los pocos segundos. Me giré hacia la casa que presidía la finca y comencé a correr para dejar de sentir el agua cayendo incesante por mi espalda. Puede parecer que cuando uno está calado ya no le importa seguir mojándose, pero no es así.

Antes de alcanzar la entrada, un relámpago iluminó el firmamento y entonces vi aquella enorme mansión de techos pindios de la que, al día siguiente, supe que llamaban la Casa del Duque. La puerta estaba abierta y un olor a madera húmeda me recibió de inmediato. Desde el interior de la vivienda parecía que fuera estuviésemos en una plácida noche de verano. Solo se escuchaban las gotas de agua que caían de mi cuerpo impactando contra la tarima. Encendí el mechero que me acababan de regalar para descubrir que en la estancia estaba desprovista de mobiliario. En una esquina descansaba gurreñada una sábana de grandes dimensiones que utilicé, después de desnudarme, para secarme inicialmente y para cubrirme después. No quise indagar más, ni adentrarme por las alcobas y pasillos de la morada que, aunque inquietante, me daba cobijo. Agotado como estaba de la caminata decidí tumbarme en el recibidor y conciliar el sueño de inmediato.

No alcancé a saber cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando un estruendo hizo ponerme en pie con el corazón en la boca. Eché mano del puñal y agarré con la zurda el mechero, después guardé silencio en busca de otro ruido que pudiese delatar la presencia de alguien en el interior de la mansión. Escuché arrastrar muebles en la parte superior, entonces grité en mitad de la oscuridad preguntando si había alguien allí, pero nadie contestó. Volví a permanecer callado. El ruido de unas cadenas me sobresaltó de nuevo, esta vez parecían venir de la parte de abajo. Las sienes me latían y el flujo de sangre se colaba en mis tímpanos; alguien estaba en la vivienda y parecía cabreado con mi idea de pernoctar sin permiso. Decidí buscar a quien quiera que fuese, porque yo no tenía intención de regresar bajo la lluvia y aquella casa era lo suficientemente grande como para compartirla, aunque tuviese que pagar por ello.

—¿Quién hay ahí? —pregunté, muerto de miedo, con el puñal en ristre

cada vez que me adentraba en una habitación nueva.

Encendía el mechero y, una tras otra, descubría estancias huérfanas de muebles que parecían no haber estado habitadas jamás. Los ruidos iban y venían; a veces golpes alejados de donde me encontraba; otras, gruñidos de objetos rozando lastimosamente contra el suelo o las paredes. De cuando en cuando percibía respiraciones profundas y turbadas que se convertían al tiempo en chillidos desgarradores congelándome la sangre. Y con aquel macabro juego recorrí la maldita casa al completo. Las voces fantasmales no me parecieron de la misma naturaleza que las que escuché la noche que dormí en la pirámide de los italianos, en el Puerto del Escudo. Subí y bajé escaleras, descendí al sótano en una expedición entre tinieblas que me llevó al menos una hora. Mis oídos se acostumbraron a las cacofonías de aquella casa y, al final, agotado arrastré los pies por el suelo de madera, que también se unió a la muestra de lamentos del palacete en su quejicoso crepitar. Los ojos se me cerraban y se me caían de las manos el puñal y el mechero porque ya no tenía fuerzas para sostenerlos.

Cuando desperté, la luz del día entraba con fuerza por las ventanas.

Capítulo 84. Damián

Había parado de llover. Me acerqué a una de las ventanas para contemplar el exterior de la casa. A través de la pátina de polvo y telas de araña, instaladas en el ventanal probablemente desde hacía mucho tiempo, pude ver el agua chorreando aún desde el tejado, prueba de que la tormenta había cesado escasos instantes antes de que yo despertase. El nubarrón gris oscuro, casi negro, se apostaba amenazante encima del mar y parecía que estuviese tomándose una tregua para volver a descargar otra tromba sobre el pueblo en un rato. Después observé que no, que el frente se alejaba cada vez más para dejar paso a un sol entusiasta que caldeaba con sus rayos la estancia donde me encontraba.

De repente otro ruido, identificado por mí como uno de los muchos que escuché la noche anterior, me sobresaltó. Cogí el puñal y subí las escaleras dispuesto a rebanarle el pescuezo a lo que quiera que estuviese arriba, y bien merecido se lo tenía —pensé— después de la noche de perros que me hizo pasar. Corrí y justo antes de alcanzar la planta superior escuché los pasos apresurados de alguien en la habitación que quedaba más cercana a la escalera. Entré sin miramiento, gritando como un loco para vencer mi propio miedo, y vi entonces cómo una puerta disimulada en la pared se estaba cerrando. Me lancé contra ella introduciendo la hoja del puñal en la rendija que anunciaba el cierre de aquel paso oculto. Después colé los dedos de la mano que tenía libre por la abertura y tiré con todas mis fuerzas de la trampilla mimetizada en el dibujo barroco y recargado que empapelaba la pared. Alguien, o algo, se oponía desde el otro lado y así estuve un buen rato; luchando contra una fuerza desconocida que se mostraba ahora esquiva y temerosa. Transcurridos unos minutos comencé a percibir un llanto quejicoso escapándose desde el otro lado de la pared. Cesó la fuerza, se abrió la puerta, y aterricé de culo en el suelo.

La puertezuela dejó al descubierto un pasillo y en su interior vi a un niño que en cuclillas sollozaba amargamente.

—¡No me mates, por favor! —suplicó poniendo sus manos por delante.

—No te voy a matar. Dime, ¿quién eres? ¿Qué haces aquí?

El chiquillo se secó las lágrimas. Estaba descalzo y un tomo de barro cubría el empeine de sus pies.

—¿Quién eres tú? —me preguntó el mocoso para mi sorpresa.

—¿Cómo?

—¿Que quién eres tú? —repitió— ¡Eres el primero que no sale corriendo al escuchar los ruidos! —se quejó.

Y así conocí al pequeño Damián; huérfano en la tragedia de Torrelavega y repudiado después por sus tíos, que pensaban que llevaba adosada la nube tóxica a su espalda. Había vagado por distintas pedanías hasta dar con sus huesos en aquella mansión. Robaba por el día y se ocultaba por la noche en la que había conseguido ser su morada. El crío descubrió las puertas secretas y los pasillos que recorrían la casa para dar servicio, en su día, a la familia aristocrática que la habitaba, y que permitían ir de un sitio a otro a los criados sin pasar por las estancias nobles que solo debían ocupar los dueños del palacete. Con los ruidos procedentes del interior del edificio logró echar a los indeseables que la habitaban en aquel momento y así, aquel niño que contaba entonces con solo siete años, consiguió fraguar la leyenda acerca de los espíritus que vagaban por la inquietante mansión de estilo inglés.

En el edificio habían intentado acomodarse todo tipo de gentes, muchos de ellos peregrinos que, como yo, se quedaron sin cama en la pensión de Finuco y que decidían pasar la noche en la construcción abandonada del siglo XIX. El crío me dijo que los dejaba instalarse y que de madrugada comenzaba a emitir los efectos de ultratumba. De aquella manera, en no pocas ocasiones, los asustados moradores dejaban olvidadas en su precipitada huida las viandas y ropajes que luego aprovechaba el chiquillo. Nadie se atrevió nunca a volver para recoger las pertenencias abandonadas y esto ayudó a que en el mundo entero —o al menos en las tierras de procedencia de los peregrinos— se conociese el maleficio que regía sobre la antigua construcción asentada en aquel pueblo cántabro a orillas del mar.

Damián era rubio y contaba con unos pícaros ojos azules hartos de buscarse la vida desde que se quedó solo. Me contó toda su historia de seguido y se notaba que hacía tiempo que el niño no encontraba desahogo en alguien que escuchase su desesperado grito de soledad. No dejó de llorar en ningún momento, en lo que luego descubrí que tanta pena era porque el chaval

pensó que, una vez destapado el embuste de la mansión encantada, ya no podría encontrar cobijo entre sus paredes.

Antes de abandonar el palacete inglés, le juré que jamás confesaría la verdad sobre el embrujo de la Casa del Duque y que, por mi parte, el secreto se enterraría conmigo. Hoy su historia quedará por siempre entre medias de la leyenda y la realidad.

—¡Cuídate mucho del *hijoputa* de Manchón! —me advirtió el niño rubio.

—¿Quién es Manchón?

—Ese con el que te encontraste anoche, el que te trajo hasta aquí —dijo señalando el suelo que pisábamos—. Se cree el dueño del pueblo —añadió con furia en su cara.

—Ya me di cuenta anoche —respondí antes de abandonar la casa.

Aquel fue el principio de una gran amistad.

Capítulo 85. Quino

¡Cuánto sé ya acerca de días que prometen mucho y que solo traen decepciones! Días que se iluminan con un sol radiante que finge animar lo que está por acontecer y que solo hacen crecer las esperanzas ilusas de los mortales que reciben sus rayos mentirosos.

Caminando por las calles del pueblo tropecé con Manchón. Era imposible no hacerlo —eso lo descubrí tiempo después— y en aquel momento pensé que el escopetero me estaba siguiendo. Yo había preguntado a las gentes con las que me encontraba acerca de mi tío y hasta el momento solo había encontrado respuestas confusas y contradictorias.

—¡Andrés Caviedes! —gritó el hombre desde lejos.

Me giré y lo reconocí al instante. La silueta tenebrosa de la noche anterior quedaba ahora borrada por el espléndido sol del momento y me mostraba al hombre que me guio hasta la casa embrujada. Aunque no me hubiese reclamado su atención, estoy seguro de que lo habría reconocido simplemente por sus andares y por su desagradable voz.

El tipo se abrió paso entre la gente sin esfuerzo porque, a cada zancada del barbudo, las personas se apartaban con un temor palpable incluso para un forastero como yo.

—¿Qué tal has pasado la noche? —preguntó con una malvada sonrisa en el rostro.

—No he dormido en la casa donde usted me dejó.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y eso? —interrogó con falsa curiosidad.

—No me gustaba el sitio. He dormido en un soportal que no quedaba lejos de allí. Le agradezco su ayuda de todas maneras.

El hombre no se dio por satisfecho con la respuesta y se quedó mirándome sin decir nada.

—No te gustaba, dices.

—Exacto.

—Es buena casa.

—No lo dudo.

—No era noche de andar buscando techos en los que cobijarse.

—Cierto.

—¿No llamarías a ninguna puerta más, tal y como te ordené?

—A ninguna.

Los ojos oscuros de Manchón se clavaban en los míos y, desde ese mismo momento, supe que el matón de pueblo era persona de enterarse de las cosas por completo, de saber todo lo ocurrido sin vacíos, por insignificante que pudiese parecerle el detalle a mencionar al que debía rendirle cuentas.

Hice una señal para que me siguiera y lo conduje hasta una plazoleta en la que había menos gente que en la calle en la que me abordó. Con un gesto de vergüenza mezclado con fingida congoja comencé a satisfacer la curiosidad del hombre.

—Verá..., no sé cómo decírselo... En esa casa..., en esa casa pasan cosas raras. Tal vez sean imaginaciones mías..., ya sabe; venía muy cansado de tanto caminar y el coco juega malas pasadas. Así que al final preferí salir de allí, no sé si me entiende.

—¿Cosas raras? —preguntó sonriendo.

—Sí, cosas raras: voces, chillidos, golpes... De verdad, se me pusieron los pelos de punta —agaché la cabeza para ocultar mi bochorno—, me meé encima, pero como ya estaba empapado no se nota —añadí señalando mi entropierna.

Manchón rompió a reír con unas carcajadas descomunales. Se llevaba las manos a los ojos para enjugarse las lágrimas mientras yo lo miraba atónito. De vez en cuando me daba golpecitos en el hombro y después volvía a cargar con su risa zafia y pueril. Cuando el señor tuvo a bien parar de descojonarse de mi suerte me dijo que lo acompañase.

—¿Sabes? He preguntado por tu tío Joaquín. Aquí todo el mundo lo conocía como Quino.

Detuve mis pasos de inmediato, un escalofrío grosero me colapsó el cuerpo. Aquella frase solo podía significar una cosa y en aquel mismo instante acudió a mi mente todo lo que viví desde que abandoné mi hogar en Madrid. Habían sido demasiados avatares para que ahora un repugnante desconocido me dijese alegremente que a mi tío «todo el mundo lo conocía».

—¿Cómo que todo el mundo lo conocía? —pregunté cabreado.

El hombre se dio cuenta entonces de que no seguía caminando a su lado y se giró con gesto reprobador.

—¡Que no te pares! —gritó—. Podemos hablar mientras caminamos.

Entonces apreté el paso hasta ponerme a la altura de ese cacho de carne con ojos que se mostraba incapaz de entender qué significaban esas palabras para mí.

—Por lo que se ve, tu tío llegó a un trato con un paisano, le vendió la casa y dejó el pueblo. Ya veo que no estabas enterado.

Un mazazo hundió mi espíritu dejándolo reducido a escombros inservibles. El maldito euro italiano se había reído de mí y me había lanzado a una aventura que, de haberlo sabido, jamás hubiese emprendido. Me derrumbé y comencé a llorar como un niño mientras caminaba al lado del escopetero, que ni siquiera me anunció a dónde nos dirigíamos. Anduvimos unas cuantas calles en silencio y contemplé el amargo mar que quedaba frente a aquel pueblo soñado que convertí, años atrás, en mi tierra prometida y que ahora me mostraba sin piedad su cruel sorpresa. Al fin reconocí la calle donde estaba la casa de mi tío Joaquín y entonces solo recé para que Manchón fuese un bromista sin pizca de tacto.

Tocó la puerta con rudeza. A los pocos segundos una señora mayor apareció tímidamente en la entrada de la vivienda mirando confundida al vigilante y a un servidor.

—¿Qué quiere, Manchón? Ya le pagamos ayer lo...

—¡No es eso! —interrumpió bruscamente el barbudo—. Aquí le traigo a este. Viene buscando a Quino, que resulta que es su tío.

La mujer palideció de inmediato y me dedicó una mirada fugaz.

—No sabía que Quino tuviese familia.

Yo no paraba de llorar. La noticia se confirmaba a través de la afirmación de la anciana y me hizo desear morirme allí mismo. La señora, viendo mi desasosiego, se acercó hasta donde estaba y me abrazó. Hundí mi rostro en su hombro para continuar con mi llanto desconsolado y agradecí el gesto piadoso que la desconocida me brindó.

—Dime, *muchachuco*. ¿De dónde vienes?«

—De Madrid.

De la garganta de Manchón volvió a brotar una risotada de las suyas, porque al malnacido le debió de parecer todo muy gracioso. Sin parar de reír desapareció por el fondo de la calle.

La anciana me hizo pasar a su casa y me ofreció un vaso de leche caliente.

Aunque habían pasado más de diez años desde la última vez que estuve allí, reconocí la vivienda de mi tío entre los muros de la casa en la que me encontraba. Desde la ventana del piso superior se podía ver el mar y el patio trasero contaba ahora con una magnífica huerta en vez del solar desatendido que había aquel verano en que lo visitamos. El mobiliario lo encontré igual y no noté diferencia alguna con respecto al resto de cosas.

Juana, que era el nombre de la señora que habitaba la casa, me preguntó sobre mi vida y —entre sorbos de la deliciosa leche caliente— le conté lo mismo que hasta aquí llevo narrado en el relato que usted se encuentra leyendo. La anciana parecía no tener prisa y también me contó cómo habían vivido ellos desde el Día Cero.

—¿Vosotros? —pregunté intrigado.

Resulta que su marido estaba trabajando y prometió llevarme ante él cuando terminase su historia.

Así la pausada octogenaria me contó las penas que sufrieron y las desdichas que les llevaron hasta el pueblo de Comillas. Nada me pudo aclarar acerca del paradero de mi tío porque aseguró que ella ni siquiera lo llegó a conocer.

—El trato lo hizo con mi marido, cuando yo vine tus tíos ya no estaban.

Capítulo 86. El taller

Los escuché hablar por la noche. La casa no era muy grande y mi cuarto estaba pegado a la habitación del matrimonio. Laro se mostraba remiso a que me quedase con ellos. Argumentaba razones que no llegaba a escuchar porque el hombre hablaba más bajo que su mujer pero que, solo por el tono, entendí sobradamente que mi anfitrión no estaba dispuesto a acogerme en su hogar de manera indefinida.

—No tiene a nadie. Viene desde Madrid —susurró Juana a su esposo.

—¡Qué no!

—Te vendrá bien una mano joven, a ti te tiembla el pulso.

—Déjame, mujer.

A la mañana siguiente me estaban esperando para desayunar. En su mesa no faltaba pan, mantequilla, mermelada, leche y frutas de todo tipo con las que darse un buen homenaje. La pareja terminó su almuerzo antes que yo y después estuvo mirando, con cierta perplejidad, mis ansias por devorar lo que había sobre el mantel.

—Verás, Andrés —comenzó a decir Juana—. Laro y yo hemos decidido que te puedes quedar a vivir con nosotros hasta que encuentres a tu tío... o hasta que decidas qué hacer.

—Os lo agradezco, pero no quiero ser una carga. Mañana iniciaré mi vuelta a Madrid.

La anciana se mostró preocupada con mi decisión y por debajo de la mesa le dio un golpe en el costado a su esposo para que se pronunciase.

—Me vendrá bien un ayudante en el taller. Yo no tengo fuerza para muchas cosas y tampoco veo bien de cerca —esgrimió finalmente el sufrido marido.

Quise negarme en redondo, mostrar al menos algo de resistencia a la hora de aceptar la hospitalidad del matrimonio —más aun sabiendo que a él no le hacía demasiada gracia la idea de que un desconocido conviviese con ellos—, pero acepté miserablemente, igual que lo hice cuando cogí el rosario de oro de

sor Virtudes. Dije que sí porque en realidad no tenía donde ir. La idea de regresar a mi casa era del todo falsa. Simplemente no contaba con suficiente valor como para presentarme delante de los padres de Lucía y contarles la verdad de lo que sucedió en el Puerto del Reventón. Sí, aunque accidentalmente, yo acabé con la vida de su única hija.

Sin otra opción, todas mis esperanzas de encontrarme con un familiar pasaban por desplazarme hasta Torrevieja en busca de mi tío Ignacio. Más de un millar de kilómetros me separaban de él; demasiados en ese mundo que se había vuelto loco y que se mostraba hostil con los que deambulan por él sin rumbo fijo. No, no más penurias en viajes llenos de peligros. Había llegado de milagro hasta aquel pueblo y no tenía ganas de exponerme de nuevo a la suerte de bandoleros y malnacidos que campan a sus anchas por páramos y montañas.

Acepté y Juana bien se alegró de ello. Terminé de desayunar y acompañé a Laro a su trabajo. De camino al taller, el hombre me preguntó acerca del significado de cierta terminología técnica de la que no supe dar respuesta y el mecánico entonces masculló entre dientes frases que no pude descifrar.

En una nave que anteriormente sirvió como aparcamiento para autobuses había montado, no con poco esfuerzo, un floreciente negocio de readaptación de automóviles. Entonces me acordé de aquel mecánico que daba vida a los coches en Burgos, porque, según me contó el marido de Juana, él hacía exactamente lo mismo.

Laro había trabajado en talleres de coches desde que era un niño y amaba su profesión por encima de todo. Al final de su carrera se tuvo que pelear con los avances que la automoción fue incorporando y también con los ordenadores, que los odiaba con toda su alma.

—¡Mira ahora para qué valen esos cacharros! —decía con el orgullo del que ha ganado una batalla.

Tanto le sobrepasaron los tiempos en los que se reparaban las máquinas tecleando computadoras que lo degradaron en su empresa hasta terminar en el lavadero de coches, labor que realizó hasta su jubilación.

—Muchos de mis antiguos compañeros del taller se han ofrecido ahora para trabajar como ayudantes conmigo, ¿qué opinas?

—¿No necesita ayuda? —pregunté sorprendido.

—No. Además no tienen ni idea de mecánica antigua —argumentó con desprecio.

Se coló en ese instante un incómodo silencio. Creo que Laro se dio cuenta de que había descubierto su verdadera postura acerca de mi estancia en su casa y en su negocio.

—Los ricos de toda Cantabria me traen sus coches tirados por caballos y después se los llevan conduciéndolos ellos mismos, ¿qué te parece? —dijo rompiendo el mutismo que se había instalado entre ambos.

—¿Cómo se puede hacer eso?

—Si eres espabilado y tienes interés, con el tiempo tú mismo aprenderás a hacerlo.

El viejo me dijo, justo en el momento en el que abría la puerta de la nave, que el Día Cero los pilló en su piso de Santander y que en aquel entonces ya estaba en tratos con mi tío para comprar la casa donde ahora vivían.

—¿Pero dónde se marcharon Quino y su mujer? —pregunté una vez más.

—No me lo dijeron, tampoco lo quise saber —respondió pesaroso—. Tu tío fue duro en la negociación y no entablamos amistad, ¿sabes? Tal vez si *preguntarías* a los que eran sus amigos, igual averiguas dónde se fueron.

Y con la esperanza de que quizá el hermano de mi padre no estuviese muy lejos de aquel pueblo, comencé a ayudar al viejo en el taller.

Capítulo 87. ¿Dónde fue?

Es posible que la tecnología se hubiese tendido a sí misma una trampa mortal.

Desde bien niño, hasta que todo se fue al garete, consulté poca información en los libros. Siempre lo hice en aquellos dispositivos con pantallas fantásticas que solicitaban infinidad de datos a servidores de los cuales nadie conocía su ubicación. La nube, lo llamábamos. Pero cuando nuestro mundo tecnológico dejó de funcionar la nube se esfumó y con ella buena parte del conocimiento de nuestra humanidad.

Y es por esta razón —estoy seguro— por la que, a día de hoy, aun habiendo pasado doce años del dichoso Día Cero, no hemos podido recuperar la evolución en la que estábamos antes de la catástrofe y, lejos de esto, nos hallamos varados en un laberinto traicionero incapaces siquiera de fabricar lo que a principios de siglo eran objetos cotidianos. Estoy convencido de que llegará el día en el que esto se logre de nuevo —el ser humano siempre luchará por avanzar— y así, aquel que quiera volver a hacer funcionar la electrónica, también debe buscar la manera de protegerla contra lo que nos envía el sol en sus rayos. Yo no veré el momento, ya casi noto la soga del cadalso sobre mi cuello, pero al menos espero que este escrito pueda ayudar al que se empeñe en devolver a nuestra humanidad a la era que le corresponde.

Jamás leí un libro por completo hasta que llegué a Comillas. Laro, a diferencia del zapatero de Burgos, sí me enseñó lo que sabía, que no era poco. Al lado de aquel hombre aprendí todo lo que sé sobre el funcionamiento de las máquinas y me hice un experto en dar vida a los coches que murieron el 23 de julio de 2027.

El anciano mecánico era un ser metódico, ordenado, disciplinado y muy pulcro en el trabajo. En su casa guardaba una colección de libros como oro en paño y con el tiempo comprobé que aquella estantería tenía ciertamente más valor que el preciado metal dorado.

Cincuenta y tres tomos sobre mecánica y electricidad. Los devoré con ansia a la luz del candil en el salón de la casa de Juana. Aprovechaba

cualquier momento libre para empaparme de la sabiduría contenida entre las páginas de los viejos libros. Con el estudio adquirí conocimientos sobre cómo funcionaban los coches y que, por otro lado, convertían mi futuro en algo prometedor.

Motores diésel, bombas de inyección lineales y rotativas, carburación, sistemas de encendido, ajustes de motores, cálculos de potencia, transmisiones, geometría de la dirección —con su trigonometría correspondiente—, sistemas de frenado, y circuitos eléctricos de todo tipo, fueron las materias que con gusto cultivé.

De esta manera, con el transcurrir del tiempo, pasé de ser «Andrés el ayudante de Laro» a «Andrés el mecánico», aunque no pocos me conocían en la villa marinera como «Madriles el mecánico».

Nunca me faltaron amigos que me invitasen a un vaso de vino o a un trago de cerveza en las tascas del pueblo, de la misma manera que tampoco le faltaron jamás al cura ni al médico de la localidad.

El conocimiento lo es todo y, a día de hoy, lo que no esté escrito en una hoja de papel no vale para nada.

Laro, finalmente, me cogió cariño; su mujer lo hizo desde el primer momento y al final me adoptaron como a su propio nieto. El vacío que había dejado su hijo lo ocupé yo. Creo que desde que aparecí en sus vidas el matrimonio fue más feliz.

Recordaban todos los días a su vástago, a su nuera y a sus dos nietas, que se quedaron en Madrid porque allí vivían, y de los que no sabían nada desde la infausta fecha. No les conté toda la verdad de lo que sucedió en la capital, solo por dejarlos instalados en la esperanza de que sus familiares vivirían sin demasiadas estrecheces en la gran urbe. Nada dije sobre el día de la revuelta de Mercamadrid ni de cuando la turba enfurecida le prendió fuego al ayuntamiento ni lo de los cadáveres abandonados por las calles. Me callé, además, lo de los pordioseros que vivían bajo las alcantarillas porque, si terrible era ver a los seres del inframundo retirando los cuerpos inertes del asfalto, ya tenía yo muy comprobado que al contarlo el efecto se incrementaba y la historia se hacía más cruel. Pensé que mis relatos sobre la degradación del ser humano únicamente podían hacer daño al matrimonio y que, de igual manera, los testimonios del hambre sufrida en la capital flagelarían impíos el alma acongojada de una madre. Por el contrario, sí les hice saber que fuera de la ciudad las alimañas acechaban por doquier y que aventurarse en un viaje

como el que yo hice era poco menos que un suicidio.

—¡Por Dios, que no se les ocurra venir! —decía Juana juntando las manos delante del rostro.

—Nadie sale de la ciudad. Solo los desesperados como yo. Si su hijo no ha venido aquí es señal de que vive bien en Madrid.

—Dios lo quiera.

En aquel hogar nunca faltó una vela encendida delante del retrato de su familia. Una estampa en la que habían adosado, con la ayuda de dos clips, un Cristo y una Virgen a modo de protección divina.

Sobre el destino de mi tío Joaquín «Quino» y de su mujer, Blanca, nadie supo decirme nada. Pregunté a vecinos, a amigos del matrimonio, a compañeros de trabajo y a cualquiera que hubiese tratado con ellos, por ocasional que hubiera sido el contacto mantenido. De lo poco que pudieron aclararme solamente había un punto en el que todos coincidieron: Quino y su mujer desaparecieron de un día para otro sin decir ni adiós. Los que se habían relacionado más estrechamente con la pareja estaban molestos con las formas con las que se habían marchado, aunque luego disculpaban la espantada debido al caos reinante tras el Día Cero, sobre todo en las primeras semanas, que es cuando el matrimonio se esfumó.

—Yo sé que andaba en tratos con uno de Santander que le quería comprar la casa —me dijo un pescador mientras descargaba las capturas en la lonja del puerto.

—¿Pero no te contó a dónde tenía pensado mudarse?

—La verdad es que no. Parecía que el trato estaba muy verde y luego, de repente, ¡zas!... ¡Como si se los *habría* tragado la tierra! —exclamó el hombre elevando los hombros—. Aquí todos pensamos que marchó a Madrid, ¿no era de allí? —amplió.

—Sí.

—Pues eso.

«A Cabezón», decían unos; «...creo que estaba mirando algo por Suances...», escuche a otros; «...más de una vez le oí decir que volvería a Madrid...», me dijo la vecina de al lado; «...sus suegros eran de Treceño...».

Bastaba que alguien me indicase tímidamente el nombre de una localidad, en la que el susodicho sospechase que mi tío pudiera haberse instalado, para que yo me personase allí a preguntar por Joaquín Caviedes y por su esposa Blanca Morcillo.

Transcurrido un año desistí en su búsqueda y acepté el hecho de que, al igual que a mi padre, tal vez nunca volvería ver a mi tío.

Capítulo 88. Acuñaado

Todas las mañanas se montaba el mercado en la plaza del ayuntamiento. El pueblo era, desde hacía tiempo, un referente en la comarca para aquel que quisiese vender o comprar cualquier bien. Los pescadores subían sus capturas desde la lonja y las exhibían posadas sobre la nieve de los Picos de Europa que traían los neveros venidos desde Potes. Carnes, quesos, embutidos, cerámicas, telas, ganado, velas, mecheros, vinos, cerveza, grano, libros, e instrumentos de todo tipo, se congregaban en el centro de la localidad entre un trasiego de personas que acudían tirando de carros, en algunos casos, o en compañía de animales destinados a cargar con lo adquirido, en tantos otros.

Manchón decidía qué puesto debía ocupar cada mercader después de cobrarles el tributo correspondiente, claro está. También intervenía cuando una trifulca se subía de tono o cuando alguien se liaba a mamporros con un semejante argumentando haber sido timado en un trato.

No me gusta reconocerlo, pero he de decir que si el pueblo era próspero se debía en gran parte al orden que imponía el autoproclamado jefe de seguridad de Comillas.

Eduardo Manchón había sido policía en tiempos normales. Con la llegada del caos tiró de pistola a diestro y siniestro, borrando del mapa a los que atentaron contra el orden establecido o pretendían hacerlo. Así, el exagente apaciguó las calles de la villa y a su labor se le unieron una cuadrilla de lo más variopinta, en la que se podían encontrar desde antiguos agentes de la Benemérita a convertidos reclusos que, de la noche a la mañana, habían decidido hacer guardar escrupulosamente la ley contra la que en el pasado atentaron sin el menor de los remilgos.

El tipo era inteligente, desconfiado y astuto como un zorro, por lo que enseguida se dio cuenta de la necesidad de sus servicios en aquella localidad huérfana de orden. El avisgado funcionario aprovechó para crecer socialmente —a base de cadáveres, todo sea dicho— en el momento en el que los guardias civiles, que residían en la casa cuartel frente a la playa, desaparecieron ante la anarquía reinante y la falta de comunicación con sus superiores, tal y como

pasó en otros sitios según vengo observando.

Manchón respetó el bastón de mando de la que había sido elegida alcaldesa en los últimos comicios y así, escudándose en su nombre, mató y mucho. Proteger al equipo de gobierno fue un golpe de efecto magistral, ya que con ello le dio carácter seudoficial a su puesto, aunque todo el mundo sabía que los ediles eran poco menos que marionetas secuestradas movidas al antojo del nuevo cacique. De esta manera se impuso su ley, que al principio no fue cuestionada por la urgencia del momento, si bien es cierto que más adelante ya nadie se atrevió a hacerlo debido al poder que adquirió el nombrado Eduardo Manchón. Con este panorama es fácil entender que cuando alguien pretendía poner coto a sus abusos de poder el denunciante siempre salía mal parado, cosa que contribuía a agrandar el halo de superioridad con el que aquel cabrón caminaba por las empedradas calles de la villa.

Orden, seguridad y confianza; la clave para que la anarquía no se apodere de la sociedad y, por lo tanto, pueda germinar en ella la paz y el progreso. El orden lo impuso Manchón, así, para que el pueblo terminase de ser un lugar con garantías, solo faltaba otorgar confianza y seguridad a los tratos que en el mercado se realizaban. Esto sucedió de manera espontánea con un hecho que, en principio, parecía de carácter insignificante. Les cuento:

Coincidiendo con la época en la que llegué a la Villa Universitaria, se asentó un orfebre llamado Primitivo, aunque todo el mundo en el pueblo lo conocía como Primi el Judío. Al principio llegué a creer que el artesano era realmente hebreo, y mucha gente también así lo creía, e incluso llegaban a apoyar dicha teoría esgrimiendo —como prueba irrefutable de ello— el rostro afilado y anguloso del citado joyero. Pero el hombre era natural de Portugalete y juró, por activa y por pasiva en innumerables ocasiones, que no era descendiente de la Tribu de David.

La cuestión era que, en los tratos que se cerraban con oro de por medio, a menudo se liaban tremendas broncas acerca de la validez del metal presentado como moneda de pago. Con el crecimiento del mercado, no tardaron en aparecer espabilados por doquier dispuestos a conseguir bienes dando a cambio aleaciones carentes de valor que simulaban ser el preciado elemento dorado.

Generalmente el follón terminaba a voces o golpes, en el mejor de los casos, o a cuchilladas cuando los ofendidos eran de naturaleza violenta y

rencorosa. Después Manchón tenía que imponer su ley —perdón; la ley de la alcaldesa—, que a veces pasaba por la prohibición de entrar en el pueblo para el forastero timador y en otras con el ajusticiamiento público si el mal generado había sido importante.

Primi el Judío tan pronto se asentó en Comillas montó su negocio, que consistía en verificar la validez del oro de todo aquel que quisiese, para fundirlo después, y transformarlo en unas bastas monedas que timbraba con su sello personal. Así, el hombre acuñó monedas de medio, uno, dos y hasta cinco gramos, y por este servicio cobraba el diez por ciento de la cantidad procesada.

A mí me pareció una estupidez de empresa y así debe ser que la gente coincidía con mi punto de vista, porque al principio nadie acudía a su casa para realizar un trato, a todas luces, tan poco conveniente. Pero el maestro fue asentando su idea y, con el tiempo, cada vez eran más los que fundían sus joyas en casa del orfebre vizcaíno. Los comerciantes aceptaron de buen grado aquellas piezas marcadas con la estrella de David, sabedores de la veracidad de su valor, y así los tratos en el mercado pasaron a ser más favorables y sosegados. La divisa fue calando, tanto en vendedores como en compradores de toda la comarca, y llegó el momento en el que Manchón vio en el uso de las monedas de Primitivo el Judío la solución definitiva a las trifulcas del mercado.

Como era de esperar, la alcaldesa no tardó en sacar un bando en el que instaba a utilizar obligatoriamente la moneda con el símbolo de las seis puntas *para todo aquel trato acordado por las partes a ser satisfecho en oro.*

Se decía que, del diez por ciento con el que el orfebre se quedaba por el acuñado, Manchón metía sus asquerosas manos consiguiendo un tercio de los beneficios del joyero.

De esta manera, querido lector, podrá entender que el trabajo del Judío convirtió al jefe de seguridad en un tipo muy rico. Yo mismo pude comprobarlo tiempo después por un encargo que hizo en el taller de Laro.

Eduardo Manchón: ese hijo de puta malparido contaba con impunidad total en sus actos. Hacía y deshacía lo que le venía en gana en el pueblo. Cuando abandoné Comillas así quedó, y es por este motivo por lo que es muy importante reflexionar acerca de la conveniencia de dejar medrar a salvadores de patrias que a la postre terminan convirtiéndose, aliados con el miedo y con

el tiempo, en auténticos dictadores imposibles de derrocar.

Capítulo 89. Algo de mecánica

Laro vivía de manera desahogada. Lo supe desde que pernocté la primera noche en su casa. Había olvidado lo que era el papel higiénico hasta que entré en el aseo de aquella vivienda y vi un rollo, mullido e insultantemente blanco, colgando al lado de la taza, en lugar de los papeles de periódico a los que todo el mundo ya se había habituado. También tenía jabón del antiguo, de ese que venía de las fábricas, con sus aristas perfectamente definidas y que olía tan bien.

Comí como nunca. Juana cocinaba dos veces al día y llegué a ganar peso, tanto, que mis costillas quedaron cubiertas por una ligera y saludable capa de grasa bajo la que se escondieron y que otorgó a mi cuerpo un aspecto mucho más recio y vigoroso.

El viejo mecánico guardaba, como oro en paño, un Nissan Patrol del 92 que era la envidia de todo Comillas. Lo utilizábamos de manera ocasional cuando teníamos que desplazarnos a algún desguace a por piezas para el encargo sobre el que trabajábamos o también para ayudar en el primer arranque de los vehículos que restaurábamos.

Aquel, debo confesarles, era un momento especial. Dar vida a un ingenio mecánico, muerto durante años, producía en mí una excitación sin igual y me metió el veneno de la profesión para siempre. La noche antes de arrancar el motor sobre el que habíamos estado trabajando no lograba conciliar el sueño. Me enrocaba en un repaso, continuado y machacón, de todas las operaciones efectuadas buscando algún error que pudiese destruir el corazón del vehículo en el momento justo de ponerlo en marcha. Los calados de inyección, los ajustes de la bancada, el circuito de engrase, la refrigeración de la máquina y un sinfín de detalles, pasaban por mi mente torturándome horas antes de que, con la ayuda del todoterreno de Laro, le diésemos el empujón definitivo que debía resucitar el coche al que le habíamos dedicado nuestro esmero.

El viejo me enseñó a conducir y fue una experiencia increíble, mucho más excitante que aquellos videojuegos que me convertían en piloto de fórmula 1 sentado en el sofá de mi casa, cuando era un crío.

Nunca nos faltó combustible pues Laro exigía, como condición para cerrar

el trato, que el coche a restaurar nos lo entregasen con el depósito lleno. Tal petición la justificaba como necesaria para ajustar la máquina de manera adecuada y los clientes lo cumplían sin rechistar. Luego, antes de entregar el vehículo a sus excitados dueños —que solían acudir al taller acompañados de toda su familia— les quitábamos el sobrante del carburante y, por lo tanto, el coche jamás se entregaba con más de seis litros de combustible. De esta manera, el viejo mecánico disponía de una reserva de oro líquido nada desdeñable que le permitía hacer trueques con cierta frecuencia.

El precio de los encargos variaba mucho en función de la dificultad del trabajo. En algunos casos con doscientos gramos de oro Laro aceptaba el pedido. Si el coche era más antiguo solía presentar menos dificultades para volver a ponerlo en marcha y, si no había que hacerle instalación eléctrica, bastaba con sustituir el pedal electrónico del gas por uno que actuase sobre la bomba de inyección, o sobre el carburador, acoplado previamente al motor.

Pero al ser humano siempre le ha gustado destacar por encima de los demás y entra dentro de su naturaleza marcar su estatus por las posesiones que exhibe ante sus semejantes. Así, lo más deseado era ir a lomos de un coche de 2027, de esos que prácticamente se guiaban solos por la carretera cuando toda la electrónica que llevaban a bordo no estaba inservible.

Cuando el acaudalado propietario se personaba en el taller, tirando del vehículo con un par de caballos, Laro salía a recibirlo para presupuestarle el encargo. El viejo mecánico indagaba bajo el capó, por aquí y por allá, y a partir de lo que el cliente solicitase el precio iba subiendo. En más de una ocasión, lo que comenzaba siendo un ricachón sin límites en sus pretensiones, terminaba convirtiéndose en un fanfarrón obligado a deshacerse de determinados extras por el desorbitado precio que iba adquiriendo el pedido.

Laro no era barato, si bien todo el mundo sabía que en la zona era el único capaz de poner a punto aquellos coches que los nuevos ricos ansiaban conducir.

—Veamos...—dijo el mecánico metiendo la cabeza en el vano del motor —, pues para ponerlo en marcha..., 1.500 gramos —arrojó finalmente, sin titubear.

—¿Cómo?

—Mil quinientos.

—¡Joder!

—Joder, ¿qué? —contestó, sosegado—. Me traes un V6... ¿Sabes lo que cuesta encontrar una bomba para un seis cilindros?

—No.

—Si me *traerías* un V8 sería más fácil. Le pongo dos bombas de cuatro y a funcionar. A parte de eso hay que ponerle precámaras.

—¿Por qué?

Laro cogió aire profundamente para dejarle claro al cliente que le estaba incomodando con la pregunta.

—Pero vamos a ver, Cipriano. ¿Tú sabes algo de mecánica?

—No.

—Pues eso.

—Ya, ¡hostias! —gruñó el hombre—, pero de oro sí que sé, y un kilo y medio es mucho oro.

—Tu coche hay que pasarlo de inyección directa a indirecta, como los de antes, ¿lo entiendes? Hay que hacerlo porque con los inyectores mecánicos se consigue poca presión.

—Ah.

—Sí. Eso significa desarmar el motor y ponerle las precámaras. Es un trabajo de Dios es Cristo.

—Sigue siendo mucho parné, Laro.

—Esto mismo es lo que le hice al Audi de Anselmo, el de Cabezón. Pero si quieres puedo intentar acoplarle un motor de los setenta, de alguna furgoneta o algo así —resolvió el jefe del negocio.

El ganadero se quitó la boina y se rascó la cabeza sopesando si dejaba el coche en el taller o no. Al cabo de un rato se volvió a colocar el fieltro negro sobre el coco y aceptó el precio a regañadientes.

—¡Espera!

Cipriano se dio la vuelta sobresaltado e interrogó con la mirada al mecánico.

—¿Qué?

—¿Lo quieres con arranque o sin él?

—¿Cómo?

—Que si lo quieres arrancar con la llave o te apañas a empujón.

El hombre, visiblemente turbado, no acertaba a entender lo que le solicitaba Laro.

—Pero yo creía que eso estaba incluido en el precio.

—Pues no.

—¡Joder!

—Si quieres que arranque con llave hay que ponerle una batería y una dinamo con regulador para que la cargue, los alternadores ya no funcionan —añadió señalando el lugar que se suponía ocupaba el artilugio referido—. Y ya te adelanto que no son fáciles de conseguir ninguna de las tres cosas.

—¿Cuánto?

—Medio kilo.

—¡Estás loco, Laro!

—Si quieres que te ponga dirección asistida piensa en otro medio kilo más.

—¿Qué? —preguntó desbordado— ¡El coche ya traía dirección asistida! —advirtió.

—Sí, claro, electrónica. Tengo que acoplarle una hidráulica. Ponerle unas luces para ir de noche no te costará mucho más..., por cincuenta gramos te lo hago —añadió Laro totalmente ajeno a la indignación del posible cliente.

—¡Joder, Laro!

El técnico, mirando fijamente al paisano, restregó sus manos grasientas por el trapo que le colgaba del bolsillo y con un reposo exasperante se tomó su tiempo antes de hablar de nuevo al dueño del vehículo.

—Mira, Cipriano. ¿Por qué no me traes mejor un Renault Clío? Por 230 gramos te lo llevas en marcha y si lo quieres arrancar con llave por 730 lo tienes—completó—, pero vamos que esa miniatura a empujón la arrancas sin problema. Yo no me gastaré dinero en ponerle arranque, sinceramente. Pero poner en marcha esto —exclamó mirando el todoterreno del cliente— a empujón y en frío..., te va a costar bastante, créeme.

—Joder, Laro. Hazme precio, ¡que fuimos juntos a la escuela, coño!

El dueño del taller, llegado a ese punto, sabía que tenía la venta hecha. Solo faltaba darle un empujoncito al buen hombre para que se animase a estrecharle la mano, gesto que debía dar por cerrado el trato. Yo ya lo había presenciado en innumerables ocasiones y creo que el viejo disfrutaba con la posición privilegiada que le concedía aquel momento. Se frotaba la frente, echaba números en una hoja de papel negando con la cabeza de manera histriónica una y otra vez, para desesperación del cliente que veía peligrar su sueño dorado de nuevo rico. Laro dejaba cocer el momento a fuego lento simulando cálculos sobre la rebaja que iba a plantearle al propietario del carro. Gestaba la decisión demorándola en exceso con el único objetivo de

elevant el valor de la oferta y convertirla así en irrechazable. Definitivamente aquel hombre era un maestro de la mecánica y también de la negociación.

—Está bien —susurró admitiendo una falsa derrota—. Por dos y medio te hago todo y te pongo luces para que puedas circular por la noche. Además te acoplo unas manivelas en las puertas para poder bajar las ventanillas.

Cipriano volvió a quitarse la cubierta de la sesera y repitió el gesto de confusión.

—Dos cuatrocientos —contraofertó el ganadero extendiendo su mano.

—Dos y medio, Cipriano. Si quieres bien y si no... tengo mucho trabajo.

El hombre mantuvo la mirada sobre los ojos de Laro para ver si así podía conseguir la rebaja planteada, pero el mecánico ni se inmutó.

—De acuerdo —terminó por aceptar contrariado el dueño del V6.

—El depósito viene lleno, ¿verdad?

—¡Que sí!... ¡Menudo cabrón estás hecho, Laro!

—Creo que tú tampoco regalas las vacas en el mercado —contestó flemático mi entonces jefe.

Capítulo 90. La ha matado

Tení la cara tan pálida que parecía estar muerto. Los ojos se mostraban brillantes y no tardaron mucho en aparecer un par de lagrimones ansiosos por saltar al vacío. Abría la boca, pero no decía nada y entonces comenzaban a temblarle las manos, luego la cabeza. Así se quedaba durante varios minutos, sumiéndome entonces en una agonía en la que yo también terminaba por llorar. ¿Cómo no hacerlo? Le estaba anunciando que su hija estaba muerta. No, peor; le estaba contando cómo fui yo mismo el que le arrebató la vida, aunque hubiese sido accidentalmente, aunque no lo hubiese deseado jamás.

Pero de mi garganta, atenuada por la congoja, tampoco salían palabras que me permitiesen excusarme, que pudiesen explicarle al hombre petrificado delante de mí cómo había ocurrido tal desgracia. Me desesperaba por ello, por no poder gritar que nunca entró en mis planes que Lucía me acompañase en aquel viaje, que fue ella la que se empeñó en seguirme, cabezona como era. Pero no había manera. La tráquea, hinchada por el llanto, solo me producía dolor al intentar expresarme y, por el contrario, me hacía gemir en vez de hablar.

Luego, cuando aparecía en la habitación Sonsoles, la situación empeoraba. Llevaba sobre los brazos la ropa limpia y planchada de su hija y la colocaba después en el armario ajena a nosotros dos. ¿Por qué sigues lavando la ropa de tu hija si hace más de cuatro años que no sabes nada de ella?

Cuando había terminado de ordenar el armario y se disponía a salir de la estancia, entonces la mujer, sobresaltada, se percataba de nuestra presencia. Miraba a su marido y el semblante le cambiaba por momentos, después me miraba a mí, como buscando una explicación a la parálisis que afectaba a su esposo.

—¿Qué pasa, Andrés?

Pero yo no podía hablar, solo lloraba.

—¿Qué ha pasado, Andrés? ¿Por qué no ha venido Lucía contigo?

Era insoportable, la cabeza me estallaba.

—La ha matado —decía finalmente Román sin mover la boca.

Mi madre adoptiva, la que me cuidó cuando estuve en Madrid, se derrumbaba sobre el suelo de repente, muda, sin llegar a gritar. En ese preciso instante irrumpía en la sala Antolín con una sonrisa grotesca en su rostro.

—¡Es un ladrón y un asesino!

—¡No! —conseguía gritar yo, a duras penas.

—¡Es un ladrón y un asesino! —repetía—. Creo que también mató a Paquita.

—¡No!

—¡Sí! —ladró señalándome con su dedo acusador.

Entonces Sonsoles se incorporaba de nuevo abandonando súbitamente su letargo.

—¿Por qué nos haces esto, Andrés?

Siempre me despertaba en ese instante. Cuando lo hacía, Juana estaba junto a la cama y ya tenía encendido encima de mi mesilla un candil de carburo. Todas y cada una de las veces, la anciana tenía preparada una infusión de manzanilla que me ofrecía tan pronto yo recuperaba el aliento.

—¡Hijo! ¡Otra vez esa pesadilla! —se lamentaba pasándome la mano por la frente al mismo tiempo.

Ese sueño, cada vez con mayor frecuencia, me atormentó desde que me acomodé en Comillas. Con la resaca del día siguiente, y con la imagen de los rostros de Román y Sonsoles aún fresca en mi memoria, me asaltaba la necesidad de regresar a Madrid para relatarles lo que sucedió en el Puerto del Reventón; se lo debía.

El paso de los días borraba poco a poco el recuerdo hiriente del mal sueño, luego la rutina del trabajo y la comodidad de mi hogar terminaban por mitigar aquella ansiedad por cumplir con la obligación autoimpuesta. Así hasta que volvía a aparecer otra vez.

Ahora sé que jamás les podré contar la manera infame en la que su hija perdió la vida. Tal vez sea mejor así.

Capítulo 91. Días felices

Creo que mi época en Comillas fue la más divertida. Atrás quedaban muchas penurias y las cicatrices de mi espalda bien se encargaban de recordármelo cuando se avecinaba un cambio de tiempo. No me faltó el dinero ni la comida, tampoco muchachas con las que echar un rato —porque resulta que Andrés el Madriles era un buen partido— y más de una intentó amarrarme con retorcidas argucias que tenían como único objetivo hacerme pasar por el altar.

Me divertí, sí.

En la villa marinera se montó un baile los domingos. Al principio no iba a ser todos los fines de semana, pero al ver que la asistencia al evento era cada vez más numerosa, terminó instaurándose con el carácter periódico que he citado. Me acostumbé a deleitarme con la orquesta, porque hasta aquel momento jamás escuché música en directo tan bien ejecutada. Disfrutaba bailando, tomando vinos y licores a los compases marcados por la banda en la magnífica explanada situada frente al palacio de Sobrellano, que fue donde se terminó montando el tinglado una vez la plaza del Corro se quedó pequeña.

Disfruté con las historias de pillerías que relataba Damián, el niño fantasma de ojos azules que habitaba la casa del Duque. Al menos una vez por semana, en mitad de la noche y de manera secreta, acudía a la mansión para llevarle comida, ropa y cosas que a veces el chiquillo me pedía. En la sobrecogedora oscuridad del palacete, el crío me contaba cómo robaba en el mercado y cómo burlaba a Manchón y a sus ayudantes.

El pobre muchacho deseaba llevar una vida más o menos normal, en la que no tuviese que permanecer oculto como un alma en pena para poder sobrevivir, pero no lo consiguió, y no fue porque no lo intentase. Así, una vez se despidió de mí porque había encontrado un caserío en el que le daban cama y comida a cambio de trabajo. Yo me alegré mucho por él y prometí visitarlo aprovechando la prueba de algún vehículo. Pero a los pocos días lo encontré por el pueblo, bueno, más bien fue el muchacho el que me encontró a mí. Me dijo que el ganadero parecía agradable en un primer momento y que lo cuidaba bien, pero que llegada una noche se le metió en la cama y comenzó a tocarlo.

Damián salió corriendo del caserío y volvió a ocupar la antigua mansión del Duque que, tildada de maldita, le había proporcionado cobijo desde que se quedó solo en este mundo.

En el mes de julio del año siguiente a mi llegada se organizó una fiesta patronal. Era tal el desarrollo que daba el mercado al pueblo que, si no fuese por la falta de electricidad, hubiese jurado que aquella villa parecía estar anclada antes de 2027. Se organizaron verbenas cuatro noches seguidas, hogueras en la playa y juegos de bolos. También un pasatiempo, del que decían ser muy antiguo, que consistía en coger un banderín amarrado en el extremo de un tronco tumbado sobre el espigón del muelle. Asistían gentes de otras aldeas a las que se les cobraba el impuesto correspondiente, que para eso ya estaba el cabronazo de Manchón.

En mi época cántabra tuve varios amigos y a todos les encantaba que les llevase en coche cuando tenía oportunidad. «Tú te pasas por mi casa y yo te acompaño. Te llevo la escopeta, por si alguno nos intenta robar el coche», me decían.

Pero de todos ellos trabé una especial amistad con Jacinto, que era de alma noble, de ocurrencia hábil y de mente despierta, aunque un poco dado a la porfía cuando el vino se hacía hueco en su espíritu.

Jacinto era huérfano de padre por culpa de una mala mar de otoño. Los barcos no se adentraban tanto en el Cantábrico como antaño, cuando los propulsaban sus pesados motores diésel, pero eso no fue impedimento para que ocurriese aquella desgracia que dejó tres nuevas viudas y siete huérfanos en el pueblo.

Los marineros habían tenido que aprender a navegar impulsados por velas y, según me contaron, fue el primer gremio que se adaptó de manera exitosa a la nueva era que nos trajo el Sol.

Jacinto me dijo que los patrones sacaron del interior de sus embarcaciones las pesadas e inútiles máquinas. Con el encarecimiento del combustible se habían convertido en mero lastre para la nave —aunque nunca dejaron de funcionar—, y desde entonces esperaban varadas en la lonja, cubiertas por telas cual cadáveres, a que algún día todo volviese a la normalidad.

En la mitad de la cubierta clavaron troncos de eucaliptos, que les sirvieron de vergas, a las que luego ataron telas y toldos de camiones.

También tuvieron que poner debajo del casco un contrapeso para equilibrar las embarcaciones porque el tiro del mástil tumbaba los barcos fácilmente, sobre todo cuando soplaban el Norte con fuerza. De las olvidadas estanterías de las bibliotecas rescataron los mapas y tratados para la navegación a vela y un tal Arturo, que tenía un queche de diez metros de eslora para los fines de semana, les enseñó el arte de manejar el viento para impulsar los pesqueros adaptados a los nuevos tiempos.

En la tasca del puerto echábamos muchas tardes. La regentaba Miguel, uno de los pocos supervivientes del naufragio que se llevó por delante al padre de Jacinto. El tabernero quería a mi amigo como si fuese su propio hijo. Nos contaba, cargado de nostalgia, historias de marineros, de tormentas fabulosas, de capturas impresionantes, de leyendas antiguas, de supersticiones del gremio, de tiempos pasados al fin y al cabo.

En el bar de Miguel nos sentíamos respetados y queridos por todos. Era casi un hogar donde confesábamos nuestros anhelos, en el que reíamos y donde un tal Pedro se arrancaba con canciones de la tierra que *envidriaban* los ojos a los parroquianos.

Y en esa tasca, maldito llegó el día en el que todo se lio de la manera más absurda posible y que terminó al alba con otro golpe terrible en mi espíritu.

Capítulo 92. Cosas del vino

Explicar lo que sucedió aquella semana no es nada fácil. Quién me iba a decir a mí, ese lunes por la mañana, que el sábado por la tarde estaría huyendo de Comillas. La vida es todo menos previsible y otra vez más me tocó abandonar mi hogar como un vulgar proscrito.

No sería sincero si no confesase que creí firmemente que pasaría el resto de mis días en el pueblo de mi tío Joaquín. Tampoco es elegante revelar que, honestamente, pensé heredar la casa y el negocio de Laro. Es feo siquiera recordarlo, pero lo hice y quiero que en estas memorias quede reflejado. Pero digo yo: ¿Era descabellado tal pensamiento? ¿No era acaso normal creer que el anciano matrimonio me dejaría sus posesiones tras más de nueve años sin tener noticias de su hijo?

No deseaba marcharme, había encontrado estabilidad y un lugar próspero donde crecer como persona. Solo la pesadilla en la que aparecían Román y Sonsoles, de cuando en cuando, me removía la conciencia y engendraba en mí, durante varios días, la inquietud por regresar a mi casa de Madrid. Pero aprendí a dominar tal impulso y con el tiempo me acostumbré a vivir con ello. Ya no me hacía tanto daño.

Durante los más de cuatro años que permanecí en Comillas, me gané un hueco en el corazón de sus habitantes, exceptuando a Manchón que desde nuestro primer encuentro dejó claro que un servidor no era santo de su devoción.

—¿Te he dicho ya que me caes mal, Madriles?

Y el muy asqueroso lo decía en serio, tienen que creerme.

No perdía oportunidad de soltarme la frasecita cada vez que coincidíamos en el pueblo, estuviese solo o acompañado, fuese fiesta o laborable, que para eso se creía —el muy déspota— dueño y señor del suelo que pisaba.

Pero me estoy desviando de lo que les quería contar: mis últimos días en Comillas y por qué tuve que marcharme.

El último coche en el que trabajé fue, precisamente, en el del jefe de

seguridad Eduardo Manchón. Se presentó en el taller con un biplaza, tirado por un par de mulas, equipado con motor de gasolina. Un coche pequeño y absurdo en sí mismo, que, si alguna vez tuvo sentido, solo fue cuando las carreteras estaban en buen estado. Era una fanfarronada a la altura del dueño, una extravagancia cuyo único fin pasaba por mostrar el poderío del cacique, un cacharro que nadie, ni los ganaderos más ricos de la región, poseían ya en estos tiempos. No escatimó con respecto al presupuesto que le hizo mi jefe. Así pues, el coche tendría arranque con llave, iluminación exterior, dirección asistida, elevelunas manuales e incluso una manivela para poder escamotear el techo practicable que poseía el deportivo alemán. Dinero no le faltaba, pues todo el mundo sabía acerca de la mordida que diariamente acometía Manchón a las monedas de oro fabricadas por Primitivo el Judío.

Nos costó encontrar cuatro carburadores de doble cuerpo —del mismo tipo— para que el motor girase redondo y acoplarlos sobre los colectores fue una auténtica odisea. Aparte de eso, tuvimos que transformar el encendido a un sistema antiguo, montándole dos distribuidores con platinos rescatados de un par de propulsores de 1960.

Manchón estaba entusiasmado con su nuevo juguete y cada día nos visitaba para ver cómo iban los progresos sobre el biplaza. Conseguimos arrancar el motor y lo condujimos hasta San Vicente por la carretera que discurre junto a la costa. Cuando se enteró de que el V8 había rugido de nuevo, y que nos habíamos dado una vuelta para probarlo, se presentó en el taller y no paró hasta escucharlo funcionar por sí mismo.

—Todavía no está, Manchón —dijo paciente Laro.

—¡Lo necesito ya!

—No lo necesitas —respondió el mecánico mirando de soslayo al exagente.

— Larito..., Larito. ¡No me toques los cojones!

La cuestión era que aquella semana, a cada encuentro por el pueblo con el encargado de seguridad, además de la frase en la que me recordaba su desprecio por mi persona, me preguntaba, acto seguido, por el dichoso coche, llegando a ponerse muy pesado con el asunto.

El jueves por la tarde, después de salir del taller, bajé al puerto para tomar unos vinos con mi amigo Jacinto y allí, en la tasca de Miguel, se complicó todo de manera formidable. Y es que en el lugar más insospechado aguardan sorpresas, generalmente desagradables.

Jacinto era poco agraciado físicamente. Esto puede parecer irrelevante en la historia que les estoy contando, pero verán que es del todo necesario explicarlo para entender el entuerto que se formó aquel jueves por la noche.

Mi amigo, desde que se quedó huérfano, comenzó a trabajar para echar una mano en casa. Al principio lo hizo en el puerto reparando redes de faena, pero cuando el Judío se asentó en la villa con su nuevo negocio, Jacinto se fue a trabajar con él porque pagaba mejor que los pescadores.

El oro se funde a una temperatura ligeramente superior a mil grados centígrados, según me contó mi amigo. Con una llama normal no se pueden alcanzar dichos valores, por mucho carbón que se vierta en la hoguera. Lo que eleva la temperatura en la combustión es el oxígeno añadido, por lo cual se hace necesario insuflarle una cantidad importante de aire a la llama del horno donde se sitúa el crisol del orfebre. Para tal finalidad el joyero dispuso de un par de fuelles que, al principio, cuando su negocio estaba echando a rodar, se ocupaba él mismo de accionarlos. Pero al tiempo, como cada vez Primitivo fundía más metal, terminó por contratar a un ayudante para que se encargase de dicha labor, además de alimentar la candela con carbón cuando esta perdía fuerza. Al ser Jacinto el encargado de los fuelles del Judío, lo rebautizaron en el pueblo con el sobrenombre de «el Follador».

Creo que no es necesario indicar que el apodo estaba puesto con bastante mala leche, sabiendo que el pobre muchacho era el varón más rechazado por las féminas en el baile de los domingos.

El huérfano odiaba el seudónimo que le pusieron y en más de una ocasión, generalmente cuando había tomado un par de tintos, vi partirle la cara a algún incauto que se había atrevido a utilizarlo para dirigirse a él.

Aquel jueves estábamos en la taberna del puerto tomando unos vinos, también sidra y cerveza, y fue entonces cuando apareció por la puerta del establecimiento Manchón con un par de sus hombres. Saludó a todos los parroquianos congregados levantando la cara ligeramente, excepto a mí, que me vomitó su frase cansina sobre lo mal que le caía, como de costumbre, y después tomó asiento al lado de la ventana. Era la primera vez que el encargado de seguridad del pueblo entraba en el local de Miguel y ojalá no lo hubiese hecho jamás.

Yo quise marcharme a casa en cuanto apareció el dictador, pues sabía que me iba a dar la brasa con el asunto de su coche, pero Jacinto se empeñó en alargar la velada para contarme que por fin había una muchacha en el pueblo

que parecía responder a sus palabras de amor. ¿Qué podía hacer yo?

—¿Te he dicho ya que me caes mal, Madriles? —interrumpió de manera grosera el indeseable barbudo.

—Unas cuantas veces ya —respondí.

—Quiero mi coche y lo quiero ya, así que acuéstate pronto para ir al taller mañana a primera hora.

El pestazo a vino me abofeteó la cara, supongo que de igual manera que el mío lo habría hecho en el careto de Manchón cuando le respondí. Apuré el chato e hice ademán de levantarme, pero mi amigo me agarró del brazo forzándome a tomar asiento de nuevo.

—Se irá cuando le salga de los cojones, ¿lo entiendes?

Las conversaciones se cortaron en seco y el silencio inundó entonces el interior de la tasca. El expolicía dedicó una sonrisa forzada a Jacinto que no presagiaba nada bueno.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Pero si tenemos aquí a Jacinto el Follador! —exclamó mientras le pellizcaba el moflete como a un chiquillo—. ¿Qué tal estás? ¿Has follado mucho hoy? —y terminó su pregunta con una sonora carcajada que ninguno de los presentes secundó.

Las olas chocaban violentas contra el espigón; fueron las únicas que tuvieron valor a contestar a la pregunta del matón del pueblo.

—¡Termíname el coche pronto, Madriles! —gruñó dándonos la espalda para volver a ocupar el asiento junto a la ventana.

—¡Eres un hijo de puta! —escuché decir.

La frase se había lanzado desde el más profundo sentir de mi amigo y entonces supe que alguien iba a morir. Lo que jamás me imaginé fue quién iba a pagar los platos rotos.

Manchón desenfundó el revólver que siempre llevaba a la cintura y en dos movimientos el cañón del arma estaba dentro de la boca del ayudante del joyero. El dueño del bar abandonó la barra visiblemente nervioso y se acercó hasta el pistolero para interceder por su protegido.

—Vamos, señor Manchón. No se lo tenga en cuenta, el *chavaluco* ha bebido un poco.

El hombre miró de reojo al tabernero y después volvió a depositar su gélida mirada sobre aquel payaso que le había faltado al respeto. Así permaneció durante unos interminables segundos en los que el tiempo pareció congelarse y nadie respiró más fuerte de lo normal, no fuese que el arma se

disparase accidentalmente. Al final, el matón sacó el hierro de la boca del muchacho y volvió a sentarse junto a sus adláteres.

Agarré con fuerza a mi amigo y lo empujé hasta la puerta, pero Jacinto tenía los brazos poderosos de tanto darle a los fuelles y se enganchó en el marco de madera como un gato enrabietado.

—¡Eres muy valiente porque tienes una pistola!

—¡Calla! —grité.

—Pero te faltan huevos para pasar una noche en la casa del Duque —añadió Jacinto.

Y muy bien que sabía dónde lanzaba el dardo el muchacho, porque por todos era conocido el miedo que el encargado de seguridad tenía a los fenómenos paranormales, a las ánimas y a cualquier cosa que no pudiese doblegarse con un arma.

El secreto de la casa del Duque seguía conmigo, tal y como se lo prometí a Damián el día que lo conocí, y nunca se lo confesé a Jacinto, por muy amigo mío que fuese. Viendo que aquella pendencia podría perjudicar al niño de los ojos azules de alguna manera, tiré con más fuerza de Jacinto con la intención de sacarlo de la maldita tasca, pero fue en vano.

Manchón se puso en pie como un resorte, creo que decidido a acallar los rumores sobre sus miedos, y señaló con el dedo índice a mi amigo el porfión.

—¿Que no tengo pelotas a pasar una noche allí?... ¡Menuda gilipollez!

—¡Te cagas de miedo! ¡Lo sabe todo el pueblo! —gritó zafándose de mis manos, que luchaban por taparle la boca.

El hombre apartó con furia la silla sobre la que había estado sentado tirándola al suelo, acto seguido dio un par de zancadas hasta alcanzar la barra del bar. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas de oro que posó golpeando la madera sobre la que descansaban nuestros chatos abandonados.

—¡A ver si tienes pelotas tú, *tontuco* de los cojones! Me apuesto esa cantidad de oro a que paso esta noche en la mansión del Duque.

—¡Hecho!

Miguel, el dueño de la taberna, esparció el montón de monedas que se habían quedado sobre la barra y después realizó un conteo rápido.

—¡Jacinto, es mucho dinero! —advirtió al chaval—. Déjate de tonterías y marcha a casa.

—La apuesta sigue en pie y la voy a ganar, seguro.

Capítulo 93. Una de cal

Se organizó una procesión improvisada que acompañó a Manchón hasta la casa del Duque. Los parroquianos del bar salimos portando nuestros correspondientes candiles para ver cómo el hombre se introducía en el hogar clandestino del pobre Damián.

El dictador rechazó la lámpara que le ofreció uno de sus esbirros, dejando ver con el gesto que de valor iba sobrado. Cuando se adentró en la finca que rodeaba la antigua construcción inglesa se giró para dirigirse a Jacinto.

—Procura tener los cuarenta y dos gramos de oro a la salida del alba — advirtió en tono amenazante—, o tendré que matarte —añadió antes de abrir la puerta de la casa para perderse en su tenebroso interior.

El grupo de testigos, que debíamos de sumar un total de veinte personas, nos apostamos contra la valla de la parcela de cara a la mansión. Estaba en juego el honor del tirano mayor de la villa y de lo que ocurriera esa noche se enteraría todo el pueblo apenas cantase el primer gallo. Yo solo pensaba y temía por Damián. Rogaba que aquello no terminase en una tragedia, porque los ánimos se habían caldeado bastante. Pasados más de veinte minutos de espera, nadie de los de fuera había pronunciado una sílaba.

—¿Sabes? No tengo ese dinero —me susurró al oído Jacinto.

—¿Pero tú eres tonto?

El huérfano chasqueó la lengua contrariado, cogió aire y se tomó su tiempo para volver a dirigirme la palabra.

—¿Qué podía hacer? ¡Es un cabrón!

—¡Tenías que haberte callado, eso es lo que tenías que haber hecho!... ¡Que te pierda la boca cuando estas envinado!

El ayudante del Judío volvió a emitir el mismo ruido con la boca y guardó silencio durante un buen rato. Alguno de los asistentes, presa del cansancio y del alcohol ingerido, ya roncaba a esas alturas acunado por el muro de piedra.

—¿Me prestarás el dinero si pierdo? —me preguntó.

En ese preciso instante escuchamos disparos dentro del edificio y el grupo de testigos se puso en pie de inmediato. Un tiro, otro, otros dos, luego silencio y finalmente un par de detonaciones más, que sonaron con menor fuerza que las primeras. El alma se me heló.

La puerta de la mansión se abrió violentamente y Manchón salió tras ella con el arma humeando en la mano. Con grandes zancadas pasó por delante de nosotros y cuando estuvo a nuestra altura nos mató con la mirada. Sus dos secuaces lo siguieron sin mediar palabra hasta que la luz del candil que los acompañaba se desintegró en la oscuridad.

En aquel prado llamado de San José se escucharon risas ahogadas por el miedo y palmadas en el hombro de Jacinto, antes de que cada uno regresase por fin a su casa.

El ayudante del Judío, temblando como una hoja, se abrazó a mí y soltó toda la tensión que había acumulado durante la espera.

—Lo he pasado fatal.

—Cuida tu espalda y no fanfarronees de lo que ha sucedido aquí —le aconsejé—. Ten cuidado, Jacinto. Manchón no parece de esos hombres que acepten una derrota.

Y bien sabía yo que eso se debía cumplir. ¡Maldita sea!

Acompañé al huérfano a su casa porque habíamos salido solo con un candil. Más tarde, cuando me quedé solo y antes de regresar a mi hogar, con el alma encogida me introduje en la mansión encantada en busca de Damián. Lo llamé y al rato el chiquillo apareció.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió de inmediato—. ¿Sabes? Acaba de marcharse uno que ha pegado tiros dentro de la casa.

—Lo sé, era Manchón.

Y el niño rubio rompió a reír.

Capítulo 94. Una de arena

Damián se partió de risa al enterarse de toda la historia de la apuesta, y especialmente de la humillación del amo de Comillas. Me contó las voces que pegó el hombre, totalmente aterrado por los efectos de ultratumba que el niño ejecutó de manera magistral, antes de escuchar los tiros que pusieron fin a la incursión del intruso. Estuvimos charlando un rato y al final de aquella extraña noche me acosté en mi alcoba con la sensación de que algo malo tenía que pasar, de que un cobarde de aquel tamaño tenía que cobrarse la vida de alguien para que nadie se atreviese a citar siquiera lo sucedido. Y así fue.

Con los primeros rayos de luz, Laro y yo salimos hacia el taller. Antes de llegar a la plaza del ayuntamiento, un olor intenso a madera quemada nos recibió. Así, lo que de lejos parecía ser una niebla intensa resultó ser el humo de algún incendio.

«La casa encantada se ha prendido fuego» escuché decir a alguien que caminaba hacia nosotros. Entonces corrí. Moví mis piernas todo lo rápido que pude para alcanzar la morada del niño Damián. Cuanto más me acercaba a la finca de San José más intenso era el olor a chamusquina. En el ambiente flotaban pavesas tétricas que señalaban con claridad el sitio donde había sucedido la desgracia. Al alcanzar la verja metálica que daba acceso a la propiedad, el alma se me cayó al suelo. En el lugar donde antes se erguía, presumida y poderosa, aquella mansión de tipo victoriano, solo había un montón de ruinas carbonizadas y humeantes que hicieron brotar de mis ojos un mar de lágrimas de inmediato. Me introduje en la parcela ante la mirada atónita de la muchedumbre que contemplaba sobrecogida el macabro espectáculo.

—¡Damián! ¡Damián! —grité trepando por encima de los maderos, aun calientes, que habían formado parte de lo que debió de ser una tremenda pira.

¡No podía ser! El muchacho era despierto y seguro que se había puesto a salvo de las llamas. ¡Era un maestro de lo imposible, de la fuga y del escapismo! ¡Ja! ¡Cuando tú vas, él vuelve!

—¡Damián! —aullé desgarrando sin piedad mi garganta entre las fumarolas y las cenizas de aquellos restos que destilaban muerte por los cuatro costados.

Tosía y me costaba respirar, aparté restos por aquí y por allá ansioso por no encontrar nada y al mismo tiempo desesperado por ganar unos segundos que podrían, pensaba yo, salvar la vida del chiquillo en el caso de que se hubiese quedado atrapado en el incendio.

El calor se elevaba haciendo la atmósfera irrespirable y notaba las plantas de mis pies abrasarse dentro de los zapatos de neumático que llevaba puestos. Era imposible estar encima de los despojos quemados del palacete porque, recuerdo, había vigas que aún mostraban intensas el resplandor de su incandescencia.

Entonces encontré, entre trozos de pizarra del tejado, una mano negra y retorcida que me estampó en la cara la cruda realidad de lo que había sucedido, despojándome violentamente de la ilusión de que Damián estuviese a salvo. Me quité el jersey y agarré la extremidad achicharrada del chiquillo y tiré con fuerza de ella para rescatar el cuerpo de la improvisada tumba en la que yacía.

Y saqué el cadáver de mi pequeño amigo rubio. Fue una imagen dantesca, atroz, que devolvió a mi alma el amargor impío que experimenté cuando murió Lucía. Escuché la exclamación de la muchedumbre, apagada y cobarde, que me estuvo observando en todo momento durante mi búsqueda alocada encima de las ruinas de la ya extinta casa del Duque. «¡Santo Dios bendito! ¡Es un niño!».

Arrastré el cuerpo aún humeante de Damián hasta el prado de la propiedad con la esperanza absurda de que el muchacho aún pudiera reanimarse.

—¡Un médico! ¡Que alguien llame a un médico, por favor! —imploré postrado de rodillas.

En ese preciso instante un aguacero de otoño, frío e intenso, comenzó a descargar sobre nosotros. Aquella bendita tierra quiso llorar la muerte del niño que se quedó huérfano en la tragedia de Torrelavega y que después tuvo que sufrir el rechazo de su propia familia.

Los restos de Damián descansan en el cementerio gótico del pueblo, donde un ángel armado con una espada vela porque nadie más vuelva a pisotear la dignidad de un corazón inocente.

Al norte del camposanto; el mar, y al sur; la leyenda de la mansión que un día, dicen, estuvo habitada por un alma en pena.

Descanse en paz.

Capítulo 95. Maldita semana

Maldita semana. Si no tuve suficiente con lo que había pasado, aún el destino me reservaba un fin de fiesta por todo lo alto.

El viernes no fui a trabajar, simplemente no tenía fuerzas y empleé la jornada en dar descanso a los restos del malogrado Damián. Pagué el nicho; también al párroco de la localidad para que diese un responso en el cementerio. Solamente Laro me acompañó en el camposanto. Creo que a la gente le dio mal fario todo lo que sucedió en la casa del Duque.

Por la tarde, Jacinto me contó que fue Manchón el que prendió fuego a la mansión, cosa que solo hizo confirmar mi corazonada sobre quién había ocasionado tal desastre. Para más inri me tropecé por la calle con el encargado de seguridad, que no dudó en repetirme su asquerosa frasecita, además de meterme prisa para que terminásemos de una vez su encargo. ¡Cómo lo odio! Y lo odiaré hasta que mi cuerpo quede suspendido de la soga que me espera en la plaza de este pueblo, ya en pocos días.

El sábado por la mañana acudí al taller para acelerar los trabajos en el descapotable del malnacido ese que no hacía otra cosa que atosigar, también a Laro, para que se lo entregásemos lo más pronto posible.

El viejo estuvo conmigo hasta media mañana porque tenía que ir a comer a casa de unos amigos en Cóbreces. Solo en el taller, no pude avanzar mucho la tarea, pues todo lo acontecido el día anterior se repetía en mi pensamiento torturándome e impidiéndome concentrarme en la faena. A punto estuve de prender fuego al coche en el que trabajaba, solo por ver la cara de ese indeseable cuando descubriese los restos abrasados de su niño mimado. Pero me contuve, pensé en las consecuencias que traería tal acción para Laro y para Juana, porque de lo que me pudiese pasar a mí, juro, me daba exactamente igual.

A medio día cerré el negocio y me fui a casa con la intención de descansar y de dormir una buena siesta, si la imagen del rostro carbonizado del pobre Damián me lo permitía.

Siempre he pensado que las cosas ocurren por algún motivo, o quiero creerlo así. He comprobado, a lo largo de mi vida, que un hecho desencadena en otro y estoy convencido que cada cosa que hacemos tiene una repercusión futura de lo que nos sucederá a nosotros mismos, seamos conscientes de ello o no. Al fin y al cabo, estas memorias no dejan de ser un testimonio de tal reflexión, como habrá podido comprobar.

Si esta cavilación no fuese cierta, ¿cómo podría explicarse entonces que aquel chuchó se me acercase con tamaña curiosidad? ¿Qué pintaba ese perro en mitad de la calle? ¿Por qué me llamó la atención si en aquel pueblo los había por todas partes? —no como en Madrid, que se convirtieron en ganado y nos los comíamos a falta de otro tipo de carne—. ¿Tal vez fue su pelaje rubio? ¿Quizá sus ojos azules, que me miraban con tristeza? Si no me había visto jamás, ¿por qué se abalanzó sobre mí para lamerme la cara de manera amistosa? ¿Tan afectado estaba este que escribe que vio en aquel animal al propio Damián reencarnado?

La cuestión fue que el can me siguió por la calle a pesar de que intenté espantarlo amagando lanzarle una piedra, cosa que funcionaba siempre con los perros latosos, pero que no surtió efecto en este caso. Se pegó a mí, restregó su lomo contra mis piernas en actitud juguetona y emitió gemidos que me invitaron a la compasión.

El chuchó me acompañó hasta casa. Llegados al antiguo hogar de mi tío no lo dejé pasar, pensando que, aburrido, cesaría en su espera y así buscaría a otro ser provisto de alma que quisiese ser su amo. Cuando terminé de comer me asomé a la ventana y allí estaba Damián, sentado sobre los cuartos traseros, mirándome con sus tristes ojos azules, implorando el cariño que le faltó en vida cuando era un niño.

Abrí la puerta y le permití el paso al interior de la vivienda. Entonces el animal se convirtió en un torbellino que todo quería oler y descubrir, moviéndose por la estancia como una anguila de río, tropezando con los muebles y con las paredes y produciendo un peculiar sonido al rascar con sus uñas el suelo azulejado de las estancias. El perro estaba contento y decidí que tal vez lo podríamos acoger, si no para que se quedase en casa, al menos para que guardase el negocio de Laro. Abrí la puerta que daba al huerto situado detrás de la vivienda ya que dentro de ella, el bicho, se mostraba demasiado excitado e iba a terminar por hacerse daño. Allí permanecería hasta que los dueños de la casa diesen el visto bueno a la adopción del animal. Entre tanto me tumbé en el sofá del salón y caí dormido.

Los gemidos lastimeros del chucho Damián me sacaron del profundo sueño en el que me encontraba. Lloraba y ladraba de vez en cuando alternándolo con unos arañazos en la puerta que demandaban algún tipo de atención por mi parte.

—¿Qué te pasa? —dije acariciando el cráneo de mi nuevo amigo.

El animal estaba muy nervioso, corría hacia el fondo de la parcela para volver después donde yo estaba. Entonces me fijé en sus patas delanteras y vi que estaban manchadas de barro. Ladraba desesperado delante de mi cara e iniciaba, acto seguido, su carrera frenética hasta desaparecer detrás de un pequeño invernadero situado en el fondo de la huerta. Lo seguí, entendiendo que el animal pretendía mostrarme algo.

El perro había escarbado un agujero que se hundía casi medio metro en el suelo. En el fondo asomaba una tela, roída y oscura, que el perro no paraba de morder intentando sacarla hasta la superficie. Cogí una azada que descansaba sobre un balde lleno de agua y comencé a ampliar la excavación que el animal había iniciado con sus patas. Una sensación desagradable me acompañó durante la penosa labor de cavar, porque en cuanto vi el trozo de tejido intuí que tal vez el huerto de Laro escondía un terrible secreto. La tierra, oscura y fértil, dejó paso al paño, que resultó ser de grandes dimensiones. Un olor extraño inundó mi olfato antes de rajarlo que parecía haber sido una manta y me preparó para lo que estaba a punto de descubrir. Dos cadáveres se ocultaban dentro del improvisado sarcófago de tela. Sus calaveras estaban juntas, cara con cara, y aún conservaban el pelo y algún resto descompuesto de carne en la parte de la nuca.

Sin duda alguna mi tío Joaquín y su mujer nunca salieron del pueblo.

—¡Andrés! —escuché decir en ese momento a Juana.

Me giré y vi al anciano matrimonio en el umbral de la puerta de casa. Laro estaba pálido e intentaba, tímidamente, meter a su esposa en el interior de la vivienda.

—Andrés, ¿qué haces? —volvió a repetir Juana, que se aproximaba con gesto curioso al lugar de la excavación—. ¿Y este perro, qué hace aquí? —preguntó justo cuando estaba a mi lado.

La mujer miró dentro del agujero con el gesto inconfundible del que no entiende nada de lo que sucede. Asustada se llevó la mano a la boca y me miró totalmente desconcertada, después miró a Laro, que se aproximaba pausado y

con la cabeza agachada hasta nuestra posición.

—Pero..., ¿qué?... ¿qué es esto? —balbuceó ella.

—¡Pregúntaselo a tu marido!

Juana se encaró con el mecánico y señalando el agujero le preguntó qué demonios era aquello. Pero el hombre no medió palabra.

Me abalancé sobre Laro y lo tumbé en el suelo de un empujón quedándome a horcajadas sobre él.

—¡Mataste a mi tío y a su mujer! ¡¿Verdad hijo de puta?!

—¡No es lo que parece, Andrés, por favor!

—Es mi tío, ¿verdad? —grité señalando la tumba con los restos recién descubiertos.

El viejo temblaba como una hoja y no se atrevía a contestar, así que lo zarandee golpeándolo contra el suelo.

—¡Sí! ¡Es tu tío! ¡Pero fue un accidente! Andrés, por favor, déjame que te explique —imploró llorando.

—¿Un accidente? ¡Cabrón, me has estado engañando todo este tiempo!

Entonces escuché un golpe a mi lado. Sonó igual que los sacos de harina cuando, agotado por la durísima jornada, los soltaba sin cuidado sobre el suelo, allá en el molino del Canarro. Juana se había desplomado y respiraba con dificultad. Desentendiéndome de Laro, me dirigí donde estaba la mujer.

—¡Juana!... ¡Juana!... ¿Me escuchas? —interrogué agarrando la mano de la anciana.

Pero no respondía. Le alcé las piernas, impotente, porque yo no sabía cómo reaccionar ante aquella situación. La mujer no daba señales de vida y entonces decidí abanicarla con un viejo periódico que había dentro del invernadero. Juana no respiraba. Le insuflé aire por la boca, después la presioné sobre el esternón de manera alternativa para ayudar a su viejo corazón a bombear sangre. Desesperado intentaba hacer las maniobras que vi en las películas cuando era pequeño, pero era consciente de que no estaban dando resultado debido a mi inexperiencia. Para mi desgracia, la vida de aquella pobre mujer se me estaba escurriendo entre las manos. El rostro de la anciana se empezó a amoratar, —sobre todo se hizo muy palpable en los labios—, y a los pocos segundos un extraño rigor le borró su bondadosa sonrisa de la cara para siempre.

Juana había muerto.

Capítulo 96. Una vez más

Esa misma tarde me fui de Comillas, una vez más con la sombra de la sospecha sembrada en el lugar abandonado, para no variar.

Supongo que pesará una orden de busca y captura en mi contra y creo firmemente que, en el caso de que me echasen el guante, me colgarían en la plaza del ayuntamiento un sábado por la mañana, como era costumbre en aquella villa.

Dejaba en mi hogar de acogida cuatro cadáveres y de ninguno de ellos era yo responsable, pero estoy seguro de que Manchón me culparía de la muerte de todos ellos, más, tras dejarle como venganza personal su ansiado descapotable envuelto en una formidable hoguera.

Juana se me murió entre los brazos. La anciana no hizo otra cosa que cuidarme y darme amor desde que me acogió en su casa, como si de su propio hijo se tratase. Dejé su cuerpo, amoratado e inerte, al lado de la fosa que descubrió el perro Damián. Entré en la casa hecho un basilisco dispuesto a sacarle a Laro la verdad sobre lo que sucedió con mi tío y su mujer a golpes. Sin embargo, en la cocina me recibieron las piernas del anciano levitando a un metro sobre el suelo. Las razones del fallecimiento de mi tío Joaquín se quedaron colgadas de aquella viga para siempre, de esa misma en la que decidió ahorcarse Laro antes de explicarme qué demonios sucedió para que terminase enterrando a dos personas en su parcela.

Me fui corriendo al taller, escapando de una preciosa vida que se había terminado de manera horrible en solo un par de días, afectado por el panorama de muertes que parecía seguirme y que me hacía pensar que todo a mi alrededor acababa siempre empapado en la tragedia.

Me llevé la bolsa de monedas de oro que había ganado el difunto Laro con su trabajo. Él ya no las necesitaba y estoy seguro de que Manchón, en el registro de la casa, se las hubiese quedado sin el menor de los rubores. También me agenció el Nissan Patrol con el depósito lleno y con todas las garrafas de gasoil que cupieron en el maletero. El perro Damián, que me había seguido hasta el taller, saltó en el último momento dentro del coche, justo cuando arrojé el fósforo en el reguero de gasolina que debía iniciar la

destrucción del deportivo de Manchón. ¡Que se joda!

Marcharme sin despedirme de nadie, otra vez. Iniciar el camino de nuevo, pero esta vez sin la esperanza de encontrar algo mejor. De forma irracional me dirigí por la carretera que transité con los hermanos de Astillero, cuatro años atrás. ¿Dónde ir? ¿Vagar sin rumbo era una buena idea? ¿Qué sentido tenía vivir como un proscrito? Jamás pretendí tal cosa y, si alguna vez me convertí en ello, fue solo por las circunstancias que me rodearon.

Mi espíritu estaba confundido y era normal; a diferencia de las otras dos veces en las que me largué por patas, ahora no había planeado mi huida, no había podido amasar la idea con la calma necesaria para calcular los pasos que garantizaran el éxito de mi escapada. Pero las cosas ocurren cuando ocurren y los acontecimientos lo arrollan a uno en la mayoría de las ocasiones, la vida es así.

Torrelavega, Vargas, Puente Viesgo...

Por un lado quería ir a un sitio nuevo que no tuviese relación alguna con mi familia y, por otra parte, deseaba volver a Madrid para calmar, de una vez por todas, a los fantasmas de mis pesadillas.

Ontaneda, Entrambasmestas, Los Pandos...

El todoterreno avanzaba por la carretera abandonada más seguro que el conductor que lo guiaba, esa es la verdad. Los peatones que transitaban por el arcén se giraban al escuchar el ruido ronco del motor diésel y detenían sus pasos para ver quién demonios iba a bordo de aquella maravilla. Yo, por si acaso, asía con la mano derecha la escopeta de cañones recortados que Laro guardaba bajo el asiento del conductor y que garantizaba nuestros desplazamientos cuando nos movíamos en coche. Empuñaba el arma antes de cruzarme con los boquiabiertos viandantes o con los carreteros —que también me crucé con bastantes— y mostraba el arma acercando los cañones al parabrisas para que evitasen cualquier intento de asalto, por muy mansos que pudieran parecerme a simple vista. No recogí a ninguno, aunque todos me hacían señas para que los llevase cuando estaba a punto de franquearlos.

El Puerto del Escudo, el Páramo de Masa...

La carretera desierta y un tipo que se pone en medio del asfalto alzando los brazos al aire con la intención de que me detenga. No lo hice, aceleré y el incauto saltó en el último momento evitando su atropello. En el lado del acompañante el perro me miraba con cara de circunstancias y parecía percibir las dudas que mortificaban mi espíritu, gemía y se volvía a recostar al rato

viendo que no le prestaba demasiada atención.

¿Qué dirían mis padres adoptivos al verme de nuevo? ¿Vivirían? ¿Cómo les iba a contar lo que pasó con Lucía? ¿Era mejor mentirlos y ahorrarles un dolor de tal calibre? Si hacía eso, ¿se calmarían los espíritus que me asaltaban de madrugada o, por el contrario, provocarían su ira y me atormentarían con mayor frecuencia?

La noche amenazaba cubrirlo todo con su manto oscuro. La carretera se cerraba atrapada dentro del desfiladero que quedaba ya cerca de Burgos. Bien recordaba ese tramo, cuando lo transitó con los hermanos gasolineros me advirtieron de su peligrosidad. Y allí mismo me sorprendió una roca que alguien tiró desde arriba y que pude esquivar en el último momento, gracias a Dios.

Aunque el mecánico difunto se ocupó de ponerle alumbrado al vehículo, no era seguro circular hasta el alba.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida, hermana. Soy Andrés, abra por favor.

—¿Andrés? ¡Madre del amor hermoso!

El pesado cerrojo de la puerta sonó de inmediato, después; la tranca que las monjas ponían para asegurar el bloqueo de la cancela. Sor Mercedes me recibió abrazándome de manera efusiva y, emocionada, se sorprendió de lo que había crecido. Metí el coche dentro de la parcela del convento una vez la monja me dio permiso para pernoctar allí, siempre y cuando abandonase el convento bien pronto, antes de que el padre Fermín viniese a dar la misa matinal. Menos gracia le hizo ver salir del vehículo a mi nueva mascota para hacer sus necesidades al lado de una mata de puerros.

—Pero bueno, ¿eres rico? —me preguntó, jocosa, sor Mercedes al ver que como los pudientes venía en coche.

—No, hermana. Es una historia muy larga —contesté—, también muy triste.

—¿Cómo se llama? —quiso saber, señalando al perro.

—Damián.

—¡Santo Dios! Vaya nombre para un chucho, hijo mío.

El resto de las religiosas salieron al patio a recibirme y se montó un gran alborozo a mi alrededor. Todas repitieron lo de que me había convertido en «todo un hombre» y también que había *encuerpado* de manera considerable.

En seguida eché en falta a la madre superiora, a sor Virtudes, a la mujer

que me salvó de las garras del oscuro e intrigante padre Fermín y que pagó mi billete de huida, cuatro años atrás, con el rosario de oro que le regaló su familia cuando ingresó en la orden.

—¿Y la madre Virtudes? —pregunté.

Y la algarabía se cortó de inmediato.

Capítulo 97. Recuerdos lejanos

Saqué la pesada bolsa con las monedas de oro que pertenecieron a Laro, hice dos montones encima del colchón sobre el que pernocté y uno de ellos se quedó allí; las monjas sabrían obrar milagros con tal cantidad de dinero.

Virtudes, la antigua madre superiora, había fallecido un par de años atrás. En la parte posterior de la finca estaba la tumba donde descansaban sus restos. Para señalar el sitio, las monjas clavaron el crucifijo, austero y de madera, que presidió su habitación durante los cincuenta años que estuvo entre aquellos muros. Que amaneció muerta, me dijeron, que no sufrió.

Antes de abandonar el convento para proseguir con mi camino, recé lo que sabía a los pies de su sepultura. No derramé ni una lágrima durante la oración porque la noche anterior ya había vaciado las cuencas de mis ojos. Demasiadas muertes en un par de días, demasiadas personas queridas que no volvería a ver jamás.

Aquel día fue el que terminó por llevarme al pueblo en el que ahora me hallo a la espera de mi ajusticiamiento, en vez de haberme guiado a mi hogar en Madrid, como era mi intención.

Aparte de los encontronazos de rigor con los peatones, ciclistas y carreteros que transitaban la autovía, el camino por la provincia de Burgos no tuvo ningún sobresalto reseñable. A la altura de Zael tentado estuve de acercarme hasta la casa de los repudiados por don Mauro, pero no lo hice. No sé si fueron las cicatrices de mi espalda las que me aconsejaron tal cosa, o tal vez el miedo a encontrarme con la noticia de la muerte de algún componente de aquella familia. No visitarlos les mantendría con vida, pensé, ya que estaba convencido de que todo lo que tocaba se marchitaba y terminaba sucumbiendo irremediabilmente.

La Sierra de Madrid, desnuda de nieve por el temprano otoño, se vislumbraba en el horizonte. Imponente, me amenazaba y me daba la bienvenida a partes iguales. Cruzarla era estar en casa, sin embargo, en su seno descansaba el cuerpo inerte de Lucía y eso removió en mi interior el recuerdo de lo que sucedió mucho tiempo atrás. La congoja se hizo presente,

sí, así fue. Habían pasado más de siete años de la desgracia y, el mero hecho de encontrarme con el macizo montañoso que fue testigo mudo del vil asesinato, me enfrentó ante la dificultad de contarles la verdad a mis padres adoptivos.

Pero ya estaba decidido, lo tenía que hacer. Me alojaría un par de días — una semana a lo sumo— en mi antiguo piso y continuaría después mi camino a casa de mi tío Ignacio, el que vivía en Alicante. Pagaría al miserable de Antolín con el doble de la cantidad que le sustraje, si es que seguía con vida, porque de reclamármelo estaba seguro de que lo haría en cuanto pisase el portal del bloque de pisos.

—El Puerto de Somosierra está plagado de bandoleros, ni se os ocurra pasar por él —dijo la vieja mirándome fijamente.

—Pues es por donde tenía pensado ir.

La mujer alumbró el mapa de carreteras con la palmatoria que tenía en su mano izquierda. El dedo tembloroso de la bruja describió una serie de círculos sobre el papel antes de posarse definitivamente en un punto.

—Podéis pasar por Navafría, está asfaltado y eso atrae a los rateros, aunque no hay tantos como en Somosierra. A *mi* Paco, en paz descanse, ya tampoco le gustaba cruzar por allí con el rebaño —arrastró, a continuación, el índice por el pliego y se detuvo a unos centímetros del primer lugar que había señalado—. Paco cruzaba por el Reventón, ¿lo ves? Está justo encima del monasterio de El Paular —añadió Julia.

Así, aquel lejano consejo de la bruja que nos acogió en Lozoyuela, me hizo de nuevo intentar cruzar la sierra usando cualquiera de los dos pasos que entonces me indicó. Giré el volante a la derecha para desviarme por la carretera que discurre bajo la falda norte de las montañas. No había decidido aún si aventurarme por el paso asfaltado o hacerlo por el que se suponía era más seguro —aunque desgraciadamente ya pude comprobar que no lo era en absoluto— y, si sopesé en algún momento pasar por aquel puerto, fue solo para ver si el par de tarugos que usé como cruz seguían señalando el lugar donde descansaban los restos de mi amada Lucía. Al final nunca pude iniciar siquiera el ascenso a ninguno de los dos altos. Al poco de haberme desviado de la autovía, y aún lejos del pueblo de Navafría, el motor del coche se paró repentinamente después de emitir un golpe seco y metálico.

Los ladridos de Damián me alertaron de que alguien se acercaba por la carretera. Saqué la cabeza del hueco del motor y agarré la escopeta de cartuchos. Un hombre corpulento avanzaba a lomos de una bicicleta en nuestra dirección. Tiraba de un remolque en el que, a primera vista, pude distinguir aperos de labranza, además de un par de cajas de plástico y un saco. El ciclista, que hasta el momento no se había percatado de nuestra presencia pues agachaba la cabeza debido al esfuerzo que le suponía tirar del carrito, al vernos, se cambió al arcén contrario. Aminoró la marcha paulatinamente y, al advertir que yo iba armado, terminó por detenerse antes de franquearnos.

—No quiero problemas, solo pretendo pasar —voceó levantando las manos.

—Tampoco los quiero yo. Pase.

El hombre volvió a acomodar su trasero en el sillín de la bici y comenzó a avanzar lentamente. Me miraba alternativamente, desconfiado, y continuó su marcha en la misma dirección que yo llevaba hasta que el motor diésel decidió que no quería seguir funcionando.

—¡Perdone! —escuché a lo lejos, una vez había vuelto a la labor de intentar arreglar el Nissan.

—Dígame.

—¿Necesita ayuda? ¿Ese coche es suyo?

Y así conocí a Íñigo Cuesta; hoy jefe de seguridad de Pedraza y, al fin y al cabo, mi carcelero. El pobre hombre será el encargado de tirar de la palanca en el cadalso que me espera en un par de semanas. Cada cual tiene que cumplir su obligación.

Cuatro monedas de Primitivo el Judío, de las de dos gramos, me consiguieron un par de mulas para remolcar el todoterreno hasta este precioso pueblo amurallado. Íñigo me confesó, mucho tiempo después, que cuando me vio por primera vez en la carretera creyó que era un asaltante de caminos.

Capítulo 98. Desiderio

Dice el refrán: «en casa del herrero, cuchillo de palo». Pues efectivamente. Tal y como me temía la correa de la distribución se había roto. Estaba vieja y agrietada, así que la única causa de la avería fue la falta de mantenimiento de la misma. Pero, ¿cómo era posible?, me pregunté. Maldije al difunto Laro que a aquellas horas, supuse, estaría recibiendo cristiana sepultura o tal vez continuaría colgado del techo de la cocina, tal cual lo abandoné.

El daño no se iba a reparar de forma sencilla. Tal fue así, que al final el contratiempo se enredó más de lo previsto dejándome atrapado en este bendito pueblo.

El oro de la bolsa me abrió las puertas de la pensión de Desiderio. También me sirvió para alquilar un antiguo corral techado donde reparar mi coche. Fernando Almansa me prestó sus herramientas que, si bien no eran como las del taller de Comillas, con algo de ingenio y esfuerzo por mi parte me hicieron el apaño. Fernando es un tipo estupendo, supongo que lo conocerán porque ahora es el actual alcalde del pueblo. Intenté que aceptase alguna moneda de Primi el Judío como pago de la cesión, pero no quiso recibir nada a cambio.

Pedraza no era la ciudad que usted conoce hoy en día, mi querido lector. Cuando el Patrol —tirado por el par de mulas que me consiguió Íñigo— atravesó el arco que da acceso a la villa, esta no era la sombra del pueblo actual.

De repente me encontré con una población y unas costumbres que tenía ya olvidadas y que me recordaron a mis tiempos en Madrid. El trueque era el método de pago habitual y existía un caos importante en lo relativo a la seguridad de sus habitantes. Funcionaba con regularidad el mercado, que en aquel entonces se montaba un par de veces por semana. Como en todo lugar donde confluye mucha gente, con relativa frecuencia dichas jornadas terminaban con alguna trifulca más o menos grave.

Al cargo del orden ocupaba el puesto Paco Lucena; un joven guardia civil que se quedó solo en la casa cuartel al poco tiempo del Día Cero. Según me

contaron los vecinos, el jefe del cuartel decidió organizar una expedición a la comandancia de Segovia para recibir órdenes después del apagón. Pedraza siempre fue un sitio tranquilo, en el que la gente no se *asalvajó* cuando se fue la luz, así que el sargento optó por dejar al recién licenciado al mando del cuartel. La decisión de confiar la plaza a solo un agente no era descabellada, dado que la misión no debería prolongarse más de dos días. Sin embargo la expedición nunca regresó. Los familiares de los que se marcharon todavía albergan la esperanza de que el sargento y sus hombres algún día pasen bajo el Cristo con falda que preside la entrada al pueblo. El guardia Lucena abandonó esa esperanza hace tiempo, cargando en solitario con la responsabilidad de mantener el orden en la villa.

—El problema es que el muchacho se ve desbordado. Con nadie quiere encararse y siempre adopta la solución de echar fuera de las murallas a los que bien se merecerían un castigo más severo, ¿me entiendes? —preguntó Desiderio con el gesto endurecido.

—Sí.

—Pues eso. ¿Qué crees que pasa luego? —volvió a interrogarme el dueño de la pensión.

Pero yo no sabía qué responderle, más que nada porque lo veía tan vehemente en su discurso que temía enfadarlo con una respuesta equivocada.

—¡Pues qué va a pasar, cojones! ¡Que al día siguiente vuelves a ver a los mismos desgraciados rondando por el pueblo!

—Ah, vale —susurré bobaliconamente.

El hombre me miró de soslayo y creo firmemente que debió de pensar que su nuevo inquilino debía de ser poco menos que un retrasado mental.

—¡Que no puede ser! ¡Que está el mundo muy peligroso! —gritaba acompañando cada palabra con un golpe encima de la mesa en la que estábamos— ¡Que para algo es guardiacivil, cojones! ¡Que si tiene que pegarle un par de tiros a uno, pues se le pegan y en paz! ¿O no?

—...

—¿Sí o no? —insistió.

—Desiderio, ¿usted le ha pegado alguna vez un tiro a alguien? —pregunté.

—¿Yo?

—Sí, usted.

El hombre me miró desconcertado. Mucho me temo que en ese preciso momento su sospecha inicial se debió de confirmar por completo.

—¡Yo no soy guardiacivil, coño!

—Ya.

—Ya, ¿y? —volvió a interrogar, esta vez con un marcado gesto de desprecio— ¿Entonces qué coño de pregunta es esa?

—Lo decía porque tal vez no le resulte fácil pegarle un tiro a una persona, así sin más. Me ha dicho que es un chaval...

—¡Ya no lo es tanto! —interrumpió—. Sí, era muy joven cuando se quedó solo... ¡Pero joder, ya ha pasado un tiempo! ¡Tiene que espabilar!

—Es posible que esté confundido. Por mucho guardiacivil que sea no puede cargarse a una persona a la ligera.

—Las leyes de antes ya no sirven, ¿o es que no te has enterado?

—Créame que sí, Desiderio.

—¡Pues entonces! —exclamó levantando la cara al mismo tiempo—. Yo solo digo que ronda mucha gentuza últimamente por el pueblo y que si Paco no se impone vamos a tener un problema serio.

Era mi primera noche en Pedraza y no sé por qué el dueño de la pensión me abordó con aquella charla durante la cena. Pensé que se trataba simplemente de los pensamientos macerados —posiblemente exagerados— por el calor del momento y que, con el único pretexto de justificar su razonamiento visceral, hubiese exacerbado el augurio adrede.

A los pocos días comprobé que el vaticinio del casero fue de lo más acertado.

Capítulo 99. La cuña

De haber encontrado un coche como el mío en cualquiera de los desguaces que visité, en menos de una semana habría podido reanudar mi camino. Pero no fue así. Habían pasado cinco días desde mi llegada y los malgasté recorriendo largos caminos para volver siempre con las manos vacías. Visité los cementerios de coches de los pueblos de al lado, incluso llegué a desplazarme hasta Segovia con la esperanza de encontrar un motor huérfano y deseoso de donarme sus piezas para revivir mi maltrecho Patrol, pero no hubo suerte, maldita sea.

La segunda semana cambié la estrategia y decidí acoplarle una correa de otro motor ya que, modificando ligeramente el tensor de la misma, se podía adaptar fácilmente dando buenos resultados. Otra cosa era cambiar las válvulas que se habían dañado como consecuencia de la rotura de la correa. Total, que tenía que sustituir tres válvulas de escape y un par de admisión cogiéndolas de un propulsor distinto al mío.

Así me pegué otra semana más volviendo a los sitios ya visitados para ver si encontraba lo que necesitaba. Regresaba a la pensión con el sol a punto de ponerse, con las manos manchadas, las piernas cansadas y la frustración de no encontrar unas dichas válvulas que encajasen en la culata del Nissan.

—¡Hola!

Saqué la cabeza de debajo del pesado capó del todoterreno y me giré sorprendido para ver a quién pertenecía aquella dulce voz de mujer.

—Soy Irene, la nieta de Pascual..., ya sabes, el dueño de este cobertizo —dijo señalando las lastimosas paredes que nos rodeaban.

Era bella y lo sabía —que eso siempre ha sido, desde que el hombre es hombre, lo peor—. Volví a mi tarea mostrándome desinteresado por aquella joven espontánea.

—¿Qué quieres? —pregunté sin mirarla.

Se acercó andando con pasos cortos y se detuvo frente a la mesa donde descansaban las piezas desmontadas de la máquina. De reojo pude ver cómo tanteó con su delicada mano una polea y luego un taqué. Después limpió

disimuladamente la grasa que había adquirido su apéndice contra la parte trasera del pantalón.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! —exclamó para sí misma.

—¿Qué quieres? —repetí, tosco.

Me miró a los ojos y me perdí en un océano verde. Guardó silencio y se acercó hasta donde yo estaba.

—Parece que te molesta que esté aquí.

—No.

—Cualquiera lo diría —apuntó risueña.

—Es que tengo bastante trabajo, eso es todo. No quería ser grosero —mentí.

—Ya.

La muchacha se acercó aún más y metió la cabeza para ver qué estaba haciendo en el coche. Volvió a repetir el gesto infantil de tocar por varios sitios —y sin ningún criterio— con una curiosidad que interpreté como sincera.

—¿Eres mecánico?

—Sí.

—¡Qué guay! —exclamó junto con un suspiro—. A mí me encantaría saber de coches.

Me desconcertó, lo reconozco. Tal vez suene anticuado, pero no me imaginaba aquellas delicadas manos peleándose con los desagradables e impíos motores, con sus aristas cortantes, con sus partes quemantes ni con sus retorcidas y desagradecidas piezas que le exigen a uno el máximo esfuerzo para extraerlas del conjunto al que pertenecen.

—¿Te gustaría aprender el oficio? —pregunté atónito.

—Sí.

Su respuesta captó toda mi atención y fue entonces cuando me desentendí de la tarea que me traía entre manos para charlar con la muchacha. Su cara era viva, un mar de pecas le inundaban las mejillas ascendiéndole por una nariz respingona y graciosa. Sus ojos desprendían un brillo que me atemorizaba, porque sabía que fácilmente podía caer preso de ellos. Una criatura, rubia y adorable, que me complicaría la vida si no sabía frenar el huracán de emociones que desataba en mi interior al tenerla cerca.

—Es una profesión sin futuro —dije, apático, intentándola echar con mi pesimismo.

—No lo parece.

—¿Eso crees?

Irene sonrió como una niña que acaba de hacer una trastada y de un brinco se encaramó en lo alto del montón de leña almacenado dentro del cobertizo.

—Llevas alojado tres semanas en la pensión de Desiderio. Es la primera vez que alguien se queda tantas noches, me lo ha dicho su hija. También me ha dicho que pagas con unas monedas de oro estupendas que vienen de Israel.

—Tan pronto arregle mi coche me marcharé de aquí. Si llevo en este pueblo tres semanas es por pura necesidad y las monedas no vienen de Israel —enumeré las respuestas ordenadamente sin borrar de mi rostro el gesto de desinterés por continuar con la conversación.

—¿A dónde te diriges? —interrogó.

Esa pregunta, cándida y bienintencionada, me dejó sin palabras. Que a dónde me dirigía; a eso mismo llevaba dándole vueltas desde hacía ya demasiado tiempo.

Enmudecí y ella sonrió. Creo que la muchacha descubrió la grieta por donde se introduce la cuña que ha de partir el leño.

Volví a meter la cabeza en el hueco del motor dándole la espalda de manera descarada; a ella y a su pregunta. Al rato Irene se esfumó del improvisado taller y me creí entonces ganador de la batalla. Logré deshacerme de la chica que me había recordado a Lucía. Un tanto para mí, pensé, una complicación menos.

Iluso.

Capítulo 100. La paz del pueblo

Nunca he sido amigo de pegar la oreja detrás de los muros o de las puertas, pero aquella vez lo hice. En la pensión de Desiderio se montaba todas las noches una reunión de gentes del pueblo. Nada anormal o sospechoso, pues en el comedor del hostel también había una barra donde el dueño del negocio servía vino y una amarguísima cerveza —que él mismo fabricaba— para todo aquel que tuviese con qué pagarlo. Pero cuando la noche ya era cerrada y la actividad del bar se suponía también clausurada, acudían al establecimiento conocidos que mantenían charlas en voz baja, alguna vez hasta bien avanzada la madrugada.

Una reunión de amigos a puerta cerrada donde hablaban y debatían sus asuntos, nada que me interesase ni que perturbase en exceso mi sueño. Cuando la tertulia se daba por concluida, generalmente a petición del hostelero, se escuchaba entonces el ruido que la puerta de la entrada emitía al cerrarse. Con la curiosidad de ponerle cara a las voces que abandonaban el edificio, me asomaba discretamente a la ventana de mi alcoba, pero solo conseguía ver una tímida procesión de llamas alejarse por la calle hasta que desaparecían engullidas por las tinieblas.

Aquella madrugada, sin embargo, fue distinta. La conversación se mantenía entre susurros y de ella se desprendía una congoja inquietante, una tensión que traspasó el forjado del suelo y se coló en mi cuarto para despertar en este que escribe la más indecorosa de las curiosidades. Hasta aquel momento nunca quise saber mucho de los problemas de la villa, pues mi llegada allí fue meramente accidental y bien sabía que menos me costaría abandonar un pueblo del que a los pocos días no recordase ni su nombre.

Pegué la oreja a la fría madera de la puerta. Las voces me sonaban familiares, mas no había conseguido saber de quiénes eran, como he comentado antes. Calculé unas diez personas reunidas entre las que se encontraba Desiderio, que era el que hablaba elevando más la voz. Un par de mujeres, quizá tres, y el resto todos hombres.

La puerta resultó no aliarse con mis ganas de cotillear y se opuso con su solidez a que me enterase de lo que allí se cocía, así que abandoné la

habitación y me situé en el hueco de la escalera durante unos minutos. Camuflado en la oscuridad del pasillo percibí las voces asustadas de los reunidos donde, cada dos por tres, salía relucir el nombre de Paco Lucena.

El guardia por aquí, el guardia por allá. Se ha ido. Cómo se va a ir si su mujer y sus hijos siguen en el cuartel. Tendrá un lío, vete tú a saber. Se encaró con tal o con pascual. Últimamente viene mucha gentuza, sobre todo los días de mercado, a mí me han robado ya tres veces este mes. Tú conoces a su mujer, ¿qué te ha contado? Qué hacemos, qué dejamos de hacer. Son dos días ya, me parece demasiado. Te digo yo que se ha marchado, que este muchacho nunca ha tenido un par de cojones, coño. Como se va a ir, ¿estamos locos?

Y así volvían a repetir las mismas frases una y otra vez. Aburrido decidí volver al catre y dar descanso a mis huesos, que buena falta me hacía.

Según se posaron los primeros rayos del sol sobre los campos, abandoné la pensión con la esperanza de encontrar, aquel día sí, un juego de válvulas que me validasen el pasaporte para abandonar Pedraza. Escuché, a los pocos metros de haber pasado por debajo del Cristo con falda, la voz de Irene. «¡La madre que me parió!». Miré hacia atrás y la vi corriendo, agitando las manos en alto reclamando mi atención. Me giré y continué caminando para ver si el desprecio frenaba su carrera, pero no. Me alcanzó resollando y sonriendo. Le dediqué mi mejor cara de indiferencia esperando que me dejase en paz, pero solo conseguí que la muchacha se situase unos metros por detrás de mi espalda, y solo durante unos minutos, porque al rato volvía a atacar con sus chascarrillos, con su graciosa sonrisa y con su exasperante belleza. La criatura era terca y así lo pude comprobar desde el día que la conocí.

Nos pasamos el día en el desguace de Sebúlcór desmontando culatas y rescatando las ansiadas piezas. Estaba yo manipulando un muelle bajo tensión —ayudado de un par de destornilladores— cuando terminó por soltarse traicioneramente, saliendo disparado e impactándole en la cara a Irene. La chiquilla aterrizó con su trasero en el suelo asustada, sin entender qué había sucedido, después comenzó a desternillarse de risa hasta que se le saltaron las lágrimas mientras yo la contemplaba pasmado. Se le quedó marcado un círculo perfecto en el pómulo derecho, sin embargo, ello no le borró la felicidad de su rostro ni le restó un ápice a su ánimo.

Irene quería aprender, lo había dicho en serio desde el primer momento, así que no dudaba en ensuciarse las manos cuando hacía falta para ayudarme. Prestaba atención a lo que le contaba y no paraba de preguntar sobre cada

pieza que descubriría o acerca de cada mecanismo con el que se encontraba, cosa que ralentizaba mi trabajo. Se metía por un lado y por otro para ver con detalle cómo operaba en los motores pegando sin pudor su cuerpo al mío, provocando en este servidor un terremoto contra el que sabía sería difícil luchar y que, de propagarse, complicaría mi salida del pueblo y por lo tanto mi existencia. «Nada de lazos ni de lastres que me aten aquí; arregla el coche y lárgate de una puta vez, Andrés».

Metimos en la bolsa las válvulas que se aproximaron en tamaño y proporciones a las que llevábamos de muestra e iniciamos la caminata de cuatro horas con la esperanza de que alguna de ellas pudiese acoplarse al propulsor japonés. Hablamos por el camino de todo tipo de cosas y ella me confesó lo aburrida que era su vida. Que siempre había vivido en el pueblo, pero que por lo menos antes, de vez en cuando, iba a Segovia, a Madrid o a Burgos, y así lograba mitigar el tedio rural al que estaba condenada.

Con los últimos rayos de luz encaramos la cuesta que conduce hasta la villa. Al lado del arco de acceso había un par de tipos con sendas escopetas en las manos charlando distendidamente. Irene se pegó a mí, su cuerpo temblaba.

—¿Quiénes son esos? —preguntó entre dientes.

—¿Me preguntas a mí?

La pareja se percató de nuestra llegada y se hicieron un gesto con la cabeza. El más alto de los dos se levantó de la silla sobre la que descansaba y, cuando estábamos a escasos metros de él, nos encañonó sin mediar palabra.

—¡Alto ahí!

El compañero se puso en pie y, sin dejar de observarnos a través de la mirilla de su arma, arrastró los pies hasta situarse al lado de Irene. Para entonces yo ya empuñaba mi escopeta y sus cañones recortados miraban al tipo que nos acababa de dar el alto.

—¿Qué queréis? —pregunté.

—Baja el arma, muchacho.

—No.

—Ahora nosotros nos encargamos de la seguridad del pueblo. ¡Baja el arma te he dicho!

Pero no obedecí. Pensaba en la situación y en cómo salir airoso de ella, pero tenía pocas posibilidades. La cara crispada de aquel indeseable sobresalía por encima del par de tubos con los que hacía mira mi ojo derecho.

No había nada que hacer. Podía reventarle la cabeza allí mismo, y lo hubiese hecho de no haber existido el compinche que hundía su arma en el costado de mi nueva ayudanta.

—¿Quién te ha nombrado a ti encargado de nada? —escuché, para mi sorpresa, preguntar a Irene.

—El alcalde.

—¿Tomás?

Ví entonces la sonrisa malévola del tipo y me dieron ganas, por Dios lo juro, de apretar en ese momento el gatillo.

—Buen intento, guapa —respondió el tipo—. Don Facundo, nos ha nombrado los encargados de la seguridad porque el pueblo se ha quedado sin Guardia Civil, así que deja de hacer el imbécil y dame esa escopeta —añadió.

No me moví esperando la confirmación o alguna señal que deshiciese la situación en la que nos encontrábamos.

—¡No seas gilipollas, muchacho! ¡Dame tu arma!

Apareció en ese momento un hombre, gordo y calvo, bajo el arco sombrío y oscuro de la entrada al pueblo. Lo acompañaban otros dos tipos. Uno de ellos colgaba de su hombro derecho un fusil y por encima del cinturón del otro asomaba la culata de una pistola automática.

—Irene, hija. Dile a tu amigo que baje el arma.

Retiré la vista de mi objetivo y, sin bajar la escopeta ni apartar el dedo del gatillo, dediqué una mirada de soslayo a la rubia.

—¿El alcalde es tu padre?

—No. Es primo segundo por parte de madre —susurró.

—Irene, ven aquí. Esto no es un juego —habló el regidor.

—Cundín; ¿Quiénes son estos señores?

—Les he encargado la seguridad del pueblo, Paco Lucena ha desaparecido. Hasta que la situación se normalice ellos se encargan de poner paz en Pedraza.

Su voz sonó firme, pero los gestos de su cara delataron que aquella idea no había sido del pobre don Facundo, como más tarde pude comprobar.

Me desarmaron y miraron dentro de la bolsa de plástico que portaba Irene. Le dedicaron una mirada lasciva y repugnante a ella y otra que prometía hacer pagar el momento de tensión vivido a un servidor.

Así conocí a los hermanos Virseda y a sus compinches. ¡Valiente gentuza!

Capítulo 101. Reunión clandestina

Aquella noche la reunión clandestina en la pensión de Desiderio fue más multitudinaria de lo normal, también más secreta, si es que hasta aquel momento no lo había sido alguna vez.

Traté de no enterarme ni de mezclarme en el problema en el que se acababa de sumir el pueblo. Mi mente solo pensaba en las dichas válvulas y anticipaba los trabajos que tendría que realizar para que las piezas encajasen en la culata del Nissan.

—¡Qué queráis que hiciese!

—¡Negarte, coño!

—¡Amenazaron con matar a mi familia, Desiderio! ¡¿Tanto te cuesta entenderlo?!

—¡Chsss! *Bajar* la voz.

«Recortar las colas, tal vez, de las que obtuve del Peugeot y con un par de ranuras, que podría hacer con la hoja de sierra y una buena dosis de paciencia, bien valdrían para encajar las chavetas...».

—¿Quiénes son estos?

—Yo he visto a alguno de ellos, los días de mercado.

—A mí me suena el más alto de todos. Creo que hace cosa de un año Paco lo echó del pueblo.

—No os preocupéis. Los dejaré estar un mes, como mucho, y luego pondremos una guardia elegida por nosotros, por el pueblo.

—¡Chsss! ¡*Bajar* la voz, coño!

«...Pero, ¿y si el diámetro de las guías no era exactamente el mismo?, ¡joder!, no había en aquel pueblo un maldito calibre para medir algo con un mínimo de precisión, no quedaba otra que hacerlo todo a ojo de buen cubero...»

—No creo, sinceramente señor alcalde, que estos tiparracos vayan a obedecerlo, ni a usted ni a nadie.

—¡Por favor, que no cunda el pánico! Ya veremos la forma de deshacernos de ellos.

—En mi opinión estamos bien jodidos.

—Bueno, vamos a mantener la calma y ver cómo se desarrollan los acontecimientos, ¿de acuerdo?

—¿De acuerdo dices?

—Sí, eso digo.

—Hablad bajo, por favor.

—Nos han desarmado a todos. Han entrado casa por casa para ponerlas patas arriba, ¡ha sido humillante!

—Calma, señores.

«...Acoplarlas al asiento lo veía más fácil; un buen esmerilado y tal vez fuese suficiente, siempre y cuando no sobresaliesen demasiado y chocasen contra el pistón, no sé...».

—¿Calma dices?

—Sí, calma pido. Han amenazado a mi familia la y no he perdido los estribos.

—Siempre has tenido horchata en las venas, Facundo.

—Un poco de respeto con el señor alcalde, por favor.

—Si no bajáis la voz os echo a todos a tomar por culo.

—Calma, calma.

—Señores por favor.

«...Con un poco de suerte tal vez pueda tornear las que le saqué al Ford, creo que esas pueden encajar en el asiento sin sobresalir. ¿Habrá algún torno en este pueblo?...».

—Seguro que estos tienen algo que ver con la desaparición de Paco Lucena.

—¡Chsss!

«...El cabezal del torno lo puede mover Irene. Si encuentro uno le acoplaré una manivela igual que lo tenía Laro en su taller...»

—¿Estás insinuando que estos pueden haber hecho desaparecer a Paco?

—¡Premio para la señora!

—...

—Por favor, si nos faltamos al respeto esto va a ser mucho peor. Tenemos que estar unidos, ahora más que nunca.

—Es que me parece increíble tanta ingenuidad, por Dios santo.

—¡Que bajéis la voz, cojones ya!

«...Me estoy volviendo loco. Pretendo encontrar un torno en un pueblo donde no existe ni un calibre...»

—¿Qué hacemos entonces?

—Nada.

—¿Nada?

—¿Qué queréis que hagamos?

—Algo.

—Ya, algo.

—Bueno, de momento creo que no debemos precipitarnos, las prisas nunca han sido buenas consejeras.

—Claro Facundo. Es que ahora ya estamos jodidos. Te dije hace años...

—No son momentos de reproches, señores.

—Te dije hace años que teníamos que poner ayudantes a Paco, que le venía grande al chaval.

—Yo no puedo nombrar guardiaciviles.

—Pero quién ha hablado de guardiaciviles. Yo digo ayudantes, alguaciles o como quieras nombrarlos. Gente con un par de pelotas que planten cara a gentuza como esta.

—¡Chsss! Venga. Todos a casa, que se está calentando la reunión y no quiero más problemas por hoy.

«Mañana lo tengo que conseguir. El motor tiene que arrancar, maldita sea, me han desarmado, volver de nuevo a los desguaces se me antoja demasiado arriesgado, están muy lejos...».

—Solo digo que creo que es el momento de que el señor alcalde se dé cuenta de las consecuencias de su inacción durante todos estos años.

—Ya sabemos todos que eres de la oposición, Jaime. Pero creo que no es el momento de hacer campaña política.

—No es eso, solo digo que...

—A casa todo el mundo ya. ¿No me habéis escuchado?

—...

—Pensad algo y mañana volvemos a vernos. Abrid bien los ojos y observad cómo actúan estos tiparracos.

Sin darme cuenta había abandonado el colchón. Inmerso en mis pensamientos, espíe la conversación por el hueco de la escalera, como la noche anterior. Como un fantasma asistí a la reunión de los notables del pueblo, esa noche y otras cuantas más —porque las malditas válvulas del desguace no casaban con el motor japonés ni del derecho ni del revés—, y desde el confort que otorga la invisibilidad palpé la densa desesperación del pueblo, la agonía impotente del que está siendo absorbido por un remolino en

medio del mar. La debacle.

¡Pobres! Habían caído en las garras de los lobos que tienen que guardar el gallinero: bien aprendida tenía yo la lección de lo que termina pasando cuando esto sucede.

Capítulo 102. Honrar a los nuestros

Una pelea constante. Un frente abierto con cuatro flancos que cubrir y pocas fuerzas para aguantar. ¡En la hora que se paró el motor del coche, maldito Laro! Parecía que el viejo me quisiese hacer pagar, después de muerto, mi descubrimiento de los cadáveres que escondía enterrados en el huerto de su casa. Castigó mi insolencia y falta de respeto por meter un perro en su vivienda, qué desfachatez. La correa de distribución se rompió, igual que el corazón de la pobre Juana cuando descubrió el macabro hallazgo que habitaba bajo sus lechugas, berzas, tomates y patatas. Tal vez en ese preciso instante se unieron las piezas de algún complejo puzle que la mujer del mecánico, seguro, poseía reprimidas en su interior. Un rompecabezas que al cobrar sentido destrozó por dentro a la anciana haciéndola sucumbir ante mis torpes e inútiles maniobras por reanimarla. Hay puertas que es mejor no abrir nunca, pero no fui yo, fue el perro Damián.

Romperse allí, en este pueblo que estaba a punto de sufrir un golpe de estado del cual yo también sería prisionero. Muy hábil, Laro.

Luchaba por reparar la máquina que tenía que alejarme de lo que se había convertido abiertamente en una encerrona de proporciones considerables. Para ponerle un toque de dificultad al asunto había aparecido Irene, que sí, que me ayudaba, pero que me hacía gastar ingentes cantidades de energía en aplastar los instintos que la muchacha levantaba en mi joven cuerpo. Cada vez se arribaba más, cada vez me tocaba más, cada vez se mostraba menos pudorosa cuando se quitaba la ropa sucia al terminar nuestra jornada, cada vez me confesaba secretos más íntimos que después se extendían en mi imaginación mucho más allá.

Por las noches escuchaba la charla político-social que se montaba en el bajo de la pensión de Desiderio, últimamente más crispada en sus comentarios y más hiriente en sus puyas, pues se veían impotentes para hacer frente a los hermanos Virseda y a sus compinches.

La Constitución Española, los derechos y libertades, el estado de bienestar, la sociedad construida a partir de la igualdad entre sus miembros, la

justicia para sus ciudadanos y también para los que mandan. Fraternidad y solidaridad. Todo eso que se fue a la mierda desde el mismo momento en el que se fue la luz, ya mucho tiempo atrás. Discursos recurrentes que no llegaban a ningún sitio porque siempre terminaban chocando contra la cruda realidad en la que vivíamos. Entre el grupo había algún letrado; días después lo pude corroborar.

Empezaban a vislumbrar lo que les había caído encima y se culpaban los unos a los otros de manera repetitiva y estéril. Sujeté, varias veces, mis ganas de bajar las escaleras y descubrirles con mi testimonio en qué se iba a convertir su pueblo.

Huir, eso es lo que quería, ni más ni menos. Pelearme con el dichoso propulsor, escucharlo toser, meter primera y largarme camino del Puerto del Reventón, o del de Navafría, que para aquel entonces ya me daba igual con tal de ver de lejos la muralla en la que me encontraba cautivo.

Me encerraba en el cobertizo el día completo probando desesperadamente todo tipo de ideas que pudiesen solucionar el problema, alguna de ella bastante peregrina, he de decir. Mi mente comenzaba a dar muestras de fatiga y las ideas se fueron atascando. Pregunté por un torno y lo más que conseguí fue que me enseñasen el de un alfarero, tiene cojones. Compré un par de coches en el pueblo con la esperanza de que alguno de ellos me concediese, de manera milagrosa, las piezas que necesitaba; no hubo suerte. Todo esto tratando de pasar desapercibido ante los nuevos caciques del pueblo, intentando que ni siquiera se enterasen de mi presencia, de mi existencia. El aspecto destartado del cobertizo estaba jugando a mi favor pues nadie de la nueva guardia había hecho acto de presencia por la leñera del viejo Pascual. El tiempo corría en mi contra y esto hizo desesperarme cada vez más. La bolsa con las monedas del Judío se mostraba bien menguada y, sinceramente, a aquellas alturas me veía incapaz de resolver el problema del motor.

Durante dos semanas esa tortura en forma de bucle infinito comenzó a hacer mella en mi determinación y los últimos días pasaba más tiempo pensando en qué hacer que metiéndole mano al coche.

Por las noches, charlas clandestinas que escuchaba en mi escondite y en las que no participaba. Por el día, un estado de erección constante y doloroso, que encima tenía que disimular delante de Irene y que me distraía sobremanera, que me hacía errar en mis cálculos y que tenía las costuras de mi ropa interior al borde de la desintegración. Y a todas horas, un juego perverso

de escondite con los malnacidos que se habían apoderado del pueblo y de los que, cada madrugada, escuchaba peores historias.

Estaba bloqueado, como el resto de las gentes del pueblo.

Paco Lucena había aparecido muerto. Su cadáver, frío y con signos de descomposición, descansaba en la confluencia de los arroyos Vadillo y Encinarejo, a las afueras del pueblo. Lo encontraron unos chiquillos que se aventuraron entre la maleza para rescatar un balón que había abandonado la muralla por la parte trasera del castillo.

En aquella reunión hubo menos acusaciones, menos ataques. El silencio lo cubrió todo. Desde la cobardía de mi escondite solo escuchaba el crujir de las maderas cuando alguien se movía pausado encima de la silla que ocupaba. Llantos, prisioneros del peor de los augurios, que daban al traste con la lejana esperanza de que el guardiacivil apareciese convertido en un superhéroe para salvar al pueblo de la lacra que sufría. Consternación y respeto. Palabras de aliento, vacías e impotentes, que empezaban a dejar ver la bandera blanca que ponía fin a su resistencia, si es que alguna vez hubo alguna. Abatimiento.

—Mañana oficiaremos una misa y enterraremos a Paco.

—¿Quién va a officiar la misa? Te recuerdo que llevamos un año sin cura desde que murió don Eulogio.

—Pues sin cura.

—¿Una misa sin cura?

—Qué más da. Que diga unas palabras Facundo, que habla muy bien.

—Ya, pero yo no soy cura.

—Pero estuviste en el seminario.

—Solo un año, eso no me convierte en sacerdote.

—Pues es lo que más se aproxima. Además, eres el alcalde, coño.

No hubo misa y no se le dio descanso al cuerpo de Paco en el patio del cuartel, como habían planeado los notables del pueblo la noche anterior. Al parecer, los hermanos Virseda no lo consintieron pues consideraron peligrosa la idea de tanta gente agrupada por las estrechas calles de la localidad, así que obligaron a Facundo a enterrar los restos del guardia en el cementerio que quedaba extramuros, que para eso estaba.

—Ni para honrar a nuestros muertos, qué vergüenza —escuché a una voz,

femenina y férrea, mascando la rabia entre sus dientes—. Ni para honrar a nuestros muertos...

Capítulo 103. Mi revolución

Trabajaba a destajo. Por lo menos esto sí que iba a funcionar. Mandé a casa a Irene. Me puse violento y amenacé con apalearla si no me dejaba solo en el taller, no me quedó más remedio. La muchacha me miró sorprendida, fuera de sí y después abandonó el cobertizo ocultando su cara con las manos para que no la viese llorar. Antes de echarla me había preguntado qué demonios pretendía, qué era eso de que el coche podía arrancar esa misma noche y que a qué venía esa actitud de corderito con los malnacidos que tenían al pueblo asfixiado bajo su puño de hierro. Pero no quise darle ninguna explicación.

Efectivamente, la morada donde ocultaba el Patrol dejó de ser invisible para los hermanos Vírveda, era cuestión de tiempo.

Se presentaron, previa patada en la puerta, en el interior del taller mientras intentábamos por enésima vez encajar unas chavetas en las muescas acanaladas —que hicimos con la ayuda de una hoja de sierra— de las válvulas de un Renault, a ver si esta vez había suerte. Para mi asombro uno de los componentes de la pareja era una mujer, Raquel Vírveda, y el otro era el que días atrás encañonó el costado de Irene, cuando nos desarmaron en la entrada.

La voz cantante la llevaba ella y el otro obedecía las órdenes de la *hermanísima* sin rechistar. Se sorprendieron al encontrarnos trabajando en el coche, le dedicaron un vistazo prolongado a mi ayudanta y después se interesaron por lo que estábamos haciendo.

—¿Eres mecánico? —quiso saber la mujer.

—Sí.

Rodeó el todoterreno un par de veces alternando su mirada entre el cacharro desguazado y aquella pareja que acababa de descubrir trabajando clandestinamente.

—¿Tú también, guapa?

—Es, mi ayudanta. Está aprendiendo el oficio.

—Mira qué bien —exclamó dedicando una sonrisa forzada y burlona a

Irene.

Abrió el portón trasero del Nissan y su cara se iluminó como cuando, con legañas aún en los ojos, descubríamos los regalos que habían dejado de madrugada los Reyes Magos, cuando había Navidad.

—¿Esto son garrafas de gasoil?

—Sí.

Miró a su compinche y elevó las cejas; sí, les había tocado el premio gordo. El hombre se interesó entonces por la parte donde descansaba el motor y empezó a mirar con curiosidad el corazón destripado del todoterreno.

—¿Funciona este coche? —interrogó finalmente la hija de meretriz.

—Ahora mismo no.

—Pero entonces ha funcionado, ¿no, listillo?

—Hace cinco semanas dejó de hacerlo.

—¡Vaya, vaya, vaya!

El perro Damián se levantó en ese momento de su letargo y comenzó a olisquear, curioso, el trasero del tipo. El hombre se sonrojó de manera infantil y, para zafarse del bochornoso acoso canino, le propinó un pescozón seco y certero que tambaleó al animal durante unos instantes. Pero mi amigo Damián siempre fue insistente y obstinado, así que tan pronto se recompuso del golpe volvió a clavar su hocico, ni corto ni perezoso, en el recto del matón, lo que le hizo ganarse, esta vez, un culatazo en lo alto del cráneo. Antes de que el perro se escurriese por la puerta para huir asustado del cobertizo, aquel malnacido le regaló un par de puntapiés en los cuartos traseros. Los aullidos quejicosos se fueron alejando de donde nos encontrábamos y durante ese tiempo el interrogatorio cesó.

—¿Qué le pasa al coche? —preguntó— ¿Por qué no arranca ahora? —añadió con impaciencia, acto seguido.

—Le faltan unas válvulas, eso es todo.

—Entonces, volverá a funcionar, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, a última hora. No me llevará más de cuatro horas..., más o menos.

Raquel le hizo un gesto con la cabeza a su acompañante para que saliese fuera del cobertizo y los dos abandonaron el interior de la estancia. Les escuchamos hablar, porque no se alejaron más de un par de metros de la

puerta, aunque no podíamos entender lo que decían. Mientras tanto, en el seno de aquel leñero venido a más, la rubia de los ojos verdes me miraba desconcertada e intentaba comunicarse conmigo moviendo los labios, pero lo único que obtuvo por respuesta fue mi dedo índice sobre su boca solicitándole silencio. Estuvieron fuera un par de minutos, tres quizá, y volvieron a entrar en el improvisado taller.

—Bien señores..., y señorita. Como sabrán, el alcalde, el señor Faustino...

—Facundo —corrigió Irene.

La rectificación no gustó a la escopetera que se acercó lentamente hasta la muchacha. Cuando las puntas de los zapatos de ambas mujeres se juntaron, Raquel pegó su cara contra la tez pecosa de la mecánica y miró a través de sus ojos con firmeza, como queriendo leer el cerebro de Irene por alguna fisura imperceptible en sus pupilas que diese acceso directo a su cerebro. Sin haberse separado aún del rostro aterrorizado de su presa, Raquel continuó hablando.

—... Facundo, muy bien. Pues Facundo nos ha encargado a nosotros la seguridad de Pedraza y este coche se va a poner a disposición del pueblo tan pronto como funcione. Nos ayudará a vigilar mejor los alrededores del recinto y servirá para las situaciones de emergencia que pudieran darse. ¿Queda claro?

Ninguno de los dos nos pronunciamos. Solo el ruido de los pasos del matón sobre la arena del cobertizo dio respuesta a esa mala pécora.

—¿Queda claro? —insistió.

Silencio.

—¿Cómo se me compensará? —pronuncié finalmente.

—Reclámasele a don Facundo. Tú ahora preocúpate de que esta tarde arranque este cacharro. Vendremos luego para ver cómo lo llevas. ¡Ah! Y no se os ocurra tocar el gasoil que hay dentro del coche, he contado las garrafas —advirtió.

Se esfumaron apartando a patadas trozos de leña y antiguos aperos que había por el suelo de la estancia y de un portazo pusieron fin a la conversación.

Y fue en ese momento cuando Irene empezó a bombardearme con una batería interminable de preguntas a las que no presté ninguna atención. Mi mente trabajaba a toda velocidad mientras la cara crispada de mi ayudanta

solicitaba respuestas sin parar. Su voz se colaba a golpes por mis oídos pero no atendí ninguna de sus inquietudes. Le dije que se marchase en repetidas ocasiones y como ella siempre fue terca y empecinada, igual que el perro Damián, no me quedó más remedio que amenazarla con sacudirla si no me obedecía, como ya les he narrado anteriormente.

Tan pronto como me libré de Irene me puse a trabajar a contrarreloj. Desmontar el asiento del conductor, quitar la tapicería a la parte del taburete y horadar la espuma que acomoda las posaderas del que conduce la máquina.

Pensaba rápido y mis manos volaban. Lo había hecho multitud de ocasiones, pero nunca lo había utilizado como un arma.

Laro me enseñó a explotar los airbags de los coches. Lo hacíamos como mero pasatiempo y competíamos para ver quién detonaba el dispositivo que lograba alcanzar, tras la explosión, más altura. Cuando íbamos a los desguaces siempre regresábamos con tres o cuatro de ellos. Los dueños de las chatarrerías no cobraban nada a Laro porque aquellas piezas eran simples adornos sin una electrónica que las activase en el momento preciso de la colisión, que para eso servían. El cántabro me mostró cómo hacer la conexión de manera correcta para alimentarla después con la corriente de una batería, que era la que prendía la espoleta del dispositivo. En el patio del taller de Comillas, poníamos los aparatos con la zona por la que sale la bolsa apuntando hacia el suelo y después, a una distancia prudencial, alimentábamos la instalación para deleitarnos con el despegue fulminante del cacharro. Se elevaban a una velocidad asombrosa envueltos en una nube de polvo blanco que le hacían creer a uno que había lanzado un cohete espacial.

La primera vez que presencié la detonación de un airbag me asusté, lo que provocó la única carcajada que jamás escuché del difunto Laro. Así, de pascuas a ramos, alguna tarde, cuando el dueño del negocio estaba de humor, realizábamos nuestro particular concurso reventando airbags. No sabría decir exactamente cuántos metros de altura podían llegar a alcanzar aquellos artefactos humeantes, pero superaban con creces los cuatro pisos de altura.

En los libros, que con tanto mimo guardaba el mecánico en su casa, había un tomo que hablaba de estos sistemas de seguridad pasiva. Entre sus páginas descubrí, para mi asombro, que se utilizaba para inflar el saco con la rapidez necesaria un combustible sólido similar al empleado en los antiguos misiles. En la deflagración de dicho combustible se genera el gas que hincha la bolsa,

protegiendo así al ocupante del vehículo. La reacción es muy rápida, ya que el saco se tiene que llenar en solo cincuenta milisegundos, haciendo que la velocidad de despliegue supere con facilidad los 200 Km/h.

Desmonté los dos airbags frontales de lado del acompañante del par de coches que compré en el pueblo. Estos tenían un volumen mayor y, en consecuencia, utilizaban más explosivo. Los récords de altura siempre los conseguimos con estos y no con los del lado del conductor, que empleaban bolsas más reducidas.

El plan era sencillo: situar los dos dispositivos camuflados bajo el asiento del conductor y reventar al indeseable que estuviese sentado allí contra el techo del vehículo.

El éxito de la empresa pasaba entonces por disimular la trampa debidamente y hacer la conexión eléctrica que iniciase la detonación de forma correcta.

La revolución, mi revolución, había comenzado.

Capítulo 104. Dale

El muy tacaño de Desiderio no me quiso dejar su lámpara de carburo. No me quedó más remedio que pagarle un gramo de oro en concepto de alquiler, con tal de no perder más tiempo en discusiones baldías que frenasen mi urgencia.

Me temblaba todo el cuerpo, pero no era momento para la indecisión. Una vez montada la trampa me dediqué a armar el motor japonés de manera precipitada. Superpuse las piezas sin entretenerme en apretarlas, tampoco en guardar la sincronía necesaria para que la máquina funcionase, ya que esto era del todo imposible y además poco importaba. El que se asomase al hueco del motor tenía que percibir que aquello podía arrancar y que, efectivamente, se habían hecho los progresos necesarios para finalizar la obra. Oculté en la parcela adyacente al cobertizo las piezas sobrantes y que, de ser descubiertas, destaparían el embuste que tenía montado.

Aquella tarde de principios de noviembre fue menguando para dar paso a una noche tranquila y fría de luna llena. Con el final del día ninguno de los guardianes había hecho acto de presencia por el taller, tal y como prometió Raquel Virseda, y eso me sumió en un mar de nervios. La sucia llama del acetileno arrojaba, titilante, su luz en la estancia tiñéndola con un aspecto siniestro nunca mostrado hasta aquel momento.

Esperando la aparición de los nuevos dictadores, me surgieron las dudas sobre lo que estaba a punto de hacer. De repente sentí un vértigo asfixiante, una angustia enorme que me empujaba a escapar del pueblo desentendiéndome así de aquel lío en el que yo solito me había metido. Ocupado en la tarea de preparar la trampa, y hacer creíble el funcionamiento del motor, no tuve tiempo para reflexionar acerca de la magnitud del atentado, tampoco en sus consecuencias. Entonces comenzó a invadirme la desagradable sensación de que mis respuestas a la *hermanísima* habían sido una solemne y temeraria estupidez. Si la intentona salía mal se desataría la furia de los tiranos. Los opresores nunca perdonan un ataque contra ellos y castigan a todo aquel que les resulte ligeramente sospechoso de manera ejemplar, borrando con ello

cualquier vestigio de nuevo intento. Es la política del terror. El pueblo lo pagaría, sin duda alguna. Torturarían a Irene, sí, lo harían. Ella era mi ayudanta y estuvo presente durante el registro que Raquel y su acompañante hicieron por la mañana, debía de conocer el plan y, cómplice del mecánico, había guardado el silencio necesario para que la traición triunfara. No tendrían piedad con la muchacha.

Las piernas me temblaban, también las manos. Damián me miraba con sus ojos azules, ajeno a mi lucha interna. Parpadeaba despreocupado y se relamía antes de abrir la boca para bostezar exageradamente.

Todo aquello era una locura y jamás sabré qué me lanzó a realizar el atentado contra los hermanos Virseda y sus adláteres. Aparte del encontronazo semanas atrás en la puerta de entrada al pueblo, donde me desarmaron, no había tenido más contacto con ellos. Tal vez no eran tan repugnantes. Quizá las historias que escuché, oculto en el pasillo de la pensión, calentaron mi sesera impulsándome a dar un paso que, en cualquiera de los casos, no sería yo el que debía ejecutar. Solo era un invitado ocasional en el pueblo, un espíritu errante que no tendría que intervenir en los asuntos de sus gentes, un mero ser del que nadie debía recordar ni su nombre pues jamás lo conocieron. Entonces, ¿quién era yo para desencadenar una guerra si nadie me lo había pedido? Para mi horror descubrí, ante la mirada vacía de Damián, que me estaba convirtiendo en el *salvapatrias* que siempre odié.

Justo en ese momento decidí cortar los cables que debían detonar las cargas explosivas. Sin demora tenía que dismantelar el cepo mortal instalado bajo el asiento del conductor. Acerqué la lámpara a la caja de herramientas que me prestó Fernando Almansa y comencé a buscar un corta alambres de manera desesperada, anárquica, derramando por los costados del contenedor metálico las llaves y destornilladores que me estorbaban en la búsqueda. Damián despegó su morro de las patas delanteras donde descansaba plácidamente y comenzó a mover su hocico mirando hacia el techo. Inmediatamente la puerta del cobertizo se abrió dejando ver tras ella a dos hombres. El candil de aceite que traía uno de ellos era pobre en luz, pero suficiente como para permitirme ver que el más espigado de la pareja fue el mismo que me desarmó en la puerta de Pedraza. Se llamaba Domingo, me lo dijo Irene. El perro Damián se deslizó por el hueco de la puerta, con el rabo entre las piernas, tan pronto los hombres franquearon la entrada.

—¡Vaya, vaya! Así que mi hermana decía la verdad —dijo Domingo

Virsedá después de inspeccionar todo lo que había bajo la tejavana agujereada de la nave—. Debería tomar a Raquel más en serio, ¿no crees? —preguntó al tipo que le acompañaba, que era el mismo que estuvo por la mañana haciendo de guardaespaldas de aquella víbora.

Acercó el candil hasta mi cara y me observó en silencio durante unos interminables segundos. Hacía frío, sin embargo mi frente estaba empapada en sudor y desde mis sienes se descolgaban dos goterones perdiéndose por el cuello bajo el mono de trabajo.

—¡Anda, mira quién es el mecánico, Santiago!

Pero el tal Santiago, como era habitual en él, no dijo ni media.

Cogió la lámpara de carburo que estaba junto a la caja de herramientas y apuntó con la llama humeante hacia el hueco del motor. Lo contempló durante un rato y después se giró para mirarme de nuevo.

—¿Funciona ya?

—Aún no lo he arrancado, me queda muy poco para terminar —contesté.

—Así que tu ayudanta es la rubia esa con la que ibas el otro día, ¿no?

—Sí.

—Está buena, ¿eh?

Pero no respondí. El tipo dejó entonces el candil de acetileno donde lo había cogido y su luz iluminó el corta alambres que había buscado momentos antes; se había escapado inadvertido del interior de la caja y descansaba feliz al lado de sus compañeros de faena.

—¿Es tu novia? —volvió a preguntar Virsedá.

—No.

—¿Eres maricón?

—No.

Domingo comenzó a reírse mirando alternativamente a su compañero y a un servidor. Sus carcajadas se iban atenuando poco a poco para después arrancar en otra nueva que retomaba la fuerza perdida desde el principio.

—¿Dónde está? —quiso saber cuando terminó con su estúpida interpretación de payaso trasnochado.

—Se ha ido —contesté—. Cuando oscurece se va a casa.

El tirano volvió a reírse de nuevo, pero esta vez su pantomima duró algo menos.

—Mira qué bien, ¡como la Cenicienta!

Maldito bastardo. Me recordó a todos esos hijos de puta con los que me

había tropezado a lo largo de mi vida, tanto, que me sentí tentado de abrirle la cabeza allí mismo. Esa chulería, esa prepotencia en todas sus palabras, en todos sus gestos, era simplemente vomitiva. Ojalá mordiesen el anzuelo porque... sí, en ese preciso instante fue cuando decidí finalizar el plan que urdí tan pronto abandonó el cobertizo la hermana del que, desafiante, me estaba mirando a los ojos. Los temblores de mis extremidades desaparecieron; debe ser que el asco gana al miedo. Iba a guiarlo hasta la trampa, estaba decidido. El queso que llama a la rata se lo cogí prestado al difunto Laro en Comillas y la ballesta que revienta el pescuezo del roedor esperaba, mortal, bajo el cojín del asiento del conductor.

—¿Cuánto te queda?

—Me falta calar la bomba y purgar el circuito. No me llevará más de un cuarto de hora.

—¡Venga! Quiero verlo arrancar, hace mucho que no me doy una vuelta en coche, ¿y tú, Santiago?

El compañero no abrió la boca, se giró y avanzó hasta la pila de leña ordenada en el lateral del cobertizo, dejó la escopeta posada contra la madera, bajó un tarugo y lo utilizó como taburete. Domingo Virseda hizo lo mismo que el Mudo Santiago y cuando terminó de acomodar sus posaderas en el tronco comenzó a liarse un cigarrillo.

Colgué la lámpara que me alquiló Desiderio en lo alto del capó del Nissan y empecé a trastear en el corazón del coche para simular que estaba haciendo algo. Abandonaba el hueco del motor de vez en cuando para servirme de distintas herramientas y así hacer más creíble el engaño. Golpeaba piezas aleatoriamente para que el ruido metálico de los pequeños impactos acompañase la obra de teatro que se estaba interpretando allí, mientras, mis espectadores fumaban ajenos a la función. Cogí una barra de uñas que tenía en la mesa auxiliar junto al coche y tras hacer fuerza con la pesada palanca de hierro —en otro paripé más de mi actuación— la dejé posada encima del motor.

—Bueno, esto ya está —susurré entre dientes sin ningún atisbo de ilusión; al fin y al cabo me iban a quitar el coche.

La pareja levantó el culo del asiento y fumando se acercaron con calma hasta el Patrol.

—¿Ya está? Arráncalo entonces.

Cogí el trapo que tenía en la mesa y me limpié las manos tranquilamente.

Me agaché a la caja de herramientas y agarré una llave fija. Domingo estaba impaciente, el olor del queso era intenso y había que dejar que el tufo de la trampa se colase implacable por las fosas nasales del roedor.

—Verás. Esto es un motor diésel —comencé a exponer al tiempo que frotaba con mimo la herramienta que acababa de coger—, hay que purgar el circuito, el motor no va a arrancar hasta que expulse todo el aire de los inyectores.

—¡Pues hazlo de una puta vez! —ordenó ansioso.

—Necesito que alguien le dé al arranque mientras yo voy cerrando los racores, así es cómo se hace.

La ballesta tensa, el cebo fresco, el animal se acerca cegado por la recompensa cercana, obedeciendo a su instinto. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Domingo le hizo un gesto con la cara a Santiago para que se subiese al coche. Era una lotería, un cincuenta-cincuenta, un rojo o negro en la ruleta del casino, y el ganador, para mi desgracia, había sido Santiago el Mudo. El hombre se sentó y cerró la puerta, como si fuese a iniciar un viaje, el muy estúpido. Domingo se acercó a la ventanilla y se situó mirando a los relojes del cuadro de instrumentos. Supongo que para él, la aguja levantándose de su letargo le indicaría que el motor había comenzado a funcionar o tal vez quería comprobar, como el maestro que no confía en la pericia de su aprendiz, que Santiago era capaz de girar la llave de manera correcta.

Conecté el borne de la batería. Tenía suficiente carga porque la verifiqué aquella misma tarde poniéndole una lámpara de 75 vatios que la pila encendió de manera más que aceptable. Solo cabía esperar que la precipitación en mi trabajo no me hubiese hecho cometer ningún fallo. La suerte estaba echada y únicamente faltaba dar la orden para que ese infeliz girase la llave detonando la trampa que tenía debajo de su apestoso culo. Debía funcionar, joder. Me costó mucho hacerlo y me aseguré obstinadamente en que toda la fuerza de la explosión se concentrase en desplegar los sacos de forma violenta. Para ello, había dispuesto por debajo del armazón de los airbags dos pesados ladrillos que debían mitigar el indeseado retroceso que, de producirse, atenuaría la fuerza letal del dispositivo.

Tres, dos, uno...

—¡Dale! —ordené.

Los doce voltios llegaron raudos a las espoletas de los artefactos. El flujo

de electrones realizó allí su arco voltaico prendiendo la pequeña cantidad de pólvora negra que inicia la reacción en cadena. Suena como una explosión, los puristas lo denominarían deflagración, qué más da. Los sacos se hincharon y reventaron contra el techo al Mudo, que no dijo ni mu, para no variar. Practicó con su cráneo un abultamiento en el techo de chapa e hizo quebrar además la luna del parabrisas. Todo eso lo vi después, porque —desde el mismo instante en el que ordené el arranque del coche— yo me encontraba asiendo con fuerza la barra de uñas que me esperaba sobre el motor y así, aprovechando la confusión del momento, poder atizarle a Domingo Virseda en la mollera.

Y así fue. La deflagración provocó un acto reflejo en aquel malnacido, que le hizo retroceder de manera instintiva para ponerse a salvo. La suerte estuvo de mi parte y Domingo tropezó contra un leño que tenía justo detrás de él. Cayó boca arriba, aturdido, protegiendo su cara con los antebrazos para frenar el inminente golpe que estaba por llegar. No le sirvió de nada pues sus extremidades cedieron y no impidieron que el filo de la herramienta se hundiese en su cráneo, justo por encima de las cejas. Saqué la barra y volví a golpearlo una, otra, otra y otra más, hasta dejar su cara totalmente desfigurada. No era yo, me vi desde fuera, como un espectador que asiste a su propia interpretación, no sabría explicarlo.

Cuando terminé con Domingo me giré hacia el coche. El humo y el polvo de talco con el que se envuelven los airbags aún inundaban el habitáculo del todoterreno. Santiago estaba caído sobre la palanca de cambios y, sin pensarlo, le clavé la barra a modo de espada por el costado, pero ni se inmutó. Aquel desgraciado debía de estar ya muerto. Tiré de él hacia afuera y se desplomó como un saco de patatas al lado de su jefe. Solté entonces la palanca como si el metal hubiese ganado un peso desproporcionado, curvé mi espalda hasta apoyar las manos en mis espinillas. Cogí aire. Fue salvaje, me recordó a cuando le clavé aquella lanza de hierro al tipo que había violado a la adorable ayudanta del físico, en Madrid, mucho tiempo atrás.

El reflejo del espejo retrovisor del Patrol me devolvió mi rostro empapado en sangre, ni me había enterado. Me limpié con los trapos que tenía por allí.

Rápido, esto no había hecho más que comenzar.

Capítulo 105. Aquí y ahora

No me hacía falta el candil que trajeron ellos, tampoco la lámpara de carburo que miserablemente me alquiló el dueño de la pensión, sin embargo, las dos permanecían encendidas bajo el resplandor de la luna llena. No quería ocultarme y llevarme un plumazo de algún guardia que, asustado por mi inoportuna aparición fantasmagórica, anduviese deambulando por el pueblo. El chirrido acompasado del eje de la carretilla anunciaba mi presencia por las desiertas calles de Pedraza como lo hace — según me contó una vez Jacinto— la siniestra campanita que porta la Santa Compañía por los prados gallegos. A mi hombro dos escopetas de caza y en el bolsillo del mono una pistola automática similar a la que empuñé, para mi desgracia, en aquel malogrado puerto de Madrid.

Los muros de piedra, las rejas antiquísimas de hierro, las cornisas de maderas cortadas muchos siglos atrás, me observaban inquietas avanzar con mi funesta carga en mitad de la noche. Escuchaba sus voces, sus gritos, algunos de pánico, otros victoriosos en cambio. Las viviendas discutían entre susurros si aquello estaba bien o estaba mal. Me miraban, unas enfadadas, otras sorprendidas; las menos diré, entusiasmadas. Crucé la Plaza Mayor ante la mirada crispada de la iglesia de San Juan Bautista, que siempre regaló a los habitantes del pueblo unos ojos tremendamente abiertos y una boca que mostraba sus dientes como un perro rabioso. Pero entonces, en aquella noche, la iglesia me dedicó su mirada a mí, recriminándome lo hecho y tal vez lo que iba a hacer.

Como un diapasón, el tono agudo del eje se repetía con una frecuencia exacta, exasperante, y espantaba a todo aquel que se hubiese cruzado conmigo fuese hombre, animal, espíritu o cualquier otra forma de vida. El gruñido seco de mi avance gritaba que era invencible, que nada podría detenerme y que las dos cabezas cortadas, dentro del saco que trasportaba en la carretilla, daban buena cuenta de ello.

El hacha olvidada en la leñera me sirvió para cercenarles las testas. No quería convertir el debate que tenía que producirse a continuación en una

exposición para convencer a los notables del pueblo sobre la veracidad de los hechos. No había tiempo que perder.

Me aproximaba a la posada. Desde lejos se podía escuchar la conversación de su seno, la de todas las noches. Intentaban hablar bajo pero su desesperación les hacía subir el tono hasta que Desiderio los mandaba callar, lo había presenciado tantas veces... Me detuve frente a la hermosa puerta de doble hoja coronada por un arco de medio punto y posé las patas de la carretilla en el suelo. Escuché entonces el siseo desquiciado de alguno de los tertulianos, después un silencio aterrador que reflejaba la congoja sufrida por el pueblo. Sabían que alguien estaba en la calle, notaron mi presencia. El ruido de la carretilla se había colado como una brisa heladora en la tertulia vana de todas las madrugadas. Los de dentro callaban temerosos de que los hermanos Virseda hubiesen descubierto el aquelarre que confabulaba contra ellos, acojonados ante la posibilidad de que la banda hubiese al fin destapado la guarida de la resistencia; esa que solo se nutría de lamentos acerca de la suerte que había corrido el pueblo y en la que, por el contrario, no se tomaba ninguna iniciativa para revertir la situación. Llamé a la pensión ayudado por la aldaba. La tensión en el seno de la hospedería incrementó traspasando la recia puerta de madera, notándola yo en mi pecho.

—¿Quién es? —preguntó con voz temblorosa Desiderio.

—Abre, soy Andrés.

Las bisagras emitieron su soniquete característico y apareció la pálida cara del dueño de la casa.

—¡Joder, Andrés! Nos has dado un susto de muerte, ¡coño!

Abrió un poco más la hoja y me hizo un gesto para que me introdujese en el edificio. De pronto me encontré a los propietarios de las voces que había escuchado por las noches oculto en el hueco de la escalera. Hombres y mujeres, algunos más jóvenes que otros, unos de pie y otros sentados sin apoyar sus espaldas sobre los respaldos de las sillas. Todos me dedicaron una mirada de asombro, de desconfianza también. Para mi sorpresa Irene estaba en la reunión, debía de ser la primera vez pues nunca oí su voz en ninguna de las anteriores.

—¿Quién es este? —preguntó entonces Jaime Bautista, poniéndose en pie.

—Es Andrés, está hospedado aquí —respondió por mí Desiderio.

—¿Es de la banda de los hermanos Virseda? ¡Tiene cojones la cosa!

—No soy de la banda de nadie.

—Si es así, ¿por qué vas armado?

Me acordé de las dos escopetas que llevaba al hombro y en ese momento cobró sentido súbitamente la cara de pánico con la que me recibió el grupo. Con calma entregué un arma a Desiderio y otra al que me acababa de lanzar la pregunta. Desconcertados, los integrantes de la reunión se miraron los unos a los otros.

—¿Qué significa esto? ¿Qué clase de trampa es esta? No nos fiamos de ti —espetó con tono digno Eulalia Castro.

Pero para entonces, los portadores de las escopetas ya habían comprobado que estaban cargadas, cosa que aún los descolocó más si cabe.

—¿Este no es el que anda con Irene, la nieta de Pascual?

—Es mi aprendiz —puntualicé.

La pecosa me miraba con los ojos como platos. El perfil enrojecido de los párpados y su nariz ligeramente hinchada indicaban que había estado llorando aquella misma tarde, seguramente por mi falta de tacto para echarla del taller.

—¿De qué cojones va esto, muchacho? —preguntó desquiciado el alcalde.

—Va de recuperar este pueblo.

—¡¿Qué?!

Me volví para salir fuera de la posada. A mi espalda percibí el murmullo perturbado de los parroquianos. Cogí el saco que descansaba sobre la carretilla y otra bolsa de menor tamaño que estaba junto a este. Entré de nuevo al pequeño bar de mi amigo Desiderio, abrí el saco de papel —que en tiempos almacenó pienso para el ganado— y dejé caer las dos cabezas en medio de la sala. Dos, tres golpes huecos sobre el suelo y mis víctimas quedaron mirando, con el brillo apagado de sus ojos entreabiertos, hacia el techo del local.

Silencio.

—Esto es de lo que estoy hablando.

Aterrados, unos volvieron la cara cuando los rostros descompuestos de aquellos indeseables aterrizaron contra el pavimento, otros se taparon los ojos con la mano y escuché alguna arcada reprimida en más de una garganta. Solo vi sonreír al alcalde, a Íñigo Cuesta —que lo conocía de cuando me ayudó a remolcar el coche hasta el pueblo— y a Jaime Bautista —el toca cojones de la oposición—.

—¡Pero por Dios Santo, ¿qué es esto?! —intervino Eulalia—. Acabas de cometer un doble asesinato. Que sepas que te equivocas si crees que vamos a emplear la violencia para librarnos de esos indeseables. Condeno esta

atrocidad que acabas de hacer, que lo sepas —dijo impregnando sus palabras de la solemnidad que siempre tuvo, y tendrá, la abogada y ahora juez de este pueblo.

Tras la exposición enérgica de la mujer nadie dijo nada. Las cabezas huérfanas de Santiago y de Domingo presidían la reunión y dejaban escapar aún fluidos por sus orificios, precipitando bajo ellas un charco nauseabundo de aspecto gelatinoso. Sentí vergüenza y no acerté a defenderme ni a exponer un mínimo razonamiento del porqué de mi acto. Con la cabeza agachada me sentía incapaz de mirar a la cara a nadie.

—¿Y qué es lo que vas a hacer, Eulalia? —alzó su voz Jaime rompiendo el mutismo de la sala—. ¿Vas a ir corriendo a contárselo a nuestra queridísima guardia? ¿Eh? ¿A esos bastardos de los que hablamos todas las noches?

El hombre se había puesto en pie y lanzaba las preguntas con el tono de voz severo, señalando con su dedo acusador a la letrada.

—Solo digo que esto es un hecho execrable...

—¿Vamos a entregarles al chaval? —exclamó apretando los dientes, cortando la argumentación de la mujer—. ¿Vamos a colaborar con ellos para que se terminen de creer que realmente estamos contentos con su dictadura? ¿Es eso? —añadió.

—No, no he dicho eso. He dicho que este acto es repulsivo y que con la violencia no se arregla nada.

—¿Quieres que hagamos una manifestación de repulsa? —preguntó con tono burlón el alcalde, para mi sorpresa.

Eulalia miró estupefacta a don Facundo. Al igual que yo, la mujer no esperaba tal reacción del regente del pueblo.

—Yo estoy harto de esto. De aguantar a esta gentuza, de tenerles que pagar lo que les salga de los cojones, cuando les salga de los cojones —intervino Íñigo Cuesta—. Y luego venir todas las noches aquí, a escuchar las quejas, a oír los lloriqueos de todos nosotros, a no hacer nada porque no le echamos pelotas. Deberíamos darle las gracias en vez de reprocharle que nos haya puesto dos cabezas sobre el suelo.

—Por favor, no perdamos el civismo —intentó contener Eulalia.

—¿Civismo? ¡Despierta ya, mujer! La otra noche te lamentabas de que no habíamos podido ni honrar como se merecía al pobre Paco Lucena y ahora me vienes con civismo.

—Yo...

—Seguro que fueron ellos los que mataron al guardiacivil, todos lo sabemos.

—Esa acusación no está respaldada por ninguna prueba —argumentó Eulalia.

—Venga, ¡por favor!

—Solo digo que...

—Tú has estudiado —gruñó en ese momento Facundo—. ¿Sabes cómo fue la Revolución Francesa?

—¡Por supuesto que lo sé! —gritó la letrada.

—¡Pues eso es lo que te estoy diciendo, coño!

En ese momento comenzó un debate acalorado en el que todos tenían algo que decir y en el que Desiderio no paraba de mandar silencio haciendo gestos crispados con los brazos. Levanté la mano pidiendo la palabra sin decir nada y así estuve hasta que don Facundo se dio cuenta de que quería hablar.

—¡*Callar!* ¡Chsss, silencio! El muchacho quiere decir algo.

El murmullo fue cesando y el cónclave al completo terminó por mirarme fijamente. Sus rostros ya no reflejaban el pavor con el que me escrutaron después de que, solo unos instantes antes, soltase mi macabro trofeo en medio del salón.

—Mi nombre es Andrés Caviedes Gómez, soy de Madrid. Algunos de vosotros ya me conocéis. Tengo veinticuatro años y, aunque les parezca joven, les puedo asegurar que he penado mucho en mi corta vida desde que me quedé solo en este mundo, cuando contaba con quince años —Los notables del pueblo me miraban con atención. La pobre luz desprendida por un par de velas acomodadas en las esquinas de la estancia era más que suficiente para percibir que el público tenía los cinco sentidos puestos en mí. Me sentí algo aturdido, jamás había hablado en público, así que tomé fuerzas para continuar con mi locución—. He tenido que hacer cosas terribles para sobrevivir, cosas de las que no me siento orgulloso pero que me han servido para continuar con vida en unas ocasiones y en otras para defender a los míos.

—¡Santo Dios! —exclamó una voz al fondo de la sala.

—No quiero aburrirlos con los avatares de mi vida y tampoco pretendo convencer a nadie de nada. Pido disculpas por haber matado a estos dos individuos —dije señalando las cabezas cortadas—. Tiene usted razón, señora. Esto es un acto deplorable —Eulalia Castro flexionó ligeramente el

cuello en señal de que aceptaba mis disculpas—. Tal vez en este pueblo no han sufrido la decadencia salvaje en la que se sumió el mundo desde aquel viernes de julio en el que se fue la luz, pero les puedo asegurar que en los lugares donde he estado esto ha sido la tónica común. Salí de Madrid dejando una ciudad que se estaba devorando a sí misma, una urbe *asalvajada* hasta tal punto que había seres viviendo bajo tierra nutriéndose de carroña humana. Pasé por Burgos y tampoco mejoró mucho la cosa —desaté la parte superior del mono dejando mi torso desnudo, me giré y les mostré la ira, lejana ya, de don Mauro.

—¡Madre del amor hermoso! —escuché esta vez.

—He visto en qué se convierte la gente como los hermanos Virseda. Cuando se me paró el coche cerca de Pedraza y me recogió el aquí presente Íñigo Cuesta, yo venía desde Cantabria escapando de un tirano que gobernaba a su antojo a todo un pueblo. En Comillas, que sepan ustedes, se cumple la ley de Eduardo Manchón.

Los parroquianos se miraron preguntándose quién era el tal Eduardo Manchón ese y qué tenía que ver con ellos. En silencio esperé a que el murmullo cesase.

—Eduardo Manchón hizo allí lo mismo que los hermanos Virseda quieren hacer aquí. ¿Lo entienden? Se hizo con el poder y puso de pelele al alcalde, que allí era una alcaldesa, pero que para el caso es igual. Hizo comulgar con su ley, a base de tiros, a las gentes del pueblo y el tiempo no hizo otra cosa que reafirmarlo en su puesto. Al principio fue solo él con unos pocos, luego se fue haciendo con una tribu de perros fieles que no hicieron sino perpetuarlo en el poder. No hay trato que se haga, vaca que se venda, fruto que salga de la tierra, del que Eduardo Manchón no perciba una parte. No existe oposición de ninguna clase y el miedo en el que se encuentran instalados sus vecinos les hace señalar a cualquier posible conspirador con tal de ganarse la confianza del caudillo. Nadie se fía de nadie —dije señalando a los presentes, que continuaban escuchándome con la particular expresión que el asombro imprime a los rostros—. Por lo menos vosotros aún permanecéis unidos —apostillé.

Terminé mi exposición con la idea de que alguien retomase la palabra, pero nadie lo hizo. Parecía que mi discurso estuviese agitando en silencio las conciencias de los reunidos y ellos, con sus miradas perdidas en el vacío de la penumbra, hubiesen comenzado así a digerir la revolución que les estaba

proponiendo.

—Si no van a hacer nada, a primera hora abandonaré el pueblo. Raquel Virseda me buscará como responsable de lo sucedido y nadie tendrá que rendir cuentas por mi asesinato —dije aún a sabiendas de que el tirano siempre busca un culpable que pague con sangre cualquier asomo de rebelión.

—¡Una mierda! —gritó levantando el puño Jaime Bautista—. Es el momento de hacer algo. Ya veis lo que nos espera.

—¡Estoy de acuerdo! No pienso vivir como una rata en mi pueblo —intervino Íñigo—. Facundo, ¿qué dices? Tú eres el alcalde.

El regente levantó la mano pidiendo calma. Mirando hacia el suelo se mesó la barbilla durante un eterno minuto en el que, por lo bajini, se colaron arengas entre los partidarios de atacar a los hermanos Virseda y a sus compinches.

—Es una situación delicada. Nos jugamos mucho.

—Facundo, coño; que te tienen secuestrado.

—¡Ya lo sé, joder, Jaime! Pero sigo siendo el alcalde y debo tomar la mejor decisión.

Facundo volvió a repetir el gesto, para desesperación de todos, y finalmente levantó la mano reclamando una atención que ya tenía.

—Digo que lo votemos, aquí y ahora.

—No está representado en esta sala todo el pueblo, Facundo —advirtió Eulalia Castro.

—Ya lo sé, Lali. Pero la urgencia nos obliga a decidir a los que estamos aquí. Si queremos atacar tiene que ser esta noche, por sorpresa. Tal vez no hayan echado en falta todavía a estos dos —argumentó dando pataditas con la puntera de su bota en la cabeza del difunto Domingo Virseda.

—Que levanten la mano los que están a favor de atacar a estos cabrones —se adelantó Jaime.

—Señor Bautista, usted no es el alcalde —recriminó la abogada.

Entonces don Facundo repitió la misma pregunta que acababa de formular su rival político.

Solo un par de personas se quedaron sin alzar la mano.

Capítulo 106. Sacudirse el polvo

Se tambaleaba de manera cómica por la calle. En su mano derecha, un candil de aceite y en la izquierda, la botella de cuyo interior, supuestamente, había salido la magia que le hacía perder el equilibrio al desplazarse. Se paraba y daba saltitos hacia delante, a la pata coja, como las niñas que juegan con los cuadros pintados con tiza en el suelo. La falda, más corta de lo normal, dejó al aire unos muslos torneados que admiramos perplejos, minutos antes, los que estábamos en la pensión de Desiderio. El escote perfectamente descuidado dejaba imaginar unos senos tersos y jóvenes que parecían querer escaparse por los jirones que ella misma se hizo en la blusa. Canturreaba, se paraba y luego continuaba con el teatro que habíamos preparado como inicio de nuestro ataque. Irene tuvo mucho valor.

Los hermanos Virseda y sus secuaces se habían instalado en la antigua cárcel del pueblo, que en aquel entonces era un museo abandonado y que, paradójicamente, en la actualidad es la prisión donde me encuentro escribiendo estas letras. Esta construcción siempre fue estratégica en el pueblo pues debajo de ella se encuentra la única puerta por la que se accede a la localidad. Todo aquel que quiera entrar o salir de Pedraza debe pasar bajo el Cristo con falda que queda en el interior de su pasadizo. La construcción fue diseñada con propósito defensivo y tal es así que, por ejemplo, si se quiere hacer de vientre, unos toscos inodoros realizados en las paredes de la fortificación expulsan los excrementos muros afuera, de tal manera que al cuerpo de guardia no se le hace necesario abandonar el edificio en las traicioneras y frías noches de invierno ante la urgente llamada de la naturaleza. Es un fortín levantado sobre gruesos muros de piedra y sus ventanas quedan protegidas con rejas de las que se hacían en la Edad Media. Un bastión inexpugnable —a fin de cuentas— si se pretende asaltar con pocos medios, como era el caso.

La banda de los Virseda estaba compuesta por seis integrantes, de los cuales solo tres eran los famosos hermanos que daban nombre al grupo.

Domingo y el Mudo Santiago ya estaban ajusticiados con la trampa que les tendí en el taller, así que solo faltaba eliminar a los cuatro restantes para librarnos de aquella maldición.

Después de la votación en la cual se acordó llevar a cabo el ataque, comenzamos a planificar cómo debíamos acometer la ofensiva. Hubo ideas de todo tipo, pero al final fue el criterio de Fernando Almansa el que prevaleció ya que era el único que parecía tener algo de idea debido a su pasado como guardia de seguridad. En aquel momento, Fernando era el teniente de alcalde y mostró la templanza suficiente para erigirse como jefe de la operación. Se mantuvo al margen durante la discusión sobre si teníamos que enfrentarnos a la banda o no, creo que en un acto de respeto con el líder electo del pueblo, don Facundo. Una vez se determinó que esa misma noche asaltaríamos la cárcel, se empezaron a repartir los papeles entre los presentes. No era fácil, nadie había empuñado nunca un arma contra otra persona y, mucho menos, ninguno de ellos había apretado el gatillo para arrebatarse la vida a un semejante. Teníamos dos escopetas, la pistola y la munición que rescaté de los cadáveres abandonados en el taller. Contábamos como aliados con el factor sorpresa, con la oscuridad atenuada de una noche de luna llena y con la rabia contenida por el pueblo durante las semanas en las que soportó las humillaciones de aquellos indeseables.

Sorprender, entrar y matar.

La cuestión era quién sorprendía, quién entraba y quién mataba. Voluntarios, ninguno. Y eso que cuando Fernando solicitó ayudantes, ofreciendo una de las carabinas para ver quién se hacía cargo de ella, yo miré a Desiderio para recordarle las palabras que tuvimos el día que nos conocimos, pero ni por esas. Había mucho miedo, no se lo puedo reprochar.

Al final tuvo que hacerse cargo el alcalde que, aficionado como era a tirar a la perdiz y a la liebre, al menos sabía cómo funcionaba el trasto. El propio Fernando se hizo portador de la segunda carabina y un servidor de la pistola, no por ganas de participar en el asalto, sino por no deshacerme del arma que para aquel entonces yo ya había adoptado como propia.

Pero el reparto de las armas de fuego no fue lo más complicado. Según el plan trazado por Almansa, había que eliminar de manera silenciosa al que hacía guardia en la cárcel, concretamente por medio de una estocada certera en el pescuezo o estrangulándolo. ¿Quién le iba a asestar una puñalada en el cuello al bellaco que estuviese allí? No se trataba de apretar una palanquita y

acabar con una vida, no, era mucho más cruel, más inhumano, más desalmado, sin duda. Y este era un punto clave para el éxito de la operación. Si lográbamos entrar en el edificio sin haber despertado al resto de la banda, al menos a dos de ellos podríamos eliminarlos aún inmersos en el sueño. Luego, la rapidez de nuestros movimientos sería clave para sorprender al último miembro de la banda que, en el mejor de los casos, tendría poca capacidad de reacción y sucumbiría intentando defenderse.

—¿Quién va a hacerlo? —preguntó Fernando mirando a los que estábamos en el bar de la pensión— ¡Venga! ¡Que se nos pasa la noche! —insistió.

El silencio por respuesta. Se miraban los unos a los otros para ver si alguien caía rendido ante la vergüenza del que piensa que tiene mayor grado de obligación debido a alguna cualidad que lo destaque del resto, tal como la edad, la fuerza o el descaro.

—Yo lo haré —pronunció Íñigo Cuesta, alzando su mano.

Todos aplaudieron el arrojo del vecino y respaldaron el valor del muchacho con palmadas de ánimo en su gigantesca espalda. Golpecitos de gratitud que descargaban de la penosa faena al resto de los asistentes y que les hacía respirar aliviados una vez la vacante quedó cubierta. Íñigo, joven, fuerte y que ya sabía lo que era hundir la hoja de un cuchillo en el gaznate indefenso de los gorrinos en la matanza, era el más indicado para el cometido.

Distraer al guardia de la puerta para sorprenderlo, también generó una controversia considerable. En esta ocasión no faltaron ideas de lo más variopintas, que pasaban desde asaltar por las bravas al centinela, hasta la de descolgar al matarife con ayuda de una cuerda desde lo alto del tejado de la propia cárcel.

—El que hace la guardia se suele sentar en los escalones de entrada al edificio, junto a la fuente. Yo lo veo todas las noches desde un ventanuco de mi casa que da justo a la prisión—dijo una mujer.

Desde aquel puesto el guardián divisa las tres calles que confluyen hacia la puerta de la localidad, confiriéndole una posición aventajada ante cualquier asalto. Aparte de esto, el agudo chaflán que la vivienda hace con la pared del presidio, forma una especie de garita protegiendo la espalda del centinela contra todo ataque que le pudiese venir por su retaguardia. Un sitio, a todas luces, en el que se antojaba harto complicado pillar desprevenido al que estuviese encargado de la custodia del edificio.

Se pensó también en enviarle un perro, en acercarse con algún tipo de emergencia y atacarlo por las bravas, en lanzarle un cuchillo desde lo lejos — aunque nadie era diestro en el manejo de los puñales—, en tirarle una flecha —aun no habiendo arco alguno en el pueblo ni arquero experimentado— y, por supuesto, ninguna de estas ideas sedujo a el jefe de la operación.

—Yo lo distraeré —escuchamos decir.

La voz ya la conocía bien, pues era la misma que me preguntaba incansable, día tras día, sobre todas las piezas que descubría en mi Patrol.

—¿Estás loca? —censuró Fernando.

Pero Irene se abrió paso decidida hasta el grupo conformado por los que íbamos a tomar parte en el ataque.

—Me acercaré hasta el vigilante y me pondré cariñosa. Cuando esté distraído, Íñigo se podrá acercar sin problema hasta él para hacer su trabajo.

Me miró mientras lo decía. Su mirada no era desafiante, más bien se mostró cómplice. ¡Deseé tanto decirle que no lo hiciera! Pero me pareció ruin reclamárselo, ¿acaso no había sido yo el que embarcó en semejante locura a todo el pueblo?

Nadie se atrevió a abrir la boca, creo que todos sabíamos que el planteamiento de mi ayudanta podía funcionar. Fernando sopesó la idea durante unos segundos y con el gesto afirmativo de su cabeza aceptó la ayuda de la muchacha.

—Está bien. Creo que puede funcionar.

Desiderio y Jaime debían acompañar a los escopeteros cuando estos entrasen en la cárcel con el fin de iluminar la estancia con sendas lámparas de carburo. El entonces teniente de alcalde terminó de organizar el grupo de retaguardia que, provisto de cuchillos, azadas, hachas y palos, debía actuar en el caso de que el plan se torciese o hubiese que defenderse con posterioridad. Con muchos nervios, más dudas y la sombra del miedo planeando sobre los voluntarios, abandonamos la posada camino de la cárcel.

Así que allí estaba Irene, avanzando directa a la boca del lobo con la coartada raquítica de estar bebida. Actuaba bajo la espléndida luz de la luna llena y, nosotros, desde una esquina próxima, observábamos la función de la muchacha.

—Está llegando —susurró Fernando para informar al resto del grupo que no podía seguir los acontecimientos.

La rubia siguió adentrándose en la oscuridad y cada vez era más difícil distinguir con nitidez lo que ocurría.

—¿Quién va? —El canturreo infantil de Irene se frenó en seco al escuchar la voz, ronca y desagradable, proveniente del penal.

—¡Mierda, es Raquel!

Raquel Virseda, la hermana del clan. A ninguno nos dio por pensar que, perfectamente, esa noche podía ser ella la centinela.

—¡Maldita sea!

—¿Qué hacemos? —preguntó aterrado el alcalde.

Escondidos en el callejón tratamos de buscar un plan alternativo. El contratiempo había golpeado desde el inicio un plan ya fraguado con precipitación, así que un nubarrón de dudas aplacó nuestro escaso optimismo.

Ir a saco, esperarlos en la callejuela y asaltarlos cuando saliesen de su morada, disparar desde la distancia y sitiarnos en la cárcel prendiéndola fuego más tarde si era necesario y un sinfín de ideas —escupidas entre susurros frenéticos— atosigaban a Fernando Almansa, que luchaba por buscar una solución en aquel mar de desvaríos.

—Suspendemos la operación —concluyó—. Volveremos a la pensión y planearemos algo con más calma. El factor sorpresa no se puede desperdiciar.

—Pero... ¡Joder!... Eso es... Me parece que... ¿Es lo que creo que estoy viendo?

Las frases entrecortadas de Desiderio reclamaron nuestra atención hacia la esquina desde donde, segundos antes, se encontraba divisando el operativo el teniente alcalde.

—¿Qué coño pasa, Desiderio?

—Que creo que ha sido mejor que estuviese esa perra haciendo guardia.

Nos asomamos para ver a qué demonios se refería el dueño de la pensión y, efectivamente, la hermana del clan Virseda había sucumbido a los encantos de Irene y ahora la tenía apoyada contra la pared del presidio besándola con un ansia asquerosa.

—Es tu turno, Íñigo.

El muchacho se persignó y después empuñó un cuchillo de grandes dimensiones. Se perdió por el fondo de la calle como una sombra, sigiloso, pegado a los edificios que le resguardaban de la cálida iluminación de nuestro satélite natural. Durante unos instantes lo perdimos de vista y, tras unos segundos interminables, al fin vimos su recia silueta dirigirse hacia las dos

mujeres. Ellas continuaban comiéndose a besos ajenas al merodeador. Íñigo cogió a Raquel arrancándola violentamente de su falsa amante. La rodeó por el pecho con la diestra y la zurda la empleó en tapar la boca a aquella zorra. Agitaba las piernas con fuerza pero sus pies no tocaban el suelo, movía la cabeza para zafarse de su captor pero la poderosa mano de Íñigo Cuesta le cubría la mitad del rostro. Nos miramos sorprendidos porque, en vez de apuñalarla, el matarife venía corriendo hacia nuestra posición con la presa entre sus brazos. No había alcanzado el callejón donde nos encontrábamos cuando Fernando nos hizo la señal para que avanzásemos hacia el cuartel de los Virseda.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Nos cruzamos con los gemidos ahogados de Raquel y continuamos hasta la puerta de la cárcel. Subimos la escalera, la robusta puerta de madera al final de la misma estaba abierta. Recorrimos en silencio las estancias y encontramos en una habitación, junto a la hoguera caduca de una chimenea, a dos de ellos durmiendo. Fernando fue el primero que entró y sin dudarle repartió la mortal carga de su escopeta en cada una de las cabezas que sobresalían por fuera de las mantas. Un cartuchazo a cada uno de ellos que nos sorprendió incluso a nosotros. Facundo se giró entonces para alcanzar el piso superior, pues en aquella planta no habíamos hallado a ninguno más. Las carnes del alcalde no le ayudaron a subir con presteza los peldaños y un disparo proveniente desde arriba lo alcanzó de lleno en el pecho. De un salto apareció en la planta donde estábamos Juan Pablo Virseda, el mayor de los hermanos, que cayó con gran violencia sobre el cuerpo orondo y malherido del alcalde. En su aterrizaje se le escapó la escopeta que empuñaba y de inmediato emprendió una carrera por la habitación para alcanzar la puerta de salida. Intenté dispararle, pero no salió ningún proyectil de mi pistola. El muy desgraciado se escabulló de la estancia encontrándose de frente con Fernando, que se afanaba en recargar su arma.

—¡Que se escapa, que se escapa! —gritó Desiderio, que había intentado en vano hacerle una zancadilla al último superviviente de la banda.

Miré la pistola y le quité entonces el seguro, de una carrera me dirigí hacia la ventana que daba al exterior para intentar hacerle blanco desde allí. Entonces vi cómo, en mitad de la calle, alguien atizó con una azada en la cabeza a Juan Pablo, que milagrosamente continuó en su desesperada fuga. Dos pasos, no más, y se topó con otro vecino que le descargó un terrible golpe

en la nuca con la ayuda de una estaca. Se fue al suelo de bruces y apenas había terminado de rebotar sobre el empedrado suelo de la vía cuando ya tenía encima a una multitud apaleándolo sin piedad. La sentencia estaba echada y el reo era de muerte, aun así, el mayor del clan tuvo fuerzas para ponerse una vez más en pie y emprender un caminar zigzagueante que duró escasos segundos, justo hasta el momento en el que una señora le estampó un candil de queroseno en la cabeza transformándolo de inmediato en una antorcha humana moribunda y terrible. La llama iluminó la escena que finalizó con un golpe de gracia en el cráneo candente de Juan Pablo. Saltaron chispas y el fuego azulado se fue consumiendo poco a poco entre las convulsiones sobrecogedoras del ya casi cadáver.

A Raquel Virseda tampoco se le perdonó la vida. Según nos contaron después, cuando Íñigo la tenía agarrada y suspendida en el aire, Jaime Bautista aprovechó para hundirle en el pecho la hoja de una navaja. En aquel callejón donde discutimos un plan alternativo de manera atropellada, la hermanísima encontró la muerte.

Y así es cómo sucedió todo. De esta manera se sacudió su pesado yugo el pueblo de Pedraza, quedando libre de los dictadores que intentaron apoderarse de él. Cuando ustedes celebren el cuatro de noviembre, sepan que lo que se festeja es esto que les acabo de narrar, no vaya a ser que con el paso del tiempo se le imprima a esta historia una pátina de romanticismo.

El 4 de noviembre de 2036 Pedraza comenzó a reescribir su historia.

Capítulo 107. *Déjà vu*

Dejé a mis compañeros de asalto disfrutando del triunfo. Arrastraban los cuerpos tirando de sogas que ataron a los tobillos de los difuntos. Las nucas de aquellos desgraciados golpeaban las piedras del pavimento y hacían mover sus cabezas en un gesto afirmativo infinito y delirante. Sus extremidades, que aún eran flexibles pues la rigidez de la muerte no las había invadido, se unían al alborozo macabro de las gentes agitándose con espasmos desacompañados y dignos de marionetas movidas por un inexperto titiritero.

Palmadas en mi espalda, abrazos espontáneos de los conjurados — también de aquellos que salían de sus casas alarmados por el bullicio en una noche que estaba a punto de terminar y que sería recordada eternamente—, agradecimientos efusivos al fin y al cabo envueltos por las mieles del triunfo y de la euforia. Risas y llantos que expulsaban la rabia contenida y silenciada entre los muros de cada hogar. Demasiada excitación para mí, que llevaba un día entero sin dormir y para el que el estrés de mi solitario golpe le había consumido los nervios. Hay que saber ganar, pero después de todo ese no era mi pueblo y tampoco era yo nadie para cortar aquel festejo que se asemejaba a la respiración ansiosa del que emerge del agua y a punto ha estado de ahogarse.

En una callejuela me desvié de la marabunta de carcajadas, chistes, saltos y hurras, camino de la pensión de Desiderio para dar descanso a mis huesos. Al entrar advertí que alguien ya se había llevado las cabezas de la entrada, esas que tiré en el suelo destapando la mecha prendida de la bomba que a punto estaba de explotar. En su lugar ahora solo había los restregones de un intento de limpieza precipitado y poco cuidadoso, pues aún quedaban sedimentos perceptibles a simple vista. La puerta de mi habitación estaba entreabierta. ¿Sería posible que alguien hubiese aprovechado el momento del ataque para asaltar miserablemente las habitaciones? El vello del cogote se me erizó cuando comprobé que solo era mi alcoba la que no estaba perfectamente cerrada. Empuñé la pistola y me escurrí por el hueco de la abertura introduciéndome en el interior de la estancia. Para mi sorpresa

alguien había hecho la cama y se había dedicado ordenar discretamente la habitación. Tras las cortinas se apreciaba la figura de un cuerpo que miraba por la ventana hacia la calle. Entonces el miedo del primer momento dio paso a un pánico de proporciones mayores. No hay nada peor que enfrentarte a una situación que has imaginado un millón de veces y en la que sabes que siempre resultarás perdedor. Nuestros puntos débiles se hacen gigantes cuando uno no está seguro de querer luchar contra ellos.

No me hizo falta ver la figura que distraída se ocultaba tras el visillo; su aroma me inundó el olfato. Se percató de que había entrado y se volvió entonces retirando el velo blanco que la cubría. Estaba delante de mí, con la melena revuelta y ese insoportable atuendo que había utilizado como anzuelo. Los labios hinchados como muestra de su hazaña; Raquel debió de ser poco delicada y le apretó la boca con fuerza para engullir la bella frescura de su rostro pecoso. La claridad temprana del alba se colaba por la ventana y al fondo aún se podía escuchar la algarabía que acababa de abandonar. Me miraba altiva, elevaba su mentón reclamando dignidad y sus ojos se clavaron en los míos con una determinación que jamás había visto en su faz aniñada. Sin mediar palabra avanzó hasta donde yo estaba y empujó la puerta cerrándola de golpe. Me quitó el arma y la tiró al suelo.

—¡Eres un estúpido!

—Lo sé —respondí.

Otra vez arrimaba su cuerpo reclamándome, ahora ya descaradamente. Reprimí una vez más mi naturaleza. Era un estúpido, sí, estaba convencido, y ella se había colado en mi cuarto para decírmelo a la cara. Un tonto de remate que todavía creía que podía escapar de una tela de araña de ojos verdes y miradas furtivas. Un payaso que aún tenía fe en arrancar el motor japonés que me llevó hasta allí para poder así continuar con su camino. Un ingenuo, a fin de cuentas, que se mantenía aferrado a la creencia de que podía escapar de ella.

—¡Eres un estúpido! —repitió—. Matar a esos dos..., tú solo... eres muy desconsiderado —añadió enlazando sus delicadas manos tras mi nuca.

—...

—¿Y si llega a salir mal la cosa? ¿Y si te hubiesen matado?

—... —el deseo crecía por encima del agotamiento de mi cuerpo y me impedía articular ni una sílaba inteligible.

—No verte nunca más..., no lo habría soportado, Andrés —me recriminó

bajando la cara.

En ese momento abrí mi boca y de ella iba a salir, estoy seguro, alguna bobada, entonces mi ayudanta elevó la mano para posar su dedo índice sobre mis labios.

—¡Chsss!... ¡Calla!

Sé que es injusto, soy consciente de que mi mente no debería haberme apartado del momento en el que me encontraba, pero sucedió. La cálida yema tocando mi boca me transportó muchos años atrás, tantos que en ese instante sentí incluso vértigo. Me llevó a Madrid, al ático donde hacíamos guardia los vecinos del bloque, al justo momento donde Lucía había hecho el mismo gesto que ahora repetía Irene para terminar de destrozar mis estúpidos cimientos de convicción. Había pasado mucho tiempo desde aquello —para mí toda una vida— y, sin embargo, era la misma escena, un *déjà vu* que me anticipaba cómo iba a terminar la película, por mucho que intentara que no sucediese. ¿Era tan bruja que había sido capaz de poseer otro cuerpo? ¿Tan retorcida como para volver a atormentarme de nuevo? Mi cabeza daba vueltas, era incapaz de pensar con claridad, no sabía si rendirme o salir corriendo de aquella habitación, de aquella pensión, de aquel pueblo.

Entonces tomé su cabeza con ambas manos y la besé con fuerza. Igual me dio que lo hubiese hecho Raquel momentos antes, no tuve ningún escrúpulo. Con desesperación nuestras lenguas se juntaron para pelear, para hacer pagar a sus dueños el daño infligido durante las tormentosas semanas de lucha constante, de insinuaciones veladas y de rechazos forzados. Me arrancó el mono ensangrentado que cubría mi cuerpo y perdió sus manos en el mar de cicatrices de mi espalda. Palpé sus muslos y levantando la pequeña falda que vestía terminé por descubrir que no llevaba ropa interior. Me excité más aún y, sin separar mi boca de sus labios, la abracé levantándola del suelo. Su olor se metía a borbotones en mi ser, me inundaba dándome vida y me insuflaba la energía perdida durante aquellos penosos siete años, desde que desapareció Lucía.

¡Lucía... Lucía... Lucía!

Se encaramó a mí rodeándome por la cintura con sus piernas, rozando su sexo desnudo contra el mío de manera frenética, volviéndose loca y volviéndome loco a mí. Me dio pena de la ropa de la cama que, tan extendida, descansaba sin arrugas sobre el colchón de la alcoba. No quise desbaratarla; desde que Desiderio me enseñó la habitación por primera vez no la había

vuelto a ver así. Y con este estúpido pensamiento apoyé la espalda de Irene contra la pared empapelada junto a la puerta y allí nos poseímos como el par de salvajes que habíamos demostrado ser esa misma noche, como las bestias que se habían revelado para sorpresa de todo el mundo, incluso de nosotros mismos.

Puedo decir que la amé, pero no sé a quién.

Capítulo 108. Cimientos

Se expusieron los cadáveres en la Plaza Mayor. Más tarde se colgaron del muro que hay junto a la cuesta de entrada a la villa, justo en la curva de herradura, para que todo aquel que viniese al pueblo supiese cómo se las gastaban los pedrezanos. Eulalia Castro se opuso frontalmente a la exhibición grotesca de los cuerpos, pero la euforia de la victoria no respetó el punto de vista de la abogada. Pasada una semana convenció al nuevo alcalde para que descolgasen a la banda de los Virseda y también para que los diesen sepultura en el cementerio de las afueras del pueblo. Los cadáveres se bajaron del muro, sí, aunque los enterraron en una fosa en medio del campo, como a perros.

Desde la mañana siguiente al ataque comenzó a construirse el nuevo sistema político que debía evitar los errores del pasado. Así, después de enterrar a don Facundo, que murió como consecuencia del disparo recibido en el pecho, se realizaron unas elecciones donde Fernando Almansa salió elegido como regente de la localidad. El candidato de la oposición fue Jaime Bautista, pero apenas nadie lo votó, no obstante, Almansa le ofreció incorporarse al equipo de gobierno «pues no eran tiempos de enfrentamientos estériles», según declaró el recién elegido alcalde.

Fernando Almansa actuó con acierto y supo adoptar las medidas de urgencia que el pueblo necesitaba. Después, cuando el eco de la gesta se fue apaciguando, se dejó aconsejar de manera inteligente para transformar el pueblo en lo que es hoy en día.

Las armas que en su día los Virseda arrebataron a algunos vecinos de Pedraza, nunca se devolvieron a sus dueños. Fue una medida —tan controvertida como valiente— que propuso Eulalia Castro. Fue la propia abogada la que convenció a los propietarios de las escopetas acerca de la conveniencia de que, muros adentro, solo estuviesen armados los hombres de la nueva policía. Tal es así que, desde aquel día, el que visite el pueblo portando un arma debe dejarla bajo la custodia del cuerpo de guardia para recogerla cuando abandone la localidad.

Orden y progreso. Ese era el nuevo lema, idéntico al que reza en la

bandera de Brasil.

El mismo grupo que la noche de las cabezas cortadas se conjuró para atacar a los Virseda continuó reuniéndose en la pensión de Desiderio y con el tiempo esto se convirtió en el consejo de notables donde se debatían distintos asuntos del pueblo y del cual tomaban buena cuenta los nuevos poderes ejecutivos, legislativos y judiciales de la villa.

La primera decisión fue la de crear una policía que se encargase de la seguridad. El cónclave al completo coincidió en que había sido una imprudencia de magnitud considerable haberle dejado con tan pesada labor a solo un hombre —al malgrado Paco Lucena— y, a falta de Guardia Civil reglamentada, era urgente implantar un cuerpo que mantuviese el orden entre la gente. Se nombró a Íñigo Cuesta como jefe de seguridad y él mismo se encargó de reclutar a media docena de muchachos para que le echasen una mano en su cometido.

—Pero no te olvides, Íñigo. Aquí habrá la misma justicia para todos, incluidos policías, políticos, jueces o quien sea —advirtió el nuevo alcalde a Íñigo nada más nombrarle en su cargo.

Una parte importantísima del desarrollo de esta sociedad fue la que aportó —y sigue aportando— Eulalia Castro. La abogada siempre ha sido una demócrata convencida y, si no hubiese sido por su contrapunto en ciertas decisiones, no se hubiese conseguido el equilibrio —en lo que a justicia se refiere— del que disfruta el pueblo hoy en día. Fernando le hizo redactar las normas básicas de convivencia y estas se escribieron en un cartel que se colgó encima del arco de entrada a la localidad, para que propios y extraños pudiesen leerlas.

La letrada dejó plasmados también en dicho cartel los tipos de delitos de manera clara y sencilla a petición del nuevo regente. Así, por ejemplo, un robo es una falta leve o grave en función de lo sustraído, un atraco o una agresión serán siempre una falta grave y la violación, asesinato, secuestro o tortura, la licenciada los definió con el carácter de muy grave.

Tipificar los delitos, sin duda alguna, fue un trabajo de proporciones épicas, pero decidir las penas a aplicar en cada uno de los casos nos llevó varias semanas de acalorados debates. El mundo del orden murió cuando se fue la luz —aquel maldito viernes de verano—, sin embargo, a la letrada parecía costarle entender que las penas no podían ser como las que se

dictaban en aquel entonces, bajo el amparo de sistemas democráticos ampliamente consolidados.

—¡Qué no, Eulalia, qué no!

—¿Cómo qué no? ¿Por qué?

—Porque esto ya no funciona como antes. Las condenas tienen que ser más sencillas..., más directas —rebatía Jaime a la abogada—. No podemos andarnos por las ramas, Tampoco podemos permitirnos un sistema penitenciario. Eso supondrá un dineral para el pueblo.

—Entonces, ¿qué propones?

—Sanción administrativa para faltas leves, exilio para las graves y horca para las muy graves.

—¡Ni hablar!

Y así estuvimos varios días. La mujer no toleraba los castigos físicos ni entendía un sistema judicial en el que las condenas no se pagasen con cárcel. Dentro del consejo de notables hubo opiniones de todo tipo, pero a pocos parecía seducirles la idea de mantener un presidio en el que los reos cumpliesen sus castigos. Tendría un coste que nadie parecía querer soportar. Al final, el alcalde decidió montar un referéndum para que fuesen los ciudadanos los que eligiesen entre la propuesta de Eulalia Castro o la de Jaime Bautista y creo que Fernando lo hizo solo por el respeto que le tiene a la hoy jueza del pueblo.

La propuesta de Jaime Bautista barrió en las urnas, lo que frustró sobremanera a la pobre abogada, que veía cómo se derrumbaba la posibilidad de montar una democracia real, como la de antes. El palo fue gordo y a punto estuvo de desentenderse del consejo de sabios y de no querer participar en la administración de justicia. Otra vez, el paciente recién nombrado alcalde, tuvo que emplearse a fondo para convencerla de que permaneciese a su lado.

—Solo formaré parte de esto si aceptáis que el reo condenado a muerte no sea ejecutado de inmediato.

—¿Cómo? —preguntó indignado Jaime.

—Se respetará un plazo de, al menos, tres meses antes de ejecutarlo. En dicho plazo el condenado podrá nombrar a un representante para que busque pruebas en su defensa. Se trata de un margen mínimo para el preso.

—¡Pero habrá que tenerlo encarcelado durante ese tiempo! —se quejó el líder de la oposición.

—Obvio.

—El pueblo ha votado que no.

—No —puntualizó con vehemencia Eulalia—. El pueblo ha votado «no» a un sistema penitenciario. Esto que yo propongo es un tiempo de gracia para el condenado a muerte, nada más.

—Pues yo creo que...

—Así será —atajó entonces el nuevo alcalde—. Se concederá la moratoria de tres meses al condenado a muerte para que pueda defenderse en última instancia, y no hay más que hablar.

Y gracias a esta medida, con la que en aquel momento yo no estaba de acuerdo, he podido escribir las memorias que usted está leyendo.

Capítulo 109. Las cumbres

Dejé la posada de Desiderio para acomodarme en casa de Irene. Ella era huérfana de padres desde el mismo día en el que lo fui yo. A sus progenitores el apagón los pilló trabajando en Barcelona y nunca regresaron a Pedraza. Su abuelo se encargó entonces de ella y el hogar donde habitó con sus padres quedó abandonado hasta el día en que Irene decidió hacer uso de su legítima herencia.

Hacíamos el amor todos los días, a veces hasta dos y tres veces. Creo que llegué a enamorarme de ella, tal vez no tanto como debería haberlo hecho, pero así fue. El único inconveniente que tenía aquella casa era que desde nuestra habitación se contemplaba la Sierra de Madrid, igual que desde el ventanuco de la celda en la que ahora me encuentro. Eso hizo recordarme, día tras día, que en lo alto de alguna de sus cumbres debían de seguir los restos ya descompuestos de mi amada Lucía. En ocasiones me quedaba ensimismado mirando la cordillera durante horas. Me encerraba hasta tal punto en los recuerdos amargos que evocaban las montañas, que no atendía a los requerimientos de Irene. Un día, desesperada, me suplicó que le contase qué me pasaba. Lo hizo con lágrimas en los ojos y no pude negarme. Pensé que después de mi confesión nuestra relación terminaría, pero por el contrario pareció despertar en ella un mayor amor por mí. Pobre Irene, ahora que mis días están llegando a su fin, siento que fui injusto con ella. Espero que sepa perdonarme.

Adaptamos el cobertizo de su abuelo para convertirlo en un taller en condiciones y desde entonces nunca nos faltó trabajo. Conseguimos finalmente arrancar el Patrol, sin embargo, no regresó a mí el anhelo de retomar mi viaje; mi lugar estaba definitivamente en este pueblo. ¿Cómo abandonar un sitio donde uno se sentía partícipe de algo grande? Sí, señores, sí. En esta bendita villa he llegado a ser alguien, aunque esté feo decirlo. Contaba con el reconocimiento de sus gentes, que me adoptaron como si me hubiesen parido entre los antiquísimos muros que protegen la ciudad. También disfrutaba del respeto de sus dirigentes y prueba de ello es que atendieron a varias

propuestas que realicé en el consejo de notables. En sus callejuelas, y en las de los pueblos vecinos, se hablaba con admiración de aquel joven venido desde lejos que inició la épica revuelta del 4 de Noviembre. También se conversaba acerca del mecánico que daba vida a los coches modernos y poco a poco fueron apareciendo en el pueblo nuevos ricos dispuestos a revivir los Mercedes que se pararon aquel día de verano. Las señoras me saludaban al pasar y los niños me interrumpían a menudo, cuando echaba alguna tarde en el bar de Desiderio, para que les garabatease un papel con el que luego salían corriendo calle arriba mostrándolo como si de un trofeo se tratase.

«Conseguid a un orfebre», le dije a Fernando Almansa después de contar en el consejo semanal de sabios lo que vi en Comillas. El alcalde se quedó pensativo y acalló de inmediato a los que se mostraron contrarios a la idea. Tomó nota y les encomendó la tarea a dos muchachos que sabían montar a caballo, ya que así podrían ir en busca de nuestro nuevo Judío con mayor presteza. En un par de semanas teníamos a un artesano fundiendo oro en un horno que mandó construir el regente en la planta baja de la casa que, como parte del trato para reclutarlo, se cedió al joyero. Pasados seis meses, la gran mayoría de los tratos que se cerraban en el mercado, así como en el pueblo, se satisfacían por medio de las nuevas monedas marcadas con el escudo de la ciudad. Se decidió fundir también plata, pues al principio parecía haber carestía de oro. La idea del acuñado de argenta facilitaba los pagos fraccionados de bienes pequeños donde un gramo del metal dorado excedía el valor de lo que se pretendía comprar. El uso de las monedas plateadas ayudó a ajustar los precios de manera más exacta.

Puedo asegurar que en Pedraza se consiguió mitigar la anarquía reinante, instaurada desde el Día Cero, hasta entonces. Se logró imponer un orden que quedaba acotado por unas leyes claras y concisas. Normas alejadas de los caprichos y de los abusos a los que acostumbran los tiranos, pues es del pueblo de donde mana el poder de su justicia. Rara era la semana, sobre todo en los inicios del gobierno del nuevo alcalde, en la que no se celebraba un referéndum acerca de las diferentes medidas a adoptar. Se hacía de manera ágil y en el mismo día se obtenía el resultado, ya que se convocaba a votar a todos los habitantes en la mañana del domingo y luego, después de comer, se hacía el recuento de las papeletas bajo los soportales de la plaza, a la vista de todos.

El mercado creció, la recaudación municipal también lo hizo y Pedraza comenzó en poco tiempo a ser un referente de orden y de prosperidad en la zona. Así pues, en el primer aniversario de la noche de las cabezas cortadas —que es como se bautizó la violenta madrugada que relaté unos capítulos atrás—, los municipios colindantes de Matabuena y Arcones se acogieron a los fueros de Pedraza. Dichas localidades, con sus respectivas pedanías y barrios, pasaron a depender de la ciudad amurallada, acatando las normas de convivencia que redactó Eulalia Castro. Los pueblos anexos a nuestra villa, que dependían de esta de manera «normal» hasta el Día Cero, fueron los primeros en quedar bajo el amparo del gobierno de Fernando Almansa. De los nuevos vecinos agregados al municipio se reclutó personal para la guardia de Íñigo Cuesta, así, la ley se hizo cumplir en la vasta extensión que ya entonces gobernaba su poderoso alcalde. La influencia de Pedraza fue creciendo y, hasta el día en el que me condenaron a muerte, sé que estaban a punto de unirse a nosotros El Arenal y Torre Val de San Pedro.

El progreso del pueblo se tradujo en mayor población. La demanda de terreno para construir intramuros se disparó, así que se permitió edificar en la explanada frente al castillo. Poco después, el ayuntamiento pasó a gestionar el abandonado cuartel de la Guardia Civil para convertirlo en pisos debido a la incesante llegada de artesanos, comerciantes, agricultores, artistas y demás personas que ansiaban vivir entre nosotros. Al tiempo, el consistorio hizo lo mismo con el interior del castillo, que convirtió en cuatro enormes viviendas solo aptas para los bolsillos más acaudalados de la zona.

Todo marchaba bien, sin embargo, la inquietante presencia de las cumbres que quedaban al sur en el horizonte me impedían descansar por las noches.

Capítulo 110. Con ella

A menudo lloraba sin motivo alguno, o tal vez eran las penurias del pasado que volvían para torturarme sin descanso, no lo sé. La cuestión era que, sin razón para estar deprimido, me deprimía y me ahogaba en mi soledad sin estar solo. Es difícil explicar lo que me pasaba, pero es así como me sentía.

El taller funcionaba bien. Trabajábamos sin descanso reacondicionando coches de los de antes, maquinaria agrícola y hasta una moto rescatada de algún cobertizo olvidado, vaya usted a saber de dónde. Al igual que el negocio que regentó el difunto Laro, nuestros clientes fueron agricultores y ganaderos de bolsillos generosos adaptados como anfibios a esta nueva era. Nos empleamos con mayor frecuencia en tractores y motocultores que restaurando coches —esa es la verdad—, pero, de igual manera, solo los que se podían costear el llenado de sus carísimos depósitos de combustible eran los que nos encargaban los trabajos. Es posible que las gentes de este lugar entendiesen más interesante invertir el gasóleo en labrar la tierra que en dar ostentosos paseos a lomos de un Audi, aunque también aquí los hay de estos, no se vayan a creer.

Irene aprendía el oficio con asombrosa facilidad y cada vez era más autónoma en las faenas que desempeñaba. Con cierta frecuencia la dejaba sola en el taller cuando yo me desplazaba a los desguaces a por piezas. En más de una ocasión, al regresar y para mi sorpresa, me encontraba con algún trato cerrado con un nuevo cliente. Y como sus artes negociadoras, su sonrisa embaucadora y su mejor aspecto propiciaban acuerdos más beneficiosos para el negocio, al poco tiempo este particular se lo conferí a ella.

Cualquiera que nos viese podría asegurar que éramos felices, pero no era así. Cuando terminábamos nuestra jornada laboral, nos marchábamos a casa y allí comenzaba mi absurdo tormento. Creo que la cosa empeoró desde que ella me pidió que le diese un hijo. ¡Como si yo tuviese el poder para conceder tal cosa!

—Hija, lo hacemos todos los días, a veces hasta dos y tres veces —

argumentaba yo, desesperado—. ¡No sé qué más puedo aportar!

Pero a ella le daban igual mis pretextos, solo ansiaba quedarse embarazada. Anhelaba parir un chiquillo y criarlo porque por fin había seguridad en el pueblo para que la criatura jugase y creciese, decía. Además —para aquel entonces— Pedraza disfrutaba de un colegio donde asistían los niños de la comarca.

La cuestión era que cuando me lo planteó ya llevábamos un año de relaciones y, sin embargo, ella nunca tuvo una falta en su periodo. Yo le dije que seguramente el problema sería mío ya que ni a Lucía ni tampoco a Susana Rojas —la hija del zapatero de Burgos— jamás les engendré vida en su vientre, a pesar de haberlas inseminado en repetidas ocasiones. No mencioné en la lista de amadas a Victoriana —la madre de Susana—, pues nuestros encuentros fueron más bien escasos y también porque seguramente aquella mujer no estaría ya en edad de procrear, digo yo. Visitamos al médico del pueblo y me recetó pócimas de la farmacia que sabían a rayos. Meses después fuimos a ver a una bruja y esta se dedicó a echarme humo de tabaco y a escupirme licores nauseabundos por el cuerpo. Todo esto sin olvidar acudir diariamente a la iglesia para rezar, donde además poníamos velas a la Virgen para ver si Ella podría obrar el milagro que en Ella obraron, pero no hubo manera.

El tiempo iba pasando y el ansiado bebé no llegaba. Cambió el humor, la complicidad, la ternura. Sin llegar a odiarnos, el asunto del niño parecía marchitar la juventud de Irene y, aunque nunca me culpó de nada, yo me sentía fatal. Pasamos de hacer el amor con pasión a convertirlo en el experimento químico que tenía que dar como resultado una nueva vida. Cuando más debíamos hacerlo, menos fuimos practicándolo y eso mismo fue apagando nuestra relación.

Ya no existen los milagros de la ciencia por los que antes una pareja estéril podía conseguir engendrar vida. Solo el método natural es la única vía para tener un hijo en estos tiempos.

Cuando llegaba agotado a la cama todas las noches, la lista de gente que rememoraba como costumbre se hacía, desde bastante tiempo, ya muy extensa. Mis padres —los de verdad y los adoptivos—, la bruja de Lozoyuela, la familia de Zael, las hermanas del convento de Burgos, la pobre Juana y el desgraciado de Laro —que, aunque tenía motivos más que suficientes para

odiarlo nunca lo pude hacer—, el pequeño Damián y Lucía. Siempre Lucía.

Me costaba conciliar el sueño, me levantaba de la cama para asomarme al balcón de la habitación y así me pasaba las horas muertas. Las noches de luna llena se podía vislumbrar el corte irregular de las montañas sobre el firmamento estrellado y mi imaginación me trasportaba hasta la cumbre donde descansaba ella. Irene se despertaba alguna vez, la notaba moverse en la cama, y me observaba preocupada desde el colchón. Al principio parecía no enfadarle demasiado, pero después, debido a mi conducta obsesiva y repetitiva, pasó a mostrarse hastiada con la situación para terminar, más adelante, por no hablar del tema.

Así, finalmente, fue un Día de Todos los Santos cuando decidí coger el todoterreno japonés y subir al puerto donde debían descansar los restos de Lucía. Los días previos a la festividad todo el mundo se ocupaba en adecentar las tumbas y adornarlas con flores. A todas horas podía verse un goteo de gente camino del camposanto portando cubos y trapos para dar lustre a los nichos y lápidas, para limpiar el velo del tiempo que nos separa de aquellos que no viven entre nosotros, para mostrar que no nos olvidamos de nuestros seres queridos. Cada flor vendida, cada persona que regresaba del cementerio con la labor cumplida, cada vela ofrecida, clavaba en mí un puñal de miseria. El puerto no estaba lejos y no había tenido la decencia de, al menos, haber ido a visitar el lugar donde ella perdió la vida. Cuanto más se acercaba la fecha peor me sentía. El día uno de noviembre de aquel año no pude resistir la obligación que me impuse y me marché a la Sierra sin decirle nada a mi compañera de vida.

Fue acercarme a la montaña y comenzar a brotar los recuerdos de lo que sucedió. Subí por la senda que aquel día me vio pasar desesperado, aunque en aquella ocasión me alejaba de la cumbre con la vista velada por las lágrimas de mis ojos. El Patrol escalaba camino del alto entre el ruido ronco de su motor reparado. Se balanceaba nervioso al cruzar los socavones y los regueros que plagaban el camino y me zarandeaba en su interior como anticipando la tortura que estaba a punto de vivir. Coroné la maldita montaña, abandoné el coche y busqué la elevación que debía señalar la tumba de Lucía. Me puse nervioso porque creí que había desaparecido, que habían exhumado el cadáver por alguna extraña razón. Miré a mi alrededor, alguien se estaba riendo de mí, algún ser retorcido había esperado allí durante más de nueve años para ver mi confusa reacción al descubrir que el efímero rastro de ella en

este mundo —el único al que podía aferrarme— había desaparecido. Grité y maldije aquel paraje. Insulté a todo aquel que pudiese estar mirándome oculto tras algún árbol o de alguna roca. Cuando mi alma se sosegó me di cuenta de que no estaba exactamente en el lugar que buscaba. El sitio quedaba un poco más abajo, así que corrí animado por la nueva esperanza. Un lecho de hierba cubría la zona donde ocurrió todo. Me adentré en él abandonando el camino y descubrí el montículo que yo mismo hice para dar sepultura a Lucía Hernández. La cruz que realicé utilizando dos ramas, estaba ahora desbaratada sobre la tumba. Los cruceros aún se mantenían débilmente unidos por los cordones que utilicé para conformar el símbolo de los cristianos. Ya no tenía duda alguna; era el lugar.

Me tiré al suelo y abracé aquella absurda elevación de tierra que para mí era como su propio cuerpo. Respiré el suelo que daba descanso a sus restos y percibí el mismo aroma que me emborrachó por primera vez aquella noche en la azotea de Madrid. Lloré de alegría porque por fin me había reencontrado con mi viejo amor. Le puse una cruz que compré a escondidas en el mercado de Pedraza y a los pies de la sepultura unas flores que cogí por el camino. Le conté todo. Hablé con ella sin parar y le describí con pelos y señales cada una de las hazañas que viví desde que nos separaron. Escuché sus risas cuando la situación le pareció jocosa y sus silencios cuando lo que le relataba era penoso. El día se agotó por completo sin darme cuenta de ello. Había tanto de qué hablar, tanto de decirse, que ni el hambre ni el frío podían arrancarme de su lado.

Regresé a casa de noche. Las puertas del pueblo ya estaban cerradas. Dio la casualidad de que aún no había abandonado el puesto de guardia Íñigo Cuesta, que me reconoció y solo por eso pude pernoctar en mi casa.

—Ha estado aquí Irene —dijo el jefe de seguridad cuando me abrió la cancela—. Estaba muy preocupada.

Entré en casa con calma. La luz del candil iluminaba la estancia tímidamente y me permitía ver la cabeza de Irene sobresaliendo por encima del respaldo del sofá. No se giró. Inundado por la vergüenza avancé por el salón y me senté junto a ella. Tenía la mirada perdida y se notaba que había llorado mucho. La incertidumbre destruyó la frescura de su rostro y los nervios habían devorado aquella preciosa sonrisa que, desde hacía tiempo, era cada vez más difícil ver. En ese preciso momento fue cuando entendí que aquella mujer nunca sería feliz a mi lado. No podría lograrlo simplemente

porque yo no lo era. Los fantasmas del pasado eran demasiado pesados para quitármelos de encima, además ya no sabía ni siquiera si quería despojarlos de mi mente. El camino andado había sido duro y las consecuencias las estaba pagando esa pobre muchacha.

Injusto, era muy injusto.

—¿Dónde has estado? —susurró sin mirarme.

Un nudo atenazó mi garganta, no podía hablar. Mezquino y vil, así de sencillo. Desde el primer momento supe que no debía rendirme ante sus encantos, fui débil y ella lo pagó.

—¿Dónde has estado, Andrés? —repitió con idéntica expresión.

—He estado con ella.

Capítulo 111. Arte

El pueblo seguía su rumbo ascendente, brillante e imparable. La envidia de la comarca a la que cada vez más gente se quería sumar. La prosperidad era palpable en la zona y eso se traducían en lujos de los que empezábamos a disfrutar y que hasta el momento eran impensables. Para mí, la prueba de que una sociedad goza de una cierta salud se refleja en el arte. Hay o no hay.

Desde el Día Cero, el primer asomo artístico lo vi aparecer tímidamente en Burgos. En la ciudad del Arlanzón, se veía alguna banda tocando por las plazas o, en ocasiones, a alguna pequeña compañía de teatro representando un entremés fugaz en la plaza de la Catedral. En Comillas, después del empujón que experimentó la villa tras la llegada de Primitivo el Judío, tales representaciones eran más habituales y posteriormente, además, disfrutamos del baile donde podíamos escuchar música tocada por una orquesta profesional. Aquí en Pedraza ya tenemos teatro casi todos los fines de semana, alguna vez hasta con dos representaciones distintas. Disfrutamos de conciertos de música clásica por lo menos una vez al mes porque, al parecer, esta villa ya tenía costumbre de ello desde antes del apagón. Tampoco se hace ya raro encontrar a algún pintor vendiendo lienzos en el mercado, o pintándolos por las calles del pueblo. También hay danza, algunas modernas y otras pertenecientes a los folclores de la zona, que se hacen en la plaza y que se sufragan con las aportaciones de los improvisados espectadores al final de la representación. La música clásica y el teatro los organiza el ayuntamiento y cobra a moneda de gramo dorado por cabeza.

Sí señores, cuando el pueblo tiene dinero para gastar en algo que no le va a llenar la panza se puede decir que se ha alcanzado un bienestar social razonable. Definitivamente el lema «orden y progreso» ha dado sus resultados.

El nuevo sistema de gobierno funcionaba incluso mejor de lo que cualquiera hubiese pensado en un principio. En la zona de influencia de Pedraza parecía que, de repente, hubiesen desaparecido los malhechores, pues apenas se tuvo noticia de robos o abusos de cualquier tipo. Las trifulcas menores entre vecinos se resuelven con juicios presididos por Eulalia Castro,

que siempre ha sido justa, razonable y comedida en sus sentencias. Es muy posible que el ser humano al saberse vigilado muestre mayor tendencia a encauzarse en el camino de los actos honrados —o al menos a los no ilegales—. Prueba de ello es que, hasta el día de hoy, solo ha habido en el pueblo dos sentencias que condenasen al destierro a un par de procesados e igualmente solo dos veces la pena dictada por la jueza ha sido de muerte; la mía y la de uno al que conocían como Urbano el Loco.

El de Urbano fue el primer juicio en el que se acusaba a alguien de una falta muy grave, cosa que despertó una gran expectación en la localidad y en su zona de influencia. Urbano el Loco había violado a una mujer en un huerto que quedaba cerca del puente romano. Lo sorprendieron encima de la muchacha un par de hombres que pasaban por el camino y que, aunque no lograron echarle el guante, lo reconocieron de inmediato. El Loco vivía en Rades de Abajo, así que la guardia de Íñigo Cuesta se personó en su casa y allí estuvieron esperándolo durante casi una semana hasta que el pájaro hizo acto de presencia. El juicio se celebró a puerta cerrada y duró dos jornadas completas. Durante aquella semana la jueza Eulalia Castro se aisló en los juzgados y no mantuvo contacto con nadie que no fuese personal implicado en el proceso. Tardó otros dos días más en comunicar su fallo y, conociéndola como la conozco, estoy seguro de que la mujer lo debió de pasar peor que el propio Urbano, del que decían que no mostró en ningún momento signo de estar padeciendo suplicio por la incertidumbre de su suerte. Al parecer la sonrisa estúpida de su rostro no desapareció ni cuando estaba subiendo al cadalso.

La sentencia se comunicó por medio de un edicto. En el anuncio se indicaba que durante el plazo de, al menos tres meses, el reo estaría encarcelado bajo la custodia de la guardia de Pedraza y se hacía saber que si alguien tenía algún testimonio que pudiese librar de la pena al condenado, o que al menos plantease alguna duda razonable sobre los hechos que se le imputaban, que lo hiciese saber a cualquier autoridad del pueblo sin demora.

Pasaron los tres meses y nadie alegó nada en favor del Loco. Su representante, que en aquel caso fue el propio hermano del condenado, tampoco encontró ninguna prueba que pudiese evitar la ejecución de la pena y, tal fue así, que, durante los noventa días de moratoria, el intercesor ni siquiera solicitó una vista con Eulalia.

La horca se montó en la Plaza Mayor. Se fijó la fecha para un sábado y se pusieron carteles por la localidad anunciando el acto. El ahorcamiento se convirtió en un reclamo en la villa, también en sus alrededores, así que aquel día no cabía un alma en el citado sitio. Dos hombres de la guardia subieron al cadalso a Urbano agarrándolo por los brazos con fuerza. Delante del condenado, Eulalia leyó el fallo y la ley por la que iba a ser colgado. Se le permitió entonces decir unas últimas palabras y Urbano el Loco las aprovechó para insultar a todos los presentes, tribunal y guardias incluidos. Como el reo no dejaba de lanzar improperios y de hacer gestos obscenos al público congregado, Íñigo optó por taponarle la cabeza con una capucha negra y después lo condujo a empujones hasta situarlo bajo la soga que debía ajusticiarlo. El jefe de seguridad agarró el cabo con decisión y le puso el lazo al cuello sin la menor de las vacilaciones. No le pusieron un pañuelo en la boca, creo que con las prisas se le olvidó a Íñigo —al que se le notaba algo nervioso porque era suya la labor de tirar de la palanca que debía abrir la trampilla— así que los insultos desquiciados de Urbano se escucharon hasta el mismo momento en que aquel desgraciado quedó colgando como un péndulo humano delante del público.

La gente estalló entonces en júbilo y debe ser que más de uno encontró el momento cómico, porque varios fueron los que se rieron e hicieron chistes a costa del primer condenado a muerte de Pedraza. También hubo aplausos y vivas a la jueza, que para entonces ya había desaparecido del lugar

Ya sé lo que me espera y sin embargo mi cuerpo no tiembla.

Capítulo 112. Me alegro, de veras.

Ya apenas hablábamos, a excepción de cuando estábamos en el taller, donde las conversaciones —frías e impersonales— quedaron confinadas a temas profesionales. Ya no nos tocábamos ni nos besábamos ni hacíamos el amor. Un día decidió abandonar la cama para dormir en un colchón que se agenció en el mercado de los jueves y que dispuso en el salón, al lado de la chimenea. Ese mismo día me fui de casa para volver al hostel de Desiderio. Cuando aparecí en la puerta, cargando con mis pertenencias, el dueño de la posada no se mostró sorprendido. Ni siquiera me preguntó por qué volvía a hospedarme en su pensión, cosa que me hizo saber de inmediato que el desencuentro entre Irene y yo era ya bien conocido en el pueblo.

Al alba nos encontrábamos para trabajar bajo el techo de aquel cobertizo que nuestra ilusión había transformado en un floreciente negocio. Siempre le preguntaba qué tal noche había pasado y ella, de igual manera, siempre me respondía que bien, aunque las bolsas amoratadas bajo sus ojos me dijeren lo contrario. Alguna vez la vi hundir la cabeza en el vano de un motor para llorar disimuladamente después de haber estado tratando conmigo algún asunto. Me sentía fatal, pero no quería sacar de nuevo el tema, sabía que eso solo ahondaría la herida.

La decisión de vivir en Casa Desiderio tenía carácter provisional, pero se fue prolongando y finalmente solo la abandoné para dar con mis huesos en este presidio en el que ahora me encuentro a la espera del último sábado de mi vida.

Con el tiempo, cada vez era más frecuente verme anclado en la barra situada en la planta baja de la posada. El vino se hizo mi compañero al anochecer. Mitigaba el inexplicable dolor de mi alma, también me acunaba entre sus dulces brazos ayudándome a conciliar el sueño. Más de una noche el dueño de la pensión tuvo que negarse a servirme la última copa para invitarme, paciente, a que me marchase a mi habitación. El pobre Desiderio tuvo que aguantar mis lamentos pueriles, mis historias desvariadas, mis

recuerdos lamentables —plagados de muertes y desdichas—, el infortunio que me tocó padecer en esta vida. Por si no fuese poco con eso, el hombre también tuvo que cargar conmigo, escaleras arriba, cuando me quedaba inconsciente sobre la barra del bar o tirado en el suelo, envenenado de alcohol y de pena.

Para mí, todo se convirtió en una rutina lamentable. Trabajo, vino, ir los sábados por la tarde a los bares de la plaza —para beber más vino— y visitar la tumba de Lucía los domingos. Ya despojé de mi mente la idea de volver a Madrid, al igual que la de continuar con mi absurdo viaje a Alicante para encontrarme con mi tío Ignacio. ¿Para qué? ¿Para estrellarme contra historias igual de tristes a las que ya viví? ¿Para atormentarme más al conocer el destino cruel de algún ser querido? No, por pura cobardía. No, como mecanismo de defensa de este ser trastornado. Ya no más. Aquí decidí un buen día que terminaría muriendo y así va a ser; apenas me quedan seis días para ver el cadalso y a la horca que la preside. Seis días para encontrarme por última vez con Eulalia Castro y también con Íñigo Cuesta, que va a tener que tirar de la palanca, el pobre.

Los días pasaron, el invierno dejó paso a la primavera y una mañana noté que el brillo había vuelto a colmar de nuevo los ojos verdes de Irene. Su piel recuperó el esplendor que un día tuvo y la sonrisa huida regresó a su cara. El cabello volvió a desplegar el encanto que perdió, noche a noche, por mi culpa. Estaba claro que se había vuelto a enamorar, lo sabía, no me hacía falta comprometerla con una incómoda pregunta. Semanas después la vi paseando por el pueblo con ese muchacho que es actor. Se tensó al verme y forzó un bucle para no encontrarse de frente conmigo, sin embargo yo no pude hacer otra cosa que alegrarme por ella.

—Verás, Andrés... Quería contarte una cosa.

—No hace falta. Sé que estás saliendo con ese chaval que actúa en las obras de teatro.

—Se llama Saúl —manifestó tímidamente—, también es pastor.

—Me alegro por ti, Irene. De veras.

La muchacha se fue para casa intentando ocultar las lágrimas que brotaron de su océano esmeralda. Se dio media vuelta y escuché entonces un «hasta mañana» ahogado por un gallo traicionero.

Aquella noche Desiderio me tuvo que subir a la habitación, una vez más.

Fue peor el día que me dijo que se había quedado embarazada. Me alegré

y la aupé con fuerza en el taller, después la abracé con vehemencia. Me emperré en querer celebrar la buena noticia invitando a los futuros padres a unos vinos en el figón de la Plaza Mayor. Acudieron a la cita y fue todo muy violento. Saúl se encontraba incómodo y no fluyó ninguna complicidad entre los tres. Yo alzaba mi copa por la pareja una y otra vez, pero ellos me acompañaron solamente en los dos primeros tragos, después, como el caldo se calentaba en sus copas yo me lo bebía y les servía de nuevo, pero ellos no tomaron más. Al final me abandonaron en la mesa utilizando como pretexto el madrugón que tenía que meterse el pastor para cuidar del ganado. No los culpo, reconozco que mi comportamiento no fue correcto y sabe Dios qué tonterías pude llegar a decir cuando mi cerebro estuvo inundado de alcohol. Deambulé por las calles solitarias del pueblo, cantando allí, meando allá, vomitando más abajo y terminé siendo acompañado por la guardia hasta la pensión.

Si pudiera pedir vino en la cárcel en la que me encuentro bebería hasta morir.

Capítulo 113. En mitad de la calle

Las noches de verano ya eran frías. Comenzaba el mes de agosto y quiso Dios que las cosas sucediesen así, porque de otro modo hubiera sido imposible.

Al terminar mi jornada regresé a la pensión, como todos los días. La luz era escasa y algunos viandantes caminaban portando faroles aún apagados para cuando la oscuridad cubriese el pueblo. Entonces me crucé con él. Se desplazaba lento, sin prisa, con la mirada fija en el suelo de la calle por la que avanzaba y con la cara tapada parcialmente por las solapas levantadas de su cazadora. Creo que no se percató de mi presencia, tampoco tenía por qué hacerlo. Había sido día de mercado. Al tránsito animado del pueblo se unía el trasiego de los mercaderes que abandonaban Pedraza, unos encima de carretas tiradas por mulas y otros cargando a pie con grandes bolsas apoyadas en sus castigadas espaldas. Pasó a mi lado y pude notarlo, tienen que creerme. Percibí una vibración en el cuerpo que terminó por desencadenar en un pinchazo agudo en la boca del estómago. La silueta de aquel tipo se mostró entonces más clara, más precisa entre el barullo de gente que recorría la calle. Era su contorno, su caminar. Me quedé bloqueado en mitad de la vía mirando cómo se alejaba, ajeno a mí. Un carretero protestó en voz alta para que me apartase de su camino, entonces desperté del ensimismamiento que me atenazaba y decidí seguir a aquel hombre. Caminé tras él, se deslizaba entre la gente sin dejar de hundir la barbilla en el pecho, con las manos metidas en los bolsillos, protegiéndose del frescor incómodo que sigue al calor que aún inflige el sol de agosto en Castilla. Aceleré el paso para confirmar mi sospecha, aunque desde el primer momento supe que era él. Pero era tan surrealista, tan descabellado que me parecía una alucinación. Un capricho demasiado retorcido del destino, como si este quisiese jugar conmigo.

El viento se encarrilaba por la calle anticipando una noche de manta gorda y manga larga, pese a no haber llegado aún el otoño. El susodicho se metió por Calleja del Campo para después girar en Calle Mayor, camino de la plaza del mismo nombre. Sentí el impulso de correr hasta él y detenerlo en medio de la

vía, de hacerle saber quién era yo para después darle muerte allí mismo, sin ninguna explicación más. O mejor, no darle la oportunidad de enterarse de nada, por hijo de puta. Podía hacerlo pues nunca me separé de la pistola que conseguí la noche de las cabezas cortadas. Me hice el sordo ante el requerimiento por parte del alcalde de entregar todas las armas que tuviesen los habitantes del pueblo y por esa razón, desde ese mismo momento, el hierro que llevaba pegado a mis costillas se había vuelto ilegal.

Aceleré el paso acercándome a mi objetivo. Caminaba distraído, sería fácil. Uno, dos; tengo el seguro quitado. Tres, cuatro; abro el abrigo y monto el arma. Cinco, seis; pego el cañón en su nuca. Siete; aprieto el gatillo. En el último momento decidí no hacerlo, frené mi impulso. Tal vez estaba viendo un fantasma, solo un cruel engaño generado por un cerebro castigado que no descansaba ni de día ni de noche. Sí, todo me decía que era él, pero matarlo sin tener la certeza al cien por cien me pareció desproporcionado.

Al llegar a la plaza, Fernando Almansa —para mi sorpresa— lo detuvo y comenzaron entonces a charlar en medio de los puestos desbaratados del mercado, ajenos a los sonidos apagados, a los rostros cansados y a la porquería inmundada que deja siempre, como una marea, el paso de los mercaderes. Pasé alejándome de la pareja y me senté en una mesa del bar que queda en los soportales junto a la iglesia. El alcalde se había percatado de mi presencia y sé que me vio transcurrir sorteando los carros, bestias y personas hasta que me acomodé en la terraza, pero continuó hablando con aquel malnacido. No le quité la vista de encima esperando que en algún momento el individuo sacase sus manos de los bolsillos confirmando así mi corazonada, cosa que no hizo ni para despedirse de nuestro regente. Cuando terminaron su charla me levanté decidido a continuar con mi persecución, pero para entonces Fernando Almansa ya dirigía sus pasos directo hacia mí.

—¡Andrés, cuánto tiempo!

Una mueca en su rostro dejaba ver un atisbo de lástima, de compasión. Debía de saber de mi decadencia, de mi estado lamentable, de mi querencia al vino y a las noches de tormento, de mi paso de prohombre de la ciudad a pobre diablo de tasca y tugurio.

—¿Quién es ese con el que acabas de hablar? —interrogué tajante.

—¿Te refieres a don Marcial, el nuevo párroco? —respondió sorprendido señalando con el pulgar la iglesia que quedaba a su espalda.

—¿El nuevo párroco?

Si hasta el momento Fernando había mantenido a raya los gestos de su cara para no agredirme con una embarazosa clemencia, fue ahí cuando terminó con su esfuerzo.

—Andrés, lleva casi un mes en el pueblo. En el consejo de los jueves lo presenté, pero claro... hace ya mucho tiempo que no apareces por allí. Te echamos de menos.

—Ya.

—En serio, Andrés. Se escuchan cosas por el pueblo..., noticias que nos tienen preocupados, a mí, a Eulalia, a Jaime, a todos —expuso Fernando agachando la cabeza—. Si necesitas ayuda, solo tienes que pedirla, Andrés. Hablo en serio.

—No es nada, Fernando. Solo una mala racha, eso es todo. Agradezco vuestra preocupación, pero estoy saliendo del bache —mentí.

—Me alegro. Pero si necesitas ayuda solo...

Me di media vuelta y lo dejé con la palabra en la boca.

El nuevo párroco. Eso era lo único que ocupaba mi mente desde el mismo momento en el que se lo escuché pronunciar al alcalde y, para ser franco, el resto de la conversación fue banal para mí. ¿El nuevo párroco? ¿Un cura? Tal vez mi cerebro me había jugado una mala pasada. Entonces me alegré de no haberle descerrajado un tiro en la nuca, allí, en mitad de la calle.

Capítulo 114. Misa

Asistí a misa de nueve. Las viejas poblaban los bancos de la iglesia como una mancha oscura apelotonada frente al altar dorado que presidía don Marcial, si es que alguna vez ese fue el verdadero nombre del párroco.

La cruz de Caravaca me había torturado toda la noche sin descanso. Aparecía en mi recuerdo impresa en la mano que asomó por la ventana de aquel todoterreno que vimos pasar Lucía y yo, camino de El Paular. La misma extremidad que un día más tarde empuñaba un cuchillo, amenazando mi cuello, mientras yo contemplaba impotente la violación. Luego, cuando me quedé dormido, el símbolo aparecía de manera absurda en mis pesadillas. Descubría que todo el mundo llevaba el mismo tatuaje en el torso de su mano derecha. Distráidos se dedicaban a sus quehaceres, de pronto aquellos seres deshumanizados se paraban, me miraban y señalándome se reían de mí. Alguien me quitaba entonces los guantes que llevaba puestos para descubrir horrorizado que yo también tenía la dichosa cruz en idéntico sitio. Los angelitos que sujetan el tablón vertical por la parte inferior cobraban vida, se despegaban de mi piel y comenzaban a volar abandonando el tatuaje al que pertenecían.

En mitad del oficio mostraría las manos delatándose. Es posible que no le diese ni un minuto más, le dispararía dejándolo tendido en mitad del altar ante el revuelo aterrorizado de aquel grupo de beatas que seguían mecánicamente el rito de todos los días.

Al nuevo pastor del pueblo el alba le quedaba holgada en demasía y los bajos de la prenda se le gurrñaban contra el suelo tapándole los pies. Las mangas ocultaban las extremidades del falso sacerdote frustrando mi anhelo de confirmar que, el que ahora estaba cantando misa, realmente estuvo implicado en la muerte de Lucía. Parecía que no hubiese tenido tiempo de adecuar los ropajes del anterior párroco, el cual, por cierto, yo nunca llegué a conocer pese a haber acudido infinidad de veces a rezar a la iglesia, cuando deseaba que Irene se quedase embarazada.

Llegó el momento de la consagración de la forma, ese instante místico en el que Dios se hace tangible incorporándose a la oblea circular que el sacerdote sostiene entre sus dedos. El religioso eleva la hostia con ambas manos mostrando al Creador hecho cuerpo a los asistentes al oficio, siendo este el punto álgido de la liturgia en el que muchos se arrodillan como señal de respeto, o de temor, que nunca lo supe. Entonces vi que el párroco no tenía el grabado de mis desvelos en el torso de su mano, tal y como yo figuraba. Después me pareció ver que en la diestra llevaba puesta una manopla de color carne, una de esas mallas que comprimen la extremidad para curarla de una lesión muscular, pero desde el octavo banco donde me encontraba no podía distinguirlo con claridad. El momento fue fugaz y la iluminación del altar quedaba conferida a un par de míseras velas, así que no sabía si don Marcial llevaba el vendaje o no. Me levanté para ir a comulgar. El cura utilizaba la mano bajo sospecha para posar las formas en las bocas de su rebaño. Era diestro, como el cabrón que me sujetó —bajo la amenaza de pincharme— en el alto del puerto. Las viejas ocuparon las primeras plazas y yo me quedé el último. Avanzando en la lenta fila de feligreses, se escuchaba el arrastrar intermitente de las suelas del calzado sobre el pavimento del templo. Cada siseo emitido por los pies nos acercaba un poco más al pastor y por momentos hacía latir mi corazón más acelerado. Juro por Dios —presente en mi paladar en aquel preciso instante— que, si hubiese descubierto el tatuaje en la mano de don Marcial, allí mismo le hubiese dado muerte. Pero no sucedió así. Las mangas del hábito solo me dejaron ver las uñas del cura. Lo miré a la cara, desafiante. Él notó cómo mis ojos se clavaron en los suyos y rehuyó mi insolencia dándose media vuelta para guardar las obleas sobrantes en el sagrario.

Se terminó la misa y Marcial se fue a la sacristía. Dentro lo esperaba una anciana que ayudaba en los preparativos del oficio. La mujer salió en cuanto el párroco entró en la estancia y se dedicó, con una parsimonia insufrible, a recoger los cacharros que se habían utilizado para dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Finalmente apagó las velas y abandonó la iglesia.

Se sobresaltó al descubrirme observándolo en el umbral de la puerta de la sacristía. Despojado del hábito se acicalaba frente a un pequeño espejo que colgaba de un armario oscuro y sobrio.

—¿Qué quieres, hijo? —preguntó.

Pero no respondí nada. Ya había confirmado que llevaba puesta la malla de compresión, la luz que entraba por la ventana de la estancia me ayudó a distinguirla sin ningún género de dudas.

—¡Ah, Andrés! ¡Estás aquí! —me sorprendió entonces una voz a mi espalda—. Veo que ya os conocéis —añadió el alcalde.

—La verdad es que no, Fernando.

El regente nos miró sonriendo, algo extrañado.

—¡Ah!... Pensaba que estabais hablando del asunto —manifestó Fernando Almansa dirigiéndose al cura.

—Pues no.

—Ya veo. ¡Qué casualidad! —exclamó—. Verás, Andrés. Don Marcial es el nuevo párroco, como te dije anoche.

—Ya.

—El padre quiere recuperar la tradición de tocar las campanas para llamar a misa y, como desde que se fue la luz el sistema no funciona, me ha pedido ayuda para ver si alguien en el pueblo es capaz de montar un artilugio o algo para hacerlas sonar sin necesidad de subir al campanario, ¿entiendes lo que te quiero decir? —me explicó el alcalde.

—Perfectamente.

—La cuestión es que anoche, después de hablar contigo, pensé que, a ti, que eres mecánico, seguro que se te ocurre algo.

Gire la cabeza para mirar al regente. Hasta ese momento no le había quitado la vista de encima al nuevo párroco del pueblo. El sacerdote se mostraba incómodo con mi actitud, aunque se encargaba de disimularlo asintiendo estúpidamente cada palabra que decía nuestro alcalde.

—Habrá que subir a echar un vistazo —respondí.

Capítulo 115. La campana

Subíamos por la escalera de la torre. Los escalones estaban desaparecidos bajo una capa intolerable de excrementos secos de paloma. Fernando Almansa se despidió de nosotros en cuanto vio el camino por el que debíamos ascender. Se excusó alegando un montón de compromisos y asegurándole al nuevo párroco que lo dejaba en buenas manos. Armados con una palmatoria nos aventuramos en la oscuridad inquietante del campanario entre los aleteos nerviosos de esas aves que lo pueblan como una auténtica plaga. El cura no paraba de quejarse acerca del estado de abandono con el que se había encontrado la iglesia y aprovechó el momento para lanzarme una sutilísima petición de ayuda para limpiar esa misma torre por la que ascendíamos muertos de asco. Alcanzamos el campanario, la luz de la mañana se colaba por sus generosos ventanales y transformaba el polvo que flotaba a nuestro alrededor en livianas motas de oro.

Marcial se dirigió hasta una de las campanas para señalar el martillo eléctrico que, en tiempos, se encargaba de golpear el instrumento en su base para hacerlo sonar. Hablaba y hablaba mostrando esto y aquello, la parte de arriba y luego un agujero que quedaba en el suelo en el que nos encontrábamos, pero yo no le hacía ni puto caso. Mi vista no se separaba de la malla que ocultaba su mano. Al final, el cura se dio cuenta de que el vendaje había captado mi atención y detuvo su verborrea.

—¿Por qué lleva eso? —pregunté escrutándolo fijamente.

El religioso se mostró nervioso y miró incrédulo su extremidad como si sobre ella no llevase nada puesto. Tras unos segundos señaló la prenda y me miró.

—¿Esto?

—Sí..., eso —respondí hierático.

—Bueno, me hice daño hace unos meses levantando un peso —dejó escapar una risa ridícula y forzada—, ya sabes.

Pero no dije nada. Sin apartar mi mirada de su cara me quedé callado. Unas gotitas de sudoración comenzaron a brotar de las sienas plateadas del

párroco.

—Quítatela —ordené.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Quítatela —insistí.

El padre Marcial se dio la vuelta y, como si mi interrupción jamás hubiese existido, continuó con su explicación acerca de los problemas que planteaba la adecuación del campanario. Se quedó congelado en el mismo momento en el que la corredera de mi pistola emitió su sonido metálico y amenazante. Girándose, poco a poco, el cura se puso frente a mí.

—Que te quites la malla, he dicho.

El cura me obedeció. La cruz estaba allí.

—¿Contento?

—No sabes cuánto, hijo de puta.

De súbito la cara de Marcial se puso roja como un tomate. No esperaba una reacción así. A punto estuve de hundir el gatillo y achicharrarle con todas las balas del cargador, no sé por qué, pero me contuve.

—¿Sabes quién soy? —pregunté.

El falso religioso temblaba como una hoja, sabía que se había encontrado con una deuda del pasado, pero —para ser honesto— creo que no tenía ni idea de quién era yo. No respondió, solo meneó la cabeza a ambos lados.

—¿Te dice algo el Puerto del Reventón?

—No.

—¿Te dice algo una pareja de chiquillos, hace diez años?

El hombre palideció. Bingo en su memoria. Diana en el oscuro pasado de mierda que aquel tipo quería borrar escondiéndose bajo un hábito que no le pertenecía. Enmudeció.

—¿Te dice algo una violación y la muerte de una muchacha?

El miserable solo elevaba las manos, ya cada vez más convencido de conocer la fecha de su defunción. Bajaría las escaleras con los pies por delante.

—Yo..., aquel no era el plan, tienes que creerme —suplicó aterrorizado—. Solo se trataba de asaltos para robaros lo que llevaseis, nada más. Por favor, tienes que creerme, yo ya no soy aquel hombre, después de aquello abracé la fe.

—Mientes. No eres más que un impostor que ha venido al calor de este pueblo.

—¡No! —gritó desesperado, mostrando las palmas de sus manos—. Deje la mala vida y me hice sacerdote.

—Dime los siete pecados capitales.

—¿Cómo?

—Que me digas los siete pecados capitales, ya me has escuchado.

Marcial cogió aire intentando serenarse. Respiraba entrecortado y lo invadía el pánico. Sé que está mal decirlo, pero yo estaba disfrutando de la situación. Por fin tenía enfrente al compinche que se me escapó con vida en el puerto, estaba aterrorizado y el poder sobre su destino me provocaba un placer casi pornográfico.

—La avaricia.

—Uno. Muy bien, padre.

—La lujuria y..., la envidia.

—Dos y tres, vas bien —dije con una sonrisa burlona en la cara. La sentencia estaba echada dijese lo que dijese.

—... La ira...

—Cuatro.

—... La soberbia, la mentira y la codicia —dijo de seguido, soltándolo todo de un tirón.

Mi padre era un cinéfilo empedernido. De todas las películas que había visto había una que le encantaba, la veía una y otra vez, a veces por completo y en otras ocasiones repetía secuencias en las que siempre descubría algo nuevo. Sentía pasión por aquel viejísimo *film* y, aunque no era una película para niños, me hacía verla a su lado. Se deleitaba con los actores y decía de ellos que su mejor interpretación, lo mejor de sus carreras, lo dieron en aquel título. Al principio yo odiaba siquiera nombrarla, sin embargo, con el paso del tiempo le fui cogiendo el gusto y al final era yo el que le pedía verla las noches de más de un viernes, para desesperación de mi madre, todo sea dicho. La atmósfera asfixiante del largometraje me cautivó, también aquella ciudad gris y los viejos coches en los que los protagonistas se movían. Se llamaba *Seven*, tal vez la conozcan. Por esa razón sabía yo cuáles eran los siete pecados capitales, ya que estos eran el eje central de la trama, no por mi vago conocimiento en los asuntos religiosos.

El impostor se había descubierto. Me quedé mirándolo fijamente. Una mancha en expansión bajo su bragueta me hizo, por un instante, sentir piedad

por el desgraciado que tenía enfrente.

—¿Qué vas a hacer? —me interrogó con un hilo de voz— ¿Vas a matar al nuevo párroco? Te ahorcarán, ¿sabes?

—¡Cállate!

—Aquello pasó hace muchos años. No era mi intención que nadie muriese en el asalto, fue un accidente.

De repente su cara se mostró desafiante, soberbia. Reclamaba su poder, pretendía doblegarme con aquella justificación tan mezquina. Era su última oportunidad.

—¡Cállate! ¡Tú no eres sacerdote!

—Aquí, todo el pueblo así lo cree.

—Eres un miserable. Sabes que vas a morir, ¿verdad? Eres consciente de que estos son tus últimos momentos, ¿sí?

Se rio como lo hacen los malnacidos, como a esos que tantas veces vi hacerlo y a los que su oscura alma les imprime esa carcajada asquerosa y vomitiva.

—Creo que en el fondo me quieres culpar de la muerte de tu novia. Fuiste tú el que disparó. ¿Te acuerdas? ¡Tú la mataste, gilipollas!

Vací el cargador en su entrepierna y sobre su vientre. Cayó de rodillas y me miró manteniendo aún su estúpida risita en el rostro. Lo alcé cogiéndolo de los cabellos y golpeé su cabeza una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho veces contra la campana que tenía detrás. Después arrojé el cuerpo inerte de aquel indeseable desde lo alto del campanario. El nuevo cura de Pedraza estampó sus huesos en la plaza del Ábside quedando en una posición esperpéntica. Mientras, la vibración que había emitido la campana hembra de la iglesia de San Juan Bautista se desvanecía suavemente sobre el cielo de este pueblo.

Y ahora, querido lector, ya sabe el delito por el que me espera la horca el próximo sábado 26 de noviembre de 2039.

Capítulo 116. Poco que rascar

El resto de mi historia ya es bien conocida por los habitantes de este pueblo. Lo narrado hasta estas letras era el legado que quería que se supiese, pues con él podrán juzgarme justamente mis vecinos. No quiero decir que el juicio que se celebró —y que presidió Eulalia Castro— no fuese justo, no. La jueza no hizo otra cosa que aplicar las leyes que rigen en este municipio. Normas de las cuales un servidor fue partícipe, por cierto.

La guardia me detuvo en la iglesia. Bajé por el tobogán inmundado del campanario y en la puerta me estaban esperando los muchachos de Íñigo Cuesta, fusil en mano. Esa misma tarde se me puso a disposición judicial y se me asignó un abogado, que en mi caso fue una abogada; una muchacha de Sepúlveda que se desesperó ante mi falta de colaboración para aportar argumentos que pudiesen eximirme del castigo.

No hubo mucho que rascar. Varios fueron los que me vieron golpear la cabeza de Marcial contra la campana. Los disparos que precedieron a los tañidos alertaron a los que se encontraban cercanos al templo. Así, el que no me vio sacudir la sesera del farsante contra el metal, lo hizo viéndome arrojar su cuerpo al vacío.

Yo alegué que don Marcial, si es que era ese su nombre, no era sacerdote. No lo hice con la intención de descargarme de la responsabilidad de mi acto, sino con el propósito de que —al menos— no me recordasen por matar a una persona justa. Eulalia me hizo saber que ese no era motivo para quitarle la vida a nadie y yo le di la razón ante el tribunal. Aclaré, de la misma manera, que la venganza fue el único motivo que me impulsó a quitarle la vida al nuevo párroco, y que a mí lo mismo me hubiese dado que aquella persona hubiera sido un mamporrero camuflado, un actor de tres al cuarto o un político disfrazado de chacha, con tal de que portase el tatuaje y los andares que se me quedaron grabados el día que perdió la vida Lucía.

En el rostro de la jueza percibí el calvario por el que estaba pasando y que trataba de ocultar tras una actitud profesional intachable.

Preguntaron a unos y a otros, incluido al alcalde, que también tuvo que ir a testificar, pues fue el último que vio al párroco con vida. Todos repitieron el gesto de elevar los hombros al mismo tiempo que arqueaban las cejas cuando el fiscal les preguntaba sobre mis motivos para llevar a cabo tal acto. «Todos sabemos quién es Andrés Caviedes, qué quiere que le diga» fue la frase más repetida.

El proceso duró un par de días y creo que sobró día y medio. Estoy convencido de que Eulalia alargó el juicio con la esperanza de que alguien apareciese con una prueba que aclarase aquel entuerto, cosa que sabía era del todo imposible. Dilucidó un par de días a puerta cerrada y falló al tercero con la pena que ya conocen.

Desde entonces llevo más de tres meses en la cárcel del pueblo.

En la parte inferior del edificio están el cuerpo de guardia y un par de celdas del medievo que carecen de ventanas. Íñigo Cuesta tuvo la clemencia de adecuarme una celda de barrotes en la parte superior del edificio, en lo que antiguamente fue la torre de vigilancia. Soy un privilegiado; cuento con un ventanuco que da al Este por el que veo salir todos los días el sol, y otro que mira al Sur por el que contemplo el contorno irregular de la Sierra de Madrid, donde descansa eternamente mi amor.

Solicité una máquina de escribir y folios para dejar impresas mis memorias y se me concedió tras dar su permiso la jueza suprema de Pedraza. Ya les he dicho; soy un privilegiado.

Se me obligó a nombrar a un representante para que, durante la moratoria de los tres meses de gracia, buscase pruebas que pudiesen reabrir el juicio y nombré a Desiderio Torres, el dueño de la pensión. Solicité que me visitase el primer día y le hice saber que lo dictado bien dictado estaba y que solo se preocupase de que no me faltase papel para escribir y las cintas de tinta que utiliza esta antigualla que aporreo sin parar, día y noche. Mi sufrido casero, he de decir, ha cumplido bien con su cometido.

Me alegra haber podido plasmar en estos folios lo que viví desde aquel infausto viernes del 23 de julio de 2027 y doy gracias a Dios por haberme dado tiempo y salud para dejarlo recogido en estas memorias. Tal vez este escrito pueda servir a alguien para entender qué pasó y cómo paso, aunque sea a través de los ojos de este joven que se siente ya como un anciano. Que quede impreso en algo sólido, tangible, palpable, para que el paso del tiempo no diluya la realidad de los hechos o los haga olvidar, que es peor.

Que un simple fallo no borre una gigantesca época del ser humano, como pasó entonces. Ni siquiera tengo una foto de mis padres, nada escrito de su puño y letra, nada que pueda contemplar para evocar mis recuerdos. En aquel entonces todo estaba en lo que llamábamos *la nube*.

Como les dije al inicio de este alegato:

La vida puede cambiar de un día para otro. Ser conscientes de esto solo nos tiene que servir para aprender del pasado, disfrutar del presente y afrontar sin temor el futuro.

Andrés Caviedes Gómez.

En Pedraza a 22 de noviembre de 2039.

Capítulo 117. Epílogo

Mi nombre es Eulalia María Castro Bazán. Soy licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid en el año 2018 y colegiada nº 88.407 por el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid.

Quede claro al lector que no fue intención de esta jueza escribir nada en las memorias de Andrés Caviedes Gómez y que el único motivo de haber terminado haciéndolo es por petición expresa de Héctor González, el editor de este libro.

Andrés finalizó su crónica cuatro días antes de la fecha impuesta para su ejecución. Me hizo llamar a través de su representante nombrado, don Desiderio Torres, y en la propia prisión me hizo entrega de un tomo compuesto por 351 páginas en formato A4 escritas por ambas caras. Me expresó, de manera libre y voluntaria, que cedía el documento al pueblo de Pedraza para que lo leyese todo aquel que tuviese a bien hacerlo. De igual manera manifestó su deseo acerca de que, con el mismo ánimo, fuese la Villa —y por consiguiente sus ciudadanos— los beneficiarios únicos de los réditos que de su obra pudiesen originarse.

Sobre lo escrito en el párrafo superior, además del resto de bienes que el reo poseía, se redactó testamento el cual está archivado en el almacén de Juzgados de Pedraza con nº 1 de autos de jurisdicción voluntaria 38/2039, al folio 21.

Desde ese momento me responsabilicé del manuscrito. Hice llamar a un artesano para que lo encuadernase utilizando la técnica del cosido y también para que le pusiese unas tapas de cuero de tal manera que el legado de Andrés soportase en buenas condiciones el paso del tiempo.

En la Villa era bien conocido que el reo estaba escribiendo unas memorias ya que esta jueza, de manera excepcional, le había concedido la venia y los medios necesarios para hacerlo durante su cautiverio, dada la notoriedad y relevancia de su persona para la historia reciente de Pedraza.

Una vez que el escrito se puso a disposición de los ciudadanos hubo una avalancha de solicitudes para leerlo, por lo que cumplir el deseo de Andrés se convirtió en un quebradero de cabeza para el equipo de gobierno.

Desde que el artesano finalizó su trabajo, el tomo se saca todos los días de la caja de caudales del ayuntamiento, donde pernocta, y se lleva a la biblioteca municipal bajo la custodia de un guardia. El vecino que haya solicitado su lectura podrá hacerlo exclusivamente en esas dependencias y solo durante un tiempo limitado de dos semanas. Como pueden imaginar la lista de espera es interminable, dada la gran demanda del público y, como no es una obra breve, se puede entender que hubo gente que se hizo a la idea de que agotaría su vida antes de leer las citadas memorias. Pasado un año de los hechos solo habían disfrutado del escrito no más de cincuenta personas. No es de extrañar, por tanto, que durante este tiempo haya habido quejas acerca de la gestión del legado de la obra —concretamente contra el celo en la custodia de la misma—, causa por la cual se ralentiza en demasía el paso del turno. Quede claro que esta jueza no consintió que las memorias se sacasen de la biblioteca, ni tampoco que pernoctasen en otro sitio que no fuese la caja fuerte anteriormente mencionada.

Hace cosa de unos meses un editor sito en Segovia tuvo conocimiento del ya famoso libro de Pedraza, de tal manera que se desplazó hasta nuestra insigne Villa con la intención de reproducir el manuscrito. La proposición se debatió profundamente entre el equipo de gobierno, así como en el consejo de notables de los jueves, llegándose finalmente a dar luz verde a la pretensión del editor segoviano, siempre y cuando se respetasen los siguientes puntos:

1. Que el original no abandonase el interior del recinto amurallado de la ciudad con el objeto de ser reproducido.
2. Que el precio a pagar para los habitantes de Pedraza para adquirir el futuro libro fuese el exclusivo de los gastos derivados de la reproducción del mismo.
3. Que, de los beneficios que pudiese generar la venta de la obra, el cincuenta por ciento se ingresarían en las arcas de la hacienda pública de Pedraza con carácter anual.

Héctor González, el editor de la obra, aceptó las condiciones impuestas

por el pueblo de Pedraza. Así, en solo unos días, el empresario trasladó parte de su imprenta hasta unas instalaciones intramuros —que le cedió el consistorio de la Villa— para llevar a cabo la citada reproducción.

Después de leer las memorias, el editor se interesó acerca de los aspectos personales de Andrés y muy especialmente en lo acaecido desde que el reo escribió la última letra hasta el señalado 26 de noviembre, fecha impuesta para el cumplimiento del fallo. Me visitó en el Juzgado en varias ocasiones para convencerme de que debía escribir lo que ocurrió en esos cuatro días (también de lo que se supo, al tiempo, relacionado con su juicio y condena) ya que de esta manera la obra tendría un mayor valor literario. Y es por este motivo por el que el epílogo del libro lo escribe esta letrada y que de buena fe paso a relatar:

Andrés Caviedes desconocía que, un mes antes de la fecha fijada para su ejecución, vino a asentarse a esta Villa, como muchos otros tantos, una familia procedente de la provincia de Burgos; un matrimonio con una hija de unos diez años de edad. El hombre es cerrajero y, debido a la creciente actividad en la comarca, decidió montar una pequeña forja en la pedanía de La Velilla (perteneciente a la jurisdicción de Pedraza). Carlos Gutiérrez, el cabeza de familia, leyó el edicto acerca de la ejecución de Andrés Caviedes y alarmado se ocupó en confirmar si el reo era el mismo Andrés que conoció una vez en la localidad burgalesa de Zael. Por las descripciones que le dieron los vecinos del pueblo corroboró que el condenado a muerte era aquel muchacho que ayudó a su familia diez años atrás, tal y como ha quedado reflejado en este escrito en los episodios del 57 al 61.

El matrimonio pidió hablar con el alcalde que, de inmediato, tuvo a bien recibirlos en audiencia. Le contaron cómo habían conocido al preso y relataron exactamente lo mismo que dejó plasmado en los capítulos anteriormente mencionados el autor de estas memorias. Como lo relativo al Poder Judicial de este pueblo nunca ha sido competencia de Fernando Almansa, el regente los acompañó hasta el juzgado para que testificasen ante Su Señoría.

A Carlos Gutiérrez se le conoce, desde que es vecino de esta localidad, con el sobrenombre de «el Negro» pues su piel tiene la tonalidad del azabache

característica de las gentes del África subsahariana. Su mujer, Silvia Juez, sin embargo, es blanca y podría pasar con facilidad por natural de los países nórdicos. El matrimonio relató cómo Andrés los ayudó cuando más falta les hizo. También me contaron cómo un día desapareció del pueblo y que jamás regresó a visitarlos por la noche, como acostumbraba a hacer. Desde entonces lo dieron por muerto ya que a sus oídos llegó la paliza que el padre de Silvia Juez, un poderoso terrateniente de la zona, le propinó en su finca. Ese alegato fue lo que me confirmó que realmente el matrimonio conocía al reo que habitaba la cárcel del pueblo, pues a mi mente acudió la imagen de las terribles cicatrices que Caviedes nos mostró la noche de las cabezas cortadas.

Escuché con paciencia las súplicas de la pareja implorándome que la pena se le conmutase apelando a la bondad del que teníamos encerrado.

No con poco esfuerzo les expliqué el sistema jurídico implantado en la Villa, también que estos dominios no eran un feudo en el que se obrara a capricho del cacique de turno y que, por lo tanto, no estaba esta jueza en disposición de hacer nada por el condenado. También me pidieron visitarlo a la cárcel, pero no pude concederles el deseo, pues ya habíamos estirado ampliamente los márgenes de lo legal con respecto a las concesiones que se hicieron con el preso.

No era la primera vez que me enfrentaba a presiones acerca del juicio celebrado contra Caviedes y creo que es justo que se sepa que, durante los dos días que estuve deliberando acerca del sentido del fallo, se personó un grupo de notables del pueblo (de los que no daré nombres por el bien de la estabilidad de la comunidad) violando el aislamiento que me impongo a mí y a mi equipo cuando de decidir acerca de la vida de un ser humano se trata. El grupo quería que me sacase de la chistera algo parecido a un indulto, porque entendían que no era justo colgar a un héroe del pueblo.

Me costó defender la posición recta de esta juzgadora y, desde ese día, sé positivamente que me he ganado varios enemigos, señal —dicho sea de paso— de que el sistema democrático impuesto goza de buena salud. Alguno de los presentes aquel día me reprochó mi carencia de alma y también se me acusó de disfrutar en demasía del poder de mi cargo. No se lo tuve en cuenta y mandé desalojar las instalaciones de los juzgados sin tomar acciones legales contra ellos, cosa que de haber iniciado hubiese conllevado graves penas para los acusados.

Sea como fuere, el matrimonio se marchó del despacho desolado por mi

inflexibilidad. No quedaron satisfechos con mis explicaciones y, desde ese mismo momento, intuí que Carlos Gutiérrez el Negro intentaría de manera ilegal salvar a su viejo amigo, cosa de la cual esta jueza le advirtió desistiese muy seriamente.

Efectivamente mi intuición no erró.

γ γ γ γ γ γ

Llegó el sábado 26 de noviembre. El cielo estaba cubierto de nubes grises y el viento gélido amenazaba con traer nieve durante el acto. Desde las nueve de la mañana la Plaza Mayor se encontraba colmada. La guardia tuvo que intervenir para desalojar a las personas que se habían encaramado a los tejados de las casas para seguir el evento. El reloj del ayuntamiento marcó las doce menos cuarto, poco rato después corría como la pólvora, de boca en boca, que traían al preso. El murmullo que desde bien pronto se había instalado en la plaza dio paso a un silencio sepulcral, sobrecogedor. El alcalde y yo bajamos entonces del edificio consistorial abriéndonos paso entre medias del gentío con ayuda del alguacil y de sus hombres. Pude notar las miradas inquisidoras de la gente, también algún comentario que en condiciones normales jamás hubiese tolerado. El regente y esta letrada subimos al cadalso para esperar al reo, al que vimos, gracias a la posición elevada del tablado, escoltado por seis guardias, encabezados por Íñigo Cuesta, el jefe de seguridad y verdugo en ese día. El silbido del aire chocando contra los antiguos sillares de los edificios acompañaba a la triste comitiva y confería a los espectadores un rictus generalizado de seriedad, tal vez desaprobación, no sabría asegurarlo. Andrés subió al cadalso con el rostro sereno, casi sonriente, contrastando con todos los que veía a mi alrededor; me resultó desconcertante. Era mi turno de leer la sentencia, también el fallo, para que así quedase constancia en el acta.

“En Pedraza, a 26 de noviembre de 2039.

Vistos por mí, Su Señoría Ilustrísima Doña Eulalia María Castro Bazán, los autos de juicio por delitos muy graves 1/2039, en representación del Poder

Judicial de esta Villa y en el de los territorios en los que se han acogido a sus fueros, DEBO CONDENAR Y CONDENO:

A don Andrés Caviedes Gómez, mayor de edad, de 27 años y natural de Madrid, como autor responsable de un delito de asesinato contra don Marcial Fernández Cubero, párroco de esta Villa, previsto y penado en el art. 12 de los Estatutos de Pedraza, a la PENA CAPITAL, la cual se ejecutará, por ahorcamiento, una vez se declare la firmeza de esta sentencia.

Así pues, no habiéndose puesto recurso alguno para eximir al reo de la pena durante los, al menos tres meses del citado fallo, se pasará de manera inmediata a llevar a cabo el acto de ejecución”.

Tras su lectura, seguidamente se concedió al condenado su derecho a la última palabra.

—No perderé este breve tiempo en decir nada. Escritas quedan mis memorias para todo aquel que quiera leerlas. Se las entregué esta misma semana a la señora jueza aquí presente. Ahora sólo pido un último deseo antes de morir.

La gente escuchaba expectante y en ese momento todo el aforo dirigió su mirada al alcalde y a mí, pues Andrés se había girado para solicitarnos la gracia. Como tampoco teníamos demasiada costumbre, en lo que a este tipo de actos se refiere, no sabíamos qué hacer, así que esta juzgadora consideró oportuno satisfacer al reo.

—Que hable el condenado —dije.

—Quiero que suba a este estrado Lucía Gutiérrez Juez, para poder abrazarla.

Fernando Almansa y yo nos miramos perplejos, entonces el alcalde hizo un gesto afirmativo con la cabeza a Íñigo Cuesta y de inmediato la guardia abrió el cerco de seguridad situado frente al cadalso. Entre el tumulto de gente pudo verse cómo se abría un hueco que avanzaba desde los soportales hasta donde nos encontrábamos. Al final, una niña mulata subió los escalones para situarse frente a Andrés, ante las miradas atónitas del público presente.

—Pido que se me quiten las esposas, por favor.

Fue esta letrada la que permitió a Íñigo librarle de los grilletes para que

el deseo pudiese cumplirse satisfactoriamente. Andrés se arrodilló ante la niña y entonces la abrazó. Posó su barbilla en el hombro de la chiquilla y cerró los ojos. Llenó sus pulmones con el frío aire de aquel mediodía de otoño y a los pocos segundos dos regueros de lágrimas caían por sus mejillas. Esta jueza da fe de que el hecho fue contagioso y de que en aquella plaza no hubo espectador que no acompañase al condenado en su llanto. Así estuvo más de un par de minutos, en los que el tiempo pareció congelarse. El alguacil tocó la campana desde lo alto de la torre de la iglesia de San Juan Bautista, que quedaba a nuestra espalda, anunciando el mediodía y, por consiguiente, la hora de ejecutar la pena capital.

Andrés se puso en pie con calma y acarició la mejilla de la cría, que había aguantado sin moverse desde que subió a la plataforma de madera. El reo dio media vuelta y dirigió sus pasos hasta la horca. Íñigo Cuesta, saltándose el protocolo de actuación, abrazó a Caviedes antes de ponerle la capucha. Pasó el lazo de la soga por el cuello del condenado y sin demorar la maniobra tiró de la palanca de inmediato.

El joven Andrés Caviedes Gómez cayó de la trampilla que lo sostenía quedando colgado del cuello en mitad del silencio del pueblo. Agitó las piernas no más de diez segundos y finalmente el cuerpo quedó inerte, suspendido de la maroma que lo asía. En dicha posición se dejó durante un minuto, después se descolgó la soga para posarlo en el suelo, donde el médico forense, don Aurelio Martín de Biezma, certificó su defunción.

La muchedumbre fue disolviéndose poco a poco, en silencio, mirando al pavimento sobre el que empezaban a posarse los primeros copos de nieve con los que aquella mañana amenazó en su albor. Aún estaban colocando el cadáver de Andrés en el ataúd, cuando el grupo de notables del pueblo se dirigió al señor alcalde y a una servidora. Preguntaron al regente sobre el lugar donde se iba a dar sepultura al cuerpo del recién ejecutado y este les contestó que en el cementerio municipal. Entonces comenzó una bronca monumental, ya que era la intención de los prohombres de la ciudad que el cuerpo de Caviedes descansase al lado de la tumba de Facundo Guzmán, el alcalde muerto en la noche de las cabezas cortadas, al que se enterró en el patio del cuartel de la Guardia Civil y en el que nunca faltaban flores frescas sobre su lápida. En aquella ocasión se decidió enterrar a don Facundo dentro de los muros del pueblo como señal de respeto, en lugar del alejado

camposanto que queda junto al puente romano. Desde entonces todos los Cuatro de Noviembre se realiza un acto protocolario en dicho lugar.

Fernando Almansa tuvo que cancelar el sepelio de Andrés hasta someter la voluntad de los notables a un referéndum que se celebraría el domingo siguiente.

Los restos de Andrés Caviedes descansan hoy al lado del antiguo alcalde, en el interior del recinto amurallado de Pedraza.

γ γ γ γ γ γ

Desde el día en el que se dio descanso al cuerpo del hombre que inició la revuelta contra los hermanos Virseda, el pueblo volvió a su rutina diaria. Solo el asunto de la lectura de sus memorias fue motivo de alguna que otra queja por parte de los vecinos, como ya he dejado reflejado al inicio de este epílogo. Se habló bastante acerca de quién era aquella niña mulata que subió al cadalso el día de la ejecución a petición del propio condenado. Ahora, que estas memorias se leerán de forma masiva, la gente entenderá qué significó aquel abrazo en los últimos segundos de vida de nuestro hombre.

La propuesta del editor Héctor González para imprimir estas crónicas fue bien sabida por el pueblo desde el primer momento. De la misma manera también era *vox populi* el encargo que el empresario me hizo para escribir el epílogo de esta obra y, por tal motivo, es de justicia reflejar que en relación a este compromiso se produjo un hecho excepcional que debe quedar aquí recogido:

Un buen día se presentó en el domicilio de esta jueza el ciudadano Carlos Gutiérrez, conocido por los vecinos del pueblo como el Negro, acompañado de su mujer y de su hija. Dijo saber del trabajo que se me había encargado, en referencia clara al epílogo que justo en aquellos días me encontraba escribiendo, y que ese era el motivo por el que solicitaba hablar conmigo, ya que tenía en poder un documento que sería de interés para la obra. Hasta aquí no habría nada excepcional si no fuese porque el susodicho expuso que ese

documento, de manera clara, le comprometía a él ante la ley y que, por lo tanto, solo lo cedería si de lo que él pudiera derivarse no le ocasionase perjuicio alguno. La cuestión es que plantear tal tesis ante la Jueza Suprema, máxima autoridad judicial de la Villa, no era una cuestión menor y en principio me negué en rotundo a aceptar una prevaricación en toda regla. Intenté que el herrero se doblegase ante el Poder Judicial, conminándolo a entregar el documento por las buenas, pero el Negro no cedió y la pareja entonces desapareció de mi casa.

Habiendo acabado este escrito, medité mucho acerca de la propuesta de Carlos Gutiérrez y un día mandé a la guardia del pueblo para que me lo trajeran ante mi persona. Quise saber, al menos indagar, con qué tipo de falta imputaría al herrero el citado documento, pero él no supo decírmelo, dado que no quería revelar nada acerca de su secreto. Le hice jurar que de lo que se destapase en su testimonio no habría, al menos, ningún asesinato, secuestro, violación o cualquier otra falta de las que se encuentran tipificadas como «muy graves» por el tribunal ante el que se encontraba y él me aseguró que, en efecto, así era.

El siguiente jueves, puse en conocimiento del consejo de notables la particular propuesta que había planteado el ciudadano Carlos Gutiérrez y, de igual manera, hice saber al consejo que el herrero había jurado, ante documento escrito, que no había faltas muy graves ocultas en su proceder, cosa que de haber sido así esta letrada no hubiera admitido de ninguno de los modos.

La votación fue unánime y se aceptó como medida extrema y excepcional no incoar acto alguno contra el referido de lo que de su declaración y documentos pudieran derivarse. Así se firmó por todos los próceres, cuerpo judicial al completo incluido, y se le hizo saber al pueblo por medio de un bando.

Y con los antecedentes aquí expuestos hice personarse nuevamente a Carlos Gutiérrez el Negro ante esta jueza portando todos los documentos y/o pruebas que pudiesen resultar de interés para la edición de la presente obra.

El declarante aportó ante mí dos manuscritos: uno de proporciones reducidas y un segundo consistente en un folio tamaño A4 escrito por ambas caras. Aparte de los pliegos referidos, el susodicho presentó una pelota de tenis, un mechero minúsculo y un trozo de hilo de estaño de unos quince

centímetros enrollado en forma de ovillo.

Carlos Gutiérrez confesó que, desde mi negativa a conmutar o atenuar la pena que pesaba sobre Andrés Caviedes, no hizo otra cosa que intentar sacarlo de prisión para que no se le ajusticiase y que, por mucho que yo le advirtiera muy seriamente sobre cualquier intentona —como bien me temí en su momento—, él no cejó en su idea de rescatar al hombre que ayudó a su familia cuando más falta les hizo. Así pues, el declarante empezó a indagar sobre las condiciones de encarcelamiento del entonces reo y así llegó a conocer que, en lugar de ocupar las celdas con las que desde la antigua Edad Media está equipado el penal, el prisionero disfrutaba de un calabozo en la torre del edificio, con una ventana generosa orientada al Este y un ventanuco mirando al Sur, para que pudiese escribir sus memorias. El espacio se adaptó para acoger al nuevo recluso y la celda se conformó poniendo dos hileras enrejadas (formando un ángulo de noventa grados) contra la esquina de la estancia donde se encuentran las ventanas ya mencionadas, a las que, dicho sea, se le dotaron de sendas crucetas de hierro para evitar la posible huida del preso.

Carlos se ganó la confianza del herrero que hizo dicha adaptación y así tuvo conocimiento de que la cerradura de la puerta podía alcanzarse desde el interior de la celda, pues como ya se ha indicado, la delimitación de la misma está conformada por barrotes. El Negro también supo poner oídos por las tascas y establecimientos del pueblo de las cuales los hombres de la guardia eran habituales. De esta manera tuvo conocimiento de que el vigilante de la prisión pasaba la mayor parte del tiempo en la planta baja del edificio, junto a la puerta por la que se accede al penal, y que solo subía a visitar al preso para llevarle las comidas y cambiarle el orinal. Los vigilantes comentaban, al parecer bastante exasperados, lo inaguantable que resultaban las guardias en el antedicho lugar ya que el ruido de la máquina de escribir sonaba sin descanso durante todo el día, incluso, en más de una ocasión, durante gran parte de la noche. La guardia se quejaba del soniquete asegurando, al parecer, que incluso lo llegaban a escuchar cuando dormían en sus casas, tal era el hartazgo de los centinelas.

Así finalmente, el señor Gutiérrez trazó un plan para liberar a su viejo amigo. Me confesó que la estrategia no estaba bien cerrada, y que habría de improvisar algunos detalles, pero que como la fecha del ahorcamiento se acercaba no le quedó más remedio que ponerlo en marcha, confiando en que la suerte se pusiese de su lado.

En el atardecer del miércoles anterior al sábado 26 de noviembre, el declarante lanzó, en repetidas ocasiones, la pelota de tenis presentada como prueba ante mi persona, hasta que consiguió colarla por la ventana Este de la torre del penal, sitio donde sabía estaba la celda de Andrés Caviedes. El señor Gutiérrez aseguró que tuvo que realizar varios intentos, ya que la ventana queda muy elevada desde donde se situó para realizar los lanzamientos. Posteriormente hemos llevado a cabo una inspección de la pared Este del penal, certificándose que junto a la ventana pueden distinguirse claramente al menos seis cercos redondos, resultantes de los impactos de la citada pelota contra el muro. Las marcas se quedaron adheridas a la tapia debido a la humedad que había en los matorrales bajo la muralla, sitio donde regresaba el objeto tras las tentativas fallidas del declarante. La esfera había sido rajada minuciosamente por Carlos Gutiérrez y en su interior se albergaba el mechero de dimensiones reducidas, el hilo de estaño y la minúscula nota presentadas en esta declaración por el herrero.

Transcribo lo que reza en la nota presentada ante esta jueza:

“Andrés, soy Carlos Gutiérrez, de Zael. Introduce el hilo de estaño en la cerradura de la puerta bien dentro y luego caliéntalo con el mechero. Pasado un tiempo pide al carcelero que abra la puerta con cualquier excusa. Permanece atento, te ayudaré a escapar. Confía en mí”.

Carlos el Negro tenía la intención de que, al quedar atascada la cerradura por haberse derretido el estaño en su interior, desde la cárcel se haría llamar al cerrajero que instaló la puerta. Como Carlos había entablado amistad con su colega, esperaba ir él mismo a hacer el trabajo cuando se solicitase, aunque confesó no saber cómo iba a apañarse para convencerlo. La idea era ir a la cárcel para cambiar la cerradura y hacer una copia en secreto de la llave, que bien podía realizarse antes siquiera de instalarla para no levantar sospecha alguna. En el siguiente paso del plan, enviaría al reo la copia de la llave utilizando el mismo método de la pelota de tenis. Aseguró que la intención era mandarle el objeto junto con una nota en la que le marcaría el momento de iniciar la fuga, señal que realizaría el propio Carlos con la ayuda de un cencerro en mitad de la noche. El declarante inmediatamente después llamaría al presidio con la idea de entretener al vigilante, facilitando así la pretendida huida.

Sébase que esta jueza advirtió a don Carlos Gutiérrez acerca del carácter temerario del plan y que, de haberse realizado, de seguro habría resultado muerto alguien. Pero el señor Gutiérrez asevera que no habría sido así, ya que nunca ha dado muerte a nadie ni ha tenido intención malsana jamás. Como no se consumaron los hechos, estamos hablando, en todo caso, de una probabilidad incierta, por la cual no se le puede siquiera encausar, así que consideré oportuno que el declarante siguiese bajo el amparo del indulto concedido.

Carlos Gutiérrez estuvo el día siguiente al lanzamiento de la pelota rondando el taller de su colega a la espera de que alguien perteneciente al cuerpo de guardia se personase a solicitar el servicio del cerrajero, pero nadie apareció. Incluso hizo noche junto a la vivienda del artesano, por si la llamada se producía fuera del horario de apertura de la fragua, pero igualmente ningún hombre de la guardia hizo acto de presencia por allí.

Pensando que Andrés podía haber tenido alguna dificultad o contratiempo, el declarante volvió al lugar desde donde realizó los lanzamientos de la bola de tenis con la intención de repetir el envío. Para su sorpresa descubrió, entre la maleza que queda bajo la cara Este del penal, la pelota que él mismo había lanzado con anterioridad. En su interior encontró el folio de tamaño A4 manuscrito por ambas caras que aportó en su declaración como prueba don Carlos Gutiérrez. Esta jueza, en el curso de la investigación abierta acerca de las fisuras, en lo que a la seguridad del penal se refiere, interrogó a todos los que en los días referidos hicieron guardia en la cárcel y queda probado que el reo, en la misma mañana del jueves 24, solicitó un bolígrafo y un par de folios al vigilante de turno ya que la máquina de escribir se retiró de la celda en cuanto Andrés me hizo entrega de sus memorias. Las pruebas caligráficas llevadas a cabo también demuestran que el escrito es del puño y letra del difunto Andrés Caviedes.

Transcribo lo que consta en la nota presentada ante esta jueza:

“Carlos. No sabes cuánta alegría me produce saber de ti. No hay día que no me acuerde de vosotros y de aquellas noches que pasamos juntos en Zael. No tuve oportunidad de despedirme, pues como ya sabrás, caí bajo la injusticia de don Mauro y a punto estuve de morir.

Carlos, por favor, no intentes sacarme de aquí. Creo que prácticamente es imposible y que alguien inocente terminaría pagando las consecuencias.

En el caso de que se enteren de que estás intentando esta locura serás juzgado y, en el mejor de los casos, te desterrarán de Pedraza. No, amigo, no lo hagas. Por lo que más quieras, ya habéis sufrido bastante. Si ahora estáis en este bendito pueblo es porque por fin conseguisteis escapar de aquel sitio maldito, así que no desperdicies tu futuro tratando de salvar a este hombre que ya está muerto.

No quiero volver a huir; siento que es lo único que he hecho desde aquel dichoso viernes de julio en el que todo se apagó. Se apagó la luz primero, luego las almas de los hombres y después me he ido apagando yo, poco a poco.

Ya os conté lo que pasó con Lucía, la chica que abandonó su hogar junto a mí, y también sabéis que vuestra hija se llama así en honor a ella. No hablaba en broma cuando os dije que desde aquel día me sentía muerto, vacío y, aunque he tenido momentos en los que parecía que mi espíritu quería resucitar, al final resultaron ser meros espejismos.

Amigo mío, sí te pediré un favor, si es posible. El próximo sábado acude al acto de ejecución con Silvia y también con Lucía, que ya estará crecida. He penado mucho, supongo que vosotros también, son tiempos difíciles. Si algo me ha hecho levantarme después de cada golpe ha sido el recuerdo de tu pequeña hija. Recurre a mi mente, con mucha frecuencia, la imagen de la criatura recién nacida dentro de aquella caja de cartón, junto a la chimenea, durmiendo ajena al despiadado mundo en el que se ha convertido esta tierra que poblamos. Ella es la pureza, todos los demás estamos contaminados.

Abrazarla antes de morir será abrazar la esperanza, la mía propia y la de este mundo.

Por favor, medita mis palabras.

Que Dios, si es que existe, os guarde.”

Y así, con las pruebas aportadas por el declarante don Carlos Gutiérrez el Negro, doy por finalizado el epílogo que me encargó el editor de esta obra, ya que todo lo acontecido después de la nota encontrada por el susodicho queda recogido de manera clara en páginas anteriores.

Solo añadiré que, después de haber sido leídas estas memorias por la mayor parte de los notables de la Villa, se está valorando la posibilidad de

exhumar el cuerpo de Lucía Hernández, que descansa en el Puerto del Reventón, para enterrarla en la misma fosa que nuestro joven héroe. Esta jueza está segura de que así será.

En Pedraza a 17 de marzo de 2041.

Escrita por Alfonso Sierra Garrido en Griñón a 20 de enero de 2019
Todos los derechos reservados.
© Alfonso Sierra Garrido

Índice

- [Capítulo 1. Prólogo](#)
- [Capítulo 2. Despertar](#)
- [Capítulo 3. El Día Cero](#)
- [Capítulo 4. Birlibirloque](#)
- [Capítulo 5. Aviones](#)
- [Capítulo 6. Dantesco](#)
- [Capítulo 7. 600](#)
- [Capítulo 8. Papelitos](#)
- [Capítulo 9. Latas](#)
- [Capítulo 10. Animales](#)
- [Capítulo 11. El fuerte](#)
- [Capítulo 12. Jarpo](#)
- [Capítulo 13. Ezequiel](#)
- [Capítulo 14. Lucía](#)
- [Capítulo 15. La bestia](#)
- [Capítulo 16. Solo queremos comer](#)
- [Capítulo 17. ¿Por qué has tocado la campana?](#)
- [Capítulo 18. Veneno](#)
- [Capítulo 19. Sol](#)
- [Capítulo 20. Espoz y Mina](#)
- [Capítulo 21. Se nos hizo de noche](#)
- [Capítulo 22. Álvarez Gato](#)
- [Capítulo 23. Teatro](#)
- [Capítulo 24. Aparición mariana](#)
- [Capítulo 25. La primera Navidad](#)
- [Capítulo 26. El acuerdo](#)
- [Capítulo 27. Tiene razón... y lo sabéis](#)
- [Capítulo 28. Lozana y magra](#)
- [Capítulo 29. Oro](#)
- [Capítulo 30. Treinta y dos gramos](#)
- [Capítulo 31. *Adeste Fideles*](#)

[Capítulo 32. Cumplirá](#)
[Capítulo 33. Tercero A](#)
[Capítulo 34. El Sermón](#)
[Capítulo 35. Reflexiones ante el abismo](#)
[Capítulo 36. Que se va](#)
[Capítulo 37. ¡Volverán!](#)
[Capítulo 38. La furia del averno](#)
[Capítulo 39. Una idea fantástica](#)
[Capítulo 40. Fuera](#)
[Capítulo 41. ¿Tú eras policía?](#)
[Capítulo 42. Mateo Lerner](#)
[Capítulo 43. En mi alcoba](#)
[Capítulo 44. Referéndum](#)
[Capítulo 45. Historias de brókeres](#)
[Capítulo 46. El más amargo](#)
[Capítulo 47. Enfermo](#)
[Capítulo 48. Leonardo](#)
[Capítulo 49. Román](#)
[Capítulo 50. Gas](#)
[Capítulo 51. Lozoyuela](#)
[Capítulo 52. Julia](#)
[Capítulo 53. Lourdes](#)
[Capítulo 54. Caravaca](#)
[Capítulo 55. Reventón](#)
[Capítulo 56. Desalmado](#)
[Capítulo 57. Zael](#)
[Capítulo 58. Empleado](#)
[Capítulo 59. El molino](#)
[Capítulo 60. La historia de la pareja](#)
[Capítulo 61. La tiranía de don Mauro](#)
[Capítulo 62. El cartel](#)
[Capítulo 63. Iudicium](#)
[Capítulo 64. Castigo](#)
[Capítulo 65. El convento](#)
[Capítulo 66. ¿Qué hay de tu camino?](#)

[Capítulo 67. Uno cien, ya sabes](#)
[Capítulo 68. La fecha](#)
[Capítulo 69. Zapatos negros](#)
[Capítulo 70. Tiros largos](#)
[Capítulo 71. Una familia rara](#)
[Capítulo 72. Los Secos](#)
[Capítulo 73. El vehículo moderno](#)
[Capítulo 74. El gigante](#)
[Capítulo 75. La envidia de Santander](#)
[Capítulo 76. Chavaluco](#)
[Capítulo 77. El billete](#)
[Capítulo 78. Trigo limpio](#)
[Capítulo 79. El rosario](#)
[Capítulo 80. Los hermanos](#)
[Capítulo 81. Escudo](#)
[Capítulo 82. El mar](#)
[Capítulo 83. La casa del Duque](#)
[Capítulo 84. Damián](#)
[Capítulo 85. Quino](#)
[Capítulo 86. El taller](#)
[Capítulo 87. ¿Dónde fue?](#)
[Capítulo 88. Acuñaado](#)
[Capítulo 89. Algo de mecánica](#)
[Capítulo 90. La ha matado](#)
[Capítulo 91. Días felices](#)
[Capítulo 92. Cosas del vino](#)
[Capítulo 93. Una de cal](#)
[Capítulo 94. Una de arena](#)
[Capítulo 95. Maldita semana](#)
[Capítulo 96. Una vez más](#)
[Capítulo 97. Recuerdos lejanos](#)
[Capítulo 98. Desiderio](#)
[Capítulo 99. La cuña](#)
[Capítulo 100. La paz del pueblo](#)
[Capítulo 101. Reunión clandestina](#)

[Capítulo 102. Honrar a los nuestros](#)

[Capítulo 103. Mi revolución](#)

[Capítulo 104. Dale](#)

[Capítulo 105. Aquí y ahora](#)

[Capítulo 106. Sacudirse el polvo](#)

[Capítulo 107. *Déjà vu*](#)

[Capítulo 108. Cimientos](#)

[Capítulo 109. Las cumbres](#)

[Capítulo 110. Con ella](#)

[Capítulo 111. Arte](#)

[Capítulo 112. Me alegro, de veras.](#)

[Capítulo 113. En mitad de la calle](#)

[Capítulo 114. Misa](#)

[Capítulo 115. La campana](#)

[Capítulo 116. Poco que rascar](#)

[Capítulo 117. Epílogo](#)